

MARXISMO Y GLOBALIZACION CAPITALISTA

ROBERTO AYALA SAAVEDRA

EDICIONES PERRO AZUL
Colección ENSAYO

Producción Editorial: Ediciones Perro Azul

332.041

A973m Ayala S. Roberto
Marxismo y globalización capitalista./
Roberto Ayala
--1ª ed. -- San José, C. R. :
Ediciones Perro Azul, 2016.
420 p. : 21.5 X 14 cm.

ISBN 978-9930-9553-6-9

1. MARXISMO 2. GLOBALIZACIÓN
3. CAPITALISMO I. Autor II. Título.

Hecho el depósito de ley.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro.

ISBN 978-9930-9553-6-9

© Ediciones Perro Azul de la presente edición.

Impreso en Costa Rica Printed in Costa Rica

INTRODUCCION

“La sociedad no consiste en individuos;
ella expresa la suma de las conexiones
y relaciones en que los individuos se encuentran”.

Marx

“La realidad es más rica que cualquier esquema teórico”.

Nahuel Moreno

Durante los últimos lustros se ha desarrollado un amplio e intenso debate sobre el tema de la Globalización capitalista, y aunque mucho se ha avanzado en la tarea de comprender y explicar el proceso, es también claro que la compleja multidimensionalidad del mismo, así como su carácter de fenómeno aún en despliegue, aparte, claro está, de los diversos lugares y perspectivas desde los cuales se emprende el abordaje, mantiene abiertos espacios para el análisis, la reflexión y la controversia, tanto en su generalidad histórica, como en las particularizaciones y efectos localizados. Desde lo propiamente económico hasta lo cultural, pasando por lo político, lo institucional y las reestructuraciones sociales que induce, la Globalización, como capitalismo de este arranque del siglo XXI, continúa en curso de delineación, mostrando varias tendencias de posible movimiento, lo cual define un proceso abierto y en disputa, cuya ulterior conformación depende de las relaciones de fuerza entre diversas clases y sectores sociales, grupos de interés, centros de poder y Estados, que buscan hacer valer su peso en la configuración del futuro.

La Globalización se nos revela, así, no como un objeto económico ‘natural’, mero despliegue automático y ciego de lógicas mercantiles, tampoco como la expresión sin mediaciones de un voluntarismo político incondicionado, sino como un devenir histórico-social abierto, producido por las

interacciones, confrontaciones y alianzas, de grupos e intereses sociales, que puede conducir a escenarios de reproducción profundizada como a cursos no lineales, incluyendo evidentemente trastornos y desviaciones capaces de llevarlo más allá de su frontera interna de posibilidades, hasta el punto de poner en cuestión la misma supervivencia del capitalismo como sistema social global, todo en relación con las tensiones e incertidumbres que conlleva. Desde mi punto de vista, no hay tarea más importante que el esfuerzo de contribuir al debate sobre la actualización del análisis y la más precisa comprensión de los rasgos novedosos, las tendencias y contradicciones del capitalismo contemporáneo, en su dinámica de conjunto o en aspectos particulares.

Un asunto preliminar es el de la nominación. El término 'globalización', o 'mundialización', remite en forma típicamente fenoménica a un aspecto, del todo exterior y subordinado, del devenir histórico del capitalismo como complejo social. El uso más extendido permite captar sin casi esfuerzo la intención: torpemente, ha pretendido velar el carácter real, no mixtificado, del proceso que quiere nombrar, la estructura de funcionamiento del capitalismo en el tramo final y cambio de siglo. En la medida que el término está instalado, en este trabajo se lo emplea resemantizado, como designativo de la fase actual o contemporánea del despliegue histórico del capitalismo como sistema social. Como momento singularizado, con sus diversas y diversamente importantes particularidades y facetas novedosas, la Globalización, el 'Capitalismo tardío', supone una discontinuidad relativa en el marco de una continuidad fundamental, el devenir del capitalismo y su carácter inescapablemente contradictorio. El momento tanto se singulariza como adquiere sentido en el marco y como parte del mismo proceso de totalización.

Desde el marxismo, este trabajo busca aportar una contribución a la comprensión del problema general mediante el abordaje de cuatro aspectos específicos, cuya naturaleza y desarrollo resultan, por hipótesis, de particular relevancia para la evolución general del fenómeno de la globalización

capitalista. Y esto se hace con enfoque en América Latina¹. Estos cuatro aspectos o manifestaciones específicas a estudiar son:

- la reestructuración económica en curso y las modificaciones de la relación de dependencia; se trata de evidenciar y discutir las nuevas formas que asume la estructura de la dependencia en América latina, en el período signado por las políticas llamadas neoliberales (Consenso de Washington, etc.);
- el discurso neoliberal y sus premisas éticas; discurso que favorece modificaciones en los términos de la convivencia, en los valores que tienden a ordenarla y amalgamarla;
- la ‘cuestión social’, en el marco general del capitalismo y en las condiciones del modelo de acumulación y crecimiento imperante;
- el problema de las tendencias culturales que acompañan el proceso, marco propiciatorio de las mentalidades, expectativas y autorepresentaciones adecuadas al nuevo contexto.

1. América Latina, más allá de sus notorias y muy relevantes diversidades, presenta, y ha presentado a lo largo de su historia, elementos decisivos en común, derivados de, primero, el período colonial compartido, con su legado de marcas y condicionamientos, y, sobre todo, la exposición a eventos de impacto internacional, tendencias de amplio alcance, siendo los más notorios en el último medio siglo: el período llamado ‘desarrollista’, el endeudamiento de los años setenta, la profunda crisis –‘década perdida’– de los ochenta, la brusca reestructuración económica de los noventa, con sus reconocidos impactos sociales, tensiones político-institucionales y nuevas tendencias culturales, para culminar provisionalmente en los rasgos salientes de la última década larga, marcada por una notable reinserción en el contexto internacional y una nueva fase de crecimiento económico, hasta el 2012, que incluso donde consigue arrastrar una marginal y frágil disminución de la pobreza no ha tenido un impacto significativo en la reducción de la profunda brecha de desigualdad en el ingreso y la riqueza que caracteriza al conjunto de la región.

La actualización de estas cuatro dimensiones del fenómeno será precedida por un examen más general de la estructura y dinámica del capitalismo tardío o del siglo XXI. El trabajo concluye retomando el plano general a fin de mostrar la medida en la que los cuatro aspectos específicos estudiados contribuyen a precisar la naturaleza y dinámica de conjunto del fenómeno de la globalización capitalista, como aspecto dominante del proceso civilizatorio y los elementos de crisis que éste evidencia².

Sobre el marxismo, en esta introducción, me parece pertinente explicitar dos aspectos que subyacen al análisis. Primero, se lo concibe como una teoría de la totalidad social (multidimensional, estructurada, jerarquizada y en movimiento) fundada en un análisis de economía política, un análisis crítico del capitalismo en el marco de una teoría materialista de lo histórico-social. Segundo, el marxismo es un marco teórico-metodológico para el conocimiento (para construir y revisar los instrumentos conceptuales de captación) y el examen crítico de lo real; una teoría que busca fundar racionalmente la acción y que se construye en esa acción, que es un momento de la acción, que es una praxis, pero una praxis transformadora que quiere ser consciente y racional. Un pensamiento que no es una doctrina cerrada (por oposición a la escolástica perpetrada por la burocracia stalinista), surge, se desarrolla y solo tiene futuro si mantiene el diálogo crítico con lo mejor del pensamiento y el de-

2. El intento de captar y formular una ‘tendencia general del fenómeno’, tiene evidentemente el status de hipótesis explicativa/interpretativa: lo real mismo, en tanto complejidad, presenta siempre tendencias contradictorias, en lucha, razón principal por la cual el devenir, el resultado histórico, está abierto; en consecuencia, los pronósticos muchas veces deben ser alternativos. Se trata entonces de analizar los elementos contradictorios para tratar de definir las diversas variantes de desarrollo ulterior, de lo que por su vez depende el encontrar un firme punto de apoyo para la acción, es decir, para cualquier intento de intervención racional sobre lo real. Una formulación ejemplar de esto se puede encontrar en el análisis de Trotsky sobre las contradicciones y el pronóstico alternativo sobre la dinámica de la URSS, a fines de los años 30, en *LA REVOLUCION TRAICIONADA*, Ed. Fontamara, pág. 240-1.

sarrollo científico heredado y contemporáneo. Esto se hace posible (y el enriquecimiento mutuo potencial) por el carácter del fundamento epistémico de su concepción general del mundo, la dialéctica materialista, que le emparenta con la actividad científica de bases ontológicas más sólidas de los últimos 200 años y que le permite integrar a su matriz teórico-metodológica resultados de muy diversas disciplinas y, también, los aportes de otras corrientes de pensamiento, de la teoría de la evolución y la teoría general de sistemas a la epistemología genética de Piaget, de Weber a Sartre y Foucault, de la teoría de la relatividad al estructuralismo, las psicociencias y el freudismo, que a la vez lo confirman y lo refuerzan³.

Subrayar este último aspecto se hace necesario porque muy raramente se lo explicita, pese a que resulta decisivo para el desarrollo del marxismo: su poder explicativo y su valor heurístico, en permanente tensión con los incesantes cambios y el movimiento de lo real, están en estrecha relación con y se despliegan a partir de un fundamento epistémico que es una lógica concreta del ser y del pensar (Hegel), que no se presenta como una más o menos ingeniosa, y arbitraria, creación del sujeto investigador o algún individuo genial, sino que surge de la intención expresa de captar, con la mayor aproximación posible, la estructura y el movimiento de lo real. 'El método es el automovimiento de la cosa', y así, la dialéctica subjetiva busca elevar al pensamiento, captar conceptualmente, la dialéctica objetiva, la que comienza a reconocerse con Heráclito, el movimiento dialéctico de la cosa misma, de lo real. Finalmente, es este método general (en desarrollo), esta 'onto-lógica' (lógica de lo real), lo que pone al marxismo en muy favorable posición para incorporar críticamente incluso los mejores resultados de corrientes rivales de pensamiento. El marxismo puede incorporar

3. La más completa y mejor enfocada aproximación a las relaciones del marxismo con la ciencia de los últimos 200 años y sobre su capacidad de integrar los resultados más significativos es *RAZON Y REVOLUCION* de A. Woods y T. Grant.

los resultados (más aún, no puede ignorarlos), digamos, de la Fenomenología, pero la Fenomenología no puede incorporar los resultados del marxismo, no sin desbordarse teórica y epistemológicamente.

Capítulo 1

EL CAPITALISMO GLOBAL

“Según la concepción materialista de la historia, el factor que en *última instancia* determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda”

Engels

“La riqueza y el poder se engendran mutuamente”

Locke

Una de las más llamativas figuras en el abordaje del tema, utilizada con cierta frecuencia, es la de partir de la afirmación de que en realidad la globalización arranca en el siglo XVI, con la conquista y colonización del nuevo continente, después denominado América. Se puede discutir histórica o conceptualmente la precisión de o los problemas que coloca tal criterio, pero la fórmula tiene al menos un punto fuerte: efectivamente, la aventura europea de exploración, conquista y colonización, con el referente emblemático de 1492, abre un nuevo período histórico, aquel en que los más distintos y distantes pueblos del mundo comienzan a confluir, por una vía mayormente violenta, en un curso político-social particular crecientemente dominante.

El ascenso del poder político, militar, económico, tecnológico, cultural y religioso europeo occidental, a partir del siglo XVI, se traduce en la incorporación de las más diversas regiones de la geografía del planeta a un proceso histórico unificado, ordenado a los intereses de las élites europeas. Es el proceso que acabará dando lugar a lo que Wallerstein ha

denominado ‘Sistema Mundo’⁴. La experiencia de la Modernidad europeo-occidental, sustentada en la génesis del capitalismo como sistema social, marca un hecho del todo nuevo, se trata de la primera forma social que por la propia lógica de su dinámica histórica interna, de su funcionamiento y autodesarrollo, realmente tiende a la extensión planetaria, es la tendencia secular del capitalismo a la internacionalización, hasta tornarse una realidad mundial, ya identificada por Engels y Marx en *EL MANIFIESTO*. El resultado acumulativo del curso efectivo general de los acontecimientos va dando lugar con distintos ritmos a la génesis de una nueva estructuración, cuya legalidad en desarrollo, por su vez, tiende a consolidar la propensión autoexpansiva del proceso (dialécticamente, el proceso tiende a autoproducirse por probabilidades crecientes; es decir, la reestructuración resultante, una vez suficientemente consolidada, se torna en un factor dominante de ordenación y dirección del curso ulterior, que también da lugar, sin embargo, a los elementos y relaciones en tensión negativa; el proceso social es siempre lucha). Movida por intereses, la acción política despeja y abre sendas para dar lugar a la internacionalización económica, y con ello, vía diversas mediaciones, a una refiguración en profundidad de la vida cotidiana de los individuos y grupos incorporados al movimiento. En teoría social marxista, este es el problema de las relaciones macro/micro.

Puesto en una fórmula general: al menos por el último siglo y medio, se ha hecho cada vez más cierto que la realidad de cada país o región, en su relativa autonomía, no puede ser adecuadamente comprendida al margen de sus relaciones, siempre crecientemente estrechas, con el sistema social mundial, con el cual mantiene relaciones recíprocas de afectación. Se trata por supuesto de unas relaciones de variable gravitación, de acuerdo con la historia y la realidad presente

4. Ver “Introducción” en Immanuel Wallerstein, *EL MODERNO SISTEMA MUNDIAL*, Tomo I, Siglo XXI, México, 1989.

de las sociedades particulares, su peso e influencia económica, política, cultural, militar.

De ello se sigue toda la relevancia del tema de la Globalización. Como macrotendencia histórica y social, expresión de unas determinadas relaciones de fuerza entre grupos e intereses, delimita tendencialmente el ámbito de las posibilidades, internas y externas, a las que se enfrenta cada sociedad en su experiencia colectiva. En tanto que realidad condicionante y modeladora, funciona como campo estructurado de dinamismos que induce o favorece el despliegue de ciertas posibilidades, atenuando el horizonte histórico de otras, hasta el instante en que cierta contingencia, el 'evento catastrófico' (el 'salto de cantidad en calidad'), termina rompiendo la continuidad simple, desencadenando el curso histórico de la configuración de un nuevo equilibrio relativo-dinámico, al hacer de 'causa eficiente' de la actualización de uno o de la combinación de algunos de los posibles de la víspera.

Si tomamos solo una de las variables del fenómeno, la innovación tecnológica, está cada vez más claro que sus efectos en diversos planos, en particular en el clima cultural y las mentalidades, provoca cambios de envergadura en las formas de estar, ver, hacer y de autorepresentarse, cambios que en lo sucesivo, y en tanto constituyan formas funcionales, retroalimentan el proceso. Por supuesto que tales movimientos inevitablemente provocan formas diversas de resistencia (en la medida en que expresan intereses particulares-dominantes, que sin embargo buscan imponerse como universales), de distinto y hasta contrapuesto signo, que mantienen abierto el futuro.

En particular, en el caso de las sociedades latinoamericanas, por su posición dependiente o subordinada en el orden internacional, tales macrotendencias han tenido y continúan teniendo una notable capacidad para trastornar y reorientar su estructura interna y curso histórico. América latina es, en la actualidad, una vez más, reinventada desde afuera, arrastrada a un futuro incierto por fuerzas e intereses que

en su apremiante y compulsivo operar básicamente disponen la alternativa de o profundización de la dependencia, con una erosión adicional de los márgenes de autonomía de los Estados nacionales, un salto en la desnacionalización de las economías, fracturas culturales e identitarias internas, o, sencillamente, la marginación⁵. Sujetas a potentes corrientes externas, las sociedades interiorizan estímulos que dan lugar a reestructuraciones, nuevas dinámicas, perturbaciones y conflictos sociales, curso que se profundiza en la medida en que sectores privilegiados internos se disponen a asociar sus intereses y destino a las nuevas posibilidades abiertas. La envergadura de las previsibles resistencias desatadas y las relaciones de fuerza resultantes, en el contexto de las tradiciones político-ideológicas prevalecientes, contribuirán a determinar el grado y la forma en que cada sociedad acabará por incorporar tales influencias externas, así como el curso de su ulterior recorrido, experiencias locales que se afectan recíprocamente contribuyendo, por su vez, a dar lugar a una tendencia regional.

Los impactos sociales del fenómeno son ya hartamente conocidos. La región se ha convertido hace ya un buen tiempo en la más desigual del orbe, oscilando en torno a los doscientos millones de pobres, según los criterios institucionalizados de medición⁶, (eso tras una década de un considerado muy buen desempeño económico), sumando tensiones y desequilibrios, que a la postre han sustanciado un permanente malestar social y recurrentes estallidos de protesta e

5. En el mejor de los escenarios, el resultado hasta ahora verificado se da en los marcos del 'desarrollo dependiente asociado'.

6. CEPAL. *LA HORA DE LA IGUALDAD*. Santiago, 2010. El informe da cuenta de la existencia de 80 millones de niños pobres, de los cuales 32 millones en condiciones de indigencia o pobreza extrema. Ver también de la CEPAL el *PANORAMA SOCIAL DE AMERICA LATINA 2010*. Santiago, 2010. Se trata de estimaciones relativas a situaciones muy sensibles y fluctuantes, que oscilan respondiendo en buena medida al movimiento de las variables económicas y políticas internacionales, por ejemplo, de los precios de los alimentos y materias primas. Los altos niveles de desigualdad hacen que la pobreza sea más dura, más difícil de remontar.

insubmisión, en distintos países, así como situaciones de crisis política, que, por su vez, se han expresado de manera distorsionada en procesos electorales de los cuales ha emergido un conjunto, diverso, de gobiernos, que comparten el objetivo general de encontrar formas de hacer que permitan al menos explorar las posibilidades de un mayor margen de maniobra, nacional y regionalmente, mediante políticas económicas no ortodoxas, razón justamente por la cual son percibidos como no confiables, incluso amenazantes, por 'los mercados' y la 'comunidad internacional', lo cual por supuesto supone una escalada de las dificultades que un entorno notoriamente hostil genera y que se suman a las de carácter interno, muy previsibles (por la oposición intratable de las élites que consideran afectados sus intereses y los sectores de clase media y plebeyos que consiguen arrastrar).

Histórica y teóricamente, se podría hipotetizar que, las probabilidades les juegan en contra. Las enormes dificultades y obstáculos a encarar que supone el desafiar los patrones de conducta señalados y reclamados por los centros internacionales de poder económico y político, armados además de su control monopólico de los medios y los circuitos de formación de opinión, se entrelazan, alimentándose recíprocamente, con los estrechos márgenes que las expectativas y demandas y las profundas distorsiones y desequilibrios internos disponen. En otras palabras, el intento de encontrar una vía de desarrollo capitalista autónomo, en las condiciones generales del capitalismo tardío, están condenadas al fracaso. La larga experiencia latinoamericana con el nacionalismo burgués, populista o conservador, muestra claramente que finalmente lleva a callejones sin salida, deambulan en la inconsecuencia hasta fracasar, antes o después. Y, sobre todo, se constituyen en un duro obstáculo para el avance de los explotados y oprimidos hacia una conciencia y acción políticamente independiente, anticapitalista.

La Globalización, como nueva fase de despliegue del orden social capitalista, induce una reestructuración considerable de las sociedades del capitalismo periférico de Latino-

américa. Esta nueva ola de modernización, modernización de la dependencia o interdependencia asimétrica, se despliega en distintos ámbitos y niveles, de articulación problemática, e irrumpe sobre las diversas sociedades de la región. Y esta es la premisa básica del estudio de los nuevos fenómenos y tendencias sociales que la recorren. Ante la magnitud y multidimensionalidad de los cambios, en sociedades atravesadas por brechas y fracturas, sociales y culturales, de larga data –elemento imprescindible para comenzar a entender la crónica debilidad de las instituciones–, la incertidumbre y sospecha respecto de lo que se abre paso con violencia, induce sin duda diferentes reacciones, una de las más fructuosas, el estímulo para el abordaje reflexivo, crítico, del fenómeno. La importancia de su estudio, en sus diversos planos y facetas, se impone con rotundidad.

El momento histórico que vivimos se ve hondamente, incluso dramáticamente, afectado por la aceleración del movimiento de internacionalización económica que experimentamos en los últimos veinte años, impulsado por diversos factores, pero decisivamente alentado por las nuevas condiciones surgidas tras el colapso de los estados autodenominados socialistas, sobre el final de los años ochenta. Nuevas condiciones políticas, un replanteado escenario internacional, con el correspondiente realineamiento de los principales concurrentes, dan el pistoletazo de salida para la lenta y dificultosa, y aun no del todo plasmada, configuración de una nueva situación –campo de acción estructurado por relaciones de fuerza– notoriamente favorable al despliegue de las lógicas que distinguen al sistema mercantil, esto es, a los intereses y grupos de poder que en él retienen una posición de privilegio (ciertos Estados, megacorporaciones, instituciones internacionales públicas y privadas).

En otras palabras, son circunstancias histórico-políticas, en sentido amplio, las que operando como interruptor, liberan opciones estructuralmente radicadas, que acto seguido se despachan provocando cursos de acontecimientos, dinámicas particulares, reacciones sociales, políticas y psico-cul-

turales de diverso signo. Estas opciones estructurales consisten en potencialidades reales, ya inscritas previamente en el repertorio de posibilidades generadas por el proceso económico de las décadas anteriores, pero que se presentan como contenidas, impedidas de desplegar su potencial entero, hasta que contingentemente sobrevienen circunstancias políticas que favorecen su desencadenamiento. Contingencias que por supuesto no salen de la galera de un mago, sino que se hacen posibles igualmente como parte del movimiento histórico concreto, la complejidad en devenir.

Es de subrayar la dimensión política del fenómeno si se quiere confrontar la ilusión fetichizadora, que busca presentarlo como un producto del mero automatismo económico, o, peor aún, de una presuntamente autoproducida revolución tecnológica que estaría por introducirnos en una 'nueva era' llamada poscapitalista o posindustrial, pirueta conceptual entre impresionista y diversionista, cuyo costado fuerte, contenido de verdad, no hace sino contribuir a encubrir, intencionadamente o no, el carácter complejo y fundamentalmente contradictorio del capitalismo como forma social. Aunque la también llamada 'mundialización' se apoye en la insustituible dinámica económica, su despliegue asume un carácter político, tanto en la medida que supone confrontaciones entre fuerzas político-sociales, como en el sentido de un proceso en el que ha prevalecido una cierta orientación, dictada por los grupos e intereses dominantes. En pocas palabras, hay una 'política de globalización', que, aunque no sin dificultades e incluso sin poder descartar en absoluto el riesgo de escenarios externos a su ámbito de posibilidades o afinidades, ha logrado avanzar considerablemente por las últimos dos décadas, en un curso típicamente contradictorio, en el cual cada avance abre nuevas tensiones⁷.

7. "La globalización no es una política aleatoria, sino un desarrollo económico orgánico del clásico imperialismo. Pero a la globalización le corresponde una determinada política, que expresa el dominio y los intereses de su fracción dirigente: esta política es el neoliberalismo, que es capitalismo sin artificios... que es explotación sin las 'cadenas doradas'

‘Política de Globalización’ designa pues, una situación en la cual hay una intencionalidad operando, de manera expresa o no, en el curso; intencionalidad que busca imponer una particular definición de la realidad. La mejor expresión de esto es el llamado Consenso de Washington, denominación con la que convencionalmente se designó el alto grado de acuerdo alcanzado a fines de los años 80 en los organismos financieros internacionales, el gobierno norteamericano, el G-7 y los principales bancos privados metropolitanos, sobre la naturaleza de la crisis latinoamericana y las políticas que debían aplicarse para superarla⁸, de acuerdo a sus intereses. En otros términos, en las condiciones sociales creadas por la modernidad burguesa, no hay proceso sin Sujeto. Lejos de todo voluntarismo, se trata de que el sistema económico internacional, con su institucionalidad, mecanismos y funcionamiento, como resultado histórico provisional, es un artefacto en el cual ciertos agentes han logrado instalarse en posiciones de privilegio –artefacto que ha sido erigido por y expresa los intereses de tales grupos-, lo que les permite manipular determinados dispositivos a fin de ejercer algún control, introducir alguna direccionalidad, sobre su movimiento. Todo ello, por supuesto, siempre en lucha con un artefacto que, en realidad, no es otra cosa que institucionalización de relaciones entre seres humanos de carne y hueso (que por las características sociales de su origen y evolución tiende a desplegar un funcionamiento maquinal, aparentemente autónomo, dando pie así a la ilusión de su efectiva independencia, ilusión en la que por su vez se sustenta la ideología antiintervencionista), y que, en su enorme y creciente complejidad, exhibe un com-

del Estado ‘del bienestar’; que es recolonización de los países independientes y restauración del capitalismo donde había comenzado a construirse una sociedad socialista”. Arturo van den Eynde, *GLOBALIZACION, LA DICTADURA MUNDIAL DE 200 EMPRESAS*. Ed. Propuesta, Panamá, 2001. Pág. 95.

8. Hidalgo, Antonio. *EL PENSAMIENTO ECONOMICO SOBRE DESARROLLO*. Universidad de Huelva, España. 1998. p. 181.

Lechini, Gladys (comp.). *LA GLOBALIZACION Y EL CONSENSO DE WASHINGTON*. CLACSO. Buenos Aires, 2008.

portamiento no del todo predecible, lo que hace con que el creador no domine su creación, operando reactivamente, tal como se observa con toda nitidez en la tragicómica y desquiciante relación de los ‘operadores’ con los ‘mercados’, sobre todo, en los momentos de crisis, cuando el movimiento del complejo se aparta estridentemente de las ‘expectativas’ de los entusiastas neoclásicos del equilibrio⁹.

Por otro lado, tales intereses dominantes han de enfrentar los persistentes, diversos y de variable nivel, cuerpos de resistencia. Por tanto, sigue siendo cierto, como decía Engels¹⁰, que el producido histórico no se asimila a ninguna de las voluntades particulares intervinientes, sino que es una suerte de resultante,

9. Una de esas creencias que Paul Krugman califica de ‘ideas zombis’: aquellas que han sido n veces refutadas pero que siguen deambulando por que responden a intereses económicos y prejuicios ideológicos, obviamente vinculados a círculos de poder político y social, pero también periodísticos y académicos. “Rubio y los zombis”, La Nación, Febrero 18 de 2013.

10. “...la historia se hace de tal modo que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de los que surge una resultante –el acontecimiento histórico–, que, a su vez, puede considerarse producto de una potencia única (alusión a Herder, Hegel y a uno de los grandes logros del idealismo objetivo alemán), que, como un todo, actúa sin *conciencia* y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone otro, y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido... Pero del hecho de que las distintas voluntades individuales... no alcancen lo que desean, sino que se fundan todas en una media total, en una resultante común, no debe inferirse que estas voluntades sean = 0. Por el contrario, todas contribuyen a la resultante y se hallan, por tanto, incluidas en ella... El que los discípulos hagan a veces más hincapié del debido en el aspecto económico, es cosa de la que, en parte, tenemos la culpa Marx y yo mismo. Frente a los adversarios, teníamos que subrayar este principio cardinal que se negaba y no siempre disponíamos de tiempo, espacio y ocasión para dar la debida importancia a los demás factores que intervienen en el juego de las acciones y reacciones. Pero tan pronto como se trataba de exponer... de aplicar prácticamente el principio, cambiaba la cosa...”. Engels, Friedrich. *En EL MATERIALISMO HISTORICO SEGÚN LOS GRANDES MARXISTAS*. Ed. Roca, México, 1973, p. 29-30.

bastante poco anticipable, donde los diferentes actantes, con sus muy desiguales recursos de poder, contribuyen, con un nivel más bien difuso de conciencia, a definir o modelar el curso general del despliegue, el cual, sin embargo, revela, a posteriori, un alto grado de racionalidad inmanente (como también lo comprendió Weber), situación en la que lo paradójal es solo una primera apariencia. Así pues, lo primero es dejar claro que el movimiento del artefacto no es ni totalmente ciego, mecánicamente autorregulado, ni se sigue simplemente de la voluntad de ciertos grupos; se ordena a intereses, fuerzas sociales y concepciones predominantes, estructuralmente condicionadas en un determinado momento histórico; intereses y fuerzas que son resultado y operan a partir de un ámbito de posibilidades previamente determinado, cuyo horizonte por su vez pueden reproducir o modificar. Es la lucha de la subjetividad con el mundo objetivo, del cual ha surgido y del que constituye un momento dinámico diferenciado, para rehacerlo de acuerdo a sus necesidades y deseos.

En un plano más general, epistemológico, se puede decir que todo el estudio está orientado según una premisa teórico-metodológica fundamental. En su *METODO DE INTERPRETACION DE LA HISTORIA ARGENTINA*, Nahuel Moreno afirma: “Desde hace 400 o 500 años no hay ningún país del mundo cuya historia pueda interpretarse de otra manera que no sea refiriéndola minuto a minuto a la historia del conjunto de la humanidad”. Y efectivamente, antes del surgimiento del capitalismo como sistema social las relaciones entre los pueblos no eran más que accidentales y esporádicas, a lo sumo de carácter regional. La nueva forma social inaugura un rudimento de mercado mundial, inicia su construcción, y, con él, sobre sus fundamentos, una verdadera historia universal de la humanidad, a un tiempo plagada de violencia y alentada por siempre renovadas expectativas de un futuro de reconciliación, libertad e igualdad. Andado el tiempo, el capitalismo maduro, en su incesante doble movimiento de expansión e integración, ha originado una economía y política mundiales, a cuyo influjo ningún

pueblo moderno, esto es, inserto de alguna forma en el cauce principal de la evolución de la humanidad, puede substraerse. De modo que, completa Moreno: “Analizar la historia de un país como parte de ese todo es nuestra primera herramienta conceptual”¹¹.

Todavía en este plano, muy general, de lo teórico-metodológico, vale la pena apuntar que nos apoyamos en un concepto sobre las relaciones entre macro y microprocesos que postula que los factores generales condicionantes, lo estructural, lo definido como objetivo, operan estableciendo límites y posibilidades de la acción, pero que sólo los sujetos realmente actuantes pueden definir, dar forma concreta, al curso de la historia (el ‘sentido subjetivo de la acción’ se sigue de motivaciones psicológicas, ‘lo que impulsa a la acción’ –que pueden ser conscientes o inconscientes–, pero también se ve condicionado por factores culturales, que están más allá y escapan al control del individuo aislado; factores que por su vez están en relación con situaciones y contextos sociales amplios). Parafraseando a Sartre, el hombre se caracteriza ante todo por la superación de la situación, por lo que logra hacer con lo que han hecho de él. Así se afirma la concurrencia ineludible y tensionada, en la determinación final de un evento social cualquiera, tanto de lo estructural como de la intersubjetividad y la acción con sentido, finalista. El contexto socio-estructural, un resultado del curso histórico, de la acción de los seres humanos en la historia, establece el ámbito de posibilidades en que en cada momento se han de mover los actuantes (los resultados de la acción pasada condicionando como ámbito de posibilidades la acción presente y sus posibles cursos futuros), reproduciendo, modificando o transformando sustancialmente el ordenamiento, lo cual por su vez, abre un nuevo horizonte de posibles. Todo el movimiento se encuentra mediado por la percepción social, las representaciones de los individuos y grupos, en las

11. Nahuel Moreno. *METODO DE INTERPRETACION DE LA HISTORIA ARGENTINA*. Ed. Antidoto, Buenos Aires, 1975, p. 9.

que se basa y las cuales guían la conducta subsiguiente (con independencia de su adecuación o grado de error), pero la conciencia social ('la forma en que pensamos, las creencias y valores, las analogías que usamos y los supuestos ocultos que están detrás de la percepción y de la conducta social') se configura en un escenario moldeado por tensiones, relaciones de fuerza y recursos de poder, hegemonías y resistencias, que otra vez remiten a la estructura relacional del campo social, y que, en las condiciones del capitalismo tardío, incluye una considerable capacidad de manipulación del clima de opinión por los grupos dominantes y su amplio control de los medios de comunicación y de producción de información. La acción social puede recrear el mundo, pero debe enfrentar la tenaz, feroz, resistencia del mundo existente, que además no es meramente exterior sino que tiende a interiorizarse y a constituir a los subordinados (la cultura de consumo, p.e.).

En los términos propuestos por Piaget: "Es menester que la sociología encare la sociedad como un todo, aun cuando ese todo, muy distinto de la mera suma de los individuos, no sea otra cosa que el conjunto de las relaciones o de las interacciones entre esos individuos"¹². Y Goldmann comple-

12. Piaget, Jean; Goldmann, Lucien y otros. *EPISTEMOLOGIA DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1979, p 72. De paso, Piaget contribuye decisivamente a exponer la insuperable deficiencia epistémica del individualismo metodológico: los comportamientos individuales no pueden explicar los procesos de conjunto, las dinámicas sociales, pues estos tienen características emergentes, no presentes previamente en los elementos tomados en su aislamiento, fuera y antes de la totalidad relacional. Punto de vista coincidente con el Materialismo Dialéctico y el contemporáneo debate sobre los sistemas complejos. Por otro lado, en cuanto al irracionalista 'principio de incertidumbre' de Heisenberg ('un gran científico metido a muy mal filósofo') y sus derivaciones en teoría social, si bien no podemos predecir el comportamiento de partículas individuales, el movimiento/tendencia de un gran número de partículas es anticipable con bastante exactitud, se mueven con una frecuencia estadísticamente fiable. En el campo de lo social, las regularidades tendenciales subyacentes, más allá de lo individual, del caos aparente de la multiplicidad dada, han sido abordadas por la mayor parte de las corrientes

menta: “La vida social e histórica es un conjunto estructurado de comportamientos de individuos que obran de un modo consciente –ya se trate de una conciencia verdadera o falsa, adecuada o no adecuada- en determinadas condiciones del medio natural y social”¹³. El modo consciente al que alude Goldmann se refiere fundamentalmente a esa conciencia en lo inmediato, lo cotidiano, que sin embargo, en particular en la época burguesa, puede elevarse al plano histórico más amplio. La dialéctica macro/microprocesos constituye uno de los aspectos principales de una epistemología de las ciencias humanas y da forma a una aproximación conceptual al problema de la relación entre el individuo social y el entorno societal. La vieja disputa entre individualistas y holistas se resuelve por la vía de un individuo social que actúa en condiciones históricas dadas, herencia de generaciones pasadas, que ejercen coerción y le presentan resistencia, pero que son modificables, consciente o inconscientemente, en una praxis social orientada por sus necesidades, deseos, ideas y aspiraciones; los individuos son a un tiempo producidos y productores sociales¹⁴. Sumidos en la cotidianeidad pseudoconcreta y con una conciencia inmediata, limitada, los actuantes tienden ‘normalmente’ a la reproducción práctica, inconsciente, rutinaria o conformista, de los patrones recibidos. Sin embargo, alzada a lo que Goldmann

de pensamiento y la investigación empírica (una corroboración más pedestre proviene de prácticas como los gastos en publicidad y el negocio de los casinos o de las compañías de seguro, que invierten grandes cantidades de dinero asumiendo que regularmente obtendrán buenas ganancias, cuyo monto resulta bastante predecible, en condiciones de entorno normales, en base a las certidumbres prácticas que derivan de las leyes de probabilidad). En cuanto a la crítica del individualismo metodológico, ver también: Ricardo Gomez, *NEOLIBERALISMO Y SEUDOCIENCIA*, A. Woods y T. Grant, *RAZON Y REVOLUCION*.

13. Idem.

14. Marx, K.: “La teoría materialista del cambio de las circunstancias y de la educación olvida que las circunstancias las hacen cambiar los hombres y que el educador necesita, a su vez, ser educado...”. El cambio de las circunstancias, agrega, coincide con la actividad humana, como práctica revolucionaria. *TESIS SOBRE FEUERBACH*. Tesis 3. *LA IDEOLOGIA ALEMANA*, Ed. Pueblo y Educación, La Habana, 1982, pág. 634.

llama conciencia posible, la acción social alcanza potencial transformador, eficacia histórico-social (es el caso, en general, de los movimientos sociales, de la acción social colectiva). En particular, en una sociedad estructuralmente desigual, esta praxis social se despliega desde los diversos intereses y demandas que desarrollan individuos y grupos a partir de sus distintas posiciones sociales, en el marco de una forma de organización de la vida social específica.

En el caso de la singularidad histórica que nos ocupa, el comportamiento de los distintos grupos y actores sociales se encuentra obviamente condicionado, delimitado en su campo de acción situacionalmente factible o posible, por un espectro relativamente amplio, pero no indefinido, de opciones abiertas por la situación histórico-social global y las condiciones concretas de los diversos niveles de lo real social. No obstante, de lo que se trata es de identificar la dimensión racional –en tanto que relación de medios a fines– de la conducta de los sujetos de la acción social (este ‘carácter racional’ remite a una tendencia general, abstraída de la conducta efectiva, la cual por lo demás siempre está saturada de aspectos de anclaje afectivo, tradicional o valorativo). Esto supone una dialéctica del macroproceso y las micro-mediaciones: “las estructuras sociales explican las estructuras sociales por medio de los modos en que determinan las propiedades y las acciones de los individuos, que a su vez determinan los resultados estructurales sociales”¹⁵. En otras palabras, lo social se explica por lo social pero pasando por lo interindividual, esto es, el plano de las relaciones inmediatas o mediatas entre los seres humanos; en general: la sociedad es anterior al individuo, continúa y cambia como resultado de la interacción social¹⁶. Por eso resulta imprescindible

15. Levine, A.; Wright, E. O. “Marxismo e Individualismo Metodológico”. Rev. Zona Abierta #41, Madrid, 1986, p. 149.

16. La comunidad, como sistema de integración psicosocial, se configura en buena medida a partir de formas institucionalizadas de acción y pensamiento, que el individuo, inconsciente, prácticamente, interioriza-aprende durante el proceso de socialización temprana. Una interiorización, en principio y potencialmente,

una teoría de la acción, de la praxis (que conlleva una teoría de la percepción y la representación social), porque son los seres humanos de carne y hueso, concretos, los que hacen la historia, desde sus condiciones efectivas de vida, en las que enfrentan limitaciones y retos, de cuya superación o no, y de las diversas formas que los resultados pueden adquirir, depende su futuro.

Una de las razones de que los fenómenos sociales no se determinen a sí mismos de manera simple, mecánica, consiste en que este movimiento se encuentra mediado por una particular percepción del individuo, percepción que tiene calidades diferentes a partir de grados diferenciales de información y experiencia, o preconcepciones e intereses, incluso motivaciones inconscientes, deseos, inclinaciones y disposiciones, etc., del observador/actuante. Y si bien el arco de per-

no solo receptiva, que supone cierto grado, variable, de reflexión-interpretación, siempre en relación con las circunstancias sociales y la experiencia personal del sujeto, lo cual significa que puede ser examinada críticamente en la autorreflexión, en particular a partir de la incorporación a la acción social colectiva; pero que ‘normalmente’ pone la base psicosocial de la reproducción social. “Los miembros de la sociedad son herederos de la sabiduría colectiva de su época... La comunidad está compuesta en gran medida de formas aceptadas de acción y pensamiento, que el individuo aprende durante el proceso de socialización”, *ESCENARIOS Y TENDENCIAS DE LA PSICOLOGIA SOCIAL*, Collier et al. Pág 401. La socialización es el proceso psicológico fundamental de la integración social funcionalizadora, y no está completa hasta que los individuos alcanzan una situación en que los diversos ‘papeles sociales aprendidos configuran un otro generalizado’ (Mead), un concepto próximo del ‘superyo’ de Freud. Tensionada entre lo pulsional y el variable ritmo del proceso de la vida social, y en el marco de una sociedad compleja y altamente diferenciada (más acá de los conflictos estructuralmente radicados), mucho menos estable que otras anteriores, la personalidad tiende a ser moldeada por las normas, las costumbres, las creencias, el sentido común, los ideologemas de la estructura de poder, los prejuicios y la información transmitida por los mitos, narrativas y el lenguaje del grupo. Es decir, hay una construcción social de la personalidad; la comunidad nos conecta con la tradición en el mundo de la vida cotidiana.

Un aspecto de específica relevancia para el tema general de este trabajo se relaciona con la llamada ‘socialización para el consumo’, a partir de los contenidos, actitudes y valores que reciben y desarrollan los individuos, particularmente los más jóvenes, primero en la familia, luego en la escuela y después sobre todo del negocio de los medios de comunicación/industria audiovisual.

cepciones razonables tampoco es indefinido, en tanto que por su vez también constituyen un producto de la relación del individuo con el entorno, la situación o el contexto más amplio, esto es, de una interacción desarrollada en unas específicas condiciones materiales (físicas o sociales), el hecho es que su estudio y conocimiento tan concreto como posible resulta imprescindible para precisar las elaboraciones conceptuales de lo real. En otras palabras, el sentido subjetivo de la acción weberiano, el carácter finalista de la acción social ('orientada a la conducta de los demás'), particularmente de los 'interesados', es un factor autónomo, no independiente, de la figuración social, pero debe ser reintroducido en el contexto social de su génesis y desenvolvimiento, incluidos los códigos culturales comunitarios de referencia del actuante—única forma de establecer su sentido sociológico—sobre el que a su vez reopera. La subjetividad reopera sobre el mundo, la relacionalidad social y el clima cultural, en que surge y que la condiciona.

En lo que hace ya al fenómeno de la Globalización, partimos de algunas premisas bastante sólidamente establecidas. En primer lugar, de su carácter complejo, multidimensional y móvil. En segundo, y a efectos de precisar la exploración del problema, delimitamos cuatro dimensiones fundamentales: económica, político-institucional, tecnológica y cultural.

Desde el punto de vista del marxismo, la realidad se concibe como una totalidad relacional compleja en movimiento permanente a partir de sus contradicciones, desequilibrios y tensiones internas, es el movimiento combinado de lo desigualmente desarrollado (el movimiento conjunto, combinado, de partes desigualmente desarrolladas, da lugar a una totalización sin cierre definitivo, próxima a la dialéctica negativa de Adorno, —que se exterioriza como permanente evolución de lo positivo—, porque se mueve a partir del conflicto, de la lucha, por eso el futuro no es predeterminable mecánicamente). La unidad negativa, de opuestos mutuamente determinados, que nunca desaparecen del todo, nunca se diluyen, pero cuya interrelación da lugar a algo nuevo

(el problema epistémico central del surgimiento de lo nuevo, una realidad de segundo nivel, en el movimiento de totalización, siempre abierto, es la condición epistémica para entender y explicar la dialéctica de parte y todo, de macro/micro (la estructura como sistema de transformaciones)¹⁷. Desde esta perspectiva teórico-metodológica de la totalidad social en movimiento, entonces, el abordaje del desarrollo complejo e integrado, pero no-armónico, de la economía capitalista mundial. En otras palabras: el marxismo como teoría de la totalidad social parte de la multidimensionalidad del mundo social, pero de una multidimensionalidad estructurada y jerarquizada, no de un conjunto arbitrario, casual, una amalgama, hecha de elementos independientes y exteriormente reunidos, un mero rosario de 'factores', cuya contribución al resultado final fuese inestable y asistemático, es decir, un azar absoluto.

El modelo explicativo de lo histórico-social postulado por el marxismo afirma que la multidimensionalidad articulada y jerarquizada se apoya, tiene su base y condición de posibilidad general, o, como dice Marx, su anatomía, en la economía política¹⁸; un análisis de lo social que ignore el fundamento de economía política se condena, más allá de sus posibles méritos puntuales, a un fenomenismo impresionista más o menos acusado; 'se puede saber bien falsamente', dice Hegel (por supuesto, se da también la recíproca: solo desde el fundamento de economía política no se puede hacer un completo análisis social, no basta con la 'anatomía', como bien sabían Marx y Engels); este es el criterio teórico-metodológico desde el que se aborda un complejo inte-

17. El problema epistémico central del surgimiento de lo nuevo, abordado, cada uno a su manera y en relación con sus muy diferentes preocupaciones, por Trotsky y Piaget, permite pensar la superación teórico-metodológica tanto de la predeterminación como de la falta de sentido a posteriori del proceso de lo real. Desde el punto de vista del marxismo, el tema encuentra su mejor formulación en la teoría del desarrollo desigual y combinado. *LEY DEL DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO*, L. Trotsky, G. Novack, N. Moreno. Ed. Pluma, Bogotá, 1977.

18. Karl Marx. *CONTRIBUCION A LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA*. Ed. Alberto Corazón. Madrid. 1978. Págs. 41 y sigs.

grado y autocondicionante, que surge de, se mueve en y da lugar a condiciones históricas concretas, transformables en la acción práctica de individuos humanos, cuyo actuar hace el devenir histórico¹⁹. Lo real es más rico que cualquier esquema teórico, pero podemos alcanzar el mundo con el pensamiento, de manera aproximada, por aproximaciones sucesivas, lo suficiente como para encaminar racionalmente la acción y hacer conscientemente la historia, de acuerdo a nuestras necesidades y aspiraciones. Para ello necesitamos teorías satisfactorias, epistémica y sustantivamente (del mayor poder explicativo posible).

Lo 'económico', en sentido amplio de producción y reproducción de la vida material, aporta la base, la condición de posibilidad general y la dimensión estructurante principal del proceso como un todo²⁰; 'la determinación en última instancia' de lo social por lo económico se reconoce así como un criterio de inteligibilidad, un instrumento epistémico, de notable poder explicativo, al menos en las condiciones histórico-culturales hasta ahora conocidas por el ser hu-

19. "Así como la burguesía con la industria en gran escala, la competencia y el mercado mundial, disuelve en la práctica todas las instituciones estables, largamente honradas, así también esta visión dialéctica del mundo disuelve todas las concepciones de verdad absoluta y última y de estado último y absoluto correspondiente a esta. Para ella nada es final, absoluto, sagrado. Revela el carácter transitorio de todo en todo; nada puede perdurar después de ella, excepto el ininterrumpido proceso de aparición y desaparición...", Engels, *LUDWIG FEUERBACH Y EL FIN DE LA FILOSOFIA CLASICA ALEMANA*.

20. Se trata de un criterio metodológico fundamental, el nivel general de la producción social es la base de las particularidades y el grado de desarrollo cultural de un pueblo. Las instituciones que moldean la psicología de un pueblo o comunidad, las mentalidades, las ideas, objetivos y sensibilidades, están en relación con la forma de organización de la vida social y el nivel tecnológico alcanzado en su metabolismo con el entorno natural. El contexto o marco cultural predominante en una civilización basada en la propiedad privada y la competencia, tiende a fraguar un tipo especial de ser humano, lo cual desempeña un papel decisivo en la reproducción social. El criterio general permite entender las diferencias de mentalidad entre los pueblos aborígenes y los invasores europeos, o el calado que alcanza el individualismo como rasgo psicosocial en el mundo burgués. A lo urbano y lo rural, así como a la condición de clase, corresponden marcadas diferencias culturales y de mentalidad.

mano²¹. Tal premisa ha de integrarse en las harto complejas relaciones del entramado social concreto de este naciente siglo XXI, en el que, además, a diferencia de otras épocas o momentos donde lo político o lo religioso, tomados en su autonomía relativa, juegan un papel claramente decisivo en la modelación fenoménica de los acontecimientos, lo

21. Todo evento, objeto o fenómeno, en lo real está sobredeterminado, es multi-causalmente producido, por la interrelación de los diversos determinantes, y esta interrelación, en el mundo social, es totalizada en fin de cuentas y a través de todas las mediaciones necesarias por las condiciones materiales de la producción y reproducción de la vida social, por la forma cómo se organizan los seres humanos para proveer a sus necesidades, vitales e históricas, y sobre la base del nivel alcanzado por sus fuerzas productivas (lo que incluye el conocimiento, práctico y teórico, como potencia transformadora y de autoconstitución humana).

Engels insiste sobre este asunto del modelo explicativo del marxismo, de la totalidad compleja en devenir, la autonomía relativa e históricamente modeladora de la superestructura y la heterogénesis de los fines (consecuencias no buscadas de la acción): "...ya tenemos ahí el Estado. Luego, ocurre algo parecido a lo que ocurre con el comercio de mercancías, y más tarde con el comercio de dinero (que, en su autonomía relativa, funcionan de acuerdo a una dinámica propia): la nueva potencia independiente tiene que seguir en términos generales al movimiento de la producción, pero reacciona también, a su vez, sobre las condiciones y la marcha de esta, gracias a la independencia relativa a ella inherente... Es un juego de acciones y reacciones entre dos fuerzas desiguales: de una parte, el movimiento económico, y de otra, el nuevo Poder político... que, una vez instaurado, goza también de movimiento propio. El movimiento económico se impone siempre, en términos generales, pero se halla también sujeto a las repercusiones del movimiento político creado por él mismo". Y continúa elaborando el criterio en relación con el Derecho, las ideologías (las construcciones discursivas solo son ideológicas si no se es consciente o no se reconoce su carácter invertido, su relación con 'el movimiento económico', con la base material y las relaciones sociales que le dan forma), la Filosofía y la política (de la religión 'ya he dicho lo necesario en el último capítulo de mi libro sobre Feuerbach): "si Barth cree que nosotros negamos las repercusiones de los aspectos políticos, etc., sobre el movimiento económico, *lucha contra molinos de viento*. Le bastará leer *EL 18 BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE*, de Marx, obra que trata casi exclusivamente del papel especial que desempeñan las luchas y los acontecimientos políticos, claro está que dentro de su supeditación *general* a las condiciones económicas". En *EL MATERIALISMO HISTÓRICO SEGÚN...*, págs. 34-39. Sus fórmulas generales pueden, y están pensadas para, ser sutilizadas en su aplicación metodológica a ámbitos nuevos y peculiarmente mediados, pero permanecen como la base, el método, de toda aproximación marxista.

económico, ahora en sentido restringido, como economía de mercado y mercantilización de la vida cotidiana, interviene además como un motivador directo adicional de las conductas, intereses mediante.

Las características generales del capitalismo, la propiedad privada de las fuentes de riqueza, la explotación del trabajo, la acumulación ampliada, la competencia, la conquista de mercados, la innovación técnica, la internacionalización, permiten captar crítico-racionalmente la lógica amplia del proceso, subyacente al torrente de hechos y a la multiplicidad desjerarquizada, misma que en el mundo de la pseudo-concreción, de la vida cotidiana alienada (Kosik, Lefebvre), se torna opaca o indistinguible por la naturaleza fortuita, anónima, de su 'natural' desplegarse, no controlado conscientemente por los individuos asociados, pese a que son los verdaderos y únicos protagonistas del proceso (es decir, los individuos, en su actuar y reaccionar cotidianos, operan con un nivel de conciencia más bien deficiente, cuando no del todo ausente, del contexto social amplio condicionante y de los efectos sobre el devenir sociocultural de su propia conducta e interacción); lo cual produce esa apariencia de flujo desestructurado y por completo azaroso, amenazante, que alimenta las representaciones y sentimientos de desamparo e impotencia, de exterioridad opresiva, de las que se sostienen las ideologías naturalizantes de lo histórico (que desocializan el comportamiento/acción individual, reduciéndolo al capricho o a la operación del homúnculo calculador).

Una teoría de la totalidad social compleja y en devenir, fundada en un análisis de economía política y del conflicto de clases, permite eludir las ilusiones y fantasías interesadas del fetichismo tecnológico, por ejemplo, o aún, los constructos de las metafísicas de la historia, cuando muy perspicaz, pero unilateralmente, consiguen captar 'el orden emergiendo del desorden, del caos' (razón por la cual la generalidad de las teorías sistémicas tienden a negligenciar o desjerarquizar el 'papel del individuo en la historia', de la subjetividad, haciéndose susceptibles o merecedoras de las críticas

que les imputan desconocer el hecho de que 'si bien lo social se explica por lo social, esto no se da sino mediado por lo microsocioal'). Cualquier teoría de lo social que infravalore el 'papel del individuo en la historia', está condenada al fracaso de conjunto, más allá de aportes parciales, más o menos importantes (es el caso del estructural-funcionalismo, que sin embargo, contribuyó notablemente a la comprensión del concepto de estructura). En el marxismo, la concepción de la historia como proceso abierto y agonal, como 'serie de bifurcaciones en las que el *factor subjetivo* –conciencia, organización, iniciativa–, de los oprimidos se torna decisivo' (M. Lowy), resulta constitutiva y ordenadora, teórica y metodológicamente; de lo contrario una teoría de la transformación social, activa y consciente, resulta imposible.

Tales características generales dejan ver que la 'Globalización' se apoya, en su génesis, en la maduración de ciertas potencialidades desarrolladas por el capitalismo como culminación del período de la segunda posguerra. La crisis de los años setenta marca, primero, el límite de una forma de acumulación y regulación del sistema y, luego, su sustitución por otra mediante una reestructuración que, apoyándose en posibilidades reales, es conducida políticamente: la 'revolución neoconservadora', el Consenso de Washington, 'economía de la oferta', etc.

La dimensión económica es condición de posibilidad porque en su ausencia los rasgos restantes aun estando presentes no consiguen realizarse, madurar, desatar, por su vez, todo su potencial sobre el todo y el devenir, manteniéndose como rasgos subordinados, presentes pero no desplegados, o subsumidos en una totalidad no, pre o semicapitalista. La mejor ilustración de este criterio es la llamada 'modernidad': un complejo integrado de elementos, en parte preexistentes, surgidos en distintos momentos y períodos históricos, incluyendo la antigüedad clásica y la tradición semítica, pero que solo alcanzan un punto de condensación, solo confluyen en una totalidad históricamente singular, que determina y redefine cada uno de los componentes integrados, a par-

tir del lento emerger, de las entrañas del Medioevo, de un nuevo elemento, nuevo en su peso y dinámica, la burguesía como clase social, que, al fortalecerse en los siglos XII a XV, va extendiendo unas relaciones sociales dominadas por el capital, que se constituirán en el 'factor' (re)totalizador del disperso conjunto previo.

Ya a mediados de los años ochenta, un autor reconocido como Osvaldo Sunkel, hablará de la 'internacionalización' económica creciente²². La tendencia se manifiesta en la acelerada internacionalización del sistema bancario privado, que comienza a perfilarse desde fines de los años 60, el surgimiento de megacorporaciones transnacionales, a partir de un fuerte impulso en las fusiones y adquisiciones, de la exacerbación de la competencia en el mercado mundial, efecto de las desregulaciones y aperturas, o en el fenómeno de la deuda y la crisis a que conduce. En suma, dentro de la multidimensionalidad del proceso, lo económico es en simultáneo un aspecto y el motor principal.

Por supuesto que esto instala, implícita o explícitamente, una polémica con los autores o corrientes de pensamiento que han abordado el fenómeno de la Globalización capitalista, o de la 'modernidad' tardía, sin un fundamento de economía política, esto es, presentándola como un período histórico del todo o fundamentalmente diferenciado del orden social capitalista, con lo cual se ofrece un campo fértil para el florecimiento de toda suerte de formulaciones, que más allá de exploraciones y hallazgos puntuales, de diverso valor, cuando los hay, renuncian desde la partida a la posibilidad de ofrecer una perspectiva de conjunto satisfactoria, sólida, como ejercicio de un pensar que busca alcanzar el mundo, mediante aproximaciones sucesivas, capaz de acomodar y dar sentido estructural y genésicamente a la multiplicidad de elementos y relaciones que organizan, informan, el objeto. Este tipo de formulaciones, con independencia de

22. Sunkel, Osvaldo. "Las relaciones centro-periferia y la transnacionalización". Pensamiento Iberoamericano 11, Madrid, 1987.

sus eventuales aportes al acervo de conocimientos teóricos y empíricos de lo social, dejan ver una y otra vez sus insuficiencias metodológicas y epistemológicas (fundamentalmente, el individualismo y el fenomenismo, así como las visiones que fragmentan, deshistorizan y fetichizan lo real social), expresadas en la incapacidad para captar el objeto de estudio, como totalidad-singularidad, en su complejidad relacional y devenir.

En lo tecnológico, las innovaciones en informática, comunicaciones y transportes, por un lado, son el producto de años y décadas de gastos, o inversiones de capital, en investigación y desarrollo, dirigidas en buena medida por grandes corporaciones y por lo general apoyadas en subsidios y contratos estatales (la industria aeroespacial, vinculada al complejo militar-industrial, es el caso mejor conocido). Se trata de recursos producidos por el funcionamiento económico que, separados del consumo, son orientados a financiar la inversión en la búsqueda de novedades que incrementen la productividad del trabajo y por supuesto la rentabilidad del capital. Es decir, las innovaciones no salen de la chistera de algún mago, ni obedecen al capricho o a algún oscuro 'instinto de curiosidad' antropológicamente constitutivo, se 'construyen' a partir de las necesidades y posibilidades generadas en cierto punto por la dinámica de la vida económica dirigida por el capital y su constitutiva búsqueda de ganancias siempre mayores, dinámica en la cual la competencia entre corporaciones es un aspecto de significación estructural²³. En general, desde *EL MANIFIESTO*, sabemos que el capitalismo tiende 'naturalmente' a producir innovaciones por la propia lógica de su movimiento,

23. Max Weber reconocía este aspecto teórico-metodológico fundamental ya a comienzos del siglo XX, en *ECONOMIA Y SOCIEDAD*: "La cabal orientación económica del llamado proceso tecnológico por las probabilidades de ganancia es uno de los hechos fundamentales de la historia de la técnica. Pero esta orientación económica no ha sido exclusiva... Por supuesto, en todo tiempo y especialmente ahora, el centro de gravedad del desarrollo técnico está en su condicionamiento económico...". M. Weber, *ECONOMIA Y SOCIEDAD*. FCE, México, 1977, p 49.

pautado por la necesidad de bajar el peso del costo del trabajo en el precio por unidad, sustituyendo 'trabajo vivo' por 'trabajo muerto', cristalizado, y por los estímulos originados en el carácter intrínsecamente competitivo del sistema. Así organiza y estimula, sistémicamente, las aptitudes y la conducta de los 'innovadores', que luego, en el plano de lo microsocial, alcanzan toda la autonomía relativa y la impredecibilidad observada. La innovación, como rasgo sistemáticamente incorporado, no como evento episódico o mero resultado del genio individual, viene estimulada, bajo el capitalismo, por una cierta forma, nivel y ritmo de la acumulación de capital, que crea la oportunidad objetiva y las condiciones del incentivo subjetivo. Por otro lado, si el desarrollo técnico se ve orientado por el condicionamiento económico, esto permite entender sus desequilibrios, incluso absurdos, subordinado a la competencia y rentabilidad de las corporaciones y solo secundariamente vinculado a la atención de necesidades (sustitución de combustibles fósiles y temas de salud y ambientales, por ejemplo).

El gran mercado de consumo productivo generado por el enorme y extendido sector de granjeros en los EU de mediados del siglo XIX, es la base para entender el sostenido ímpetu no solo de la industrialización, también del temprano descollar norteamericano en la innovación tecnológica (que sin embargo, se mantuvo, en lo fundamental, por detrás del británico y alemán hasta el final de la segunda guerra mundial, cuando el considerable salto y predominio económico estadounidense generó las condiciones para el correspondiente progreso en el terreno técnico, particularmente acicateado claro por el clima de rivalidad militar con la URSS, poderoso estímulo desde siempre, el militar, como se sabe, para el avance científico-técnico; aparte de que hasta el presente la economía norteamericana funciona como una enorme aspiradora de talento del mundo entero)²⁴. Para

24. El potencial del mercado interno generado por los granjeros, la gigantesca afluencia de energías y capacidades de la inmigración, junto a la gran disponibilidad de tierras y materias primas decisivas para el desarrollo capitalista (hierro, car-

sostener un proceso de desarrollo industrial-tecnológico relativamente autónomo, bajo control de capitales locales, se requiere un cierto nivel de acumulación de capital (en las primeras fases normalmente radicado en el sector primario) y un mercado interno capaz de sostener en el tiempo la carga principal del esfuerzo, estableciendo retroalimentaciones y sinergias, al que se suma el mercado externo, en grado variable y de acuerdo con condiciones políticamente condicionadas (cada vez más relevante en la medida que el sistema de conjunto avanza en la internacionalización, pero aún por detrás del interno, espacio donde continúa desarrollándose más del 80% de la actividad económica de la mayor parte de países, en particular de los centrales). El papel y los impactos y consecuencias del capital extranjero varían notablemente según la fase de la historia del capitalismo, o la región del mismo, en que se sitúe el objeto de estudio (no es lo mismo bajo el capitalismo de libre competencia que en las condiciones del imperialismo clásico o el capitalismo tardío; tampoco son las mismas reglas las del flujo de capitales entre países metropolitanos que de los centrales a los periféricos, por las posiciones de fuerza bajo las que se realiza el tráfico).

Por otro lado, estas innovaciones reoperan sobre el proceso económico, potenciando su marcha, abriendo nuevas ramas de la producción, creando nuevas necesidades, también nuevas tensiones (laborales, ambientales, culturales, geopolíticas), lanzándolo hacia nuevos límites, desplazando la frontera de lo factible y hasta de lo posible. A Engels y Marx no se les escapa el decisivo papel que desempeñan en la multiplicación de la producción, el salto en la productividad y en el ritmo de la circulación internacional del capital, como condición de posibilidad del acelerado despliegue del mercado mundial, la revolución en los transportes y las telecomunicaciones de la primera mitad del XIX. Lo mismo

bón, petróleo), todo ello sumado al inicial aporte del capital británico (en el crucial rubro de ferrocarriles, p.e.), incapaz por otro lado, en las condiciones aún vigentes del capitalismo de libre competencia, de copar las fuentes de acumulación local de capital, aportan la base para entender la notable evolución norteamericana del XIX. Ver Mandel, *EL CAPITALISMO TARDIO*, capítulos II y XI.

vale para la revolución tecnológica de fines del siglo recién pasado. De esta manera, lo tecnológico, en su autonomía relativa, al responder, primero, a necesidades y posibilidades ya inscritas, y, después, cumpliendo un papel activo, al ser efecto y causa, sucesivamente, se instala como un factor necesario en la irrupción de la globalización.

Un tercer aspecto del fenómeno es el de lo político-institucional. Ya se ha apuntado que, en nuestra época, lo económico es también político, que el movimiento de lo económico no responde a un mero automatismo. Esto es, que el despliegue en profundidad de ciertas tendencias económicas, y no de otras, conlleva decisiones, involucra individuos y grupos situados en posiciones gravitantes de poder. Grupos e individuos en posesión de recursos políticos e institucionales tales que les habilitan a incidir de manera relevante sobre el funcionamiento de la 'máquina' económica, manipulando instrumentos de política, monetaria o fiscal, de asignación de recursos, de definición de objetivos y metas, o, también, induciendo expectativas entre los actuantes situados en los más diversos niveles; grupos e individuos que controlan o ejercen una influencia decisiva sobre el sistema de toma de decisiones, formal o informal. La burguesía como clase social ha creado una máquina económica, de impresionante desempeño, que en unos cuantos siglos ha trastornado milenios de morosa evolución cultural y recreado profundamente el panorama y los cimientos del mundo social, ensanchando espectacularmente el horizonte de las posibilidades humanas; pero el sistema padece un insuperable carácter contradictorio –constitutivo, connatural– y da lugar a tensiones y conflictos, permanentes y de variable intensidad, y como no vivimos en un mundo puramente económico, necesita ser políticamente gobernado.

Desde el punto de vista de la ideología clásica de la burguesía moderna, el liberalismo tradicional, la intervención debe reducirse al mínimo posible y sobre todo respetar los automatismos del artefacto, el mercado, en esta visión, metafísicamente naturalizado, so pena de provocar distor-

siones contraproducentes²⁵. En los momentos de mayor exaltación y entusiasmo, se ha llegado a afirmar, Smith incluido, que tras el mecanismo naturalizado, que funciona tanto mejor cuanto menos se lo perturba, opera la voluntad de la divina providencia, la mano invisible, en último término, es la mano de dios²⁶; para el teísmo racional, el mercado como mano invisible se concibe como manifestación de la divina providencia, ‘dios ha ordenado la vida económica y sobre esto se funda la armonía social’; enfrentarse o cuestionar la ley natural que subyace al mercado, entonces, no solo sería estúpido, por los grandes beneficios que su automatismo procura; como graciosa donación del padre-creador, sería negar la existencia misma de dios y la justicia del orden natural por él impuesto. Von Hayek agregará el alegato contra la ‘fatal arrogancia’ del racionalismo que, al intentar orientar conscientemente el curso económico, acaba por violentar la tendencia espontánea al equilibrio del mercado como sistema autorregulado, con lo cual lleva inevitablemente al descalabro económico y al totalitarismo político-social²⁷.

25. Concepción que se corresponde con y reproduce la rígida separación, introducida en la temprana modernidad burguesa, entre naturaleza y cultura (espíritu). La segunda define el ámbito de lo que el ser humano puede conocer y controlar, lo regido por el principio de autonomía; por contraste, ‘naturaleza’ es el nombre de lo que está destinado a moverse según su propia lógica, ciega y necesaria, y que se encuentra más allá, y solo puede estarlo, sea por voluntad supernatural o por algún determinismo causal-mecánico, de toda posibilidad de intervención racional humana; separación que no puede ser desafiada sin violentar la ‘ley natural’, que es evidentemente ofender la ‘ley de dios’. Es el carácter básico de toda forma de alienación, la exterioridad radical de sujeto y objeto, y la opresión del primero por el segundo.

26. Esta naturalización metafísica del mercado constituye una buena ilustración de lo que Daniel Bell llamó ‘superficial racionalidad de las apariencias’ (en su comentario sobre Marx y Freud), que oculta la ‘irracionalidad’ fundamental del orden.

27. Es el tema central en los trabajos ensayísticos de von Hayek, desde *CAMINO DE SERVIDUMBRE*, sobre todo en el ensayo “Condiciones materiales y fines ideales”, hasta *LA ARROGANCIA FATAL* y “La pretensión del conocimiento”, en *¿INFLACION O PLENO EMPLEO?* Unión Editorial. Madrid. 1976. El empeñoso ataque de Hayek contra la ‘arrogancia racionalista’ y el ‘orgullo y la hybris utópica’ y su elogio de la ‘humildad’ intelectual, está en directa relación con el tradicional fervor antintervencionista del liberalismo clásico. En la medida en que ‘el socialismo constituye un error fatal de orgullo intelectual o científico’,

Normalmente, sin embargo, la mayor parte de los liberales reconocen, prácticamente al menos, la necesidad de intervenir para regular el funcionamiento de la máquina, intentando neutralizar oscilaciones particularmente bruscas, inevitables y recurrentes, por otro lado, considerando que se pretende que ‘los infinitos egoísmos individuales forman un todo armónico’, sin violentar y en acuerdo con, lo que se considera, sus parámetros o tendencias más amplias, pero orientándola en su funcionamiento regular, gestionando el ritmo, suavizando las turbulencias, y sobre todo reconociendo la necesidad de tomar decisiones en el marco de las posibilidades a las que conduce, considerando datos políticos, sociales y morales. Esto es lo que se reconoce en voz alta; en realidad, la intervención resulta indispensable para incidir y tratar de lograr algún control sobre la dinámica objetiva e inherente del mercado capitalista al desequilibrio, consecuencia del conocido carácter ‘anárquico’ de la producción capitalista²⁸. Es esto lo que subyace al hecho de que en la época que vivimos sea la ‘economía’, no la posibilidad de guerra, como solía ser hasta no hace tanto, lo que causa ansiedad a la casi totalidad de las personas del mundo (‘en la ausencia de planificación radica el origen de la incertidumbre económica’), y de que la economía sea conocida, desde Carlyle, como ‘la ciencia triste’, por su proverbial y embarazoso fracaso reiterado, teórico-metodológico y práctico, en relación con el abordaje del escurridizo objeto de sus empeños y desvelos. Por su vez, esto explica los interminables debates, y ausencia de acuerdo, en lo tocante a aspectos fundamentales de la disciplina, entre las diversas escuelas de

cuando por ‘socialismo’ se entiende cualquier tipo de intervención estatal que exceda la mera defensa de la propiedad y la tutela del cumplimiento de los contratos, Hayek no hace sino desarrollar un escepticismo epistemológico que ya está presente, implícita o explícitamente, en Mandeville o Smith.

28. Sobre el tema general de la intervención estatal y las funciones económicas directas e indirectas del Estado a fines del siglo XX, ver el capítulo XV del *CAPITALISMO TARDIO* de Mandel.

pensamiento consideradas de corriente principal, no alternativas o contrasistémicas²⁹.

Un segundo aspecto de lo político en la globalización remite al tema de las relaciones de fuerza en el campo de los enfrentamientos entre diversos sectores sociales, es decir, a la lucha de clases, en general. Las confrontaciones –y alianzas, negociaciones– entre los distintos grupos y fracciones de clase, los intereses e ideologías y sensibilidades que entran en juego, compitiendo por establecer una definición de la realidad afín a sus aspiraciones y formas de ver, son las que finalmente modelan lo real, el curso de los acontecimientos (que en seguida se objetivan como el ámbito condicionante y de opciones de la acción ulterior): el futuro surge del presente como actualización de posibilidades, siempre en dependencia del resultado de las oposiciones y contiendas entre diversos proyectos.

El llamado Estado de Bienestar aparece, teórica y prácticamente, en estrecha vinculación con los desafíos que enfrenta el orden establecido alrededor de la primera mitad del siglo pasado. Para Keynes³⁰, claramente se trata, en los años treinta, de activar la capacidad de intervención del Estado para moderar los efectos socialmente perturbadores del ciclo económico, del mercado que opera sin restricciones, introduciendo instrumentos de regulación política, a fin de ‘salvar el sistema de empresa privada’. La crisis de los treinta y la amenaza de la revolución social anticapitalista, además de las experiencias, tan notablemente diferentes en

29. Si se aplicara el criterio de falsabilidad de Popper, uno de los fundadores de la liberal Sociedad de Mont Pelerin, a las diversas escuelas de la economía convencional, de los neoclásicos al keynesianismo, pasando por los austríacos, monetaristas y las diversas ‘heterodoxias’, el resultado sería la mutua refutación-falsación de las diversas corrientes. Sobran los ‘experimentum crucis’ que no superaron.

30. Keynes, John Maynard. “El final del laissez-faire”, en *ENSAYOS SOBRE INTERVENCION Y LIBERALISMO*. Ed. Hyspamérica. Madrid. 1985. Mattick, Paul. *MARX Y KEYNES*. Capítulo I, “La revolución keynesiana. Ediciones ERA, México, 1975.

cuanto a su origen y contenido, de dirección política de las fuerzas económicas, en la URSS, la Alemania Nazi y el New Deal norteamericano, entre otras, lo llevan a proponer una conceptualización económica en ruptura con el liberalismo leseferista y lo que consideraba pretensiones absurdas del libremercado desenfrenado, que se traduce prácticamente en una política económica orientada a la moderación de los ciclos. En la medida que un sistema económico de mercado, librado a sus inclinaciones 'naturales', no es garantía del bienestar de todos o de una mayoría significativa, ni de la generación correspondiente de empleo, pensaba, entonces la intervención del Estado se vuelve inevitable, necesaria. De manera que el Estado debía intervenir en la economía, ejercer controles y asumir la iniciativa en la tarea de superar la crisis, apuntalando la demanda y las inversiones, estimulando el empleo y el consumo. En otros términos, había que literalmente reformar el capitalismo³¹.

Entre otras cosas y en reconocimiento de los anclajes político-sociales del fenómeno económico, el modelo incorporará como elemento necesario la 'negociación tripartita', mecanismo que introduce una suerte de concertación permanente entre el Estado, la patronal y los sindicatos, para la definición en líneas generales de las políticas, que más allá de las insuperables tensiones y desencuentro de intereses, busca institucionalizar el conflicto social básico, domesticándolo o haciéndolo manejable, hasta incluso funcionalizarlo, tornándolo en un elemento impulsor de la demanda solvente y de la acumulación.

El éxito histórico-político resonante de tal estrategia, el haber logrado cerrar la mayor crisis registrada del sistema mercantil, el hecho de que Keynes se haya granjeado el mote de 'salvador del capitalismo', al proponer los aspectos básicos de la teoría y la política económica de la intervención del Estado para equilibrar la economía, estimulando todo

31. Reale, G.; Antiseri, D. *HISTORIA DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO Y CIENTIFICO*. Tomo III. Ed. Herder, Barcelona. 1988. pág 792 y sig.

el complejo engranaje de la maquina capitalista, solo puede ser cuestionado, hoy en día, por recalcitrantes ideólogos ultraliberales, o publicistas bien pagos, interesados en una demasiado burda reescritura del pasado. Pero, como bien sabía su autor, el trayecto más halagador del artilugio se anunciaba marcado por la suprema ironía: estaba indefectiblemente condenado a ser la principal víctima de su propio éxito. Como política anticrisis, su vigencia como teoría y práctica de la gestión macroeconómica estaba limitada por el cumplimiento de su meta, estabilizar y relanzar la actividad económica, rearticulando su estragado mecanismo, introduciendo dispositivos de control y de regulación política capaces de operar de manera preventiva o moderadora de las oscilaciones más violentas e intensas, y, sobre todo, estableciendo las condiciones internas para un vigoroso y prolongado período de expansión³².

Tras veinte años de boom expansivo, período por algunos denominado época dorada del capitalismo, en los años setenta, las técnicas keynesianas parecen perder efectividad. La economía mundial, con epicentro en los centros metropolitanos, se sume en una combinación de alta inflación y desaceleración/bajo crecimiento, ocasión que los ideólo-

32. En este pasaje, subrayo el indiscutible mérito intelectual y la estatura histórico-política de Keynes en la superación de la profunda crisis capitalista de mediados del siglo XX. Por supuesto, todo su actuar y sus resultados se dan y se hacen posibles en el marco de un contexto social amplio marcado por una aguda, mortal, confrontación político-social en la lucha de clases más extrema y abierta, en cuyo curso y resolución solo se hace posible entender, adquiere completo sentido, finalmente, toda la enorme figuración de la intervención de Keynes. Estamos ante un caso típico de un obrar individual, de enorme repercusión, que sin embargo no escapa al principio-fundamento de que solo se hace posible a partir de las condiciones situacionales e histórico-sociales imperantes, y que reobra con gran eficacia sobre estas de vuelta. Como parte de ese marco histórico general, resulta evidente que la política de la Unión Soviética y el stalinismo internacional, en las postrimerías de la segunda guerra mundial, cumplió un papel de primera línea en el freno a los movimientos anticapitalistas (el PCF llegó a tener más de 800 mil miembros en los primeros años de la postguerra) y, desde ahí, en las posibilidades de estabilización y recuperación del orden burgués, notoriamente en la Europa occidental.

gos liberales aprovecharán para tomar una revancha largamente esperada, desplazando a los 'intervencionistas' e instalándose en los puestos de mando, político, institucional, empresarial, académico, periodístico, copando el clima ideológico y representacional, hasta el punto de instalar un nuevo sentido común, alcanzando un poder cuasi absoluto. Así se abre la década de los ochenta, de Thatcher a Pinochet, de Friedman a Vargas Llosa, la del fin, en América latina, del ensueño desarrollista, de la implacable deuda externa, del tecnicismo monetarista, del pesado aliento neoliberal.

Pero una de las claves de inteligibilidad de la nueva situación, normalmente disimulada por un relato unilateralmente económico, es la de la nueva relación de fuerzas. A finales de los setenta, el sistema no enfrenta el mismo orden de contestación que debió encarar Keynes (o Beveridge). Más que recuperado, el capitalismo se ha proyectado a sí mismo, alcanzando niveles de complejidad y despliegue inéditos, en el mismo momento en que la Unión Soviética tiende al estancamiento económico, provocado en medida decisiva por los efectos acumulados del despotismo burocrático y la clausura del sistema político, y encara un gran desencantamiento con el modelo político-institucional que representaba³³.

Es esta nueva relación de fuerzas, este cambio radical de la situación respecto de los años 30 y 40 (por la espectacular recuperación del capitalismo metropolitano), lo que permite enfrentar la generalizada crisis económica de los setenta abandonando los criterios prevalecientes en la segunda posguerra y recurriendo a orientaciones más típicamente liberales, esto es, de retirada/redefinición del papel del Estado (la fórmula de Reagan, candidato, fue: 'no tenemos problema con el Estado, el Estado es el problema') y de apertura y desregulación de los mercados. Así se abre una década turbu-

33. La dictadura burocrática, irracionalmente temerosa de las fotocopiadoras, recientemente introducidas, no podía sino obstruir el desarrollo de las tecnologías informáticas y de la comunicación, especialmente las redes de ordenadores y el flujo de datos e información.

lenta, con una escalada de las tensiones y conflictos y repleta de eventos cuya completa significación solo más tarde será suficientemente apreciada. Desde la gran huelga minera en Gran Bretaña, emblemática de la literalmente heroica resistencia al tatcherismo, y la de los controladores aéreos norteamericanos, hasta la irrupción de Microsoft como mensajero del futuro. La década se cierra con el derrumbe del 'socialismo' burocrático en el este europeo.

La nueva situación reúne, ahora sí, todas las condiciones para el empuje definitivo de lo que Joachim Hirsch ha denominado 'una ofensiva capitalista en la lucha de clases'³⁴. La flexibilización de los mercados laborales (rasgo central del capitalismo contemporáneo), que lleva a más desempleo³⁵, deterioro de la calidad del empleo creado y caída de las remuneraciones, además de recortes de gastos sociales y un importante aumento de la productividad del trabajo por efecto de avances tecnológicos ahorradores de fuerza de trabajo, se

34. Joachim Hirsch. "Qué es la Globalización". Rev. Realidad Económica 147, Buenos Aires, 1997.

35. "El desempleo es, sin dudas, uno de los problemas más graves que enfrentan los trabajadores de todo el mundo. Los economistas burgueses realizan intrincadas discusiones entre sí sobre la forma de resolver o atenuar este problema. Pero siempre terminan, por uno u otro camino, aconsejando a los trabajadores que se 'capaciten', como modo de competir en un mercado de trabajo cada vez más difícil, y que acepten una mayor flexibilidad laboral, lo que impulsaría mayores inversiones y creación de empleos... Pero luego de décadas de capacitación y flexibilización, el desempleo ha tendido a crecer y el saldo neto de la 'globalización' ha sido un importante aumento a nivel mundial...", Alejandro Iturbe, "Desempleo: un rasgo estructural del capitalismo". Revista Marxismo Vivo #2, Sao Paulo, 2001. En el límite, sobre todo en la periferia, la desocupación masiva y crónica da lugar a un tipo social que desborda los límites del clásico ejército industrial de reserva, gente que a lo largo de su vida nunca, o casi, ha tenido un empleo, lo que les ha obligado a sobrevivir en el cuentapropismo, la venta ambulante o alguna variante de informalidad de subsistencia. Lo que permite entender la extensión de la psicología del desclasado, la cultura lumpen y los comportamientos políticos erráticos, o de absentismo, correspondientes. La menor cantidad de empleo generado, en relación con el volumen de capital invertido, empuja otra tendencia: la abrupta caída de la tasa de natalidad, fenómeno que por su vez se irradia e interactúa con los distintos niveles y dimensiones, y sus relaciones, de lo real social, y cuyos efectos, no del todo anticipables, impactan directa e indirectamente sobre la dinámica del cambio cultural.

traducen en un sostenido incremento de la tasa de explotación del trabajo que sostiene un jugoso incremento de las ganancias de las empresas, y de los ingresos de los altos ejecutivos, y/o sostiene las estrategias corporativas para sobrevivir en un ambiente de mortalmente agudizada competencia empresarial, derivada de la apertura de las economías locales y el salto en la internacionalización económica (deslocalización de la producción, política de cielos abiertos –que liquidó a todas las grandes líneas aéreas norteamericanas de los setentas–, negociaciones para la liberalización del comercio internacional y la protección de las inversiones y ‘propiedad intelectual’ –esto último, en realidad, monopolios legales, como bien reconoce Krugman–, etc.). Un conjunto de medidas que en general responden a la necesidad de recomponer la tasa de ganancia y a reforzar la dominación de clase, a debilitar la capacidad de resistencia de los explotados y oprimidos.

La mundialización, en su dimensión política, conlleva pues una nueva correlación de fuerzas, surgida de lo que puede ser caracterizado como una sucesión de derrotas del proletariado (trabajadores asalariados) en la lucha de clases, expresada en una considerable degradación de las condiciones de vida y trabajo³⁶, pérdida de conquistas sociales, caída

36. La progresiva degradación del trabajo es un rasgo central del período. El móvil de tal degradación es la enorme presión social para aumentar la productividad, la explotación del trabajo, en medio de una tremenda exacerbación de la competencia en los mercados. El incremento de la precariedad se expresa en la multiplicación de los contratos temporales, alternados con períodos de desempleo, los ‘minijobs’ en Europa, la subcontrata o ‘outsourcing’, flexibilización de las normas de despido y su abaratamiento, violación de las regulaciones de salario mínimo; la mayor parte del empleo que se genera es en niveles de baja o media cualificación, particularmente en el sector servicios, con remuneraciones más bajas que en el sector industrial, en promedio, y con menor prestigio social; con tareas rutinarias y tediosas, ritmo agotador (industria de la confección, ‘call centers’); empleos inestables y sin seguridad social, con ampliación de la jornada laboral semanal, que ofrecen poca o ninguna satisfacción personal, posibilidades de ascenso o de ‘carrera profesional’. Todo lo cual provoca, entre los trabajadores, incertidumbre, socava la autoconfianza y desmoraliza, atomiza y resulta devastador para la capacidad de resistencia como clase (probablemente desviando la expresión del descontento y la resistencia, que por supuesto no desaparecen, hacia otras formas de expresión). Es decir, más precariedad, menos

relativa o absoluta de las remuneraciones, incremento de la tasa de explotación, aumento de la desigualdad en ingresos y riqueza, y por supuesto en la atomización que se sigue del retroceso en los niveles de organización y en la misma conciencia de pertenencia, de clase etc. Los nuevos modos de organización del trabajo, la acelerada y masiva introducción de innovación tecnológica orientada al ahorro de trabajo, que sustituye ‘trabajo vivo’ por ‘trabajo muerto’ (máquinas, automatización), así como el recurso a la ‘deslocalización’ de los procesos productivos (transferencia hacia países de la periferia con bajos salarios y regulaciones laborales y ambientales mínimas y cuasi-retóricas), se resuelven en un aumento tanto de la productividad, no remunerada, del trabajo, como de la rentabilidad del capital. Todo esto garantizado por políticas públicas implementadas por los Estados latinoamericanos, con auge en los años 90, a instancias de los Organismos financieros internacionales (FMI, BM, OMC), consistentes en el conjunto de medidas y cursos de acción conocido como Consenso de Washington, compendio del ideario de políticas aperturistas y desreguladoras inspiradas por el punto de vista neoliberal y ordenadas a atender los intereses de las grandes corporaciones. Políticas que se despliegan en los ámbitos económico, social, institucional y de relación con la economía internacional, en su nueva

empleo y bajos salarios. Y esto en un mundo en el que la centralidad del trabajo solo se le escapa al extravío postmoderno: “El trabajo parece ser una condición previa para la vida social. Tres mil millones de personas en este planeta trabajan por un salario. Venden su esfuerzo por dinero. Y la mayor parte pasa de un 70 a un 80% de su vida trabajando para cubrir sus necesidades diarias... otros buscan empleos, unos 160 millones de personas... (datos para 2004; según OIT, en 2013 el desempleo registrado sube a 202 millones y la población empleada a más de 3400 millones, de los que dependen familias). Las consecuencias de estos cambios para los trabajadores, por lo menos a corto plazo, han sido devastadoras. Las empresas, en sus esfuerzos por seguir siendo competitivas en la economía global... Al contratar empleados temporales, las empresas no tienen que asumir tantas responsabilidades, ni ofrecer vacaciones pagadas o pensiones. Estas tendencias están haciendo que se desvanezca la estabilidad en el empleo en todos los niveles de la fuerza laboral”; es la descripción de un manual convencional de sociología. *SOCIOLOGIA*, Macionis, J. y Plummer, K. Ed. Pearson, Madrid, 2011, págs. 433 y 440-1.

fase de despliegue, que buscan alinear la estructura y el funcionamiento de las economías y sociedades del capitalismo periférico con los nuevos requerimientos de 'los mercados internacionales'.

Lo político se completa en dos planos adicionales. Por un lado, asistimos al fortalecimiento del papel de instituciones multilaterales como la ONU, OEA, OTAN, o la creación de la OMC, que en conjunto operan como mecanismos de ejecución y legitimación de orientaciones e iniciativas destinadas a plasmar la nueva relación de fuerzas en una refiguración del orden internacional. De otro, la imposición de un clima ideológico-cultural saturado, orientado a promover, por muy diversos y potentes medios, desde CNN hasta el cine holliwoodense, un nuevo sentido común, una definición de la realidad funcionalizante, que consagra ideas y valores políticos delimitadores de lo 'normal' deseable y de lo desviado satanizado, criminalizado además, capaz de contribuir a la construcción de hegemonía y consenso hacia los subordinados alrededor de las nuevas políticas y visiones. El tempranamente nominado, por Bush senior, Nuevo Orden Internacional, el cual incluye, en la línea de 'la guerra como extensión de la política', o de la política como forma maquillada de la guerra, un renovado recurso al 'poder duro', la actuación militar, ejercitado con cierta liviandad y con resultados devastadores, que por su vez ha alimentado una reacción temeraria y contraproducente, si no calculada, por los centros de poder, al menos funcionalizada a posteriori (la brutal utilización del ataque a las 'torres gemelas', que ha hecho millones de víctimas). Un orden (en posesión de recursos inéditos) crecientemente agresivo, produce reacciones, que acto seguido son definidas como amenazas, reales, sobredimensionadas o directamente fantasmales, para justificar, de vuelta, desde el miedo irracional y la estrechez de miras, un dispositivo ofensivo activado a discreción. Probablemente el mejor indicador de ello sea la inflada, de laxos contornos y propensa a desbordes, noción de terrorismo, desde la cual se ha justificado, por dos décadas, una escalada represiva

y militar (en Afganistán o Chechenia, en Irak o Mali) que ha costado centenares de miles y hasta millones de vidas y ha arrasado países, pero que a la postre no consigue sino alimentar los conflictos y la resistencia, que adquiere formas muy diversas, algunas de ellas demenciales.

Desde el restrictivo, si no vaciado, concepto de democracia, la institucionalización encorsetada de la participación política y la judicialización de la protesta social, hasta la instrumentalización del concepto-valor de derechos humanos, pasando por el intento de imponer una noción de ciudadanía depurada de los derechos sociales y la acuñación de ingeniosos recursos como la ‘intervención humanitaria’, la ‘guerra preventiva’, el ‘choque de civilizaciones’, todo hace parte de un multivariado arsenal material y simbólico dirigido al reforzamiento de los mecanismos disciplinarios, el poder y la violencia simbólica, la dominación y los recursos ideológico-culturales de la hegemonía, de resultados por supuesto desiguales. Los recursos disciplinarios, patentes o sofisticados, dispuestos para vigilar y castigar a los ‘desviados’ y a todos aquellos que se apartan de la estricta observancia pública de las normas y patrones establecidos para la ordenada reproducción del orden social, de alguna forma llaman la atención sobre la dimensión de las autodisciplinas interiorizadas y trabajosamente mantenidas, padecidas, por los que, ampliamente mayoritarios, se esfuerzan por respetar, al menos en la elaboración pública de su imagen, las reglas y prescripciones de la sociedad de clase, de una cultura fundada en la represión de la pulsionalidad (‘vigilancia y represión del yo y del mundo del deseo’). Aquí aparece el tema de la ruptura de la relación trabajo/goce producida por una sociedad fundada en la maximización de la ganancia a partir de la explotación del trabajo asalariado. Es la vía privilegiada por el sistema para lograr imponer y crear condiciones para la internalización de los criterios de eficiencia, productividad y disciplina, puestos como objetivos del proceso de producción, asumiendo que la no regulación, ‘normalización’, o directa represión, de los impulsos del goce, del ‘principio de

placer', disminuiría el rendimiento de la fuerza de trabajo, conspiraría contra la docilidad general de los subordinados.

Desde un punto de vista muy general y en las condiciones objetivas imperantes hasta muy recientemente en la evolución social, las necesidades y desafíos de la vida social, los requerimientos de la convivencia y el fin fundamental de autoconservación, de orden y seguridad, determinados por la lucha por la existencia, la construcción cultural de la relación con el mundo, con un entorno hostil y agresivo, y en una situación de profunda dependencia, hasta hace como mucho un par de siglos, lo que tenemos como realidad histórica es un dispositivo societal organizado para la lucha contra lo que Freud denominó el principio de placer, considerado socialmente inepto. Las exigencias de la subsistencia, 'la eterna lucha de la humanidad contra la escasez y la necesidad', su angustiante fragilidad y precarias condiciones, han llevado a la separación de trabajo y goce/realización. El individuo es socializado por el entorno cultural para interiorizar, actuar y transmitir los códigos del llamado principio de realidad, los imperativos del funcionamiento social. El cuerpo se desexualiza y la sexualidad se constriñe a la genitalidad orientada a la procreación, en el marco de la monogamia; todo en relación con las necesidades de la autoconservación y la evolución cultural.

El encauzamiento social y ético del deseo, reforzado severamente por las religiones institucionalizadas, el cristianismo en particular, lleva a un concepto de libertad moral como lucha permanente contra lo pulsional, contra las 'inclinaciones de la carne', la 'concupiscencia y la lujuria', la 'indecencia y el sibaritismo', una versión de lo cual, en la víspera de un abrupto giro histórico y cultural, el triunfo definitivo de la burguesía y su visión del mundo, se expresa en el ascetismo, de origen pietista pero destrascendentalizado, de Kant. Es un concepto de libertad que se define por oposición al placer, una libertad autoregulada, autolimitada, en la cual el individuo debe interiorizar la represión y autoreprimirse, a partir de la 'comprensión' de su necesidad. El avance de

la civilización produce así un individuo que debe autodisciplinarse y autoforzarse a la renuncia. El paradójico precio de los avances en la libertad social y política es la renuncia a la felicidad (al menos en la acepción de Freud: la realización de deseos ancestrales). Mediante esta (auto)limitación de la pulsión, de la improductividad de la inclinación instintual, y de la domesticación, parcial, y aprovechamiento del impulso destructivo y de agresión, el individuo se convierte en el sujeto-objeto del trabajo socialmente útil, de la dominación de la naturaleza, y de los propios seres humanos.

Y por supuesto todo esto se agudiza en un contexto histórico en el que el desarrollo de la cultura, el proceso civilizatorio, se apoya en la explotación y el carácter alienado del trabajo. El mundo de la desigualdad y la opresión de clase, y el capitalismo en particular, suma a la represión impuesta por una necesidad históricamente determinada, el azote de la escasez, un considerable incremento de las restricciones (la 'represión excedente', que se superpone a la 'básica', en términos de Marcuse), lo cual corresponde no a alguna perentoria necesidad de la convivencia o la autoconservación, estrictamente dictada por la coacción del mundo natural, externo e interno, sino a los intereses de la preservación y la reproducción de la explotación y la dominación.

Frente al pesimismo civilizatorio de Freud, en lo que concebía como la irreconciliable oposición de pulsionalidad y cultura, Marcuse quiere contraponer un criterio fundado en el optimismo civilizatorio referenciado en el marxismo: la represión excedente es socioculturalmente superable por la vía de la abolición de la desigualdad social y la explotación, fundamentos de la opresión y la dominación; lo cual abriría un cauce de erradicación de buena parte de los elementos que participan de la sociogénesis de la enfermedad mental y del 'malestar en la cultura'. Pero, incluso, parte relevante de la represión básica³⁷, en la medida que se la en-

37. De manera ninguna toda, pues la tensión de lo psíquico individual y lo social-cultural marca un límite óntico; las reglas de la convivencia siempre constituirán el límite del deseo.

tiende vinculada en último término a la escasez, el 'reino de la necesidad' (por oposición al de la libertad), comenzaría a abandonar definitivamente el escenario de la historia, acorralada y expulsada por las nuevas y potentes fuerzas y recursos legados a la humanidad por su propio talento y esfuerzo, teórico y práctico, por su propio trabajo, potenciado por el conocimiento científico y técnico, por la inteligencia de la criatura racional. El incremento de las fuerzas productivas de la humanidad (lo cual incluye su conocimiento, su ciencia) crea las condiciones reales para reducir progresivamente la represión, entre otras cosas, por la vía de reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario, liberando a la humanidad del principal obstáculo de la verdadera libertad (el trabajo creó la civilización, la civilización acabará con el trabajo como necesidad). Y en este horizonte, objetivamente posible, de definitiva derrota de la necesidad y la escasez, finalmente, se haría factible, por hipótesis, la reconciliación de principio de placer y principio de realidad. La verdadera libertad abre las puertas para la felicidad. Y es esta aspiración, y la lucha correspondiente, la que finalmente le da sentido y densidad a la vida, la que vivimos ahora.

Más específicamente, como formulación esquemática de uno de los principales resultados de las diversas lecturas de Freud desde el marxismo³⁸, la represión de la sexualidad, en sentido amplio, ha sido en las sociedades de clase un componente fundamental de la dominación, un recurso de máxima relevancia para generar condiciones favorables a la interiorización de la dominación. La moral sexual conservadora, desde el estigma y el envilecimiento de lo pulsional, llevaba al miedo, la fractura y la inestabilidad emocional, el sentimiento de culpa y la (auto)censura, produciendo renuncia e inhibición, y por tanto mucha frustración y comportamientos socialmente destructivos, una 'intensa motivación

38. La aproximación al trabajo de Freud desde el marxismo ha producido todo un subcampo de estudios y controversia, desde la pionera y discutida obra de Reich, las positivas valoraciones de Trotsky y las contribuciones de los frankfurtianos y Fromm, hasta el presente, en autores como Žižek, Rozitchner y Chemouni.

agresiva'. La actitud censuradora, en tanto reproduce el código autoritario, es efecto y causa de la interiorización de prescripciones y proscripciones que más bien inconscientemente operan en oposición a la función autónoma del placer. Todo en el entorno macro y microsocio refuerza la estigmatización del placer y fomenta los sentimientos de culpa, ante la imposibilidad de que los deseos prohibidos desaparezcan. Y la religión institucionalizada –en nuestra parte del mundo, el catolicismo, y con ganas–, ha cumplido, y cumple, un papel principal en la organización moral del individuo, en las inhibiciones morales, promoviendo los deberes, obligaciones y (amenazas de) castigo; para la religión institucionalizada, la 'burocracia celestial', embotar la sexualidad, satanizar la inclinación al goce, resulta crucial a fin de continuar imponiendo su severo paternalismo autoritario sobre la miseria espiritual del 'rebaño' (de ahí su innegociable oposición al control de las mujeres sobre su propio cuerpo, al derecho a decidir; se oponen al aborto y a toda anticoncepción libremente decidida, porque debilitan su poder sobre la sexualidad: 'el mejor freno de la sexualidad está en el miedo al embarazo'), sobre la cual reposa enteramente su utilidad para el poder social; donde tal margen de influencia y control se reduce significativamente, como en parte de Europa, su importancia política se erosiona con cierta rapidez³⁹.

Desde tal contexto cultural-religioso, el individuo se convence de su 'inclinación al mal', de su naturaleza 'caída', se hace enemigo de su propia carne, de su corporalidad, se enorgullece de cada batalla ganada, en una guerra sin fin,

39. "La religión viene a perturbar este libre juego de elección y adaptación... Su técnica consiste en reducir el valor de la vida y en deformar delirantemente la imagen del mundo real, medidas que tienen por condición previa la intimidación de la inteligencia. A este precio, imponiendo por la fuerza al hombre la fijación a un infantilismo psíquico y haciéndolo participar en un delirio colectivo, la religión logra evitar a muchos seres la caída en la neurosis individual... Tampoco la religión puede cumplir sus promesas, pues el creyente, obligado a invocar en última instancia los 'inescrutables designios' de dios, confiesa con ello que en el sufrimiento solo le queda la sumisión incondicional como último consuelo y fuente de goce", Freud, *EL MALESTAR EN LA CULTURA*, Ed. Alianza, Madrid, 1995, págs. 28-9.

contra sus propias inclinaciones y deseos, milita contra el goce y la felicidad, autocondenándose a la miseria sexual y emocional; y la más eficaz vía de tal autocercenamiento es la de proyectar en los otros la 'perversidad' de lo polimorfo: enrolándose en movimientos conservadores (proliferación en los vecindarios obreros de las ultraconservadoras sectas protestantes) combate su propia propensión. Y en ese proceso, es capturado por la consonancia entre este aspecto y el pensamiento conservador y la actitud autoritaria general, desarrollando una defensiva actitud de agresivo rechazo respecto de todo lo que se aparte de lo convencional y establecido. De este elíptico, muy mediado, modo, la represión de la sexualidad se torna un factor o mecanismo de la reproducción del orden social; es la dialéctica de opresión/explotación. Esta es, puesta muy en breve, la base psicosocial general que prepara al individuo para tolerar el trabajo alienado, rutinario y fatigante, naturalizando su situación. En la moderna sociedad de clase, la satisfacción se subordina a la productividad, y se mercantiliza, que es otra forma de degradarla, y, para cerrar el dispositivo, de hacerla culpógena.

El trabajo alienado y la dominación necesitan la represión (o encauzamiento) de la función autónoma del placer, de la estructura pulsional del individuo. Esto permite entender que el clima cultural dominante funcione creando condiciones para la adaptación a la realidad represiva. Esquemáticamente, la trama sociocultural tiende a producir individuos carenciados, mutilados, por la represión de la sexualidad, y luego sutura las carencias por la vía de la manipulación del deseo, y aquí, la manipulación específica de la aspiración al disfrute en el consumo, desempeña un rol de primera línea (se puede entonces leer el consumismo como un síntoma).

Finalmente, las industrias culturales (audiovisuales), organizan la canalización del placer hacia formas y ámbitos compatibles con la regular reproducción económica y social del orden vigente. Pero entonces tienen que mutilarlo o distorsionarlo, vía sublimación o la determinación mercantil de

la 'desublimación'. La indiscutible eficacia general del mecanismo no impide sin embargo que esté constantemente amenazado de desbordes. Aspectos relevantes tanto de la estructura social como de la personalidad están en permanente tensión con los dispositivos interiorizados de la represión, por ello, tan pronto el individuo (incluso aquellos, entre los subordinados, que públicamente se presentan como agresivos conservadores) se encuentra en situaciones sociales que favorecen o no obstaculizan la desinhibición, las energías contenidas consiguen desencadenarse, dando lugar a comportamientos individuales y colectivos de muy distinto signo y tono, dependiendo de las circunstancias, sociales o políticas.

Finalmente, la cuarta dimensión de la globalización capitalista reside en la esfera de lo ideológico-cultural. Max Weber, en *LA ETICA PROTESTANTE Y EL ESPIRITU DEL CAPITALISMO*, ensaya una célebre articulación entre un macro-proceso histórico social, la irrupción del capitalismo como sistema social de vocación mundial, un clima ideológico-cultural, coagulado a partir de las transformaciones estructurales, y la esfera de la cotidianeidad, en el cual han de surgir las mentalidades integradas y funcionales, que por su vez, en el plano micro de la interacción, viven, actúan y reproducen, un proceso histórico-social que sin embargo no reconocen en cuanto tal, y que, por tanto, no controlan, experimentándolo entonces como una pura exterioridad, 'algo que pasa', un mero azar, caótico y opresivo, fuente de compulsiones, más sentidas que percibidas, que subyacen a las decisiones 'libres' asumidas por los actantes, por las cuales lógicamente deben hacerse responsables, decisiones 'libres' que, en la medida en que parecen dar lugar a un mundo poco agradable, alimentan el sentimiento de culpa, instilado por las instituciones de disciplinamiento, religiosas o no. No cabe duda de que se trata de uno de los puntos altos del pensamiento, en tanto que captación de lo real social⁴⁰.

40. Pese a las inclinaciones que se siguen de sus no del todo consistentes premisas teóricas más generales, el racionalismo idealista, la metafísica histórica de la razón técnica, el fenomenismo subjetivista, el pesimismo neorromántico (incluso

Cuando se habla de globalización cultural se quiere significar un conjunto de fenómenos y procesos que en su desarrollo desigual y articulación tensionada, dan lugar a un 'clima cultural', una atmósfera ideológica densa (saturada de hiperindividualismo, indiferentismo social, fuga hacia un consumismo cosificante, derrapes escapistas y pautas de conducta que funcionan como analgésicos adictivos) que induce el surgimiento de mentalidades, comportamientos, hábitos, que a la postre se traducen en institucionalizaciones, es decir, normalizaciones del conducirse de los individuos y grupos en la cotidianeidad. Berger y Luckmann, en una perspectiva fenomenológica, han aportado un moderno clásico en el tema (*LA CONSTRUCCION SOCIAL DE LA REALIDAD*), elaborando las complejidades del surgir de la sociedad como realidad objetiva y subjetiva.

En una fórmula breve, que se desarrolla en el capítulo correspondiente, la articulación de los diversos aspectos y niveles del problema respondería a lo que sigue: partiendo de un determinado proceso de (re)estructuración social, todavía enmarañado en lo viejo, pero con una vección ya discernible, se condensa tendencialmente un cierto clima cultural, portador de valores, saberes, creencias, pautas de conducta y otros rasgos culturales, que se ordenan en unas cuantas ideologías funcionales al despliegue de conjunto del proceso social, las que se traducen paulatinamente en representaciones sociales al nivel de los individuos y peque-

reconocidos weberianos han hablado de la dispersión metodológica, científica y filosófica de su trabajo), en su investigación sustantiva, Weber constantemente adopta tesis que lo aproximan al materialismo histórico. Por eso no termina de sucumbir al culturalismo de la mayoría de sus herederos. En el párrafo final de *LA ETICA PROTESTANTE*... dice: "...debería investigarse la manera cómo el ascetismo protestante fue influenciado a su vez en su desenvolvimiento y características fundamentales por la totalidad de las condiciones culturales y sociales, singularmente económicas, en cuyo seno nació". Es decir, el ascetismo protestante es ya uno de los diversos productos del desarrollo temprano de las relaciones capitalistas, del emergente mundo burgués, proceso sobre el cual reopera por su vez, dilatando su horizonte, en un determinado momento de tal evolución; así alienta un curso que terminará por desbordarlo y relegarlo, pasando por un ascetismo destrascendentalizado, hasta el utilitarismo liberal hedonista del siglo XIX.

ños grupos, noción próxima a la de hábitos de Bourdieu, estructuras y ordenamientos sociales interiorizados, que dan lugar a mentalidades gruesamente integradas, que, en la medida en que orientan actuaciones, moldean subjetividades. El 'Yo formándose en el espejo del otro', de este 'otro', que es un inmediato, un interactuante afectivamente vinculado, la familia (que transmite desde el inicio de la vida las reglas básicas de las conductas de integración, funcionando como modelador psicológico de la sociedad), los pares, etc., o de aquel 'otro', que es un generalizado, interactuante mediato, incluso remoto, de nuevo aquel clima cultural, del cual se siguen prácticas sociales, pautas y patrones, que existen y funcionan como 'cosas sociales', exteriores y fuente de compulsiones, respecto del individuo, situación que da lugar a la sensación de opresión, de ansiedad y absurdo, de impotencia y ausencia de sentido, que tematizó el existencialismo. Y es en estas prácticas sociales codificadas en las cuales, directa e indirectamente, conscientemente o no, se actúa la reproducción de lo existente, en la interacción condicionada por la institucionalidad y la estructura social, punto de arranque del razonamiento. Se trata de una abstracción analítica que quiere ser histórica y socialmente concreta, en tanto consigue captar conceptualmente la dinámica estructural del movimiento de lo real social, la dialéctica de Yo y situación, de la intersubjetividad histórico-socialmente situada, en su complejidad y devenir, en 'la riqueza y movilidad de sus determinaciones'.

Así comienzan a hacerse inteligibles los misterios de la entronización de tendencias del comportamiento y del gusto, tanto como los enigmas de la génesis del sentido atribuido, en el mundo de la interaccionalidad, de las relaciones y afectaciones cara a cara, de su dramaturgia y estereotipación, tan sutilmente registradas por los fenomenólogos e interaccionistas.

Del sujeto sujetado de Foucault a los estudios sobre las 'tendencias' del gusto y la moda, o del condicionamiento lingüístico de las orientaciones de valor o prácticas, lo que

yace en el fundamento, en el subsistir no reflexionado, lo que permanece 'en-sí', sin alcanzar la completa autoconciencia del 'para-sí', se conecta con este problema de los problemas de la epistemología de las ciencias sociales, la relación individuo/sociedad y sus mediaciones culturales.

La dinámica cultural de la globalización se nos aparece así como un ámbito de reflexión, de toda la caleidoscópica complejidad del proceso general, esfera privilegiada, que exhibe, pero en una sintaxis particular, la totalidad del objeto, en su fenomenización como normas y valores, creencias y prácticas. La pregunta por el contemporáneo significado de ser moderno, en estas primeras décadas del nuevo siglo, donde el futuro es ansiosamente anhelado y el pasado tratado con condescendencia, tal vez pueda sintetizar la inquietud motivante de este trabajo. La pregunta por las coordenadas de la presente fase del proceso civilizatorio⁴¹, conducido por las fuerzas sociales dominantes y hegemónicas en el orden social imperante, y de sus más probables cursos de despliegue.

En lo que sigue, el trabajo desarrolla en capítulos correspondientes cuatro aspectos del fenómeno de la globalización capitalista, sobre cuyos resultados se apoyan algunas consideraciones finales.

El primer aspecto a estudiar es la relación de dependencia, en sus nuevas formas de manifestación. Los cambios en la economía global inducen nuevas formas de inserción internacional de las economías locales que se traducen en una reestructuración en profundidad de las relaciones de dependencia, de lo que se sigue una refiguración correspondiente en el ordenamiento socioeconómico de las diversas sociedades, las que reaccionan al estímulo interiorizándolo a partir de sus características y antecedentes particulares.

41. Por 'proceso civilizatorio' se entiende en general el curso histórico amplio de la evolución socio-cultural de la humanidad, desde sus más tempranos orígenes en la revolución neolítica, y en ese marco, en términos más próximos y singularizados, el período inaugurado por el advenimiento del capitalismo como forma de organización social crecientemente dominante, a partir del siglo XV.

En segundo lugar se aborda la dimensión cultural del fenómeno. El proceso de occidentalización cultural del 'espíritu del tiempo' como dimensión concurrente, efecto y causa, del predominio económico y político de las potencias occidentales, acelerado por la galopante extensión y penetración de las grandes corporaciones mediáticas globales y el prolongado impulso innovador en las tecnologías de la información.

La 'cuestión social' bajo el capitalismo constituye el tercer aspecto a desarrollar. Más allá del abordaje tecnocrático e institucional de las políticas públicas sociales, asistencialistas, compensatorias o incluso 'redistributivas', de lo que se trata es de examinar el papel que desempeña la 'cuestión social' en el proceso de reproducción social, como recurso para moderar los desequilibrios, tensiones y conflictos a los que sistémicamente da lugar el movimiento del capitalismo.

Finalmente, el estudio se cierra con el examen de la visión neoliberal y sus contenidos éticos. El neoliberalismo, como discursividad representacional y valorativa, racionalizadora y justificadora de los tipos de subjetividad, actitudes y comportamientos, integrables e integradores en la emergente dinámica socio-cultural, remite a una forma de individualismo, el egoísmo racional, que conduce a una sociabilidad degradada, alentando la referencialidad de formas de conducta e identidad, individuales y grupales, que se constituyen en la necesaria dimensión microsociedad del avance del proceso de conjunto.

Capítulo 2

AMERICA LATINA EN EL CAPITALISMO TARDIO: RECONSIDERACION DEL PROBLEMA DE LA DEPENDENCIA

“El Estado, en la medida en que es establecido para la seguridad de la propiedad, ha sido instituido en realidad para la defensa del rico frente al pobre, o de quienes tienen alguna propiedad frente a los que carecen de ella”.

A. Smith

“El Estado es una institución de propietarios”

Fichte

La nueva fase de despliegue del capitalismo como sistema social, convencionalmente denominada globalización, ha supuesto un avance, un verdadero salto, en la tendencia secular a la internacionalización del sistema, tendencia explicable por el carácter competitivo del sistema, lo que impulsa a los capitales a una incesante búsqueda de nuevos mercados y nuevas fuentes de acumulación. El capitalismo es por definición expansivo, rasgo que se ha tornado cada vez más claro a medida que logró imponer su completo predominio, durante el siglo XIX. El salto en la internacionalización económica, ha inducido, estimulado, un correlativo ajuste en la relación de las sociedades y economías latino-americanas con la economía mundial y los centros metropolitanos de poder, en la yuxtaposición de desarrollo y sub-desarrollo capitalista.

Este es un tema principal en la historia del desarrollo del pensamiento social en América latina, tema que, pese a las diversas y poderosas resistencias, consigue una y otra

vez volver a instalarse a partir de la incapacidad de las sociedades de la región, del capitalismo periférico, para superar las profundas fracturas sociales internas, el rezago económico y tecnológico y la posición desventajosa en el sistema internacional. Más allá de los puntuales intentos decimonónicos, durante el siglo XX surgen tres intentos de abordar y comprender los fundamentos de la estructura y la dinámica de las sociedades de la región: el marxismo de la primera mitad del siglo, a través particularmente de la teoría del imperialismo y del carácter semicolonial de las sociedades capitalistas atrasadas, la teoría estructuralista del centro-periferia, del grupo de Prebisch en la CEPAL, y el campo de estudios de los denominados teóricos de la dependencia. Más allá de los cruces entre estos tres abordajes, en grado diverso, según los autores y grupos de trabajo, los tres enfoques han mantenido claros rasgos singularizadores, contribuyendo desde ahí al estudio, comprensión y acompañamiento de la evolución de un problema de importancia cardinal, la ‘cuestión de la dependencia’, denominación que permite subrayar la continuidad del presente análisis con un campo problemático y de estudios, y que remite en concreto al tema de las características generales, en la fase actual, de la relación de las sociedades latinoamericanas con la economía mundial capitalista. En otros términos, el presente capítulo se ocupa de la reconsideración del problema de la dependencia en las condiciones del capitalismo tardío, de este arranque del siglo XXI; de cómo modifica el proceso de globalización la relación de las sociedades latinoamericanas con la economía y la política internacionales.

El análisis que sigue presentará algunas tesis acerca de las transformaciones socioeconómicas en curso en el subcontinente y las condiciones y factores que orientan la dinámica de nuestras sociedades y su relación con el incremento de las tensiones y conflictos sociales, con el inevitable correlato al nivel de la esfera política. La reflexión arranca de y se apoya en ciertas premisas consideradas básicas. En primer lugar, la necesidad de fortalecer el perfil crítico del análisis social

en su abordaje de la compleja realidad de las diversas sociedades latinoamericanas. Viviendo y desarrollando su actividad en la región del mundo que continúa siendo la de peor distribución del ingreso⁴², en la cual persisten niveles de pobreza e inequidad que se constituyen en formidables obstáculos para el despliegue de las potencialidades económicas y culturales, individuales y colectivas, parece una tarea insoslayable que investigación y reflexión renueven su compromiso con la actualización del examen de los factores que inciden en la conformación de tal situación.

Segundo, mirado de conjunto, los procesos verificados en el subcontinente a lo largo de los últimos treinta años se dan en un marco signado por la apertura de una nueva fase de despliegue del capitalismo como sistema social global, que ha sido denominada ‘capitalismo tardío’ o, más extendidamente, ‘globalización/mundialización’, nueva fase que se fenomeniza en cambios de funcionamiento, que por su vez expresan modificaciones estructurales subyacentes, las cuales definen el ámbito de posibilidades, y por tanto también los límites, de los desarrollos peculiares en las distintas y diversas sociedades de la región. Finalmente, las llamadas políticas neoliberales, implementadas en la región a lo largo de las últimas dos décadas, más allá de los reconocidos efectos sociales, se nos presentan como la cobertura o superes-

42. PNUD. *INFORME REGIONAL SOBRE DESARROLLO HUMANO PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE 2010. ACTUAR SOBRE EL FUTURO: ROMPER LA TRANSMISION INTERGENERACIONAL DE LA DESIGUALDAD*. PNUD. San José. 2010. Pág. 16. Según el estudio, en la región se encuentran 10 de los 15 países más desiguales del mundo. Uno de los factores que inciden en la situación, señala, es la baja carga tributaria promedio de la región, de 17% del PIB, comparada con el 36.4% de la OCDE (que se agrava por la ineficiencia, clientelismo y corrupción en la gestión de los recursos por los responsables políticos). Ver también: PNUD. *INFORME SOBRE DESARROLLO HUMANO 2013. EL ASCENSO DEL SUR*. PNUD. Washington D. C. 2013. Pág. 29. Ambos reportes abundan en estadísticas sobre pobreza y desigualdad en las sociedades de la región. Los trabajadores sencillamente están expuestos a la mala calidad de la educación y la sanidad. Las transferencias y subsidios públicos a los más pobres solo consiguen maquillar las estadísticas de desigualdad.

estructura político-ideológica que instrumenta la adecuación de economías y sociedades a las transformaciones macroestructurales ya citadas. Pese a las vicisitudes, desquiciantes efectos, directos y colaterales, clamorosos fracasos y la profunda crisis sistémica internacional aún en curso, la nueva fase del capitalismo continúa desplegándose, en aspectos decisivos, en clave neoliberal.

Tres décadas de crisis de endeudamiento, planes de ajuste/programas de reforma económica y, en la primera década y media del nuevo siglo, crecimiento concentrador, han dejado en América latina como región un cúmulo bien conocido de efectos configuradores del panorama socio-económico, más allá de la forzada diferenciación del impacto por país. Bastante menos evidente, sin embargo, resulta la secuela estructural de los mismos fenómenos. La tesis que el análisis que sigue buscará argumentar afirma que como resultado de los fenómenos citados, junto a las políticas generales implementadas por los diversos gobiernos de las distintas sociedades, se ha producido una alteración más que meramente cuantitativa en las relaciones de dependencia con los centros de poder del sistema social global, tornándolas más complejas y 'orgánicas', y esto, por su vez, ha ido moldeando, en un proceso que no parece aún haber alcanzado su cima, una modificación sustantiva en el nivel de la formación social con base en el viejo 'Estado-nación'. Por supuesto, las consecuencias directas e indirectas de tal situación no se restringen al campo de las relaciones y formas económicas, proyectando su incidencia, de manera siempre específica, sobre los diferentes ámbitos del entramado social, condicionando así el despliegue histórico posible de las sociedades y de la región en conjunto; es decir, las posibilidades y oportunidades de vida efectivas al alcance de los individuos y grupos. El reconocimiento de la gravedad de los desafíos a los que nos enfrentamos los latinoamericanos (y la humanidad toda) en el presente momento histórico no debiera servir al pesimismo paralizante. Antes bien, parto de la convicción de que un conocer adecuado de la realidad

social es la más consistente premisa de un actuar racional. No hay nada más práctico que una buena teoría.

El estudio del proceso histórico, del devenir social, posibilita elaborar las claves del presente y sus posibles desarrollos. Luego de un breve período, tras los actos independentistas en el temprano siglo XIX, los flamantes e inciertos estados latinoamericanos son progresivamente reincorporados al remodelado esquema de sujeción económica y control político internacional, en la época hegemonizada por la Gran Bretaña, aunque, en el caso particular de la subregión mesoamericana-caribeña, con el cada vez más protagónico papel norteamericano. Historia suficientemente conocida de apropiación o subordinación por el capital extranjero de las principales fuentes de acumulación y generación de riquezas en las regiones de 'ultramar', en el marco general de un acelerado despliegue del mercado mundial, a partir de la segunda mitad del XIX, del desarrollo de la exportación de capitales, en suma, de la transición del capitalismo de libre competencia al reinado del capital financiero y los monopolios, siempre crecientemente internacionalizado, la fase imperialista.

Surge así, junto a la elementalidad de la estructura productiva, la condición de dependencia económica y dominio político que, articulada a la pesada y lastrante herencia colonial, se constituirán en los factores principalmente configuradores de la estructura societal de los nuevos estados. En el caso del primero, el nuevo fenómeno de la dependencia, el que centralmente nos interesa aquí, opera como un típico elemento de poder dominante, dotado de capacidad instituyente del objeto de la dominación, y a distintos niveles. Eso incluye, por supuesto, el caso particular de las clases poseedoras locales, instaladas en la posición de criolla élite dominante, vinculadas a la propiedad de la tierra, la producción para la exportación de algún bien primario, el comercio importador y el control de las principales actividades económicas internas, así como del elemental aparato estatal, pero progresivamente integradas, en condición subordi-

nada, al mecanismo de reproducción internacional, con su creciente división del trabajo. Este proceso se desenvuelve, no sin problemas (las voces y acciones de alerta, oposición y resistencia, que desde distintos lugares se dejan escuchar), hasta alcanzar un alto grado de consolidación a fines de los años veinte del siglo pasado, justo cuando sobreviene la gran crisis del veintinueve.

En la década del treinta, los previos procesos de industrialización, en sus primeras fases, en ciertos países, junto a la obstrucción de los circuitos económico-comerciales internacionales, aportaron la base para el intento de desarrollar un proceso de acumulación y crecimiento endógenamente orientado y que busca estructurar como soporte de sí mismo un mercado interno de consumo.

Paulatinamente, se van incorporando elementos adicionales, con variaciones locales, que contribuyen a la configuración más acabada del nuevo modelo de acumulación y crecimiento, correspondiente a la reajustada composición de las 'élites en el poder': expansión de las funciones y de la magnitud del Estado; mejoría de los ingresos y de la capacidad de consumo de sectores de capas medias y del estrato del proletariado ligado a los sectores privados y públicos modernos; un impulso democratizador tras la derrota fascista en la segunda guerra (que de todas formas, en la mayoría de las sociedades de la región, resultó efímero, tanto por la presión de los conflictos conectados con la nueva conformación social, como por la fragilidad institucional y la falta de voluntad política de las élites); así como, durante los sesenta, unas políticas públicas orientadas a reforzar la integración social, apuntalando los mecanismos de control social, siempre dentro de los límites de sistemas políticos, en general, poco incluyentes y oligárquicos, cuando no directamente apoyados preferencialmente en mecanismos coercitivos / autoritarios, 'dictaduras'⁴³.

43. La segunda postguerra marca el período en que la mayor parte de las sociedades del subcontinente culminan su transición hacia formaciones sociales propiamente capitalistas, capitalistas periféricas, en el marco siempre del 'de-

Acompañando el ‘boom’ expansivo internacional de la posguerra, las economías de la región, salvo las del cono sur (que experimentan un crecimiento bastante más lento, luego de una acelerada evolución en la primera parte del siglo, comportamiento en el que desempeña un papel relevante el significativo flujo migratorio desde Europa), experimentan un notable crecimiento, con la correlativa diferenciación sectorial y productiva, urbanización y complejización de la vida social. De todas formas, a la altura de los años sesenta, el curso de los acontecimientos evidenciaba la recuperación por parte del gran capital y los consorcios metropolitanos de sus posiciones en los mercados locales, nunca del todo abandonadas, por lo demás. El esfuerzo industrializador, que buscaba despejar una vía de desarrollo económico capitalista independiente, capaz de sortear la barrera del estructural atraso relativo, había derivado, una vez más, en una frustración: el, solo aparentemente, paradójico reforzamiento de la dependencia. La irrupción formal, en buena medida alentado por el triunfo de la revolución cubana, del tema ‘subdesarrollo-dependencia-liberación’ se constituía entonces en la contraparte ideológico-cultural, crítico-discursiva, del mismo proceso.

El carácter paradójico del régimen capitalista de producción se expresa en el hecho de que la expansión económica de los años de posguerra exacerba las contradicciones del

sarrollo desigual y combinado’ que articula dinámicamente elementos más o menos importantes de diversos estadios del proceso histórico (Trotsky), formas socioeconómicas, político-institucionales, ideológico-culturales: “El marxismo ha definido como acumulación primitiva capitalista el lapso utilizado (por una sociedad), en un momento histórico determinado, para acumular los capitales, la maquinaria, la mano de obra y los métodos de trabajo necesarios para comenzar la revolución técnica y productiva que supone el capitalismo”, Nahuel Moreno, *METODO DE INTERPRETACION DE LA HISTORIA ARGENTINA*. Ed. Pluma, B. Aires, 1975, pág. 63. Tal revolución productiva constituye la base y condición de posibilidad de (y se retroalimenta con) el proceso de diferenciación social en el que surgen nuevas clases y grupos sociales, se fortalece la clase media, por ejemplo, y también la urbanización acelerada, un decisivo cambio cultural y de las mentalidades, factores todos que desde su proceso de despliegue reoperan sobre el curso general de los acontecimientos.

sistema en la periferia, al contraponer las demandas de unas clases subordinadas fortalecidas por la propia expansión a la necesidad de mantener las condiciones de explotación de los asalariados, uno de los requisitos fundamentales para la atracción de capitales extranjeros, rasgo general característico de la gestión del capitalismo periférico, más allá de las variaciones en las formas y los énfasis retóricos según los períodos. De igual forma, “el incremento del mercado no implicará necesariamente un aumento relevante de las remuneraciones de la fuerza de trabajo. Por el contrario, lleva a la sobreexplotación de esa fuerza para garantizar un nivel de acumulación capaz de sostener la intensificación del consumo de una base reducida y privilegiada”⁴⁴ (los salarios pueden mantenerse estancados o apenas aumentar mientras crece la extracción de plusvalor; pasó en EEUU bajo Clinton, los salarios promedio se elevaron unos cuantos puntos sobre la inflación acumulada en ocho años, los ingresos de los ejecutivos se movieron 400%). El fortalecimiento de la capacidad de consumo del estrato superior de las capas medias es un producto directo del modelo de acumulación y se da en perjuicio de la mayoría de los trabajadores. Los conflictos derivados de esta orientación contribuyen a socavar las condiciones de funcionamiento de los regímenes democrático-formales.

La combinación de todos estos factores produce una tendencia a la bonapartización de los Estados en América Latina a fines de los años 60, cuya culminación en regímenes ‘de dominante coercitiva’, asentados en los aparatos represivos y la burocracia estatal, dependerá, evidentemente, no apenas de los deseos de las clases dominantes, sino de las relaciones de fuerza presentadas en cada situación⁴⁵. De manera

44. Lowy, Michael. “La militarización del Estado en América latina”. Rev. Cuadernos Políticos #13, Ed. ERA. México. 1977. Pág. 63.

45. La noción de ‘bonapartismo’ refiere a una dictadura burocrático-militar, que puede o no hacer un uso efectivo, de manera recurrente y extensiva, de mecanismos represivos contra distintos sectores de la sociedad, pero que siempre se apoya, en últimas, en la coerción, esto es, en los aparatos policíaco-militar, los que constituyen su columna vertebral. La coerción y no la construcción de consenso es su rasgo distintivo, lo que define su especificidad en tanto tipo de régimen político. Aunque se

que, si bien el conjunto de la región se encuentra sometida a estos procesos, la salida burocrático-militar se impondrá en aquellos países donde el conjunto de la situación interna incluye además importantes elementos de crisis política, con pérdida de consenso y fraccionamiento político de los sectores dominantes, desprestigio y fractura de las instituciones del régimen electoral, todo ello frente a un peligroso ascenso de la conflictividad social, la activación y radicalización de los explotados y oprimidos; es decir, crecientes dificultades para mantener la funcionalidad del sistema político de dominación, ante la ausencia de alternativas factibles y/o aceptables en los marcos del régimen político imperante. Es decir, lo que los militares llamaron 'el fracaso de los civiles'.

Sin duda las relaciones entre las clases poseedoras locales y el capital internacional son, en las condiciones del capitalismo periférico de la época, casi por definición, tensas, esto es, de alianza, subordinación y resistencia, de modo que sus muy diversas manifestaciones resultan muy anteriores a la década de los sesenta. Si de establecer un fecha aproximada se trata, entonces se puede mencionar el hecho de que a partir de 1930,

comprende que un régimen político exclusivamente apoyado en la coerción es sólo una entidad conceptual. De ahí el término 'régimen de dominante coercitiva'. Se trata entonces de una forma de organización institucional de la dominación política de clase en la cual el centro del poder reside en los aparatos coercitivos del Estado y en el peso social del cuerpo burocrático del aparato de administración y gestión del poder político. Surge de la confrontación de fuerzas de clase abiertamente antagónicas, o, lo que es lo mismo, en situaciones de crisis política aguda; puede presentar una inclinación claramente conservadora-represiva o adoptar una retórica y prácticas 'progresistas'. Como sea, el régimen político se presenta entonces como un árbitro entre las clases y fuerzas sociales, puede llegar a movilizar controladamente masas populares, pero reprime con fuerza todo intento de organización independiente, recluta una tecnoburocracia surgida mayormente de las capas medias y toma medidas políticas y económicas de diverso signo, pero que nunca cuestionan las bases fundamentales del orden social. A partir de esta definición mínima, se pueden encontrar en la realidad todo tipo de variaciones con incorporación de diversas combinaciones de elementos secundarios o contingentes. Ver Marx, *EL DIECIOCHO BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE*; Trotsky, *SOBRE LA LIBERACION NACIONAL*; Novack, *DEMOCRACIA Y REVOLUCION*. Ianni, en *LA FORMACION DEL ESTADO POPULISTA EN AMERICA LATINA*, observa la tendencia del fenómeno populista en América latina a adoptar formas bonapartistas.

en el contexto de la 'gran depresión' y del debilitamiento de los flujos de comercio y financiamiento internacionales, se toman, en la región, las primeras acciones significativas de intervención del Estado en la economía, mediante políticas arancelarias, de tarifas preferenciales y facilidades crediticias orientadas al fomento de la industrialización. Sin embargo, la situación de los años sesenta, de modificación de las relaciones de fuerza en el plano internacional y de incremento de la competencia entre las diversas metrópolis capitalistas, dan lugar a un clima propicio para las iniciativas tendientes a mejorar la posición del capital criollo. Hacia fines de los años sesenta, y en los que siguen, se toman medidas que afectan directamente intereses de los capitales metropolitanos: desde el petróleo hasta la generación eléctrica y la telefonía, en toda América Latina el nacionalismo económico campea. Esta es, justamente, una de las razones de que la mayoría de los recién estrenados regímenes autoritarios asuma un discurso al menos pretendidamente nacionalista.

Ya en los setenta y como producto de las tensiones acumuladas, América latina, tomada de conjunto, presenta un dramático cuadro marcado por una rápida sucesión de eventos traumáticos que, combinados, terminarán por articular una profunda crisis general y un cruento dislocamiento de los términos de la convivencia: notorios contrastes sociales, demandas insatisfechas, expectativas incrementadas (vinculadas con avances en urbanización y educación), polarización social, crisis del modelo de acumulación y crecimiento (apenas si enmascarada por el recurso de las élites políticas y económicas a un atropellado involucramiento del Estado en la promoción del crecimiento económico, financiado con la sobreoferta de capital-dinero canalizada por la banca privada internacionalizada, a partir de la ralentización o estancamiento del ritmo económico de los centros metropolitanos); radicalización política creciente, cierre del espacio político, acompañado de una reacción represiva descargada de cualquier escrúpulo, etc.

El modelo económico de la posguerra había dado lugar a un significativo proceso de crecimiento, pero los desequi-

librios internos al mismo alimentan no solo el clásico conflicto estructural, la acción social colectiva de resistencia de los sectores subalternos, sino también agudos desencuentros entre distintos sectores de las clases poseedoras; con un elemento adicional, de agudo impacto, la entrada en escena de un radicalizado movimiento estudiantil-juvenil, que suma determinación y energía a la protesta social y las acciones de calle, llegando incluso, en una de sus derivaciones, a aportar buena parte de los cuadros responsables intelectual y prácticamente por el fortalecimiento/surgimiento de una izquierda antiestalinista, trotskista en su mayor parte, así como de los grupos orientados a la opción política de la lucha armada.

Otra importante expresión de la situación imperante en la transición a los setenta, es esa suerte de repunte otoñal que protagoniza en parte apreciable de las sociedades de la región el viejo nacionalismo populista, sea en la variante presidencialista dentro del régimen electoral (Venezuela, Argentina con Cámpora y, a nivel simbólico, el retorno de Perón), sea en el formato directamente autoritario (Panamá, Perú y varios otros). El distanciamiento y subsecuente enfrentamiento entre sectores principales de las élites políticas, contribuye decisivamente a la desestabilización del régimen institucional, y, por esta vía, indirectamente, a la descompensación de todo el orden social. Ciertamente que el proceso es muy diferenciado por unidades societales, y que incluso en algunas pocas, Costa Rica como el caso más señalado, se consiguió mantener un control básico, dentro de los límites del régimen electoral, pero ello no alcanza para impugnar la apreciación sobre la tendencia general y el clima político-social imperante en la región en el período en cuestión, expresado en dos términos: polarización y radicalización; en un contexto internacional convulso (del Mayo francés a la guerra de Vietnam, de la crisis del sistema monetario de posguerra al shock petrolero, de Tlatelolco a Pinochet, de Berkeley al 'cordobazo', de la lucha palestina a la culminación de los procesos anticoloniales en África). El hecho es que la transición de los años sesenta-setenta quedó marcada

por agudos enfrentamientos sociales y políticos, el ascenso de los reclamos y acciones de los subalternos-oprimidos y la inclemente reacción de las, ante la creciente amenaza, reagrupadas clases dominantes.

El entorno económico internacional termina de inclinar la balanza, incidiendo decisivamente sobre el curso de los acontecimientos. De paso, observemos que la importancia de los eventos y procesos que marcan este período, años setenta, parece estar en directa proporción con su opacidad, o, más bien, con la enorme confusión que reina en cuanto a su precisa determinación (interpretación-conceptualización). En los marcos del presente estudio no corresponde extenderse mayormente sobre el tema, cosa muy necesaria, pero sí apuntar lo que considero las claves principales de ingreso a la cuestión, al menos en aquello que hace relación con el asunto que ahora nos ocupa.

En cierto sentido, un sentido fuerte y de matices trágicos, la clave de la historia social de América Latina en el último tramo del siglo XX se encuentra en el endeudamiento de los setenta⁴⁶. Sin ese factor, y sus desarrollos posteriores, el curso proyectable, hipotético, de los acontecimientos tiende a desviarse considerablemente de lo efectivamente acontecido. ¿Cómo surge? Dos aspectos de la cuestión destacan: primero, la ya mencionada y conocida sobredisposición de capital-dinero en el sistema financiero internacional, encabezado por las instituciones privadas. La caída de la tasa de crecimiento en los países centrales, hacia fines de los sesenta, libera una enorme masa de recursos que no encuentra colocación eficiente, rentable, en sus mercados

46. Concebido como factor emergente, el cual evidentemente surge de, se integra y opera sobre, una estructura social históricamente producida, resultado de una dinámica social generada por la interacción, luchas y compromisos, de diversos grupos y fuerzas sociales, que supone un abanico limitado (aunque modificable) de posibilidades, en cuanto a sus efectos previsibles y no previsibles. El nuevo evento puede llegar a provocar un trastorno de tal magnitud en el sistema de incidencia capaz de ‘disparar’ (operador desencadenante) la disequilibración, e incluso condicionar el sentido y el ritmo de la reequilibración, del sistema.

de origen⁴⁷. Se trata de un desarrollo no esperado de un dispositivo cuya operación se ve reorientada ante el agotamiento (en realidad, muerte por éxito) de su funcionalidad original. En la segunda posguerra, el Estado norteamericano utiliza su inusualmente amplio margen de emisión monetaria, apoyado en su recién estrenada condición de potencia hegemónica, poseedora de la moneda divisa de reserva internacional, para promover la recuperación de la economía capitalista mundial, particularmente, aportando liquidez al proceso de recomposición de las economías europea y japonesa. Así, suministra medios de cambio y de pago al sistema, desesperadamente necesitados, al tiempo que apoya el despliegue de sus corporaciones promoviendo y protegiendo la colocación de sus productos de exportación y sus inversiones en el exterior.

Sin embargo, lo que en el período de recuperación de la onda larga expansiva de posguerra (Mandel) había operado como un salvador tubo de oxígeno, sobre el fin de los sesenta, con el inicio de la declinación de las tasas de expansión económica, se reconvierte en un problema de exceso de liquidez (suma de emisión y sobrecapitalización de las corporaciones), en el marco de una típica crisis de sobreproducción y de la correspondiente caída de la tasa de ganancia⁴⁸. Es este exceso de capital-dinero el que es re-

47. De acuerdo con las leyes del movimiento del sistema capitalista, esto es, con la lógica estructural inherente a su funcionamiento, estamos frente a una importante caída de la tasa de ganancia de las empresas como producto de la más grave crisis de sobreproducción de la posguerra. Lo que, por otro lado, significa también sobreacumulación, o sea, “Un estado en que hay una masa importante de exceso de capital en la economía, el cual no puede invertirse con la tasa media de ganancia normalmente esperada por los propietarios del capital”, Mandel, *EL CAPITALISMO TARDIO*, pág. 573.

48. Desde el marxismo, la teoría de la ‘tendencia decreciente de la tasa de ganancia’, TDTG, busca aportar una explicación sistemática de la tendencia estructural a la crisis del capitalismo y de las contradicciones inherentes a su funcionamiento (el problema de la tendencia a la crisis y de su relación con la caída de los beneficios, ha estado presente, con distintas respuestas, en la obra de los principales economistas convencionales, de Smith a Schumpeter). Su desconocimiento obliga a tener que sustituirla por una variablemente extensa colección de factores externos, circunstanciales, incluso epifenoménicos. Los efectos, no las causas. La TDTG surge de la tendencia del capitalismo a la superproducción-sobre acumu-

lación, por el carácter anárquico, no planificado de la producción. 1929 o 2007 son crisis de superproducción, la última clara y empíricamente identificable en el sector inmobiliario. La combinación de lo anterior con el aumento de la composición orgánica del capital (capital fijo/capital variable), producto de la competencia intercapitalista y el aumento de la productividad, hace que haya un exceso de mercancías en el mercado, que no encuentran colocación, valor que no puede ser realizado, retransformado en capital-dinero, cae por tanto la tasa de ganancia, y acto seguido evidentemente cae la inversión, se sigue el declinio de la tasa de crecimiento, el empleo y el consumo, con lo cual la crisis se despliega por la interrelación de todos los factores. En breve, la TDTG se sigue lógica y empíricamente de la sobreproducción: si hay exceso de oferta, por la lógica de mercado, la tasa de ganancia cae, incluso si la tasa de plusvalía es alta. De ahí que la solución de las crisis en el capitalismo pase siempre por la quema de capital (eliminación de los no competitivos, por quiebra, absorción, fusión) y el ataque a los salarios y condiciones laborales de los trabajadores. Justamente para recuperar la tasa de ganancia, volver a invertir, generar actividad, empleo, consumo, etc., y que la máquina vuelva a funcionar. Hasta la próxima crisis... Es el funcionamiento cíclico: las crisis no son exteriores al sistema, son su mecanismo de regulación. Un elemento adicional: la sobreacumulación del período de expansión y rápido crecimiento, del período en que las tasas de explotación (plusvalía) y ganancia son altas, hace que cuando se invierte la tendencia y se impone la caída de la tasa de ganancia, por la sobreproducción, aparezca una enorme cantidad de capital-dinero que por dicha caída de la tasa de ganancia no puede reinvertirse rentablemente en la producción, la merma de la inversión ya mencionada. Esto explica el tremendo crecimiento del sector financiero (tres veces superior respecto de la 'economía real', la producción, en las 4 últimas décadas), la 'financierización' del capitalismo internacional. Tampoco la financierización sería entendible sin la TDTG, es lo que permite entender que los capitales se orienten hacia y busquen valorizarse en el sistema financiero.

Por otro lado, en todo texto explicativo de la TDTG se aclara que no es una 'ley' en el sentido positivista, 'que rige siempre y en toda circunstancia', es una 'ley' en el sentido marxista, dialéctico, de 'tendencia', se verifica en un contexto histórico, en lucha con otras tendencias y contratendencias: es decir, hay una serie de mecanismos en el capitalismo orientados a contrarrestar la TDTG: la exportación de capital, explotación (extracción de valor) de países de periféricos, aumento de la magnitud de las corporaciones, precios de mono-oligopolio; pero sobre todo necesita incrementar la tasa de explotación del trabajo, la extracción de plusvalía, absoluta (duración de la jornada, ritmo de trabajo) y/o relativa: incremento de la productividad por incorporación de innovaciones técnicas. Pero la primera tiene límites físicos, la segunda aumenta la composición orgánica del capital, que de vuelta conspira contra la tasa de ganancia... (es el carácter insuperablemente contradictorio del capitalismo). Por tanto, es una lucha entre tendencias y contratendencias. En las décadas recientes, China; India y los países donde se restauró el capitalismo, en la medida que supusieron una espectacular ampliación del mercado, ofrecieron una tremenda válvula de escape. Esto es empíricamente

orientado hacia las regiones periféricas del sistema (el caso 'sureste asiático' está sujeto a otras consideraciones, de tipo geopolítico), donde busca beneficiarse de las comparativamente altas tasas de explotación que deben soportar los trabajadores, ahora cobrando la forma de recurso financiero disponible, crédito abundante y a bajo costo, por el excedente de capital-dinero ansioso de encontrar una colocación rentable. Esta es pues la base⁴⁹, la condición de posibilidad, del proceso de superendeudamiento de los 70 (a partir de ahí, interviene en cada país un conjunto diferenciado de ingredientes internos, estructurales e históricos, económicos, políticos y culturales, que por supuesto contribuirán decisivamente a dar cuenta de los peculiares comportamientos y experiencias locales)⁵⁰.

muy importante. Y aún así, esto apenas difirió y no alcanzo para evitar la crisis más importante en 80 años.

Lo que lleva a otro aspecto: la TDTG se formula en *EL CAPITAL* en una forma teórica general. En el análisis social concreto hay que incorporar una serie de factores político-sociales. Es el paso de 'modo de producción' a 'formación económico-social' (la 'ley de inercia' es correcta, pero es contrarrestada en el mundo real por otras 'tendencias', la concurrencia de diversas fuerzas). Eso hace con que el sistema oscile de fases en que en términos netos la tasa declina, con otras fases donde priman los contrafactores y la tasa se recompone. En general, son los períodos en que hay un fuerte crecimiento de la inversión y la actividad, luego de una crisis importante, que, a su vez, purgó una caída anterior.

49. Es el fundamento estructural, en el nivel del sistema económico mundial. En otro nivel, como detonantes, modeladores, operan otros factores; es el caso del gran déficit público norteamericano originado en el esfuerzo de financiamiento de la guerra de Vietnam, o la política fiscal expansiva, hoy convencionalmente considerada excesiva, de la administración Johnson.

50. En la polémica sobre el influjo de la 'crisis del petróleo' en este proceso, me inclino por la interpretación que la sitúa sobre todo como una manifestación más de las tendencias profundas, verdaderamente estructurales, que determinan todo el proceso. Aunque, evidentemente, se trata de uno de los desarrollos no sólo más impresionantes, sino de más notorios efectos de retroalimentación sobre el conjunto de la situación y su dinámica. Convendría también señalar que en la crisis petrolera inciden también los intereses de las grandes corporaciones transnacionales del sector, lo que una vez más reintroduciría todo el fenómeno en cuestión en la matriz explicativa elaborada a partir del estudio de las macrotendencias de la economía capitalista mundial de fines de los años sesenta. La crisis petrolera no es la causa primera, y menos principal, de los problemas económicos internacionales de los años 70; es solo una de sus manifestaciones, la más espectacular seguramente y

El otro aspecto que interesa destacar dice relación con el clima político-social predominante en las sociedades de la región. Ya me he referido al incremento de las expectativas, entre amplios segmentos de la población, sectores sociales ascendentes, respecto de las posibilidades de acceder a y/o consolidar niveles de bienestar y de capacidad de consumo que eran percibidos como factibles, legítimamente demandables. Tal aspiración, lejos de constituirse en una presuntamente irracional 'inflación de expectativas', se ordenaba muy consistentemente al modelo de acumulación y crecimiento imperante, el que justamente la había alentado incorporando a nivel ideológico-discursivo una oferta de 'desarrollo-bienestar-democracia' (tanto más funcional en la legitimación del orden social y político, cuanto más peligrosamente seductora, para sectores potencialmente amplios, aparecía la promesa de la revolución cubana). La presión social ejercida por tal estado de opinión, y la acción social colectiva que alienta, junto a otros intereses más directamente vinculados al ejercicio efectivo del poder político (sectores empresariales vinculados a las ramas protegidas de la actividad económica), además de los efectos de la atmósfera ideológica (momento de esplendor del Estado interventor), en su operar relativamente autónomo, permiten construir una imagen de las condiciones que impelen al personal político gestor del aparato político-institucional al desarrollo de una orientación de 'aprovechar la oportunidad' ofertada por el mercado financiero internacional (tomar deuda a bajas tasas, aunque fluctuantes, para financiar el crecimiento; esto en el marco de la agresiva competencia de los bancos privados, en proceso de internacionalización y

con las más visibles repercusiones sobre la vida cotidiana de una buena parte de la población mundial, y que reopera sobre el conjunto del proceso, contribuyendo a extender su difusión a ámbitos políticos internos e internacionales. Justamente, la cuestión petrolera parece obedecer, por un lado, a los desequilibrios acumulados en la economía mundial (derrumbe de los precios de los productos primarios exportados por los países atrasados), y, por otro, a la particular situación política internacional reinante en el período, que tiende a favorecer las expresiones del nacionalismo económico y político.

desprendimiento de las regulaciones estatales de la segunda postguerra, por colocar sus crecientes excedentes).

Es así como el esquema desarrollista (industrialista, sustitutor de importaciones, urbanizador, proteccionista, de fuerte intervención pública y más bien deficiente en el aspecto de integración regional) obtiene una suerte de sobrevida, patrocinada por el esfuerzo del Estado. Sobrevida porque el curso definido se orienta en sentido contrario a la dinámica prevaleciente en el mercado mundial y en las regiones centrales del sistema económico internacional, con excepción del Japón. El estancamiento y altos niveles relativos de inflación que experimentarían las economías centrales durante los 70 conducirán al abrupto cuestionamiento de las certidumbres de política económica que habían imperado a lo largo de casi cuarenta años. El keynesianismo declina y es relevado por un añejo fervor, en algunos casos fanatismo, liberal, ahora de deriva 'monetarista'. La marea 'neoconservadora' (liberalismo económico/conservadurismo político-moral) en los centros de poder mundial trae aparejada diversas consecuencias, pero en relación con el tema que nos ocupa, supone un efecto decisivo: tras diversos intentos fallidos en clave típicamente keynesiana, la administración norteamericana de Carter se inclina por un giro monetarista en su búsqueda de una salida para los años de estancamiento y alta inflación. Una de sus medidas, la impresionante elevación de las tasas de interés, de 6 a casi 18%, en un lapso de tres años, 1978-81, significó para América latina el equivalente a una declaración de guerra. La deuda se había contratado a tasas bajas pero fluctuantes⁵¹. Crisis y 'década perdida'

51. Vitale, Luis. *HISTORIA DE LA DEUDA EXTERNA LATINOAMERICANA*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1986. En particular, el Capítulo VI; Frank, André G. "¿Es posible desactivar la bomba de la Deuda Externa?" Rev. Nueva Sociedad, s.n., San José, 1985, pp. 40-41. Bianchi, Andrés. *LA DEUDA EXTERNA LATINOAMERICANA*. Ver Prólogo y "Políticas de ajuste y renegociación de la deuda externa en América latina". Ed. GEL. Buenos Aires. 1991. Serulle, J;

estaban decididas, más allá del mejor o peor manejo de los fondos recibidos en los años de ‘plata fácil’; las subsecuentes renegociaciones harían el resto⁵².

Lo relevante aquí de todo esto es el catastrófico efecto sobre la estructura económica y social de las sociedades de la región. De acá se sigue el complejo crisis-ajuste-reestructuración económica, que, en el marco y como parte del proceso general de globalización, en su fase preliminar, consiguió producir a la postre una alteración significativa en las relaciones con los centros económicos de poder mundial, en particular el norteamericano, por mucho el más influyente y poderoso. Y, por supuesto, tal reconfiguración induce, y continúa induciendo, movimientos de reacomodo en el ordenamiento social interno, en lo económico, político, institucional y cultural, así como en la forma y composición de la estratificación social.

La noción de dependencia ha estado sujeta a vicisitudes llamativas. De tardío éxito, si se toma en cuenta sus vínculos teórico-metodológicos con las elaboraciones en el campo marxista acerca de la formación capitalista-imperialista y el carácter semicolonial de los países capitalistas atrasados, se

Boin, J. *FONDO MONETARIO INTERNACIONAL. DEUDA EXTERNA Y CRISIS MUNDIAL*. Ed. IEPALA. Madrid. 1986. Ver el Capítulo III de la Parte II.

52. A la disparada de las tasas de interés, que eleva abruptamente los pagos por concepto de intereses y principal, como factor decisivo del desencadenamiento de la ‘crisis de la deuda’, habría que agregar los efectos, en su origen y sobre todo en su prolongación y calado, de la recesión en los países metropolitanos, que deprime el comercio internacional y los ingresos por exportaciones de los periféricos, así como la abrupta caída de los precios de las materias primas a partir de fines de los años 70, que se prolongará hasta inicios de los 90. La crisis de liquidez de los Estados, combinada con la merma de la entrada de inversión externa productiva y la fuga de capitales, cierra el círculo. La ‘década perdida’, de los 80, supuso un salto de la pobreza y la desigualdad, la desnacionalización de la economía, la transferencia a grandes grupos económicos, locales e internacionales, de la mayoría de los principales activos públicos, y la extranjerización de parte importante de las empresas de capital local, así como una severa erosión de la capacidad del Estado para intervenir en la regulación de la economía y la promoción del crecimiento económico.

La magnitud del derrape económico-social de América latina se constituye en la más importante crisis en la historia de la región como un todo.

instala con fuerza sobre la segunda parte de la década de los sesenta, en buena medida como expresión intelectual-académica de las luchas sociales y la radicalización política del período, pasando a la condición de gran hallazgo y categoría emblemática del pensamiento social latinoamericano, al menos del crítico; en lo que sigue, rápidamente popularizada, estimulará una sucesión sin precedentes de estudios que, en sus puntos altos, representan un salto adelante considerable en el grado de comprensión teórica y empírica de la base histórico-estructural, así como política y cultural, del llamado problema del subdesarrollo, clave contextual de los graves problemas sociales de la región; pero al mismo tiempo, la noción paga el típico precio de la popularización, siendo también, y mucho, objeto de un uso ligero, sobresimplificado y esquemático, que amenaza banalizarla y desarmarla. Finalmente, durante los ochenta, se verifica un extraño, brusco, cambio de fortuna de la noción, una suerte de apresurado abandono/huida del enfoque (protagonizado por no pocos de aquellos cuya notabilidad y prestigio intelectual era en buena medida acreditable a su valor heurístico y explicativo), que funge de síntoma del nuevo clima político-ideológico, también intelectual, excluyéndolo casi por completo del lenguaje de las ciencias sociales institucionales.

Este trabajo, explícitamente, se inscribe en un movimiento de recuperación crítica de una herramienta analítica que, mucho indica, no solo mantiene enorme vigencia, sino que acaso hoy sea más pertinente que en la época de su inicial formulación. Tal recuperación sin embargo debe encarar el problema teórico-metodológico central de la categoría en su uso anterior más extendido, a saber, su no del todo adecuada articulación con el curso y las reestructuraciones de la acumulación capitalista internacional; es decir, la dependencia es función de la lógica del capitalismo y su estructura de clases, no un fenómeno independiente o exteriormente relacionado⁵³.

53. Salama, P.; Valier, J. *UNA INTRODUCCION A LA ECONOMIA POLÍTICA*. Ed. ERA. México. 1982. Cap. 8.

La condición de dependencia, como he afirmado arriba, ha acompañado la casi totalidad de la historia latinoamericana, con excepción de unas cuantas décadas tras la ruptura de la sujeción colonial, además de, en algunas sociedades, el breve período marcado por la crisis de los años 30 hasta el final de la segunda guerra mundial. En ese trayecto histórico, ha presentado diversas configuraciones, variando correlativamente con los giros experimentados por el sistema social global de conjunto; del capitalismo liberal decimonónico a la nueva reestructuración del sistema que vivimos, pasando por el capitalismo de los monopolios y regulado, la forma de la dependencia ha sufrido los correspondientes acomodos, cambiando a fin de perdurar, 'modernizándose'. Hoy no resulta inusual oír hablar de 'interdependencia asimétrica', afortunada forma de expresar, creo, lo nuevo que la relación en cuestión incorpora, el salto adelante de la interrelación en la economía mundial.

El asunto aquí consiste en aportar algunos elementos que precisen o actualicen su contenido, sus formas y el modo en que redefine las históricas relaciones de sujeción estructural, en la nueva fase. La tesis central de este trabajo puede ser formulada como sigue: América latina, en los últimos veinte años, como resultado de una combinación de tendencias predominantes en la dinámica objetiva del sistema, con políticas impulsadas desde la superestructura político-ideológica neoliberal⁵⁴, transita por un sendero de profundos cambios que llevan a una significativa alteración de las rela-

54. La realidad social, en un plano histórico amplio, es un resultado de luchas sociales. Esto quiere decir que en cada momento, el orden social y las instituciones son un resultado provisional, más o menos estable, según las circunstancias, de luchas anteriores y relaciones de fuerza en acto; el equilibrio o desequilibración del estado de cosas depende por tanto del resultado del continuado enfrentamiento de grupos que se esfuerzan por imponer sus intereses y definiciones de la realidad, grupos que actúan en el marco de un limitado ámbito de posibilidades sociales reales históricamente producidas. En esta dinámica del complejo se despliega y dirime la dialéctica de 'lógica objetiva del sistema' y elecciones y acción intencional de individuos, grupos y fuerzas sociales, prácticas sociales.

ciones sistémicas con los centros de poder económico-político globales, particularmente con la metrópoli norteamericana, alteración que de acuerdo con su deriva ya ha provocado un salto en el estrechamiento de los márgenes económicos y políticos locales respecto de las demandas y presiones de los intereses dominantes en los centros metropolitanos. La evolución de la economía internacional en las últimas décadas ha profundizado la dependencia, como estructura relacional, de los países de la periferia capitalista, reforzando la dominación de los centros metropolitanos y haciendo más eficaz la operación de los dispositivos de control internacionales. El sistema ha registrado un salto en su nivel de organicidad, ha alcanzado niveles inéditos de integración funcional, y esto repercute sobre el régimen o formación internacional de Estados, las relaciones de fuerza entre los mismos, y, sobre todo, da lugar a tendencias culturales por primera vez propiamente mundiales⁵⁵.

El proceso adquiere un firme fundamento estructural al nivel de las formas económicas, desde donde sus efec-

55. Desde el punto de vista del carácter de clase, de los intereses de clase que sostiene, los Estados en la periferia, como todo Estado burgués, ‘defienden, protegen y consolidan ante todo las condiciones determinadas de acumulación del capital, de producción de la plusvalía’ (Mandel), es decir, defienden las bases socioeconómicas mercantiles del orden social; por las características de la formación social interna y por su posición en el sistema internacional, adquieren el carácter específico de ‘Estado semicolonial’, carácter que emerge como efecto de las relaciones entre el capital imperialista y las clases poseedoras locales. El concepto de Estado semicolonial está en continuidad con los rasgos centrales de las sociedades del capitalismo periférico y dependiente, y como tal permite precisar las particularidades (la debilidad estructural) del aparato institucional y el sistema de dominación política en tales condiciones. Esto significa que, en las condiciones del capitalismo tardío, los Estados de la periferia tienden a perder margen de autonomía (variando en su plasmación de acuerdo a aspectos estructurales, de tamaño y recursos naturales, demografía, peso industrial, zona del mundo), sin que esto pueda ser utilizado para promover fabulaciones sobre la desaparición de los Estados tradicionales, no en las condiciones imperantes, en las cuales continúan desempeñando roles no prescindibles. Lo que ocurre es una agudización de la contradicción inherente al capitalismo entre la tendencia a la internacionalización y la incapacidad para prescindir del viejo Estado ‘nacional’, un anacronismo cada vez más disfuncional.

tos se propagan con amplitud para interactuar con la esfera político-institucional, las características de la estratificación social y el clima ideológico-cultural, dando lugar a una relacionalidad circular, en la cual cada momento o ‘componente’ opera sobre los restantes ingredientes, en particular y de vuelta sobre la base económica, y en general sobre el conjunto en movimiento, contribuyendo de manera diferencial a modelarlo -en el marco conceptual-metodológico del desarrollo desigual y combinado⁵⁶-, siempre sobre la base histórica general y el ámbito de posibilidades definido por la lógica de la acumulación y los intereses de los grandes capitales, concentradores de los principales medios de producción-cambio y de generación de riqueza; las consecuencias en cada sociedad y subregión evidentemente se entienden en relación con el estado evolutivo provisional peculiar. Tres son los aspectos que particularmente nos interesan: la desnacionalización de las economías, la persistente dependencia financiera y tecnológica y, en un plano más general, los cambios en la posición del subcontinente en el sistema-mundo.

Por desnacionalización hay que entender un proceso mediante el cual valiosos activos, públicos y privados, son transferidos al gran capital internacional, en particular ex-

56. Mandel: el concepto de desarrollo desigual y combinado se revela “indispensable para analizar y comprender una formación económica y social concreta en los siglos XIX y XX”. Y agrega que siendo esto así para la casi totalidad de los países del mundo, “en tanto que expresa la ley más general de la forma específica de desarrollo correspondiente al capitalismo, que genera desequilibrios pero en el marco de una totalidad contradictoria”, si es válido para los países avanzados, con tanto más razón para los de la periferia capitalista. “Clases sociales y crisis política en América latina”, En *CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA* #4, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977, pág. 131. La formulación de Rolando García, en relación con una teoría general de la evolución de los sistemas abiertos, en *SISTEMAS COMPLEJOS*, “las interrelaciones entre procesos con dinámicas diferentes y escalas temporales distintas”, dentro del sistema, que como un todo interactúa con, y se ve afectado (sus procesos internos) por, las fluctuaciones en las condiciones de contorno (pág. 159), puede ser tomada como una posible generalización epistemológica. Es la dialéctica de diferenciación e integración en el movimiento de la totalidad, desarrollada por Piaget.

traregional. Sus consecuencias no pueden ser más determinantes para el futuro de las sociedades de la región: al relocalizarse los centros principales de decisión de las empresas, se enajena la capacidad de ejercer algún tipo de control sobre las políticas de gestión de las mismas; esto es, sobre las políticas de inversión y desarrollo; sobre el modelo tecnológico incorporado y sus niveles de (in)adecuación al entorno económico y al proceso productivo de conjunto (en buena medida, el nivel inédito de desocupación alcanzado en la Argentina, a mediados de los noventa, se relacionó con la pérdida estructural de empleos derivada de una reconversión industrial llevada adelante con un criterio estrechamente financiero, ignorando totalmente la ‘rentabilidad’ social y los efectos societales de tal orientación⁵⁷); otro aspecto de la cuestión tiene que ver con el destino de los excedentes generados, mayormente remitidos a las empresas matrices localizadas en las metrópolis, con lo cual se refuerza de manera inédita un mecanismo de flujo negativo de valor. En pocas palabras, estamos asistiendo a un evento de alcance histórico, la práctica liquidación del poco control local que restaba sobre el aparato de producción de riqueza, sobre todo en los sectores más productivos y rentables.

No faltan, por supuesto, voces alzadas contra esta anacrónica nostalgia del ‘nacionalismo económico’. Descontando el extravío total de tal observación –nada más alejado de cualquier romanticismo económico que el enfoque que orienta el presente análisis–, el asunto aquí es ¿qué puede ser de una sociedad que ha perdido en medida crítica posibilidades efectivas de control sobre su aparato productivo? ¿Podría esto suceder en Francia, Japón o EEUU? Es conocida la tradicional actitud de los referentes económicos y políticos japoneses en relación con su mercado interno y los intrincados mecanismos de protección y cierre que han ideado, que sustanció en los años noventa un espinoso diferendo

57. Katz, Claudio. “Argentina. La deuda después del default”. Rev. Correspondencia de Prensa # 582. Montevideo. 2004. Págs. 23-25.

con los EEUU, nunca del todo superado; o las varias centenas de miles de millones de dólares que cada año destinan las economías avanzadas al subsidio de sus sectores agrarios, instancia de protección muy ‘nacionalista’ por cierto, y con las conocidas repercusiones sobre el mundo periférico; se podría abundar sobre la determinación con que Europa, Gran Bretaña o Rusia protegen la propiedad de sus empresas y su autonomía en materia económica, particularmente en lo referente a los sectores definidos como estratégicos y, dentro de estos, sobre todo, los nichos de desarrollo tecnológico autónomo.

Este proceso de desnacionalización tiene una historia que por cierto es anterior a los años 80, pero es a raíz de la crisis de la deuda que experimenta un desplazamiento en su comportamiento tendencial. La imposibilidad de hacerse cargo de la onerosa carga de los pagos (principal e intereses) lleva a los gobiernos latinoamericanos a aceptar la política norteamericana del ‘Plan Brady’; los bonos del Tesoro norteamericano, a título de aval, se cambian por pagos de intereses de la deuda a condición del inicio de las privatizaciones, desregulaciones y la creación de condiciones más flexibles, y ‘jurídicamente seguras’, para la radiación de los capitales extranjeros. Es por esta vía que los ajustes estructurales cobran real empuje, dando lugar finalmente al canje de deuda por activos de las empresas públicas. En adelante, la ola de privatizaciones, fusiones, absorciones y finalmente compra directa de activos por el capital internacional, va a resultar en una masiva y probablemente inédita transferencia a transnacionales metropolitanas de algunas de las más importantes empresas y bancos de la región. Con el propósito de financiar tal operación, se registra entre los años 1990-98 un masivo ingreso de capitales foráneos que es presentado ante la opinión pública, por el personal encargado de la gestión del Estado, como una demostración de la superación de la crisis de los 80 (parte de esas operaciones, en realidad, se financió con recursos obtenidos en las plazas financieras locales).

Uno de los países modelo y más ‘beneficiados’ fue la Argentina bajo el gobierno de Carlos Menem⁵⁸; hoy sabemos cómo terminó el experimento, sobre el final de la década, Argentina se vio sumida en una profunda crisis depresiva, que se prolongó por más de cuatro años y derivó en una espectacular quiebra económica, con consecuencias sociales de una profundidad y extensión pocas veces vistas en la región; la pobreza encaramada al 53% y las célebres ferias de trueque, así como la proliferación de asambleas barriales de autoconvocados y el lema ‘que se vayan todos’, pasaron a simbolizar la experiencia. Entre los más notorios casos de venta de activos con resultados funestos se encuentra Aerolíneas Argentinas que, de ser una empresa con una flota de alrededor de 30 aviones y rentable, pasó a contar con una deuda de centenas de millones de dólares y solo unas cuantas naves. Tal fue el resultado, más que catastrófico, doloso, de una privatización que iba a hacer más eficiente el funcionamiento tanto de la empresa como del conjunto de la economía. Años después, en 2008, el Estado argentino decidió reestatizar la empresa a fin de rescatarla comercialmente y con un criterio político-institucional: garantizar la cobertura nacional del servicio de aerotransportación de gentes y cargas. El caso argentino resulta casi inverosímil, una inspección rápida de los muchos datos disponibles indica que, a finales del 2001, 2/3 de las grandes empresas y bancos se encuentran directamente en manos del capital metropolitano (el ingreso masivo de capitales brasileiros se verifica con posterioridad a la quiebra, aprovechando la ventaja cambiaria y el drástico abaratamiento de los activos argentinos), del resto, nominalmente de propiedad de capitales locales, muchos no son sino testaferros de transnacionales y bancos extranjeros⁵⁹. Según datos de la

58. El estudio de Juan M. Larrosa, *EL PLAN BRADY: UN ENFOQUE DEL CASO ARGENTINO*, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina, de 1994, ofrece una detallada descripción de una experiencia de referencia.

59. Las fuentes son múltiples. Como referencia principal tomo la Revista de Ciencias Sociales Realidad Económica, editada en Buenos Aires por el Instituto Argentino para el Desarrollo Económico-IADE, números de 2001 a 2003.

prensa local, en el año 90 el 85% de los juguetes vendidos en el país eran de fabricación nacional, para el año 2000 tal porcentaje había descendido a 15%; la reducción no es solo producto de las desventajosas condiciones de competencia, se agrega también el hecho de que una parte de las adquisiciones de empresas locales ha tenido el objetivo principal de utilizar marcas locales tradicionales y altamente arraigadas en las costumbres de consumo para comercializar productos importados o incrementar el componente exterior en los productos locales; tales movimientos llevan a liquidar parte de los activos y del personal: la destrucción de capital, ya lo apuntaba Marx, es también una forma de impulsar el proceso de concentración del capital⁶⁰.

En el caso mexicano, en el período de Vicente Fox, un expresidente de la filial local de Coca Cola, la intención de avanzar en la privatización –‘apertura’– del sector petrolero, se transformó en un objetivo central de la gestión política del Estado, actuando sobre lo hecho por el PRI, que ya había ofrecido en 1995 las reservas petroleras como garantía al Tesoro norteamericano para los préstamos-puente destinados a salvar el crack económico del momento. Fox tuvo poco éxito en el intento, pero el tema continuó abierto y, finalmente, bajo el gobierno de Peña Nieto se logró avanzar en la apertura del sector petrolero al capital internacional. Por lo demás, la economía mexicana, como resultado de las políticas neoliberales y el ingreso en el NAFTA, se ha vuelto casi completamente dependiente de la norteamericana (80% del comercio exterior mexicano es con EEUU). Un completo ‘éxito’, pero con una distribución (directamente perceptible) del ingreso que pone a cualquier visitante a dudar de los datos oficiales, ya nada alentadores, y con alrededor de 50% de pobreza⁶¹.

60. Cifarelli, Viviana. *LAS PRIVATIZACIONES EN ARGENTINA*. Taller de Estudios Laborales. Buenos Aires. 2005.

61. Datos del oficial Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social-CONEVAL, para el año 2010, indican que desde el 2006 el indicador de pobreza en México vuelve a crecer desde un 42% a 47.4% en 2008, 50% en 2009,

Durante la crisis financiera del 2009-10, la particular vulnerabilidad mexicana, en comparación con el resto de la región, no se explicó solo por la enorme exposición a los eventos en EEUU, saltó también al primer plano el hecho de que lo principal y relevante de la banca local es privada y de capital extranjero; eso supuso una notoria desventaja en relación con países como Brasil, Uruguay y Costa Rica, cuyo sistema bancario, en que las instituciones de capital local, público o privado, siguen desempeñando un papel central, aportó cierto margen para enfrentar en una posición menos expuesta la onda expansiva.

En el caso de Brasil, la mayor economía de América latina y la más tardíamente incorporada a la corriente neoliberal-desnacionalizadora (situación seguramente explicable, en buena medida, a partir de la acción del movimiento social de resistencia de conjunto más politizado, con mayor margen de autonomía y coordinado de todo el subcontinente, en la época –antes de la llegada al gobierno del PT, justamente un efecto particular del nivel de activación y organización previo–; pero también, y tal vez más importante aún, por el peso de un decisivo sector del empresariado notoriamente cauto frente a las iniciativas de apertura y nada inclinado a poner en peligro las posiciones aun bajo su control en el mercado local –así como la protección y los subsidios estatales–, que ha resistido la desnacionalización y que aportó base social para la oposición al ALCA), la tendencia general, sin embargo, toma impulso con la segunda presidencia de F.H. Cardoso. El más sonado y controvertido caso, la transferencia al capital foráneo del control del sector telecomunicaciones, sirvió para definitivamente instalar en el ambiente político un movimiento desnacionalizador que incluye empresas

con una tendencia creciente y una proyección, en el peor escenario, de 55% en 2013, todo ello, en el marco de la crisis económica internacional y la extrema dependencia mexicana respecto de la economía norteamericana, por su vez sumida en un persistente estancamiento. La reducción de las remesas y la sequía del 2009, la peor en setenta años, se informa, han agravado dramáticamente una situación de lento crecimiento económico en el país que se prolonga desde los años noventa (desempeño situado bastante por debajo del promedio latinoamericano del período).

del importante sector de autopiezas, de electrodomésticos, supermercados, algunos grandes bancos (Real, Bamerindus, Económico), la industria de alimentos, la mayor siderúrgica estatal (la Vale do Río Doce, un golpe particularmente duro, en lo simbólico) y la empresa de energía de Río de Janeiro; por si fuera poco, las presiones para que el país abra un proceso de privatización de la exitosa aeronáutica Embraer, se mantienen, si bien bajo los gobiernos del PT tal escenario parece haber perdido probabilidad.

Podríamos continuar revisando los casos de las economías más pequeñas pero no encontraríamos más que la continua reiteración del mismo orden de eventos: petróleo, energía y telecomunicaciones, industria alimentaria, de bebidas, turística, redes minoristas, banca, seguros, minería, tierras cultivables, obras públicas, infraestructura portuaria y aeroportuaria, incluso servicios de salud y educación, etc., prácticamente todo aquello con algún valor. El punto es: por la magnitud, se trata de una situación sin precedentes, la masiva y atropellada transferencia de activos y fuentes de generación de riqueza, la base misma del proceso de acumulación y crecimiento y del bienestar social de las poblaciones, de los 'ciudadanos' (cuyos intereses y opinión ha contado poco y nada, por cierto). Las consecuencias previsibles de este proceso son contundentes (y aún quedan las no previsibles). Para no abundar, mencionemos solo lo que resulta del todo evidente: lo que se compromete, de forma casi irremediable, dentro de los marcos del régimen capitalista-periférico, es la capacidad de las sociedades de la región de intentar políticas de desarrollo económico, en lo comercial, industrial, tecnológico, de exportación (y los mecanismos financieros imprescindibles) relativamente autónomas, privilegio este también de las sociedades capitalistas avanzadas. El resultado es claro, más dependencia y más estructuralmente arraigada.

La dependencia financiera. Durante dos décadas, la sofocante presencia del endeudamiento externo fue de una considerable utilidad para los intereses asociados al gran capital metropolitano. La trampa de un dispositivo en extre-

mo perverso, que funcionó primero como un insidioso canto de sirenas, atrayendo de forma irresistiblemente seductora, para luego imponer un cepo inclemente, cuyo rescate apenas parcial sirvió de palanca para promover una desgarradora reestructuración de las economías de la región, un descomunal ataque de clase a las condiciones de vida y trabajo y a las remuneraciones de los asalariados y los subordinados en general, así como a los márgenes de autonomía económica y política de los Estados: aperturas unilaterales, remate de activos públicos principales, abatimiento del gasto público social, flexibilización laboral (aumento de la tasa de explotación del trabajo), y el etc. conocido. No solo en los años ochenta. La crisis argentina, de fines de los noventa, fue básicamente alimentada por esta vía, la de una deuda externa, que se antojaba eterna, combinada con un ‘plan económico’ testarudamente organizado en torno al objetivo excluyente del control de la inflación y el ajuste orientado a la particular noción de estabilidad macroeconómica neoliberal⁶². Los gobernantes argentinos del período acabaron descubriendo, tardía y amargamente, que no basta con una disposición y trayectoria política formalmente correcta (en el momento de su ascensión al principal cargo político, De la Rúa personificaba el discurso político moralizador anticorrupción), ni con la muy merecida buena reputación en los círculos financieros internacionales de hombres como Cavallo (que llegó a ser todo un símbolo de la ejecución de reformas libera-

62. El control de la inflación es declaradamente el objetivo de política económica excluyente de las concepciones liberales convencionales; se lo presenta como un compromiso con la seriedad técnica, la responsabilidad política, ‘antipopulista’, y, claro, la sensibilidad social (‘los pobres son las principales víctimas de la inflación’). Puertas adentro, sin embargo, la determinación antiinflacionaria puede tener otros propósitos. Como confesaba un asesor de Margaret Thatcher: “las políticas contra la inflación de los años 80 resultaron ser una muy buena forma de aumentar el desempleo, y aumentar el desempleo fue una forma extremadamente atractiva de reducir la fuerza de la clase trabajadora... lo que se diseñó allí fue, en términos marxistas, una crisis del capitalismo que recreaba un ejército de reserva del trabajo y que ha permitido a los capitalistas generar grandes beneficios desde entonces”. Citado en Harvey, David, “Algunas ideas sobre Piketty”, <http://marxismocritico.com/2014/05/21>.

les), para granjearse la benevolencia de los mercados financieros, sobre todo cuando se debe cargar, por un lado, con el oneroso peso de una deuda que no para de crecer⁶³, que, ‘capitalización de intereses’ mediante, parece alimentarse a sí misma, y, por otro, con las sofocantes rigideces de un modelo económico obsesivamente enfocado en una concepción de la estabilidad macroeconómica (cuyo instrumento central fue la llamada ‘ley de convertibilidad’, o de paridad 1 a 1 entre la moneda local y el dólar, que funciona como un anclaje de la política monetaria), que penaliza en forma severa el empleo, el consumo, la producción y el crecimiento, por tanto, el ingreso fiscal, lo que llevó a un nuevo ciclo de endeudamiento, y que desnacionaliza el aparato productivo; más aún si se tiene que contar con una ‘sociedad civil’ real, movimientos sociales populares, insumisa.

Entender la relación del fenómeno de la deuda con la estructura de la dependencia (las vías y la medida en que la primera se entiende a partir de y refuerza de vuelta la segunda) es de primera importancia: el estallido de la denominada ‘crisis de la deuda’ al inicio de los ochenta supuso

63. “Según cifras del Informe del Fondo Monetario Internacional de septiembre del 2005, el monto de la deuda externa de los países subdesarrollados en el 2004 alcanzó los 2,8 millones de millones de dólares. La deuda externa de los países subdesarrollados en el 2004, calculada en 2,5 millones de millones de dólares por el Banco Mundial, representó el 34,3% del PIB total del Tercer Mundo y el pago por concepto del servicio de la deuda ascendió a 436 mil millones de dólares. Si se toma en cuenta que, en 1968 la deuda del Tercer Mundo rondaba los 50 mil millones de dólares, podrá observarse que en 37 años la deuda se ha multiplicado por 50 veces”. Gladys Hernández. Observatorio Internacional de la deuda. Buenos Aires. Noviembre 16 de 2005. En un contexto del todo diferente, pero también revelador del mecanismo de la deuda como dispositivo de control y subordinación, BBC-Mundo indica: “desde 2010, el FMI, la Comisión Europea y el BCE le han extendido al gobierno griego cerca de US\$270.000 millones en fondos de rescate. Sin embargo, este gigantesco paquete de ayuda no ha conseguido reactivar la economía ni aminorar el peso de la deuda”, “5 palabras clave en las negociaciones de la deuda griega”, febrero 11, 2015. Pero sí obligó a Grecia a privatizar y transferir al capital europeo activos principales, aparte de las devastadoras y perdurables consecuencias para la población. Según datos del FMI, la deuda griega pasó de 130% del PIB en 2009 a 174% en 2014.

un tan abrupto y profundo trastorno de las condiciones socioeconómicas internas y en la relación con los centros de poder que, casi sin transición, los términos del planteamiento y el debate sobre la cuestión del (sub)desarrollo se vieron drásticamente desplazados. Las hasta un poco antes impensables restricciones y constreñimientos replantearon radicalmente toda la situación. Lo paradójico es que nunca antes, en los treinta años previos, el problema de la dependencia, de la determinación centro/periferia, había alcanzado la dramática expresión de los ochentas, nunca había sido tan evidente, descarnada y dura, en su manipulación, la amplia posición de dominio de los países avanzados sobre los mecanismos del mercado mundial capitalista, de los mercados financieros en particular. Pero justamente por ello, los márgenes para su cuestionamiento se estrechan al máximo. En lenguaje de relaciones políticas, de relaciones de poder, la 'crisis de la deuda' fue un brutal golpe de mercado, que impuso una extraordinaria derrota política a las sociedades de la región (y dentro de ellas, a los sectores subalternos en particular; pero también afectó a sectores de capas medias y de las clases poseedoras), en su tensionada relación con los centros de poder (al margen de las peculiaridades). El desconcierto, y retroceso-retirada, de los estructuralistas del centro/periferia y de los dependentistas, es solo una de las expresiones de esa derrota. En el marco de la quiebra económica, el ocaso de la autoridad y la influencia del desarrollismo estructuralista cepalino, y de su figura ceñera, Raúl Prebisch, se ve acelerado por la agresiva irrupción de la ofensiva neoconservadora de la alianza Thatcher/Reagan, que justamente a caballo del estrechamiento de los márgenes provocado por la crisis de la deuda, copa rápidamente el ambiente político-cultural. Los gobiernos de la región, no pocas veces de mal grado, en la medida que expresan de diversas formas intereses de sectores de las clases dominantes locales, que claramente están por sufrir un duro revés, más allá de su, desigual, capacidad para adaptarse a medio plazo, deben ahora aceptar un acotado menú de opciones de política económica, así como la pesada intervención y humillante aire de los funcionarios del FMI.

La crisis de la deuda estalla a inicios de los ochenta, pero se gesta en la década anterior. El mecanismo o las vías del proceso de endeudamiento de los setenta ya son reveladores de los recursos de la condición contemporánea de la relación de dependencia. La crónica escasez de capital, rasgo del atraso capitalista, originada en el temprano control por el capital metropolitano de las principales fuentes de acumulación y reproducida por el estructural flujo negativo de valor hacia los centros, es efecto y causa en la relación. En una coyuntura de contracción y turbulencia internacional, de estancamiento de los países avanzados, de inflación alta, con el mercado petrolero desquiciado y deterioro general de los términos de intercambio y caída de los precios de las materias primas, en parte por la contracción de la demanda de los países ricos (combinación que se traduce en crisis de liquidez), por un lado, y, por otro, de caída de la inversión privada interna, los Estados, en un contexto ya mencionado de abundante y agresiva oferta internacional de capital-dinero, asumen la tarea de intentar mantener las altas tasas de crecimiento de la posguerra, presionados además por el alza en las expectativas y demandas sociales. Punto aparte resulta el tema de la eficiencia del uso dado a los recursos incorporados, pero el hecho de la sincrónica generalidad de la espectacular quiebra de las distintas y muy diferentes economías, indica claramente que los aspectos decisivos de su desencadenamiento desbordan elementos contingentes locales (oportunidad de los proyectos de inversión, corrupción, eficiencia de la ejecución y/o gestión, etc.). La causa principal, el factor que totaliza la multidimensionalidad del fenómeno-proceso, del estallido, radica en el rápido crecimiento, entre los años 78 y 81, de la tasa internacional de referencia para los préstamos contratados, la tasa del mercado financiero norteamericano, que torna incosteable el servicio de la deuda⁶⁴.

64. Ya en los años 80, los capitales locales, o asociados con intereses externos, sacarán provecho por partida doble de las políticas que multiplicarán los impactos sociales: primero, con la estatización de las deudas privadas, de las empresas, en la mayoría de los casos, varias veces superiores al monto de las públicas, con los tremendos efectos sobre las finanzas públicas de tal maniobra; y después, con

El mecanismo de surgimiento de la deuda, en los años 70, revela vías concretas de la relación de dependencia, intereses, políticas, acciones. Mientras América latina se ve empujada a la trampa de la deuda (también parte del Este europeo, Yugoslavia, Polonia), el sudeste asiático (Corea del sur y Taiwan, en primer término), tras la Segunda guerra, es objeto de una intervención del todo diferente. El primer y determinante cambio consistió en una profunda reforma agraria, que, implementada por el poder político, pero viabilizada por la fuerza de ocupación norteamericana, consiguió quebrar la resistencia de la poderosa clase terrateniente –sector ampliamente dominante en el período anterior, en alianza subordinada con el establecimiento colonial japonés–. Se trata de una intervención concebida para constituirse en pilar decisivo en que apoyar el conjunto de acciones orientadas a generar condiciones favorables para un sostenido proceso de industrialización. Al impacto productivo hay que agregar el efecto distributivo, que potenció, en el inicio de la radical reestructuración económica, del desplazamiento de obstáculos estructurales, el mercado interno para el sector secundario, que por su vez acunó buena parte de las condiciones para el despliegue de la notablemente exitosa proyección sobre el mercado externo.

A partir de esta importante transformación estructural inicial, se puede entender el determinante impacto dinámico de los tres factores que realmente permiten entender, exponer, el secreto del tan celebrado ‘milagro de los tigres asiáticos’. Ambos países tendrán acceso, patrocinados por EEUU, a inversión productiva en montos relevantes, transferencia tecnológica pertinente y, remate crucial, a una muy generosa –políticamente definida– apertura de mercado a sus exportaciones, factores que en conjunto operarán como un insumo crítico, de revulsivo efecto, capaz de activar, venciendo la inercia previa, y estimular a fondo los mecanis-

los ingentes recursos liberados y disponibles tras estas operaciones, por la compra a precio de remate de las empresas estatales privatizadas, en medio de todo tipo de turbiedades y amaños.

mos e ingredientes internos del crecimiento y la acumulación, removiendo los típicos obstáculos enfrentados por los países periféricos en su proceso de desarrollo capitalista, en lo interno, y, sobre todo, abriendo canales privilegiados para la colocación de sus excedentes y crecientes exportaciones de productos industriales (movimiento que por su vez permite entender la oportunidad real creada, que opera como estímulo, como atractor, para la diversificación del aparato productivo, la mejoría de la calidad, el incremento del valor agregado y sofisticación tecnológica de sus exportaciones).

La explicación del inusual fenómeno pasa por razones bastante profanas, fundamentalmente geopolíticas. Un proceso/resultado económico producido a partir de un factor político vinculado a los intereses dominantes en la economía y la política mundiales. Con el avance de los movimientos y procesos políticos anticapitalistas en Asia oriental, la región se torna un espacio de imperioso interés para la política de contención norteamericana; en una región caracterizada por un notorio atraso económico, paralizantes niveles de pobreza y disfuncionalidades culturales diversas, el Estado norteamericano, apoyado en la propia élite gerencial-corporativa, consigue poner en funcionamiento una operación de ingeniería política y social capaz de edificar en tres o cuatro décadas sendas vitrinas de capitalismo floreciente. Para ello, por un lado, aporta asistencia financiera e inversión de capitales (aparte del beneficio obtenido por estos países, por distintas vías, de los multimillonarios gastos de las guerras contrainsurgentes norteamericanas); por otro, la política norteamericana permite y apuntala el surgimiento de fuertes aparatos estatales, dictaduras severamente represivas pero tecnocráticamente bien dotadas, que en todo el período de varias décadas desempeñan un papel principal en la orientación y financiación del proceso de crecimiento económico, innovación tecnológica y gestión del conflicto social. Esta operación, hábilmente desarrollada, por décadas, posibilitó la proeza de permitir a países de una estructura económica, social y política elemental, con los correspondientes efectos de

la inercia tradicionalista en el plano cultural y de las mentalidades, dar un salto espectacular, y en un transcurso llamativamente breve, en su nivel económico, industrial y tecnológico (ejemplo de la masiva intervención del Estado en la planificación, dirección y financiamiento del crecimiento económico y del desarrollo tecnológico –aún en un marco de relaciones capitalistas–, que, primero, prácticamente incubaba los grandes grupos económicos privados, y luego, a partir de cierta madurez, funciona en estrecha coordinación con los mismos), sin abandonar su condición de países semicoloniales, de desarrollo e ingreso intermedio (alrededor de la mitad de los países ricos).

Los factores políticos, externo e interno, la intervención norteamericana y el intenso protagonismo estatal, detonan el proceso de conjunto, conservando a lo largo de décadas un papel decisivo en la dirección general y en la constante dinamización o en el acotamiento del margen de riesgo de la inversión corporativa; pero evidentemente la intervención está toda orientada a optimizar el funcionamiento de los mecanismos de mercado, interno y externo, como dispositivo central para producir y condicionar los resultados. La dialéctica de política y economía, desde siempre observada por el marxismo, permite distanciarse de ambos simplismos economicistas y voluntaristas. La experiencia del sureste asiático presenta una ilustración extraordinaria, por la positiva, de la capacidad de los centros de poder, de los intereses dominantes en la economía mundial, de manipular los resortes y engranajes, los flujos de la máquina informacional, de ‘los mercados’ a fin de generar, o acercar a, dentro de ciertos límites y en determinadas condiciones, resultados específicos. La política puede domesticar, tomar control racional de, los mecanismos económicos, no ignorarlos.

Resaltar, con fines expositivos, el tratamiento notoriamente preferencial recibido por estos países, en relación con los resultados obtenidos, su misma posibilidad y probabilidad, no resta nada al papel igualmente principal desempeñado por las nuevas élites locales, y su considerable éxito en

el esfuerzo por extraer el máximo provecho a las circunstanciales condiciones sobrevenidas, intentando derivar réditos estructurales, perdurables (los acontecimientos post-crisis del 97, igual muestran con claridad las enormes dificultades a las que de todas formas se enfrentan). El desempeño y la capacidad de las élites capitalistas coreanas para aprovechar las circunstancias, entre otros diversos factores, ha marcado claramente una diferencia en las distintas experiencias en el sureste asiático, como evidencia el contraejemplo filipino. Pero en este punto, resulta necesario, polémicamente, remarcar el peso de los intereses, la autonomía y opciones de lo político, en su capacidad para intervenir sobre lo real y modelar los procesos, justamente por ser un aspecto generalmente disimulado, intencionalmente negligenciado; alertar sobre los recursos de que disponen los centros de poder para manipular los engranajes, las funcionalidades del sistema, para obtener ventajas y resultados buscados, distribuyendo sanciones negativas, pero también positivas, resulta imprescindible para escapar a la trampa de la usual fetichización de los mecanismos económicos, del 'mercado'. El caso emblemático en América latina es Chile. El preferencial trato logrado por las élites chilenas de parte de los mercados financieros e inversores internacionales, por los últimos treinta años, de semicolonía privilegiada, premiando y apoyando el comportamiento y las políticas del personal gobernante, con independencia del color partidario, y transformando al país en modelo, una vitrina de (muy relativo, por cierto) éxito y buen comportamiento, lo primero dependiendo de lo segundo, salta a la vista.

Pero si el aparato político-ideológico neoliberal, los actores e intereses que expresa, se organiza sobre la crisis de endeudamiento, aprovechándola prácticamente para imponerse como opción sin alternativa, intentando además extraer de ella su legitimación, sin lograrlo, al menos en el plano de su forma más doctrinaria, por su vez, reobra sobre ella buscando darle un curso de resolución en sintonía con la lógica que le es inherente, haciéndose así economía y estructura social: el

resultado de todo ello fue un consolidar y ampliar, 'modernizar', los términos de la dependencia. Puesto en otros términos, uno de los efectos más claros de la implementación de las medidas formalmente proclamadas por el llamado Consenso de Washington ha sido el profundizar la dependencia financiera y estructural de la región. Las medidas de apertura, desreglamentación y liberalización han aumentado considerablemente la dependencia (estrechando los márgenes de autonomía) de las economías de la región respecto del financiamiento externo, el que, por su lado, opera unas veces de forma en extremo oportunista, capitales golondrina, otras yendo más a lo estructural, exigiendo a partir de ahí condiciones que tienden a promover la adecuación del conjunto del aparato productivo a sus intereses.

La espectacular crisis de la deuda apalancó una reestructuración económica en profundidad, la modificación de la estructura de clases, la alteración en favor de las élites de las relaciones de fuerza en el conflicto social axial, cambios culturales, institucionales, discursivos e ideológicos notorios. Pero sobre todo, o como síntesis de lo anterior, indujo un sustancial cambio en la relación de la periferia latinoamericana con los centros, estrechando la integración dependiente en el sistema económico internacional. La crisis de la deuda ha sobre todo producido una mayor dependencia financiera general de las sociedades de la región. Al imponer un nuevo modelo de acumulación y crecimiento, a partir de los noventa (sacando las conclusiones del absurdo representado por un ajuste y una receta de austeridad que impedían indefinidamente la recuperación, privando a la economía norteamericana de un destino relevante para sus productos de exportación, además de destino de redituables inversiones), orientado a las exportaciones, el modelo de 'crecimiento hacia afuera', en detrimento del mercado interno de consumo, esta nueva orientación ha favorecido una suerte de competencia sin-fin para la atracción de inversiones, cuya expectativa de éxito y grandes beneficios pasa a condicionarlo todo. Las políticas de atracción de inversiones se consti-

tuyen, así, en un poderoso factor que tiende a condicionar y reorganizar de manera significativa la estructura económica y social, poniéndose como atractor capaz de reordenar prioridades, arbitrando sobre el resultado de sectores ganadores y perdedores.

Esta dependencia financiera ha pasado de estar centrada en la relación con fuentes externas (entidades financieras, grandes corporaciones) a interiorizarse por la vía de la desnacionalización masiva de las unidades productivas y financieras locales. En la mayor parte de la región pocos entre los grupos financieros importantes lo son de capital local; ya me he referido a las dos economías más importantes de la región, México y Brasil, caso este último en que aparte de la toma por capitales extranjeros de algunos de los principales bancos privados del país, la situación actual pudo llegar a ser peor, dada la manifestada y finalmente frustrada disposición de la administración Cardoso a iniciar el proceso de privatización de las principales instituciones estatales federales, Banco do Brasil y Caixa Econômica Federal⁶⁵.

La dolarización. Desde cierto punto de vista, América latina ya está ampliamente dolarizada. Más allá de los casos de Panamá, Ecuador y El Salvador, el hecho hoy es que a todo lo largo del subcontinente, ahorros, cuentas corrientes, endeudamiento, inversiones, gastos de turismo, transacciones económicas diversas y todo tipo de operaciones (inmobiliarias, p.e.), ya son básicamente definidas en dólares. En el plano de la vida cotidiana, el dólar se va extendiendo, haciéndose familiar, como moneda de uso diario. Esto no le quita peso configurador y gravedad en consecuencias al salto a la dolarización institucionalizada (los casos mencionados), pero quiere marcar que la formalización legal puede venir a ser no mucho más que una consecuencia lógica, 'natural', una vez alcanzado un estado de cosas efectivo laboriosamente construido.

65. En cuanto a la situación actual, general y por países, de la deuda, ver: *LAS CIFRAS DE LA DEUDA 2012* de Millet, D.; Munevar, D.; Toussaint, E. Comité para la Anulación de la Deuda del Tercer Mundo. Bélgica, 2013.

La dolarización completa y cierra el círculo de la reestructuración económica orientada a profundizar los nexos de sujeción o dependencia de las sociedades de la región respecto, sobre todo, del capital y los intereses norteamericanos. Más allá de la resonancia simbólica, el evento supone la renuncia a la soberanía monetaria y su transferencia a las autoridades correspondientes en EEUU, esto es, la Reserva Federal. Las implicancias de esta eventualidad, otra vez, son decisivas en relación con el giro histórico de las relaciones de dependencia que estudiamos. Primero, contribuye decisivamente a la relocalización, hacia fuera, de buena parte del poder de decisión y control de las economías de la región⁶⁶. Segundo, concede a las autoridades norteamericanas, y por su intermedio, a sus empresarios e intereses, una capacidad de determinación de las reglas del juego en las economías de la región que evidentemente utilizarán en beneficio propio, agregándolas a las ya enormes ventajas competitivas de que disfrutaban sus corporaciones.

Pero el tema dolarización no agota aquí los aspectos relevantes en relación con la cuestión de la reestructuración. El argumento fundamental en el que se suele apoyar la propuesta de dolarización, pasa por la promesa de estabilidad macroeconómica, presuntamente, el prerrequisito básico y fundamento seguro para un proceso 'sostenible' de crecimiento, generación de empleo, de calidad y bien remunerado, y en general, de la generalización del bienestar. Claro, el dramático derrumbe argentino de comienzos de la década del 2000, no ha ayudado demasiado a los parciales de la iniciativa; aun así, su mejor carta de presentación sigue siendo la apuesta por el control de la cantidad de dinero emitido

66. Piénsese en las enormes ventajas que para EEUU ha representado, en la reciente agudización de la crisis recesiva, la capacidad de ejercer un poder discrecional, soberano, sobre su propia política monetaria, a fin de crear condiciones propiciatorias de la superación de la coyuntura depresiva. Un alto responsable económico chileno hacía en estos días notar lo poco 'ortodoxos' que se muestran los norteamericanos cuando de encarar las propias crisis se trata... Clarín, enero 30 de 2013 Buenos Aires; El Mercurio, noviembre 11 de 2012, Chile.

(pieza fundamental de la concepción neoliberal de las políticas antiinflacionarias; en beneficio, dicen, de los más pobres...), el equilibrio de las cuentas fiscales, la estabilidad macroeconómica, etc. En comparación, es poco lo que se dice acerca de los efectos indeseables que con toda probabilidad provocaría la introducción del dólar sobre el conjunto de la actividad económica, la forma en que principalmente tiende a incidir sobre la dinámica expansiva, del crecimiento económico; esto es, acerca del hecho de que la incorporación de una moneda como el dólar, la más fuerte de todo el sistema económico mundial, principal divisa de referencia y reserva de valor en escala mundial, en economías estructuralmente débiles, tiende claramente a inclinar tales economías hacia el consumo de importación y a penalizar la producción local y la exportación de bienes y servicios. En economías cuyo acceso al mercado internacional se apoya principalmente en el bajo precio de los bienes y servicios que ofertan, el costo de la presunta estabilidad aportada por el dólar es una asfixiante rigidez en cuanto a los instrumentos de política disponibles y el correspondiente margen de acción resultante. Simultáneamente, tal rigidez, en un contexto internacional signado por la crisis económica y la inestabilidad política, puede tornarse, y este ha sido el caso argentino -ayer, y hoy lo es en buena parte de Europa-, en una fuente de deterioro creciente del tejido productivo, con los inevitables correlatos de descontento social y deslegitimación de los sistemas políticos.

La dependencia tecnológica: los grandes avances técnicos tienen un impacto decisivo en la expansión productiva y el aumento de la productividad del trabajo, pero no surgen de la nada ni se operan independientemente del proceso productivo, como cree todo el impresionista fetichismo tecnológico tan propalado en las últimas décadas. El desarrollo de la capacidad técnica requiere una ingente cantidad de capital dedicado, sin garantías de retorno rentable, a la investigación y desarrollo. Por ello los Estados más poderosos y las mayores corporaciones concentran la mayor parte de

la inversión en investigación y desarrollo y reúnen y atraen a los mejores ingenieros y científicos. De ahí la competencia de los países avanzados para retener a sus investigadores y desarrolladores y atraer a los más capaces del resto del mundo (leyes especiales de inmigración).

Las revoluciones industriales-tecnológicas han provocado incesantes saltos adelante en la dinámica productiva del capitalismo⁶⁷, pero estas olas de innovación, por su vez, son el resultado de condiciones generadas por la acumulación de capital. La innovación tecnológica es resultado de y funcional respecto de la lógica del capitalismo, del autodesarrollo del capital como complejo social. El capitalismo, por su carácter intrínsecamente competitivo, tiende sistémicamente a desplazar la frontera de la capacidad tecnológica. Es esta una tendencia inherente al funcionamiento y el movimiento del sistema, en la medida que crea condiciones e incentivos positivos para la búsqueda de innovaciones, que reduzcan costos a fin de mejorar la posición de mercado y la capacidad competitiva y acumular ganancias extraordinarias, derivadas de la transitoria ventaja técnica y de productividad.

Las hasta ahora insuperables dificultades de AL para cerrar o estrechar la brecha tecnológica respecto de las metrópolis, más allá de prejuicios y mixtificaciones de diversa calaña, es explicable por el carácter funcionalmente inequitativo del mercado mundial y por las relaciones de dependencia, que, entre otros efectos, tienden a establecer un vínculo entre las elites y oligarquías locales y el gran capital metropolitano que, también en este aspecto, opera como un obstáculo (que limita y deforma) a las posibilidades del desarrollo de una

67. "El medio principal para acortar la fase de la circulación es el mejoramiento de las comunicaciones. Los últimos cincuenta años ha operado en este respecto una revolución que solo puede compararse con la revolución industrial de la segunda mitad del siglo pasado". Karl Marx, *EL CAPITAL*, T. III, PÁG. 85. Las TIC han posibilitado una espectacular aceleración de la velocidad de rotación del capital a nivel internacional, con los concomitantes efectos para la acumulación de capital. Sobre la revolución tecnológica y la contribución marxista a la teoría del cambio tecnológico, se puede consultar textos de Mandel, R. Rosdoslky, A. Shaik, H. Braverman, B. Coriat, C. Katz.

capacidad tecnológica autónoma (por ejemplo, la histórica oposición de la burguesía exportadora de materias primas a dedicar parte del excedente a la industrialización, que dio lugar al típico desequilibrio de la estructura productiva entre una economía primaria internacionalmente competitiva y una industria apenas local, debido a los altos precios relativos y la baja productividad; la reprimarización tendencial de la estructura productiva de la periferia es hoy reforzada por la relación comercial y económica con China). Históricamente, el capital metropolitano ha tendido a reforzar la posición de las élites tradicionales con las que entraba en relación, dislocando toda tendencia de modernización autónoma, su generalización, y la diversificación de la estructura productiva. Esta es la razón de que los movimientos modernizadores-industrializadores de mediados del siglo anterior se hayan asociado con frecuencia con discursos nacionalistas y antioligárquicos, recurso imprescindible para la construcción de coaliciones de clase que, incorporando de manera subordinada y controlando la movilización de los sectores obreros y populares, abrieran una posibilidad real de avance en el enfrentamiento/negociación/integración con los sectores dominantes tradicionales. Y también la clave para entender sus inevitables y anticipables inconsecuencias e insuperables y estrechas limitaciones. Nunca está de más insistir en el hecho de que la dependencia no opera principalmente como la irradiación de un factor meramente externo, es generalmente el producto del acomodo del sector dominante de las clases poseedoras locales a los intereses del capital internacional. Si, en las nuevas condiciones, el capital local se mueve hacia y se resigna a una condición de socio menor de la relación, el efecto estructural se consolida.

Uno de los rasgos del mercado mundial capitalista es el férreo control monopolístico ejercido sobre el conocimiento técnico⁶⁸. Una de las formas más eficaces que ha asumido

68. Debería ya ser innecesario tener que recordar que las grandes corporaciones 'no derraman innovación' sobre la periferia; que Prebisch y su CEPAL establecieron con suficiente claridad el obstáculo estructural que para el desarrollo en general

en las décadas recientes es la normativa internacional sobre propiedad intelectual y patentes⁶⁹. Si lo que en últimas define el subdesarrollo capitalista, y a partir de ahí la génesis y reproducción de la dependencia de la periferia, en las condiciones de lo que Mandel llama el ‘imperialismo clásico’, posterior al capitalismo de libre competencia del XIX, es la diferencia cualitativa en acumulación de capital y nivel de productividad, que son la base del predominio en los sectores fundamentales y en las nuevas ramas, resultan del todo entendibles los diligentes esfuerzos de los gobiernos y capitales metropolitanos para asegurarse la perpetuación de las posiciones de ventaja en el campo técnico, así como los esfuerzos, abiertos y solapados, ‘legales’ e irregulares, para obstaculizar el desarrollo autónomo de la periferia.

En el siglo XX, el único proceso efectivo de desarrollo de un establecimiento científico-tecnológico realmente autónomo, a partir de condiciones iniciales de notorio atraso, se verificó en la Unión Soviética, pero requirió la ruptura con el sistema capitalista-imperialista, y, en el marco de la deformación burocrático-totalitaria del sistema político, en buena

y para la difusión del conocimiento tecnológico representaban las polares relaciones centro/periferia, generadas por la propia dinámica de la acumulación capitalista mundial. Las corporaciones “transfieren a sus filiales un manejo estrictamente acotado de las prácticas requeridas para asegurar sus líneas de fabricación. Mantienen localizados los laboratorios de investigación y desarrollo en los países de origen”. Katz, C. En “¿Qué es el neo-desarrollismo”.

69. “La virtual imposición del compromiso de protección a la propiedad industrial e intelectual por parte de los países industrializados, establecida en la última Ronda de Negociaciones del GATT que dio origen a la Organización Mundial de Comercio (OMC), se ha convertido en un límite insalvable para avanzar en los procesos de industrialización, y profundiza aún más la división del trabajo entre productores de recursos naturales y productores de manufacturas. Con la forma de protección elegida en la ronda Uruguay para las tecnologías se les garantiza a las empresas transnacionales posiciones monopólicas por largos períodos en el mercado mundial. El reciente premio Nobel de Economía, Joseph Stiglitz, ha criticado vigorosamente a la OMC por favorecer los intereses de los países del norte, en particular por la Ley de propiedad intelectual de la última Ronda de Negociaciones”. Pizarro, Roberto. “Desde la periferia de la globalización”. En *TRANSFORMACION ESTRUCTURAL EN AMERICA LATINA*. Ed. Trilce, Montevideo, 2002. Págs. 152-153.

medida relacionado con la combinación de las rudimentarias condiciones de partida y el aislamiento en un entorno agresivamente hostil, cobró un alto precio al provocar una severa distorsión de la estructura económico-social interna por la masiva orientación de las inversiones hacia la industria pesada, de bienes de capital y de tecnología de punta (al menos en algunos sectores, en buena medida vinculados a las indesatendibles necesidades militares de defensa). Los distorsionadores efectos de esta orientación, implementada por un prolongado periodo, son de sobra conocidos (subdesarrollo de la industria de bienes de consumo, con afectaciones al bienestar y la calidad de vida de la población), aparte de los efectos negativos que tal desequilibrio proyectó sobre la dinámica de conjunto del desarrollo económico y social de la URSS (un consumo crónicamente deprimido por la limitada y baja calidad de los bienes y servicios disponibles, que de vuelta opera sobre el ritmo de expansión, la diversificación-innovación y el control de calidad de la producción), lo que, a la postre, previsiblemente provocó una desastrosa disociación entre las necesidades y aspiraciones de la población y el ordenamiento social directamente experimentado, representado como ‘el socialismo’; de la desilusión y la frustración a la ruptura⁷⁰.

La persistente y cualitativa dependencia tecnológica de AL, de la periferia capitalista en general, limita a largo plazo su capacidad para superar el esquema dual de crecimiento subordinado a los intereses metropolitanos: producción y

70. “Ya no hay necesidad de discutir con los señores economistas burgueses: el socialismo ha demostrado su derecho a la victoria, no en las páginas de *EL CAPITAL*, sino en una arena económica que constituye la sexta parte de la superficie del globo; no en el lenguaje de la dialéctica, sino en la del hierro, del cemento y de la electricidad. Aún en el caso de que la URSS, por culpa de sus dirigentes, sucumbiera a los golpes del exterior –cosa que esperamos firmemente no ver– quedaría, como prenda del porvenir, el hecho indestructible de que la revolución proletaria fue lo único que permitió a un país atrasado obtener en menos de veinte años resultados sin precedentes en la historia”, Trotsky, *LA REVOLUCION TRAICIONADA*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977, págs. 33-4.

exportación de materias primas y/o sede de maquilas intensivas en mano de obra poco calificada, o de mediana sofisticación, en segmentos de menor complejidad del proceso de producción de grandes corporaciones (la incorporación a las cadenas globales de valor, tan celebradas por los técnicos-ideólogos del 'libre comercio'). Es decir, la acumulación de capital seguirá siendo mediatizada por el gran capital metropolitano, por tanto la escasez crónica de capital se mantendrá y por tanto también la dependencia financiera, y con esto, de vuelta, las conocidas dificultades para superar el rezago relativo y la dependencia tecnológica respecto de los países avanzados. Es decir, 'el desarrollo del subdesarrollo o de la dependencia'.

El proceso de reestructuración económica (tomado de conjunto y en los aspectos aquí destacados), impulsado por la superestructura ideológico-política neoliberal, no transcurre sin consecuencias también al nivel de la estructura social. Es importante llamar la atención sobre un ámbito de particular relevancia: el carácter de las élites económicas.

El tema 'burguesía nacional' se constituyó, en determinado momento histórico-social en América latina, en un debate de largo aliento en el pensamiento y el análisis social elaborado en la región. Nunca del todo saldado, como algunos otros no menos emblemáticos, pienso, sin embargo, que resulta de gran utilidad retomarlo, en sus puntos más sólidos, a fin de continuar elaborando el tema de la reestructuración en tanto que giro histórico en la relación de dependencia.

Como es sabido, del seno de las clases poseedoras latinoamericanas se desarrolla un sector industrialista, que consigue establecer su hegemonía entre los años 30 y 50 (dependiendo de los países) del pasado siglo. Se trata de un sector social que básicamente se integra como protagonista en un proyecto industrializador/modernizador, cuyo horizonte consiste en nada menos que el intento de despejar una vía de desarrollo capitalista autónomo, la afanosa búsqueda de la 'modernización, modernidad, capitalista', buscando

reeditar la experiencia vivida, con anterioridad y en condiciones macroestructurales decisivamente diferentes, por las sociedades del capitalismo avanzado de la época. Ya me he referido, más arriba, al fracaso final de tal empresa. Lo interesante ahora es preguntarnos ¿qué fue de esta ‘burguesía nacional’ y cómo es afectada por el fenómeno contemporáneo que nos ocupa?⁷¹

Se puede expresar del siguiente modo lo principal de la cuestión: a partir de los años 50-60 el carácter claramente dependiente de la industrialización en curso (Brasil, México), así como el copamiento por el gran capital internacional de los sectores más modernos, relega a los capitalistas locales a sectores de producción de bienes de consumo o bienes intermedios, para el mercado local o regional, o a la elaboración de bienes y servicios de apoyo, insumos, para el sector moderno transnacionalizado, sin olvidar evidentemente los espacios más tradicionales en el agro, ahora agroindustria, y el comercio. Se trata de una tendencia general que la desplaza a una posición subordinada, en su propio mercado ‘nacional’; subordinada en el preciso y económico sentido de que su participación en la apropiación del excedente internamente producido se reduce a una porción bastante menor a la que normalmente le correspondería en el capitalismo industrializado, además de tendencialmente decreciente, al menos en

71. Salama y Valier: “entendemos por ‘burguesía nacional’ una burguesía capaz de acumular de manera autónoma, sin sufrir de forma determinante la influencia de otras burguesías extranjeras”. *UNA INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA POLÍTICA*. Pág. 195. “Se puede llamar burguesía ‘nacional’ a la fracción de las clases poseedoras autóctonas de los países semicoloniales cuyos intereses inmediatos no son complementarios sino competidores de los del capital extranjero. La defensa política de esos intereses competidores es una prueba suficiente de su existencia”, Mandel, “Clases sociales y crisis política en América latina”, pág. 145. Las disputas sobre la política comercial y cambiaria, sobre la tasa de interés, sobre aranceles, proteccionismo y librecomercio, delatan ‘la existencia de tal capa en el seno de las clases dominantes en los países latinoamericanos’. Concretamente, los que se opusieron al ALCA y tratados de libre comercio. Nótese que Mandel coloca en el centro de la definición el desencuentro de ‘intereses inmediatos’, por oposición a los generales.

los sectores más sofisticados y vinculados a la acumulación mundial. En esto consiste principalmente la debilidad estructural de las burguesías de los países periféricos: el desplazamiento en su propio mercado por el capital metropolitano y en las diferencias de rentabilidad y productividad. Esta situación marcaba por sí la 'derrota' de actor colectivo y proyecto (desarrollo capitalista autónomo en la periferia), confiriéndole carácter estructural al atraso/subordinación; pero aún así dejaba un considerable margen de riqueza (sobre todo en las condiciones de superexplotación a las que se veían sometidos un sector importante de los asalariados y otros sectores subalternos), influencia y poder político, en el ámbito local, además del tan valorado prestigio social (con un cierto aire señorial, es decir, algo anacrónico), puesto que seguían siendo propietarios, el principal distintivo social de la élite. En otros términos, obligados a compartir su fuente de acumulación y ganancias, el esquema preservaba un margen aceptable para la reproducción de su condición social.

¿Qué es lo que cambia ahora? Puesto en breve, el proceso en curso de reestructuración económica reconfigurante de la dependencia ha avanzado al punto de lograr inducir, y simultáneamente apoyarse en, una alteración significativa en el carácter de esa tradicional capa de propietarios, de capitalistas locales, con sus negocios grandes y medianos, a veces incluso largamente asociados con el capital extranjero, pero aun dueños de sus empresas. Lo nuevo es que la dependencia reestructurada y las políticas neoliberales, en la medida que potencian una dinámica de concentración de los capitales, como uno de sus rasgos definitorios, está finalmente sacando del mercado a grupos completos de propietarios/empresarios locales, en los sectores más concentrados y rentables. Antiguas compañías familiares y marcas tradicionales son adquiridas por transnacionales y capitales metropolitanos; otros quiebran o se redimensionan hacia abajo, perdiendo cuota y posición de mercado debido a los incontrastables términos de competencia colocados por firmas extranjeras con enorme respaldo financiero, ventajas

tecnológicas y de escala, aparte de un fundamental respaldo político de los centros metropolitanos y la institucionalidad internacional (del tipo CIADI-BM); sectores tradicionales encuentran cada vez más dificultades para sobrevivir autónomamente en las condiciones creadas por una apertura que en la práctica opera de forma unilateral, consideradas las asimetrías en acto, etc. Se podría argüir, echando mano de una fórmula que recurre a la caricatura como dispositivo hermenéutico-explicativo justo para resaltar determinados rasgos considerados fundamentales y reveladores del contenido profundo, que los propietarios en América latina, en los sectores y grupos económicos más atractivos, enfrentan un proceso de reconversión de capitalistas, empresarios autónomos, en gerentes/administradores, o, peor aún, en rentistas, lo cual viene a reforzar un rasgo psicocultural de profunda raigambre entre los sectores de élite de la región⁷².

Las consecuencias políticas (en términos de autonomía), culturales (identitarias, así como de definición de la realidad y de construcción de las representaciones simbólicas orientadoras del estilo de vida y los comportamientos cotidianos de los individuos), socioestructurales (reestratificación), sociales generales (sociedades conducidas por élites orgánicamente vinculadas a intereses económicos y políticos exteriores, menos interesadas, por tanto, en proveer o auspiciar un personal político orientado a la defensa de los intereses nacionales y regionales, incluso dentro de los estrechos marcos del capitalismo periférico) e institucionales (bancos centrales notoriamente vinculados a criterios e intereses de los centros internacionales de poder financiero), tienden a crear un creciente extrañamiento del sistema político respecto de las necesidades y demandas de amplios sectores sociales, así como una ruptura creciente de la cohesión social, del espíritu de comunidad y del sentimiento de futuro compartido.

72. Fonseca Tortós, Eugenio. *ENSAYOS SOBRE ESTRATIFICACION SOCIAL*. EUNED/UCR. San José, 2000. Ver los ensayos “Estratificación social y desarrollo económico”, “Dahrendorf y su concepto de las clases sociales” y “Estratificación social y desarrollo”.

Todavía en sus momentos primeros, este fenómeno es uno de los elementos que está contribuyendo de forma más contundente a la erosión de la credibilidad de los sistemas políticos en las distintas sociedades de la región. Y, probablemente, desde un punto de vista estructural, el más importante. No se pueden exagerar los efectos potenciales a mediano plazo de la tendencia: la desnacionalización económica hace con que las políticas corporativas de una parte significativa de las unidades empresariales locales respondan a intereses y necesidades como mínimo diferentes de las vinculadas con el entorno socioeconómico local, ya no solo provocando un permanente flujo hacia afuera de valor producido localmente, sino también en cuanto a decisiones en materia de inversión, generación de empleo, opciones tecnológicas, entre otros aspectos directamente relacionados con la dinámica interna, económica y social⁷³. La tendencia reitera la lógica secular subyacente, sistémica, del capitalismo mundial, y el inescapable destino-itinerario de las regiones del capitalismo periférico en su seno, empantanadas en la descapitalización, el atraso, la debilidad institucional y la inestabilidad, y la dependencia. Por supuesto, todo esto opera sobre y se expresa de manera particular en la estructura y márgenes del Estado semicolonial-periférico, en su relación con el sistema internacional de Estados y la política mundial.

En términos comparativos, las políticas y prácticas discursivas y el clima cultural-ideológico aperturista hoy imperante serían impensables en las condiciones socioeconómicas estructurales de los años setenta: más allá de la diversidad de

73. Es exactamente el razonamiento subyacente a la enorme alarma en EU, en los años ochenta, ante una ola de compras japonesas de activos norteamericanos (uno de cuyos puntos altos fue el paso a capitales nipones del emblemático Rockefeller Center), o el que se revela en la cerrada defensa por los europeos de sus firmas (ni que decir de las empresas de tecnología avanzada). En el marco de la crisis en curso, hemos llegado a ver la estatización vergonzante de grandes corporaciones y bancos (GM, Citibank), como forma de defender el control local de activos. Entre los casos más recientes, la intervención, ‘ayudas’, del Estado francés en Peugeot-Citroën.

discursos, políticas y clima cultural de la época, el común denominador estaba dado por la presencia dominante y hegemónica de un bloque de clases poseedoras cuyo referente orientador era fundamentalmente la enérgica, por momentos agresiva, defensa de la porción del mercado interno y de la economía en la que aun podía resistir el envite del capital extranjero. Esa realidad de la estructura de clases del capitalismo periférico de la década del setenta, que es una clave de inteligibilidad del conflicto intra e interclases del período, permite también comprender los fenómenos y prácticas predominantes, los intereses defendidos, hondamente relacionadas con la activa intervención del Estado en lo económico y lo social, el proteccionismo al exterior, el discurso de la 'independencia económica', un rebrote otoñal del nacionalismo, a veces de cuño acentuadamente conservador, a veces más 'populista', y eso con cierta distancia respecto de las características prevalecientes del régimen político, apegado a las formas de la democracia electoral o abiertamente autoritario, con los diversos puntos intermedios. Las políticas aperturistas alcanzaron suficiente extensión y calado como para provocar un cambio estructural, en la configuración de las élites criollas, que por su vez ha creado las condiciones para un nuevo clima político-ideológico y un notorio cambio cultural. La interacción de estos ingredientes permite entender los aspectos fundamentales del actual curso de acontecimientos y las posibilidades, y resistencias, a que da lugar.

La reestructuración económica inducida por los cambios en la forma de inserción internacional, en el marco de la relación de dependencia, tiene impactos diversos sobre la estructura de clases, que, por su vez, induce movimientos en la esfera de lo político, desde donde se vuelve subjetivamente sobre el conjunto y los diversos momentos del proceso. Los cambios impulsados/impuestos por los países centrales, las grandes corporaciones y los organismos internacionales (FMI, OMC), crean, modificaciones socioestructurales mediante, los estímulos y condiciones favorables para el predominio de

políticas funcionales al desenvolvimiento del proceso de conjunto. De ahí la impresión, y la experiencia, de que en el gobierno, incluso las fuerzas políticas ‘progresistas’ (cualquier cosa que eso signifique) no tienen más opción que aplicar las recetas neoliberales, las que inspiran ‘confianza’ en la comunidad internacional y los centros inversores, con márgenes de acción apenas relevantes, so pena de devastadoras consecuencias producidas por las reacciones de los ‘mercados’ (es decir, de las fuerzas, intereses y concepciones, dominantes en el sistema).

En otros términos, ni más ni menos, los efectos en la configuración socioestructural, en la estructura de clases, de los fenómenos apuntados, relacionados con modificaciones de la relación de dependencia, si se mantienen y profundizan, se dirigen en el sentido de transformar/trastocar de manera significativa los términos de la reproducción social en las sociedades del subcontinente, lo cual, de vuelta, potenciará, y está potenciando ya, la tendencia general (el proceso ‘se autoproduce’, mediado por los intereses y los ‘interesados’ correspondientes)⁷⁴. Y nada en la actualidad del proceso alienta demasiado otras expectativas en cuanto a las consecuencias probables de tal transformación para el destino de estas sociedades, y, con ello, más concretamente, para el de amplios sectores, si es que no mayoritarios, de la población,

74. Un referente local del fenómeno al que me refiero lo encontramos en el papel desempeñado hace ya varias administraciones por una agencia oficial como COMEX. Un autoseleccionado grupo de tecnócratas, de alto perfil profesional promedio, ideológicamente inspirados y políticamente agresivos, que impulsan con notable determinación, como política de Estado, un programa de cambios económicos estructurales que tienden a debilitar las barreras y protecciones de la economía local frente a las fuerzas y corrientes imperantes en la economía mundial, es decir, los intereses de los oligopolios mundiales y los más poderosos miembros del sistema mundial de Estados. Los efectos socioestructurales de tal orientación permiten entender los conflictos de esta agencia con importantes sectores del empresariado local, grupos políticos institucionales que no comparten el modelo e, incluso, dentro de equipos de gobierno de los que nominalmente participan (Administración Pacheco, oposición pública al proyecto de reforma tributaria Gobierno/PAC de 2012, etc.).

atrapadas en el círculo vicioso de la pobreza, el desempleo, la desigualdad distributiva y, como remate, la hiperconcentración de la riqueza (uno de los rasgos centrales del capitalismo contemporáneo).

La última década ha sido pródiga en evidencia al respecto. La presión ejercida por los intereses e interesados con posiciones privilegiadas de poder en los puestos de influencia decisivos en la dirección del funcionamiento del sistema económico internacional, en lo que hace al curso de los acontecimientos en las sociedades latinoamericanas, se mantiene, con recursos nuevos. Bajo el gobierno Bush incluso se tornó aún más incisiva. De ahí la ofensiva, aunque malhadada, en torno a la propuesta del ALCA, que se pretendía que entrara en funcionamiento en 2005, frustrada fundamentalmente por los gobiernos y mayoría de empresarios argentinos y sobre todo brasileiros. Producto de este tropiezo se fortalece como opción la vía de los acuerdos de libre comercio concertados por diversos gobiernos de la región con los EEUU, particularmente, y otros centros metropolitanos, circunstancia que, con independencia de los debatidos efectos posibles en términos de intercambio, inversiones y crecimiento, fortalece abiertamente e institucionaliza la capacidad de los capitales metropolitanos para condicionar o influir en la dinámica económica de la región, lo que inevitablemente encontrará algún correlato al nivel del control político: coloración ideológica de las administraciones internas, políticas económicas y sociales, política exterior, etc.

Todo lo cual reopera sobre la tendencia general apuntada, estrechando los márgenes para cualquier intento de resistencia, aumentando los costos, dificultando las probabilidades de las contratendencias (concretamente, limitando severamente las posibilidades de reforma intrasistema no avaladas por los centros). Contratendencias que igual se manifiestan, porque, en gradación infinitamente variable, siempre existen, puesto que la realidad social nunca se despliega en forma unívoca, sino en un proceso agonal, de lucha de tendencias que expresan posiciones en el campo e intere-

ses diversos y divergentes, pero enmarcada en unas relaciones de poder, siempre modificables, las cuales, sin embargo, determinan en cada momento y lugar lo que denominamos el rumbo probable, dentro de lo razonablemente previsible, de los acontecimientos; relaciones de fuerza que organizan el campo en el que se desarrollan los acontecimientos y se enfrentan los distintos grupos e intereses de clase.

La estructura de las asimétricas relaciones de interdependencia internacionales, hasta ahora, han mostrado ser lo bastante fuertes como para soportar crisis importantes. Incluso en su peor momento en décadas, Europa mantiene una importante posición productiva y tecnológica, solo superada en términos netos por EU. Financiera, industrial y comercialmente, por el tamaño del mercado, influencia política, capacidad y potencial militar y, último pero no menos importante, como referencia cultural y polo más avanzado del proceso de secularización, la posición de Europa como centro metropolitano no puede ser considerada bajo real amenaza. En realidad, la gestión de la crisis realizada por sus centros de poder apunta a generar las condiciones para una importante reestructuración de la Unión Europea, reduciendo considerablemente las conquistas y nivel de vida de los trabajadores (hay un feroz ataque de clase al salario, condiciones de trabajo y bienestar de los trabajadores) y con un mayor protagonismo y centralidad de Alemania.

Dos aspectos novedosos de bulto se han sumado al proceso en la primera década del nuevo siglo: la recuperación del crecimiento económico (crecimiento que sin embargo genera proporcionalmente poco empleo, en relación con los niveles dados de inversión) y la impresionante irrupción china. El retorno de tasas de expansión variando en torno a 5% promedio para la región, hasta 2012, resulta de particular interés porque permite superar algunas elaboraciones, en los enfoques dependentistas, que todo indica han sido desautorizadas por el curso de los eventos, surgidas del típico impresionismo fenomenista, que tiende a sobreestimar y generalizar aspectos de lo real de carácter más bien par-

cial o secundario y subordinado, lo cual elimina obstáculos para avanzar en la elaboración y precisión de la categoría⁷⁵. Es el caso del tema del ‘estancamiento estructural’, a largo plazo. Ha quedado suficientemente claro, que la situación de dependencia lejos de conducir sistémicamente al estancamiento de la periferia, cosa que resultaría inexplicable por ser del todo disfuncional para el movimiento del conjunto del sistema, en realidad se aproxima más a la noción de ‘desarrollo dependiente asociado’, o de ‘desarrollo del subdesarrollo’. Es decir, la dependencia se actualiza, en una lógica en la que las vicisitudes del crecimiento subordinado a los intereses prevalecientes en el plano internacional confirman y refuerzan el complejo integrado. Por supuesto, luego de dos largas décadas de retroceso/estancamiento/mediocre expansión (hasta comienzos del 2000; en general, con excepciones), se puede entender el descamino de no pocas generalizaciones. Sin embargo, un enfoque teórico-metodológico mejor dotado debió alertar, más allá de la dramática realidad inmediata, acerca de las dinámicas estructurales de más largo aliento del capitalismo de fin de siglo. Es lo que logra Mandel en *EL CAPITALISMO TARDIO*, como producto singular de un amplio debate en el que participa una nutrida cantidad de investigadores.

La relación de dependencia, la posición subordinada y negativamente privilegiada en el sistema económico mundial, no incorpora como rasgo necesario el no crecimiento de la periferia, ni se expresa principalmente en los datos sobre inversión y comercio externo como proporción del producto interno⁷⁶, ni con “la mala voluntad de los imperialistas,

75. Como decía Bachelard, el error es parte inherente de la marcha histórica de la ciencia, y su avance consiste precisamente en la constante superación del obstáculo.

76. Diversos estudios han establecido con claridad que a comienzos del siglo XX los niveles de comercio exterior y movimientos internacionales de capital como proporción de los productos internos resultan muy aproximados a los verificados un siglo después. Ver Roberto Pizarro, “Desde la periferia de la globalización”. En *TRANSFORMACION ESTRUCTURAL EN AMERICA LATINA*. Ed. Trilce, Montevideo, 2002. Págs. 150 y sigs.

ni (con) la incapacidad social –no digamos ‘racial’– de las clases dirigentes nativas, sino más bien (con) un complejo de condiciones sociales y económicas...” que hacían menos lucrativa o segura, para las clases poseedoras locales, en el siglo XIX, la acumulación de capital industrial, favoreciendo en cambio la acumulación en sectores subordinados, complejo que además inducía la colaboración de las clases poseedoras locales con los capitales extranjeros⁷⁷; un ‘sistema de relaciones de producción y de relaciones de cambio correspondientes que abrazan la totalidad del mundo’ (Bujarin, en *LA ECONOMIA MUNDIAL Y EL IMPERIALISMO*, citado por Mandel); ‘un sistema articulado de relaciones de producción capitalistas, semicapitalistas y precapitalistas, vinculadas entre sí por relaciones capitalistas de intercambio y dominadas por el mercado mundial capitalista’⁷⁸; un complejo relacional en devenir que produce y reproduce una relación asimétrica entre las partes, que no impide necesariamente el crecimiento de la periferia, más bien lo moldea en relación con los intereses del capital metropolitano, a partir del control sobre la acumulación local de capital. Tal la apreciación marxista de la dependencia, por contraste con las formulaciones funcionalistas o del fenomenismo empirista (como el que se puede apreciar en ciertos análisis de geopolítica, aquellos que ignoran el fundamento de economía política del examen).

77. El dominio sobre la acumulación local de capital por los intereses y corporaciones metropolitanas tiende a combinarse con la dominación política, crea condiciones favorecedoras, por distintas vías: alianzas empresariales, vínculos sociales, identificaciones culturales (valores, estilos de vida, expectativas), aparte de criterios políticos e ideológicos compartidos, por su similar carácter social en tanto que clases poseedoras modernas.

78. Mandel, Ernest. *EL CAPITALISMO TARDIO*. Ed. ERA. México, 1972. Págs. 55 y sigs. En el texto, Mandel explica muy convincentemente las razones del diferente comportamiento y desempeño de las élites italiana, rusa o japonesa, en condiciones de subdesarrollo capitalista y de predominio de relaciones precapitalistas. Diferentes condiciones sociales y económicas, internas y externas, crean posibilidades reales diversas para la actuación de los individuos y grupos de interés.

El crecimiento a tasas promedio relativamente altas en la última década larga, pese a las risibles declaraciones de algunos referentes políticos de la región sobre la inminencia de, incluso fechas precisas para, alcanzar el ‘desarrollo’, no cambia nada en la relación histórica de las sociedades de la región con los centros metropolitanos. Un somero examen de las características de tal crecimiento, basado en datos de instituciones internacionales (CEPAL, BM, etc.), muestra que la vulnerabilidad y el rezago relativo característicos de la región permanecen inalterados: las dependencias combinadas típicas, financiera y tecnológica, no solo permanecen, se han profundizado en las condiciones del salto en la internacionalización e integración de los mercados financieros y de la sucesión de innovaciones tecnológicas de los últimos treinta años.

En realidad, no se requiere demasiado para captar esta realidad estructural: no hay un solo país en la región cuya situación y perspectivas dé pie para razonablemente esperar algo diferente. México, tras dos gobiernos ‘democráticos’ de el PAN, si no ha retrocedido, sigue siendo la misma sociedad aquejada por brutales fracturas, en extremo desigual, racista, violenta y exportadora de pobres. Peor aún, tras la firma del NAFTA, y dos décadas después, ha consolidado e institucionalizado su condición de cuasi-provincia económica de EEUU. El Brasil del ‘clásico de la dependencia’ F. H. Cardoso y del ‘líder obrero’ Lula da Silva, ha asistido a una reprimarización de su oferta exportable, en los últimos quince años. La ‘guerra de monedas’, denunciada por oficiales del gobierno brasileiro durante los años de la crisis de fines de la primera década del siglo, ha devuelto al país a tasas de crecimiento por debajo del aumento de la población, alimenta el fugaz goce de la moneda fuerte, que estimula el consumo de importación y el derroche y ostentación de los sectores privilegiados en sus viajes y compras en el exterior, y sobre todo daña severamente al aparato productivo local. Las élites brasileras contemplan impotentes la demolición por las intratables fuerzas económicas internacionales de sus sueños de gran potencia (que, si se considera la neta dependencia

tecnológica brasilera respecto de los centros metropolitanos, más que un sueño, nunca pasó de ser un desvarío). La Argentina es un país, con oscilaciones, en sostenida decadencia desde hace 60 años. Los tres casos dibujan el cuadro del espectacular, y con toda probabilidad irreversible, fracaso de las burguesías criollas.

Otra vez, lo fundamental es que financiera y tecnológicamente el Brasil sigue siendo un país periférico, cuyas élites a lo sumo pueden preciarse de desempeñar algunas limitadas funciones de submetrópoli delegada para la región, cosa que por otro lado, no es algo reciente. Incluso el caso chileno, tan celebrado por los centros de poder político y económico y los monopolios mediáticos vinculados, luego de casi treinta años de tratamiento preferencial por 'los mercados', el capital internacional, presenta un resultado provisional más bien decepcionante y con ningún margen para la especulación: de 45 a 50% de sus ingresos de exportación provienen del cobre, cuya explotación se encuentra mayoritariamente en manos del capital extranjero (un caso de desnacionalización que supone una erosión de miles de millones de dólares cada año)⁷⁹, continúa siendo un país

79. Se trata de un tema objeto de intenso debate en la actualidad chilena (además del sistema educativo, 'la cuestión mapuche', el sistema político y electoral, el lugar de las Fuerzas Armadas, la legislación laboral, el 'poco amigable' sistema de pensiones, entre otros...). Orlando Caputo y Graciela Galarce, en conjunto o por separado, han realizado en los últimos cinco años un trabajo de seguimiento en el tema de la industria chilena del cobre, publicando una serie de artículos en la revista electrónica WWW.Rebelión.org. Entre otros: "Cobre: Lagos y Piñera, traición y saqueo". Publicado el 31 de julio de 2010. También en WWW.Elmos-trador.cl, 10 de agosto de 2010, el economista Manuel Riesco expone con claridad la situación imperante. Para el año 2007 solo 31% de la producción cuprífera se encontraba en manos del Estado; según Riesco, las corporaciones de capital extranjero acumularon en el lustro 2005-2009 ganancias por el orden de \$15, 364 millones/año (!!!), lo que corresponde a la mitad del presupuesto del Estado chileno en los años respectivos (y supera el promedio de la inversión extranjera directa del período). El poder y capacidad de influencia política de las principales corporaciones extranjeras en la política interna chilena es otro aspecto del debate. Finalmente, se hace notar que si bien la ley de concesión minera es del año 1981, la mayor parte de las concesiones se ejecutaron bajo los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia.

exportador de materias primas, cuya estructura económica interna mantiene las características generales de un país periférico de 'desarrollo intermedio', y buena parte del tan propalado éxito chileno está en relación con la enorme cantidad de ahorro externo que fluye hacia el país en forma de inversión directa (no obstante, la fragilidad del 'modelo' chileno se aprecia con nitidez en el hecho de que bastarían unas cuantas medidas de política económica distanciadas de la rígida visión ultraaperturista, privatista y desregulada imperante, para que el generoso apoyo del capital metropolitano y los 'mercados', tan alérgicos a todo asomo de 'populismo', se viera puesto en cuestión, con lo cual quedarían expuestos los débiles fundamentos del festín de ganancias y consumo de los grupos empresariales más concentrados y la clase media alta; todo ello aparte del siempre inquietante tema del comportamiento a futuro del precio del cobre). Es decir, afirmar que la suerte del 'modelo' pende del precio del cobre y, sobre todo, del imprescindible respaldo del capital internacional, no es una simplificación burda.

La relación de dependencia se revela con mayor contundencia aún en una situación en la que un prolongado período de crecimiento económico no conduce sino a una profundización de los vínculos de subordinación a los centros dominantes, por la vía de un mayor control por el capital extranjero sobre el proceso local de acumulación, con lo cual el drenaje, el flujo negativo de valor, a futuro, se mantiene y se refuerza estructuralmente, más allá de las oscilaciones cuantitativas o coyunturales.

En tal contexto, la entrada en escena de China, como parte del proceso de la completa restauración del capitalismo en ese país, ha tenido un impacto considerable. La importante demanda china de materias primas, minerales y alimentarias, ha contribuido notablemente a las altas tasas de crecimiento en el cono sur del continente, incrementando de manera sustancial los precios internacionales. Para países como Brasil, Argentina, Chile o Perú, también Cuba, el impacto en términos de ventas al exterior ha sido amplia-

mente positivo. No obstante, dos son los aspectos que sintetizan los temores frente al nuevo elemento de la realidad: primero, la sostenibilidad del boom exportador a mediano y largo plazo. Los antecedentes en la historia económica internacional muestran claramente que estos períodos de auge en el precio de exportación de los bienes primarios no son demasiado duraderos, por diversas razones: sustitución por productos sintéticos, cambios en los patrones de consumo, rentabilización de la producción local del comprador, por los altos precios o por subsidios, aumento de la oferta y de los oferentes en el mercado, y, especialmente, por las regulares oscilaciones en la economía mundial, intensificadas en las últimas décadas, etc.

La economía de extracción/producción y exportación de materias primas, con poco valor agregado, como tal, supone la preservación del patrón de rezago económico, más allá de bonanzas que, con independencia de su duración, pasan sin provocar cambios significativos en la estructura socioeconómica (múltiples en la historia de las sociedades de la región), a menos que los ingresos ahí generados se redirijan a la financiación del desarrollo industrial-técnico. Sin embargo, esto supone dificultades importantes en términos de fricciones entre sectores y fracciones de la burguesía y con los responsables políticos (como puede verse, histórica y actualmente, en el crispado caso argentino y los excedentes del campo), sobre todo si los negocios en cuestión se encuentran mayoritariamente en control del capital extranjero. Pero el temor principal en la presente relación con China se refiere al riesgo de reproducción del esquema exportación de materias primas/importación de bienes industriales sofisticados; la región estaría en proceso de revalidar su ya tradicional posición en la división internacional del trabajo, ahora en relación con un cada vez más importante centro emergente⁸⁰.

80. En *CHINA Y AMERICA LATINA Y EL CARIBE*, CEPAL, Santiago, 2012, compilado por Osvaldo Rosales y Mikio Kuwayana, se reúne una amplia documentación sobre el estado de las relaciones económicas de la región con China.

Por otro lado, en la pasada década, una novedad de diferente signo, los gobiernos neodesarrollistas de centroizquierda, y la relativa resonancia de su intento de modificar en algo la situación, buscando sobre todo reforzar su posición negociadora frente a las fuerzas dominantes en los mercados internacionales, con sus socios internos, 'nacionales', efectivamente fuerza a considerar las probabilidades de un curso diferente de los eventos, un curso que apunta a mejorar la posición internacional y a ampliar los márgenes de autonomía económica y geopolítica de las sociedades de la región, encabezadas por Brasil como potencia regional (apoyando tal pretensión en instrumentos como Unasur, el Banco del Sur, Mercosur, ALBA, CELAC, etc.).

Para algunos analistas, estos gobiernos, desde Chaves-Maduro a Lula-Rousseff, de los Kirchner a Correa, de Morales a Mujica, más acá de sus particularidades, son la expresión de una contratendencia efectiva, una desviación eventualmente significativa en el proceso. Sin embargo, quince años de gobierno del ya desaparecido Chaves, los del PT en Brasil y los más o menos en los otros casos, no han modificado significativamente el cuadro general, ni interno ni externo, más allá de las particularidades de cada experiencia (retóricas incluidas) y las diferentes condiciones internas y contextos políticos. Las políticas de impulso de la demanda y el consumo, el incremento del gasto social y el asistencialismo, la orientación contracíclica de la política económica y el uso del déficit fiscal como factor de estímulo de la actividad, iniciativas de reindustrialización y la continuada protección y subsidio a la burguesía industrial local, típica del viejo desarrollismo nacionalista burgués, la inversión en infraestructura y, en especial, algunos cambios en la propiedad y el usufructo público de los ingresos producidos por las materias primas de exportación, apenas han aliviado la condición de los explotados y marginados (sí han fortalecido a sectores del empresariado local, los más concentrados e influyentes, banqueros, agronegocios, redes de comercio y distribución, grupos industriales y construc-

tores diversificados, conglomerados de multimedios –por supuesto, los negocios locales de los grandes monopolios internacionales han estado entre los más beneficiados–, que han amasado enormes ganancias e incrementado su influencia política –con el usual componente de corrupción y tráfico de influencias–, incluso financiando una en algunos casos notable expansión internacional, dando lugar al fenómeno de las ‘multilatinas’, sin abandonar por ello su vínculo preferencial con las élites políticas conservadoras), orientadas como en general están tales políticas a producir mejores estadísticas de pobreza, a maquillar la desigualdad escandalosa y la rampante concentración de la riqueza.

Cualesquiera sean los avances puntuales, justamente apropiados y defendidos por los trabajadores y sectores populares como conquistas, en absoluto modifican la estructura socioeconómica interna ni las relaciones con la economía mundial, los mecanismos de la dominación permanecen intactos, lo cual, conscientemente, mantiene abiertas distintas vías para un retorno rápido y sin mayores contratiempos institucionales a los esquemas liberales más convencionales.

En pocas palabras, el neodesarrollismo no rompe con la lógica del sistema, se limita a buscar estrategias y políticas económicas heterodoxas que impulsen el crecimiento, mitiguen la desigualdad y mejoren la posición internacional (y aun en este limitado sentido, la serie de años con tasas altas de crecimiento apenas rebasó el lustro, y encontró un importante respaldo en la excepcional valorización internacional de los productos primarios de exportación); aún más, no pocas veces ha operado como su apagafuegos (los Kirchner en Argentina; nunca hay que olvidar el ‘reformular para preservar’...). No va más allá, aún en su versión de retórica más radical, de una variante de gestión del capitalismo periférico. Una variante que responde a circunstancias diferenciadas en cada sociedad, pero que en general tiende a recoger y expresar la reacción de distintos sectores (de ahí el carácter típicamente ‘policlasista’, bajo hegemonía burguesa, tanto de las experiencias ‘neo’ como del clásico

desarrollismo latinoamericano) ante los funestos efectos, ya no sociales, sino directamente económicos de las políticas neoliberales, claramente favorables al capital extranjero y al selecto club de los principales grupos empresariales locales, y que tienden a afectar en diverso grado los intereses específicos de burgueses grandes y medianos aún no rendidos al destino de integración subordinada a los capitales transnacionalizados.

A partir de ahí, el neodesarrollismo como proyecto y políticas resulta de y protagoniza un conflicto real, de diverso y cambiante calado según la coyuntura, pero real, con poderosos sectores de las clases dominantes internas y los intereses y orientaciones de los centros imperialistas (el neodesarrollismo es burgués, pero los sectores más concentrados de los capitales locales no son neodesarrollistas, más allá de la complacencia con los subsidios y apoyos estatales), bloque que se completa con la derecha ideológica –imprescindible en su incansable determinación política y su feroz identidad de clase, cuya agresividad suele (auto) revelar el magrísimo compromiso con las normas de la más limitada democracia formal–, las empresas de medios, por momentos el principal ‘partido de oposición’ (‘pegan como actores políticos, se defienden como libertad de prensa’), la clase media urbana en su mayoría, asustada como siempre y como siempre desvelada por lo único que realmente le preocupa y que le da su sustancia y sentido, su capacidad de consumo como marcador de posición y fuente de autoestima y por supuesto la iglesia romana, rentabilizando a fondo sus valiosos servicios y aprovechando para frenar todo lo que se pueda la dinámica objetivamente secularizadora del proceso civilizatorio, aparte de consolidar y ampliar, todo lo que se pueda, sus ya jugosos subsidios estatales y privilegios legales.

Es esta tensión característica, que por momentos puede escalar seriamente hasta manifestarse en movimientos y actitudes golpistas o institucionalmente destituyentes, lo que abona el discurso, las poses y las a ratos emotivas drama-

tizaciones de los ‘gobiernos progresistas’, que combinadas con algunas conquistas reales permiten entender las expectativas de importantes segmentos, incluso mayoritarios, de los sectores populares. Los gobiernos neodesarrollistas no buscan romper con el capitalismo, no pueden, pero su proyecto choca en diversa medida con la rígida realidad del capitalismo periférico y los estrechados márgenes de los Estados periféricos, con el orden imperante en la economía y la política mundiales (como se ha dicho, no es un dato menor el hecho de que el Estado norteamericano, y sus principales facciones políticas, consideren al chavismo como un enemigo) y también con los intereses y orientaciones de sectores decisivos, incluso mayoritarios, del empresariado local⁸¹, que hacen valer su posición y fuerza social, recurriendo a un activo sabotaje de la economía (desabastecimiento, desinversión, fuga de capitales). La situación puede evolucionar en el sentido de una reabsorción relativamente suave por el régimen social y político o puede conducir a enfrentamientos de imprevisible magnitud y a una inversión pendular del ciclo político hacia una fase más conservadora, mientras las contradicciones típicas del capitalismo periférico preparan un posible nuevo episodio neodesarrollista.

El hecho es que la historia de las sociedades latinoamericanas y la realidad presente, como la conducta de los actores

81. Lo cual marca una diferencia decisiva con el desarrollismo clásico, que justamente nació y se desarrolló dando expresión al programa modernizador, industrialista y urbanizador, organizado alrededor del desarrollo y defensa del mercado interno, de producción y consumo, correspondiente a los intereses y representaciones de un emergente sector de las clases poseedoras. Es el problema central del moderno reformismo de centroizquierda, el capitalismo tardío, por razones económicas y políticas, prácticamente no deja margen para reformas relevantes. Es un ‘reformismo sin reforma’, que por tanto tiende a desgastarse rápidamente cuando consigue gobernar, atrapado en los estrechos márgenes objetivos del contexto y sus propias e ineluctables limitaciones, la cuenta inevitable de errores (en esto la diferencia puede ser y ha sido enorme) y el inercial carácter corrupto de la institucionalidad burguesa -situaciones magnificadas, si fuese necesario, por los monopolios mediáticos, generalmente desafectos o adversarios feroces-, y, finalmente, las expectativas y el accionar de los movimientos sociales autónomos.

en cuestión, sus evidentes, e insuperables, limitaciones, así como la justa comprensión de los elementos relevados en la exposición anterior, sobre el capitalismo contemporáneo y las estructuras de la dependencia, muestran que los proyectos neodesarrollistas, el intento de un desarrollo capitalista autónomo (ilusorio, en los marcos del capitalismo tardío), conducen a un callejón sin salida. Las energías sociales y culturales explicitadas en los procesos de activación social colectiva que, de una manera u otra, han sido principales en la creación de las condiciones para la alteración anotada en el cuadro político general (los gobiernos ‘progresistas’ son en decisiva medida un resultado indirecto y deformado de esos movimientos de resistencia a las políticas neoliberales de gestión del capitalismo periférico de las últimas tres décadas), vienen sin duda a cuestionar rotundamente la hegemónica visión, entre simplista e interesada, de la inexistencia de opciones⁸². Sin embargo, una adecuada apreciación de la situación y su dinámica, indica que la magnitud del desafío no puede ser subestimada.

Asistimos a un proceso de reestructuración en profundidad del capitalismo como sistema social global, impulsado por los grupos de interés dominantes en el mismo: las gigantescas corporaciones transnacionales, apoyadas por el poder político y los Estados más poderosos, la institucionalidad internacional y, con un peso cada vez mayor, la resonancia e influencia cultural de las sociedades metropolitanas: la reconfiguración de los términos de la dependencia no es sino un aspecto de ella, simultáneamente, efecto y causa. Es lo que los neodesarrollistas pretenden ignorar. Entusiasmados por el incremento internacional de los pre-

82. Francis Fukuyama ha pasado a la historia como el emblemático formulador de este disparate: “Estamos asistiendo al final de la historia. Esto es, al punto final de la evolución ideológica del género humano y a la universalización de la democracia liberal occidental como forma de gobierno humano definitiva. El futuro no se consagrará a grandes y estimulantes luchas sobre ideas; sino más bien a resolver problemas económicos y técnicos triviales. Todo será bastante aburrido”. En *EL FIN DE LA HISTORIA Y EL ULTIMO HOMBRE* (1992).

cios de las materias primas exportadas, y recuperando aspectos del intervencionismo keynesiano, sobre todo un importante esfuerzo de apuntalar el consumo, el empleo y la inversión pública, han olvidado los obstáculos estructurales para el desarrollo ya apuntados por la perspectiva del centro/periferia de la vieja CEPAL de Prebisch, las asimetrías comerciales, productivas, financieras y las brechas tecnológicas, que el sistema internacional produce y reproduce. Ignorar la desigualdad intra e internacional que se sigue sistemáticamente del funcionamiento del capitalismo y la abrumadora eficacia de los recursos acumulados por los centros de poder para ahogar todo intento de orientación heterodoxa autónoma, no alentada por razones geopolíticas por dichos centros, solo puede conducir a un desilusionante, y doloroso, choque con la realidad⁸³. El hecho es que en general, el neodesarrollismo, tal como el viejo desarrollismo nacionalista, termina legando un momento de acelerada modernización de aspectos relevantes del capitalismo periférico (infraestructuras de transportes y comunicación, especialización productiva, reanimamiento parcial de la industria), mediado por una cierta reactivación del protagonismo del Estado.

El objetivo del presente capítulo ha sido mostrar la contundente actualidad del tema dependencia en la contemporaneidad latinoamericana. La economía mundial capitalista se funda sobre y reproduce, profundizándolo estructuralmente, el desarrollo desigual de las distintas economías y países; las economías centrales se enriquecen a partir de la polarización del mercado mundial. Es lo que la historia y el curso actual de los acontecimientos muestra, si se mira en forma teórico-metodológicamente adecuada. La dependencia como mecanismo, como relacionalidad estructurante, ha supuesto un límite móvil, un obstáculo, un condicionamiento real, para el desarrollo del mercado interno y la

83. El análisis crítico de los límites e inconsistencias del neodesarrollismo ha sido elaborado por diversos autores, entre ellos, C. Katz en *QUE ES EL NEODESARROLLISMO*, aparecido en Rebelión.org, julio de 2014; M. Félix, “Los límites macroeconómicos del neodesarrollismo”, en *Revista Herramienta* 39, 2008.

industrialización acumulativa, como apunta Mandel⁸⁴, en tanto que produce y reproduce las diferencias de acumulación de capital y nivel de productividad; la forma de inserción y las relaciones estructurales con la economía-política mundial producen una sistemática descapitalización de la periferia, fenómeno del que se beneficia principalmente el capital metropolitano, pero también las oligarquías locales con ingentes recursos radicados en paraísos fiscales. En la versión de la teoría económica convencional, el subdesarrollo se explica antes o después por la ‘crónica escasez de capital’, lo cual acto seguido funge de justificador de un discurso de política de crecimiento enfocado en la atracción de capitales, de inversión extranjera, y en la adecuación de todo el ordenamiento económico-social interno a ese objetivo excluyente. Pero la propia ‘escasez’ de capital es un efecto reproducido por el mecanismo de la dependencia. Intentar negar el enorme saqueo de riqueza y el flujo negativo de valor, así como el efecto de bloqueo o distorsión sobre las dinámicas de la acumulación autónoma interna, que el régimen económico internacional sistémicamente impone a la periferia, no es más que una monumental muestra de deshonestidad intelectual (por supuesto, de lo anterior no se desprende ningún aval de las descaminadas tesis de desconexión).

Hoy, remarquemos, los efectos del funcionamiento estructurante de la dependencia, lejos de atenuarse, se agravan por los nuevos recursos con que cuenta y que se ha procurado en su autodesarrollo el capitalismo mundial: se podrían dedicar algunas párrafos al carácter y papel sistémico de las agencias calificadoras de riesgo, cuya intervención en la quiebra argentina de 2001, la crisis financiera de 2008, y las persistentes secuelas –así como específicamente en las tribulaciones europeas de los últimos años–, los encubrimientos de grandes corporaciones como Enron o Lehman Brothers, o los escándalos de chantaje a corporaciones, las han colo-

84. Mandel, E. *CAPITALISMO TARDIO*. Págs. 57-58.

cado en el centro no solo del debate político y económico internacional sino de las preocupaciones de los gobiernos de los países metropolitanos. Como parte y expresión del incrementado peso del capital financiero en la economía capitalista mundial, desde los años sesenta y especialmente desde los setenta, las calificadoras de riesgo han llegado a resultar preocupantes, por su carácter oligopólico (las tres grandes agencias norteamericanas, que controlan la casi totalidad del mercado de calificación) y enorme capacidad para manipular los datos de situación económica (de corporaciones o Estados), incluso para sectores capitalistas ligados a la 'economía real', a la producción, y, por tanto, para los responsables políticos. De ahí la encendida polémica, declaraciones fuertes en Europa, amenazas, no cumplidas, de control regulador o creación de una macro-agencia pública, hasta la querella judicial del gobierno de EU contra Standard and Poors, por responsabilidades en la crisis de 2008. Como epítome de la ideología de la autorregulación del mercado, las Agencias han conseguido atraer todas las sospechas y desconfianzas.

En realidad constituyen solo un aspecto subordinado del problema más general: una globalización capitalista no controlada políticamente, que se mueve en lo que cada vez se parece más a una serie de episodios de una crisis crónica, permanente, con picos y mesetas, desde finales de los ochenta. Es el capitalismo de las grandes corporaciones de alcance global pero firmemente apoyadas en el poder político y también militar de unos cuantos Estados centrales coligados, que impulsan la internacionalización de la producción aprovechando y asegurando las diferencias de remuneración de la fuerza de trabajo entre los distintos países y regiones, como forma de abaratar costos, por la vía de las 'cadenas globales de valor', y así buscando apuntalar su posición en un escenario internacional exacerbadamente competitivo (es a este déficit de control político-institucional a lo que se refieren autores como Giddens y Feinmann con la expresión 'globalización desbocada'). Entender el capitalismo de este

inicio del siglo XXI supone actualizar críticamente nuestra concepción de los mecanismos y fundamentos inter e intra-sociales de la estructura de la dependencia.

En un plano más epistémico, nunca sobra recordar que las tendencias postuladas como generales se cumplen (o no –es lo que hay que someter a control empírico) justamente en y a través de la caótica maraña de hechos, a veces espectaculares, y personajes, que pueblan la cotidianidad, en las más variadas y hasta exóticas circunstancias⁸⁵; en otros

85. Popper, en su campaña contra el ‘historicismo’, exhibe su muy característica incapacidad para pensar dialécticamente al partir de una rígida y positivista distinción entre ‘ley’ y ‘tendencia’; según afirma, las leyes serían enunciados ‘incondicionalmente válidos’ en el dominio fáctico, mientras las tendencias por su parte corresponderían a enunciados cuya validez y aplicabilidad exitosa se sigue del cumplimiento de ciertas condiciones. Pero en realidad, no hay ‘ley científica’ que no se cumpla dependiendo de ‘ciertas condiciones’ (salvo que se incluya regularidades triviales). Todas las ‘leyes’ tienen un carácter relativo, aproximado, probabilístico-estocástico.

Por su lado, Marx, un siglo antes, muestra una superior comprensión del problema: “Las configuraciones del capital (en la forma en que aparecen en la superficie de la sociedad) constituyen una necesidad evidente que se deriva de la naturaleza del modo capitalista de producción mismo. Pueden operar influencias contratuantes... cancelando el efecto de la ley general y dándole a ella simplemente el carácter de tendencia. La ley opera entonces simplemente como una tendencia cuyo efecto es decisivo solo bajo circunstancias particulares y en largos períodos”. En *EL CAPITAL*, t II, citado en Ricardo Gómez, *NEOLIBERALISMO Y SEUDOCIENCIA*, pág. 92. “La ley general solo se impone como una tendencia predominante de un modo muy complicado y aproximativo, como una media jamás susceptible de ser fijada entre perpetuas fluctuaciones”, *EL CAPITAL*, t III, FCE, pág. 167.

Por otro lado, para Marx, las categorías económicas deben ser comprendidas como la expresión teórica de relaciones históricas de producción, correspondientes a un determinado período de la evolución social. Las ‘leyes’ son regularidades estructurales específicas, no absolutos espacio-temporales; “...incluso las categorías más abstractas, a pesar de su validez –precisamente debido a su naturaleza abstracta- para todas las épocas, son, no obstante, en lo que hay de determinado en esa abstracción, el producto de condiciones históricas y poseen plena validez sólo para esas condiciones y dentro de sus límites”, *ibid.*; incluso cuando se refieren a ‘leyes generales de la historia’, Marx y Engels, las entienden condicionadas y limitadas por supuestos del devenir social: lo económico, como parte de la totalidad social compleja, solo es determinante principal y en última instancia en el marco histórico caracterizado por la escasez y el consecuente conflicto: de un

términos, es preciso, a fin de preservar la precisión y rigurosidad del análisis, esforzarse por introducir cada nuevo hecho, elemento o giro de los acontecimientos, en el cuadro general de situación, si de establecer con justeza su peso en la dirección general del curso histórico se trata. Finalmente, cuestionar el curso y sentido imperante de los acontecimientos, exigirá una acción social colectiva decidida y de envergadura, y esta, por su vez, un mayor y mejor entendimiento del fenómeno como un todo. Desde un punto de vista marxista: una teoría crítica capaz de alcanzar el mundo, para fundar una acción racional capaz de transformarlo, que, de vuelta, ajusta y precisa la teoría, nuestra comprensión de ese mundo y de nuestro lugar y posibilidades en él.

modo histórico general, la subsistencia del Estado como aparato institucional que responde a una necesidad objetiva, de ordenamiento y fiscalización del funcionamiento diario de la vida social, incluso más allá de la superación de la sociedad de clases, se explica por la persistencia de una relativa pobreza/limitación de bienes y recursos necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas, en el nivel cultural alcanzado, y del conflicto social correspondiente; una vez superada la escasez y el conflicto, desaparece el aparato arbitral coercitivo: Mandel, *EL ESTADO*. La economía es la forma de organizar socialmente la satisfacción de las necesidades. Es decir, también la economía como función social relevante es históricamente relativa. O, 'el reino de la libertad supone la superación de la necesidad' (que no la abolición, pues se trata de una dialéctica).

Capítulo 3

GLOBALIZACION Y CAMBIO CULTURAL

“Cuanto más se institucionaliza el comportamiento, más previsible y, por ende, más controlado se vuelve”.

Berger y Luckmann

“Pedirles que abandonen sus ilusiones sobre su condición, es pedirles que abandonen una condición que exige ilusiones”

Marx

“‘Cultura’ designa la suma de las producciones e instituciones que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí”

Freud

La noción de cultura es objeto de un multicolor y prolongado desacuerdo en el pensamiento social; un desacuerdo que tal como se presenta, más allá, o más acá, del grado de complejidad real del objeto, sintomatiza los problemas teórico-metodológicos no resueltos de las disciplinas de lo real social. El marxismo (contra las fórmulas empiristas, subjetivistas, pragmatistas o postmodernas; contra todo formalismo, fenomenismo o fragmentación de lo ‘plural’) pone un fundamental criterio histórico-crítico de inteligibilidad. La cultura (como dimensión de la totalidad social, de ‘la sociedad’), la producción cultural, está en estrecha relación con, es condicionada por, la forma histórica específica de organización social de la producción material de la existencia, de las condiciones de vida, con la cual por su vez y desde ahí interactúa, funcionando con un grado variable pero siempre relevante de autonomía. Se propone así una comprensión/

explicación histórico-materialista de las interrelaciones entre las ideas y las condiciones concretas de la existencia y la praxis humana (base de la sociología del conocimiento y dimensión/categoría que permite superar los impasses paralelos del idealismo/subjetivismo y del materialismo vulgar⁸⁶). La cultura y los productos culturales surgen de y en la actividad humana asociada sobre el entorno físico, orientada a la satisfacción de necesidades (biológicas, psíquicas y sociales-comunicativas), y como mediaciones necesarias para esa satisfacción. Así, la cultura surge de la praxis, es praxis, y la praxis está, de vuelta, crecientemente mediada y desarrollada por la cultura, es cultura.

Desde una perspectiva sociológica general, los productos humanos de determinado estadio de la evolución social (del colectivismo tribal al capitalismo globalizado), el conjunto de objetos o recursos, tangibles o intangibles, elaborados socialmente por los individuos, que median sus interacciones, su funcionamiento y conducta social, y sus relaciones, su metabolismo, con el entorno natural, a fin de atender sus necesidades y aspiraciones, en las condiciones generales de escasez, el reino de la necesidad, que han imperado a todo lo largo de la historia humana hasta el presente, es lo que las principales corrientes del marxismo conceptúan como cultura⁸⁷.

En las condiciones más específicas de la civilización de clases, las formas culturales imperantes, construidas por los

86. Sin una base de economía política, la sociología sucumbe al fenomenismo.

87. Si se ignora el hecho, como criterio analítico básico, de que las culturas particulares están en estrecha relación con peculiares condiciones materiales de existencia, no se puede explicar racionalmente la gran diversidad y variaciones culturales desarrolladas por la especie, como formas dinámicas de adaptación y ajuste del entorno físico específico. La cultura de un pueblo responde al tipo de desafíos que enfrenta y al nivel de elaboración y tecnicidad que ha logrado alcanzar en tal respuesta. Esto resulta muy evidente en las sociedades tempranas y más sencillas (A. Giddens, refiriéndose a un período ya tan avanzado como los ‘grandes Estados tradicionales’, Egipto, China, dice: “el nivel de desarrollo tecnológico relativamente rudimentario sencillamente no permitía que más que una pequeña minoría quedara libre de las tareas rutinarias de la producción agrícola”, *SOCIOLOGIA*), pero sigue siendo del todo preciso, aunque con un grado muy superior de mediación y sofisticación, en formaciones sociales de gran complejidad.

hombres, pero en condiciones institucionales surgidas de la explotación del trabajo humano, la dominación y las distintas formas de opresión, han servido para regular y controlar, 'disciplinar', y hacer previsible, el comportamiento y convivencia de los subordinados, construyendo consenso e integración social funcionalizada hacia la masa plebeya (despolitización y debilitamiento de la capacidad de resistencia, atomización y conformidad). En el marco histórico definido por la división y el conflicto de clases, las tradiciones, costumbres, instituciones, el sistema significante-representacional, predominantes, tienden a expresar la estructura y dinámica del orden social reinante, operando en su reproducción, regulación y ajuste, generando las condiciones ideológicas y situacionales de su interiorización naturalizada por los individuos, sobre todo los más jóvenes, en el proceso de socialización, de desarrollo de las identidades colectivas e individuales (de las creencias, ideas, valores, hábitos, el sentido común, representaciones, mentalidades)⁸⁸.

De manera más directa, la cultura dominante es en cierto sentido 'una gigantesca empresa de elaboración de estrategias de contención del conflicto', por la vía de entorpecer su desarrollo consciente, de la conciencia para sí de los explotados y oprimidos. De ahí la imperiosa necesidad de saturar la superestructura cultural, en sus diversos niveles y ámbitos, con valores y representaciones que orienten a pautas de conducta, culturas de consumo, estilos de vida y expectativas funcionales. La generalizada mercantilización del clima y la producción culturales tiene como resultado la pérdida de potencial crítico, el desarme, neutralización y cooptación

88. Las estructuras culturales aparecen entonces como el contexto general de socialización, de desarrollo de las identidades grupales y de la autoconciencia; como el modo de vida general, en el cual surgen y se desarrollan, en el aprendizaje cultural, modelos de comportamiento, los hábitos y costumbres, que distinguen como grupo a cada comunidad. Las mediaciones culturales resultan de la interacción y favorecen esa interacción. Y esa interacción se da en y responde a determinadas condiciones objetivas de la existencia, que, por su vez, la acción social y la conciencia pueden alterar. En ese marco, entonces, el estudio de la función simbólica-comunicativa de los recursos culturales.

de expresiones artísticas inicialmente venidas con un fuerte talante transgresor ('la cultura, como el sexo, se hace más asequible, pero de una forma degradada', Marcuse).

Es decir, para el marxismo, un marco teórico-metodológico para avanzar en la construcción del concepto de cultura articula, en torno a la praxis social, dos niveles del problema: la función de los marcos culturales en la mediación y regulación del funcionamiento y reproducción de la macrosocialidad, y en los distintos planos de la interacción social, integrada o conflictiva, por un lado; por otro, y en un rango histórico más amplio, el papel de lo cultural en el proceso evolutivo, como principal instrumento adaptativo de una criatura inteligente. Es decir, lo primero tiene que ver con la mediación de la interacción, en general y en las condiciones concretas de la sociedad de clase. Lo segundo, con el despliegue histórico de la subjetividad, de la consciencia, en la exterioridad social, el 'espíritu objetivo' del idealismo alemán, y su materialización progresiva en las instituciones humanas.

El anclaje dialéctico-materialista, la interacción tensionada y afectación recíproca de los factores objetivos y subjetivos, los marcos y artefactos culturales como expresión, primero, y recursos de regulación, después, de la estructura y el desarrollo social, es justamente lo que permite pensar/explorar la incidencia de lo cultural en los procesos históricos, en el movimiento de lo social como un todo, desde su autonomía relativa, sin derrapar hacia el culturalismo, alguna de las variantes del idealismo cultural, y evitando también los callejones sin salida del materialismo vulgar (la cultura como expresión mecánica, no mediada, burdo reflejo, de lo 'económico') y el evolucionismo biologista, incorporando críticamente el núcleo válido de tales enfoques, pero buscando evitar todo unilateralismo.

Lo que en definitiva le permite al marxismo superar los extravíos subjetivistas y objetivistas es su fundamento epistémico -de la totalidad compleja (estructurada y jerarquizada) en devenir (a partir de sus desequilibrios y ten-

siones internas y las relaciones e intercambio con el entorno; el juego de acciones y reacciones que produce, que es el movimiento)-, y la centralidad en la teoría sustantiva de la categoría de praxis: “La falla fundamental de todo el materialismo precedente reside en que solo capta la cosa, el mundo, bajo la forma del ‘objeto’, de la contemplación (es decir, como pura exterioridad), no como actividad humana sensorial, como práctica; no de un modo subjetivo. De ahí que el lado *activo* fuese desarrollado, de un modo abstracto, no por el materialismo sino por el idealismo...”⁸⁹. Por ello, todo el análisis marxista conduce a una teoría de la acción social transformadora, crecientemente consciente, que subraya ‘la coincidencia del cambio de las circunstancias con el de la actividad humana y el del cambio de los hombres mismos’; somos producto de las circunstancias y de la educación, pero podemos cambiar esas circunstancias, justamente porque tales circunstancias (incluyendo la selección y ubicación espacial) son, cada vez más, producto de la acción humana (algo que comenzamos a comprender con Vico⁹⁰). La acción social produce el mundo objetivo.

Desde una perspectiva de evolución social general, pasamos de la condición de parte apenas diferenciada de la naturaleza, durante la mayor parte de la existencia de la especie y en una dura y a ratos casi definitivamente perdida lucha por la sobrevivencia, al progresivo despliegue y tendencia al predominio de lo cultural. Por eso pudo Hegel, sin los conocimientos antropológicos actuales, conceptualizar la Historia como historia del despliegue del ‘espíritu’, del ‘espíritu del mundo’, es decir, de la conciencia, de la razón y de la libertad, hasta el completo autoreconocimiento y autoconciencia, por oposición al reino de la necesidad⁹¹; hasta que

89. Marx, *TESIS SOBRE FEUERBACH*. Moreno, Nahuel, *CURSO: TESIS SOBRE FEUERBACH*.

90. Marx, *EL CAPITAL*, Libro I, Cap. 13.

91. “Hegel ha sido el primero en exponer rectamente la relación (la dialéctica) entre libertad y necesidad: ‘La necesidad es ciega sólo en la medida en que no está sometida al concepto’. La libertad no consiste en una soñada independencia

‘la sustancia se hace sujeto’, cuando los seres humanos se alzan al conocimiento y control racional de sus condiciones de existencia (la historia, como la naturaleza, puede y debe ser controlada, Engels). Para Hegel, el ‘espíritu libre’ es el espíritu autoconsciente, el que se ha alzado al reconocimiento de ‘la necesidad’, de los condicionamientos a los que está expuesto, y que ha finalmente comprendido que puede apropiarse el mundo y transformarlo, ‘humanizarlo’⁹² (libertad no es ausencia de condicionamiento, es conciencia de la capacidad para reconocer el condicionamiento y para operar conscientemente en su modificación y ajuste a las necesi-

respecto de las leyes naturales, sino en el reconocimiento de esas leyes y en la posibilidad, así dada, de hacerlas obrar según determinados fines y un plan. (...) La libertad de la voluntad no significa, pues, más que la capacidad de poder decidir con conocimiento de causa”, Engels, *ANTI-DUHRING*, Ed. Grijalbo, México, 1981, págs. 104-5.

92. El ‘weltgeist’ hegeliano es la humanidad en su proceso histórico de autogeneración; ‘la creación por sí mismo del saber absoluto se convierte en la creación del hombre por sí mismo a través del trabajo; el devenir para sí del Espíritu (que tanto trabajo le toma al Espíritu, Hegel), se convierte en la historia real’, E. Bloch. Identificarlo con la idea, cristiana o no, de Dios resulta tan despistado que solo puede resultar de la ignorancia de su obra, de un embarazoso grado de incompetencia intelectual, de una lectura teológicamente precodificada o, aun, simplemente, de una temeraria mala intención, del todo desprovista del temor al ridículo. La premeditada ambigüedad de ciertas fórmulas, en abierto contraste con múltiples y extensos pasajes en todas sus obras, a partir de *LA FENOMENOLOGIA*, se explica suficientemente por la situación política y el clima ideológico imperante en la Alemania de su época, tras la revolución en Francia, y la más que justificada desconfianza de los teólogos hacia los filósofos, y el estricto escrutinio de sus obras, cosa de la que tuvieron directa e ingrata experiencia Kant y Fichte. En Hegel, la religión cumple un papel racional en el proceso del Espíritu universal, en tanto representa una manifestación suya, un momento del despliegue, permitiendo al pueblo tomar conciencia del logos, y, por esa vía, de sí mismos; es parte del desarrollo histórico de la humanidad, en cierto momento de este itinerario. Pero no es el momento culminante, es el de la representación (‘la verdad bajo la forma de la representación’), no del concepto, del pensar racional como tal; la religión es entonces superada por la filosofía, momento en el que culmina el autoreconocimiento del Espíritu, en y por su captación del mundo como producto de su praxis. Por ello, para Hegel, el cristianismo protestante será la última forma de religión. ‘El espíritu, el pensamiento, es la realidad de la realidad’, porque es la realidad *para* la conciencia, para la existencia consciente y su praxis; para la humanidad en su largo y difícil camino a la libertad, más allá del reino de la necesidad.

dades y aspiraciones; en esto consiste la emancipación). Por las limitaciones históricas, y las propias de su pensamiento, creyó que esta nueva condición conseguía cumplirse en la época burguesa, por el sujeto burgués (aunque, efectivamente, son las circunstancias de la época burguesa las que hacen posible socialmente la altura a la que llegó su pensamiento).

Tratar lo cultural como si fuese del todo independiente, no relativamente autónomo, de las condiciones generales de existencia, resulta epistémicamente defectuoso por romper la unidad compleja del proceso de lo real social; erigir lo 'cultural' en incondicionado, o factor transhistóricamente predominante, no es más que metafísica idealista. Como sea, el intento de ignorar el condicionamiento histórico general por el sustento económico-social, mediado por la praxis, como criterio teórico-metodológico, condena a incurrir en inevitables inconsecuencias, por la incancelable falta de realismo del punto de partida (más allá de aportes puntuales efectivos de perspectivas teórico-metodológicamente insatisfactorias; conviene no olvidar que 'todo error en la teoría se refleja tarde o temprano en la práctica'). En general, el horizonte de posibilidades culturales de una comunidad no puede ser desligado de la base de riqueza material que tal sociedad/civilización ha desarrollado (salvo como influencia cultural externa de grupos más avanzados, en su cultura técnica y sus mentalidades, como expresión del desarrollo desigual y combinado).

Pero este es solo el fundamento teórico-metodológico para abordar el problema, a partir de ahí, el debate sobre un concepto de cultura suficientemente elaborado en sus diversas determinaciones y ampliamente compartido, continúa abierto también en el marxismo. Desde un punto de vista conceptual más amplio, que engloba el ya mencionado, aplicado en el análisis/interpretación de la evolución social, este trabajo opta por un sentido de lo cultural que desde el marxismo se elabora a partir de la noción de 'espíritu universal' del idealismo alemán, en particular su uso por

Hegel: el 'espíritu' como dimensión cultural de la historia humana, como manifestación de las realizaciones culturales de la humanidad, hasta alcanzar su autoconciencia, como 'creador' del mundo, es decir, de su humanización; como 'bildung', en el sentido histórico más amplio, de cultivo y desarrollo individual y social, que se logra a través de la actividad práctica, en circunstancias históricas específicas. Conceptualización que para superar su limitación idealista ha de mediar por y fundarse toda en la categoría de praxis: actuando asociadamente sobre el mundo natural, armados con sus recursos culturales, técnicos y mentales, los seres humanos crean un mundo social, y se transforman y crean a sí mismos, durante miles de años de evolución y de manera más bien inconsciente, hasta ahora. La praxis es la subjetividad en acto.

Una expresión del descamino de las contemporáneas visiones idealistas de la cultura se encuentra en la incapacidad para elaborar adecuadamente el problema de la 'cultura material'⁹³ (los 'artefactos' y producciones físicas, utilitarias o artísticas): el empleo y construcción de herramientas desempeñó tempranamente (algo más de 2 millones de años atrás, mucho antes de la disponibilidad de lo que podríamos considerar una forma ya básica de lenguaje articulado) un papel decisivo en el proceso evolutivo humano, en la capacidad para dominar el medio, cuestión central de la supervivencia y la evolución. En la medida en que la evolución humana ha sido orientada crecientemente por la cultura, por oposición a lo meramente biológico –en el caso del resto de los animales– (o la cultura dirige principalmente el cambio biológico), la ideación y fabricación de instrumentos que alargan las capacidades de la dotación corporal humana ha

93. En el sentido de 'material' del marxismo, toda cultura, tangible o intangible, es material, o es producida a partir de condiciones materiales de existencia, en la praxis social. En lo mediato, toda producción cultural es una singular articulación de lo tangible y lo intangible. El conocimiento tecnológico contemporáneo es la mejor ilustración de ello.

cochado un crítico valor de supervivencia y evolutivo. Las herramientas (su invención y uso, en el trabajo) mediaron la autocreación de los humanos.

Pero las creaciones materiales primero son ideas en la cabeza de los individuos; inventando, construyendo (en la actividad práctica y en su lucha por domeñar el entorno) mentalmente soluciones para los múltiples desafíos de la supervivencia y la ampliación de sus posibilidades de realización, van progresivamente sobreponiéndose a su subordinación a la naturaleza, elaborando y complejizando su relación y metabolismo con la misma, y en esta actividad los seres humanos se modifican y se crean-elevan a sí mismos; al cambiar y remodelar el entorno habitable, crean nuevas condiciones de existencia, las cuales, como consecuencia no buscada, inducen cambios correlativos en los propios seres humanos, en los términos de convivencia, en la vida social, y en las mentes, y, con suficiente tiempo, también en lo biológico y neural; recién en la época burguesa y sus nuevas y revolucionarias características, con un importante, pero frustrado, despunte en el mundo clásico greco-latino, estos efectos sobre el mundo social y los individuos, pasan definitivamente a hacerse y buscarse conscientemente. (Este carácter de la 'cultura material', como manifestación tangible del grado de desarrollo mental y técnico de los diversos pueblos, es lo que ha hecho posible el estudio arqueológico de los tiempos ágrafos, la reconstrucción de la vida de los pueblos arcaicos a partir de los restos de su producción material tangible; antropológicamente, los objetos físicos aportan una vía para el estudio del pensamiento, los valores e instituciones, los cambios en la organización social, la actividad económica y la diversidad de los comportamientos y normas de regulación, de pueblos de todas las épocas). Por esta razón, desde el punto de vista histórico más general, Hegel pudo leer el proceso de la evolución como el despliegue del espíritu, de la conciencia y de la autoconciencia, proceso de (auto) producción humana, de realización de la libertad y la razón, sobre el opresivo mundo natural.

En este sentido muy amplio, la cultura puede ponerse en relación con la idea de conciencia social, de existencia consciente, en el proceso histórico-evolutivo general, como facultad humana vinculada, en su grado de desarrollo, al estado de cosas social, y también como capacidad para cambiar tal estado de cosas. Así, el marco cultural de cualquier época y pueblo-comunidad (las creencias, artefactos e instituciones, Malinovski), se constituye en el resultado heredado, acumulado, de los previos esfuerzos humanos, de la subjetividad, por sobreponerse a y controlar sus condiciones objetivas de existencia; la cultura como realidad y desarrollo de la macrosubjetividad operante en la historia, desde una elaboración histórico-materialista; macrosubjetividad, el 'espíritu', que parece cobrar vida metafísicamente, al margen de los individuos reales y su trabajo, en la medida que no hacemos conscientemente la historia y las estructuras culturales se nos aparecen como algo externo (como los mitos que pensaban al hombre, y no al revés, de Lévi-Strauss).

Avanzar en el esclarecimiento del concepto de cultura, exige en cada momento, precisar el nivel de abstracción (o de integración-complejidad de lo real) en que se sitúa el análisis, los fenómenos en una sociedad capitalista periférica contemporánea, o el proceso civilizatorio general. El 'weltgeist' de Hegel, el ámbito de lo espiritual, surge de las condiciones objetivas de la vida, en la praxis que las reproduce y modifica, y tiende a imponerse y estructurar consciente y racionalmente tales condiciones, físicas y sociales. Por otro lado, los contextos culturales predominantes dan el marco para el desarrollo de las subjetividades integradas; pero dadas las contradicciones y tensiones conflictivas del orden capitalista, los movimientos de resistencia dan lugar a y sostienen subculturas en las que los individuos pueden, 'desde dentro', construir rupturas y emancipaciones, necesarias para las luchas de transformación del mundo externo. Rupturas y nuevas sensibilidades que no pueden estabilizarse ni establecerse sólidamente como nuevo contexto cul-

tural general mientras no se logre un cambio histórico decisivo en los fundamentos estructurales de la socialidad.

La cultura es historicidad, porque el sentido justo de historicidad es autoproducción. Así, lo cultural aparece, llevando al límite el concepto, como macrosubjetividad histórica, conjunto de realizaciones de la subjetividad, de la humanidad, técnicas e instituciones, creencias y valores, formas de ver y de hacer y de autorepresentarse, y el papel creciente de la conciencia y la autoconciencia (de las 'decisiones dialogadas y pactadas') en la evolución y la dirección racional de la evolución social humana, y todo ello en relación con las necesidades de la supervivencia, y la praxis social correspondiente, la producción de las condiciones de existencia y los objetivos de realización y emancipación (lo cultural es mucho más que lo 'simbólico'⁹⁴, es la forma específica de adaptación, en sentido amplio, de ajuste y autoconstitución, de los seres humanos). Es decir, lo económico (producción de la vida material, de las condiciones sociales de existencia), como relación social/humana específica, pone el ámbito de las posibilidades históricas, pero estas se resuelven en el plano de la acción social, de las luchas sociales y políticas, mediadas por lo cultural y la producción cultural⁹⁵.

94. El marxismo no desdeña las versiones de la cultura como 'universo simbólico' o 'conjunto de textos', aportes reales a nuestra comprensión del problema; las mediaciones culturales pueden ser tratadas como conjuntos de significantes, decisivos en la interacción y la comunicación, en la praxis, dependiendo de los objetivos de investigación, pero resulta evidente la insuficiencia conceptual y epistémica de tales aproximaciones.

95. En la evolución social, el incremento de la capacidad de producir medios de vida, en un sentido amplio, conociendo, controlando y metabolizando con el entorno natural, ha mejorado las condiciones de existencia, la seguridad, la duración y la calidad potenciales de la vida, ha reforzado todas las facultades sociales y comunicativas humanas, ha permitido desarrollar y multiplicar las opciones de realización, provocando cambios culturales de envergadura. La revolución industrial, como caso, posibilitó un salto de la vida urbana, con los efectos culturales y de mentalidad correspondientes, de secularización e individuación, en la interacción y los términos de convivencia y de autorepresentación. Ya desde el proceso de su surgimiento, cada uno de estos aspectos reopera sobre la actividad productiva y sobre la totalidad social, incidiendo de vuelta sobre el ritmo y las formas de la evolución social.

De ahí la importancia decisiva de la crítica cultural y el análisis de las tendencias sociales que se expresan en las manifestaciones culturales, junto a la pluralidad de rasgos de comportamiento como expresiones parciales de amplias diferencias culturales. Y eso, en una sociedad fundada en la explotación del trabajo y la desigualdad de clases, supone que todo intento de hacer pasar el clima cultural dominante por universalmente compartido no es más que una ideología de legitimación. Al lado de, y en tensión con, 'la cultura de la clase dominante' se desarrollan diversas otras formas culturales, como expresiones más o menos pasivas o activas de resistencia social y autoidentificación defensiva ('las formas clandestinas adoptadas por la creatividad dispersa, táctica y transitoria de los grupos o individuos ya capturados en las redes disciplinarias', Harvey).

En general, la tendencia central de la dinámica socioestructural da lugar a, induce, la condensación de un cierto clima cultural, que entonces funciona como marco general para el desarrollo de las identidades individuales integradas y las identidades grupales-comunitarias integradoras, en relación con las situaciones y experiencias de vida, los términos de convivencia y la agitación social⁹⁶. En 'tiempos normales', este es el mecanismo de la reproducción social en los microniveles, en la interacción. El estudio de lo cultural y de las producciones culturales, en su autonomía relativa, resulta pues interesante y necesario porque permite aproximarse por una particular vía al proceso histórico y la dinámica social⁹⁷.

96. La unidad y estabilidad relativas, dinámicas, de la identidad individual se alcanzan en el intercambio con el contorno social, con los diversos otros, en los distintos niveles de integración y complejidad del medio social del que se forma parte. Como 'sistema abierto' (dejando entre paréntesis los mecanismos y procesos internos), su conservación es función de la interacción con el entorno, con otros individuos, grupos y diversas esferas de la totalidad social en devenir.

97. "... frecuentemente esos principios o creencias instigadores de la conducta cotidiana, aunque el sujeto no se los formule (conscientemente) siempre, están explícitos en la cultura de la sociedad en que vive. Esta cultura contiene por lo

Este capítulo tiene como propósito indagar en las mediaciones entre el fenómeno general de globalización y las tendencias culturales que anima y de las que, en el mismo movimiento, se nutre. Dinámicas culturales que operan como sistema simbólico dador de sentido y condiciones ideológicas de legitimación, matriz para el desarrollo de mentalidades ajustadas y propiciadoras del proceso todo.

Los tiempos de transición, en que algo, en cierta medida nuevo, está por surgir, son tiempos inciertos, y si bien en la actualidad está suficientemente claro que el capitalismo y la sociedad moderno-burguesa han entrado en un período de reestructuración que tiende a una suerte de nuevo equilibrio relativo en el funcionamiento del sistema de conjunto, el conocimiento de algunos aspectos decisivos de la nueva configuración distan de un esclarecimiento suficiente. Es el caso de sus dimensiones culturales, sin cuyo reconocimiento la comprensión del fenómeno total resulta insatisfactoria, respecto de las posibilidades objetivas de aproximación, y, por ello, aun más difícil de manejar, lo cual, a su vez, hace que los estudios de expresiones particulares se vean aquejados de la ausencia de un referente epistémico y teórico-sustantivo sólido, de un concepto de la totalidad relacional, que por su vez se construye y se precisa mediándose con los estudios específicos.

Se trata, pues, de indagar acerca de la índole del complejo cultural a que da lugar y que acompaña la globalización, sus interrelaciones con las demás dimensiones del proceso, su ritmo peculiar, los límites y posibilidades de su autonomía, sus efectos en términos de las mentalidades y definiciones de la realidad a que tiende a dar lugar, las reacciones negativas, de rechazo, que igualmente provoca, así como el carácter y sentido de tales reacciones, y en general, las construcciones de sentido, las representaciones sociales y las líneas de conducta que induce y/o refuerza.

común un conjunto de afirmaciones acerca de la naturaleza del mundo físico y de la vida, así como un código de las estimaciones de la conducta... (que incluye) un código o sistemas de juicios de valor...". Engels, *ANTI-DUHRING*.

Podríase, tal vez, sintetizar toda la cuestión en el tema de las subjetividades⁹⁸, o los rasgos de subjetividad que un curso macro-social es capaz de alimentar, a través de toda una serie de mediaciones, como una condición de posibilidad de su despliegue. Las siguientes consideraciones presentan un conjunto de interpretaciones que aspiran a ser una contribución a un marco teórico-metodológico para el abordaje del asunto.

Las relaciones individuo/sociedad, problema epistemológico central de las ciencias sociales (combinado con la historicidad de la relación), se dan mediadas por objetos simbólicos, climas culturales, que, en un momento de reproducción normal del orden social vigente, con sus códigos y valores prevalecientes, refuerzan tendencias estructurales, promoviendo, institucionalización mediante, las subjetividades adaptadas, integradas, que, al difundirse con cierto éxito, luego operan como constructoras aproximadamente eficaces de la realidad social, y que se les aparecen como actos libres a los individuos⁹⁹. 'Los seres humanos hacen la

98. Identidades sociales y personales; el Yo que surge desde el 'nosotros' y a partir de la acción sobre el mundo, en tensión con lo que no es él; el sujeto-actuante como sentido de la individualidad, como conciencia, representaciones y autorrepresentación, como capacidad de interacción y comunicación, de sentimiento y pensamiento, de vivencia y razonamiento, y los comportamientos que desde ahí desarrolla en base al albedrío. La subjetividad es pues el sujeto en acto, que desarrolla un actuar teleológico, siempre marcada por los dispositivos institucionales que tienden a moldearla, condicionada por la situacionalidad y las circunstancias históricas, que por su vez (y esto es lo fundamental de una teoría de la acción, que supera todo determinismo mecanicista, todo fatalismo) es capaz, como virtualidad, de comprender y modificar intencionalmente. La subjetividad es el sujeto actuante, capaz de una praxis racional creadora y transformadora, y, por tanto, moralmente responsable. La vía de escape de todo determinismo mecanicista no es el irracional indeterminismo sino una teoría crítico-racional de la praxis, de la acción transformadora.

Contra todo determinismo, y desde una dialéctica de factores objetivos y subjetivos, es la acción de individuos, ya siempre socialmente situados, la que crea o reproduce las condiciones objetivas, lo objetivo sale de lo subjetivo, la acción, sus resultados, se hacen mundo objetivo, y, desde ahí, marco histórico concreto y situacional para la acción subsiguiente. En esto consiste la historicidad de lo real social y la concepción materialista de lo histórico-social.

99. Berger, P.; Luckmann, Th. *LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA REALI-*

historia, pero en condiciones preestablecidas y con grados de conciencia hasta el presente más bien precarios'. Lo cual por supuesto vale sobre todo para las multitudes en la historia, así como para los individuos inmersos en la atomizada y caótica fluencia de la vida cotidiana, y bastante menos para aquellos grupos de interesados vinculados a posiciones de privilegio, o de resistencia, que se afanan en alcanzar cierto dominio representacional, incluso conceptual, del curso de los acontecimientos, el que involucra no apenas los resultados esperados de sus acciones sino también sus derivaciones no buscadas y acaso menos deseadas. Estar atento a las relaciones de fuerza, que cada movimiento en el campo modifica, es lo que define a un actor social, individual o colectivo, que interviene en calidad de interesado en el escenario social.

En este marco, una aproximación a las subjetividades ascendentes requiere una teoría de la acción social, que trata de clarificar las sensibilidades a partir de las cuales se dan las actuaciones de una infinidad de individuos y grupos, pero que entiende que estas solo son precisables en el contexto de la estructura y dinámica de las formaciones sociales, de las peculiaridades del momento histórico, y del 'espíritu del tiempo' correspondiente (el sentido de la acción hay que buscarlo en relación con las intenciones subjetivas y con los códigos culturales prevalecientes). En esta premisa epistémica reside la verdadera fuerza explicativa, y el valor heurístico, tanto del interaccionismo simbólico, en Mead, como la versión fenomenológica de Berger y Luckmann, tan distantes del individualismo metodológico como del subjetivismo vivencial, así como la plausibilidad de su conexión con y la incorporación de sus aportes por la tradición marxista.

La nueva fase de despliegue del capitalismo como fenómeno histórico-social, conlleva una macrotendencia, con proa a la reestructuración de su forma de funcionamiento e incorporación de nuevos rasgos y características, todo ello expresión de los grupos, fuerzas e intereses sociales señala-

DAD. Ed. Amorrortu. Buenos Aires. 1968. Pág. 85: "Cuanto más se institucionaliza el comportamiento, más previsible, y, por ende, más controlado se vuelve".

damente predominantes en su interior. Pero este curso no se cumple sino en ajustada correlación con los complejos culturales que justamente tienden a posibilitar tal despliegue en la medida que se constituyen en el ámbito simbólico en el cual han de prosperar las mentalidades integradoras (creencias, valores, actitudes, motivaciones, definiciones de la realidad, aspiraciones), que por su vez factibilizan el curso de los acontecimientos en el nivel micro-social. Las expresiones de desconcierto, malestar o rechazo abierto, disfuncionales o patológicas, desde la particular racionalidad del proceso, son igualmente comprensibles si se tiene en cuenta que 'todo poder genera resistencias', y sobre todo el inescapable carácter tensionado, conflictivo, contradictorio, de la evolución social capitalista. En una frase, se trata de explorar el clima cultural y la subjetividad conformista general a que tiende a dar lugar el proceso de globalización capitalista, como condiciones necesarias y posibilitadoras de su supervivencia y desenvolvimiento.

Uno de los rasgos distintivos de la era del capital ha sido, desde su ya distinguible configuración inicial, en el transcurso del siglo XV europeo, su vocación de saltar por encima de toda limitación comarcal. Desde la primera hora, tal rasgo fue un motivo de tensión en el interior del, entonces al mismo tiempo floreciente y en crisis de transformación, orden medievoal, como es sabido, caracterizado por su inclinación al particularismo político, el pluralismo de la autoridad, la autarquía económica, el arraigo territorial de las gentes, el localismo de las perspectivas y el saturado clima cultural teocéntrico. El mundano talante del financiero y del rico comerciante, asociado al renacido espíritu de la vida urbana, arquetípicamente representado por la Florencia de los Médici, anuncia la nueva época que despusa. La ampliación de los intercambios comerciales, y sus notorias repercusiones sobre la actividad productiva, rural y urbana, constituye un curso que se alimenta a sí mismo, dando lugar a comportamientos y actitudes instrumentalmente racionales, de las cuales se puede derivar el aliento del aventureris-

mo de los navegantes-exploradores, individuos de un tipo y disposición inusual, capaces de adelantar empresas que hoy nos parecerían de una temeridad suicida. Pero el brillo de las posibilidades, o ilusiones, de enriquecimiento, combinado con la fascinación y la curiosidad causadas por los relatos de pueblos distantes y culturas exóticas, han potenciado este proceso de desquiciamiento, lento pero sostenido, de los marcos sociales y culturales del mundo feudal. La forma capitalista de organizar la vida social ha emprendido su largo y por mucho tiempo inseguro camino a la definitiva consagración en el último tercio del siglo XVIII. El proceso histórico-social anónimo, cual 'Espíritu Universal', va produciendo, y abriéndose paso a través de, los individuos que, inconscientemente, o con una consciencia más bien vaga y desconcertantemente pobre, lo realizan. Es lo que Marx llamó la prehistoria de la humanidad, los individuos hacen la historia, pero no saben que la hacen o no la hacen conscientemente.

En otros términos, la inclinación cosmopolita del capitalismo, que poco a poco va creando las condiciones materiales para el triunfo de la cultura urbana, no es un mero rasgo circunstancial, sino la expresión de una dimensión constitutiva vinculada con lo que podríamos llamar su lógica de despliegue, orientada por el interés de acumulación. En su momento, el mercantilismo, como ideología, se constituye en una de sus posibles expresiones representacionales, la más exitosa durante los primeros siglos del nuevo curso histórico. Sin embargo, y en acuerdo con su carácter más general, esta tendencia a la internacionalización se da en tensión, en lucha con su contratendencia, esto es, la puesta en pie de los Estados modernos, ámbito político-institucional, cultural y territorial, privilegiado para el desenvolvimiento del proceso de extensión y consolidación de las relaciones económicas y la estructura social del capitalismo. El Estado, que busca legitimarse pretendiendo expresar 'la nación', deviene así la base institucional y cultural para la configuración de la sociedad burguesa, en sus diversos planos.

Históricamente, estamos ante el camino efectivamente recorrido por el progresivo evolucionar de una nueva clase social, que con el correr de los tiempos terminará por establecerse como la clave histórica para entender todo un complejo proceso social cuyo remate categorial ha sido convencionalmente denominado Modernidad occidental, y que desde tal lugar ha modelado, y continua modelando, violentamente, una historia ‘universal’ humana, a medida que consigue incorporar, subordinadamente, uno tras otro, los más disímiles pueblos y culturas, los más alejados territorios respecto de su centro de irradiación¹⁰⁰.

La burguesía, como clase poseedora moderna, con su notable diferenciación interna y su aún hoy sorprendente plasticidad cultural, que le ha permitido integrar e imponer su perspectiva, sus valores, su ‘espíritu’, a prácticamente todas las demás comunidades del orbe, se constituye en el elemento dinamizador principal del proceso histórico de la modernidad; su actividad, jalonada por su peculiar na-

100. Un universal falso que en realidad es un particular, pero uno que da lugar a un proceso civilizatorio que, como efecto no buscado, crea las condiciones para, abre una posibilidad histórica real de, una verdadera universalidad humana, dialéctica de lo general y lo particular, de lo múltiple y lo uno, de la identidad, no como esencia fija, metafísica, sino como proceso, como articulación relacional y deviniente de la diferencia. Es otra forma de expresar el carácter contradictorio del capitalismo: crea las condiciones para la emancipación, y en el mismo movimiento las cancela o desarma-reprime. La actualización de las posibilidades (que han llegado a ser, como proceso que se mueve por probabilidades crecientes -en relación con los movimientos y luchas sociales-, no casualmente) de emancipación y enriquecimiento de la vida humana no está predeterminada, no es en absoluto segura, es solo una posibilidad en un futuro abierto, porque no se sigue automáticamente de ningún proceso ciego; pero si la posibilidad histórica está objetivamente dada, (como resultado social) significa que las fuerzas sociales interesadas en realizar tal tránsito cuentan en principio con condiciones materiales y culturales que le confieren cierta favorable condición probable, factible, en tanto que constituye un movimiento histórico progresivo, que enriquecería y ampliaría las oportunidades efectivas y el horizonte social y cultural de realización humana, las condiciones de posibilidad objetivas de la emancipación social y de la libertad personal; por tanto, tales posibilidades se resuelven histórico-concretamente, solo pueden resolverse, en el ámbito de lo político, de las luchas sociales, de la confrontación intelectual y cultural, del pensamiento y la acción humanas.

turalidad y posición social, y los intereses e identificaciones que de ahí se siguen, da lugar a un cada vez más complejo tramado de relaciones sociales que con diferentes ritmos va sentando las bases de un mundo social que descompone parcialmente las formas socioculturales tradicionales, integrándolas subordinadamente en la medida que han podido ser funcionalizadas. La moderna clase burguesa, el resonante triunfo de los dueños de capital, constituye la clave, el insumo crítico, de toda la historia moderna, del éxito del Occidente europeo en el choque con los señores y formas civilizatorias en competencia, de otras regiones.

La consolidación de la hegemonía social y cultural burguesa en unos cuantos países de la Europa occidental, transforma al Estado-nación moderno en una formidable palanca político-militar para la expansión colonial y el surgimiento de centros metropolitanos que, en competencia y confrontación a menudo cruenta, pero como parte del mismo proceso y con una suficiente consciencia de los intereses y valores compartidos, va creando las condiciones para el despliegue progresivo de un dispositivo económico-comercial internacional. Nunca está de más volver a llamar la atención sobre la forma en que interactúan y se articulan en el hacer histórico el contenido efectivo de las acciones de individuos y grupos con las ideologías y representaciones que estos mismos elaboran en el fragor de sus luchas y esfuerzos, brutales fracasos y discretos logros, como un requisito imprescindible para la dirección en cierta medida consciente de su actividad, como una forma de dar sentido y significado a su hacer, dando lugar tales ideaciones a un bizarro precipitado de formulaciones discursivas y objetos simbólicos (humanismo clasicista, estéticas antropocéntricas, reforma protestante, derecho de gentes, iusnaturalismo, ascetismo secularizado, naturalismo racionalista, teodiceas, estilos artísticos, etc.), que luego, cuando ya son materia historiográfica, pueden ser rebuscados y elaborados por los estudiosos que, en el intento por dilucidar los trayectos del pasado al presente, ponen en pie todo tipo de obras interpretativas, la mayor

parte de las cuales pese a sucumbir de una manera u otra al atractivo colorido de lo inmediatamente dado, a la seductora apariencia de confiabilidad de lo que simplemente salta a la vista, además de rendir un oneroso tributo a la autoridad de las supervivencias del pensamiento tradicional, teológico y/o metafísico, contribuyen cada una a su manera a generar y animar unas controversias mediante las cuales se ha abierto contingentemente la posibilidad real de avanzar en el autoconocimiento humano. La historia del pensamiento es una historia de autodescubrimiento, y de autoproducción, la 'fenomenología del espíritu'.

Es el proceso de emergencia de la sociedad burguesa al que los redactores del *MANIFIESTO COMUNISTA* rinden un insospechadamente categórico reconocimiento en sus primeras páginas. 'Todo lo sólido se desvanece en el aire', reza la frase que, proveniente de la traducción inglesa, Marshall Berman ha celebrizado, y que en las ediciones usualmente disponibles en castellano se lee 'Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado...'. Y, antes, el texto ya había sentenciado: 'La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario'. Pero, para llegar a este punto, de destrascendentalización, de racionalización de la vida social y de conciencia de la historicidad, de lo humano y de todo lo existente, en que '...los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas'¹⁰¹, un punto en el que la proposición 'la conciencia del hombre está determinada por su ser social', de acuerdo con Berger y Luckmann¹⁰², se sitúa como la proposición básica de toda la Sociología del conocimiento, y, a partir de ahí, en base para toda acción transformadora, ha sido necesario un prolongado y conflictivo proceso histórico, una de cuyas dimensiones está dada por un monumental trabajo del pensamiento y la

101. Marx, K; Engels, F. *MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA*. Ed. Progreso, Moscú, 1981. Págs. 110 y sigs.

102. Berger, P.; Luckmann, T. *LA CONSTRUCCION SOCIAL DE LA REALIDAD*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires. Pág. 18.

investigación, representado por nombres tan emblemáticos y diversos como, sin ánimo exhaustivo evidentemente, Maquiavelo, Pascal, Da Vinci, Galileo, Descartes, Shakespeare, Locke, Leibniz, Voltaire, Spinoza, Lavoisier, Newton, Linneo, Galvani, Vico, D'Holbach, Kant, Goethe, Hegel, Saint Simon, Feuerbach, y un extenso etcétera.

La irrupción de un mercado mundial, primero muy lentamente, a partir de las guerras de conquista y colonización del 'nuevo mundo', después, con una creciente aceleración, tras el importante nivel alcanzado por la acumulación de capitales y las cruciales innovaciones técnicas de mediados del siglo XIX (un aspecto adicional, crucial, consiste en las primeras manifestaciones de la caída tendencial de la tasa de ganancias en los países de más temprano desarrollo capitalista, claramente Inglaterra), permite a los intereses burgueses moldear todo un proceso civilizatorio, sin comillas y con el extremoso claroscuro correspondiente. Otra vez Engels y Marx: 'Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países, arruinando, de paso, toda actividad artesanal', y con esta precisa y cierta proposición, que se hizo más valedera con el correr de las décadas, se sintetiza una de las ideas capaces de dar acceso inteligible a un proceso que conecta una multiplicidad diferenciada y jerarquizada de elementos, factores, dimensiones y tendencias, desde la conquista y colonización de nuestro continente por los europeos hasta el enorme avance en la secularización de la vida social, pasando por el desarrollo del sentido de individualidad y la destradicionalización de las prácticas culturales, y sin excluir toda suerte de casualidades y accidentes, como bien recuerda Engels.

Acorazada por poderosos Estados-nación, la burguesía irrumpe en los cuatro puntos cardinales, a lo largo de otros tantos siglos, imponiendo, sin clemencia ni escrúpulos, su racionalizada concepción económica, abriendo mercados para sus valores de cambio, desorganizando o subsumiendo las economías tradicionales locales, centradas en la producción de valores de

uso, instaurando condiciones de exacción sobre las riquezas de los otros, incluyendo sus propios cuerpos, y, en el mismo movimiento, acercándoles objetos simbólicos que, una vez, salvan sus almas de un riesgo de condenación eterna (que hasta entonces ignoraban), otra vez, les transmite una cultura literaria que 'civiliza' y modifica su gusto, pero que por sobre todo los seduce con una cultura de consumo, unas apetencias, 'necesidades' recién percibidas, que se traducen en una inconsciente interiorización de valores que inevitablemente operan en una inadvertida estructuración del deseo, de los objetos del deseo, y de la modelación del gusto, de la producción de anhelos.

La modernidad burguesa se funda en el impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas, pero se apoya en la colonización de la subjetividad. La interiorización naturalizada y mayormente inconsciente de las relaciones sociales imperantes es el último término o la piedra de toque de la teoría marxista del poder de la dominación, elemento principal de una teoría crítica de la sociedad, del orden burgués, concepto característicamente ignorado o no comprendido por los abordajes fenomenistas, estáticos o formalistas, acerca del tema general del poder.

El mercado mundial capitalista es una realidad determinante a inicios del siglo XX, cuando una nueva ola de innovaciones tecnológicas vuelve a trastocar los ordenamientos y ritmos de la vida cotidiana que habían llegado a tornarse familiares en los previos cincuenta años, aunque de manera diferenciada en las periferias y el centro capitalistas.

Uno de los rasgos novedosos de la situación pasa por la recepción de estos cambios, debido a que, a diferencia de similares experiencias anteriores de transformaciones más o menos aceleradas, en esta ocasión el sentimiento de euforia, de ingenua expectativa, de muchos, se ve confrontado a una extendida actitud contraria que oscila entre el escepticismo y el rechazo activo¹⁰³. El desaprensivo optimismo, la fe en el

103. Michel Lowy da una descripción del espíritu de la época en *PARA UNA SOCIOLOGÍA DE LOS INTELLECTUALES REVOLUCIONARIOS*. Siglo XXI, México, 1978.

indefinido progreso que traería la sociedad de las chimeneas del capitalismo industrial, es discutida ahora por la incontrovertible realidad de la atroz pobreza y la enfermedad, el hacinamiento y el desamparo, la inhumanidad, que campea en los barrios obreros y también en los campos arruinados y decadentes del civilizado occidente.

Para millones, la quiebra de sus tradicionales formas de vida y la imposibilidad de hallar una inserción aceptable en el mundo del progreso, los ha empujado a la traumática experiencia de la migración. Son multitud, decenas de millones, los que una corriente histórica general incolora deriva hacia los vapores que unas semanas después arribaran a las costas de los 'países nuevos', Estados Unidos o Canadá y Australia, pero también el cono sur latinoamericano. Otros muchos, se enrolan en los movimientos anticapitalistas, socialistas o anarquistas, que con creciente éxito tratan de organizar el rechazo y la resistencia social, tratando de llevar el conflicto entre las clases a un nivel de autorreconocimiento, de los explotados e inferiorizados, tal que permita abrir un esperanzado renacer revolucionario. Para unos cuantos más, intelectuales, artistas, la situación los lleva a un creciente malestar, expresado de muy diversa manera, que con cada vez mayor frecuencia alcanza el tono de una acerada crítica del orden establecido, pero no principalmente orientada por la expectativa de que 'el arma de la crítica' encienda el polvorín de 'la crítica de las armas', sino más bien instalada en una representación pesimista del presente y el futuro de la humanidad, lo cual para algunos significará la adopción de un tono de nostalgia por no se sabe bien qué paraíso perdido, y, para otros, evolucionará a una simple aceptación resignada, pero desdeñosa, del nuevo tiempo. El industrialismo urbano cosmopolita del capitalismo representa, para no pocos, una suerte de boleto con destino a ningún lugar, o a uno no deseado, y la respuesta es el rechazo ético-estético de todo lo que con él se vincula. Es 'el espíritu de fin de siglo', que el espectro de Nietzsche anima, que trae de vuelta parcialmente y acondicionado el legado romántico, una

época confusa, que le permite a Durkheim elaborar el concepto de anomia, que Freud contribuye a tornar inquietante, escandalizando a los círculos de poder y al presunto recato victoriano.

La progresiva integración económica de un orden social internacional se da en contrapunto con el momento de mayor esplendor del Estado-nación, a inicios del siglo XX. El dispositivo, el mercado mundial, todavía relativamente abierto durante todo el diecinueve, se encamina a alcanzar un grado de maduración crítico y esto desata una corrida hacia el mejor posicionamiento alcanzable por cada uno de los socios-contendores. Desde el reparto de África hasta el estallido de la I guerra mundial, o en el caso de los diversos intereses involucrados en el proyecto de construcción de un canal interoceánico por Centroamérica, las tensiones avivadas por la necesidad de asegurarse fuentes confiables de materias primas y mercados para los productos de una industria en notable expansión y sofisticación tecnológica, dan cuenta del proceso de transición a una nueva fase de despliegue del orden capitalista, desde el capitalismo de libre competencia a la fase imperialista clásica o monopolista, de articulación de capitales productivos y financieros, de grandes corporaciones con inicial implantación internacional y de estrecha ligazón con el Estado, irremplazable, hasta el presente, como garante de los intereses de las distintas burguesías nacionales.

En otros términos, pese a la espectacularidad del salto adelante en la internacionalización capitalista, los Estados nacionales continúan ocupando el centro de la escena, la política mundial y las relaciones internacionales dan lugar a dramas protagonizados por un puñado de actores, potencias antiguas o emergentes, que se disputan los lugares de privilegio, en el seno de una concepción compartida acerca de la orientación básica y las formas generales del proceso civilizatorio, orientado en último término por la lógica de la acumulación y valorización de capital. Los intereses económicos, políticos, militares, territoriales y de prestigio

y ascendiente cultural, se componen en inéditas estructuras y balances de poder que durante la primera mitad del siglo darán lugar a confrontaciones monumentalmente destructivas. La angustiada confusión y las exaltadas expectativas de entreguerras se objetivarán de múltiples maneras y en distintos planos, hay crisis económica y radicalización política-ideológica, pero una de sus objetivaciones más notables se verifica en la esfera de la producción espiritual, la apoteosis creativa que se expresa en la irrupción de sensibilidades rupturistas, estéticas provocadoras, de genio científico, de perspectivas filosóficas, de búsqueda utópica. Del dadaísmo a la fenomenología, del arte postfigural a la relatividad y la cuántica, de la poderosa veta marxista a la reacción logicista de Viena, del revulsivo freudiano a la patología nazi, la interrogante que nos asalta es ¿cómo y porqué conviven tanto dolor, muerte y destrucción con tan espectacular capacidad creativa? Es un hecho que el aprendiz de brujo burgués no consigue controlar los demonios que ha liberado. Y algunos de estos demonios, al autoconjurarse, van creando una agitación rápidamente creciente, de la imaginación teórica a lo estético, pasando por lo político, que amenaza incluso imponer la caducidad del aún joven brujo y su oscuro y nunca del todo dominado arte.

En este curso histórico, de estructuración de una economía mundial capitalista madura, el surgimiento, primero, de la Unión Soviética y, después, del llamado bloque del Este, desplazará el proceso, tras el fin de la II guerra, por un sendero de forzada autocontención y cierre de filas de rivalidades hasta la víspera acérrimas, bajo la indisputable supremacía norteamericana. Yalta, Potsdam, Bretton Woods, ponen las bases para el inicio de la reconstrucción de un orden económico internacional que para los años sesenta no solo se ha completado sino que ha sido aproximado al umbral de un nuevo salto.

Recapitulando, el propósito, hasta aquí, ha sido sintetizar conceptual e históricamente la lógica de despliegue, los fundamentos del devenir, del capitalismo como orden social

complejo, que por un lado es la fuerza decisiva en el surgimiento del Estado moderno, pero por otra, por la propia lógica de su funcionamiento tiende a la internacionalización. Esta sería la apoyatura de aquellas versiones, no pocas veces ligeramente formuladas, que datan en el siglo XVI el comienzo de la 'globalización'. El alto grado de articulación planetaria que ha alcanzado ya no el capitalismo sino la autodiversificada experiencia histórica y cultural humana, con exclusión por ahora de consideraciones acerca de la forma y los términos, no es ni por asomo el resultado de una (des)afortunada sucesión de contingencias o casualidades absolutas, es la más elevada manifestación de la heterogonía de los fines en el proceso histórico-social. Los intereses privados, las decisiones de grupos, las acciones individuales correlativas, en los contextos amplios y en el curso de los tiempos, han acabado por producir un resultado histórico no del todo previsto ni buscado, que desborda por mucho los fines explícitos e inmediatos de la masa de los actantes, lo cual enrarece aún más su ya compleja y paradójica naturaleza (la diferenciación en clases de una sociedad mercantil atomizada, p.e.), que solo unos pocos inusualmente dotados alcanzan a captar en algunas de sus líneas de fuerza cruciales hasta antes de fines del siglo XVIII (Hobbes, Locke, Mandeville, los representantes intelectuales del ya avanzado autoreconocimiento y autoconfianza de la burguesía). La dialéctica de acciones interesadas y marcos histórico-estructurales, de las subjetividades en lucha con el mundo físico y social heredado, permite desentrañar las relaciones entre ámbitos de posibilidad y prácticas reproductivas y transformadoras.

Como ya se ha explicado, este trabajo reserva la denominación 'globalización/mundialización' para la más reciente, en curso, fase de despliegue del capitalismo como forma de organizar la vida social, en la cual se avanza hacia una nueva forma de equilibrio relativo en la tendencia general del sistema a la internacionalización, ni la primera, ni la última, en la medida que su historia se prolongue lo suficiente. Una

en la que por supuesto la tensión con el Estado tradicional se prolonga con nuevos rasgos.

En otras palabras, el nuevo momento histórico comporta una suerte de refuncionalización de la forma estatal, en la que se puede constatar una en cierto sentido considerable erosión de su margen de autonomía, de las atribuciones que solía ejercer, por ejemplo, a mediados del siglo XX. Esta reducción del margen de autonomía permite entender la razón por la cual las experiencias político-sociales vinculadas con lo que se ha caracterizado como el nacionalismo burgués, populista o no, tan difundidas en América latina entre los años treinta y setenta, y cuyo rango de variación se muestra considerable, desde Cárdenas hasta Perón, de Vargas a la dictadura brasilera de los años sesenta-setenta, etc., se considerarían hoy poco más que una utopía reaccionaria. La desaparición del soporte social, y del clima ideológico-cultural, desde el que se podía al menos pensar como factible erigir un proyecto político de tales características, con pretensiones nada menos que de encontrar una vía de desarrollo capitalista autónomo, sobre la base de la capacidad de regulación y orientación del Estado, replicando así la experiencia histórica de los países que a lo largo del siglo XIX habían logrado llevar adelante un curso de modernización capitalista no dependiente (EEUU, Alemania, Italia, Japón), responde al hecho observable de que el nivel de integración alcanzado por el sistema económico internacional, un mercado mundial capitalista que, en el marco de una deriva estructural, ya ha alcanzado niveles decisivos de articulación y organicidad, ha cancelado definitivamente todas las ilusiones de 'independencia económica', aun residualmente acariciados durante la década de 1970. Desde el punto de vista del marxismo, el concepto del capitalismo como complejo estructurado, crecientemente integrado en el plano mundial, lejos de excluir la diversidad, asume como contenido del devenir la autodiversificación del proceso histórico-social. A partir de ahí, el problema teórico-político es: cuanto control y capacidad de direccionamiento es capaz de ejercer o ha alcanzado la humanidad.

Los intereses económicos y las fuerzas sociales política y culturalmente dominantes en la historia capitalista han acabado por crear, con una paulatina emergencia de la conciencia acerca del movimiento de conjunto del proceso, que es ella también un resultado del mismo, una realidad económica mundial, inédita y fundada en relaciones asimétricas de interdependencia, de la cual no puede pretender sustraerse ya ningún pueblo o región so pena de verse empujado a un callejón histórico sin salida. Como dice Jameson, recuperando una formulación de Mandel, la actual constituye “la forma más pura de capital que haya surgido, una prodigiosa expansión del capital hacia zonas que no habían sido previamente convertidas en mercancías. De aquí que este capitalismo más puro de nuestros días elimine los enclaves de organización precapitalista que hasta el momento había tolerado y explotado de manera tributaria”¹⁰⁴.

En una entrevista de mediados de los años noventa, André Gunder Frank aportaba una formulación, desde un desencantado pesimismo, sobre el mismo tema: no se trata más, decía, del dilema ‘revolución o dependencia’, sino de este otro, ‘dependencia o exclusión’. Pesimismos aparte, la cuestión aquí es que la alternativa no puede ser pensada como exterior al capitalismo sino como superación desde el capitalismo mismo.

Luego, resulta evidente, a la altura de los acontecimientos, que la relación Estado/orden internacional no puede ya ser pensada como a inicios o a mediados del siglo XX. Sin embargo, hay que apresurarse a puntualizar que una cosa es hablar de una reducción del margen de autonomía de los Estados, en general, pero en particular en las sociedades de la periferia capitalista, y otra muy distinta afirmar la inminente, siquiera previsible, desaparición de la forma estatal, o su supervivencia meramente decorativa o accesorio. Antes bien a lo que asistimos es a la refuncionalización del Estado,

104. Jameson, Frederic. “El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío”. Revista Casa de las Américas 155-156, La Habana, 1986. Pág. 162.

lo cual convalida su persistente importancia para la reproducción social, no solo en términos del control y orientación de los términos de convivencia en el plano societal (como principio de organización, sistema de autoridad y aparato coercitivo mediante el cual la clase dominante busca imponer su voluntad, tanto sobre los sectores sociales subordinados y la movilización de protesta social, como sobre el flujo anárquico y la incertidumbre y los efectos de fragmentación social inherentes al régimen mercantil, siempre claro expuesto al marcaje ejercido por el proceso de circulación y las fuerzas sociales dominantes), sino como actores aún del todo imprescindibles en el régimen de poder internacional (en este plano, sometido a las condiciones externas impuestas por la economía y la política mundiales).

El enorme y creciente poder de las corporaciones transnacionales no hace sino ratificar esto en la medida que, primero, estas continúan necesitando del respaldo de sus respectivos Estados para mejor defender sus intereses. Por otro lado, son administradores estatales y responsables políticos quienes diseñan, negocian y tratan de promover 'estrategias particulares de acumulación de capital', en lo interno, y una arquitectura funcional para el despliegue y regulación de la internacionalización económica (que estas 'negociaciones' se realicen en un escenario de marginación de la casi totalidad de las sociedades periféricas –G-7, Foro de Davos– o que se les imponga en un marco de inconmensurable asimetría –OMC, TLCs–, remite a las inclementes relaciones de fuerza que marcan el proceso, no a la muerte del Estado). En otros términos, el poder del Estado burgués, que sigue siendo mucho, es un momento de la economía política del capitalismo; se mueve en sus límites y posibilidades, con autonomía relativa¹⁰⁵.

Partir de la multidimensionalidad de la globalización puede aparecer como una obviedad, pero se trata de un

105. Ver Harvey, David, *LA CONDICION DE LA POSMODERNIDAD*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires. Págs. 128-130.

asunto que está lejos de ser un punto pacífico en el debate relacionado. Ante tanto deslumbramiento fenoménico-positivista y fragmentación posmoderna de lo real, continúa siendo necesario ocuparse de ello, en el intento de argumentar sólidamente, aunque de manera breve, una formulación satisfactoria.

El fundamento epistémico constituiría un muy contundente criterio de ingreso al tema: lo real es complejo, dialécticamente complejo. A ello se refería Hegel en la *FENOMENOLOGIA...* al afirmar que 'lo verdadero es el todo', pues 'el todo es solamente la esencia que se completa mediante su desarrollo'; es la dialéctica de estructura y génesis, en términos de Goldmann. Complejo puede leerse aquí como la interrelación dinámica de los diversos componentes, dimensiones, niveles, perturbaciones, del objeto, que en ese permanente chocar y combinarse van moldeando el devenir de la cosa, la ponen en movimiento a partir de las oposiciones internas, en el marco, asimismo, de las relaciones con el entorno, que no es más que decir que el objeto de interés es un lugar de un sistema más amplio. En la medida en que el todo se mueve a partir de la relación entre el curso hasta cierto punto autónomo de sus tensiones internas y su debatirse adaptativo con el entorno, el movimiento no puede ser lineal, y así se abre al surgimiento de lo efectivamente nuevo.

Las relaciones que estructuran la cosa le dan cierta estabilidad relativa en el curso del tiempo, lo cual de paso es lo que le permite ser reconocida y reconocerse. Y es esta configuración interna, relacional y dinámica, la que justamente invalida toda aproximación rudamente empirista del tipo 'rosario de factores', típica del formalismo y el descriptivismo más elemental, para el cual 'complejo' quiere decir oscuro, amorfo, irracional, y entonces tacha de pretenciosa y 'totalitaria' toda aproximación a la dinámica de conjunto de los procesos, en sus tendencias y contratendencias. El capitalismo transnacional, es una realidad histórica compleja, lo cual quiere decir no solo que se compone de diversos ele-

mentos, o que estos interactúan estructuralmente, sino y fundamentalmente que presenta muy variados niveles de integración, a partir de lo cual el objeto de análisis puesto por el sujeto investigador puede situarse en diversos niveles de abstracción.

En el plano del proceso histórico general, la determinación en última instancia por lo económico –en la definición de Engels: ‘la producción y reproducción de la vida real, material, de las condiciones de existencia’– se constituye en una premisa teórica fundamental para empezar a discernir lo que en una primera aproximación se nos aparece como un caos imposible, inabordable. La base de riqueza material que determina la frontera de posibilidades culturales de una comunidad, en Samuelson, o el acceso a los recursos que define el rango de oportunidades efectivas del individuo, en Giddens, constituyen representaciones con cierta proximidad. En el marco de tal base material, que da lugar a un ámbito de posibilidades, unos sujetos sociales culturalmente peculiares cooperan y confrontan, realizando tales o cuales posibilidades, que por su vez tienen un efecto sobre su organización social como un todo, incluyendo la esfera de la reproducción de la vida material. De modo que la interrelación estructuralmente jerarquizada de todas las esferas o dimensiones no solo se contrapone al cándido rosario de factores, sino a la apariencia del choque alocado, del cual como han establecido los modernos ‘teóricos del caos’ emerge un orden, una cierta regularidad captable siempre y cuando se cuente con los medios cognoscitivos adecuados¹⁰⁶. La discusión acerca de la cognoscibilidad de lo real tiene que ver menos con el estatuto óntico de ese real que con los marcos conceptuales de aproximación (si partimos de un marco epistémico convencionalista, lo real se torna inalcanzable, dudoso, metafísico, o simplemente prescindible).

106. Prigogine, Ilya. *LAS LEYES DEL CAOS*. Ed. Crítica, Barcelona, 1999. Morin, Edgar. *INTRODUCCION AL PENSAMIENTO COMPLEJO*. Ed. Crítica, Barcelona, 2008.

En el curso histórico efectivo, muy diversos son los factores intervinientes y que en determinado momento y lugar pueden alcanzar desarrollos decisivos; así la guerra, a lo largo de milenios, o la religión, sea como organización formal, sea como imaginario encarnado en la orientación de la acción de individuos o multitudes. También las subjetividades individuales, que con sus intereses, convicciones y apetencias más caprichosas, pueden acabar dando lugar al despliegue del más inesperado curso de acontecimientos¹⁰⁷. Pero todo ello y mucho más ocurre dentro de un marco de posibilidades históricas que, más tarde, más temprano, nos llevará a la base material en conexión con la cual se dan unas específicas formas de relación entre los seres humanos, desde las condiciones de caza, recolección y forraje, hasta esta civilización mundial capitalista, que así como ha proyectado las posibilidades humanas a alturas hace unos cuantos siglos inimaginables, también la mantiene permanentemente atada al riesgo de un gran trastorno civilizatorio, que amenaza sumirla en una catastrófica deriva. Aún más, desde Marx está suficientemente claro que lo anterior es particularmente valedero para una sociedad como la burguesa, que se funda, y se autopercebe como fundada, en lo 'económico', ahora en el sentido contemporáneamente convencional, más restringido.

La globalización entonces es un proceso complejo, multidimensional, contradictorio, donde estas diversas esferas (lo político-institucional, la innovación tecnológica, lo cultural) operan las unas sobre las otras, y sobre el conjunto, desde su relativa autonomía de funcionamiento, orientación, ritmo, dinámica, etc. (la evolución dialéctica combinada de lo desigualmente desarrollado), pero donde lo económico no es una 'variable' cualquiera, sino la que funciona como condición de todo el proceso, base para, determinante prin-

107. Típicamente, los espectaculares y dramáticos efectos históricos ni remotamente sospechados del obstinado empeño de Enrique VIII por engendrar un heredero varón. Colón y Lutero constituyen también ilustraciones emblemáticas. La astucia de la razón, según Hegel...

principal del alcance histórico real de las posibilidades, y de las limitaciones correspondientes -cuyas fronteras por su vez son desplazables, en uno u otro sentido-, y está lógica subyacente tiende a desplegarse a través justamente de la más extravagante sucesión de casualidades. La diferencia con la noción hoy convencional de 'económico' es que, como se sabe, en Marx, lo económico no es una relación entre cosas sino entre personas, es una relación social históricamente determinada, entonces son estas específicas relaciones sociales productivas, este particular tipo de acción social colectiva, el sentido histórico-social que adopte, el que en lucha con las demás dimensiones va dando forma al curso histórico. En otras palabras, los seres humanos, interactuando y actuando sobre el entorno natural, hacen objetivamente la historia, construyendo una serie de formas sociales institucionalizadas que acto seguido se constituyen en las condiciones socio-históricas heredadas de su acción, el ámbito de posibilidades, que otra vez desarrollan y transforman.

Lo opuesto y la salida del determinismo mecanicista no es el indeterminismo irracionalista, que se traduce en incertidumbre desmoralizadora y parálisis escéptica, sino el reconocimiento de la posibilidad real de transformar en la praxis las condiciones efectivas en que se vive y se actúa, sobre la base de su conocimiento racional objetivo y su crítica. Por eso dice Hegel que la libertad es el reconocimiento de la necesidad, es decir, de las condiciones históricas en que se habita y las posibilidades que comporta. 'Libre' no es sinónimo de 'incondicionado' sino del condicionado que sin embargo es en potencia, al menos, capaz de reconocer, actuar racionalmente sobre y transformar, las condiciones que configuran su situacionalidad y su contexto amplio.

Si se toma el caso de la revolución científico-tecnológica, no se discute la autonomía relativa, que no independencia, del proceso de innovación. Un grupo de ingenieros situados a la vanguardia de la investigación y desarrollo de nuevos artefactos y procedimientos, como cualquier colectividad de científicos, desempeñándose en las más disímiles áreas, tra-

baja mayormente en la más completa ignorancia de las reflexiones científico-sociales que tematizan su actividad, para la mayoría, poco más que majaderías, lo cual en lo absoluto cambia el hecho de que llevan adelante, alcanzando éxitos notables cada cierto tanto, una empresa humana, que como tal es una forma de acción social colectiva –que confiere eficacia histórico-social a los esfuerzos y talentos individuales–, en que los actantes operan en ambientes fuertemente institucionalizados, lo cual les sujeta a una serie de normas, valores, creencias, convencionales y anticonvencionales, en lucha, que median y vehiculan la interacción de individuos y grupos.

Ese mundo de objetos simbólicos se encuentra en permanente tensión con una estructura social dinámica forjada por las relaciones de fuerza (y su evolución) que se establecen entre los distintos grupos, clases y fracciones de clase, categorías socioculturales, que confrontados en el escenario social establecen relaciones de cooperación y enfrentamiento, que a su vez, en dependencia de los resultados de corto y/o largo alcance que se sigan, y pese a la desaprensión de nuestros sabios naturalistas o tecnológicos, condicionará de múltiples formas, en distintos niveles, su actividad, tanto en términos de sus fronteras de posibilidad, históricamente desplazables, como en su orientación, a veces muy específicamente, como cuando el Estado, o las corporaciones, y su capacidad de financiación, alcanzan un peso decisivo en la determinación de qué y cómo se lo investiga. Es lo que ocurre también con intereses y grupos en posesión de eficaces recursos de poder, materiales como simbólicos, desde políticos hasta la burocracia sacerdotal, sin olvidar a los medios de comunicación controlados por grupos económicos concentrados, con estrechos vínculos político-ideológicos con los centros de poder mundial.

En fin, no hace falta reseñar aquí toda la sociología del conocimiento y del trabajo científico; pero no sobra añadir que evidentemente la creación científico-tecnológica a su vez se flexiona sobre el todo social, contribuyendo a su

modelación, potenciando la productividad del trabajo o induciendo cambios en las condiciones y estilos de vida (la introducción de los antibióticos o la píldora anticonceptiva, desde finales de los años 50, p.e.), siempre en asocio con otros factores. Tampoco está de más recordar que todo esto se cumple como tendencia, esto es probabilísticamente, en la medida que tiene que enfrentar contratendencias o factores de desviación. Se realiza, o no, en la lucha, como proceso agonal. Que en este todavía temprano siglo XXI, los grupos creacionistas en EEUU, o la iglesia romana en América latina, conserven el poder y la capacidad de influencia que efectivamente exhiben, nos recuerda que la amenaza de involución, en muchos campos, sigue bastante viva. Lo que si conviene subrayar, contra todo impresionismo y fetichismo tecnológico, es que, como bien comprendía Weber¹⁰⁸, el desarrollo tecnológico surge de y adquiere sentido en el marco de la lógica de acumulación y del carácter competitivo del capitalismo.

En el caso de la dimensión cultural, el margen de autonomía es considerablemente mayor, lo cual es decir, precisando, que las mediaciones son bastante más complejas. Probablemente, el gran logro intelectual de Weber consista en haber elaborado la tremenda eficacia social de un elemento cultural de tipo religioso en el momento del incierto despegue del capitalismo, el ascetismo protestante, con su posterior transformación en ascetismo secular, pero sin perder de vista la correspondiente dependencia de este factor del proceso histórico general del capitalismo¹⁰⁹.

Desde una perspectiva teórico-metodológica, lo cultural se presenta entonces como una esfera o dimensión de lo so-

108. Weber, Max. *ECONOMIA Y SOCIEDAD*. FCE, México, 1996. Pág. 49.

109. "...ahora debería investigarse la manera como el ascetismo protestante fue influenciado a su vez en su desenvolvimiento y características fundamentales por la totalidad de las relaciones culturales y sociales, singularmente económicas, en cuyo seno nació". *LA ETICA PROTESTANTE Y EL ESPIRITU DEL CAPITALISMO*, Ed. Hispamerica, Buenos Aires, pág. 260. Todo el último tramo del libro es muy claro respecto de estas relaciones.

cial total, una forma de reflexión/expresión de la totalidad en movimiento, que se mueve en su margen de autonomía, limitada pero muchas veces considerable. En esa condición es del todo factible comprender el modo peculiar como se interrelaciona con la base económica, de reproducción material de la vida social. Las formas culturales pueden incidir de manera muy diferenciada sobre el momento histórico, reforzando ciertas tendencias o inhibiéndolas, es decir, expresan la lucha y el balance de poder de las fuerzas sociales en presencia, las diversas voluntades e intereses que se confrontan en el escenario histórico; también, en condiciones de una relativamente apacible reproducción del orden establecido, simplemente se establecen como el ámbito de objetos simbólicos que dan sentido al 'normal' curso de los acontecimientos, naturalizando lo histórico.

Claro que afirmar 'la diseminación de una cultura burguesa específica a partir del desarrollo histórico del capitalismo' (Jameson), criterio básico de inteligibilidad del movimiento histórico general, trae implícito el hecho de que abordada de forma más concreta tal inclinación se cumple a través de una multitud de eventos disonantes, reacciones dislocadas y hasta bizarras, accidentes de todo tipo y excentricidades desconcertantes, etc. Al proceso real le cuesta usualmente reconocerse en la impecable elegancia y la belleza de la simplicidad de la que alardean los modelos teórico-explicativos elaborados por los sabios y los especialistas; lo real, en su accidentado devenir, es por definición híbrido, contaminado de impurezas, incorpora en una articulación problemática y paradójica artefactos culturales residuales más propios de épocas anteriores, pero que se mantienen por una mera contingencia, contribuyendo así a dar forma exterior a lo existente en su desconcertante singularidad, a la multiplicidad caótica, fragmentaria y efímera, superficial y sin contenido, que afirman y celebran los posmodernos. No hay formas puras, sino desarrollo desigual y combinado de formas tradicionales, nuevas, funcionales y reactivas, o inerciales, pero todo ello no en una disposición cualquiera, sino

en un marco de articulación, una estructura como sistema de transformaciones (Piaget), que se constituye en la lógica subyacente, no evidente en lo inmediato dado, del proceso, y que a posteriori permite su aprehensión crítico-racional. El proceso es abierto e incierto, pero condicionado por un ámbito limitado de posibilidades en el presente, que se resuelven en el marco de luchas y relaciones de fuerza. El futuro está abierto porque lo existente es un momento de lo posible.

Resulta siempre impactante pasar revista al monumental proceso de cambio, de transformación cultural (de avance del conocimiento y de expansión de las posibilidades, incluyendo la de su misma superación) impulsado por el capitalismo a lo largo de los últimos seis o siete siglos, proceso gradualmente diseminado, violentamente, por los cuatro costados del orbe, desde el fomento o imposición de nuevos valores y pautas de conducta, hasta el cuestionamiento de toda forma venerable y tradicional de autoridad y la más inclemente destrucción de ancestrales formas de vida, el efecto neto ha sido la secularización de la atmósfera cultural, y de ahí a la inducción de subjetividades capaces de pensarse en su autonomía, la emergencia del sujeto burgués, avanzando sin contemplaciones -acorralando con cada paso las posibilidades de involución- sobre los remanentes del estatuto de dependencia feudal aún relevantes en el funcionamiento del antiguo régimen, hasta el momento mismo de su caída final.

El efecto neto, decía, porque cada momento particular del proceso, paradójicamente, se da en estrecha relación con los factores de control social heredados; en cada momento, hasta el decisivo, fenoménicamente, los factores conservadores parecen ofrecer una resistencia infranqueable; el proceso se mueve contra el obstáculo, produciendo superaciones. En otros términos, el capitalismo evoluciona a pesar y sobre la base de cierta deriva conservadora (la resistencia exterior se interioriza y se metaboliza como mecanismo de autoconservación), la que no pocas veces y particularmente

en momentos de descompensación del orden puede experimentar una acusada exacerbación. El itinerario de la modernidad occidental ha conducido, a través de contradicciones y paradojas, de luces y sombras¹¹⁰, a un nuevo mundo, con nuevas y hasta no hace mucho impensables efectividades y posibilidades. Subjetivamente, todo esto se ha dado con la mirada puesta siempre en la imperiosa, innegociable, necesidad de mantener el control. 'Orden y progreso', así rezaba la célebre consigna del positivismo del siglo XIX, y la disposición no es aleatoria, orden!, sobre todo. Es la reacción ante el monumental trastorno de la revolución en Francia.

Con todo, el efecto de secularización se sigue de la naturaleza de la revolución social objetiva impulsada por el capitalismo. Desde la explicitación de la capacidad creadora del homo faber, perceptible en relación con los espectaculares logros de su frecuentemente poco prudente manipulación del entorno natural, hasta las igual o aun más deslumbrantes elaboraciones conceptuales que han conseguido arrojar luz sobre algunos de los más recónditos enigmas del mundo natural, y también sobre las oscuridades del mundo propio construido por los hombres, lo que se ha potenciado es la autoconfianza de la criatura racional, esa que había florecido en la antigüedad clásica y que había marchitado, sin morir del todo, bajo la tutela esterilizadora de la metafísica teológica de la burocracia sacerdotal medioeval.

El asunto principal aquí es destacar que el despliegue cultural de la sociedad burguesa presenta un carácter agonal, que no se da sin resistencia, sea porque lo viejo que enfrenta directamente se resiste a morir, sea porque los nuevos territorios que busca integrar legítimamente intentarán defender su integridad contra este 'progreso' no solicitado. Pero del éxito de este despliegue depende en gran medida el suceso final del proceso de extensión y generalización de las nuevas relaciones, del nuevo poder. En *LA OTRA CONQUISTA*,

110. "No hay testimonio de civilización que no lo sea también de barbarie", Walter Benjamin.

película mexicana de Salvador Carrasco, el tema logra una interesante formulación: situada en el período en que el conquistador se esfuerza por consolidar su posición dominante, la trama del film muestra el intento de un hipotético, muy probable, Cortez de cristianizar a un sobreviviente príncipe azteca. El cálculo es bastante evidente, si logra presentarse ante el perplejo y desesperado pueblo indígena junto a un noble azteca ganado para la obra de la cristiana salvación de las almas, sus posibilidades de alcanzar el objetivo de crear confiables, por interiorizados, mecanismos de control, de más amplio rango que el mero uso de la fuerza, se multiplicarían. Se trata de aquello de que 'para dominar efectivamente a un pueblo se hace imperioso matar a sus dioses', e imponerle unos nuevos, o, más bien, el 'único y verdadero dios'. La obra de la evangelización, orgullo de la iglesia romana, es así retratada de cuerpo entero. La 'otra conquista' consiste en la colonización de la subjetividad, en el sentido más extremo, en las circunstancias sociales en cuestión: la sujeción del imaginario mítico-religioso. En el mejor sentido de la expresión, Carrasco nos cuenta una historia de terror!

Siendo el objetivo central de este capítulo aproximarse a la funcionalidad tendencial del clima cultural dominante, en el marco de la dinámica general del capitalismo como sistema social, se puede entonces conceptuar los vínculos dinámicos entre los distintos momentos del siguiente modo, a título de esquema explicativo: sobre la condición histórica general proporcionada por una cierta base de riqueza material y una estructura social fundada en la producción mercantil generalizada, a la que corresponde la disolución progresiva de los principales lazos sociales previamente imperantes, así como, y estos dos aspectos son centrales, una atomización general de la vida social, por un lado, y, por otro, el compulsivo surgimiento y transformación de la fuerza de trabajo libre en mercancía decisiva, dada su capacidad de crear valor nuevo, que se constituyen en la base de la cosificación y mistificación general de las relaciones humanas, en las condiciones del mundo burgués, y, a partir de ahí, de

la interiorización inconsciente de las relaciones mercantiles, anclaje estructural principal del poder político-social de la dominación burguesa (mucho más que la influencia de las ideas, que operan al nivel de las creencias conscientes, y que por tanto pueden ser discutidas por contraideologías), en tanto da pie a la asunción naturalizada, mecánica, instalada en el semiconsciente sentido común, de las prácticas de la economía mercantil, sobre esta base, entonces, se levanta, combinando elementos desigualmente desarrollados, pre-existentes y emergentes, producto estos últimos de nuevas síntesis, un clima cultural dominante, pero nunca completamente, hecho de objetos simbólicos dadores de sentido; en la medida que los más importantes e instrumentalizados de tales significados sociales, por contingente y hasta caprichosa que sea su forma de aparición, están siempre en alguna relación más o menos mediada con los intereses de grupos situados en la cúspide del poder social, pueden funcionar ahí sí como artefactos ideológicos orientados a la creación de consenso hacia los subordinados, en momentos políticos puntuales, quienes en su rutinaria actividad, inmersos en una cotidianidad alienada y alienante, en unos patrones de interacción reproductores de hábitos de comportamiento y actitudes funcionalizadoras, 'crean', colectivamente, representaciones sociales que informan las distintas subjetividades, las que se diferencian como identidades de grupo o individuales en conexión con la serie de vivencias que conforman las diversas biografías¹¹¹.

La atomización de la vida social y el carácter del 'trabajo libre', la compulsiva necesidad de salir a vender la propia

111. La dialéctica de individuo/interacción/estructura social, culturalmente mediada e institucionalmente ordenada, en las condiciones históricas específicas del capitalismo, es la base de toda la sociología de raigambre marxista. De ahí la centralidad del concepto de praxis (de la acción social, clave de la producción y la reproducción o transformación del mundo social), y también de la posibilidad epistémica y la necesidad teórico-metodológica del diálogo crítico con las más diversas corrientes de pensamiento y experiencias de investigación y de la incorporación de sus mejores resultados.

fuerza de trabajo para (sobre)vivir, son pues aspectos centrales de los fundamentos objetivos, estructurales, de los rasgos psico-sociológicos fomentados por el orden burgués¹¹² (la atomización favorece la eficacia funcional de las reglas, obligaciones e inhibiciones orientadas a institucionalizar e introducir un cierto grado de previsibilidad en el comportamiento, que establecen y refuerzan los criterios de comportamiento aceptable, 'normal', sobre todo para aquellos que 'no tienen más opción que aceptar las reglas').

En acuerdo con la referencial formulación de los interaccionistas, este yo, progresivamente formado en el espejo del otro, de la intersubjetividad, en la medida que configura su mundo, su realidad subjetiva, determina, fija los términos del actuar, los comportamientos, en relación claro con las situaciones en que se ve puesto el individuo. Así surgen las prácticas que de manera inconsciente, o con grados de conciencia más bien precarios, en la cotidianidad, como resultado no buscado, desde el nivel de lo microsocioal, se resuelven en los siguientes niveles de la integración social, en la reproducción del orden social. Los individuos reproducen, la mayor parte inconscientemente, el orden social en su danza cotidiana. De esta manera se hace posible sacar de la penumbra con un muy alentador grado de aproximación la relación inevitablemente tensionada entre el individuo y la sociedad¹¹³, mediada por la cultura. Es en la cotidianidad

112. En particular, la atomización de la vida social, característica y efecto-fundamento principal de la reproducción del orden moderno-burgués, es un tema cuya exploración en profundidad ofrece oportunidades considerables para avanzar en la comprensión crítica de las insalvables fracturas, los desgarros y escisiones, los vacíos y sin-sentidos, que subyacen a las perplejidades y desconciertos de la vida en el mundo contemporáneo. Por otro lado, esto solo resalta el valor y significado social de aquellas actividades sociales, festividades populares, por ejemplo, por las cuales los subordinados consiguen articular 'toda la integración social (y reconocimiento recíproco, identidad compartida, gustos, prácticas y representaciones comunes) compatible con la diversidad impuesta por la división del trabajo', Bourdieu.

113. Inevitablemente tensionada, por la estructura pulsional y las motivaciones personales de los individuos.

donde una multiplicidad de individuos institucionalmente encuadrados, actuando roles socialmente asignados, estereotipados por las nociones interiorizadas del deber social, participan de la construcción social de la realidad, las más de las veces, en tiempos 'normales', de reproducción rutinaria del ordenamiento, de conservación de las instituciones orientadas al disciplinamiento del cuerpo y el alma. Es la sombra no advertida de la sociedad disciplinaria que se cierne sobre las subjetividades sujetadas que, como reconoce el Foucault de *LA VERDAD Y LAS FORMAS JURÍDICAS*, se instrumentaliza en la transformación productiva de la corporalidad.

La reflexión cultural de la estructura produce tendencialmente, en las fases de funcionamiento relativamente estable del orden social, las subjetividades integradas que requiere su reproducción. Es a lo que alude también Foucault, ahora en *EL SUJETO Y EL PODER*, cuando habla de 'las estructuras ideológicas que determinan la forma de la subjetividad'¹¹⁴; 'cada sociedad fabrica su propio individuo social', sentencia con cierta rudeza, tal vez provocativa, Castoriadis, a su vez. Una formulación muy próxima puede ser encontrada en *COMPROMISO Y DISTANCIAMIENTO* de Elías, así como en muchos otros teóricos e investigadores sociales. Es casi un lugar común en las sociologías funcionalistas y/o estructuralistas no dialécticas; una composición de lo social que no se le escapa ni siquiera a Schutz, y mucho menos a Mead. En una perspectiva marxista, en nombres como Georg Lukács, Henri Lefebvre, Karel Kosik, Agnes Heller, Herbert Marcuse

114. En "El Sujeto y el Poder" (*POLÍTICA. TEORÍA Y MÉTODOS*. Ed. EDUCA, San José, 1990, págs. 94-95), Foucault puntualiza: "Podemos decir que todo tipo de sujeción consiste en fenómenos derivados, que son meras consecuencias de otros procesos económico-sociales: las fuerzas de producción, la lucha de clases y las estructuras ideológicas que determinan la forma de la subjetividad. Es cierto que no pueden estudiarse los mecanismos de sujeción independiente de sus relaciones con los mecanismos de explotación y dominación. Pero estos mecanismos no constituyen meramente 'la terminal' de otros mecanismos más fundamentales. Mantienen relaciones complejas y circulares con otras formas". Podría estar citando a Engels.

o Alex Callinicos, entre otros, de lo que se trata es de partir de unos vínculos dialécticos entre los distintos niveles de integración de lo real social, entre 'el sistema y el mundo de la vida' (Trotsky, en *PROBLEMAS DE LA VIDA COTIDIANA*, se ocupa del tema para el caso de las sociedades de transición, en sus momentos iniciales y en las condiciones particulares de la Rusia soviética). Y, por supuesto, este es también un criterio de ingreso a la lectura de *LA ETICA PROTESTANTE...* de Weber, a saber, la eficacia de una macrotendencia cultural, la ética protestante, en el despliegue del capitalismo temprano a través de la promoción de subjetividades funcionales, siendo el efecto cultural del catolicismo el grupo de control del experimento mental¹¹⁵.

Así, los individuos aparecen primero como producidos por las instituciones de la relacionalidad social -familia, escuela, iglesia, medios- y en seguida como productores y reproductores del mismo en el ámbito reducido de su inmediata zona de actividad. El proceso temprano de socialización los introduce en unas convenciones culturales que han de interiorizar sin conciencia del mecanismo social que los envuelve, sin sentido por tanto de la historicidad del objeto (lo que Hegel llama 'recaída en la inmediatez', es decir, la pérdida de la génesis de lo real, las precondiciones olvidadas), siendo entonces la consecuencia inevitable la natura-

115. Ya Engels había apuntado: "...H. S. Maine creyó haber hecho un descubrimiento extraordinario al decir que nuestro progreso respecto a las épocas anteriores consiste en que hemos pasado *from status to contract* (del estatus al contrato), es decir, de un orden de cosas heredado a uno libremente consentido, lo que, en cuanto es así, lo dijo ya *EL MANIFIESTO COMUNISTA*. Pero para contratar, se necesita gente que pueda disponer libremente de su persona, de sus acciones y de sus bienes y que goce de los mismos derechos. Crear esas personas 'libres' e 'iguales' fue una de las tareas de la producción capitalista. Aun cuando al principio esto no se hizo sino de una manera medio inconsciente y, por añadidura, bajo el disfraz de la religión, a partir de la Reforma luterana y calvinista quedó firmemente asentado el principio de que el hombre no es completamente responsable de sus acciones sino cuando las comete con libre albedrío y que es un deber ético oponerse a todo lo que obliga a un acto inmoral". *EL ORIGEN DE LA FAMILIA, DE LA PROPIEDAD PRIVADA Y DEL ESTADO*. Ed. Mestas. Madrid. 2001. Pág. 107.

lización de los contenidos y modos adquiridos, por más que esta 'educación' opere generalmente como violencia sobre su estructura pulsional¹¹⁶.

La eficacia de la operación socializadora se funda y solo se torna comprensible por el monumental éxito general del mundo burgués, en el último medio milenio (un orden social que funciona como una 'máquina simbólica') -más allá de sus desgarradoras fracturas y tensiones, que si bien mantienen abierta objetivamente la posibilidad histórica real de su superación, o de su involución, el hecho es que hasta el presente ha mostrado una extraordinaria capacidad para subordinarlas al continuado proceso de reproducción y expansión, en extensión y calado-, y se expresa en el tránsito del individuo, durante el itinerario que va de la infancia a la primera adultez, de una condición regida por la 'ley del deseo' a otra, 'madura', socialmente confiable y que los torna estadísticamente previsibles en su conducirse y elecciones, definida por el 'deseo de la ley'. De esta forma una comunidad intenta asegurarse la lealtad de los sujetos jóvenes, integrándolos de forma funcionalizada, instilando un sentido del deber que opera insidiosamente empujándolos hacia el clásico dilema de una cultura 'fundada en la represión de

116. En la construcción social de la personalidad, la comunidad opera como un sistema de integración psicosocial, apoyado en buena parte en los grupos de referencia y el elenco de roles como recursos de socialización que canalizan el desarrollo de una conciencia moral como conjunto de las representaciones del individuo sobre el mundo; así, desde el sistema central de normas y valores, el código ético prevaleciente, se busca generar integración adaptativa y control social interiorizado. Los individuos tienden a aprender los valores normativos vinculados a los roles y pautas de comportamiento comunitariamente codificados ('la condición social fundamental de toda acción es la socialización'), que responden a las expectativas de 'los otros', según los criterios de regulación y sanción de la convivencia imperantes, y finalmente a consolidar todo el proceso desarrollando, 'aprendiendo', una cierta identidad, individual y social. Esto, desde la perspectiva de la tendencia del orden comunitario a la autoconservación, que incluye el cambio adaptativo controlado. Por razones micro y macrosociales, comentadas a lo largo de este trabajo, el objetivo integrador solo se cumple parcial y problemáticamente, siempre se ve acosado por contratendencias, resistencias, incluso en tiempos de reproducción 'normal' del orden social.

la pulsionalidad': o cumplir con el deber, un deber exteriormente definido, pese al sufrimiento psíquico que este comporta, o evadirse, pero, con independencia de las sanciones sociales que corresponda, siempre al alcance de la culpa, de ese hartazgo difícil de tolerar sentimiento de haber traicionado la confianza, las expectativas, de esos otros significativos que aparecen como una suerte de 'yo ideal' colectivo, de ese otro generalizado que se interioriza como conciencia moral, como superyó, que nos habla de una escala de valores sociales que ha de observar, si no escrupulosamente, sí en sus líneas generales, el buen ciudadano¹¹⁷.

Todo orden social tiende a su autoconservación. Esto sería igualmente valedero para, digamos, en el extremo de la imaginación ácrata, una comuna 'hippie-anarquista', que igual presentaría una estructura normativa, de valores, un principio de autoridad, una 'ley', de obligada observancia. No pudiendo, por otra parte, ser de forma diferente, so pena de desmoronarse en el primer minuto, barrida por la desorientación anómica, por la ausencia de referentes, por la lucha a muerte de todos contra todos. Pero, se comprende, una cosa es el avenirse con un ordenamiento racional y razonable orientado a fundar la más amplia autonomía del individuo, suministradora de condiciones para el desarrollo potencialmente multidimensional del sujeto, sobre la base y como condición de la solidez de un tejido social potenciador, y otra muy distinta es una configuración sociocultural que funciona como argamasa de un orden basado en la desigualdad estructural y unas relaciones de explotación y dominación de unos grupos sobre otros. Es de esta manera que la realidad social salta al plano de las elaboraciones conceptuales como 'cosa', como algo que operando desde fuera del individuo, pese a ser este realmente su creador, lo oprime, presentándosele como una inconmensurabilidad

117. Sobre el tema de la culpa, R. Fragomeno nos recuerda que esta conecta renuncia, resignación y disciplinamiento del cuerpo y el alma, 'deseo pero no debo, luego no puedo', 'sentir dentro de los límites fijados por la culpa'. *LA UTOPIA CONSTITUYENTE*, Cap. 1.

ansiógena, como 'cárcel de hierro', que lo atormenta, algo dotado de la cualidad de lo sublime, porque tras cierta evolución ciega, no controlada conscientemente, se ha vuelto inabarcable, entre otras razones, debido a que quienes ocupan posiciones de mando, de dominio, se afanan en hacerlo siempre más inefable, indilucidable. Y entonces, en determinado momento histórico y bajo ciertas condiciones sociales, sobreviene la única manera disponible para lidiar con tal monstruo, al mismo tiempo severo y acogedor, cárcel y hogar, su trascendentalización, su objetivación como persona divina, dotado de una lógica y de una moral, de una razón, inescrutable pero por definición sabia y, queremos creer, bondadosa. Es la rabiosa paradoja de la historia humana, el creador dominado por su creación. Desde allí y desde ello, todas las racionalizaciones e intentos de elaboración capaces de aportar algún control, aunque sea ilusorio, sobre un mundo fragmentario y caótico son esperables, de lo contrario la vida no sería psicológicamente factible.

Toda comunidad fundada en asimetrías socioestructuralmente radicadas, produce tal desgarró, más sentido que propiamente percibido, una de cuyas expresiones es la conciencia infeliz de Hegel, 'la existencia escindida y trágica'. Es la prehistoria humana a la que se refieren Marx y Engels, esa que había que superar mediante el trastorno activo, consciente, de las condiciones sociales en las que se apoyaba, para dar paso a la verdadera historia, hecha y dirigida conscientemente por la humanidad, no solo por una minoría.

Lo cual nos lleva claro al tema de cómo resulta posible escapar de tan densa maraña de mecanismos interiorizados de control social. Según Foucault, asediado por el asunto y la severidad de la crítica durante la última parte de su carrera, el tema tolera una solución bastante formal: todo poder, toda dominación, produce su resistencia. Sí, si por eso se entiende que en la medida que la dominación incide sobre el cuerpo-alma del individuo, constriñéndolo, este tiende a buscar alguna forma de desahogo, mayormente en forma inconsciente. En ese sentido, se afirma que en alguna me-

dida toda acción es un rechazo de lo dado, lo dado en tanto que poder y constricción ('donde hay poder hay resistencia'); esto podría confluir con una teoría de las necesidades como acicate del actuar humano. Pero esta acción por reacción puede, y de hecho pasa con frecuencia, ser asimilada, canalizada por el orden, siempre atento a funcionalizar la resistencia, por anticonvencional que en sus momentos iniciales se presente. El asunto es más bien no el mero desahogo, sino un intento explícito aunque no del todo consciente de confrontar un poder dominante, un código cultural cimentador del disciplinamiento. Posible, y más, factible, es. La memoria histórica entrega innumerables casos, si bien dificultosos, de insumisión, aunque muchas veces no exitosos. En realidad, el tema, que el fenomenismo foucaultiano no aborda satisfactoriamente (el verbalismo peculiar apenas encubre una metáfora formal-mecanicista)¹¹⁸, es: ¿qué torna posible la resistencia?

Desde un abordaje sociológico, se puede partir de lo social como un campo de fuerzas donde la ubicación determina la perspectiva. Por denodados y potentes que sean los esfuerzos de las élites para imponer su particular visión como un enfoque de valor universal, el hecho es que tarde o temprano individuos y pequeños grupos acabarán por percibir la heterogeneidad y la desventaja objetiva de su, o la de otros, ubicación en el campo, en la relacionalidad social, vislumbrar la condición subalterna y de 'privilegios negativos' que tal situación comporta, la abrumadora desigualdad de

118. "...quiere decir que en las relaciones de poder existen necesariamente posibilidades de resistencia, ya que si no existiesen posibilidades de resistencia -de resistencia violenta, de huida, de engaño, de estrategias de inversión de la situación-, no existirían relaciones de poder. Al ser ésta la forma general que adoptan las relaciones de poder me resisto a responder a la pregunta que a veces me plantean: si el poder está presente, ¿entonces no existe libertad? La respuesta es: si existen relaciones de poder a través de todo el campo social, es porque existen posibilidades de libertad en todas partes". Michel Foucault, "Poder y Resistencias", <http://luisgarciafanlo.blogspot.com>, mar 17, 2010. Una implicación lógica, casi una tautología, que no resuelve el problema.

oportunidades, la indignidad repugnante a la que es arrojada una buena parte de la población mundial, así como las asimetrías en la capacidad de influir sobre el conjunto del ordenamiento que conlleva. Es decir, las desigualdades de riqueza y poder.

En otros términos, en una situación estructuralmente desigual, que define un conflicto objetivamente radicado, antes o después, el mismo se elevará a la percepción. De ahí a la construcción de una identidad de resistencia y de autoconstitución de una subjetividad para la emancipación, median solo unos cuantos pasos. Se descuenta el hecho de que la posibilidad de poner en pie un movimiento social, una acción colectiva con una probabilidad mayor o menor de éxito está en relación con otros factores de entorno, sobre los cuales el grupo subordinado puede tener un control más que problemático, hasta hacer desaconsejable o desalentar todo intento de insubordinación, al menos por un período más o menos prolongado. Los movimientos emancipatorios, en general, deberán enfrentar una situación de fuerzas muy desiguales (todo lo que significa avanzar contra la corriente); han de afrontar no solo la ferocidad de la oposición y el volumen y variedad considerables de recursos de los sectores privilegiados, su prepotente determinación en la defensa, por cualesquiera medios y sin importar costos de todo tipo, de sus ventajas y prerrogativas, han de encarar y padecer también y tal vez principalmente unas condiciones de entorno, en la cotidianeidad de la resistencia y en la acción ofensiva, por definición poco favorables y de probabilidades generalmente negativas, las que por tanto objetivamente limitan los márgenes de maniobra, suman todo tipo de dificultades, sobre todo, ponen a prueba la fuerza mental, la firmeza y el carácter, de los individuos y el grupo, y, por ello, propician e inducen al error. Las condiciones en que se mueven los subordinados, en tanto que son internalizadas, y constituyen al objeto de la dominación, tienden a desmoralizar, a fragmentar la conciencia, a quebrar el espíritu de los oprimidos, que

asumen la identidad atribuida, llevándolos al autodesprecio. La opresión no es solo exterior.

El punto es que con prescindencia de lo afinado y sutil de la operación de los mecanismos de control interiorizables, el entramado social, atravesado por relaciones asimétricas, fracturas y perturbaciones, tiende a producir desequilibrios, disfuncionalidades, comportamientos y actitudes reactivas, ‘patologías’, desde el punto de vista del orden, aunque estas sean meramente escapistas, refugios subjetivos socialmente ineficaces, comportamientos bizarros, etc. La percepción de que el juego de reglas genera diferencialidad de los tratamientos y en el acceso a las oportunidades y beneficios, hace inexorable que tarde o temprano individuos y reducidos grupos, en un primer momento, inicien el cuestionamiento de las reglas del juego vigentes. Ni la más aplastante situación psico-cultural, bajo condiciones de esclavitud, por ejemplo, ha impedido nunca este atisbo de reacción espiritual. En las condiciones socioculturales de la sociedad burguesa, se abre una situación paradójica, por un lado, asistimos a la ‘fenomenología del espíritu’, por otra, a los alienantes efectos de los supuestos estructurales de la vida cotidiana y de la usina de artefactos simbólicos¹¹⁹. Otra vez, puede que las condiciones de conjunto en presencia desalienten todo intento de ir más allá, pero antes o después, el conflicto hasta entonces solo estructuralmente radicado se alzará a la conciencia y se desplegará en el plano de la acción intencional, dotada de sentido emancipador (dando lugar a climas culturales alternativos, de resistencia, en los cuales puede ser preparado el cambio social mediante la acumulación de fuerza política y autoreconocimiento por los subordinados)¹²⁰.

119. “La inversión marxista de los principios hegelianos tuvo entre sus consecuencias teóricas y metodológicas la posibilidad de plantear las prácticas cotidianas como sustento de las grandes producciones humanas: de este planteamiento emerge precisamente la teoría del fetichismo como alienación de la praxis humana a favor de las instituciones sociales”, George García, *LAS SOMBRAS DE LA MODERNIDAD*, Ed. Arlekin, San José, 2001.

120. Es la razón de que las teorías centradas en la tendencia al equilibrio y la ar-

En su nueva fase de despliegue, como en toda otra fase anterior, el capitalismo da lugar a una reconfiguración del clima cultural, viejos elementos se mantienen, otros son re-semantizados, y unas cuantas pero decisivas síntesis emergentes se incorporan a título de novedades, concediendo a la retotalización una apariencia peculiar, rasgos distintivos. Más precisamente, la modificación de un componente, o la introducción de una novedad, de peso relevante, y bajo determinadas condiciones de entorno, repercute sobre otros, lo cual tendrá a su vez un efecto, mayor o menor, sobre el conjunto, y este, el todo tensionado, la unidad negativa, de lo desigualmente desarrollado, sometido a cambios dinámicos como un todo, como singularidad compleja, desencadenará un efecto sobre cada una de las regiones y partes, su condición, articulación, sentido y funcionamiento.

Así, por ejemplo, el racismo no funciona igual en toda forma de sociedad, ni en las distintas fases del capitalismo, y en general todo hecho o proceso histórico singular u objeto cultural puede ser materia de reinterpretación, de recepción no convencional, ante un giro históricamente significativo de las circunstancias. Es también lo que le ocurre a la ética calvinista, que desempeña un papel notorio en la diseminación en el plano del ‘mundo de la vida’ del ‘espíritu del capitalismo’, para luego ser reabsorbida por el curso cultural de la sociedad burguesa como ascetismo secularizado (Kant). El sistema evoluciona, dando lugar a nuevas condi-

monía, se vean inclinadas a negar la estructura y relaciones de clase y el conflicto estructuralmente radicado (pero no todo es negación: “por supuesto que hay una lucha de clases, y es mi clase, la de los ricos, la que la está librando, y vamos ganando”: Warren Buffet, citado en “Algunas ideas sobre Piketty”, de D. Harvey). La explotación y la opresión son también el punto en que el orden social hace crisis y lleva potencialmente a la rebelión. Por eso, la lucha de clases es un dato objetivo en un sistema social fundado básicamente en la contradicción entre, por un lado, el carácter social de la producción y la propiedad privada de los medios de producción y cambio y la apropiación individual del producto y con niveles inéditos y siempre crecientes de concentración de la riqueza, por otro. La lucha de clases remite sistémicamente a la explotación, la relación capital/trabajo, no a la mera pobreza, que sin embargo supone un factor relevante en la modelación de la vida social, en sus diversos planos.

ciones que por su vez abren nuevas posibilidades, que al encontrar alguna forma de actualización dan lugar a un nuevo horizonte, no predeterminado, aunque sí por probabilidades crecientes (cada avance, desenlace parcial, modifica el horizonte de opciones, lo objetivo y lo subjetivo se afectan recíprocamente, las fuerzas sociales victoriosas en cada momento, reinterpretan según sus intereses y representaciones el curso general a partir de las nuevas condiciones que su acción ha producido), porque el proceso todo se sigue de la lucha entre grupos, intereses y perspectivas en conflicto.

Entender los cambios en la dinámica cultural del capitalismo, en estas primeras décadas del siglo XXI, sus elementos componentes en su específico modo de articulación-jerarquización, el rango de posibilidades históricas en el que desplegará su margen de autonomía, los fundamentos de su potencial eficacia social, el sentido de su función histórica, los grupos, intereses y sensibilidades –nuevas, tradicionales o reconvertidas– que expresará, así como el tipo y carácter de las resistencias a las que está dando lugar ya, resulta imprescindible para entender las opciones que abre el momento histórico, lo cual, sobra decirlo, resulta decisivo en particular para los grupos objeto de asimetrías, que solo contarán con una oportunidad efectiva de superar su condición subordinada, degradante, si consiguen elaborar una representación al menos razonablemente aproximada del espíritu de la época.

Recordar en este punto el acaso todavía no del todo apreciado impacto político-cultural del derrumbe de la experiencia de ‘socialismo’ burocráticamente deformado, resulta evidentemente necesario puesto que funciona como una suerte de gozne, de punto de inflexión, de disparador, de evento catastrófico, en el lenguaje de los teóricos del caos, capaz de provocar una desviación notable del curso ulterior de los acontecimientos. En breve, se puede afirmar que todos los elementos fundamentales de lo que hoy designamos con el término globalización preexistían al período 1989-91, rasgos que venían gestándose con ritmos diferenciales al me-

nos desde los años setenta (en el caso de la mundialización financiera, desde fines de los años 60¹²¹). El nuevo escenario que, podríamos decir, de golpe encuentra más que un camino una ancha avenida despejada para su plasmación, rápidamente comienza a conjuntarse catalizado por la nueva situación de balance de poder. Lo expeditivo de la conformación del bloque militar que organiza el enorme dispositivo y ejecuta la campaña armada contra Irak en los años 90-91, y por supuesto el mismo clima político internacional que la acompaña y le da en cierto sentido cobertura y legitimidad, es ya un síntoma del rápido reacomodo en curso, así como probablemente también el insensato aventurerismo o error de cálculo del gobierno iraquí de la época (al margen de la legitimidad histórica de sus reivindicaciones).

La radical alteración del cuadro geopolítico despeja obstáculos, libera energías, aproxima intereses e interesados, en una rápida y áspera realización de las potencialidades que el sistema había desarrollado a lo largo del período de bajo crecimiento, dentro del ciclo de larga duración, abierto a fines de los años sesenta, finalizado el 'boom' de posguerra. Y no se trata solo de los deslumbrantes productos de la revolución científico-tecnológica del último cuarto del siglo XX, transformados en hechos económicos y entonces aplicados masivamente a los sistemas de información y el desarrollo de las comunicaciones, con su consecuente flexión sobre el incremento de la productividad del trabajo y la modificación organizativa de los procesos productivos y los ajustes de gestión en las empresas.

En un plano más amplio de observación y análisis, el sistema se encuentra a fines de los años 80 en el umbral de una reestructuración en profundidad, ya para entonces problemáticamente adelantada, pero carente, hoy podemos percibirlo sin dificultad, de condiciones políticas más amplias, internacionales, que resultarán decisivas para su com-

121. Chesnais, François (coord.). *LA MUNDIALIZACIÓN FINANCIERA. GE-NESIS, COSTO Y DESAFÍOS*. Ed. Losada. Buenos Aires. 2001.

pleto y acelerado despliegue. La superación de la crisis de estancamiento con inflación de los años 70 (precio pagado por las medidas de evitación de una nueva fase depresiva) se ha intentado echando mano a un expediente suficientemente conocido y tematizado por la crítica marxista¹²², el deterioro de las remuneraciones y las condiciones de trabajo, el aumento de la tasa de explotación, el incremento vertiginoso del desempleo, o el desvanecimiento de la ilusión de pleno empleo de los años 60, la masiva incorporación de las mujeres al mercado formal de trabajo, al mismo tiempo efecto y causa de la caída general de las remuneraciones reales, etc., se alía en los 80 con una nueva oleada de innovaciones tecnológicas ahorradoras de fuerza de trabajo: informatización, automatización, reingenierías. Esto en un contexto de políticas de desregulación y flexibilización de los mercados, conduce directamente al objetivo explícito de aumentar o recomponer la tasa de ganancia de los capitales, incrementado la tasa de explotación, de extracción de plusvalía (todo esto evidentemente significa una derrota para los trabajadores en la lucha de clases y una importante modificación en las relaciones de fuerza, con consecuencias sobre el curso de los acontecimientos. Es la ofensiva del capital sobre el trabajo).

Una emblemática ilustración de lo acontecido se puede encontrar en la suerte corrida por el sector de líneas aéreas, el cual experimenta una profunda 'reorganización', eufemismo para trastorno monumental, en los quince últimos años del

122. "Las crisis son siempre soluciones violentas puramente momentáneas de las contradicciones existentes, erupciones violentas que restablecen pasajeramente el equilibrio roto", *EL CAPITAL*, t III, pág. 247. Las crisis en el capitalismo tienen un carácter estructural, son provocadas por el mismo sistema, lo empujan a una considerable destrucción de fuerzas productivas y, sobre todo, golpean duramente a los trabajadores y sus familias. Ver también Mandel, Ernest, *TRATADO DE ECONOMIA MARXISTA*, Cap. XI. ERA. México, 1975. Mattick, Paul, *CRISIS Y TEORIA DE LAS CRISIS*. Ed. Península. Barcelona, 1977. La teoría de las crisis en el capitalismo es un tema que, más allá del permanente trabajo de actualización general, continúa abierto al estudio y el debate en el campo del marxismo.

siglo XX, desde el estreno de la política de desregulación de mediados de los 80 impulsada por la administración Reagan en los EEUU. El resultado está a la vista y continúa desplegándose, una sucesión de quiebra y desaparición de compañías emblemáticas, tanto en EEUU como en América latina, el deterioro de las condiciones de seguridad, reducción de personal y de las remuneraciones, ‘austeridad’ del servicio de a bordo, conflictos laborales, y, particularmente, la gran salida de mercado a la crisis, el surgimiento de las llamadas aerolíneas de bajo costo, etc. (todo lo cual, sin embargo, efectivamente llevó a una considerable reducción relativa de los precios y a un sostenido aumento de los viajes aéreos).

Junto a la recomposición de la tasa de ganancia, a costa de las condiciones de vida y trabajo de los asalariados, y la apertura de nuevas ramas de la producción y la multiplicación de bienes y servicios, sobre la base de las innovaciones tecnológicas y en los métodos de producción, aparece el tercer factor, y crucial, de la nueva fase de despliegue del sistema, la ampliación de los mercados, puesto por la irrupción en la economía mundial¹²³ de nuevos participantes de amplia capacidad potencial como China e India, además de las economías del antiguo ‘bloque del este’. Es decir, en las nuevas condiciones asistimos a una expansión general de las relaciones capitalistas, en extensión y calado.

En otras palabras, la nueva situación abierta con la desaparición de la Unión Soviética permite un cambio en el ritmo de desenvolvimiento de los acontecimientos, en un contexto, ahora, altamente favorable, en diversos sentidos, pero fundamentalmente en el plano cultural. La idea de que los eventos han venido a ratificar la superioridad de los ‘valores’ del ‘mundo libre’ se transforma, en los años noventa, en una potente ideología de legitimación de los intereses y acciones de los centros de poder económico, político y

123. Para el concepto de economía mundial ver entre otros: Fernand Braudel, *LA DINAMICA DEL CAPITALISMO*, FCE, México, 1986. También Immanuel Wallerstein, *EL MODERNO SISTEMA MUNDIAL*, tomo I, además de Mandel, *EL CAPITALISMO TARDIO*.

mediático, en el sistema. Es el tiempo del ‘fin de las ideologías y de la historia’, de la promoción de un individualismo socialmente indiferente, de un ataque sin precedentes al Estado de bienestar, de la redefinición de los márgenes de autonomía del Estado nacional, en la periferia sobre todo, de las intervenciones militares ‘humanitarias’, de la potenciación sin contrapesos de la lógica de mercado (que preparará y desembocará en la crisis de 2008), de la imposición de la democracia liberal como único expediente de legitimación del poder político, del cuestionamiento de los derechos sociales como atributo de la ciudadanía, etc.

Todo esto se instala en el texto cultural del momento histórico, que es promocionado como condición sin afuera, sin alternativa, todo lo demás son ‘idioteces’, anacronismos, ilusiones románticas, acaso bien intencionadas, pero peligrosas: ‘el resultado final de la utopía es el totalitarismo’ (la retirada masiva de los exintelectuales ‘de izquierda’, la atropellada posmodernización, aporta un colofón tragicómico al fenómeno). Desde ahí pueden comenzar a surgir o fortalecerse todo tipo de representaciones funcionales respecto de la nueva situación, orientadas a la dirección de las conductas, a la modelación de actitudes y certidumbres, de hábitos y gustos, hasta una cierta ingeniería de los comportamientos, a través de las cuales, de vuelta, el nuevo clima cultural se ve reforzado, haciéndose más denso: otra vez, ‘aquello que la gente cree, conforma su mundo y determina su actuar’, operando en la recreación del ordenamiento. Un resultado histórico provisional es proyectado como confirmación trans-histórica, metafísica, del orden social imperante.

Un papel central en este curso es desempeñado claro está por los medios de comunicación bajo control de grandes capitales y grupos concentrados, en curso de transnacionalización, y en algunos casos también de propiedad estatal, que controlan con pocas fisuras los servicios de información y la oferta de entretenimiento dado su privilegiado posicionamiento, en términos de capacidad para formar opinión, dentro de cada sociedad. Esta capilarizada red es alimen-

tada, directa o indirectamente, desde unos cuantos centros emisores y particularmente por la enorme y enormemente influyente industria audiovisual norteamericana, que, además de constituir una empresa altamente lucrativa, se constituye en un monumental y notablemente eficaz factor de legitimación ideológica y, sobre todo, de reproducción simbólica del ordenamiento social, otro factor concurrente en la interiorización de las relaciones sociales. No puede exagerarse la capacidad de las industrias culturales norteamericanas para difundir/installar un conjunto de valores, patrones de conducta, pautas de consumo, estilos de vida, expectativas, apetencias, formas de ver y de sentir, 'necesidades' e incluso 'deseos', anhelos, ilusiones. Es a lo que se refieren Jameson, cuando llama la atención sobre el avance del capitalismo sobre el inconsciente, o Mandel, enfatizando la interiorización inconsciente de las relaciones sociales. Es el intento de naturalizar los rasgos salientes de un momento histórico particular, contradictorio como el que más, por definición en devenir.

El tema de la eficacia social, no absoluta, relativa y dependiente de circunstancias del contexto, pero real y efectiva, de las industrias culturales, ha sido considerablemente elaborado en sus rasgos fundamentales, desde la segunda mitad del siglo pasado, no obstante permanece la necesidad de precisar los nuevos recursos y modos de operar que eventualmente ha incorporado. Un componente fundamental hoy día está dado por las empresas globales que median el acceso a la información, dentro de las cuales una corporación como CNN resulta emblemática. Se ha dicho, a título de caricatura política, que aquello sobre lo que CNN no informa, no ocurre. Más allá del sarcasmo, la fórmula quiere graficar lo que siendo un proceso aún en curso ya ha dado lugar a una realidad contundente de avanzada consolidación del control monopólico de la producción (como industria que elabora un producto-mercancía) y distribución de la información a escala global por parte de corporaciones radicadas en las sociedades del capitalismo avanzado, y en

una relación crecientemente estrecha con las altamente concentradas firmas de medios locales. Lo nuevo aquí es sobre todo el grado de 'cierre' alcanzado por un fenómeno que por otro lado viene desarrollándose desde tiempo atrás y que, de nuevo, ha recibido un notable jalón por los recursos técnicos frescos puestos a disposición gracias a los avances en materia de telecomunicaciones e informática.

Una expresión particular del fenómeno se revela en los formidables obstáculos interpuestos a fin de controlar la aparición de muy modestos intentos de fisurar tal inédito nivel del control, en el caso de la activa campaña de descalificación soportada a mediados de la década pasada por la cadena de televisión árabe Al Jazeera o de los continuados esfuerzos por impedir la penetración y el desarrollo de Telesur, proyecto de sistema informativo internacional con sede en Venezuela.

Entre otros, Octavio Ianni, en su *TEORIAS DE LA GLOBALIZACION*¹²⁴, ha dado plausible cuenta de la situación, destacando la transformación de la información en una mercancía más, lo cual no solo pone muy en entredicho todo el discurso acerca de la libertad de expresión y el derecho a la información, sino que además desenmascara y expone el artificio, propio de una sociedad disciplinante, de travestir de información equilibrada y objetiva, como reza el slogan de autopresentación de CNN, lo que no pasa de ser una muy sofisticada presentación y expendio de una perspectiva particular sobre los acontecimientos presentes o pasados. Sofisticación no apenas técnica, también en cuanto a la selección temática, la elaboración de los contenidos y, en general, toda la 'puesta en escena', que puede llegar a ser francamente seductora. En otro ámbito, pero también incorporado a la industria del entretenimiento, el caso de la proliferación en la televisión por cable, de amplia penetración en la región hace ya más de 15 años, de los contenidos emitidos

124. Ianni, Octavio. *TEORIAS DE LA GLOBALIZACION*. Siglo XXI, México, 2002. Capítulo 6, "La aldea global".

por canales como National Geographic, History Channel o Discovery Network, que han alcanzado niveles sorprendentes en el truculento arte de combinar de manera notablemente atractiva divulgación científica valiosa con selección distorsionadora y manipulación, a veces más inteligente, a veces más burda, de los materiales y perspectivas acercados a un auditorio situado en los cuatro puntos cardinales. En las industrias culturales contemporáneas, todo, en mayor o menor grado, es entretenimiento, o incorpora elementos de, como forma de facilitar la circulación y la recepción de contenidos y valores.

El enorme salto adelante de la conexión planetaria verificado en los últimos veinte años vía internet, devuelve al tapete uno de los pasajes más célebres del *MANIFIESTO*, aquel donde Engels y Marx se refieren a una de las facetas del carácter contradictorio del capitalismo, el de moverse entre el crear las condiciones materiales para la emancipación humana y, en el mismo movimiento, tornar tales nuevos recursos en sujetantes adicionales, en mecanismos de la dominación. En las condiciones de la sociedad mercantil, “todo testimonio de civilización es un testimonio de barbarie’.

De acción aún más insidiosa resulta el proceso de empaquetado y dispensado de artefactos culturales orientados a la captura y configuración de la subjetividad ético-estética y la modelación del gusto, desde un centro de producción-emisión de en apariencia inocuos bienes de ‘entretenimiento’. Ya todo a lo largo del siglo pasado, el cine, la televisión y la música norteamericana, se movieron en forma crecientemente arrolladora sobre las audiencias de buena parte del mundo, seduciendo, fascinando, capturando y hasta informando la imaginación de los más disímiles públicos del orbe, así se llega a hablar de Hollywood como ‘fábrica de fantasías’; pero, una vez más, lo presenciado durante los últimos quince años no tiene parangón, alcanza nuevos niveles: que una cinta como Titanic haya provocado interminables colas en Beijing, que los Rolling Stones continúen causando furor en cada parada de su fulgurante itinerario de ya cincuenta

años, que los arquetípicos (de los nuevos aires) personajes de Friends y los Simpsons, o J. K. Rowling, Hugh Laurie, Charlie Sheen, Lady Gaga, etc., se transformen en celebridades mundiales, representa un fenómeno situado en una escala definitivamente superior.

El punto aquí evidentemente es la enorme capacidad de la industria audiovisual norteamericana para influir de muy diversas y profundas maneras sobre el imaginario, la subjetividad entera de centenas y miles de millones de personas en todo el mundo, hasta el punto de lograr inducir una 'ruptura drástica en los modos de ser y sentir', en términos de Ianni, de una indeterminada pero mayúscula y creciente masa de personas de no importa dónde; todo ello a partir de las nuevas formas y recursos de persuasión y manipulación. Surgen así códigos culturales universalmente reconocidos, signos de lo moderno, anhelados por los individuos y grupos más distintos y distantes, que, desde su seductora apariencia, operan como configuradores inconscientes de la estructura del sentimiento y de la personalidad. El acceso, real o la mera expectativa, a una cultura de consumo considerablemente ampliada por la novedad y multiplicación de bienes y servicios, y el disfrute asociado a tal consumo, se convierte claramente en el principal mecanismo para producir reconciliación (conformidad y adaptación pasiva) con el orden social, la desigualdad y la explotación, operando sobre la estructura del deseo y las pulsiones más narcisistas del yo (que producen autocentramiento, egoísmo acentuado y desconsideración hacia las necesidades y sentimientos de los otros, indiferentismo social).

En este marco, internet y las llamadas 'redes sociales', con su extraordinaria difusión de la última década, han dado lugar sin dudas a un potente nuevo medio, pero, también como en casos del pasado, a una gran confusión. La ilusión impresionista de que los nuevos medios se constituyen por sí mismos en la base de toda una revolución democratizadora en el campo de las comunicaciones y de la información, de que 'el impulso de las nuevas tecnologías

está haciendo que la sociedad contemporánea adquiera una gran multiplicidad de soportes que ofrecen la posibilidad de *consumir* un determinado número de propuestas, ideas, sugerencias, mensajes, que escapan a los controles de los medios corporativizados', no es más que un lamentable extravío, y no hace sino exponer el típico deslumbramiento producido por una brillante novedad, destinada sin dudas a incidir enormemente en los hábitos y formas de relacionarse de las personas, así como a tener un impacto profundo tanto en la vida social en general como en la economía y la valorización del capital, pero que, en último término y como todas las otras innovaciones, surge de y reopera sobre un proceso productivo y de reproducción social determinado.

Como toda innovación científico-técnica, se da en una relacionalidad y un marco cultural y es parte de su movimiento combinado, contribuye a su ritmo y modelación, dentro de cierta autonomía y dinámica propia, pero por sí misma no puede llevar más allá, o no puede ser el factor decisivo de una transformación social que desborde los límites del orden establecido; los adelantos técnicos pueden contribuir y mucho a procesos de cambio social, siempre y cuando sean apropiados por fuerzas sociales interesadas en esos cambios. La imprenta, los diarios, tuvieron un papel más que clave en la difusión de la cultura y la información que ayudó a fortalecer diversos movimientos sociales, pero por sobre todo fueron un soporte principal para el despliegue y éxito de la modernización burguesa. En el caso de la internet, que su origen esté en relación con el dispositivo industrial-militar no es una simple anécdota, más bien condensa y pone de relieve uno de los mecanismos más reveladores de la relación contemporánea del proceso de la acumulación de capital con la investigación científica y la innovación técnica.

Este tipo de confusión, que exagera y confunde el carácter y usos de los hallazgos científico-técnicos, sobre todo revela una grave incomprensión del funcionamiento y movimiento del complejo estructurado que el capitalismo es, así como el recurrente impresionismo fenomenista, que

típicamente no consigue superar la multiplicidad desjerarquizada, sumida en el caótico aparecer y desaparecer de lo efímero, como siempre fundado en una conceptualización de base deficiente, y por tanto condenado a quedar fijado en alguna particularidad o 'factor', tomado en su desconexión y tornado abstracto. Los nuevos medios está claro que amplían en formas hasta hace poco inimaginadas las vías para la comunicación y el acceso a información, recursos que por supuesto pueden ser apropiados por grupos y movimientos sociales empeñados en proyectos emancipatorios, pero nada de esto puede cambiar el hecho de que como otros recursos en el pasado fundamentalmente están destinados a funcionar en un saturado y saturante clima ideológico-cultural, producido por la industria cultural dominada por las grandes corporaciones, capitales y Estados metropolitanos, con toda su capacidad de seducción e influencia. En otras palabras, los nuevos medios, por sí, no pueden cambiar nada en el mundo de la pseudoconcreción y de la reificación en que funcionan.

En definitiva, en las condiciones de la sociedad burguesa, todo importante adelanto científico-tecnológico surge de la dinámica de la reproducción ampliada de capital y la refuerza –es decir, es función de la acumulación de beneficios y contribuye a mejorar la capacidad competitiva–, directa o indirectamente; cuanto más brillante, tanto más es instrumentalizada en la legitimación general del orden social; y, en el caso de las industrias culturales, en la medida que vehiculan valores y criterios funcionales y funcionalizadores, incide directamente en la reproducción social (psico-cultural) general. Las innovaciones tecnológicas pueden incidir profundamente en la dinámica sociocultural, o no, pero eso depende de que sean apropiadas por fuerzas e intereses sociales emergentes o dominantes. Así como una virtualidad tecnológica no es por sí un hecho económico, tampoco se lo puede asociar con un efecto emancipatorio directo; el asunto se resuelve en la dinámica de las luchas sociales. Lo otro, no pasa de fetichismo tecnológico.

¿A dónde va esto? En una aproximación meramente empírica, basta una rápida inspección de la multitud de hechos de los que dan cuenta a diario los medios para constatar el poderoso impulso de esta tendencia a la conformación de una suerte de síndrome de rasgos culturales universalmente compartidos, de una u otra manera, directa o indirectamente, vinculados con una pauta 'moderna' de consumo en rápida extensión, marcada primero por la mediación monetizada de las relaciones económicas (vinculada al continuo y acelerado proceso de urbanización), condición de base en un régimen capitalista, y después, particularmente, por la modelación del gusto, lo cual remite a una dimensión estética vinculada con la capacidad para 'apreciar' y sensibilizarse con expresiones portadoras de valores hace tan solo una o dos generaciones por completo ajenas o incluso negativamente apreciadas. La mercantilización de la cultura, de la cultura popular y de masas, apoyándose en la desublimación represiva, las gratificaciones compensatorias, modela el gusto y funciona como un poderoso mecanismo de integración funcionalizada.

La progresiva generalización de un patrón cultural universalmente compartido (que evidentemente entra en muy diversas interacciones con la matriz heredada que sea) es el origen y fundamento de una multitud de fenómenos de la vida cotidiana, vivenciados por la mayor parte de los individuos y grupos sin mayor sospecha de su conexión interna. Rasgos distintivos de un estilo de vida asumido como 'moderno' están dando lugar a conductas insólitas, como en el caso de lo que podríamos denominar el surgimiento de un paladar universalmente compartido. El que por primera vez en la historia de la humanidad, en sus diversas líneas de desenvolvimiento, aparezca en materia de hábitos alimentarios gustos idénticos entre comunidades de trayectorias culturales antes situadas en las antípodas, que aquello que nos provoca el peculiar placer de la ingestión comience a incluir productos planetariamente reconocidos, resulta un sólido referente del argumento. Si hay algo con profunda radicación cultural, que funciona como estable

marcador de identidad y de autoidentificación, es el paladar, el placer y el disfrute asociado a la ingesta de determinadas materias. En una de esas formulaciones que justifican su prominente ubicación en la historia del pensamiento, afirma Freud que la felicidad es la satisfacción de un deseo ancestral (y sigue con la siguiente incomoda reflexión: por eso hace tan poco feliz el dinero; el dinero nunca fue un deseo infantil...), pues bien, el paladar remite a una primaria sensación de placer, lo que por su vez ha cumplido una función de supervivencia ayudando a discriminar aquello que podría tener un efecto benigno en la alimentación. El surgimiento de un paladar compartido, en relación variable con los gustos tradicionales, presenta un carácter revelador acerca de las consecuencias psicosociales de la dinámica cultural del capitalismo tardío.

Otro aspecto particularmente llamativo se relaciona con el consumo simbólico de ciertos estratos sociales, que orienta a los individuos y grupos a ansiar la posesión de ciertos objetos percibidos como marcadores de posición social o distintivos de un estilo de vida asociado en alguna medida con la representación de un sofisticado 'buen gusto', con un alto estatus social, objetos vinculados con una construcción de la apariencia que refuerza la autoconfianza y el atractivo social (el 'narcisismo consumista'); un estilo de vida ordenado en torno a la capacidad de consumo, que se transforma en elemento identitario central, fundamento de la consideración social y el reconocimiento por los otros, de la autoimagen y el autorespeto; y que termina produciendo un peculiar efecto distintivo del presente, lleva a transformar un objetivo formalmente instrumental en un fin en sí: tener dinero (hasta el punto de llevar a cada vez más individuos, sobre todo clase media asalariada, pero no solo, a la 'libre decisión' de trabajar más, y reducir su tiempo de ocio, para incrementar sus ingresos, renta disponible, a fin de... aumentar su capacidad de consumo; es decir, el consumo deja de ser medio para el disfrute la satisfacción, para transformarse en fin en sí)¹²⁵.

125. No se puede subestimar los efectos psicoculturales de este fenómeno: la experiencia de la interacción en la vida diaria, para millones de personas, impone

Desde la 'necesidad' de tener acceso al teléfono 'inteligente' de última generación, y de cierta marca, hasta las pautas y criterios a partir de los cuales buscan darse una identidad y elaborar una presentación del yo, los adolescentes de diversas condiciones de clase y estratos, con las correspondientes diferencialidades, encarnan con toda probabilidad el grupo más susceptible a las nuevas tendencias, las que inconscientemente los preparan para una integración funcional, en los diversos roles, en el escenario redecorado de la civilización burguesa; llamativamente, entre los radicados en la clase media profesional, de padres con estudios universitarios, que tienden a asumir con toda naturalidad los nuevos términos del entramado social y las opciones culturalmente delimitadas para el desarrollo de la individualidad. Pero, en lucha siempre con sus experiencias previas y recurrentemente a las vueltas con sentimientos de asombro y desazón, y algo de nostalgia, lo anterior es también válido para los adultos, la urgencia de actualizarse, demostrar capacidad de adaptación a lo nuevo, evitar a toda costa la acusación de neofóbico, el riesgo de ser caratulado de 'old fashion'. Aun jóvenes, exitosos y modernos, con esto se relaciona en el imaginario el nuevo patrón de consumo, y ciertos productos, impulsados por los medios, las campañas publicitarias y sus técnicas de persuasión, directamente o mediado por la envolvente influencia del grupo de pares, reforzado en la interacción más amplia, etc.

un hecho masivo, que tiende a interiorizarse naturalizado: 'todo está mediado por el dinero'. A partir de ahí, la estructura social vigente se puede presentar como un todo relativamente armónico, y se la puede legitimar en la medida que se hace factible su articulación inferencial: la riqueza produce poder, el poder como posibilidad de perseguir fines libremente elegidos, a partir de poseer los medios necesarios, el grado de libertad al que accede un individuo está en relación con los recursos monetarios que detenta, el dinero como fundamento de las posibilidades de elección y realización personal. La mercantilización de los medios de satisfacer las necesidades, así como esta relación ingreso/libertad —el grado de libertad y el rango de elecciones, al que tiene acceso un individuo, como función de la cantidad de recursos monetarios—, algún día será vista como un absurdo de otros tiempos.

De esta manera va cobrando forma uno de los fenómenos más extraordinarios de la vida diaria bajo el capitalismo tardío, la transformación del mercado en una suerte de vitrina de bienes de identidad; una relación en la que el mercado ofrece una variedad de elementos, ingredientes, accesorios, a partir de los cuales los individuos pueden 'elegir, componer, libremente' una identidad diseñada a la medida, 'prêt-à-porter', por el propio individuo. La expresión más extravagante, por paradójica, quizá sea la proliferación de comercios especializados en el negocio del 'look' 'transgresor'.

Así, los individuos pueden, esa es la recomendación, ir acumulando un armario, como un guardarropas, de elementos y accesorios identitarios que pueden ser compuestos de diversa forma de acuerdo a la ocasión y el estado de ánimo. Pero todo ello presupone contar con los recursos monetarios indispensables. La construcción de la identidad, las opciones y la 'libertad' correspondiente, pasa a estar mediada por el mercado y la capacidad de consumo; lo que se es y lo que se quiere llegar a ser, más aún, lo que se está en condiciones de representar, imaginar para sí mismo, pasa a estar crecientemente determinado por el nivel del ingreso. Desde otro punto de vista, las bases de la cultura (modeladora de la conducta y las actitudes) y de la producción cultural, pasan a estar condicionadas por el gusto del consumidor, moldeado este a su vez por las opciones desarrolladas por el mercado y las campañas publicitarias. El mercado pasa a modelar cada vez más directamente el clima y las creaciones culturales, y desde ahí, a incidir sobre el proceso identitario. El mercado, como dispositivo articulador (in)mediato de toda la vida social diaria, engendra un tipo humano que no puede autoconcebirse, o concebir el mundo, sin mercado (y esto evidentemente va mucho más allá y más profundamente que un mero tema ideológico o de actividad publicitaria). Para ser hay que tener dinero. Tener dinero es poder y el poder es tener dinero. Pasa a ser un problema de óptica social.

Contrariamente a la imagen promovida, en la lógica del régimen capitalista la producción determina principalmente al consumo, en el marco de la interrelación. Esto quiere decir que por virtud del carácter inescapablemente competitivo del sistema, este tiende, como vía para ampliar socialmente el mercado, estimular el consumo, a aumentar la oferta y variedad de los productos-mercancías, disminuyendo su valor (no confundir con ‘precio’) al aumentar el rendimiento del trabajo y la productividad de todo el proceso económico en base particularmente a la incorporación de novedades tecnológicas, que hacia afuera ahorran fuerza de trabajo y hacia adentro disminuyen la cantidad de trabajo socialmente necesario para la elaboración de cada unidad del producto¹²⁶. Al aumentar la oferta de productos, tangibles e intangibles, las firmas a fin de asegurarse la realización de la plusvalía, la obtención de ganancias, leitmotiv de todo el orden capitalista, se ven obligadas a inducir su consumo, generando así entre los individuos y grupos nuevas apetencias, deseos, ‘necesidades’, percibidas por el sentido común como derivación natural del proceso de modernización, como beneficio del ‘progreso’ (en parte vinculado con esto se clarifica una teoría de las necesidades que las conceptúa como principalmente culturales, históricas, no reducibles a su dimensión biológica).

De esta manera, el mercado orienta el desarrollo de la cultura material y del gusto, en muy diversos sentidos y con efectos potenciales también diferentes, unas veces puede consistir en promover el consumo de comida ‘chatarra’ o el de accesorios informáticos que desbordan en mucho los reales requerimientos de los individuos, otras, puede alentar cambios considerados positivos en patrones de conducta

126. Mandel, E. *INTRODUCCION A LA TEORIA ECONOMICA MARXISTA*. ERA, México, 1976. Ver el capítulo V, págs. 123-130. También Claudio Katz, “La tecnología como fuerza productiva social”, Quipú, Rev. Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología, vol. 12, #3, sept-dic. de 1999. México. Benjamín Coriat, *EL TALLER Y EL ROBOT*. Ed. Siglo XXI, México, 1992, págs. 20 y sigs.

largamente observados, como en el caso de la irrupción de una creciente oferta de productos 'light' o de la insistente promoción de más saludables pautas de alimentación. La dinámica contradictoria del capitalismo podría graficarse apelando a esta peculiar faceta, una vez recurre a mil artimañas para atrapar a todos los que pueda en el consumo de tabaco, otra, invierte ingentes recursos para prevenir el tabaquismo alertando (incluso exagerando, yendo más allá de toda lógica y evidencia empírica) acerca de sus potenciales efectos dañinos. Pero, finalmente, lo que queda es el hecho de que la tan propalada 'soberanía' del consumidor no es más que otra manifestación de 'recaída en la inmediatez', de pérdida de la génesis, de, inmersos en la cotidianeidad alienada y alienante, en el mundo de la pseudoconcreción, la extrema dificultad de los individuos para captar la verdadera naturaleza y funcionamiento de la sujetante maquinaria social-simbólica del orden mercantil.

Como ya he advertido, todo esto hace al carácter general del mundo capitalista, lo nuevo es el alcance, inédito, que logra al contar con una particular y favorable relación de fuerzas en la lucha de clases y con recursos técnicos sin precedente, así como las nuevas contradicciones que abre. El hecho de que el mundo esté cada vez más conectado está produciendo en las más diversas sociedades cambios culturales de envergadura. Hace un par de años, un diario local recogía en una pequeña nota el aumento en Egipto y entre personas de clase alta de las operaciones de cirugía plástica, orientadas a la modificación y el presunto rejuvenecimiento de la apariencia física. En una sociedad islámica este tipo de prácticas aún constituye seguramente cosa de pocos, y en este caso no principalmente por el costo, sino por el peso de una tradición reacia, pero presentan un interesante valor de síntoma. Mucho más relevante resulta la incidencia-difusión de tendencias culturales que han marcado la identidad de occidente en las últimas décadas, como en el caso de las reivindicaciones de los movimientos de mujeres y su continua presión sobre sociedades, autoridades, costumbres y pautas

de conducta, que desde hace milenios han condenado a las mujeres a condiciones de vida en extremo limitantes.

Lo que, por otro lado, introduce una dimensión adicional en el complejo cuadro de lo cultural en el capitalismo tardío, a saber, el costado digamos liberador del proceso. Enfrentadas a influencias culturales originadas en el centro capitalista, muchas de las sociedades de la periferia occidental o no-occidentales asisten al creciente agrietamiento de convenciones y patrones de valores, de instituciones directamente sacralizadas por el *stablishment* sacerdotal, que hoy ya son contempladas con sospecha o incluso franco rechazo por sectores importantes de la población. Temas como el conservacionismo ambientalista o el concepto de derechos humanos, forjados en occidente, ejercen una incrementada presión sobre prácticas que en la opinión pública de las sociedades del capitalismo avanzado (buena dosis de memoria selectiva e hipocresía mediante) aparecen como anacrónicas, bárbaras e inaceptables. El escándalo y decidido repudio que provocó internacionalmente el intento, hace algunos años, de someter a muerte por lapidación a Amina Lawal, mujer nigeriana acusada de adulterio, siguiendo los términos de la sharia islámica, o, también, más recientemente, ante la acusación, con pena de muerte como sanción, contra un afgano por apostasía, al abandonar el Islam y convertirse al cristianismo, o aun, más cerca nuestro, frente a la indisimulable tolerancia hasta muy recientemente en América latina en relación con la manipulación sexual de menores, notoriamente dentro de la iglesia católica, llama la atención sobre el signo de los tiempos.

En otras palabras, la globalización cultural no es solo hamburguesas y coca cola, comporta todo un amplio espectro de normas y valores, ideologías y representaciones sociales, que acompañan/facilitan la constante extensión de las relaciones capitalistas, y que resultan imprescindibles para la adecuada instalación de la lógica de mercado. En breve, no puede haber capitalismo del siglo XXI con una ética teológica del XVII, o con una noción decimonónica de Esta-

do-nación, o aun con una definición de roles diferenciales de género de mediados del siglo pasado. La modernización económica no puede alcanzar cotas suficientes, de acuerdo al lugar, de implantación sin un concomitante movimiento en el ámbito de lo cultural, que es decir, con las mediaciones del caso, con el ajuste tendencialmente correlativo de las subjetividades. La relacionalidad social se abre paso y se consolida a sí misma imponiendo un patrón cultural, una macrosubjetividad, con la que acto seguido interactúa en la reproducción social amplia.

Una de las claves de este asunto lo aportan Foucault o Elias, entre otros, con su abordaje del poder como socialmente coextensivo, de las disciplinas en el capitalismo y su funcionalidad. Todo poder social ejercido desde la dominación busca naturalizarse como interiorización de los subordinados, por ello la lógica de despliegue del mundo capitalista y concretamente los intereses que la gobiernan requieren crear una atmósfera cultural envolvente, para ello deben poblar la vida cotidiana con un cúmulo de objetos simbólicos que, incorporados a las definiciones subjetivas y objetivas (intersubjetivas, institucionalizadas) de la realidad, potencien dinámicas de interacción capaces de funcionar en la recreación social de los movimientos de conservación y reproducción adaptativa del orden. Luego de seiscientos años de exitosa performance, sería mezquino regatearle a la burguesía, como clase de conjunto y como individuos de carne y hueso, el merecido reconocimiento que merece en vistas del ingenio derrochado en esta materia. Se requiere más que oficio, verdadero talento, para lograr por ejemplo desarmar primero y luego cooptar, y en muy corto tiempo, tan disonantes, escandalosas y potentes, en un primer momento, expresiones de contracultura como el anticonvencional mundillo del rock de los años sesenta, hoy pilar de la industria cultural metropolitana.

Una de las facetas contemporáneas de este mecanismo digamos de integración cultural se representa con la denominada transculturalidad de los valores. Como ya he

puntualizado, no se trata aquí de demonizar la ‘burguesa’ transculturalidad, que, tal como refería en el asunto de los patrones de consumo, tomada en sus diversos componentes puntuales seguramente presenta rasgos más que sospechables, junto a otros hasta ‘liberadores’, en el sentido de ampliación objetiva de posibilidades de desarrollo individual y colectivo o comunitario. De lo que se trata es de entender su lugar tendencialmente decisivo, de conjunto, en el proceso histórico cursante, sabiendo que esto, lejos de cualquier simplificación negligente, supone, dialécticamente, la tematización de una realidad-tendencia concreta con múltiples desenvolvimientos laterales, resemantizaciones posibles, apropiaciones por grupos contrarios y contestadores del sentido original o principal de los eventos y artefactos ideológicos, que, por supuesto, dadas ciertas circunstancias, pueden llegar a torcer tal sentido, al imponer un nuevo curso general.

En pocas palabras, el tema de la transculturalidad presenta estas dos caras, por un lado porta contenidos normativos y elementos de juicio que en muchas sociedades pueden impulsar acciones sociales orientadas al cuestionamiento de prácticas hoy crecientemente consideradas como aberrantes e intolerables, degradantes o constrictivas; valores y criterios que en manos de determinados grupos y fuerzas sociales están contribuyendo a demoler costumbres e instituciones que funcionaban como verdaderos pilares de ese mundo tradicional que tanto sentimentalismo romántico se obstina en idealizar. Y no solo en el mundo ‘no-occidental’, es el caso de la periódica condena por muy diversos sectores de la vigencia, enérgica defensa y resuelta implementación, de la pena de muerte en EEUU, o de la destructiva presión sobre la población de ballenas de las marinas pesqueras de Japón o Noruega y el lamentable espectáculo de las corridas de toros en España. Pero también de la práctica de ablación del clítoris en ciertas regiones del mundo musulmán, del trabajo infantil en países del sureste de Asia o de los niveles de corrupción en los sistemas políticos latinoamericanos.

La voluntad de establecer, con un status vinculante, cánones de comportamiento más conciliables con lo que se presenta como un concepto universalizable de derechos humanos, puede, efectivamente, representar en situaciones puntuales y para grupos específicos y hasta sociedades enteras, un verdadero avance en términos de la construcción de una sociabilidad potenciadora del libre desarrollo de la individualidad, sin exclusiones odiosas e inaceptables; similar efecto específico positivo presenta la normativa orientada a la preservación de equilibrios racionales en nuestra relación como seres humanos con el resto de la naturaleza. Una tal aspiración es del todo loable, y no pocas veces quienes forman en la vereda de los que la adversan suelen defender puntos de vista y presentar argumentos menos que poco sólidos, francamente irrisorios. No se puede desconocer la fuerza intelectual y moral del intento de construir un concepto transcultural de derechos humanos, que permita avanzar en la superación de atavismos limitantes.

Sin embargo, si se abre lo suficiente el foco de análisis, para escapar de la sectorialización temática y los tratamientos convenientemente selectivos o fragmentarios, lo que aparece es, otra vez, en su expresión institucional principal, el contenido actualizado de la modernización capitalista, la cual suele proceder, como en períodos anteriores –de la ‘gran obra de civilización blanca’, o del ‘rescate de las almas para la única y verdadera fé’, por ejemplo–, de manera insensible, si no directamente asesina, etnocida, frente a culturas autóctonas o formas de organización social tradicionales, que más allá de la valoración de rasgos particulares, y lejos de cualquier idealización, han aportado desde tiempos inmemoriales un sentido de identidad y contención emocional a colectividades que por lo demás no han solicitado esta abrasadora oferta de redención. Por supuesto, nada objeta la voluntad de, en el contacto cultural, ejercer una influencia, pretendida benévola, que además puede ser de doble vía.

El tema es que en manos de los intereses de la expansión de la lógica de mercado, concretamente, del proyecto

de incorporación en la dinámica expansiva del capitalismo internacional, los buenos deseos y mejores intenciones proclamados, por algunos o por muchos, unos de buena fe, otros no tanto, tienden a dislocarse. El sistema tiene a reintegrar, y efectivamente ha reintegrado ya en el pasado, neutralizando y cooptando, incluso movimientos y expresiones que en su origen o en cierto momento de su trayectoria se definieron desde una posición abierta e incluso radicalmente crítica (el desarme de diversas contraculturas y su reabsorción mercantilizada). Toda agenda parcial es funcionalizada, esterilizada, subordinada a la dialéctica de la competencia y la acumulación capitalistas, a la reproducción social amplia del orden vigente. Solo una teoría de la totalidad social compleja, fundada en una crítica racional del capitalismo, puede fundar una acción emancipatoria consistente.

El carácter paradójicamente despiadado del proceso social conducido por el capitalismo lleva a que el 'remedio' modernizador pueda acabar teniendo efectos peores que la 'enfermedad' tradicionalista, al menos en lo que a las comunidades y pueblos objeto de la intervención hace. Esa es la razón y la memoria histórica por la cual el proyecto de un código de valores transcultural es mirado con sospecha o con franca aversión (cual caballo de Troya moderno) por pueblos y culturas que ya en el pasado han experimentado el devastador efecto de las buenas intenciones del civilizado occidente. El inclemente paso de la modernidad burguesa activa mecanismos defensivos que pueden acabar 'arrojando al niño junto con el agua sucia', al provocar una deriva involutiva. El 'progreso capitalista' es real, en el sentido de que abre nuevas posibilidades, pero es contradictorio, apun-tala la estructura de privilegio, se da a costa de una mayoría y alimenta salidas regresivas.

La interconexión global se torna así en eficaz vehículo de la tendencia a la occidentalización de algunas de las principales pautas culturales que median la interacción social en las más disímiles regiones del planeta. Es evidente que tal proceso enfrenta límites en sus posibilidades de penetración

en la medida en que lejos de desplazar totalmente las pautas heredadas, cosa que no ocurre sino de forma más bien excepcional en la historia, se ve forzado a superponerse y articularse, de forma siempre única, con estas últimas, dando lugar a una situación dinámica y cambiante, en su singularidad. Se trata de un típico proceso de aculturación pero verificado en una escala y con recursos inéditos. La matización debe también tomar en cuenta la diferencial susceptibilidad o predisposición de individuos y grupos diversamente situados en la escala de estratificación social, algunos de los cuales, por su nivel adquisitivo, acceso a bienes culturales crecientemente standarizados, y la forma de autorepresentarse, tienden a adoptar menos conflictivamente las nuevas costumbres y formas de ver, sentir y hacer. De igual modo, un análisis detenido de condiciones y experiencias particulares tendría que considerar aquellos grupos cuya situación, marcada por formas de discriminación y asimetrías específicas, puede inclinarlos, legítimamente, a una recepción inusualmente favorable de determinados rasgos del complejo cultural occidentalizador (notadamente en temas como derechos humanos, libertades políticas, equidad de género, derechos de la comunidad gay-lesbica, agenda ambientalista, etc., es decir, aquellos que efectivamente amplían derechos formales), sin, por otro lado, realizar la necesaria distinción crítica respecto del sentido general del proceso. Es lo que explica que se utilice el discurso de los derechos humanos para justificar políticas internacionales agresivas o se confunda defensa del secularismo con islamofobia.

Como quiera que sea, la dinámica de occidentalización cultural, el 'zeitgeist', con prescindencia de efectos y desarrollos no previstos y acaso menos deseados, expresa en lo fundamental el automovimiento del sistema como un todo hacia la imposición de su hegemonía a escala planetaria, desorganizando tradiciones y promoviendo subjetividades integrables. Contrariamente a lo que ocurre en el centro metropolitano, donde los movimientos socioestructurales se replican en el plano de lo cultural, donde lo cultural ex-

presa de manera mediada, y en acuerdo con una lógica propia, la dinámica histórica del todo social, lo cual involucra clases y grupos sociales y sus relaciones, intereses, representaciones, donde, en fin, lo cultural se encuentra en una relación, siempre problemática pero al menos endógena, con el resto del complejo social, en la periferia capitalista la realidad es otra, atravesada por el carácter en gran medida exógeno de los movimientos culturales más potentes e influyentes que la recorren. Se trata de sociedades que no solo importan capitales y tecnologías, también bienes culturales, y no apenas a título de modas: el efecto general del fenómeno de la globalización cultural es el de provocar una transformación en profundidad de los códigos de la convivencia, con ritmos diferenciales, inter e intrasociales, y sin que se prejuzgue de la bondad o perversidad de los resultados, lo cual es por supuesto relativo a la perspectiva del observador, a su 'posición en el campo', y los intereses y cosmovisiones a los que adhiere.

Uno de esos impactos, nada desdeñable y más bien llamativo indicador de la potencia del fenómeno, es la aceleración del proceso de secularización en las sociedades latinoamericanas, con la consiguiente erosión de la autoridad de la institución religiosa mayoritaria, la católica. Proceso que se cumple de manera por demás problemática dados los enormes desequilibrios y tensiones que caracterizan a las sociedades del subcontinente, que permiten todo tipo de manipulación, pero que considerado con suficiente amplitud temporal surge con toda nitidez, más allá de los considerables escollos que ha debido y debe afrontar en cada momento de su itinerario. La presión sin precedentes que los nuevos tiempos ejercen sobre la institución y la rígida tradición católica, no solo en América latina, está incluso llevando a algunos a especular con una suerte de conspíración emanada desde oscuros centros de poder, empeñados en imponer lo que sensibilidades filoconservadoras re-presentan como formas degradadas, desespiritualizadas, de la convivencia y del mismo concepto de lo humano¹²⁷.

127. Ver BBC Mundo, "Vaticano niega haber encubierto abusos sexuales en

La expresión ‘sociedad abierta’, popularizada por Popper para calificar lo que él quería presentar como la esencia de la sociedad burguesa¹²⁸, no es una pura ilusión o recurso retórico en la lucha político-ideológica, contiene al menos un elemento de verdad, generaliza abusivamente un aspecto del conjunto. El capitalismo da lugar a una forma social incomparablemente abierta respecto de todas las formas que le antecedieron, impulsando de esta manera un proceso de individuación y secularización que, durante el siglo XIX, en uno de sus desdoblamientos en el plano de las ideas, se expresa en el utilitarismo hedonista de Bentham y los Mill. Tal derivación convive mal, cuando no choca frontalmente, con la ética teológico-metafísica cristiana, con la ascética moralizadora (farisea, tartufa o sincera, no importa). La espectacular expansión de las relaciones capitalistas no ha hecho más que profundizar el conflicto, pese al largo período de armisticio forzado ante el desafío común representado por poderosos movimientos anticapitalistas de orientación fundamentalmente marxista y la existencia de los estados post-capitalistas, lo que por otro lado revela la incapacidad de la dominación burguesa para prescindir definitivamente de la religión como mecanismo de influencia y control social, en otra de sus típicas contradicciones dinámicas. Como sea, en lo que hace al tema de este trabajo, el hecho teóricamente relevante es que la lógica cultural del capitalismo tardío claramente incrementa a mediano y largo plazo la presión sobre las tradiciones religiosas dada su inocultable deriva secularizante, más allá de todo vínculo instrumental.

La tesis central aquí es entonces que la occidentalización cultural del mundo cumple la insustituible función de alla-

EEUU”, marzo 26 de 2010. También: “Es un ataque sádico contra la Iglesia”, abril 23 de 2010 (entre otros). Frente al interminable escándalo de los abusos sexuales contra menores y su sistemático encubrimiento, y otras muchas violaciones de derechos humanos (iglesia de Irlanda, por tomar uno de los casos más sonados en los últimos años), la iglesia católica suele intentar defenderse alegando ser objeto de una despiadada campaña de persecución....

128. Popper, Karl. *LA SOCIEDAD ABIERTA Y SUS ENEMIGOS*. Capítulo 10. Ed. Paidós. Buenos Aires. 1981.

nar el camino a la extensión y el calado de las estructuras y relaciones capitalistas. La fascinación que ejerce sobre individuos y multitudes anónimas en la periferia capitalista la posibilidad de acceso al consumo de bienes novedosos y marcas a priori prestigiosas, simbolizadoras de un estilo de vida percibido como irresistiblemente deseable, incluso contra la propia voluntad, se transforma en una poderosa herramienta para la conformación de subjetividades integrables, favorablemente predispuestas. La colonización de la subjetividad, 'el deseo de la ley', hacen que para muchos el asunto sea 'estar en el mundo, no cambiarlo'. Celulares multimediáticos, zapatos deportivos de último diseño, el afiche de Guns N' Roses o el culto a héroes rockeros (de más de sesenta años!!), una camiseta del Real Madrid, ojalá con el número y el nombre de C. Ronaldo, la hollywoodización del imaginario; 'la vida es bella', aunque sea solo como improbable horizonte para sobre trescientos millones de latinoamericanos. 'Basta de hechos, queremos promesas!', grafitó alguien en una pared, ironizando oblicuamente contra 'McWorld'.

El objetivo de este capítulo, repito, ha sido elaborar una amplia hipótesis interpretativa acerca de la lógica y la funcionalidad de lo cultural en el capitalismo tardío, en relación con la inducción de las subjetividades propicias. No obstante, una y otra vez ha quedado claro, creo, que esta es solo una parte de la historia, la que hemos denominado tendencia principal en el despliegue dirigido por los intereses dominantes en el sistema. A su alrededor pululan, y esto es tanto una constatación empírica como la anticipación teórico-metodológica de una aproximación dialéctico-concreta, todo tipo de contratendencias. El futuro está abierto y se decide, se construye, en las luchas que marcan y estructuran el campo social en el presente, desde los cotidianos conflictos sociales hasta los más sutiles esfuerzos por imponer una definición de la realidad que opere como marco simbólico para la constitución de sujetos, identidades, certidumbres y pautas de conducta. Se podrían agregar otras tantas páginas sobre el tema

de las variopintas formas de reacción y resistencia; aquí no corresponde más que adelantar unos cuantos puntos que me parece permitirían un abordaje sólido de la cuestión.

Lo primero es constatar, como decía, que las resistencias y reacciones son de muy diverso tipo y, sobre todo, sentido. Desde el integrista religioso y el malhumor vaticano, a los indignados europeos y las insumisiones juveniles chilenas, o la elección de un presidente indígena-campesino en Bolivia, el retorno de los nacionalismos neodesarrollistas, el conservacionismo romántico o los intentos, reales o declamatorios, razonables o sentimentales, de reafirmación de lo local, como contraparte de la, percibida como, inmanejable globalidad, y, sobre todo, el masivo movimiento internacional antiglobalización neoliberal, lo primero que salta a la vista es la polifonía que se levanta frente al paso de la 'modernización' capitalista. 'El grito de los excluidos' es muy diverso, pero no ininteligible. Los antecedentes abundan, son parte correlativa de la historia de la civilización capitalista, desde los obreros ingleses que desatan su furia contra las máquinas que devoraban sus puestos de trabajo, como los levantamientos campesinos, devorados estos a su vez por los rebaños de ovejas, como denunciara ya en su momento Tomás Moro; los debates y luchas políticas en el siglo XIX, a favor y en contra del librecambismo en América latina y la dura y sin esperanza resistencia enfrentada por los colonialistas ingleses en el sur de África o los colonos blancos en su avance hacia el oeste norteamericano; las políticas proteccionistas de mediados del siglo recién pasado; Rodó, Vasconcelos, Sarmiento, Martí o Mariátegui, y la búsqueda de una esquivia 'identidad latinoamericana' capaz de blindar a los pueblos del subcontinente contra el agresivo envite yanqui; Juan Gelman, cuando dice que de América latina no hay que irse ni quedarse, hay que resistir, y Diego Rivera y sus murales, y Piero cuando frasea, al calor de expectativas y entusiasmo de otros tiempos, 'que se vayan ellos'; todo ello y mucho más da cuenta de los trastornos y reacciones de diverso signo provocadas por una modernización que

para colmos nunca se pretendió completa porque, como nos recuerda Huntington, nosotros, América latina, no terminamos de ser 'occidente'.

Resistencias las hay dotadas de un proyecto histórico progresivo, al menos en su autorepresentación, profundizador de los logros de la modernidad occidental pero sin el oscuro costado del capitalismo. También las hay espasmódicas y ciegas, los recurrentes brotes de insumisión, de explosión y levantamiento de los subordinados, que episódicamente consiguen jaquear al poder, pero por ahora sin conseguir encontrar una salida histórica positiva. Las hay simplemente escapistas, en forma de policromáticas tribus urbanas juveniles, comunas ecologistas autoretiradas, sectas místico-religiosas excéntricas, o también el sofisticado ironizar de exintelectuales de izquierda, usualmente arropados por elegantes coberturas discursivas de retirada, que apenas alcanzan a disimular el síndrome asociado a la frustración y la vergüenza por las malas andanzas del pasado.

Finalmente, en un ensayo de tipología, no demasiado específica y menos exhaustiva, están las posturas que derechamente apuntan al rescate de no se sabe bien qué antaño dorado, las utopías regresivas, el salto hacia la acogedora y entrañable seguridad de la tradición idealizada. Los paraísos perdidos, los viejos buenos tiempos, donde los jóvenes no era insolentes, en que la sacrosanta familia tradicional nos recogía en un abrazo de amor y contención incondicionales, cuando la 'semana santa' era cosa de recogimiento espiritual y autoexamen severo, cuando por supuesto la 'santa madre iglesia' velaba celosamente por nuestra salvación espiritual y nos indicaba la forma recta de encaminar nuestras vidas para gloria de 'nuestro señor' y dignificación de la vida. Los que, ante la política efectivamente agresiva de 'Occidente', eufemismo para básicamente los intereses capitalistas radicados en el centro metropolitano, buscan en Alá el fuego purificador contra las tentaciones del monstruo infiel; o los que sueñan con un idílico 'retorno a la naturaleza', curiosos intentos de encarnación del buen salvaje de Rousseau, y que por

esa vía buscan escapar de 'la civilización industrial'; incapaces de poner en perspectiva histórica crítica los problemas del presente humano y por tanto de separar los logros culturales de la humanidad y las lacras del capitalismo, como condición para pensar y actuar racional y conscientemente la superación del mundo que rechazan. Se trate de conservadurismo atávico, exaltación teológico-trascendentalista, escapismo neorromántico, nihilismo epistemológico posmoderno o ingenuidad primitivista, incluso comportamientos autodestructivos, estamos ante convicciones de ninguna manera subestimables, que de alcanzar cualquier grado de éxito nos retrotraerían a tiempos y circunstancias sociales y culturales que pocos de nosotros encontraríamos tolerables.

Los efectos sociales y psicológicos perversos que acompañan la inclemente e insensible marcha de la modernidad capitalista han generado y continuarán provocando todo tipo de reacciones, algunas con potencial emancipador, otras simplemente defensivas, incluso patológicas. Es 'el precio del progreso', 'hay, tiene que haber, ganadores y perdedores', 'la desigualdad ha existido siempre, es y será; más aun, no es deseable su erradicación, so pena de eliminación de la motivación principal para el esfuerzo creativo humano', protestan algunos, generalmente voceros de los principales beneficiarios, pero también una considerable cohorte de cautivados por el poder. En mi opinión, solo nos resta, a los que no nos avenimos a lo presuntamente inevitable, ni escapamos bajo una elegante cobertura, ni nos refugiamos en psicodélicas aventuras o en ilusiones neorrománticas, a los que pensamos que la vida siempre da opciones, tratar de entender el acaecer histórico, como condición de su superación, para intervenir sobre lo real apoyándose siempre en 'las armas de la razón'. Esa es la herencia de un pensamiento social crítico.

Capítulo 4

CUESTION SOCIAL Y CAPITALISMO: UN ABORDAJE HISTORICO-CRITICO

“Nada mueve a los trabajadores a ser serviciales salvo sus necesidades, que es prudente aliviar pero locura eliminar”

Bernard de Mandeville

“De lo que adolecen todos estos señores, es de falta de dialéctica. No ven más que causas aquí y efectos allí. Que esto es una vana abstracción, que en el mundo real esas antítesis polares metafísicas no existen más que en momentos de crisis y que la gran trayectoria de las cosas discurre toda ella bajo forma de acciones y reacciones –aunque de fuerzas muy desiguales, la más fuerte, más primaria y más decisiva de las cuales es el movimiento económico–, que aquí no hay nada absoluto y todo es relativo, es cosa que ellos no ven; para ellos no ha existido Hegel...”

Engels

El problema general del presente capítulo es el examen de la llamada ‘cuestión social’, en el contexto de las condiciones y procesos del capitalismo tardío, como momento de la evolución más general del sistema. Su referencia inmediata es el trabajo realizado, en las últimas tres décadas, en este campo de estudios, sobre todo en América latina, el cual se tradujo en un considerable cúmulo de aportes que de alguna manera expresaban la investigación, la reflexión y el debate generado alrededor del tema. Se parte de que la posibilidad de someter a revisión crítica el resultado más general de ese esfuerzo, sus fundamentos, las premisas ideológicas, explicitadas o no, los criterios de abordaje y las propuestas prácticas de orientación, depende de un reexa-

men histórico-crítico amplio del desplegarse del problema real. Tal ampliación de la perspectiva es lo que puede permitirnos evitar todo impresionismo fenomenista, el deslumbramiento con singularidades exteriores e impactantes de la crisis económica internacional; sin olvidar por supuesto que, en un sentido fuerte, la crisis es la verdad del objeto-proceso, en un momento en que sus tendencias profundas se exacerban, revelando con estridencia su efectivo carácter. La crisis es importante como objeto de estudio en la medida que torna especialmente notorios aspectos decisivos de la naturaleza y funcionamiento, desequilibrios y tensiones, del orden social imperante, en su actual fase de despliegue.

La deficiencia principal de la nutrida producción relativa al tema es, con meritorias excepciones, el ignorar las condiciones de posibilidad y los límites impuestos por el capitalismo, en su realidad más general y en sus momentos específicos de despliegue¹²⁹. En otras palabras, y esta es la premisa más general en que se funda el presente capítulo, someter a revisión la 'cuestión social' sin un fundamento de economía política, introduce en estos estudios una decisiva debilidad conceptual, de capacidad de comprensión de la realidad, de donde se siguen limitaciones en su capacidad para orientar políticas de intervención razonablemente eficaces. Lo cual no desconoce o niega el indiscutible valor de las descripciones y exámenes aportados, del conocimiento acumulado, sin el cual resultaría impracticable todo intento, incluido el presente, de 'ir más allá' en el (re)planteamiento del problema de la cuestión social.

Es decir, de lo que se trata es de volver sobre el problema incorporando lo más destacado del avance reflexivo alcanzado en el período considerado, pero integrándolo en

129. Claudio Katz: 'el capitalismo es estructuralmente incompatible con los objetivos declarados de equidad, el sistema recrea sistémicamente la desigualdad social al sostenerse en la explotación del trabajo asalariado y en la competencia entre los empresarios, cuya intensificación erosiona la equidad porque las empresas rivalizan por aumentar la tasa de explotación'. *EL PORVENIR DEL SOCIALISMO*. Ed. Herramienta, págs. 31-35

una perspectiva teórica y epistemológicamente más satisfactoria, en la medida que busca correlacionarlo, articularlo, con el trabajo que actualiza la crítica del capitalismo, marco en el cual resulta posible, por hipótesis, tratar de entender el incontrovertible y fundamental hecho que marca, y debiera referenciar, todo el campo específico de estudio: el progresivo y sostenido ensanchamiento de la desigualdad social, la inseguridad y el riesgo, durante los últimos 30 años, como tendencia predominante y al margen de variaciones coyunturales en uno u otro sentido, tanto en los países centrales como en la región latinoamericana, hecho de sobra conocido a partir de una variada documentación. Los devastadores efectos sociales de la crisis económica internacional en curso, particularmente en Europa y EEUU (del deterioro de los sistemas públicos de sanidad y educación al retroceso de los derechos democráticos), confirman espectacularmente la tendencia, además de introducir elementos de principal relevancia para la actualización de su concepto.

En último término, una internacionalización económica desbocada, sin control ni regulación política, en manos de corporaciones cada vez más potentes, facilitada y dirigida por políticas neoliberales, está arrollando al emblemático y referencial estado social de bienestar europeo, surgido de las condiciones político-sociales de la segunda posguerra. Otro tanto, aunque partiendo de un nivel y condiciones ideológicas y políticas distintas, ha estado pasando en EEUU, desde comienzos de los 80. Thatcher y Reagan constituyen simbólica e históricamente los referentes principales de este curso.

Estudiar la situación y la dinámica actual de la relación cuestión social/globalización capitalista, no obstante, requiere un repaso-reexamen, por apretado que sea, de la historia del problema. El problema de la historia es la historia del problema, como ha dicho Marx¹³⁰, y en este caso resulta del todo pertinente en la medida en que nos enfrentamos

130. "Solo una ciencia conocemos, la ciencia de la historia", *MARX, LA IDEOLOGÍA ALEMANA*.

a un problema que somete a examen y pone en cuestión los fundamentos mismos del capitalismo como orden social y como marco societario del proceso civilizatorio¹³¹. Si el capitalismo no puede aportar una solución satisfactoria a la cuestión social, no tiene, no merece tener, futuro. Hace suficiente tiempo sabemos que no la tiene, de modo que los acontecimientos más cercanos no hacen otra cosa que confirmarlo dramáticamente, y esa, junto con el decisivo elemento de la ausencia de alternativa creíble, es la razón profunda del ‘malestar en la cultura’ que impregna el espíritu del tiempo, y que no es sino la expresión macro(y micro)-subjetiva de lo que se puede caracterizar, sin estridencia ni desborde retórico alguno, como un momento de crisis civilizatoria: las crecientes tensiones entre, por un lado, el capitalismo, y por otro, los abismos de desigualdad, intra e intersociales, la democracia política, el equilibrio ambiental, la diversidad cultural, etc.

La primera e incipiente manifestación del tema, de la cuestión social, se da en el período del Renacimiento europeo, con la nueva notoriedad alcanzada por el desamparo y la pobreza como fenómenos, y su definición como problema, en tanto que asuntos públicos, por las instituciones del orden vigente. Los estudios se inclinan a señalar varios aspectos en su etiología: la expansión del comercio y el incremento de la riqueza de la segunda edad media, sientan las bases de la crisis del orden feudal¹³², desestructurando las comunidades tradicionales agrarias, las que mantenían

131. “No reconocemos sino una sola ciencia, la ciencia de la historia. . . , es necesario ocuparse de la historia de los hombres, puesto que la ideología casi entera no consiste sino en la abstracción de esa historia”. *LA IDEOLOGIA ALEMANA*.

132. “...la expansión del comercio exterior, aunque en la infancia del régimen capitalista de producción fuese la base de él, a medida que este régimen de producción se desarrolla, por la necesidad interna de él, por su apetencia de mercados cada vez más extensos, va convirtiéndose en su propio producto”. *EL CAPITAL*, t III, 236-7. Un fragmento, entre miles, que pone brillantemente de relieve no solo la extraordinaria comprensión de Marx del carácter y las ‘leyes generales del movimiento’ del capitalismo, sino y sobre todo la determinante relevancia del método general, dialéctico, con que aborda el estudio del fenómeno histórico.

mecanismos y redes de ayuda mutua y contención social en contextos comunitario-locales, gestionados generalmente por las parroquias y las correspondientes collaciones, de considerable eficacia. Se trata de una situación que no puede ser idealizada, que combina una vida de trabajo duro en los campos y de severas limitaciones con una relativa seguridad, o bajo nivel de incertidumbre; la seguridad que puede ofrecer un orden social severamente jerárquico, estructurado en torno al principio de dependencia, socioeconómica y psicocultural. O, en otros términos, lo que podríamos denominar pobreza en las condiciones del medioevo feudal, se da sobre todo en un entorno rural-local, donde las estructuras de base de la iglesia, en asocio e intercambio de servicios con los señores, se ocupan de su atención, con el explícito objetivo de mitigarla a fin de evitar o prevenir episodios de insumisión provocados por el hambre, que sin embargo cada cierto tanto estallaban sacudiendo, sin demasiada esperanza, el habitual transcurrir. La atención caritativa estaba ya orientada a producir dependencia, integración y control social.

A la revitalización económica y el socavamiento de la socialidad tradicional se agrega, como efecto y causa, el retorno de lo urbano, con el esperable impacto en la cultura y las mentalidades. El resurgimiento de las ciudades, tras el largo ocaso verificado luego, y en buena medida como consecuencia, del colapso del imperio romano, es un fenómeno que en general responde al mismo proceso por el cual el mundo agrario tradicional, la relacionalidad feudal, entra en crisis irreversible. Las ciudades se transforman así en el espacio de absorción de la población 'liberada', en el marco de y a partir del desarrollo de las interacciones productivas que se establecen entre campo y ciudad, jalonadas por la expansión del comercio. El crecimiento de las ciudades y la diferenciación social que se verifica, absorbe buena parte del flujo, pero no todo. Así aparece o se constituye como asunto relevante, en las nuevas circunstancias, el 'problema' público de los pobres, amontonados en los márgenes de los poblados, villas y burgos en desarrollo, o a la deriva y

acechantes en los ya de por sí poco seguros caminos de la Europa del medievo tardío. Esto es, mendigos o vagabundos, delincuentes y forajidos¹³³. Comienza así a desarrollarse como fenómeno con características propias la pobreza moderna, asociada a lo urbano y a la descomposición de lo rural, que produce marginalidad como asunto ya no local sino de preocupación de las flamantes autoridades centrales

Las ‘leyes de pobres’ se desarrollan, en Inglaterra, como respuesta a y como parte de esta dinámica estructural¹³⁴, aunque se vayan delineando exteriormente impulsadas por contingencias, como el de la peste de 1348-51, ante la escasez de mano de obra agrícola provocada por la desaparición de entre un tercio y la mitad de la población, según las regiones. Las leyes de pobres están orientadas a establecer la obligatoriedad del trabajo, en condiciones de fijación por la autoridad de las remuneraciones, como forma de controlar los incrementos de los precios de la producción agrícola, destinada a la alimentación de los pobladores de las ciudades y a la producción de insumos para la incipiente manufactura, además de introducir restricciones al desplazamiento de los mendigos. Formalmente, aparecen como un ‘sistema de ayuda a los pobres’, eufemismo que apenas distraía la atención acerca del real propósito de las medidas. El dispositivo se institucionaliza definitivamente en el siglo XVI y experimenta una actualización importante en la primera mitad del XVIII, es cuestionado en el XIX, cuando entra en decadencia, sobreviviendo algunas de sus disposiciones residualmente

133. Eric Hobsbawm ha estudiado el problema del bandidismo social, de la época, como fenómeno derivado de la ruptura del equilibrio de comunidades agrarias a partir de la penetración paulatina de las relaciones capitalistas. Ver E. Hobsbawm, *BANDIDOS*. Ed. Critica, Barcelona, 2001. Capítulos “Bandidos, Estado y Poder” y “La tradición del bandido”.

134. Otro indicador o síntoma es la publicación en Holanda de *TRATADO DEL SOCORRO DE LOS POBRES* por Juan Luis Vives en 1526, con el cual su autor pasa a ser considerado uno de los pioneros en el reclamo de la asunción por las autoridades de la responsabilidad de proveer un servicio organizado de asistencia social. Ver de Salvador Giner, *HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIAL*. Ed. Ariel, Barcelona, 1993. Págs. 166-170.

hasta mediados del XX, cuando finalmente son desplazadas por las disposiciones del ordenamiento del Estado de Bienestar como tal¹³⁵.

Las leyes de pobres tienen un doble carácter. Primero, enfrentan el fenómeno de vagabundaje, de desarraigo, y en seguida de seguridad, generado como hecho relevante en lo fundamental por la descomposición de la comunidad tradicional. Segundo, atienden a la necesidad oscuramente percibida de mano de obra disponible y disciplinada en relación con las muy diversas situaciones a las que va dando lugar el naciente capitalismo¹³⁶. Son un efecto mediado del cambio estructural en curso y una manifestación de los intentos o ensayos de dar respuesta a fenómenos percibidos como contingencias, en consonancia con el ‘principio de no-conciencia’¹³⁷. En el imaginario reinante, las disposiciones se perciben como orientadas al combate de la ociosidad, ‘la madre de todos los vicios’. El nuevo clima cultural en proceso de condensación va imponiendo el criterio de que la mejor forma de enfrentar el problema de la mendicidad, en general y, en particular, la de los ‘válidos’, y la vagancia, es imponer la

135. Marx se ocupa pormenorizadamente del fenómeno en el capítulo XXIV de *EL CAPITAL*, “La llamada acumulación originaria”. Allí dice: “...estos seres que de repente se veían lanzados fuera de su órbita acostumbrada de vida, no podían adaptarse con la misma celeridad a la disciplina de su nuevo estado. Y así, una masa de ellos fueron convirtiéndose en mendigos, salteadores y vagabundos... De aquí que, a fines del siglo XV y durante todo el XVI, se dictasen en toda Europa occidental una serie de leyes persiguiendo a sangre y fuego el vagabundaje”. *EL CAPITAL*, Tomo I, FCE, México, 1986. Pág. 625. Para Marx la ‘acumulación originaria’ era en realidad la ‘expropiación originaria’.

También Wallerstein, Immanuel. *ELMODERNO SISTEMA MUNDIAL*. Tomo I. Ed. SXXI. México. 1989. Págs. 360 y sigs. Wallerstein nos recuerda que Braudel se refería a las leyes de pobres como ‘leyes contra los pobres’.

136. “El perpetuo problema de acostumbrar al trabajador a estos sistemas de trabajo rutinario, no calificados y degradados... nunca puede superarse totalmente”, de ahí que en un tiempo muy posterior, la segunda postguerra, se necesitara de la colaboración de las ‘organizaciones sindicales burocratizadas’ para lograr “el disciplinamiento de los trabajadores en el sistema de producción fordista”. D. Harvey, *LA CONDICION DE LA POSMODERNIDAD*. Págs. 156-7.

137. Bourdieu, Pierre et al. *OFICIO DEL SOCIOLOGO*. Ed. SXXI, México, 1985. Pág. 31.

obligatoriedad del trabajo, para todos los suficientemente capacitados¹³⁸. Es decir, dos problemas o tendencias, producidos por el mismo proceso anónimo, confluyen: el amenazante desarraigo de muchos y las necesidades de brazos y de una nueva cultura de trabajo asalariado, requeridos por el naciente capitalismo.

El problema histórico-crítico principal entonces es el siguiente: con independencia y más allá de las contingencias asociadas con su surgimiento y primer desarrollo, la consolidación y extensión de las leyes de pobres responden a la racionalidad subyacente al despliegue de las relaciones capitalistas. Fuera de estas relaciones, como factor históricamente decisivo, crítico, resulta poco probable encontrar explicaciones plausibles del éxito de la institución en cuestión. En las nuevas circunstancias y dados los efectos observables del proceso social en curso (descomposición del mundo tradicional, desarraigo), se torna casi inevitable la extensión y generalización de las medidas y acciones en cuestión, en tanto son percibidas como la mejor opción para enfrentar la situación. Las fuerzas sociales emergentes, operando a partir de sus intereses inmediatos, percibidos (pero sin conciencia clara del carácter histórico amplio de su accionar), y sobre la base de un balance de poder todavía ampliamente contrario, pero paulatinamente modificado a su favor, van imponiendo, en la confrontación con las fuerzas tradicionales, un curso a los acontecimientos que poco a poco (mientras prepara por probabilidades crecientes saltos y reestructuraciones) va reconfigurando el espacio social de acuerdo a la tendencia (que hoy podemos reconocer como) ascendiente y que por tanto ulteriormente consolida su posición y abre el horizonte de nuevos avances, siempre en el marco de los diversos antagonismos

138. En la Francia de fines del XVIII se diferencia entre el ‘inválido’, el ‘buen pobre’, y los mendigos ‘válidos’, las gentes ‘sin escrúpulos’ o ‘malos pobres’. Ver “Pobreza, Beneficencia y Políticas Sociales en Francia (siglo XVIII-comienzos del XX)” de Jacques-Guy Petit, *Rev Ayer* 25, 1997, Universidad Complutense, Madrid. Pág. 182.

sociales y de las relaciones de fuerza que cada fase y sus resultados redefine¹³⁹. El futuro está abierto, pero el curso no obedece al azar, se decide en el resultado de las interacciones y conflictos, transita en un marco determinante de

139. Por un lado y en términos más inmediatos, los resultados parciales modifican el escenario e incrementan las probabilidades de ciertos cursos en detrimento de otros; por otro, en un plano más amplio, las confrontaciones, en cierta medida y a determinado nivel, se dan entre programas y proyectos históricos incompatibles, en tanto expresan intereses y visiones contrapuestos (aunque los desenlaces históricos nunca se siguen de una sola voluntad, se abren camino mediante una transición que es la articulación siempre específica de las distintas visiones, dando lugar por eso a una resultante no del todo anticipable, en cuanto a forma y ritmo, como recordaba el viejo Engels). Los subordinados tienen en contra nada menos que toda la estructura social, los enormes recursos materiales de los privilegiados, la atmósfera cultural imperante, que busca ser interiorizada, y las relaciones de poder correspondientes en que se procesa el conflicto, la defensa de todo lo cual se sintetiza en el programa general levantado por los sectores dominantes y sus aliados. Tienen a su favor que su programa, en principio, recoge las aspiraciones de la mayoría oprimida, tiende a abolir las bases objetivas de la opresión, y, en ese sentido, a producir condiciones sociales más propicias para el despliegue de las capacidades humanas, a reconducir el proceso civilizatorio por el ‘lado bueno’ (por oposición al ‘lado malo’, violento, plagado de injusticias y sufrimiento, Hegel), de la construcción consciente y pactada de reglas sociales más justas, que permitan a cada individuo satisfacer sus necesidades y realizar sus aspiraciones. Y es este contraste el que desde un punto de vista histórico amplio juega objetivamente a favor de los oprimidos. Es el factor que, a través de todas las mediaciones, motiva e impulsa (que está detrás, posibilita objetivamente y permite entender, la persistencia y el fundamento histórico-concreto de la racionalidad de las motivaciones e impulsos subjetivos), que permite recuperar fuerzas y remontar cada derrota o traspíe, incluso verdaderas catástrofes, también frustraciones y desilusiones, padecidas. El futuro sigue abierto, el resultado a corto y largo plazo depende de las luchas, pero, en la medida que ‘lo racional tiende a la existencia’, porque existe como posible en lo real y porque expresa una necesidad histórica, de ampliación de las posibilidades de realización humana, de arrojar definitivamente al basurero de la historia un orden de cosas que produce sufrimiento y desesperanza, que degrada la vida social y humilla a los individuos, es razonable esperar que tenga posibilidades efectivas de imponerse como mundo efectivamente existente. Es racional porque es liberador, y en este carácter emancipador funda sus posibilidades de realizarse. Es una hipótesis y una apuesta histórica, una que merece los mejores empeños, y esta es la base del persistente optimismo histórico del campo emancipatorio, del marxismo, en medio a tanto escepticismo.

posibilidades producido y continuamente modificado por las prácticas y relaciones sociales.

Partiendo de su circunstancial irrupción en el SXIV y de su sostenimiento basado fundamentalmente en el aporte voluntario y la donación caritativa, el dispositivo inicia su institucionalización en el XVI, pasando a ser financiado con la promulgación de una contribución o impuesto obligatorio colectado por las parroquias, que además servirá para financiar planes de obras públicas para la absorción de desempleo, otro síntoma del cambio socio-económico cursante. La asunción por el Estado de la gestión y financiación de la asistencia, durante el SXIX, termina por desplazar definitivamente a las parroquias de la función. Desde el punto de vista del estudio de la génesis y desarrollo de la cuestión social, lo fundamental es que las leyes de pobres constituyen la primera forma institucionalizada de tratamiento de la cuestión de los individuos incapacitados para el trabajo, viejos, enfermos, discapacitados, de un lado, y de otro, del comienzo del proceso de disciplinamiento de la fuerza de trabajo requerida por el naciente capitalismo, mediante disposiciones legales y severamente coactivas, intrumentalizadas como dispositivos concurrentes en la tarea de la paulatina creación y ‘naturalización’ de un clima cultural ordenado en torno a la centralidad sociocultural del mundo y la actividad vital del trabajo¹⁴⁰. Se trata de un disposi-

140. Sobre el tema general del trabajo: “El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormitaban en ella y sujeta a su señorío el juego de fuerzas de la misma. No hemos de referirnos aquí a las primeras formas instintivas, de índole animal, que reviste el trabajo. La situación en que el obrero se presenta en el mercado, como vendedor de su propia fuerza de trabajo, ha dejado atrás, en el trasfondo lejano de los tiempos primitivos, la situación en que el trabajo humano no se había despo-

tivo que busca crear las actitudes y disposiciones adecuadas al tiempo social. Esto se hace no con una conciencia general del proceso en curso sino, en lo fundamental, respondiendo a circunstancias que se presentan como contingentes, en su aislamiento y aparente casualidad, que solo a posteriori pasan a ser captadas como momentos de un proceso y de una racionalidad objetiva subyacente reconstruible. El proceso se va desplegando, construyendo, a partir de las acciones de los propios individuos, condicionados e impulsados por fuerzas sociales que ellos mismos y sobre todo sus antepasados produjeron, pero de las cuales no son conscientes.

Y lo que subyace histórico-estructuralmente es el despliegue de las relaciones sociales, el imaginario y el poder social vinculados a la irrupción de la burguesía como clase poseedora. Toda la historia del occidente europeo, desde el siglo XIII, al menos, reposa hermenéuticamente en esta clave interpretativa principal (y por tanto, también la génesis del mundo contemporáneo). La progresiva emergencia de la burguesía como clase social es el elemento que paulatinamente consigue retotalizar el proceso histórico-social, reconfigurando y rejerarquizan-

jado aún de su primera forma instintiva. Concebimos el trabajo bajo una forma en la cual pertenece exclusivamente al hombre. Una araña ejecuta operaciones que recuerdan las del tejedor, y una abeja avergonzaría, por la construcción de las celdillas de su panal, a más de un maestro albañil.

Pero lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha modelado la celdilla en su cabeza antes de construirla en la cera. Al consumarse el proceso de trabajo surge un resultado que antes del comienzo de aquél ya existía en la imaginación del obrero, o sea idealmente. El obrero no sólo efectúa un cambio de forma de lo natural; en lo natural, al mismo tiempo, efectiviza su propio objetivo, objetivo que él sabe que determina, como una ley, el modo y manera de su accionar y al que tiene que subordinar su voluntad. Y esta subordinación no es un acto aislado. Además de esforzar los órganos que trabajan, se requiere del obrero, durante todo el transcurso del trabajo, la voluntad orientada a un fin, la cual se manifiesta como atención. Y tanto más se requiere esa atención cuanto menos atrayente sea para el obrero dicho trabajo, por su propio contenido y la forma y manera de su ejecución; cuanto menos, pues, disfrute el obrero de dicho trabajo como de un juego de sus propias fuerzas físicas y espirituales". Marx, *EL CAPITAL*. Tomo I, Cap V.

do una multiplicidad de elementos concurrentes, preexistentes (el peso de lo religioso) o novedosos (humanismo, espíritu científico).

Desde la perspectiva adecuada, esta confluencia de eventos va delineando un complejo en movimiento: la constitución como problema de orden público de la pobreza, la mendicidad, la vagancia, y su abordaje por la vía de la producción de normativa y la institucionalización de la atención y las ayudas a los ‘pobres impotentes’, así como la imposición de la obligación del trabajo, so pena de inclementes sanciones y castigos, a todos los capacitados, hace del XVI un siglo de transición en el que comienzan a reunirse los elementos que andando el tiempo configurarán la ‘cuestión social’.

Pero este es también el siglo en el que comienzan a experimentar su consolidación los modernos Estados nacionales, en aquellos países que marcarán predominantemente el ritmo de los acontecimientos por los próximos tres siglos¹⁴¹. Es decir, el Estado moderno y la cuestión social, como cosa pública, se desarrollan en el cauce del mismo proceso histórico, o aun, en otros términos, la cuestión social, en su forma temprana, concurre como factor determinante, entre otros, a la historia del surgimiento del Estado moderno. Un aparato institucional-administrativo dotado de una función coactiva legítimamente impuesta por el soberano y regulada normativamente, que comienza a perfilarse en el XV, incorpora entre sus funciones la atención en sus distintas facetas del problema social, como cosa pública. Lo principal a destacar aquí, desde el punto de vista que organiza este trabajo, es el nexo estructural de todo esto con el despliegue paulatino de las nuevas relaciones y los nuevos problemas vinculados a la modernidad burguesa. Las nuevas relaciones sociales, en su lento y accidentado emerger, retotalizan procesualmente el conjunto de elementos concurrentes, preexistentes y novedosos, dando lugar de a poco a una nueva singularidad sociohistórica, la sociedad burguesa.

141. Andrade, Eduardo. *TEORIA GENERAL DEL ESTADO*. Capítulo 4, “El Estado Nacional y la formación del sistema de Estados”. Ed. Harla. México. 1987.

El punto es la conceptualización de la ‘cuestión social’ moderna, ya en su más incipiente manifestación, como problema específico del capitalismo como sistema social, desde sus inicios cuando provoca el principio del desequilibrio y crisis del orden medioeval tradicional, con los efectos sociales mencionados, por un lado, y por el otro, en términos de las medidas a las que recurre, de la forma de enfrentar el problema al que ha contribuido. La ‘cuestión social’ solo puede comenzar a colocarse como problema tematizable en el discurso y la práctica político-institucional cuando una esfera de lo público correlativamente entra en proceso de configuración. Una distinción privado-público consolidada, estructurada por y estructuradora de la dinámica social, solo comienza a imponerse bajo las condiciones y circunstancias que se siguen de la creciente irrupción de las relaciones moderno-burguesas. Evidentemente se delimita aquí un objeto que requerirá aun dos siglos y medio para alcanzar un grado suficiente de composición hasta hacerse socialmente eficaz, modelador del curso histórico. Pero es imprescindible captar la génesis a fin de entender el carácter de la estructura madura¹⁴².

Si el siglo XVI fue de expansión, el XVII, según el criterio predominante, está marcado por una crisis generalizada de la economía europea, crisis de transformación, con expresiones diferentes según los países y regiones y según los sectores¹⁴³. Para algunos significó una situación de estancamiento y luego de decadencia, para otros, los menos, un convulso salto adelante en el desarrollo capitalista. El centro económico y comercial se traslada definitivamente al noroeste europeo (Holanda, Inglaterra, en parte Francia), pasando el mediterráneo a ocupar un lugar cada vez más

142. Este es uno de los puntos que permite establecer el vínculo epistemológico mutuamente potenciador entre el marxismo y Piaget.

143. Frank, Andre G. *LA ACUMULACION MUNDIAL*, 1492-1789. Ed. Siglo XXI. Madrid. 1985. Capítulo 2, “La depresión del siglo XVII”. También Eric Hobsbawm, *AS ORIGENS DA REVOLUÇÃO INDUSTRIAL*. Ed. Global. Sao Paulo. 1979. Capítulo I, “A crise geral da economia européia no século XVII”.

secundario. Para algunos países se habla incluso, muy discutiblemente, de 'refeudalización' (Italia, España, Portugal). Como sea, lo que parece claramente establecido es que una combinación de desestructuración creciente de las formas de organización productiva tradicionales en el campo con desastres percibidos como naturales, o socialmente agravados (a lo que hay que agregar los devastadores efectos de una sucesión de guerras; de la Guerra de los Treinta Años en Alemania -1618-1648- se ha dicho que 'no hubo nada tan terrible'), se tradujeron en una significativa caída de la producción agrícola, lo que provocó carestía, hambrunas e inevitablemente un considerable aumento de la pobreza, lo cual por su vez incidió sobre y reforzó una contracción general de la actividad económica, depresión a la que en consecuencia siguió un proceso deflacionario (sin que ello haya impedido o demorado el acelerado ritmo de enriquecimiento de unos pocos, particularmente, comerciantes en Holanda, Francia e Inglaterra)¹⁴⁴. En otros términos, una situación de crisis económica generalizada, en el marco de la continuidad de las transformaciones socioeconómicas relacionadas con el despliegue de las relaciones capitalistas, además del radical cambio del circuito comercial principal, da lugar a una modificación sustantiva y de largas consecuencias en la ubicación geográfica de los centros del proceso de modernización y consecuentemente en las relaciones internacionales de poder económico, político y cultural.

Los traumáticos procesos del XVII le dan una considerable figuración a los intereses holandeses en ultramar, pero sobre todo sientan las bases del predominio y la ventaja inglesa en el XVIII. Para los efectos de este trabajo, lo central consiste en remarcar que los desequilibrios y reorganizaciones provocadas por el despliegue de las relaciones capitalistas, en su fase preindustrial, es decir, comercial, mercantilista y manufacturera, se traduce en el plano social en un enorme

144. Huberman, Leo. *LOS BIENES TERRENALES DEL HOMBRE*. Capítulo IX, "Pobre, mendigo, ladrón..." Ed. Nuestro Tiempo. 1984.

trastorno, con aumento del desarraigo en el campo y de la ruina del artesanado, el desempleo, y caída de los salarios, la pobreza, el hambre (todo lo cual desata y alimenta flujos migratorios masivos). Incluso en aquellos países y regiones considerados ulteriores ganadores del período y de las convulsas transformaciones, como Holanda e Inglaterra, se conoce que durante el XVII la mortalidad infantil alcanzaba niveles en los que entre el 37% y el 43% de los niños no superaban los 6 años, dato que en nuestro tiempo suena inverosímil, sobre todo asociado a Europa¹⁴⁵.

Los brutales costos sociales del progreso capitalista dan lugar a un panorama desconcertante y contradictorio (rasgo definitorio del capitalismo para Engels y Marx, ya en el *MANIFIESTO*). El mercantilismo, ideología económica largamente dominante en la época, establecía que la riqueza de un país se apoyaba en la cantidad de metal precioso que era capaz de acumular. Esta premisa fundamental sin embargo dio lugar a comportamientos disímiles. En lugares como España, por su privilegiada condición de control cuasi-monopólico de principales fuentes de extracción de metales preciosos en las colonias del nuevo mundo, se tradujo en el aliento de un estilo rentista de conducta económica (buena parte del oro y la plata extraídos de las colonias ‘circulaba por Europa con la misma rapidez con que llegaba de ultramar’)¹⁴⁶; en Holanda primero, y en seguida en Inglaterra, por el contrario, estimuló los impulsos de fomento de la industria nacional y el comercio, los cuales a su vez repercuten sobre la estructura técnico-productiva y de propiedad en el campo. En simultáneo, el nuevo esquema demanda un resuelto apoyo del, naciente, Estado moderno, de modo que aquí el mercantilismo contribuyó a fortalecer además el poder político y la fragua de la idea de nación, simbólicamente representados en la persona del soberano y de la monarquía.

145. Hacking, Ian. *EL SURGIMIENTO DE LA PROBABILIDAD*. Ed. Gedisa. Barcelona. 1995. Ver el capítulo 12, Política Aritmética.

146. Huberman, L. Ob. cit. Págs. 124-125.

Por otro lado, los trastornos sociales, directos o representados como ‘naturales’, disparan el desamparo y la miseria, que sume a una amplia mayoría en una condición de vida atroz, agudizada por la ignorancia y la superstición generalizadas, y que hace particular mella en los niños huérfanos o abandonados, los llamados expósitos, en los viejos, los lisiados, los inhabilitados por las muchas y terribles enfermedades, todo lo cual se agrava episódicamente por las recurrentes y temidas pestes. Pero el problema público principal continúa siendo representado por las legiones de pobres e indigentes válidos y los efectos de inseguridad. Y a esto se responde con un incremento en la rigurosidad de las leyes de control de pobres, sea por la vía del destierro o del confinamiento. Foucault se ha referido a este período con la fórmula de ‘el gran encierro’.

En la primera mitad del siglo (XVII), en Inglaterra, la monarquía decide un endurecimiento de las normas, reforzando la persecución legal y el encerramiento de mendigos, vagabundos y de ‘todos aquellos que viviendo en la ociosidad y pudiendo trabajar se resisten o niegan a hacerlo’ por un ‘salario razonable’. En Francia, a mediados del siglo, se funda el célebre Hospital General, donde se confina a los marginados de muy diverso tipo, en correspondencia con una política de limpieza de la pobreza, y, en realidad, de todos aquellos que se muestran incapaces de adaptarse al drástico giro en los valores impuesto por una sociedad que erige el trabajo, regular y controlado, y el disciplinamiento de la fuerza de trabajo en cualidad, principio o virtud suprema, proscribiendo en consecuencia cualquier forma de ociosidad (entre los subordinados)¹⁴⁷. Por toda Europa proliferan las cárceles para pobres y los orfanatos-correccionales (brutales encerramientos infantiles dedicados a moldear

147. Foucault, Michel. *HISTORIA DE LA LOCURA*. FCE. Bogotá, 1998. p. 106. La historia de los esfuerzos por imponer una nueva organización y cultura del trabajo (asalariado) y del tenaz empeño en disciplinar la fuerza de trabajo, ha sido ampliamente documentada, desde Marx hasta Thompson.

a los niños práctica y espiritualmente para su vida de trabajo¹⁴⁸), y los leprosarios, una vez que se ha conseguido disminuir la incidencia de la enfermedad, son reconvertidos a la nueva utilización, de represión y custodia¹⁴⁹.

No obstante, la institución que probablemente mejor expresa el carácter de las políticas de persecución de la mendicidad son las muy apropiadamente llamadas *workhouse* inglesas, fundadas las primeras en este siglo. Presentadas como instituciones diseñadas por la autoridad para dedicarlas al cuidado de los que fracasan en la responsabilidad de cuidarse a sí mismos, es decir, familias enteras, en realidad, las *workhouse* eran temidos centros de confinamiento, prisiones en las cuales los reclusos considerados desempleados capaces ('able-bodies') debían desarrollar un trabajo manual, no retribuido, a cambio de comida y alojamiento. Si bien daban albergue a pobres inhabilitados para el trabajo (enfermos, discapacitados, ancianos, niños abandonados), la institución estaba asociada con una imagen degradante, resultando un estigma socialmente desmoralizador la eventualidad del internamiento, que por tanto funcionaba, explícitamente, como un dispositivo de disuasión de la mendicidad y el vagabundeo.

148. *OLIVER TWIST*, de Charles Dickens, constituye un emblemático fresco literario acerca del sórdido mundo de la pobreza y los desgarradores dramas sociales de la época, años 30, recorridos a partir de las vicisitudes del trabajo infantil y las peripecias delictivas en que se ve envuelto el chico cuyo nombre titula la novela. El tartufismo liberal prefiere devaluar la prosa de denuncia social a fábula moral. Pero, con independencia de la intención de Dickens, el texto es, en este respecto, descriptivamente literal: muestra cómo el prejuicio y el desprecio de los privilegiados hacia los marginados, y sus expresiones institucionales, les envuelve en una trama de miseria, ignorancia y degradación de tal densidad que la única escapatoria posible viene dada por la eventual irrupción de algún paternal corazón caritativo, proveniente de la misma pequeña élite y corresponsable del cepo estructural. Para millones de niños, nunca hubo un Mr. Brownlow.

149. En *EL DERECHO A LA PEREZA*, Paul Lafargue entregó una perspicaz variante en la crítica de la civilización capitalista, enfocada esta vez en la denuncia de la hipocresía burguesa, que al tiempo que transforma el trabajo en valor central se reserva el acceso al privilegiado 'ocio creador', el cual se funda justamente en la esclavitud asalariada. *EL DERECHO A LA PEREZA*, Ed. Grijalbo, México, 1970.

Pese a las grandes convulsiones, sociales y 'naturales', de un siglo marcado por pestes y hambrunas, guerras y conflictos políticos, el XVII es finalmente, como se ha dicho, un período de continuado desarrollo y progresivo fortalecimiento del emergente poder social de la burguesía como clase social poseedora (la paulatina liberación de la burguesía de la tutela de la aristocracia se aproxima a un punto de inflexión), en la medida en que la centuria asiste a una considerable extensión de las nuevas relaciones sociales. Esto se revela con particular notoriedad en dos esferas relativamente autónomas pero interrelacionadas de lo real social, la política y la ciencia. Las dos grandes revoluciones inglesas son la primera gran fenomenización política, aún mediada por multitud de elementos tradicionales, del orden social en desarrollo, y se resuelven estableciendo el vuelco definitivo hacia el poder económico y los valores y la moral burguesas, representan la instalación definitiva de la primacía del capitalismo puritano, del individualismo mundano, de los intereses comerciales dirigiendo la política exterior, del derecho a la inviolabilidad de la privacidad y la propiedad por parte de la autoridad, en fin del talante y el imaginario de la nueva clase dominante, de la nueva cultura burguesa, en el marco de una solución de compromiso que lejos de obstaculizar despeja el camino para el desarrollo ulterior, pero que evita los aspectos más convulsos de una ruptura violenta¹⁵⁰.

Por otro lado, es un siglo que cobija algunos de los momentos más relevantes en la larga historia de éxitos del pensamiento y la ciencia modernas: nombres como los de Spinoza, Pascal, Huygens, Galilei, Torricelli, Leibniz, Newton, Kepler, Locke, Fermat, Descartes, Hobbes, entre los más celebrados, bastan para dar una idea bastante precisa de porqué es un lugar común afirmar que durante el XVII se experimenta una verdadera revolución científica, la que se proyectará sobre el tiempo incidiendo determinantemente

150. Novack, George. *DEMOCRACIA Y REVOLUCION*. Ed. Fontamara. Barcelona. 1977. Págs. 70-77.

sobre el clima cultural y las mentalidades del sector social más eficaz histórico-socialmente, además de constituirse en el soporte de adelantos técnicos que por su vez repercuten directa o indirectamente sobre las condiciones de producción, con lo cual el proceso continúa reproduciéndose en forma ampliada mediante la causalidad recíproca de los distintos factores o determinantes.

En el terreno de las condiciones sociales derivadas y de la reflexión sobre las mismas, el inicio del XVIII registra un evento notable: la publicación de un texto emblemático, cuya relativamente discreta notoriedad en la historia de las ideas solo puede explicarse por la difícil de eludir sensación de incómodo embarazo que inevitablemente acaba produciendo entre los más hábiles defensores del nuevo orden social. *LA FABULA DE LAS ABEJAS* de Bernard de Mandeville, completado entre 1705 y 1729, en un estilo de sátira política, repleto de comentarios sarcásticos y provocadoramente chocantes, trae como famoso subtítulo ‘vicios privados, beneficios públicos’, y desató un considerable y prolongado escándalo en la bien pensante sociedad de la época, granjeándole a su autor el título-mote de abogado del vicio¹⁵¹. Mandeville es por diversos motivos un personaje de notable interés para la comprensión crítica de la modernidad burguesa. Es el lugar intelectual de una impertinente o descarada y del todo inusual transparencia.

La *FABULA*., que es un antecedente directo e influyó significativamente sobre el trabajo de Adam Smith, anticipando algunas de sus principales tesis¹⁵², siendo considerado un texto fundante por buena parte del liberalismo (pese a

151. Mandeville, Bernard de. *LA FABULA DE LAS ABEJAS*. Ed. FCE. México. 1982. En cuanto al proceso de elaboración de la obra y el tono general de su recepción, ver el estudio introductorio de F.B. Kaye incorporado a la edición de FCE.

152. Pascual, Esther. “Mandeville y Smith: elementos de una herencia no reconocida”. *Política y Sociedad* 37, Madrid, 2001, págs. 91-96. Marx: “El célebre pasaje de ese mismo capítulo (capítulo I de *LA RIQUEZA DE LAS NACIONES*...) que comienza con las palabras: ‘Obsérvese el alojamiento...’ esta copiado casi literalmente de las notas de Bernard de Mandeville a su *FABULA DE LAS ABEJAS*”. *EL CAPITAL*, Tomo I, nota 34.

la turbación que inevitablemente produce), es un poderoso alegato en defensa de la sociedad (del capitalismo) comercial, la cual funciona tanto mejor cuanto menor sea la intervención del gobierno, pues se trata de un orden de asuntos que tienden a un cierto equilibrio por sí mismos, sobre la base de la persecución por cada individuo de su propio interés individual (apetencias que la hipocresía ambiente llama vicios), todo lo cual acaba dando lugar a un orden armónico y a los citados beneficios públicos, sin que estos deban ser objeto de una intervención explícita: la buena intención (intervencionista) suele robarnos la felicidad que fluiría espontáneamente de la natural concurrencia de las múltiples aspiraciones egoístas.

En otras palabras, Mandeville es una de las personificaciones, tal vez la más incómodamente explícita, del notable avance en la autoconciencia de una época marcada por el creciente peso del poder y los valores de la burguesía comercial, la cual incide directa e indirectamente de manera decisiva sobre el desarrollo rural y urbano de la manufactura, en su período preindustrial¹⁵³. En paralelo con el cambio socioeconómico y en interacción recíproca hay un profundo cambio cultural que se vuelca sobre las (auto)representaciones y conductas, los modos de ser y hacer (los cambios socioestructurales provocados por la acción de individuos y grupos en sectores específicos pero críticos del campo social, a partir de posibilidades objetivas previas, se extienden y ganan en densidad, dirigiéndose con ritmo variable y no sin enfrentar una persistente y aún potente resistencia hacia el resultado histórico que hoy constituye el fundamento de nuestro presente, que se ha realizado en un proceso agonal; *LA FABULA...* es un momento de ese proceso, como efecto y causa, un momento intelectual, es decir, un chispazo, uno

153. Sobre el ya considerable grado de auto consciencia alcanzado por la emergente sociedad mercantil, verificado en la obra de autores emblemáticos como Hobbes y Locke, ver *LA TEORIA POLITICA DEL INDIVIDUALISMO POS-ESIVO* de C. B. Macpherson (págs. 16-17, 62-63, 81, 93-95, 137, 169-172 y todo el capítulo V), un trabajo notable y de referencia obligada.

ásperamente lúcido, del despliegue del ‘espíritu’, de la autoconciencia del nuevo orden burgués, en los sujetos y agentes que lo portan y lo personifican, a través de los cuales se realiza, en lo macro, y que lo realizan, en lo micro¹⁵⁴).

El enorme escándalo que provocó y el contundente rechazo cosechado por obra y autor pueden parecer disonantes o fuera de lugar; en realidad se explican, en buena medida, por lo chocante que comprensiblemente resultan sus principios para el orden vigente, ya no propiamente me-

154. Mandeville, B. Ob. cit. Págs 162-163.

“Donde la propiedad está suficientemente protegida, sería más fácil vivir sin dinero que sin pobres, ¿porque quien haría el trabajo?... Así como se debe velar para que los pobres no mueran de hambre, no debieran recibir nada que valga la pena ahorrar...; pero a todas las naciones ricas les interesa que la parte mayor de los pobres nunca esté inactiva y, sin embargo, que gasten continuamente lo que perciben... Los que se ganan la vida con su trabajo diario (...) no tienen nada que los acicatee para ser serviciales salvo sus necesidades, que es prudente mitigar, pero que sería insensato curar. La única cosa que puede hacer diligente al hombre que trabaja es un salario moderado. Si fuera demasiado pequeño lo desanimaría o, según su temperamento, lo empujaría a la desesperación; si fuera demasiado grande se volvería insolente o perezoso... De lo que hasta ahora hemos expuesto, se desprende que en una nación libre, donde no se permite tener esclavos, la riqueza más segura consiste en una multitud de pobres laboriosos. Porque además de ser la fuente inagotable de las armadas y los ejércitos, sin ellos no habría ningún disfrute y ningún producto del país sería valorizable. Para hacer feliz a la sociedad y para contentar al pueblo aun en su mísera situación, es necesario que la gran mayoría siga siendo tan ignorante como pobre. El conocimiento amplía y multiplica nuestros deseos, y cuanto menos desea un hombre tanto más fácilmente puede satisfacer sus necesidades”. Uno de los fragmentos citados por Marx en *EL CAPITAL*.

Frederic Morton Eden (discípulo de Smith) agregaba, en *LA SITUACIÓN DE LA POBREZA, HISTORIA DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA*, 1797: “Nuestra zona exige trabajo para la satisfacción de las necesidades, y por ello es necesario que por lo menos una parte de la sociedad trabaje infatigablemente... Hay quienes no trabajan y que, sin embargo, tienen a su disposición los productos de la diligencia... Las personas de posición independiente... deben su fortuna casi exclusivamente al trabajo de otros... no a su capacidad personal, que en absoluto es mejor que la de los demás; no es la posesión de tierras y dinero, sino el poder disponer del trabajo lo que distingue a los ricos de los pobres... Lo que conviene a los pobres... es una relación de dependencia liberal... Tal relación de dependencia, como lo sabe todo el que conozca la naturaleza humana... es necesaria para la comodidad del obrero mismo”. Marx, *EL CAPITAL*.

dieval, pero aun significativamente marcado por elementos de poder tradicional, la aristocracia, las iglesias y las ambigüedades del absolutismo monárquico. Pero las objeciones y hasta condenas surgidas también del recién llegado pero desafiante pensamiento liberal, presentan un interés singular, ponen de manifiesto el núcleo de las limitaciones sociales del pensamiento bajo el orden burgués: se puede formular la cuestión acerca de si un orden social (en el ámbito acostumbrado del concepto) que no limite o controle de alguna forma el conocimiento sobre sí mismo es en definitiva posible; lo que parece más allá de todo cuestionamiento es que una sociedad fundada en la desigualdad social estructural, la división en clases, la explotación del trabajo social y la dominación, no puede transparentarse reflexivamente del todo sin exponerse a consecuencias social y culturalmente devastadoras. La pudorosa reacción del mundillo liberal-burgués ante *LA FABULA...* (embarazo persistente ante un texto al día de hoy mantenido en la penumbra, disimulado) pone de manifiesto y adelanta los límites del autoconocimiento del orden moderno-burgués, y por lo tanto del pensamiento y la ciencia social institucionalizada.

Lo que hace de *LA FABULA...* un texto notable y un elemento decisivo de la historia del pensamiento moderno y de la historia del capitalismo, es el hecho de que marca el lugar de una explícita manifestación de la progresiva conciencia de sí de una época, de un mundo, de un sujeto social, de un imaginario, una ética, un proyecto civilizatorio, que en ese momento aún no traza una imagen nítida, pero que se ha demostrado ya capaz de producir un esbozo revelador. El proceso de secularización tiene una traducción en el curso de autoconocimiento y reconocimiento de los sujetos actuantes en tanto personificaciones del principio de autonomía. En poco menos de un siglo la tendencia encontrará-producirá un remate extraordinario en la *FENOMENOLOGIA DEL ESPIRITU* de Hegel: el sujeto burgués ha llegado a la plena conciencia de sí y de su capacidad de transformar, 'crear', el mundo.

Desde el punto de vista del tema que nos ocupa, *LA FABULA...* marca el inicio del siglo ilustrado. Adam Smith lo cerrará ocupándose justamente de Mandeville, como parte de su tarea de poner sobre fundamentos sólidos una ciencia de los procesos de creación de riqueza. Para nuestro estudio, lo fundamental es que se trata de un siglo que ve nacer la autoconciencia del individuo burgués, el 'espíritu del capitalismo' se encamina a prescindir de la ética ascética, incluso de la versión secularizada-racionalista, reconociéndose en y reconciliándose poco a poco con su ethos individualista, egoísta racional y hedonista; el sujeto burgués expresa y lleva al reencuentro de la Humanidad con lo que concibe como su condición 'natural'.

En un siglo de pujante expansión económica y sobre todo marcado por el despuntar del maquinismo y la primera revolución industrial, las condiciones generales de vida en los centros del proceso de cambios económico-sociales observan un claro mejoramiento: una combinación de aumento de las posibilidades de encontrar empleo, cierto incremento de los salarios e innovaciones técnicas y organizativas aplicadas a la salubridad pública, se traducen en el mencionado mejoramiento relativo de las condiciones de vida (nutrición, salud) y notadamente en la expansión demográfica. Por otro lado, el alargamiento del poder colonial territorial y la influencia cultural de las potencias europeas, así como el surgimiento de los Estados Unidos, continúa alimentando el flujo migratorio de ultramar. Teórico-metodológicamente, el incremento de la riqueza en el marco de la extensión de las relaciones capitalistas, y pese a la tendencial consolidación estructural y profundización de la desigualdad, abre posibilidades del todo nuevas para los individuos de los centros del flamante capitalismo colonial, que no solo suman opciones sino que sistémicamente contribuyen a mantener el orden vigente en movimiento ampliando su horizonte, reotimizándolo, reconfigurándolo, a través de saltos recombinatorios. Las fuerzas sociales surgidas de la historia humana impulsan a los individuos del presente.

Fenoménicamente, sin embargo, los notables cambios del siglo no resultan tan notorios en el ámbito de la situación social inmediatamente evidente: una mayoría sigue sumida en la miseria y los abismales contrastes de riqueza se mantienen y aun parecen ensancharse. El incremento de la población y su afluencia a las ciudades acaso la torna más visible. Las penurias tal vez sean en cierto sentido las mismas de siempre, pero lo nuevo, lo que resulta histórico-sociológicamente de singular relevancia es la forma en que el fenómeno se instala en el nuevo clima cultural en curso de condensación. El constante avance, más allá de las poderosas resistencias, de los rasgos característicos del nuevo orden social, en particular, el crecimiento de las ciudades, hace más visible la pobreza, sus efectos y sus dimensiones. La situación provoca reacciones diversas: previsiblemente, un acentuamiento de la rigurosidad de las leyes de pobres (de control de la mendicidad, de reclusión y de arraigo territorial), pero también, hacia el final del siglo, particularmente en Inglaterra, a un refuerzo legal-institucional de la asistencia a los pobres desvalidos (asilos) o incluso ‘capacitados’ (en forma de subsidios de desempleo asumidos por impuestos locales); en algunas regiones de Inglaterra se llega al punto de introducir subsidios a los salarios insuficientes de trabajadores ocupados (acuerdos de Speenhamland), con ocasión de situaciones de caída de la producción agrícola, disparada de los precios y súbito incremento de las penurias y hasta episodios de hambrunas¹⁵⁵.

Evidentemente, estos movimientos tienden a traducirse en un incremento de los costes del sistema de socorro, lo cual alimentó un intenso y acalorado debate a fines del XVIII y durante las cuatro primeras décadas del XIX, debate que se desarrolla en un ambiente intelectual crecientemente marcado por la poderosa irrupción del liberalismo económico y que en realidad no es más que un indicador o efecto adi-

155. Chaparro, Germán; Rodríguez, Sandra. “Las Leyes de Pobres: un debate inconcluso”. Obtenido en www.econ.uba.ar/www/institutos/epistemologia/marco.

cional de tal irrupción. Las iniciativas y el debate político-teórico dan cuenta de un período de transición, en el que el rumbo no está nada claro y en el que no existen reglas de procedimiento establecidas y ampliamente reconocidas. Las disputas expresan la confusión y la incertidumbre típicas de los momentos de paso. Por un lado, profundos cambios culturales asociados a los trastornos socioestructurales en curso, involucran una nueva perspectiva ética, una búsqueda, un sentido renovado de la idea de dignidad humana (Kant, entre otros: el ser humano no es medio sino fin en sí mismo; Hume: el sentimiento moral común a todos los seres humanos).

El individuo burgués en su camino hacia el autoconocimiento va rompiendo con las ataduras teológico-medievales, las de la criatura humillada, sumida en el autodesprecio, trocándolas en agresiva autoafirmación y engreído talante. Un efecto de ello es que la pobreza, por mucho tiempo, bajo el poder teocrático, considerada como un dato inherente a la vida de los hombres, una consecuencia de su naturaleza caída¹⁵⁶, comienza a ser percibida, por algunos, como una intolerable afrenta a la condición humana. El final del XVIII está marcado por la triunfante revolución en Francia, pero también por la entrada en escena de los primeros movimientos y pensadores socialistas, que en cierto sentido tienden a confluir con y tomar el relevo, en un entorno de progresiva secularización, de los movimientos heréticos igualitaristas¹⁵⁷. Todo ello lleva a una suerte de destrascendentalización de la pobreza, para concebirla como un fenómeno propiamente humano, relativo a los hombres y la sociedad. Es decir, un problema, otro, que compete a las instituciones y a las normas, y del que hay que hacerse cargo en cuanto a las formas de abordaje.

156. Groethuysen, Bernhard. *LA FORMACION DE LA CONCIENCIA BURGUESA*. FCE. México. 1943. Ver Segunda parte: Las Doctrinas Sociales de la Iglesia Católica y la Burguesía.

157. Kofler, Leo. *CONTRIBUCION A LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD BURGUESA*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires. 1971. Ver capítulos 7, 8 y 9 de la Segunda parte.

Y es aquí donde se da el despunte de una característica confrontación, que, en realidad con una mínima variación en sus términos, continúa al día de hoy: la pobreza, ¿debe ser activamente enfrentada, buscando superarla, erradicarla, completa y definitivamente, como imperativo moral (al margen de consideraciones acerca de la racionalidad económica positiva de tal superación)? O, por el contrario, constituye un fenómeno social cuya evolución ha de depender de procesos y actuaciones en un ámbito más propiamente económico-sistémico, anónimo, es decir, del proceso de creación de riqueza a partir de un funcionamiento 'normal', no distorsionado, del mercado como mecanismo impersonal, ciego, 'autorregulado'. Estamos ante el clásico debate entre intervencionistas y antiintervencionistas, que ya aparece con nítida claridad en la argumentación de Mandeville, pero que hacia el fin de siglo se profundiza y clarifica, adquiriendo los rasgos básicos que ya no perderá, en lo fundamental, bajo el orden social burgués, durante la mayor parte de los últimos doscientos años como debate tensado y desarrollado entre las posiciones liberales y social-reformistas, las que, por otro lado, comparten la ruptura con la visión cristiano-católica del tema, netamente orientada esta última a la práctica de la caridad como elemento fundante de una relación de dependencia, humillante y degradadora de la condición y el espíritu humanos.

En este punto nos interesa sobre todo la posición liberal, que muy temprano comienza a adquirir contornos reconocibles. Dos aspectos organizan el punto de vista básico del liberalismo económico: el problema de la movilidad de los individuos y los subsidios como opuestos a los incentivos al trabajo y la productividad. Para sus más emblemáticos pensadores, las leyes de pobres se habían transformado a fines del XVIII en una pesada, incluso insostenible, carga para el proceso de expansión de la riqueza bajo criterios mercantiles, que en ese momento ya era un fenómeno reconocible, describible, analizable, capaz de capturar la atención de algunas de las mentes más notables de la época, aun si no se

ocupaban principalmente del asunto. Primero, las leyes de pobres habían sido desde un principio pensadas como forma de abordar el 'problema', ya apuntado, del vagabundaje. Se trataba de arraigar a los individuos a fin de inducirlos al trabajo productivo, como cambio cultural y de mentalidades, además de paliar el azote de la delincuencia y el bandadaje en los caminos. La institucionalización de la caridad dispensaba ayudas a los pobres y no prohibía la práctica del mendigar, pero penalizaba severamente el abandono de la localidad-parroquia de referencia¹⁵⁸.

No obstante, una vez que las nuevas relaciones han alcanzado un suficiente grado de implantación, las normas de arraigo, que en un principio funcionaron induciendo un cambio cultural significativo en la prevaleciente mentalidad campesina, comienzan a mostrarse como obstáculos para el funcionamiento fluido y la nueva fase de despliegue del flamante mecanismo económico: las restricciones al libre funcionamiento y concurrencia del mercado dificultan los 'ajustes naturales, competitivos' de la economía y por supuesto tienden a frenarla; al impedir la libre circulación de la fuerza de trabajo, es decir, la libre concurrencia en el mercado de una mercancía crítica, excepcional, la única capaz de crear nuevo valor, se constituyen, las leyes, en un obstáculo a la oferta, que tiende a encarecer un insumo decisivo y a incrementar los costos agregados totales, con lo cual 'evidentemente' se afectan la competitividad de las empresas, las ganancias de los empresarios, la riqueza y poderío de la nación y, finalmente, pero no en último término, la propia condición de los trabajadores y los pobres, dos nociones para dos conjuntos con una amplia zona de intersección. La libre circulación de la fuerza de trabajo constituye un elemento decisivo en el proceso de extensión y enraizamiento de las relaciones de producción capitalistas; puede haber explotación con fines capitalistas sin trabajo libre (como en el período colonial), pero no una implantación exitosa de la preponderancia de

158. Petit, J. Ob. cit. Pág. 182.

tales relaciones en el entramado de la formación económico-social¹⁵⁹. De modo que para los apóstoles del mercado libre como palanca sin par para la generación de riqueza, esta disposición, del asentamiento, de las leyes de pobres aparece como un elemento de creciente irracionalidad.

En cuanto al segundo tema, no ofrece mayor dificultad el argumento de los propagandistas, antes bien se nos presenta con un aspecto de notable familiaridad: los subsidios o transferencias a los pobres y trabajadores, empleados o en paro, suman incentivos negativos respecto del trabajo y los niveles de productividad¹⁶⁰. El criterio de fondo es que ‘el estado de necesidad’ (fórmula que, para el caso de buena parte de los trabajadores poco calificados de la periferia capitalista, designa una situación siempre muy próxima de la indigencia y el hambre) constituye un poderoso estímulo, en realidad el único suficiente, en último término, para mover a los pobres/trabajadores a la búsqueda y mantenimiento

159. Nahuel Moreno, “Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América”. www.marxists.org

160. En una nota del diario LA TERCERA de Santiago de Chile, del 26 de septiembre de 2011, titulada “Políticas sociales e incentivos al trabajo”, se refiere lo siguiente: “Las ayudas a los sectores más vulnerables deben ser diseñadas de manera tal que no hagan a las personas dependientes de la asistencia estatal(...) un antecedente muy relevante, que debe ser considerado en el diseño de las políticas sociales del Estado, para evitar que se generen desincentivos a la empleabilidad de las personas y se incremente de manera inconveniente la dependencia del Estado de los sectores de menores ingresos(...) no debe perderse de vista que esto debe ser hecho de manera de no desincentivar los esfuerzos de quienes se encuentran en esa situación por proveerse ingresos por sí mismos(...) en la definición de las políticas de subsidios y ayudas del Estado deben establecerse normas y obligaciones que incentiven el esfuerzo individual(...) lo que les mejorará sustancialmente sus posibilidades futuras de empleabilidad(...) La autoridad ha anunciado que está preocupada de prevenir que este nuevo sistema de beneficios genere incentivos negativos a la búsqueda de trabajo y al propio esfuerzo de generación de ingresos de los beneficiarios...”. Es decir, Smith, Malthus y Ricardo, cuasiliteralmente. Mandeville: “Nada mueve a los trabajadores a ser serviciales salvo sus necesidades, que es prudente aliviar pero locura eliminar”.

Los republicanos norteamericanos se sienten más cómodos con el tono aportado por Spencer en sus obras.

del empleo y al incremento de sus niveles de empeño y productividad¹⁶¹.

Por esta vía, de la imposición de una nueva concepción y disciplina del trabajo, se buscaba no apenas un efecto directo, inmediato, sino principalmente inducir todo un cambio de mentalidad y en el clima cultural capaz de operar la

161. Lo único que puede mover a seres humanos a entregar la mayor y, sobre todo, mejor parte de sus vidas en una actividad generalmente rutinaria, monótona, por ello desagradable, muchas veces fatigosa, incluso dolorosa, de bajo estatus, incluso socialmente degradante, que mina la dignidad de los individuos, y no solo de los mal pagados trabajadores manuales. En el caso de los calificados, salidos de las universidades -marca que por supuesto remite también, en las condiciones del capitalismo tardío, a un dispositivo orientado a dualizar al proletariado, rompiendo su solidaridad como clase-, cuya actividad laboral, incluso cuando bien remunerada, suele ser similarmente tediosa, poco estimulante y agotadora, un tiempo cada vez más desprovisto de sentido, vivido como algo que les impide disfrutar de su vida, aunque tengan los ingresos monetarios requeridos -lo cual es una forma sintética de poner la radical, desquiciante, irracionalidad de la racionalidad capitalista-, lo que, sin embargo, los impulsa a tolerar las insatisfactorias circunstancias del tiempo dedicado al trabajo es la asunción de que, pese a todo, bajo el capitalismo un cierto nivel de ingreso representa la excluyente y, prácticamente, única condición de posibilidad de las expectativas de tal disfrute; disfrute y tiempo de ocio que, por otro lado, bajo las condiciones mercantilizadas, igualmente tienden a reforzar la situación alienante. Se trata de una ilusión, en el mundo del trabajo contemporáneo, incluso si y cuando la vocación coincide con la ocupación/profesión, la situación se encuentra permanentemente bajo amenaza por el funcionamiento propio del capitalismo: crisis, competencia, exitismo, supeditación a los intereses y racionalidad de las corporaciones (el empleo condicionado por el balance financiero, etc.). Pero, como dice Freud, 'la ilusión es la proyección de un deseo'. Es decir, en el mundo de los calificados, 'se trabaja para consumir', lo cual ya revelaría falta de sentido del arreglo societal; pero este consumo, además, ni siquiera está principalmente orientado a atender necesidades generales, básicas o sofisticadas, aunque deba evidentemente cumplir con esto, es, socialmente, un consumo que atiende otros objetivos, funciona como signo de estatus, es un consumo simbólico, un marcador de posición social, con el cual se relaciona la consideración social y el autorespeto. En breve, el trabajo asalariado, que para los individuos representa una potencial fuente de identidad y de satisfacción/realización, bajo el capitalismo se degrada, para la mayoría, en simple vía de escape de la miseria o pasaporte para un sofisticado nivel de consumo, por su vez, instrumental respecto de los criterios culturalmente instalados de prestigio social. El legítimo placer y derecho al consumo se envilecen en una forma fetichizada. 'Los ricos también lloran', pero, como dicen que dijo la viuda Gucci: 'prefiero llorar sobre un Rolls que ser feliz en una bicicleta'....

reconciliación íntima de los individuos con su lugar en la sociedad, interiorizando las relaciones sociales imperantes e incorporándolas y traduciéndolas al lenguaje del sentido común, de 'lo que todo el mundo sabe', haciéndolas parte de 'lo que se da por descontado'. A esta visión subyace el típico bajo concepto entre las élites sobre la condición, 'la naturaleza', de los sectores subalternos, la desdichada condición moral y las limitaciones intelectuales características e insuperables de la plebe, que hace de la lucha contra la indolencia, y la inmoralidad, de las masas una necesidad permanente. Naturaleza caída, inclinación al vicio y la vida disoluta, indolencia y desidia: solo el trabajo (y la disciplina de una moral severa) puede redimir a 'los simples'¹⁶². Es en pocas palabras la ideología de la inferioridad moral de los subordinados, sobre la que se compone y justifica buena parte de la acción y las actitudes de los superiores.

El criterio fundamental es un cimiento de la perspectiva liberal: los subsidios, en tanto que financiados con impuestos, reducen los beneficios; esto perjudica la acumulación de capital y la expansión de la actividad; todo lo cual conspira

162. En la segunda mitad del siglo XX, en la medida que el proceso de secularización, objetivamente adelantado por el capitalismo, limita cada vez más, sin desplazarlo del todo, el peso y la eficacia de la religión institucionalizada, como mecanismo de influencia y control, y en consonancia con su deriva fundamentalmente liberal-hedonista, el orden burgués se orienta hacia un progresivo, controlado y limitado abandono de la moral represiva, en sus versiones más tradicionales (obligado, en realidad, pues el propio proceso social producido por el capitalismo, con sus efectos no buscados, mina la autoridad de las agencias y rasgos más conservadores), sustituyéndola por un complejo dispositivo cultural-institucional orientado a incidir sobre la estructura de la inclinación al placer, a la modelación y la manipulación del deseo, particularmente en relación con la pasión y el derecho al consumo (en tanto que dimensión del disfrute en el proceso general de producción, como hace notar Marx). Parsons incluso realiza una aproximación muy peculiar a la obra de Freud, a partir de su convicción, del todo acertada, de la necesidad de la Sociología de una teoría de la socialización, 'y que esta debía basarse en el psicoanálisis, el conjunto más notable de conceptos acerca de la internalización de la cultura'. En "Categorías fundamentales de la teoría de la acción. Declaración general" Parsons aporta una aproximación al tema, así como en sus escritos sobre la familia como ámbito privilegiado de socialización primaria y de integración cultural de los sujetos jóvenes.

contra el crecimiento económico y evidentemente contra la generación de empleo y la prosperidad y felicidad general, esto es, contra los intereses y aspiraciones de los propios trabajadores. En breves términos, los subsidios a los pobres/trabajadores perjudican a la postre a los presuntos beneficiarios, quienes debieran ser los más interesados en su abolición...

El debate intelectual, periodístico e institucional inglés, elemento de una característicamente encarnizada lucha política, se salda con el famoso 'Informe de la ley de pobres' de 1834, de notable resonancia en el resto de Europa, que, entre otras medidas, principalmente elimina o reduce al mínimo los subsidios a los desempleados capaces, sustituyéndolos por el fortalecimiento y extensión de las casas de trabajo, en las cuales los desempleados con sus familias podían encontrar ayuda a cambio de realizar algún trabajo, en condiciones, laborales, salariales y de imagen social, por cierto no demasiado atractivas, a fin, por supuesto, de desalentar comportamientos acomodaticios y favorecer la permanencia o reincorporación al mercado de trabajo regular. Típicamente, para los privilegiados grupos del polo opuesto de la estratificación social, los subordinados padecen una irrefrenable y morbosa inclinación a buscar vivir de las, muy magras, transferencias públicas, renunciando así a los 'seguros beneficios del trabajo duro y la vida disciplinada'; la cerrada oposición de la derecha norteamericana a las ayudas al embarazo adolescente, se funda en la firme convicción de que las adolescentes negras y latinas tienden conscientemente a ponerse en posición de poder vivir y 'disfrutar' del subsidio.

El hecho es que el XIX constituye un siglo que en el tema de nuestro estudio marca un antes y después. Tras la sucesión de crisis económicas locales de las primeras décadas, la nueva civilización industrial creada por el capitalismo se implanta definitivamente a partir de los años 30. Las innovaciones técnicas comienzan a modificar rotunda y masivamente el paisaje, la concepción del espacio y el tiempo; la sorpresa, el desconcierto, el choque del trastorno, pronto

ceden el lugar a un creciente sentimiento de euforia; la palabra progreso se incorpora al lenguaje y el sentido común en los centros de la modernización capitalista¹⁶³. La aparición del telégrafo, el ferrocarril, el barco a vapor con quilla de acero, y otras novedades, suponen una revolución en los transportes y comunicaciones –que achican el tiempo que toma recorrer el espacio o anulan espacio con tiempo (Harvey)–, que por su vez y por una serie de mediaciones tienden a ‘disolver todo lo sólido en el aire’. Y así, otra aceleración del cambio cultural y en las mentalidades entra en escena. Las tendencias seculares del capitalismo se confirman, se hacen más visibles, y sobre todo se profundizan estructuralmente, y además se van incorporando al sentido común retotalizándolo. En particular, la urbanización alcanza nuevas cotas, tornándose definitivamente en uno de los rasgos externos más relevantes y reveladores del proceso histórico de la modernidad. La ciudad es el locus del nuevo clima cultural, del sencillamente extraordinario proceso de destrascendentalización y secularización, de destradicionalización y desencanto y racionalización del mundo, del futuro advenimiento de la sociedad de masas y, en simultáneo, del despliegue de la individuación.

En este contexto de aceleración de la historia, de maquinismo, de escape de la modorra rural, del definitivo establecimiento de la primacía de la mentalidad urbana, de firme aceleración de la internacionalización del capital, de salto de calidad en el despliegue y estructuración del mercado mundial y finalmente de paso a la fase imperialista-monopólica del capitalismo, en su versión financiera, y por supuesto de las correspondientes colateralidades intelectuales, que de efectos pasan a causa del proceso, la cuestión social finalmente experimenta el salto definitivo al lugar político y cultural desde el cual operará como uno de los factores decisivos en los debates políticos, en los análisis económicos,

163. Mandel, Ernest. *TRATADO DE ECONOMIA MARXISTA*. Ed. ERA. México. 1975. Capítulo IV, “El desarrollo del capital”.

en los arreglos institucionales, en los movimientos y luchas sociales, es decir, en el contradictorio proceso civilizatorio motorizado por la burguesía, como fuerza social modeladora de la historia, en un curso de creciente racionalización instrumental del mundo y de la vida.

Una racionalización que sin embargo se define a partir y desde los intereses y el imaginario de una clase y fuerza social cuyo poder y predominio no puede no dar lugar a un conflicto social estructuralmente radicado y a una forma societaria cuya reproducción, hasta el presente, no ha podido prescindir de la incorporación de formas de opresión precapitalistas (trascendentalismo religioso, racismo, etnocentrismo, patriarcado, moral sexual conservadora, homofobia, etc.).

La cuestión social está en más que estrecha vinculación con el conflicto estructural que en cierta forma define y da sentido a la sociedad burguesa. Incluso se puede argumentar que con anterioridad al ordenamiento social inaugurado por el capitalismo difícilmente se puede hablar con propiedad de una 'cuestión social'. En otros términos, tratar de entender la génesis de la cuestión social en buena medida es acercarse a las relacionalidades y tensiones que están en la base del proceso de instauración del capitalismo industrial del XIX. La cuestión social, y por consiguiente la conciencia de la cuestión social, sólo puede instalarse definitivamente a partir de unas precondiciones que otra vez solo se reúnen completamente con el transcurrir del siglo. Las disputas intelectuales e institucionales inglesas son un síntoma de ello.

En este punto no debe extrañar, antes bien muestra claramente la subyacente dinámica sistémica del curso exteriormente atropellado de los acontecimientos, que el tema se instale inicialmente en la cuna del capitalismo industrial, donde nada casualmente se escenifican los primeros conflictos obreros y aparecen y se extienden los sindicatos como formas de organización social de los intereses de los individuos del mundo del trabajo.

En otras palabras, 'la cuestión social' es un tema y un producto de la modernidad burguesa. La cuestión social

es un objeto que remite al orden de lo público, que supone por consiguiente la distinción público/privado, un ordenamiento social en que esta distinción aparece como un elemento definitorio, característico. Y tal distinción (diferencia, relacionalidad) solo se despliega suficientemente en un contexto dominado, totalizado, por las relaciones sociales a las que da lugar el capitalismo, como momento principal de la formación social producto del desarrollo desigual y combinado. Se podría incluso abundar en la precisión histórica, afirmando que la 'cuestión social' alcanza a reunir sus características fundamentales con la definitiva cristalización del estado moderno, tras el impacto directo e indirecto de la revolución francesa. Los términos peculiares de interacción de economía, estructura social, política y elementos culturales, en las primeras décadas del XIX, resultantes de los monumentales eventos-procesos y convulsiones de fines del siglo anterior, dan lugar a una situación en continuidad negativa con el orden tradicional.

En nuestro asunto, la pobreza cambia, en su percepción y concepción, de la representación teológico-metafísica, asociada a la naturaleza caída, a la culpa y al castigo, y que consistentemente justifica la existencia de la privilegiada condición aristocrática como una concesión divina que comporta sin embargo el deber de asistencia caritativa a los pobres, a una visión que se constituye en otra manifestación de las profundas y estructurantes tensiones del nuevo orden social. Por un lado, a principios del XIX el reconocimiento del carácter tendencialmente desigualitario del proceso social en curso comienza a hacerse suficientemente claro. El debate en torno al concepto de clase social en la historiografía francesa, la fundante reflexión sobre la sociedad como objeto de conocimiento científico de Saint Simon, entre otras, ilustran la creciente conciencia de la tendencia secular del nuevo orden. Pero 'siempre' hubo pobres, de modo que ¿cuál es la novedad?¹⁶⁴

164. No es cierto que 'siempre' haya habido pobres, si por 'pobre' se entiende un concepto relacional que supone la desigualdad social. Otra cosa, muy distinta, es

Lo nuevo es que en el flamante orden social la pobreza es un problema político-social real, un problema de carácter público, que amenaza la estabilidad del orden social y del artefacto institucional. La secularización de la vida social ha avanzado lo suficiente como para que, en las nuevas condiciones de vida pública, la trascendentalización del desdichado 'destino' de los menesterosos, y aun de las humillantes penurias de los trabajadores, ya no constituya un expediente suficientemente confiable en la producción de control social. La desigualdad, las terribles condiciones de existencia de buena parte, incluso la mayoría, de la población, así como el enorme potencial conflictivo ínsito, ya no pueden ser manejadas completa y confiablemente por la prédica y la intervención convalidadora de la autoridad religiosa, que continuará sí, hasta el presente, desempeñando un valioso papel, pero en la que ya no puede recaer el peso primero de tan grave y delicada responsabilidad. Hasta nuestros días, las instituciones religiosas continúan cotizando alto tan valioso servicio (disfrutando así de todo tipo de exenciones, privilegios y auxilio fiscal), pero es innegable que han perdido buena parte del sofocante, literalmente, protagonismo de antaño.

En las nuevas condiciones, la vida cotidiana de los individuos abandona en parte su carácter privado, doméstico, para hacerse cada vez más, como escena social, algo público. El tratamiento que hace Hegel de la sociedad civil es un indicador de esto¹⁶⁵. La sociedad civil es una sociedad 'burguesa', en el doble sentido económico-social y urbano. En las nuevas condiciones, público y privado son nociones, abstracciones, que califican los términos básicos de una relación, una tensión, una totalidad dinámica en la vida social, pero

que dado el elemental nivel de productividad del trabajo y el incipiente desarrollo de las fuerzas productivas, el control sobre el entorno, la disposición de bienes y la condición general de vida en las comunidades tempranas estuviese caracterizada por una precariedad extrema; en la que los individuos deben luchar con la naturaleza, en condiciones en extremo desfavorables, 'para satisfacer sus necesidades, para encontrar el sustento de su vida y reproducirla', Marx.

165. Hegel. *FUNDAMENTOS DE LA FILOSOFÍA DEL DERECHO*. Ed. Libertarias/Prodhufi. Buenos Aires. 1993.

que para efectos de estudio puede ser analíticamente discernida. Ahora, lo público está en relación con lo social, que tiene repercusiones políticas (problema aparte es el representado por el desarrollo contemporáneo de lo 'público-mercantil'); lo privado es cada vez más por contraste lo que remite al ámbito personal del individuo, de la intimidad, de las creencias y convicciones personales (todo lo cual es en buena medida constitutivo del sujeto burgués y producto de la modernidad burguesa), y que dentro de ciertos límites, en tanto no supere el umbral de la acción, no afecta directamente los términos de convivencia (lo cual, en términos de contenido concreto, varía en el tiempo). La ampliación de lo público, bajo las condiciones emergentes del orden burgués y correspondiendo a necesidades de su funcionamiento, de su racionalidad operante, lejos de estrechar el ámbito de lo privado, favorece su florecimiento, lo enriquece y le da mayor densidad; siempre respecto del orden tradicional, hay un gigantesco avance, pero redefiniendo el radio de las limitaciones, clausurando en un nuevo nivel el horizonte de posibilidades, de acuerdo a la lógica sistémica de la nueva forma de la dominación; una vez más, el carácter contradictorio del capitalismo.

La cuestión social es ahora, en las condiciones de la emergente socialidad burguesa, plenamente un asunto de la esfera de lo público. Esto no pasa de repente, sin historia. Desde la primera ley de pobres de Isabel I, del año 1601, el cuadragésimotercer año del glorioso reinado, el tema de la cuestión social, en un trayecto accidentado, ha venido incrementando su relevancia. Y en el escenario del XIX, final y definitivamente se instala como 'la cuestión'. Debates parlamentarios, leyes, teorizaciones justificadoras y crítico-radicales, movimientos sociales, luchas emblemáticas, procesos de organización, revoluciones, fenómenos políticos inéditos, movimientos políticos anticapitalistas, ideologías organizadoras en conflicto, iniciativas fundantes y referenciales de reforma institucional, incremento del papel del Estado, modificaciones en la estructura y funcionamiento del capi-

talismo, nuevos imaginarios y nuevas expectativas, etc., mediante, el XIX es el siglo en el que la 'cuestión social' alcanza su configuración madura, el estado en que ha realizado sus potencialidades básicas, a partir del cual continuará su evolución pero ahora en su concepto y plano propio, como aspecto relativamente autónomo de la totalidad social, producto y productor del movimiento de la misma.

Este es un aspecto crucial para el tratamiento de conjunto del tema: no hay cuestión social autónoma e histórico-políticamente eficaz, fuera de las condiciones inauguradas por el capitalismo; ni el capitalismo puede desplegar un curso de reproducción dentro de márgenes considerados normales sin atender en alguna medida el problema social. ¿Qué 'problema' o 'cuestión' social? La que se sigue de la tendencia inherente al capitalismo, constitutiva y definitiva, de generar estructuralmente desigualdad social por la propia lógica de su funcionamiento, (como en toda sociedad de clase, pero ahora) en las condiciones de una sociedad que por su propia naturaleza, necesidades y movimiento, objetivamente, socava la eficacia disciplinadora de lo trascendental-religioso y da lugar a una sociedad civil, un clima cultural y un proceso de subjetivación que obligan a buscar nuevos y más sofisticados o sutiles mecanismos de control social, formas actualizadas para generar consenso hacia los subordinados.

El orden burgués inaugura una complejidad social sin precedentes, tanto que requiere, y da lugar a, una serie de disciplinas de estudio imprescindibles para su (auto)regulación; tanto que incluye tendencias que objetiva y conscientemente apuntan a su abolición (tanto que, desde cierto punto de vista, la época burguesa aparece como un período de larga y difícil transición, por las valiosas perspectivas que abre pero que en absoluto puede realizar). Las abismales diferencias de ingreso y riqueza, de acceso a las oportunidades, de condiciones y posibilidades efectivas, se siguen de modo no contingente sino necesario de la 'naturaleza' misma de la forma capitalista, introduciendo en la cotidianeidad socio-

política un potencial de conflictividad social que, sin alcanzar un reconocimiento completo, contaba ya en el debate teórico y político británico de comienzos del XIX con un suficientemente alarmante grado de comprensión. Precisamente el argumento central de quienes apoyaban el mantenimiento de cierta variante, atenuada, de la ayuda legal a los menesterosos afirmaba que en las circunstancias deplorables e infelices en las que se encontraba sumida buena parte de la población, agravadas periódicamente por las recurrentes crisis económicas, el desamparo y la desesperación inevitablemente llevarían a los grupos más afectados a comportamientos desafiantes del orden social. En el clima político-cultural de la Restauración, nada supera el temor a una reedición del desborde y el caos de la revolución en Francia. Sobre esta base, podrá imponerse en el debate político la conveniencia de mantener ciertos mecanismos de asistencia social legal, pese al amplio consenso sobre los aspectos no deseables de los mismos.

El carácter complejo-contradictorio del clima político-cultural al que da lugar el flamante orden burgués se revela con particular contraste en las formas de encarar y reaccionar ante el tema de la aberrante pobreza que azota a buena parte de la población. Frente a la posición liberal convencional (apología descarnada del egoísmo racional y de la insolidaridad¹⁶⁶, del individualismo posesivo y del prejuicio y desprecio elitista hacia los ‘desdichados’, efectivamente degradados y envilecidos por terribles condiciones de vida), se va delineando un criterio crecientemente contrapuesto, pero que surge de elementos diferentes del mismo universo

166. Asunto frente al cual la posición de Adam Smith era ambivalente. En *LA TEORIA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES*, dice: ““Por muy egoísta que se suponga que es el hombre, es evidente que hay en su naturaleza algunos principios, que le hacen interesarse por la fortuna de los demás, y hacerle necesaria su felicidad, aunque nada derive de ella si no es el placer de verla... este sentimiento, como todas las demás pasiones originales de la naturaleza humana, no se limita a los virtuosos y humanitarios, aunque quizá lo sientan con exquisita sensibilidad. El mayor rufián, el violador más endurecido de las leyes de la sociedad, no carece completamente de él”.

simbólico. La representación de la pobreza como condición reñida con un concepto básico de dignidad humana, una de las abstracciones universales del pensamiento ilustrado, se va instalando en el imaginario prevaleciente como parte de un concepto más amplio de los derechos del hombre o persona humana (noción que en realidad remite más específicamente al sujeto burgués). La pobreza es progresivamente percibida como una condición, no natural, y menos aún consecuencia de algo como un designio providencial, sino social e histórica, resultado del obrar humano, y por tanto superable, o mitigable al menos, una condición que se alza como impedimento absoluto e inaceptable del derecho de los hombres y de los ciudadanos a la libre realización personal, el gran desiderátum del sujeto burgués. La pobreza es humillante e indigna, deforma e idiotiza, trae fealdad y mezquindad, degrada y envilece. En una palabra, destruye el cuerpo y el espíritu del individuo. Y eso resulta moralmente inaceptable. Además de políticamente peligroso, como ya se vio.

La nueva sensibilidad es también parte del nuevo clima cultural. La transición del XVIII al XIX marca el triunfo definitivo de la burguesía, y con ello, 'el hombre supera su autoculpable minoridad' (Kant), el espíritu alcanza la autoconciencia (Hegel), desembarazándose de la dependencia, la trascendente y la secular, para alzarse a la autonomía, del 'sapere aude', de la praxis autocreadora. La expresión condensada de esto es el surgimiento del sentido de la historicidad, de la autoproducción del sujeto humano en la actividad transformadora, en la lucha con el entorno. En la representación de los grandes pensadores de la época, el triunfo del sujeto burgués se lee como el triunfo del sujeto humano autónomo. Lo cual es cierto en un sentido histórico decisivo, pero solo parcialmente, también en forma determinante. Comienzan ya a escucharse voces que alertan sobre las fracturas de clase en la nueva sociedad y la nueva forma de la dominación.

Esta nueva representación de la 'naturaleza' humana, más histórica, hace de la pobreza una situación reñida con la

dignidad humana, y sobre esta base se desplegará en buena medida la sensibilidad que informará la amplia variedad de movimientos críticos del nuevo orden social, desde los reformadores antirevolucionarios hasta los más radicales movimientos comunistas o anarquistas. La Ilustración y la Revolución francesa han introducido definitivamente el principio igualitario en el clima ideológico-cultural de la modernidad burguesa, institucionalmente en su formalismo político-legal, pero siempre y alternativamente, en sus versiones más avanzadas o radicales, también en su concepción concreta, social, de liquidación de las diferencias estructurales de riqueza, lo que antes o después lleva al tema del acceso a y distribución de la propiedad.

El punto es que en un lapso de 40-50 años, se dispara un cambio cultural de hondo calado, en la representación del mundo y del ser humano en él, que este cambio surge de, expresa e incide de vuelta sobre, una revolución en la estructura económico-social, y que solo en estas condiciones aparece, se instala, como tal, la 'cuestión social' (es decir, luego de un lento y azaroso proceso de trescientos años, se establece definitivamente en el debate político-social). En una sociedad crecientemente urbana y abierta, por oposición a la tradicional, principalmente local-rural y gravitante en torno a lo familiar-doméstico, lo público avanza constantemente sobre lo privado (si bien lo privado se recrea con nuevos horizontes y posibilidades, internas y externas), y lo social se torna político. En consecuencia, todo el dispositivo de control social, de legitimación del ordenamiento social y de la institucionalidad política, debe ser correlativamente replanteado. En este punto, los debates británicos son particularmente pertinentes, pero el elemento decisivo es el clima de inestabilidad social, de crisis y revoluciones, que marca el XIX.

La nueva relevancia de lo público se muestra también en el surgimiento y proliferación de partidos políticos, sindicatos y movimientos sociales, en la integración de los individuos en formas de acción social colectiva, organizadas en

torno a potentes ideologías, a fin de alcanzar eficacia social. Los episodios de conflicto abierto, de grandes huelgas, levantamientos heroicos, represiones brutales, insurrecciones y enfrentamientos armados, se suceden a lo largo del siglo, encontrando una cima simbólica en la emblemática Comuna de París, de 1871, el primer intento efectivo de instauración de lo que podríamos llamar una república socialista apoyada en una democracia revolucionaria.

El nuevo orden social experimenta una situación paradójica, por un lado avanza impetuoso y triunfal de éxito en éxito en el terreno de las innovaciones técnicas y en la transformación acelerada y radical del paisaje, que hasta entonces y por contraste se había conservado prácticamente idéntico a sí mismo por siglos. El cambio es vertiginoso y abrumador -reconfigura radical y dramáticamente el espacio social, provocando el surgimiento de una nueva temporalidad, acelerada, urbano-industrial, un tiempo objetivo que tiende a anular subjetivamente el espacio-, provoca al mismo tiempo confusión y entusiasmo, desarraiga y empuja hacia un mundo todo nuevo, con horizontes insospechados. Pero todo el brillo y la espectacularidad no consiguen disimular, menos aliviar, la realidad de vida de millones, sumidos en la más denigrante pobreza, en condiciones de trabajo mutilantes¹⁶⁷, con jornadas extenuantes e interminables (en Gran Bretaña, bajo las nuevas condiciones económicas, la jornada laboral llegó a ser de 14 horas diarias, 7 días a la semana, sin día de descanso), que deforma a los niños y atormenta a las familias proletarias.

167. Marx resalta este hecho y subraya que bajo el capitalismo, para la inmensa mayoría de los asalariados, el trabajo lejos de ser un momento de realización, de exteriorización u objetivación gratificante, de una puesta en juego de fuerzas físicas y espirituales enriquecedora, se convierte en un momento frustrante, un medio de subsistencia, no una manifestación libre de su personalidad o un momento de autoconstitución identitaria, sino algo impuesto, no un ejercicio de vocación, una actividad que desgasta su cuerpo y su espíritu, una atrofia, no un despliegue de sus capacidades, algo que lo oprime, no que contribuye a liberarlo. Para Marx, en general, 'el reino de la libertad comienza sólo donde termina el trabajo determinado por la necesidad y las presiones del mundo externo'.

La explosión del ingenio burgués y la irrupción de innovaciones tan espectaculares como el telégrafo, el ferrocarril o el barco a vapor con quilla de acero, la civilización del hierro y del petróleo, se solapa con la procesión de los miserables que marchan hacia las tierras de ultramar, no de buen grado sino empujados por la miseria y la humillación, se aventuran a una más que incierta esperanza en las lejanas tierras de los nuevos países que los inclementes éxitos del colonialismo europeo han puesto a su disposición. Son los deshechos, la población sobrante, efecto invariante, estructural, del progreso industrial capitalista y su incesante aumento de la productividad del trabajo (que décadas después contribuirá, pero como factor decisivo, al abrupto descenso de la tasa de natalidad, hasta hacerse netamente negativa en países del capitalismo avanzado que pese a ello continúan padeciendo altas tasas de desempleo). Sus descendientes correrán suertes diversas, no pocos prosperarán, algunos incluso llegarán a alcanzar niveles de riqueza y de acumulación de capital que desbordan los más desbordados sueños de sus abuelos, pero el precio pagado por casi todos será, además de las extremas dificultades de la translocación, una vida de trabajo duro en las condiciones severamente adversas de quien tiene que crear las condiciones.

Muchos se van, pero no todos. Y los que se quedan, una buena parte, acabará enrolándose en los movimientos sociales que demandan mejores condiciones de vida y trabajo, cada cierto tiempo a través de espectaculares y en buena medida desesperadas y hasta suicidas acciones, la mayor parte del tiempo mediante una presión poco ruidosa pero permanente. Juntas, constituyen el verdadero trasfondo del famoso 'fantasma que recorre Europa'. Un fantasma que normalmente perturba el sueño de los nuevos poderosos, y que cada cierto tanto, escala a la condición de verdadera pesadilla.

El ciclo de revoluciones programáticamente burguesas va dando paso a las revueltas animadas por demandas y aspiraciones proletarias/plebeyas. Este aspecto es uno que

contribuye a darle al XIX su carácter peculiar: el creciente enfrentamiento entre los intereses del capital y las aspiraciones de los trabajadores, en el campo y en las ciudades, se da en un contexto en el que las viejas clases dominantes, los sectores más conservadores y tradicionalistas, los nostálgicos de la 'vieja armonía', mantienen cuotas de poder económico, político y sobre todo cultural, considerables, en buena medida por las concesiones de las nuevas élites, un producto combinado de la convergencia e integración entre antiguas y emergentes clases dominantes, el aburguesamiento de la aristocracia y la aspiración al prestigio del rango por parte de los nuevos ricos, y del temor compartido ante el creciente número, fuerza, conciencia y determinación en la acción, del proletariado, la clase de los trabajadores asalariados, los que para (sobre)vivir dependen de la venta de su fuerza de trabajo, manual o intelectual, cuyo constante incremento y diferenciación es un efecto directo de la expansión y complejización de las relaciones capitalistas.

El XIX es pues un siglo de crisis, guerras y revoluciones, de cambios y grandes innovaciones en la ciencia, la tecnología y el arte, de notable incremento demográfico, pero también de desarraigos, migraciones masivas y nuevos comienzos, de desarraigos y de espectaculares saltos adelante, de grandes expectativas y devastadoras frustraciones, que esculpen la semiosis del rostro de los inmigrantes europeos recién llegados a Ellis Island o al puerto de Buenos Aires, al tiempo que alimentan el pesimismo y el nihilismo de fin de siglo.

En estas condiciones, el acostumbrado optimismo burgués, acosado por el temor a los recurrentes episodios de explosión social, se ve finalmente obligado a encarar la necesidad de tolerar la introducción de medidas de intervención pública, políticas, a fin de aliviar las condiciones de vida y trabajo de las masas, intentando por esta vía adelantarse y desactivar el potencial de conflicto. Las disposiciones introducidas mostrarán ser del todo insuficientes, pero su importancia radica en marcar un ajuste decisivo e histórico

en el desarrollo de la cuestión social: luego de una accidentada evolución de varios siglos, las políticas de socorro y asistencia social finalmente alcanzan un grado de institucionalización que transforma al Estado en su principal proveedor. A mediados del XIX comienza propiamente la historia del 'Estado social'.

El siglo del triunfo y ascensión del capitalismo industrial es nada casualmente el mismo en el que el desgarró social fundante alcanza la condición de conflicto político-social abierto, factor ideológico-cultural clave, incluso tema corriente en las preocupaciones y el debate en la prensa, los clubes de las élites sociales y los grupos políticos; en otros términos, uno de los determinantes modeladores del proceso histórico. La sin-precedente máquina de producción de riqueza que es el capitalismo, amplifica como nunca antes los contrastes de fortuna, y, en las nuevas condiciones políticas y culturales (expansión de la prensa y de los lectores) inherentes al orden burgués del XIX, la creciente relevancia de lo público, el malestar entre los subalternos y desdichados comienza a plasmarse en movimientos sociales con mínimos niveles de organización pero suficientes como para transformarlos en actantes de creciente relevancia en el escenario social, es decir, en factores políticos. Las nuevas condiciones sociales aportan el fundamento de posibilidad de los movimientos, que son también a su manera un rasgo operante de la época, el que expresa de un modo consciente y activo los conflictos estructurales y estructurantes del nuevo orden.

Es la razón de fondo por la cual estos movimientos no son apenas una expresión de inquietud y malestar más o menos episódico o inorgánico, que se manifieste en espectaculares erupciones anecdóticas; en tanto responden a y emergen de características constitutivas, están permanentemente presentes, de modo manifiesto o latente, siendo una novedosa forma de organización el índice del fenómeno: el sindicato. Surge así una herramienta organizativa que pone a disposición de los subordinados, construida por ellos, un

nivel de articulación inédita en la historia de las sociedades clasistas. El proletariado, los trabajadores asalariados de la era industrial, revelan por esta vía una pista acerca de su especificidad histórica en tanto que clase social. El sindicato como forma de organización es completamente novedoso, un producto, otro, de las condiciones del capitalismo industrial, con centro en el fenómeno urbano; su historia, de ya doscientos años, lo muestra, a través de múltiples tribulaciones y avatares, como un insustituible recurso de articulación, comunicación, socialización, educación, representación, lucha y negociación, reserva de energías, experiencia y memoria, que le ha permitido al movimiento obrero (de los trabajadores) volver y recuperarse una y otra vez de los más terribles trances y cruentas derrotas. El 'movimiento obrero', el sindicalismo, con sus demostradas capacidades y sus claras limitaciones, es un signo crucial de la 'naturaleza', la estructura profunda, del nuevo orden decimonónico.

Pero el movimiento obrero alcanza la repercusión histórica conocida por una razón adicional, tan o más relevante que la ya expuesta, tan o más correspondiente a, e ilustrativa de, los desgarros de la era del capitalismo industrial, su tendencial y recursiva confluencia con otro movimiento, este de carácter político e intelectual, el de los grupos y pensadores socialistas y comunistas de la primera mitad del XIX. En línea con el foco de interés de este trabajo, me limito a puntualizar el decisivo aporte de los grupos socialistas/comunistas/anarquistas en la elaboración conceptual, el trabajo publicista, la presión política y las luchas sociales, que finalmente obligarán a las élites gobernantes a tomar medidas orientadas a mitigar las formas más extremas de penuria y carencia padecidas por los trabajadores y la plebe. No solo llevan a un nivel de elaboración intelectual sin precedente 'la cuestión social' (la explotación, la opresión, la dominación), le aportan anclaje, consistencia y sentido a la formulación programática y al activismo político, construyendo y contribuyendo a dar forma conceptual/discursiva a significados sociales abiertamente enfrentados al clima ideológico

dominante, al sentido común imperante, con lo cual el moderno proletariado, los trabajadores asalariados, sus acciones, sus demandas, su condición existencial y su posición histórica, consigue transformarse en el escenario político-histórico en un potente sujeto social, dando lugar, en el imaginario y en el clima cultural de toda una época, la propiamente burguesa, a toda una cosmovisión, alternativa, en competencia y directamente enfrentada con la representación del mundo impuesta por la clase dominante, logrando algo sin antecedentes conocidos, que una clase social subalterna, objeto de explotación económica, dominio político, inmersa en condiciones de vida alienantes, que suponen fragmentación y desidentificación, y sometida a la permanente acción disciplinante de aparatos ideológicos y dispositivos institucionales, haya conseguido, no obstante todo, poner en pie un movimiento de resistencia social que, más allá del debate acerca de la eficacia y el balance histórico provisional, ha conseguido sentar su impronta en la mayor parte de los relatos, sobre el curso de los acontecimientos, tumultuosos, de los últimos doscientos años, hasta el punto de dar lugar, en sus expresiones más desbordadas, a una suerte de construcción épica, de tintes míticos.

La confluencia de las luchas proletarias y el movimiento socialista, las ideas anticapitalistas, no de reforma, de abolición de la propiedad privada de los medios de producción de la riqueza social, de la explotación del trabajo humano y del poder social que sobre tal relación se levanta, es la única verdadera amenaza que ha enfrentado y enfrenta el orden capitalista. Y es el único proceso social que efectivamente abre un horizonte de posibilidades en el que no solo se darían las condiciones para la superación de la desigualdad social estructural –que no las diferencias individuales y de grupo de vocación, talento y desempeño–, sino que terminaría de reunir las condiciones imprescindibles para la erradicación completa y definitiva de las diversas formas de opresión, las anacrónicas formas precapitalistas de opresión instrumentalizadas por el orden del capital.

La confluencia del movimiento del moderno proletariado con los grupos socialistas-comunistas introduce pues todo un componente decisivo en el curso de los acontecimientos, en Europa, y en breve en todas aquellas regiones del mundo que finalmente son incorporadas al proceso civilizatorio-modernizador impulsado por la expansión de las relaciones sociales capitalistas. El resultado, desde el punto de mira de este trabajo, es que este viene a ser un elemento de primera importancia a la hora de entender el camino por el cual el liberalismo postrevolucionario, en tránsito a un talante abiertamente conservador, de mediados del XIX, termina por verse obligado a asumir y promover la estatalización definitiva y cuasi completa de la cuestión social.

Y en esto consiste la aparente gran paradoja del XIX: el capitalismo triunfante finalmente ha dado lugar a un orden social que por múltiples razones se constituye en un considerable salto adelante, material y espiritualmente, para la humanidad, tomada como abstracción histórica, pero las desgarradoras fracturas que lo caracterizan, en lo histórico-concreto, hacen con que un orden social que funciona principalmente sobre el escenario de lo público, colonizando desde ahí lo privado, desarmando y generando conformidad, ahora se vea confrontado, como consecuencia no-buscada, al hecho de que ese escenario se ve ocupado, parcialmente, pero en una proporción preocupante, por las hordas de 'los que nunca se bañan', por una plebe con gesto amenazante. Es un hecho histórico-universal, parafraseando a Hegel: por primera vez, 'los de abajo' parecen reunir fuerza y entendimiento suficiente como para poner en pie conscientemente un proyecto histórico alternativo al de los sectores dominantes. Como dirán unos aun muy jóvenes Engels y Marx, se trata de un orden social que crea las condiciones para la emancipación humana, que no puede finalmente realizar, pero que está preñado de su propia superación.

Probablemente el primero en alcanzar a ver con suficiente claridad y discernimiento este fenómeno, aun en sus inicios, sea el conde de Saint-Simon, para no pocos, el verdadero ini-

ciador de un punto de vista ya sociológico, un hombre cuya vida y obra influyó sobre Comte, Proudhon, Stuart Mill y Marx-Engels. Desde el enfoque de este trabajo, un aspecto a resaltar en su contribución consiste en el significativo hecho de que el estreno del análisis científico-racional, de influencia combinada ilustrada-romántica, de lo real social, coincide, en el mismo pensador, con la vocación y la acción práctica del reformador social, rasgo que en realidad, en grado diverso, marcará a la casi totalidad de los fundadores/clásicos de la disciplina. La conceptualización en Saint-Simon de la naturaleza y dinámica de lo social, de la tensión Estado-sociedad o del carácter del Estado como órgano de dominación de clase, revela la clara comprensión que alcanzó de las profundas tensiones que atravesaban al nuevo régimen social, de donde su apasionada convicción de la necesidad urgente de un reordenamiento orientado a producir las condiciones de la prosperidad, la renovación ética y la armonía futuras, en línea con el panteísmo humanista que profesaba. El punto es que Saint-Simon es, su obra y vida, un testimonio y, sobre todo, un síntoma del desgarramiento constitutivo que define e imprime un tono trágico al orden burgués. Es el precursor de la tendencia de acción y pensamiento que hará de la crítica social el costado renegado de la modernidad, aquella parte en que la modernidad burguesa apunta hacia más allá de sí misma, el momento de la negación superadora, que irrefrenablemente tiende como potencia a la actualización, aunque esta sea históricamente incierta, en tanto se decide en la lucha.

Otro pensador de relevante importancia para valorar el momento de captación intelectual de las complejidades del curso histórico en marcha, aunque mucho menos recordado por la memoria institucionalizada, al menos en nuestra parte del mundo, es Lorenz von Stein. Se trata de una figura harto peculiar, un pensador consciente y militantemente conservador cuyo pensamiento, sin embargo, presenta una insospechada proximidad, en cuanto a elementos categoriales y base metodológica, con el de Marx. La razón, en parte, es

la fuente compartida en la que abrevan, la economía política clásica, el socialismo francés y sobre todo Hegel. El análisis de von Stein presenta múltiples semejanzas con el de Marx (de hecho, ambos dan testimonio de haber conocido la obra del otro), pero las conclusiones a las que arriba se encuentran situadas en las antípodas del segundo. Se ha dicho que si Marx personifica la reacción radical ante la revolución del 48, von Stein representa la reacción conservadora, pero compartiendo en cierta medida el análisis de base y ciertos aspectos conceptuales. Esto es más que una curiosa paradoja y desborda lo meramente casual, expresa en cierta forma el carácter del período: es un momento en el que los analistas sociales 'burgueses', siendo esto menos claro ya en el ámbito de la economía política, aún conservan una actitud de probidad científica básica, es decir, aún no se ha instalado el recurso de derivar hacia la penumbra o directamente ignorar zonas de lo real social, del objeto de estudio, particularmente comprometedoras e incómodas para la conciencia y la autoimagen del mundo burgués.

Más claramente, aún el pensamiento de corriente principal (burgués, ahora en trance de abandonar toda pretensión revolucionaria, mientras se acomoda rápidamente en su nueva condición de pensamiento que se hace desde el poder y desde la nueva forma de la dominación) no se ha embarcado en la negación de la condición clasista de la sociedad, el vínculo del Estado con la dominación, en el olvido del tema del origen del valor (tema sobre el que se funda todo el surgimiento de la economía política como disciplina, en la fisiocracia, Petty, Smith y Ricardo y la polémica con Say) o del carácter alienado de la cotidianeidad en el mundo burgués, entre otros (antes de refugiarse convenientemente en diversas fenomeneidades ideológicas y microperspectivas sin contexto amplio ni historicidad, como coartada para eludir o aún desconocer los macrodeterminantes del proceso social y la correspondiente tensión dialéctica con las subjetividades y los escenarios de la interacción, la interrelación proceso objetivo/acción intencional; las sociopsicologías y

los individualistas metodológicos pretenden ignorar que los individuos se mueven en sistemas sociales y que vivimos inmersos en tramas sociales y sus respectivas instituciones y códigos culturales, sustituyendo por unilateralidades superficiales y ficciones la dialéctica de la complejidad social macro/micro; es decir, ignoran tanto los condicionamientos sociales (las reglas sociales y los artefactos culturales que regulan el comportamiento, con recompensas y castigos, 'garrote y zanahoria', que buscan inducir la conducta deseada y dan el marco para modelar el carácter) como las condiciones de posibilidad y los efectivos procesos del cambio social, la capacidad de los seres humanos de considerar críticamente las reglas de la convivencia heredadas y desecharlas y modificarlas de acuerdo a sus necesidades y deseos o aspiraciones, de crear un mundo a partir del mundo).

Von Stein, partiendo de una concepción dialéctica de lo real social, como totalidad en devenir, relacionalidad y proceso, comprende la necesidad de una ciencia de la sociedad y hace contribuciones concretas al desarrollo de la misma en sus análisis económicos, sobre la estructura y dinámica social, el carácter y rol del Estado, la historicidad, el conflicto y el cambio social, la noción de movimiento social, y también en el campo de las políticas públicas, todo lo cual le granjea una considerable notoriedad. Sin embargo, el aspecto del pensamiento de von Stein que concentrará su repercusión política e histórica, radica en la conclusión a que llega, sobre la capacidad y responsabilidad del Estado de intervenir sobre los conflictos de clase, los desgarros sociales, a fin de introducir una solución integradora. La sorprendente similitud de su pensamiento con el de Marx se expresa en el hecho de que llega, a fines de la década de los 30, al convencimiento de que la propiedad privada de tipo capitalista lleva a la subordinación del trabajo, quedando este en una situación de dependencia, que origina la estructura clasista de la sociedad, produciéndose así la subalternización de los desposeídos respecto de los poseedores (lo político como 'reino de la libertad', lo social

como 'infraestructura de sujeción económica'). A partir de aquí los cursos se separan.

Para von Stein, el Estado, en la medida en que consiga alzarse por encima de las clases y sectores sociales, puede y debe mediar el conflicto social inherente a toda sociedad clasista, siempre y cuando el aparato político-institucional no caiga en las manos de cualquiera de los sectores sociales enfrentados, de donde nuestro pensador se encamina a una salida difícilmente conciliable con el resto de su pensamiento: la solución es que el poder político sea detentado por alguien, una persona, capaz de situarse por encima del conflicto, y esa persona es el monarca, así se llega a la propuesta de la 'monarquía social'. Claro que no consigue explicar las razones que impedirían la confluencia de los intereses de la monarquía con los de la clase dominante (en su propia terminología). El leitmotiv de toda la construcción de von Stein es la evitación a toda costa de una nueva revolución, esta vez aun más profunda que cualquiera antes vista. Lo cual viene bien articulado con su decidida participación en la tradicional desconfianza y desprecio de las élites respecto de los subordinados, expresado en su tajante rechazo del sufragio universal y los partidos políticos, razón suficiente para que su postura pueda ser legítimamente calificada de conservadora y no apenas antirevolucionaria, más allá de que también habría que reconocer en esa visión más de un aspecto que podríamos tipificar como utópico (el estado ideal, el saint-simoniano desprecio por el Estado real, la aspiración a una condición de armonía), lo que tal vez lo pondría en continuidad con cierto paternalismo compasivo, muy propio de ciertos sectores de las viejas y nuevas clases dominantes, de entonces y de estos días¹⁶⁸.

Von Stein puede ser con justicia considerado uno de los creadores del concepto de Estado social¹⁶⁹. Un Estado que es

168. Gonzalez Seara, Luis. *LA SOCIOLOGIA, AVENTURA DIALECTICA*. Ed. Tecnos. Madrid. 1971.

169. Herrera, M.; Castón, P. *LAS POLITICAS SOCIALES EN LAS SOCIEDADES COMPLEJAS*. Ed. Ariel. Barcelona. 2005. Pág. 29.

pensado para atender a una necesidad acuciante, desde el ángulo de mira de los representantes e intelectuales orgánicos del nuevo poder: mitigar las penurias de los sectores subalternos ('subprivilegiados') como elemento decisivo para garantizar y ampliar las condiciones de la reproducción normal del orden social. Estamos ante una verdadera fundamentación de la racionalidad política de la reforma social. La consigna de Burke, 'debemos reformar para preservar', ha sido finalmente apropiada por el liberalismo postrevolucionario o por el conservadurismo aggiornato.

Como sea, desde el foco de este trabajo, el punto a subrayar es el hecho histórico de que el concepto de reforma social nace ya directa y conscientemente vinculado al apuntalamiento del orden vigente; es un cálculo racional, surgido de la cabeza de hombres ocupados en encontrar una fórmula capaz de desarmar el dispositivo social explosivo sobre el cual reposan y disfrutan desaprensivamente de sus privilegios y ventajas sociales las élites. El hecho de que el elemento de cálculo racional pueda confluir con un genuino sentimiento caritativo entre los privilegiados o con sensibilidades sinceramente convencidas del derecho de todos los seres humanos a una condición de vida decente, es perfectamente dable en la medida que ilustra una de las variadas formas en que las tendencias sociales se abren paso y se actúan en la microinteracción, en la vida cotidiana, en el sentido atribuido a la acción. Burgueses y aristócratas caritativos, intelectuales orgánicos e ingenieros sociales no se excluyen. Se complementan.

Otra vez, la 'cuestión social', en su forma ya suficientemente elaborada, es inherente al capitalismo, y es función de las condiciones de su reproducción social. Con von Stein termina de quedar claro que la intervención del Estado no es una concesión graciosa, no es una opción, sino una determinación dictada por las características y tendencias inherentes a un orden social con una capacidad formidable de generación de riqueza material, con las efectualizaciones concomitantes en el plano de lo cultural (racionalización,

secularización, individuación), verdaderas e irrenunciables conquistas de la modernidad burguesa, pero fundado en la desigualdad social estructural, la explotación del trabajo asalariado, la dominación política y diversas formas de opresión, históricamente precapitalistas¹⁷⁰. Sin intervención y regulación política el orden mercantil sería incapaz de gestionar y terminaría barrido por la tendencia a la crisis económica y la crisis social que se sigue de su propia racionalidad y dinámica sistémica interna.

Este clima político-intelectual general es el que permite entender el surgimiento de una figura de referencia obligada como la de Otto von Bismarck, las circunstancias en las que actúa, los dilemas a los que se enfrenta y las opciones por las que se decanta, como personaje histórico de envergadura; permite el análisis de las precondiciones sociales que hacen de condición y ámbito de posibilidad de una individualidad que se constituye por sí en un factor histórico autónomo y socialmente eficaz, en la medida que personifica, o es una de las encarnaciones de, un movimiento o proceso social.

Si el surgimiento del Estado social no puede ser dissociado históricamente del creciente y amenazante protagonismo político alcanzado por los movimientos obreros y las corrientes socialistas de mediados de siglo; y si, por otro lado, intelectualmente, el trabajo de hombres como von Stein, F. Lasalle, W. H. Riehl y A. E. Schaffle, entre los más destacados y desde muy diferentes perspectivas, resultó decisivo en la elaboración intelectual, teórica y operativa, del concepto¹⁷¹, política y prácticamente el origen del Estado social se ve invariablemente asociado con Bismarck, y sus

170. Una fundamentación crítica en términos de economía política de la intervención del Estado se puede encontrar en *UNA INTRODUCCION A LA ECONOMIA POLITICA*, Cap 9, “Las intervenciones del Estado”, de Pierre Salama y Jacques Valier, Ed. ERA, México, 1982.

171. Montoro, Ricardo. “Fundamentos de la Política Social”. En Alemán, C.; Garcés, J. *POLITICA SOCIAL*. Ed. McGraw-Hill. Madrid, 1998, págs.. 35-36. Herrera, M.; Castón, P. *LAS POLITICAS SOCIALES EN LAS SOCIEDADES COMPLEJAS*. Ed. Ariel. Barcelona, pág. 28-29.

leyes de seguro de enfermedad, de infortunios laborales y desempleo, de los años 80. Hay básicamente dos aspectos a resaltar en lo tocante a esta conocida faceta histórica del problema: el primero, el hecho de que en Bismarck, una vez más de forma completamente explícita, las medidas sociales dispuestas directamente se orientan a introducir un dispositivo de control sobre los movimientos de trabajadores, desactivando su potencial conflictivo y perturbador. Y esto se hace combinando medidas mitigadoras de las necesidades, dirigidas a generar integración social, con disposiciones severamente represivas, que incluyeron la proscripción del Partido Socialdemócrata, el partido de los trabajadores socialistas, que había surgido de la confluencia de marxistas y lasallianos.

La política del conservador Bismarck se dirige a frenar el desarrollo del movimiento obrero alemán, de filiación claramente socialista. Es uno de los aspectos centrales de su denodado esfuerzo por consolidar el poder político centralizado, luego de la consecución de la unidad alemana y como su verdadera garantía, levantando así un escudo protector contra las amenazas de crisis económicas y políticas, y sus desestabilizadores efectos sociales, en un entorno europeo de gran desconfianza mutua y creciente hostilidad, en el cual además Alemania ha sido perjudicada, desde su punto de vista (en este caso bastante próximo de la realidad), en el reparto de los territorios coloniales de ultramar y el correspondiente acceso no-mediado y seguro a recursos naturales altamente valorados y mercados para los productos del reciente pero acelerado proceso de industrialización, cruciales para la expansión económica y la relación de fuerzas entre las diversas potencias¹⁷².

172. De hecho este asunto estará en la base de los motivos de fondo y detonantes de la I guerra mundial y también entre las principales razones de la derrota alemana en la II gran guerra. Como mínimo, se puede afirmar que el final de la guerra para Alemania se ve considerablemente adelantado al no tener control sobre fuentes de aprovisionamiento de combustible, luego de la derrota en el frente oriental, a manos del ejército rojo.

Pero en el proceso, y ese es el otro aspecto a destacar, acaba dando lugar a la política social más avanzada de Europa¹⁷³; con von Bismarck se instala definitivamente una política de seguridad social obligatoria instrumentada por una vía institucional nueva, diferente a las tradicionales agencias de caridad y beneficencia, llamadas de socorro en España. Incluso se puede afirmar que lo que hoy entendemos por política pública social nace propiamente con el conservador régimen del Canciller de Hierro (una muestra más de que la historia en su desplegarse evidencia un curioso gusto por la paradoja, o de que las acciones de los individuos, incluso los más grandes, aquellos que en el decir de Hegel alcanzan la categoría de ‘alma del mundo’, suelen sobrepasar sus intenciones produciendo una catarata de efectos no buscados e incluso para nada deseados, la heterogénesis de los fines).

Lo cual en lo absoluto desconoce el lento pero continuado desarrollo de las leyes sociales británicas, que sin embargo obedece a una concepción menos sistemática y más empírica y puntual, con arreglo a y en sintonía con la experiencia y las circunstancias sociales y las tradiciones intelectuales propias del mundo anglosajón. Mientras las iniciativas de política británicas obedecen más a consideraciones prácticas y de administración, siempre en lucha con las enraizadas premisas del liberalismo británico (el papel de Spencer, por no abundar), las alemanas suelen fundarse en densas elaboraciones conceptuales, de base metafísico-racional, ordenadas en torno a temas como la estructura y la dinámica social, las clases y el conflicto, el papel del Estado y la armonía social, solo a partir de las cuales se derivan medidas concretas.

173. Wenger, María. "Estado de bienestar, políticas económicas actuales y vías alternativas". En *POLITICA SOCIAL*. Ed. McGraw-Hill, Madrid, 1997. Pág. 82. Durán, Víctor. *ESTADO SOCIAL DE DERECHO, DEMOCRACIA Y PARTICIPACION*. Ponencia. VII Conferencia Latinoamericana de Trabajadores de los Servicios Públicos. Valle de Bravo, México, abril de 2001. Pág. 16. Herrera, M.; Castón, P. Ob. Cit. Págs. 21 y 88-89.

Como sea, en los albores del siglo XX, el concepto de Estado social, como forma político-institucional de abordar la cuestión social, en su versión mínima inicial y del todo insuficiente, en su concepción abiertamente instrumental y orientada al control social, se ha instalado definitivamente en el debate intelectual y en la lucha política, como elemento ya parte de lo real-presente. Es todo un indicador, un poderoso síntoma, efecto exterior, una fenomenización particular, de los profundos cambios que han experimentado las sociedades europeas en las cuales el capitalismo como régimen social ha alcanzado las más altas cotas de implantación. El surgimiento del Estado social ha de ser leído como un firme indicador del grado de maduración de las relaciones del nuevo orden burgués, el que, a desgano y de mal grado, se ve obligado a hacerse cargo del potencial conflictivo que desde dentro le amenaza. Enfrentada a la miope resistencia de los más influyentes capitalistas y a la feroz oposición de los liberales más individualistas, pero respaldada por reformadores sociales de diversa estirpe, desde liberales sociales hasta, y no del todo sorprendentemente, sectores conservadores, incluyendo la iglesia católica¹⁷⁴, la nueva forma de encarar la cuestión social deberá afrontar las vicisitudes propias de un movimiento cuyo éxito depende de un muy resistido proceso de racionalización.

Los privilegiados, los que viven de la explotación sin miramientos del trabajo de la mayoría, ante la creciente frecuencia y virulencia de los episodios de insumisión obrera-

174. La encíclica *RERUM NOVARUM*, la primera encíclica social de la iglesia católica, sustancia la reacción doctrinal y política y la determinación del papado de hacer frente al desafío colocado por la creciente presencia y presión de los movimientos socialistas/anarquistas, con lo cual comienza a tomar forma lo que conocemos como Doctrina Social de la iglesia. Por supuesto, lejos de una concesión gratuita o desinteresada, se trata de una reacción obligada, impuesta por el curso de los acontecimientos y el desagradable reconocimiento de que, en las nuevas condiciones, la sola represión no bastará para contener y controlar la influencia de un movimiento y una ideología doblemente peligrosos, en tanto que amenaza con desbordar las defensas y dar al traste con no solo la ‘ciudad pagana’ sino la mismísima ‘ciudad de dios’.

plebeya, presas aun de la alarma y la turbación (la angustia, repugnancia y miedo que, dice Benjamin, provoca la activación de los oprimidos, crecientemente desembarazados de los controles ideológicos interiorizados, en los clubes del poder), y conscientes de las monstruosas consecuencias de un siempre altamente dificultoso, pero para nada imposible, como enseña la historia, triunfo, así sea momentáneo, de los subordinados, pueden mostrarse por un tiempo algo más receptivos a los razonamientos, muy articulados, de apariencia plausible y de tono más bien temperado, de los que abogan, por genuina convicción humanista o por pragmático cálculo, por la introducción de unas cuantas reformas y medidas políticas que, a cambio de hacer de la vida de los subalternos algo más llevadero, prometen reeditar considerables beneficios en términos de estabilidad social¹⁷⁵. Es el 'Reformar para preservar' de Burke que retorna con fuerza; el 'si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie' ... El Gatopardismo ha hecho su definitiva entrada en escena. No casualmente, es en este tiempo que Lampedusa sitúa la historia de su historia¹⁷⁶.

Pero el encumbramiento del Estado social tendrá aún que esperar por 40 años, y asistir, desde el margen, a la más profunda, duradera y socialmente desgarradora crisis económica del capitalismo, los más agudos conflictos políticos, la polarización ideológica más extrema, dos inanticipablemente cruentas conflagraciones, y, sobre todo, el triunfo, 'imposible', de la primera gran revolución anticapitalista de la historia, así como la extensión de su influencia político-cultural por todo el planeta y de su forma de organización social –y su fundamento básico, la expropiación de los capi-

175. Es un criterio que de tanto mostrar su solidez conceptual y eficacia práctica, hasta el presente mantiene su presencia, aunque con cierto pudor, en el discurso de los modernos reformadores. En *La Nación* del 16 de septiembre de 2012, en el artículo "Crisis, desigualdad y recuperación", S. Weisleder, al pasar, desliza el argumento y envía el mensaje: la tozudez y la torpeza pueden salir caras.

176. Tomasi de Lampedusa, Giuseppe. *EL GATOPARDO*. Ed. Longseller. Buenos Aires.

talistas—, a nada menos que un tercio de la población mundial, para que, finalmente, y a un costo incalculable, y solo después de haber estado a un disparo de cañón de perderlo todo, la clase dominante más rica y con más recursos de la historia conocida, se haya convencido de aceptar, y aún de muy mal grado, el Estado social, como una deplorable necesidad derivada de las realidades y tendencias de su propio orden social. Antes, se ha permitido entregar un testimonio extraordinario de los extremos a que pueden llegar la estrechez de miras, la mezquindad de clase, la soberbia torpe, el desprecio por los oprimidos, y muy principalmente la brutal firmeza de las élites en su determinación de defender sus astronómicos privilegios y ventajas.

Esto porque, volviendo a comienzos del siglo XX, la gran burguesía, ahora notablemente reforzada en su optimismo de siempre tras el espectacular y cada día más brillante triunfo de su proyecto, tras cada sobresalto y la inevitable alarma ante eventos amenazantes, rápidamente recupera la confiada calma, tan pronto los movimientos y los episodios de insumisión son aplastados o neutralizados. Recuperadas la tranquilidad y seguridad aparentes, y retornadas las élites a la complacencia y la insensibilidad típicas, el tratamiento de la cuestión social continuará presa de la oscilación entre la displicencia de unas medidas del todo insuficientes y la opción represiva.

Pero la peligrosa presunción de las élites no agota la definición de la realidad ni los significados sociales. Los conflictos y la notoria polarización social continúan desenvolviéndose, los movimientos socialistas fortaleciéndose, y la evidente miseria (severas limitaciones o sencillamente dificultades) de la mayoría de la población, el verdadero caldo de cultivo de toda la radicalización ideológico-política que está a nada de estallar, permanece sin solución, y por momentos, con ocasión de crisis o guerras, aún se profundiza hasta más allá de la desesperación. Otra vez, una de las principales válvulas de escape está dada por la opción de la emigración. El comienzo del siglo XX verá una nueva

y multitudinaria ola de abandono/escape de Europa, son millones los q se marchan.

Ya antes de la 'gran guerra', en Gran Bretaña, un gobierno liberal tomará medidas que representan un paso adelante efectivo en el proceso de desarrollo del Estado social. Medidas dirigidas a atender a los desempleados, un sistema de pensiones y una cobertura de seguridad social, vinculadas al 'National Insurance Act' de 1911, marcan la pauta y repercuten internacionalmente. En estos eventos aparecen dos figuras de notable proyección sobre el resto del siglo: Winston Churchill, como ministro de economía, y un joven colaborador y protegido suyo, William Beveridge, un hombre directamente vinculado a la promoción e implementación de las medidas mencionadas y el gran sistematizador conceptual del Estado de Bienestar británico de mediados de siglo. Se trata de iniciativas importantes porque constituyen un momento de renovado impulso en el curso general, y porque, sobre todo, expresan la clara consciencia entre sectores de la intelligentsia, el personal político y el alto funcionariado, de la necesidad de introducir medidas de reforma en el funcionamiento económico del orden social. Y esto lo hacen por ahora no políticos de la izquierda reformista sino hombres salidos de los salones políticos tradicionales, conservadores y liberales.

Sin embargo, la guerra, en 1914, las dificultades del período postbélico de reconstrucción y la gran inestabilidad económica de la década del 20, que culmina con el estallido del 29 y la gran depresión de los 30's, con todos los elementos políticos y culturales asociados e intervinientes, hacen con que el período de veinte tumultuosos años de entreguerras se presente como un escenario no particularmente propicio para un mayor adelanto del Estado social. La historia moderna registra pocos períodos tan convulsos como estas dos décadas. Los horrores sin límite vividos durante la guerra, a los que se sumarán los impresionantes efectos (la casi incalificable devastación sobre la devastación) de la llamada epidemia de influenza española (de la que se ha dicho que

cobró más vidas que el conflicto bélico), en la medida en que inciden en la descompensación de las estructuras, prácticas y certidumbres establecidas, contribuirán a un severo cuestionamiento de los valores e instituciones considerados de referencia. En cuanto a expresiones intelectuales, científicas, culturales, estéticas y políticas, el período de entreguerras revela una enorme creatividad, casi siempre inclinada a expresiones de aguda radicalidad (que buscan obsesivamente escapar de lo convencional y que experimentan con conceptos y formas en el límite), de muy diversa y hasta contradictoria dirección, pero a instancias de desgarros sociales sin parangón (como la serie de hiperinflaciones que asolaron Europa tras el final de la gran guerra y durante los años 20). Contra un telón de fondo tal, se despliega la amenaza real de la revolución anticapitalista. Nada menos que la suerte de todo el universo capitalista es lo que en conjunto está en juego.

En estas condiciones y por toda la primera mitad del período, lo que se impone y mantiene su predominio, en el campo de la cuestión social, es una versión particularmente leseferista y antiintervencionista de liberalismo, si bien convive con reforzadas tendencias proteccionistas, que por su vez atizan las tensiones entre los países centrales. Una infernal dialéctica de tensiones y oposiciones internas y externas da lugar a un clima cultural y a un tono existencial al mismo tiempo de inquieta normalidad, de euforia escapista y de creciente crispación (este es un tiempo acerca del cual se puede decir que predominan más que los distintos tonos de gris una multitud de diversos blancos y negros; es un tiempo de excesos y provocaciones, de conservadurismo radical y de radicalismos seductores, de agresivo anticonvencionalismo, incluso en el ámbito de la ciencia, y de feroz reacción de lo establecido).

No se pueden entender los abrasivos acontecimientos que están por desatarse sin antes detenerse un poco en el examen de uno de los elementos de mayor calado en la modelación general del curso de los acontecimientos: el

liberalismo. Victorioso a fines del XVIII, el XIX será el escenario de su consolidación como visión de mundo que mejor expresa los intereses, perspectiva amplia y autoimagen y gran autoconfianza de la burguesía y la sociedad burguesa, en particular de sus sectores más avanzados, en el centro y también en la periferia. Realista ingenuo y empirista, anticlerical y secularizante, individualista, utilitarista y de tendencias hedonistas no siempre reconocidas, humanista, paladín de la libertad individual, racionalista, apóstol de la lucha contra la ignorancia y la superstición, adversario mayor del absolutismo y de la arbitrariedad coronada, a los cuales opuso el imperio del derecho y la ley; urbano y mundano, arrogante con la tradición y optimista respecto del futuro, y, por encima de cualquier otra cosa, guardián de la propiedad privada, como fundamento de la libertad social, y, por tanto, visceralmente opuesto a todo intento, por bienintencionado que se pretenda, y que por ventura efectivamente fuera, de avanzar en la dirección de cualquier forma o grado de limitación real del derecho de propiedad, sin importar las más sinceras protestas y compromisos de moderación, lo cual da por descontado su oposición, ahora mortal, a la idea comunista, elemento cultural recurrente, con muy diversas formulaciones, en la historia humana a lo largo de sus ampliamente variadas experiencias, si bien la mayor parte de las veces derivado hacia y actuante desde las sombras.

El liberalismo, que en su versión decimonónica ya cuenta con doscientos años de recorrido, es ahora la ideología de una clase social triunfante, que se ha establecido como dominante y que, tras 1848, ya no tendrá que encarar desafíos realmente serios de los anteriores señores, a los cuales más bien tenderá a incorporar. El liberalismo postrevolucionario es, sobre todo después de las revoluciones del 48, cada vez más conservador, tomando el término ahora en su relación con los fundamentos del nuevo orden social, de donde surge el redescubrimiento del valor de factores de poder y control vinculados con el antiguo régimen, no solo

el carisma y la seductora prestancia de la vieja aristocracia, sino también y principalmente la institución religiosa, en tanto administradora de bienes de salvación, aún apreciables en las condiciones materiales y espirituales de vida de las masas. El liberalismo adquiere tintes conservadores cada vez más acentuados, pero dando lugar a algo nuevo, porque las circunstancias han cambiado. El liberalismo radical prerevolucionario se apresura a ceder el lugar a un talante más ponderado, pragmático en su relación con instituciones tradicionales, cada vez más parecido al 'gatopardismo', no rígidamente neofóbico y nostálgico del pasado (como el conservadurismo clásico y del período de la Restauración), y apostando al progreso con orden, traccionado por las novedades tecnocientíficas, el impulso de la educación y la laicización pausada. En la cima de sus valores, la propiedad privada y (una cierta concepción de) la libertad individual¹⁷⁷.

Es entonces comprensible que sospeche de todo discurso acerca de la cuestión social y de toda correspondiente política orientada a la reforma social consistente en el incremento de la intervención del Estado. Que el antiintervencionismo sea una marca que lo define e identifica es algo que se coloca más allá de toda duda con solo consultar la más sencilla exposición de liberalismo stricto sensu contemporáneo, continuidad del liberalismo clásico. Pero la realidad es tozuda. La enormidad de los desgarros sociales, la chocante sensación provocada en las almas sensibles por el espectáculo de los extremos de miseria al que la lógica del sistema¹⁷⁸ ha empujado a un significativo contingente, los crecientes y

177. Zeitling, Irving. *IDEOLOGIA Y TEORIA SOCIOLOGICA*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires. 1973. Parte II, "El pensamiento postrevolucionario". McPherson; Chatelet; Lasky *EL LIBERALISMO EUROPEO*; Losurdo, Domenico. *CONTRAHISTORIA DEL LIBERALISMO*.

178. No el 'mal corazón' directamente, aunque haya mucho de este tipo psicológico-moral en el sistema, desde la simple insensibilidad social a 'la canallesca delectación con la desigualdad'; en realidad, la asombrosa capacidad de los privilegiados para convivir con los distintos niveles de infortunio social, constituye un rasgo de carácter indispensable para la perpetuación del orden burgués, compensado con gran disposición a la filantropía, deducible de impuestos...

cada vez más agudos conflictos sociales, el rápido aumento de la influencia de los socialistas, lleva al surgimiento del denominado liberalismo social (Leonard Hobhouse, en Gran Bretaña, Friedrich Naumann, en Alemania, o Alfred Fouillée, en Francia; se reconoce también el aporte inicial de J. Stuart Mill).

El liberalismo del XIX es un fenómeno crecientemente diversificado. Compartiendo una matriz histórica ideológica-intelectual, se desarrollan corrientes y movimientos con significativas características particularizantes, formas alternativas de afrontar los desafíos y tensiones que dan forma al relieve sociopolítico. De una u otra manera, Burke, como uno de los más lúcidos representantes de la nueva intelectualidad burguesa, una suerte de neo-ilustrado, que ya incorpora el elemento romántico en su perspectiva, está en la base del acomodo a las nuevas circunstancias; aparte de su influencia directa en el continente (Rusia, la Francia revolucionaria, España), póstumamente, la irradiación de sus ideas cruzará el atlántico hasta los EEUU y A. latina. Liberalismo conservador o reforma conservadora, el contenido real de la nueva forma de ver pasa por la convicción de la necesidad de asegurar la posición y los logros alcanzados en la lucha contra el antiguo orden de cosas, amurallándolos contra las demandas y amenazas provenientes, ahora, de un proletariado urbano y rural que el mismo capitalismo ha creado, y que claramente tiende a erigirse en nuevo caudillo de la masa plebeya y su deshonrosa condición.

En la primera mitad del XIX, este liberalismo conservador, contra los grupos y pensadores reaccionarios, empeñados en la, cada vez menos factible, reinstauración del antiguo régimen, por un lado, y, por el otro, los liberales radicales (denominación con que se identificaba a un sector vinculado al reformismo utilitarista) y socialistas, que militan por la aceleración y profundización de los cambios, incluso por un desquiciamiento total del orden establecido, se inclina y aboga por la defensa del presente, de las nuevas relaciones apoyadas en la entronización de la libertad per-

sonal y el imperio de la ley (por oposición al privilegio de cuna y el capricho regio), y sustentadas en la más intransable defensa de la propiedad privada, ahora capitalista, y de la incuestionabilidad de la estructura de clases de la sociedad.

Aquí se trata de captar el movimiento de la relación entre el proceso de cambios sociales objetivos, que se acelera hasta alcanzar la velocidad desquiciante, para los antecedentes, que caracterizará a la fase del industrialismo capitalista, y la elaboración intelectual que corre en paralelo, operando en concomitancia, como producto y productor de lo real social, que intenta captar adecuadamente ese real para posibilitar una intervención racional, como condición de la eficacia posible. El movimiento real crea las condiciones para la emergencia de la reflexión, pero esta reflexión es la condición de una dirección consciente y racional del curso. La conciencia emerge del devenir de la naturaleza, pero acto seguido es la naturaleza autoconsciente, el punto en que la sustancia se hace sujeto -o comienza a hacerse sujeto-, en que el espíritu crea un mundo, a partir del mundo¹⁷⁹.

La escuela de Manchester, por ejemplo, surgida alrededor del primer tercio de siglo, de gran influencia en personajes políticos de tanta figuración como Benjamin Disraelí, aportará unos cuantos elementos novedosos y sobre todo una perspectiva de conjunto ya sumamente madura sobre la atmósfera ideológica en la que, en lo fundamental, se desenvolverá el capitalismo liberal hasta el gran estallido de 1929 (fecha tras de la cual, mantendrá su presencia como feroz crítica de las políticas intervencionistas, hasta que a fines de los 70's, ya con Carter en EEUU, recobrará la posición dominante que había perdido parcialmente cincuenta años antes). Es a sus instancias que el librecambio se instala como la clave de bóveda de la arquitectónica del mercado mundial capitalista, que experimentará un salto definitivo en su estructuración a partir de mediados del siglo.

179. El resultado general y recurrente del proceso social de producción es la sociedad misma, el hombre mismo en sus relaciones sociales, lo cual incluye la transformación del mundo natural, externo e interno.

Sintomáticamente, los manchesterianos utilizarán en su argumentación contra las leyes proteccionistas (las 'Corn Law') el dramático estado al que habían sido conducidos los proletarios en parte por los altos precios de los alimentos mediante los cuales los productores locales se enriquecían gracias a las regulaciones y medidas proteccionistas de los gobiernos de la época (es el equivalente del recurso contemporáneo de cargar el control de la inflación como objetivo excluyente de la política económica sobre el argumento de no empobrecer a los trabajadores, viniendo de ideólogos que asumen y parten de la inevitabilidad y deseabilidad de la desigualdad social y que sencillamente profesan un desprecio elitista por la suerte de los explotados). Es decir, ahora, incluso por esta retorcida vía, la condición de los trabajadores y la plebe toda es un elemento relevante de la política pública, lo suficientemente persuasiva como para reemprender la larga lucha contra las concepciones mercantilistas y los privilegios del campo y los señores de la tierra, una de las batallas en las que la burguesía se forja y se reconoce como clase social singular, en la que se da una identidad, unos principios y valores, normas y certidumbres, como factor social progresista, como fuerza social partera y dueña del futuro.

Pero cualquier panorámica del liberalismo del XIX estará lejos de una aproximación apenas satisfactoria hasta que se mencione al hombre que puede ser presentado como el más emblemático y característico pensador, ya no solo burgués, sino directamente de la burguesía, como clase social al inicio de su esplendor. Bentham es el padre del utilitarismo, de la concepción social y moral que terminará de aportarle a la burguesía una imagen precisa del mundo, de su mundo, la que de manera oscura y con una conciencia difusa, ha venido construyendo desde hace cinco o seis siglos. Dentro de esa visión de mundo, que retoma y renueva la herencia del individualismo anglosajón, Bentham propone la más precisa formulación de la concepción antropológica de la humanidad correspondiente

al ser social burgués¹⁸⁰. El racionalismo hedonista, epistemológicamente atomista, finalmente, ha desplazado a la ética protestante, en su versión teológica como en la secularizada de Kant.

Bentham es el filósofo de la burguesía, de la era burguesa industrial. Un liberal que comprende la necesidad de la reforma social, menos conservador que Burke, sobre todo a partir de su relación con James Mill, colaborador y continuador, y a través de quien alcanzará una decisiva influencia en otra de las más ilustres mentes del XIX, integrante de la más selecta relación de intelectuales cuyo trabajo tuvo una directa influencia en el curso de los acontecimientos del siglo, en los clubes adyacentes al poder, en los despachos en que se tomaban las decisiones, John Stuart Mill.

Es en este curso que aparecerá y se desplegará el llamado liberalismo social, tanto en Gran Bretaña como en Francia. Dos son las revisiones doctrinarias del liberalismo social, la matización del atomismo social (el individualismo apoyado en supuestos metafísicos) y un alejamiento del rechazo enfático de la intervención del Estado en el funcionamiento 'natural' del dispositivo económico. Y dos son las motivaciones que lo mueven: la dramática situación de buena parte de los subordinados, y las tensiones y conflictos que alimenta, y el notorio fortalecimiento de los movimientos socialistas. Su importancia ideológica y política no puede ser exagerada, andando el tiempo, nutrirá y se incorporará en las concepciones del estado social de derecho y en la socialdemocracia, en curso de alejarse de su origen marxista. El liberalismo social marca pues el lugar intelectual de origen de un reconocimiento decisivo en la historia del orden social burgués, que el capitalismo para sobrevivir y para reproducirse con cierta 'normalidad', en medio de las terribles contradicciones que lo constituyen, no puede no apelar a

180. Giner, Salvador. *HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIAL*. Ed. Ariel. Barcelona. 1998. Capítulo IV, "El Utilitarismo". También Scott Gordon, *HISTORIA Y FILOSOFÍA DE LAS CIENCIAS SOCIALES*, Capítulo 11, "Utilitarismo". Ed. Ariel, Barcelona, 1995.

un cierto grado de intervención político-estatal no solo en la llamada 'cuestión social' sino directamente en el funcionamiento económico mismo. El mercado, librado a su propia lógica, produce agudos desequilibrios e incuba crisis de tal magnitud y envergadura que pueden, en confluencia con circunstancias políticas y culturales, dar lugar a situaciones de extrema polarización social, que amenazarían con llevar al desbordamiento del sistema. El mercado, abandonado a su dinámica interna, se lleva a sí mismo a la crisis.

Como ya se ha dicho, sin embargo, todo el primer tercio de siglo, hasta el crack del 29 y la década depresiva que se extiende hasta el comienzo de la II guerra, continuará en lo principal dominado por la versión leseferista del liberalismo. La primera revolución socialista triunfante de la historia, en la Rusia de los Romanov, supone entonces un estremecimiento sin parangón. El hecho estricto, como tal, ya porta un significado y un valor histórico del todo inédito: se ha conseguido validar histórico-empíricamente la hipótesis central de Marx y Engels: que la combinación de las contradicciones del capitalismo con la comprensión teórica del fenómeno y la organización política de los explotados podía lograr la derrota del capitalismo, abriendo la posibilidad histórica real de su sustitución por una organización diferente de la economía, la política, la cultura y la sociedad en su conjunto (el curso posterior y el final del recorrido de la experiencia obedecen a la confluencia de elementos adicionales, constituye un problema nuevo y diferente, en la continuidad del proceso). Por primera vez, en un marco histórico que sigue abierto y con una magnitud espacial y temporal extraordinaria, se ha ensayado un intento real de superación de la sociedad de clases. Lo mínimo que se puede decir de la aspiración a la abolición del capitalismo, de toda forma social fundada en la propiedad privada de los medios de generación de riqueza y en la explotación del trabajo humano, es que se trata de una posibilidad histórica real, al margen de las consideraciones de factibilidad en cada momento.

Desde el punto de vista del asunto de este trabajo, la revolución rusa estalla y retumba en los salones del poder, económico, pero sobre todo político. Una visible repercusión del evento es la incorporación en la constitución de Weimar de la cuestión social, ahora expresada con la entonces novedosa voz de 'justicia social'. Por un lado, la Revolución de Octubre más que estimular excita los movimientos anti-capitalistas, socialistas y ahora autoproclamadamente comunistas; por otro, dispara las alarmas en los centros de poder. Sin embargo, la reacción dominante es fundamentalmente represiva y de reforzamiento del leseferismo, con una dosis de proteccionismo en lo externo. La profunda polarización social da el marco para una extrema radicalización de las oposiciones en la lucha política. Frente a la revolución en Rusia, y las experiencias emuladoras, derrotadas pero reales, en Hungría y en Baviera, y una agitación generalizada en Europa, incluyendo la huelga de los sindicatos ingleses de 1926, la respuesta de los poderes será una sangrienta represión, asesinatos selectivos, organización político-militar de los sectores de derecha y, finalmente, el asalto del poder en Italia por los fascistas. Sometido a intensa presión, el orden se decanta por su impulso primario.

El incremento de la presencia de los movimientos socialistas ha significado una profundización de la brecha ideológica, estimulando un previsible endurecimiento defensivo de los discursos legitimadores del statu quo. Todo se agrava por el continuado peso decisivo en la corriente principal del liberalismo del individualismo antiintervencionista; que en el caso anglosajón, el de mayor predicamento, viene teñido por la influencia aun muy gravitante de uno de los fundadores de la Sociología como disciplina, Herbert Spencer.

Spencer es otro de esos personajes británicos que no pueden ser ignorados cuando de acometer la reconstrucción histórico-crítica de 'la cuestión social' se trata. Partidario de una interpretación individualista del evolucionismo, tan consecuente como es posible en teoría, se empeña en sos-

tener concepciones y cursos de acción de un antiintervencionismo radical: es un fervoroso partidario y promotor de la idea de que el Estado debe limitarse a proteger la libertad individual, absteniéndose de intervenir sobre el curso de los acontecimientos de lo que denomina la 'evolución' humana, lo cual incluye su enérgica oposición a toda legislación social, desde regulaciones de las condiciones de trabajo hasta las más elementales orientaciones asistenciales y sanitarias, pasando por la educación estatal. Afirmaba que: 'la pobreza de los incapaces, las desgracias que acontecen a los imprudentes, el hambre del ocioso, y ese evitar cargar con los débiles de los fuertes... son los mandatos de una enorme benevolencia que mira hacia el futuro', la misma benevolencia que 'lleva pronto a la tumba a los hijos de padres enfermos y escoge como víctimas a los viles, a los inmoderados y los débiles, como lo hace una epidemia'. 'La sociedad está constantemente excretando sus miembros enfermos, imbéciles, vacilantes y carentes de fe'¹⁸¹.

No se puede acusar a Spencer de inconsistencia. No solo se opone a la más elemental intervención mitigadora del Estado, lo hace también con la actividad filantrópica de asociaciones privadas: cualquier moderación de la pobreza que por ventura tales organizaciones puedan llegar a promover, por mínima que sea, le estaría en realidad haciendo un verdadero desservicio a la posteridad, provocando mayor miseria a la descendencia: permitir la supervivencia de los ineptos, redundará en una prole de ineptos, lo cual interfiere con el 'proceso purificador' de la evolución natural. 'No hay mayor azote para la posteridad que legarles una población cada vez mayor de imbéciles, ociosos y crimina-

181. Citado en Ritzer, George. *TEORIA SOCIOLOGICA CLASICA*. Ed. McGraw-Hill, México, 1994. Pág. 160. Para Spencer, 'la pobreza y el desempleo eran parte de las leyes naturales de la evolución, que eventualmente llevarían a una sociedad mejor'; la sociedad debía organizarse de acuerdo con estas leyes de la naturaleza, un buen gobierno era aquel que intervenía muy poco en la vida de los individuos, el Estado, incluso, no debía intervenir en la educación, y se oponía a las bibliotecas públicas por considerarlas 'una idea socialista'.

les... La naturaleza se esfuerza enormemente por hacerles desaparecer, por limpiar de ellos el mundo, y por dejar espacio para los mejores... Si no son suficientemente capaces de vivir, mueren, y es mejor que así sea'¹⁸².

En los últimos años de su vida, síntoma de los tiempos, Spencer disfrutó de un gran reconocimiento, tanto en Gran Bretaña como en Europa. Con posterioridad, este aspecto de su obra, el inconmovible rechazo de la solidaridad, pasó a experimentar una suerte parecida a la de Mandeville: tal grado de transparencia, y el embarazo que provocaba, la hacía impresentable. Sin embargo, está claro que, más o menos disimulado o retocado, su criterio fundamental, lejos de desaparecer, encontró múltiples formas de recurrencia en la centuria trascurrida, y se encuentra muy presente en publicaciones institucionales y periodísticas del presente. Muy a pesar de las distintas matizaciones, bien o mal intencionadas, es la consecuencia práctica inescapable de una concepción que pone como principal motivación de la acción humana, como rasgo constitutivo de su carácter y sentimiento principal, el egoísmo, el amor de sí mismo, el interés propio; desde un punto de vista crítico, el individualismo alienante.

Esta es la convulsa situación política y social y el desgarrado clima cultural en los que navega la 'cuestión social' en la década de los veinte del siglo pasado. Pero en este tema, como en otros, el colapso económico que arranca con el crack de la bolsa en 1929, marca un antes y un después. La crisis económica más importante del capitalismo en su historia, sobreviene en un momento de extrema tensión. La polarización social y la radicalización política ya apuntadas, combinadas con las rivalidades y resentimientos internacionales –entre las potencias capitalistas– heredados del fin de la primera gran guerra, definen un contexto en el cual la gran depresión con su carga de desempleo y miseria aporta el desquiciamiento definitivo de los términos del funcionamiento social. El desgarramiento es de tal profundidad y

182. Ritzer, G. Ob. Cit. Págs. 38-39.

envergadura que objetivamente amenaza la supervivencia del orden social burgués. La reacción de las élites se desdobla: la más espectacular recurre a lo primario, el inclemente reflejo represivo puro expresado en el fascismo, que hace su aparición, con distinto grado de éxito, en casi todos los países del capitalismo avanzado

La otra es un intento de responder a la situación sin renunciar a y desde las instituciones de la democracia liberal (que evidentemente incluye un fuerte componente coercitivo; en general, toda forma de poder social articula alguna combinación de persuasión y coerción), recurriendo en forma práctica, intuitiva, a mecanismos e instrumentos de política orientados a paliar los peores efectos sociales así como a activar los engranajes del dispositivo económico capaces de dar curso a los procesos de recuperación sistémica. Es la entronización de un elemento de sentido común sobre la rigidez del esquematismo doctrinal y más que nada sobre la inevitable reacción de odio visceral de los amos del mundo. Ante una crisis pavorosa, que amenaza con arrasarlo todo, las élites del poder en el mundo burgués recurren a su amplio acervo de recursos, el orden social burgués está a unos pasos de dar la más extraordinaria demostración de su enorme plasticidad.

Contra toda la larga tradición de afirmación de uno de los dos principios fundamentales del pensamiento liberal más convencional, irrumpe como tabla salvadora una formidable, masiva, y sostenida intervención del Estado, con todo su arsenal de recursos, materiales y políticos. La política del New Deal de Roosevelt en EEUU, se coloca en el foco de atención de los centros de poder político y económico, y si bien el debate sobre su valoración continúa hasta el presente, por la magnitud de los intereses que se disputan este aspecto de la definición de la realidad, el hecho es que, contra todo intento de reconstrucción creativa de los acontecimientos, tales políticas contribuyeron a evitar lo peor, paliaron en alguna medida la colosal fractura social, y, más allá de las disputas sobre eficiencia en el uso de los recursos, la

inexperiencia y deficiencias en el diseño de los programas, niveles de eficacia, efectos colaterales indeseables, etc., tuvieron un papel crucial, crítico, en la contención de la catastrófica caída económica, sentando las bases de la recuperación, al principio lenta, incluso con episodios de retroceso, particularmente en el año 37, explicables por la enconada resistencia y oposición y las hesitaciones en el equipo gubernamental, pero lo suficientemente evidente como para mantener contra incertidumbres y obstáculos el curso elegido¹⁸³.

Curso que se ve alentado por las experiencias, probablemente más profundas e importantes pero menos legitimables en 'Occidente', en Japón, la Italia de Mussolini, la Alemania nazi y la Unión Soviética. Asolados por el espectacular fracaso del leseferismo, resultaba ya imposible para los responsables políticos, y para los académicos, ignorar el cada vez más notorio suceso de las políticas de intervención estatal en los desempeños mencionados. Aparte de, primero, la estabilización y el ya acelerado crecimiento de la economía soviética—explicado por Trotsky en parte por la fuerza de las nuevas relaciones de producción, pese a la grave y creciente distorsión introducida por la deriva burocrática del régimen político, y en parte por el comparativamente bajo nivel de producción y productividad del que partía el singular proyecto de construcción del socialismo—, los inocultables éxitos de las políticas nazis de recuperación del crecimiento económico y de cobertura social, vienen a reforzar la vacilante determinación de los responsables del giro en las políticas económicas en las potencias occidentales.

Es imposible exagerar la gravedad de la situación. La debacle económica solo es superada por la fractura social, que de rebote pone en cuestión toda la arquitectónica del orden capitalista, al traducirse en una escalada de extrema tensión social y polarización político-ideológica, que termi-

183. Huberman, Leo. *HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS*. Ed. Nuestro Tiempo. México. 1985. Capítulo XV, "De la opulencia a los harapos". También Bernard Gazier, *EL CRAC DEL 29*. Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1985. Págs. 93-96.

nará por arrastrar a la humanidad a uno de los episodios más brutales de su historia. Poco a poco, a medida que se encuentra el espacio para la reflexión más de fondo, va quedando claro que el leseferismo es el primer gran responsable de la quiebra, que las teorías del equilibrio han fracasado completamente luego de reprobado en el gigantesco test llevado a cabo por décadas, consiguiendo colocar todo el orden social al borde de un evento catastrófico de consecuencias difícilmente reversibles.

Es de principal interés de este trabajo marcar este punto: en los procelosos años 30, dos asuntos están fundamentalmente en juego: salvar al orden social ante el desafío de las fuerzas anticapitalistas, de la revolución socialista, primero, y después, cómo hacerlo. Del segundo ya nos hemos ocupado sucintamente al marcar el contraste y el enfrentamiento entre la afirmación de los mecanismos institucionales de la democracia liberal y la seducción del más primario impulso unilateralmente represivo, este más en línea con la trayectoria y la memoria de las viejas y nuevas élites del poder y clases dominantes, y que puede observarse con toda claridad en la poco disimulada simpatía que despierta la cruzada nazi entre miembros de los círculos más encumbrados del poder en todo el 'Occidente' (Gran Bretaña, Francia, EEUU). Es ampliamente conocida, en particular, la positiva inclinación de buena parte de los miembros de la casa real británica respecto del régimen nazi. En todo caso, tal inclinación es perfectamente comprensible si se toma en cuenta la magnitud del desafío, objetivamente considerado, así como el correspondiente estado de horrorizada alarma, y de extremo odio de clase, que cunde entre los sectores privilegiados ante el proyecto socio-político 'bolchevique' en la vieja Rusia y el inquietante ritmo de su contagiosa extensión por los cuatro puntos cardinales.

Como decía, no se puede exagerar la gravedad de la situación. Desde el punto de vista de este trabajo, interesa sobre todo el tema de la apremiante amenaza que enfrenta el orden capitalista como un todo, de inédito calado y en-

vergadura, y de la salida que consigue encontrar al trance, fundamentalmente, dentro de los marcos de la institucionalidad democrático-liberal, aunque con fuertes rasgos bonapartistas, autoritarios y represivos (un hecho por sí mismo extraordinario y que en una exploración más específica aportaría elementos de primer orden para entender la enorme plasticidad y recursos que ha evidenciado el orden burgués a lo largo del siglo XX), y en particular de la mano de dos figuras que pasarán a desempeñar papeles de relevancia destacada en este crucial momento del siglo XX: William Beveridge y J. M. Keynes.

Sobre el lugar de Keynes en la historia general del siglo XX apenas puede deslizarse alguna duda. El espectacularmente oportuno carácter de su pensamiento, frente a la magnitud y complejidad del desafío, y lo crucial de su actividad, resultaron decisivos en el ulterior desarrollo de los acontecimientos. Es sencillamente uno de esos personajes históricos de una talla tal que alcanzan a convertirse en uno de los pocos individuos con una verdadera y decisiva figuración personal en el curso de los eventos y de los procesos. Lo principal a destacar aquí es que más allá del debate y la valoración técnica precisa y en detalle de su obra intelectual en el campo de la teoría y la política económicas, su papel en los análisis y orientaciones que permitieron primero estabilizar y luego relanzar las economías más importantes en la segunda posguerra solo puede ser objeto de un muy arriesgado intento de cuestionamiento por quien esté dispuesto a hacerse notoriamente sospechoso de mezquina y muy burda predisposición ideológica. Keynes emerge como el campeón teórico de la intervención del Estado en la regulación del funcionamiento de los mercados, como expediente para la moderación del ciclo económico y la evitación de los trastornos sociales y políticos tremendamente intensificados que inexorablemente se seguían de la mixtificación/metafísica leseferista, convertida en excluyente pauta de conducta de los responsables políticos. Más importante aún: su actividad teórica y política está consciente y explícitamente orien-

tada por un propósito mayor, salvar al capitalismo ('salvar al capitalismo de sí mismo'). Una vez más, la consigna de Burke vuelve para cumplir su inestimable función, recordarle a las clases dominantes, en su hora más aciaga, que en determinadas circunstancias el inmovilismo conservador resulta torpemente suicida y que para conservar, a veces, resulta necesario reformar¹⁸⁴.

En relación con nuestro tema, Beveridge ocupa el lugar central. Como autor de los célebres informes sobre seguridad social de fines de la segunda guerra mundial, que acabaron aportando el marco teórico-político de las políticas sociales posteriores, en Gran Bretaña y más allá, puede ser nominado como uno de los principales responsables del surgimiento del Estado benefactor, punto culminante en la historia de 'la cuestión social', forma acabada o más desarrollada del 'Estado Social de Derecho'¹⁸⁵.

Los dos informes Beveridge¹⁸⁶ abordan los principales tópicos del concepto de sistema de protección social, tal como se lo entiende contemporáneamente: coberturas de enfermedad, desempleo y jubilaciones, un conjunto de prestaciones, incluidos los seguros de desempleo y las transferencias a los parados, apoyadas en contribuciones obligatorias universales y gestionadas por una administración pública centralizada. Es la llamada 'social administration', primero, reconocidamente exitosa, luego intensamente criticada desde los tatcherianos ochentas, y desde hace algún tiempo añorada en vista del traumático proceso de desmantela-

184. Keynes, J. M. *ENSAYOS SOBRE INTERVENCION Y LIBERALISMO*. Ed. Orbis. Barcelona. 1985. Ver sobre todo "El final del laissez-faire".

185. Conviene precisar que utilizo el término EB solo para los países del capitalismo avanzado; está claro que ninguna sociedad de la periferia alcanzó nunca los niveles de protección logrados en los centros metropolitanos (los únicos casos en que cabría la duda serían la Argentina y el Uruguay de los años 50 y 60); para el caso de las sociedades periféricas, resulta más precisa la denominación genérica Estado social, o dimensión social del Estado desarrollista.

186. Herrera, M.; Castón, P. Ob. cit. Págs. 22 y 89-90. También Ricardo Montoro, "Fundamentos teóricos de la Política Social". Págs. 39-40. En *POLITICA SOCIAL*. Ed. McGraw-Hill. Madrid. 1997.

miento, o socavamiento presupuestario, de los sistemas de protección social en los países capitalistas avanzados.

A este concepto de administración pública de una crecientemente amplia red de servicios, con fines de integración social, que trata de dar una respuesta a y neutralizar las profundas convulsiones políticas y sociales del período de entreguerras, que llegaron a amenazar la supervivencia misma del capitalismo, suman un aporte convencionalmente considerado constitutivo, dos pensadores también británicos: Richard Titmuss y T. H. Marshall. El primero, considerado el punto de partida de la elaboración sistemática de la Política Social como objeto de investigación científica y como disciplina de estudios académicos, en la prestigiosa London School of Economics¹⁸⁷. El segundo, por su (re)conocido trabajo en torno a la afirmación de los derechos sociales como atributos decisivos de un efectivo concepto de ciudadanía¹⁸⁸. A esta muy estricta lista hay que agregar el nombre de Gunnar Myrdal, el célebre economista heterodoxo sueco quien con su concepción multidisciplinaria de los temas económicos (desarrollo, pobreza, subdesarrollo, intervención del estado, regulación de los mercados, etc.) como objetos científico-sociales, realiza una contribución basal a la emblemática sociedad de bienestar sueca, desde donde su influencia se proyecta en el debate internacional sobre el tema.

Con independencia de los límites y rigideces que la crítica, no predispuestamente distorsionadora, haya claramente establecido, el hecho es que los conceptos y disposiciones prácticas de la seguridad social británica (junto a otras experiencias) de la segunda posguerra dieron lugar a un cambio drástico en el dispositivo de la reproducción social, desempeñando un papel decisivo en la legitimación de todo el proyecto de reconstrucción y relanzamiento de la economía de los países arrastrados por la vorágine de los acontecimientos de la primera mitad del siglo. La reconstrucción y el

187. Montoro, R. Ob. cit. Págs. 45-46.

188. Marshall, Thomas H.; Bottomore, Tom. *CIUDADANIA Y CLASE SOCIAL*. Ed. Losada. Buenos Aires. 1998.

relanzamiento económico, tanto como la recuperación de la base política necesaria, en los centros metropolitanos, encontraron un sólido soporte en las políticas de integración social que atendieron necesidades, reconocieron demandas, consagraron derechos, institucionalizaron agencias de representación de los subordinados, pero también modificaron, parcialmente, un aspecto del dispositivo de dominio social de larga data y arraigada convicción, del ‘sentido común’ de más hondo calado, el tradicional prejuicio aristocrático-elitista referido a la insuperable vulgaridad, ignorancia, acedia, del ‘pueblo llano’, inexorablemente arrastrado por la pasiones, arrebatado por los más bajos instintos, sumido en su radical incultura; el característico desprecio de la élite por las masas.

Al revisar la bibliografía y trabajos de investigación pertinentes¹⁸⁹, queda la impresión de que muy pocas veces se valora con suficiente justicia, o se expone en su real dimensión, la envergadura del cambio socio-cultural acarreado por las políticas de integración social de la mitad del siglo XX. En un texto centrado en el devenir de la cuestión social, este no es un aspecto menor.

Se puede afirmar que la situación madurada a mediados de los años sesenta marca un registro inédito en la historia. Nunca antes un sector tan amplio de la humanidad, de centenas de millones de personas, sobre todo de los países capitalistas avanzados, pero no solo, alcanzó un tan alto nivel y calidad de vida, de seguridad, personal y colectiva, de bienestar, de confort, de satisfacción, de disfrute y de consumo (en el mejor y realizante sentido del concepto¹⁹⁰). Un acceso sin

189. Picó, Josep. *TEORIAS SOBRE EL ESTADO DE BIENESTAR*. Ed SXXI. Madrid. 1987. Habermas, Jurgén. *PROBLEMAS DE LEGITIMACION EN EL CAPITALISMO TARDIO*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires. 1989. Offe Claus. *CONTRADICCIONES EN EL ESTADO DEL BIENESTAR*. Ed. Alianza. Madrid. 1994. Sen, Amartya. *SOBRE ETICA Y ECONOMIA*. Ed. Alianza. México. 1992.

190. En palabras de Marx: “...en el consumo, los productos se convierten en objetos de disfrute, de apropiación individual. La producción facilita los objetos que responden a las necesidades; la distribución los reparte

precedentes a una gama tan considerable de satisfactores constituye un resultado (provisional, dinámico) tanto más extraordinario si se consideran los antecedentes y el trayecto que acabamos de plasmar en este texto. Comparada con las décadas y siglos inmediatamente anteriores, la situación de los años posteriores a la guerra, hasta el comienzo de los años 70, aparece como del todo inédita, nunca antes tanta gente, una proporción tan alta, si bien todavía claramente minoritaria, de la población mundial alcanzó tales niveles de consumo, bienestar y seguridad. Las razones de ello son completamente accesibles, y nada de esto se encuentra más allá del análisis crítico del capitalismo por el marxismo. Al contrario, una vez afinado el examen y ajustada la mira de la sin dudas espectacular novedad, lo que por supuesto supuso considerables dificultades (un gran debate y no pocos extravíos impresionistas), el resultado ha sido un reforzamiento de la pertinencia y actualidad de la perspectiva general marxista.

según las leyes sociales (la estructura de clases); el cambio reparte de nuevo lo que ya está distribuido según la necesidad individual; y finalmente, en el consumo, el producto desaparece del movimiento social, se convierte en objeto y servidor de la necesidad individual y la satisface con el disfrute”. “Introducción” a *CONTRIBUCION A LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA*, Ed. A. Corazón, pág. 233. Contra cierto progresismo de curiosas derivaciones ascéticas, Marx ya defendía el acto del consumo como momento del proceso general de producción en el que ‘el objeto se subjetiva’, completando el ciclo desde la producción como tal, en que ‘el sujeto se objetiva’; momento del disfrute, es decir, un aspecto del goce en el proceso de autorrealización. Es esto justamente lo que impone como, costosa, necesidad de la reproducción social del orden imperante, una precisa y científico-tecnológicamente rigurosa manipulación ideológico-cultural de la actividad y las representaciones del consumo, y la hipertrofia de instrumentos como la publicidad, el marketing. La desublimación represiva, los placeres sustitutivos y compensatorios, los dispositivos y disposiciones de seducción, sobreutilizados por el sistema para generar integración funcionalizada, conformidad y resignación, se vinculan con este tema de el derecho y el placer del consumo y su manipulación.

Un examen del estado y vicisitudes de la cuestión social en la contemporaneidad de este arranque del siglo XXI, desde cualquier enfoque teórico, para evitar caer en alguna forma de impresionismo fenomenista, tendría que al menos explicitar un criterio teórico-metodológico sobre este asunto: el fenómeno de la 'sociedad de bienestar' de mediados del siglo pasado.

Tomado en perspectiva, hay pocos eventos más disonantes en la historia del capitalismo. Una historia que desde el XIX se repleta de reformadores sociales, que buscan neutralizar o controlar el estructural potencial conflictivo inducido por la naturaleza y la lógica del sistema, y de críticos radicales, que conceptualizan el carácter insuperablemente desgarrado del mismo, abogando por su superación, y que, sin embargo, no registra ninguna anticipación aceptablemente aproximada de las extraordinarias dimensiones alcanzadas por la red de protección social y el acceso efectivo a diversos satisfactores (para una importante mayoría, en el capitalismo avanzado), en el momento de mayor esplendor del Estado benefactor, como elemento de las posibilidades reales implicadas por el concepto y la realidad de la estructura y dinámica del capitalismo. La enorme plasticidad mostrada por el capitalismo ha sorprendido incluso al más devoto, y contra ella han chocado las perspectivas sombrías de los más emblemáticos voceros de las teorías pesimistas de la crisis secular, de Spengler a Ortega y Gasset. Pero de igual forma ha desbordado las perspectivas del pensamiento anticapitalista.

En este tema, el presente estudio se apoya en la siguiente hipótesis interpretativa: el llamado Estado de bienestar corresponde a una de las potencialidades que alcanza o desarrolla la sociedad burguesa en su proceso de despliegue y evolución histórica (potencialidad que como tal se incorpora en su realidad y concepto a partir de cierto nivel en el desarrollo de las fuerzas productivas), aunque previamente a su efectiva actualización procesual, en el fragor de los agudos conflictos político-sociales, fuese harto difícil

de anticipar. Si bien Engels y Marx habían alertado sobre lo que denominaron 'socialismo de estado', refiriéndose a las políticas de Bismarck, consistentes en un conjunto de acciones preventivas de intervención para aliviar la dura condición de vida de los trabajadores, que sin embargo se veían acompañadas con medidas severamente represivas contra la capacidad de demanda y movilización autónoma de los movimientos obreros y sociales; y pese a las iniciativas ingeniadas por una variedad de reformadores, desde el cura Adolf Daens en Bélgica, hasta los más atrevidos liberales-sociales, el hecho es que a partir de los antecedentes resultaba muy poco probable una anticipación razonablemente aproximada, y de hecho no se dio.

Y esto es así porque el EB no se sigue 'naturalmente' del funcionamiento del mercado capitalista, sino que hay que entenderlo como parte de las posibilidades, más amplias, político-institucionales, de la reproducción social de la sociedad burguesa (una vez que ha alcanzado cierto importante grado de desarrollo de su base material), potencialidad que, en su autonomía relativa, tiene que, sin embargo, para ser racional, respecto de la lógica del sistema, poder apoyarse en los mecanismos de la acumulación de capital, que por tanto es también su límite, lo cual de vuelta aporta la base para la explicación de la 'crisis' y su retroceso de las últimas tres décadas. La lógica de la competencia capitalista lleva a la concentración del capital, al aumento de la productividad, al abaratamiento de costos, al control sobre las fuerzas del trabajo, a la profundización de la brecha distributiva, incluso, por necesidad de la complejidad creciente, a la selección de una minoría de trabajadores con distinto nivel de calificación pero con remuneraciones altas, y a veces muy altas; pero no al EB. Las llamadas políticas de bienestar surgen históricamente, como contingencia política, como recurso límite en circunstancias de notoria gravedad. En este sentido, se puede, y puede ser útil, distinguir analíticamente entre las políticas sociales estrictamente funcionales a la reproducción y expansión del capital, en condiciones

de creciente diferenciación y complejidad, políticas que responderían a la dinámica cursante del sistema, de aquellas propiamente consideradas dentro del concepto más amplio de EB, las que responden a problemas y necesidades diferentes, vinculados no a la dinámica sistémica, abstracta, del sistema, sino a su historización concreta en las luchas sociales, en la lucha de clases. Por ello, el contraste de magnitud no es el único ni el principal indicador de esta distinción, pero ayuda a marcar y captar esta diferencia¹⁹¹.

Buena parte de la explicación, de la no anticipación teórica del EB como posibilidad histórica, pasa por el hecho de que la situación en la que surge el Estado de bienestar como recurso, reacción o respuesta, es como mínimo igual de inédita. La magnitud de la crisis impone y permite entender la magnitud de la respuesta, de las reacciones (incluyendo la versión fascista del corporatismo). El EB responde a una relación de fuerzas (entre las distintas clases, grupos, intereses sociales y visiones de mundo confrontadas) del todo singular en la historia del capitalismo. Una crisis económica y social espectacular en los centros metropolitanos del capitalismo, en un momento de avanzado despliegue del mercado mundial, de la secular tendencia del sistema a la internacionalización (lo cual amplía como nunca antes la resonancia periférica de las perturbaciones en los centros), que confluye, o colisiona, con la contundente realidad de un Estado que por primera vez en la historia, y con recursos efectivos, intenta terrenalizar la utopía de una sociedad fundada en la abolición de la propiedad privada de las fuentes de creación, acumulación y distribución de riqueza, como base para la construcción de una sociedad postclasista, capaz de una real y efectiva articulación de igualdad y libertad, experimento que en el momento conserva una gran capacidad de seducción política e ideológico-cultural; una

191. Ver Ian Gough, *ECONOMIA POLITICA DEL ESTADO DE BIENESTAR*, Ed. H. Blume. Madrid, 1982. También Jörg Kammler, "El Estado Social", en *INTRODUCCION A LA CIENCIA POLITICA*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1971.

situación así, configura una condición límite, de la que solo se puede salir por vías no ordinarias. Este es el elemento contextual decisivo para entender la extrema tensión de los años treinta. El ultranacionalismo y la estetización política fascista, el constante avance de la desconfianza y hostilidad entre las potencias, el exasperante desacuerdo sobre la manera más efectiva de enfrentar la creciente amenaza bolchevique, así como la progresiva sensación de la inevitabilidad de una nueva conflagración, son fenómenos que de una forma u otra se vinculan con lo anterior.

El EB, como artefacto ideológico y como conjunto de políticas e instituciones con muy diversos grados de articulación y de efectividad o racionalidad instrumental individual, según las muy diversas experiencias, pero con un claro propósito en común, introducir una notable modificación en el proceso de reproducción social capaz de generar condiciones suficientes para frenar, neutralizar, la dinámica abiertamente anticapitalista de la lucha de clases, devenida en un espectacular enfrentamiento social, político, cultural y militar, es decir, en tanto que recurso extremo dirigido a salvar al sistema, solo puede surgir, y encontrar la suficiente base de apoyo social entre las clases poseedoras, las clases dominantes, en condiciones las más extremas; es un espectacular síntoma de la profundidad del desafío que encara y que reconoce el orden imperante, en una determinada situación histórica.

Pero además, o por lo tanto, corresponde a una determinada relación de fuerzas, es un problema político; esto es, el EB no se sigue de la mera lógica de la acumulación o del funcionamiento autónomo del mercado, no es un resultado 'natural' de las regularidades bajo las que opera tendencialmente el mercado capitalista, cuando opera librado a su propia deriva; muy por el contrario, el EB se desprende de los recursos político-institucionales del sistema social; es, en sentido propio, una política, que por supuesto presupone o implica, depende de –primero, y luego interactúa con–, posibilidades estructurales y funcionales de la acumulación de

capital, local e internacional, pero que solo alcanzan, como recursos político-institucionales, posibilidades reales de activación en un marco histórico social inusual, como recurso extremo ante un profundo agravamiento del conflicto de clase, del cuestionamiento del capitalismo. Marco histórico en el que los capitalistas individuales se ven llevados, arrastrados, por las circunstancias a encarar y poner por encima su interés general de clase, por oposición al interés restringido, sectorial o particular; lo cual como ha mostrado la historia puede llevar a tener que renunciar a una parte de la ganancia, del plusvalor apropiado, a fin de financiar una importante red de seguridad social (además, de creciente densidad y grosor, por la presión constante de las luchas sociales y la apropiación cultural, como conquistas, por los trabajadores y los movimientos sociales), como ineludible prerequisite de la defensa del sistema como un todo¹⁹². Lo

192. Todo el pasaje anterior se refiere a las circunstancias del surgimiento del EB. El problema de su perdurabilidad, aparte del peso histórico de distintas tradiciones político culturales (el liberalismo individualista anglosajón, el centralismo francés, el romanticismo pangermánico), y los descomulgables efectos de inercialidad, responde a un conjunto de factores que se traslapa con pero que no es del todo idéntico a los ya expuestos. En este tema, lo principal, esquematizando, reside en la tensión entre dos aspectos: la dinámica económica de la sociedad particular –de la decadencia de Gran Bretaña en la postguerra al éxito alemán–, por un lado, y, de otro, la capacidad de los trabajadores como clase y otras categorías sociales de mantener la suficiente capacidad organizativa y de movilización y la autonomía político-ideológica necesaria como para reconocer y defender como conquistas los componentes conocidos de un EB promedio. Se trata de la incorporación de los atributos del bienestar, como conquistas sociales, a una representación socialmente arraigada de los avances concebidos como irreversibles del cursante proceso civilizatorio, como salto cultural que redefine y pasa a fundar los nuevos términos de convivencia, un componente constitutivo y definitorio del tipo de sociedad que se puede considerar social y moralmente aceptable (todo ello en tensión, en contradicción, con los fundamentos capitalistas del orden social, y con la posición dominante y privilegiada en el sistema internacional de las sociedades metropolitanas). Es decir, las diversas experiencias, en el mundo capitalista avanzado, habría que estudiarlas en relación, en principio, con estas dos variables, como base teórico-metodológica para el estudio de casos que evidentemente incorporan una cierta diversidad de factores adicionales. La evolución relativamente diferenciada –en el marco del generalizado ataque al EB– de

cual por otro lado es en principio compensado por la otra dimensión central de autolegitimación del EB, ser un factor del apuntalamiento y dinamización de la acumulación de capital, en las diversas situaciones tras el fin de la II guerra mundial, lo cual dará lugar a uno de los períodos de mayor expansión del capitalismo en su historia toda.

Y todo esto lleva a la apertura e institucionalización, como necesidad del sistema, en las circunstancias imperantes, de procesos de negociación entre los representantes formales de las principales fuerzas sociales, los principales protagonistas de la moderna 'cuestión social', los sujetos sociales fundamentales confrontados en el conflicto social de mayor envergadura y decisivo modelador del proceso histórico, los delegados de los intereses y demandas de las dos clases fundamentales de una sociedad capitalista, antagonismo que se

las distintas experiencias, se aborda entonces a partir del desarrollo y resultados parciales de la continua lucha por el excedente, el conflicto distributivo, entre fundamentalmente trabajadores y capitalistas, que tiene como marco las posibilidades efectivas de la economía en cuestión, decadente o en ascenso, condicionadas por su posición específica en el sistema económico mundial, y en el club de países metropolitanos, del llamado 'primer mundo', y los consecuentes márgenes objetivos de las diversas burguesías y Estados. De ahí se siguen políticas, se institucionalizan prácticas y densifican climas ideológico-culturales, que reoperan sobre el proceso. Más en general, lo que conviene no olvidar es que el EB, en su origen e historias, de muy diversa fortuna, supone, empírica y lógicamente, una disputa permanente, a varias bandas, entre los que le consideran una necesidad fundamental, o una concesión necesaria aunque molesta, para el regular funcionamiento de la sociedad burgueso-moderna, los que se representan sus características disposiciones como conquistas de las luchas sociales y aspiran a defenderlas y extenderlas, incluso más allá de los límites del orden burgués, y, en tercer lugar, los que por el contrario le han considerado, desde antes de su nacimiento, aparte de una evidente, torpe y contraproducente afrenta a la lógica mercantil, una violación intolerable de las leyes de la naturaleza, y por tanto de la voluntad divina, un artefacto totalitario, mortal para el concepto de libertad del individualismo ético y el egoísmo racional.

De modo que la hipótesis ventilada hasta aquí en el texto responde a las circunstancias histórico-sociales del surgimiento del EB, no a las de su perdurabilidad, en concreto, en el llamativo caso escandinavo; donde, de paso sea dicho, desde hace al menos veinte años, se libra un agudo debate, como parte de un intenso enfrentamiento político y social, en torno a esta cuestión, de la eficiencia, racionalización, magnitud y alcances del todavía grueso cinturón de protección social vigente en aquellos países.

torna del todo evidente, política y cultu–ralmente, cuando el enfrentamiento social se despoja de los usuales velos o mediaciones ideológicas –fenomenizaciones distorsionantes del conflicto de base, pero reveladoras de otras significativas circunstancias intervinientes– y se eleva a su más clara y directa expresión histórica, develadora de los fundamentos básicos del orden social, y alcanza niveles en los que ya no se puede disimular o desjerarquizar, menos aun negar, el desgarró estructurado y estructurador que define al orden burgués, el conflicto entre, por un lado, los poseedores, capitalistas adueñados de los principales medios de producción y cambio, de acumulación de riqueza, y, por el otro, los trabajadores asalariados, el proletariado, cada uno en su compleja realidad interna.

Por otro lado, se trata, el recurso a la negociación institucionalizada, de un hecho notable, en la historia del orden burgués, nada menos que del reconocimiento, sin atenuantes, en las condiciones de una crisis general inédita de una parte significativa del centro del capitalismo, del esencial carácter de clase del orden social y de lo crucial del conflicto estructural entre los trabajadores y el capital. Llevados a una situación extrema, los sectores decisivos de las clases dominantes, y sus más lúcidos representantes políticos, se ven finalmente obligados a abandonar todas las mamparas y mixtificaciones ideológicas con las que usualmente y por mucho tiempo habían intentado, con enorme esfuerzo, y suficiente éxito hasta entonces, envolver en una densa niebla la realidad efectiva del orden burgués y su indetenible fenomenización. Pero se trata de un proceso de ‘negociación’ orientado a atender primero y fundamentalmente los intereses de conservación y relanzamiento del orden capitalista-imperialista, a cambio de reformas que pueden llegar, algunas de ellas, a tener un impacto observable, incluso notorio, en la mejoría de las condiciones de vida de un sector variable del proletariado, pero que en ningún escenario, declaradamente, ponen en cuestión las bases capitalistas del orden social ¹⁹³.

193. Si el EB es ‘un proyecto capitalista en la lucha de clases’, un monumental y costoso recurso, solo justificable por la envergadura de la amenaza asociada al

Es en este contexto histórico social que el EB, particularmente en las condiciones de la Europa de la postguerra, confluye con las políticas corporatistas. El persistente fenómeno del corporatismo, en sus relaciones con la reproducción amplia del orden social, no parece haber recibido toda la atención analítica que merece, al menos desde el marxismo, y el presente estudio no es una excepción. Aquí solo pretendemos, de acuerdo con los intereses y objetivos del presente trabajo, examinar rápidamente las relaciones entre el corporatismo y el EB¹⁹⁴.

Fenómeno y concepto tienen ya una larga trayectoria. El concepto de corporatismo “se remonta a la segunda mitad del siglo XIX, donde aparece vinculado tanto al pensamiento de los clásicos de la sociología como a la ideología socialcristiana”¹⁹⁵. Para Durkheim, el ordenamiento social debería llegar a fundarse, como una de sus bases esenciales, en un ‘vasto sistema de corporaciones nacionales’. El corporatismo se convierte, así, en una forma asociativa comple-

viejo fantasma mencionado por *EL MANIFIESTO*, impuesto por las circunstancias a las clases dominantes como vía, dentro de la perspectiva liberal, para salvar al sistema, su surgimiento y evolución solo se entiende y se hace del todo posible por la colaboración y la influencia de los partidos de la izquierda reformista y las cúpulas de los aparatos sindicales burocratizados, que, a cambio de concesiones limitadas, y siempre amenazadas, además de privilegios de casta, se acomodan al sistema, tornándose enemigos de la lucha por el socialismo. Por ello, desde el punto de vista del marxismo, la llamada negociación tripartita, patronal-sindicatos-gobierno, elemento fundamental del EB, representa un dispositivo crucial en el engranaje orientado a neutralizar la orientación anticapitalista de las luchas obreras y populares. A cambio de concesiones reversibles, los sindicatos y los partidos se comprometen a no cuestionar el sistema justo en el momento de su mayor vulnerabilidad ante la fortaleza de los movimientos anticapitalistas, ante la amenaza real de revoluciones socialistas triunfantes. Se trata, en fin, de un mecanismo condicionado por la relación de fuerzas en la lucha de clases y sus diversos factores, y al cual las clases dominantes solo se pliegan en tanto no consigam modificar claramente a su favor el balance de poder.

194. En nuestro medio, Randall Blanco ha realizado un abordaje del tema en su tesis doctoral: *TRANSFORMACIONES DEL SECTOR EXPORTADOR COSTARRICENSE EN LA TRANSICION DEL MODELO DE SUSTITUCION DE IMPORTACIONES AL MODELO DE LIBRE COMERCIO, 1982-1996*. UCR. 2010.

195. Picó, Josep, *TEORIAS SOBRE EL ESTADO DE BIENESTAR*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1987, pág. 67.

mentaria, destinada a armonizar los conflictos derivados de las bases contradictorias del sistema, es decir, de los rasgos para él inherentes de una economía mercantil, de la competencia, de la búsqueda incesante de la ganancia, de la división del trabajo y particularmente del individualismo anómico, desprovisto de las ‘normas tradicionales de convivencia’. Por su parte, para el conservadurismo católico, se trata de un último intento de resistir lo fundamental de las consecuencias de la irrupción del capitalismo, recurriendo a una combinación de viejas y nuevas fórmulas, que en fin de cuentas intentan frenar, mediatizar o, para no pocos, incluso invertir la dinámica cursante y reconducir la procesión de los acontecimientos al tradicional orden de cosas anterior. Ante la aparentemente definitiva descomposición del añorado orden feudal, el objetivo de la iglesia vaticana pasa a ser la denuncia del individualismo liberal, el creciente conflicto generado por el mercado capitalista y la búsqueda de la armonización de las relaciones sociales. Todo lo cual resulta sin embargo instrumental respecto del peligro mayor, la amenaza de las concepciones y el programa marxista y el notorio avance del socialismo como movimiento social¹⁹⁶.

Un segundo y estigmatizante momento para las concepciones corporatistas se encuentra en su adopción por el fascismo, apropiación en la que el Estado totalitario asume un papel de casi completo predominio, como autoridad central que impone el orden y determina el ‘consenso’ entre las par-

196. “La nostalgia de la sociedad tradicional estancada e inmóvil, pero orgánica y jerárquica, sin conflictos y antagonismos, está viva en los primeros documentos pontificios dedicados al problema social. En 1878, en la *QUOD APOSTOLICI MUNERIS*, León XIII augura: ‘Se hace oportuno favorecer las sociedades artesanales y obreras que puestas bajo la tutela de la religión acostumbren a todos sus socios a mantenerse contentos de su suerte y soportar con mérito la fatiga y a llevar siempre una vida quieta y tranquila’. (...) En 1892, en *RERUM NOVARUM* del mismo pontífice (...) se afirma: ‘a la solución de la cuestión obrera pueden contribuir mucho los capitalistas y los obreros mismos, con instituciones ordenadas para ofrecer oportunos auxilios a las necesidades y para acercar y unir a las dos clases entre sí’”. Bobbio, N; Matteucci, N. *DICCIONARIO DE POLITICA*. Ed. Siglo XXI, México, 2000. págs.. 373-374.

tes (para Mussolini, el corporatismo es la 'economía disciplinada'). Se trata de una asociación que se consolida y se hace muy fuerte en el imaginario social, hasta convertirse para no pocos en una simple identificación. Pero el movimiento general del fenómeno corporatista, antes y después del episodio fascista, muestra con total claridad que esta reducción abusiva no capta la naturaleza fundamental del corporatismo, quedando por tanto adherida a aspectos secundarios, contingentes.

Los rasgos principales y elementos definitorios del corporatismo se muestran ya desde el principio: la imposición, más o menos directa, por el Estado de la conciliación/ negociación institucionalizada entre las principales fuerzas, grupos e intereses sociales, con el objetivo de neutralizar o atemperar el conflicto social estructural, de clase, intrínsecamente asociado al funcionamiento del sistema mercantil, y desarmar, a través de la cooptación, al movimiento obrero y popular, a fin de imponer orden y armonía en las relaciones societales, intentando así afirmar suficientemente los fundamentos de la acumulación de capital, la dominación política y la legitimación del conjunto del régimen social. Desde este esquema general se siguen diversas variantes y concepciones; aparte de las ya mencionadas, aquella que hace al interés principal de este trabajo, la que se desarrolla a partir de la confluencia de los mecanismos corporatistas con el EB, de la reelaboración de que son objeto los mecanismos corporatistas por parte de las diversas experiencias de regímenes de bienestar. En la literatura especializada, se convencionó utilizar, con relación a esta nueva variante del fenómeno, el término de 'neocorporatismo'. De modo que, sobre la base de un concepto general aún vigente, de lo que se trata es de examinar en qué reside lo 'neo' del neocorporatismo.

Principalmente, remite a las circunstancias de contexto histórico —económicas, sociales, políticas y culturales— renovadas, en las que se aplican ahora los esquemas corporatistas; es decir, aparte de la evolución económica del sistema, de las formas del conflicto político-social y de

profundos cambios culturales, y microsubjetivos, en muy diversas esferas, en particular, se refiere a las condiciones del clásico pluralismo liberal y de la democracia formal representativa, que finalmente se tornan predominantes, en los países centrales, en la segunda postguerra. La novedad del neocorporatismo reside en parte en el surgimiento de un pluralismo corporatista, de colectivos sectoriales, que complementa o se combina en formas muy diversas con el sistema de representación parlamentario tradicional a fin de apuntalar la representación o intermediación de intereses y reforzar la legitimidad del sistema político. En las condiciones inmediatas y remotas ya apuntadas, de surgimiento del EB, el dispositivo corporatista aporta un insumo crítico, los sustentos sociales, fuerzas políticas, grupos de interés, sin cuya colaboración las políticas del bienestar, y sus objetivos, manifiestos y encubiertos, enfrentarían un escenario muy poco propicio, y, por tanto, su eficacia se vería decisivamente mermada.

En otras palabras, dado el peculiar balance de poder, en la postguerra, entre las principales fuerzas sociales, sin el esquema corporatista, el régimen de bienestar, como estrategia para conjurar la crisis general del sistema y fondear la recuperación del proceso de acumulación, se vería seriamente comprometido, con posibilidades de éxito muy disminuidas. Todo lo cual evidentemente demanda decisión y voluntad política, que varían con la posición y perspectiva de los diversos agentes involucrados. Para las cámaras patronales se trata, se descuenta, de un mal necesario, apenas tolerable, una distorsión, una vulneración de la libertad de mercado, y de la libertad sin más, punto de vista del todo de acuerdo con el ideario liberal, la ideología clásica de la burguesía, la que en general refleja mejor sus intereses de conjunto. Y este avenimiento a regañadientes se explica por una particular relación de fuerzas, en la que la gran experiencia de lucha y organización, la dura escuela de una confrontación de clases que alcanzó niveles hasta entonces inéditos, y sobre todo el alto nivel de desarrollo de la conciencia de clase conseguido

en el fragor del combate por la revolución, y, como parte de ello, la heroica batalla contra el fascismo, ha producido un fortalecimiento político notable del proletariado como clase, expresado en las poderosas organizaciones sindicales y el peso social y electoral de los partidos obreros reformistas.

Es esta situación la que impone la necesidad de las políticas de bienestar como forma de remontar la crisis general, la imposibilidad de ignorar el peso social de los explotados, una vez que han conseguido romper, o al menos debilitar, los amarres de la dominación interiorizada, pero que, por otro lado, también le da viabilidad al esquema corporatista. Es la enorme influencia de los partidos socialdemócratas, definitivamente reconvertidos en pilares del sistema, y, en algunos países, también de los partidos comunistas (lo cual introduce singularidades en el fenómeno), autosometidos a los cálculos de la diplomacia soviética y sus acuerdos con las potencias occidentales (como anticipo de la socialdemocratización de los PC's, en la década de los 70), lo que abre la posibilidad real de gestionar la recuperación del sistema a través de la activa y entusiasta colaboración de los partidos obreros reformistas (y en este proceso, la socialdemocracia acabará perdiendo definitivamente su original adscripción de clase).

No se puede ignorar la carga de ironía que conlleva el hecho de que la socialdemocracia, como forma de maquillar su negación de la lucha de clases, se vea obligada a recurrir a un expediente que se basa justamente en un perentorio reconocimiento del fundamento de clase de todo el orden social, cuando el conflicto y la polarización social ya no dejan margen para la prestidigitación ideológica y para la mixtificación. Es la razón de que sea sobre todo en los gobiernos socialdemócratas, o en aquellos períodos en que sus expresiones han tenido un particular peso en los regímenes políticos, en los parlamentos de los países capitalistas avanzados (los demócratas, para el caso norteamericano), en que los esquemas de negociación interclasista han alcanzado mayor figuración, hasta llegar a la (casi)institucionalización

del tripartitismo, la tendencia o intención de formalizar la concertación entre el capital y los burócratas sindicales y/o la izquierda reformista -mediada y arbitrada, o resuelta, por el personal político y la alta burocracia encargados de la gestión del Estado, dentro de los marcos de su autonomía relativa-¹⁹⁷, como forma política de representación de intereses y toma de decisiones sobre los aspectos centrales de la gestión política del sistema social.

Se trata de un arreglo que busca de una u otra manera encubrir la desigualdad de poder estructural e institucionalizada entre los sectores concurrentes, más allá de las oscilaciones producidas por la dinámica de las luchas sociales. El corporatismo se torna racional, en el sentido de Hegel, en la medida que efectivamente aporta un conjunto de recursos funcionalizados en la superación de la crisis sistémica, de inédita profundidad, en Europa sobre todo. Intenta, y en general logra, institucionalizar la negociación entre las principales clases (en un primer período, incorporando después paulatinamente diversos grupos de interés, demandas y sensibilidades, en un curso que no casualmente tiende a una creciente fragmentación en múltiples particularismos), buscando neutralizar el conflicto de clase, desarmarlo, acotándolo a temas procesables en los límites del orden social. En los años 60, el corporatismo, en la versión adaptada a las formas del EB, dará lugar a la concertación de un conjunto de políticas económicas y sociales, que se traducirán en una inocultable mejoría de las condiciones de vida y trabajo de un sector considerable de los trabajadores europeos, incluso mayoritario (el fenómeno, mucho más débil, no deja

197. "...por su misma naturaleza, la burguesía 'reina pero no gobierna'. Como está colocada bajo el signo de la propiedad privada, es decir de la concurrencia, ningún banquero, industrial, capitalista privado puede, por sí solo, encarnar los intereses de *clase* del conjunto del capital... De ahí la necesidad de una cierta autonomía del personal político burgués... De ahí también la necesidad objetiva de libertades políticas en el seno mismo de la burguesía, necesarias para la definición del 'interés general'...". Mandel, E. "Clases sociales y crisis política en América latina". En *MARXISMO Y CLASES SOCIALES*. Ed. Fontamara, Barcelona, pág.137.

de registrarse en EEUU, pero por vías menos explícitas, sin la pomposa escenificación hacia la que la situación europea inclina).

Resulta decisivo subrayar que, en realidad, esta notoria mejoría de la situación social europea, hasta alcanzar niveles inéditos en la historia del capitalismo, sin que nada de esto ponga en cuestión en lo absoluto los rasgos esenciales del sistema mercantil, la acumulación, la ganancia y la competencia, así como la explotación y la desigualdad social estructural, igualmente inherentes a esta forma social, en buena medida se hace posible por el control de las potencias metropolitanas sobre el mercado mundial, por cuyo intermedio y mecanismos ejercen su dominio sobre la periferia del sistema internacional, y mediante el cual pueden extraer un permanente flujo de valor desde los países semicoloniales del capitalismo subdesarrollado. Las enormes ganancias que las corporaciones metropolitanas realizan en la periferia capitalista, al ser repatriadas, abren un considerable margen de concesiones a sus trabajadores, lo cual contribuye principalmente a generar condiciones excepcionalmente favorables para la gestión del conflicto de clase, lo cual por su vez, flexibiliza las condiciones de la gestión política de la dominación de clase, la democracia burguesa, en su clásica versión liberal-representativa, y contribuye a la fortaleza de los regímenes institucionales y a los altos niveles de estabilidad política. Una vez dados, todos estos factores interactúan para producir la dinámica de la reproducción del orden social, intra e intersocietalmente. Si bien la relativa pérdida de ventaja competitiva de las corporaciones europeas y el estancamiento o deterioro económico-social general ha limitado los márgenes, el mecanismo sigue operando, como un decisivo recurso en la gestión de la crisis, como puede verse con claridad en el actual funcionamiento de los bancos y empresas españolas en América latina.

Pero esta real, aunque relativa, inestable y siempre sometida a presiones y amenazada, mejoría en las condiciones de vida de los trabajadores europeos tiene como contrapar-

tida la renuncia al cuestionamiento del sistema. A cambio de partidas presupuestarias, y consolidación de sus propias posiciones de poder y control de la representación (los mecanismos corporatistas inducen la centralización de la representación), las cúpulas sindicales y partidarias comprometen el apoyo, y construcción de consenso hacia el conjunto de los trabajadores y los sectores populares, a las políticas estatales de estabilización primero y relanzamiento después de los mecanismos del sistema mercantil, la relegitimación del ordenamiento político-institucional y la reconstitución del clima ideológico-cultural orientado a producir integración social y naturalización del orden vigente. Se logra así, por una vía no la preferida por los sectores dominantes, pero en las condiciones la óptima, el disciplinamiento de los subordinados, del proletariado, regimentados por las burocracias sindicales y partidarias. Otra vez, esto durará mientras las relaciones de fuerza no dejen espacio a una mejor opción, desde el punto de vista del capital. En la medida que responde al balance de poder, el esquema corporatista es por definición inestable.

El neocorporatismo de los regímenes de bienestar se impone como el recurso mediante el cual la clase dominante logrará la recuperación de la estructura funcional del capitalismo, superando la crisis y la amenaza de las tendencias anticapitalistas. Y en este proceso desempeñarán un papel decisivo las burocracias sindicales y partidarias, promoviendo la desmovilización o movilización controlada de los explotados y oprimidos, lo cual de una u otra manera da como resultado su despolitización, y, a partir de ahí, a la aceptación creciente por amplios sectores de la idea de que la lucha debe restringirse a la conquista primero de reformas adicionales, y a la defensa, después, cada vez más difícil, de las ya conquistadas. Es el papel desempeñado, con diferencias, por la socialdemocracia y los partidos comunistas, estos primero siguiendo los intereses políticos de Moscú, luego, fines de los 60, desde sus propios intereses, desarrollados en el marco de su completa integración a los

sistemas políticos, con sus prebendas y acomodamientos. El resultado histórico concreto de estos acuerdos fue imponer un corset a los movimientos anticapitalistas, recurso que en perspectiva se reveló determinantemente eficaz.

Este giro abiertamente institucionalista de los partidos de la izquierda reformista, que les concede un papel fundamental en la sobrevivencia del sistema, aportando condiciones político-ideológicas en determinado momento imprescindibles (mientras las iniciativas en la esfera económica aún no consiguen completar el proceso de poner en pie y relanzar el funcionamiento estable y autónomo de la máquina productiva), se funda, en particular en el caso socialdemócrata, en la quimera sociopolítica, en su primera y minoritaria versión, de la posibilidad de acceder al socialismo mediante reformas paulatinas, sin sobresaltos violentos, lo cual, asombrosamente, dada la considerable y dura experiencia ya acumulada/vivida, supone ignorar la férrea determinación de la clase dominante de defender a cualquier costo sus enormes privilegios materiales y su poder, su dominio.

En la segunda y muchos más apreciada, desde el inicio, el objetivo se inclina al más modesto propósito de pretender reconciliar explotación, acumulación, competencia y ganancia capitalista con 'justicia social', es decir, con niveles altos y estables de empleo, remuneraciones, protección y seguridad social, calidad de vida y bienestar. Alguno particularmente entusiasta, incluía, felicidad. Se abandona así toda residual retórica anticapitalista. Desde cierto punto de vista, en realidad, la segunda versión de la fabulación socialdemócrata es aún más fantástica que la primera. Lo que se pretende es desjerarquizar la dialéctica de los intereses, las relaciones y la lucha de clases, bajo el capitalismo. Hoy, tanto como ya entonces, lo que está suficientemente claro es que esto no pasa de ser, premeditadamente o no, un discurso, una práctica, funcional a la dominación. Por la vía de la cooptación social de la clase obrera, del movimiento sindical y popular y de parte apreciable de las sensibilidades anticapitalistas, primero se estrangula la acción contrasistémica,

se interviene para disipar las energías y disposiciones revolucionarias, luego se difunde la ilusión de la gradualidad del cambio aspirado, y cuando finalmente se hizo evidente la derrota y reflujo del impulso emancipatorio transformador, se terminó por provocar una catastrófica regresión de la conciencia de clase, de los explotados y oprimidos, posibilitando así su recaptura por el sistema social y su integración funcionalizada, conformista, al régimen político (lo cual a la postre llevó también, previsiblemente, a la erosión del peso político y la capacidad de convocatoria sobre todo de los partidos comunistas, y a la larga agonía de la socialdemocracia¹⁹⁸). Todo esto evidentemente se verá reforzado por las consecuencias de la desastrosa política de la burocracia gobernante en la URSS, el carácter políticamente sofocante del régimen, sus agresiones y aplastamiento de los intentos de construir democracias socialistas en el este europeo, en los años 50 y 60, y el estancamiento económico de los años 70 y 80.

198. Tom Bottomore, en *CIUDADANIA Y CLASE SOCIAL* (en su ensayo “Cuarenta años después”) se pregunta por el cambio político y cultural de la clase media asalariada y los trabajadores más calificados y mejor remunerados en la Gran Bretaña de fines de los 70, que votan a los conservadores de la sra. Thatcher contra el EB. Buena parte de la explicación pasa por la política reformista que fue clave en la capacidad del sistema para recuperarse (pese a la relativa decadencia británica en la postguerra) y que, en las condiciones privilegiadas de un país metropolitano (Bottomore reconoce que “el desarrollo de postguerra de las sociedades industriales ha sido, en medida considerable, a expensas de países de ingresos bajos y algunos de ingresos medios, porque el dominio económico de esas sociedades le ha permitido dictar los términos del comercio, la inversión y la ayuda”), terminó por provocar un decisivo retroceso de la conciencia de clase y de la perspectiva socialista, que había animado a los movimientos. De ahí que sectores que se habían beneficiado intensamente con las políticas socialdemócratas luego migraran hacia la derecha liberal, sectores que en realidad, una vez superados, treinta años después, las terribles convulsiones de los años 30 y los devastadores efectos sociales de la guerra, habían sido recuperados por el tradicional clima liberal-individualista inglés. Es parte de la dinámica y los avatares políticos y culturales de la lucha de clases. Por supuesto, el giro a la derecha no hizo más que profundizar la desigualdad social en Gran Bretaña, sin resolver la deriva decadente de la antigua potencia dominante.

Toda la política socialdemócrata de la segunda postguerra está orientada por la negación o desjerarquización del esencial carácter de clase del conflicto social, de la estructura de clase de la propiedad y el poder; en otros términos, tiene como objetivo la derrota de los movimientos y fuerzas anticapitalistas. El neocorporatismo tripartitista (concertación capital/trabajo mediada por el personal político y la alta burocracia a cargo de la gestión del Estado) pretende encubrir la estructural e institucionalizada desigualdad de poder entre los concurrentes, la desigual relación del Estado con las distintas clases y sectores sociales, llevando a los trabajadores a la reconciliación con tal asimetría. Más adelante, en los 70 y sobre todo los 80, esta orientación, en una situación y relación de fuerzas totalmente otra, se verá reforzada ahora con la feroz política antisindical de los neoconservadores, que, combinada con la crisis económica, primero, y las políticas de la aparente recuperación neoliberal, después, se traducirá en un debilitamiento generalizado de los sindicatos.

Por otra parte, un avance significativo en la diferenciación de la estructura social, producto de la evolución del capitalismo, pero también en buena medida de las políticas del EB, que dará como resultado un muy relevante fortalecimiento de sectores y grupos sociales con intereses y demandas específicas, dará lugar a los llamados 'nuevos movimientos sociales', denominación que solo en parte es acertada, en la medida en que, más allá de la relevancia político-social creciente, todas las colectividades e identidades incorporadas tenían una considerable trayectoria previa, pero que sobre todo se acuña y es utilizada como una nueva forma de instrumentar el viejo propósito, negar o desdibujar la estructura y el conflicto de clase como factor definitorio, constitutivo y axial de todo el orden social capitalista, directamente y en su diversa y variable conexión con los movimientos y sensibilidades que expresan la creciente complejidad de la estructura social y los cambios culturales y psicosociales que la acompañan, y de cuya peculiar e inanticipable articulación resulta un proceso histórico abierto, pero que continúa desarrollán-

dose dentro de los marcos fundamentales del capitalismo, como evidencian la persistencia de las crisis económicas, el sostenido incremento de la desigualdad social o el deterioro de los arreglos y controles geopolíticos; de los rasgos básicos que definen el orden capitalista.

El relativo, pero indiscutible, éxito de la campaña dirigida a restar jerarquía a la cuestión de clase, diluyéndola en la ideología de la multiplicidad desarticulada (de lo disperso y efímero, lo caótico y sin profundidad), siempre creciente, de categorías sociales, demandas e identidades particulares, el fragmento que se pretende y se define más acá de la racionalidad, un sin-sentido epistémico, muy en línea con la atomización social promovida por el mercado y el liberalismo (y los posmodernos)¹⁹⁹, se explica por la modificación del balance de fuerzas que resulta de la completa reconstitución del sistema capitalista-imperialista, en la postguerra, y las derrotas sufridas por los trabajadores a partir de fines de los años 70, modificación adversa que se agrava en la mitad de los años 80 por la crisis y derrumbe final del llamado ‘socialismo real’ -las sociedades de transición postcapitalistas, los estados obreros, llevados a la crisis por el despotismo burocrático- y el consecuente golpe devastador y retroceso en la conciencia de clase, la conciencia socialista de los trabajadores y oprimidos. Pero la realidad es más rica que los intentos de mixtificación ideológica²⁰⁰, y tarde o temprano

199. Fragmentación que por supuesto lleva al escepticismo, en la medida que ‘como todo es diferente, todo es igual’.

200. Del fracaso de los experimentos de transición postcapitalista del siglo XX y el final derrumbe-implosión de las dictaduras burocráticas, no se sigue, como pretendió la saturante propaganda liberal, la justificación o validación histórica del capitalismo. Más de 200 años de historia, desde su definitiva entronización, muestran con rotundidad que el sistema no tiene futuro, que no puede superar su tendencia a las recurrentes crisis económicas, que la explotación y la desigualdad estructural son sistémicas, que no puede prescindir de las distintas formas de opresión heredadas, por tanto, tampoco de la dominación política; es decir, que no puede dar lugar a un orden social justo.

También el capitalismo ha fracasado, y desde cierto punto de vista, su fracaso es aún más rotundo, pues han quedado expuestos sus límites y lacras insuperables, toda la miseria y el sufrimiento social que provoca, y que definen el horizonte

vuelve a transparentar las fracturas que inescapablemente configuran estructuralmente al sistema y permiten entender los meandros de su evolución, y de los conflictos, nuevos o antiguos, que abre o reaviva.

Desde el punto de vista del marxismo, una satisfactoria teoría de las opresiones, en su diversidad y aspectos comunes, solo puede construirse desde el reconocimiento del carácter capitalista del conflicto de clase sobre el cual se organiza toda la compleja arquitectura social de la contemporaneidad, y a partir de ahí la clarificación, para los diversos momentos y lugares sociales, de las formas peculiares en que se articulan e interrelacionan explotación y opresión, u opresiones: las distintas formas de opresión mantienen fragmentados, y enfrentan entre sí, a los explotados y subordinados. Negligenciar o ignorar esta dialéctica, de clase y status, por ejemplo, lleva a inevitables descaminos. Y a hacerse funcional, conscientemente o no, a los dispositivos de la dominación. Fragmentar el campo de los explotados y oprimidos –promoviendo particularismos absolutos, en lugar de avanzar en la construcción de un concepto rico y diferenciado, articulador dinámico de las diferencias, de la universalidad humana, de humanidad–, es el mejor servicio que se le puede prestar al orden social imperante. Pensar y elaborar teórica y políticamente esta articulación dinámica es una de las tareas fundamentales del proyecto emancipatorio en las condiciones actuales. Promover la fragmentación, por el contrario, no solo lleva a hacerse, prácticamente, cómplice de la dominación, sino a condenarse a no comprender teórica y políticamente la dialéctica de capitalismo y opre-

absoluto de sus posibilidades históricas, sin importar cuánto tiempo más se sobreviva a sí mismo.

Por eso no tiene futuro. Aunque su persistencia, ya no racional (Hegel), producto de la incapacidad de la humanidad para encontrar/construir una salida, puede llevar a un desenlace catastrófico, a la barbarie y la involución social, posibilidad de la cual ya se pueden observar indicios y manifestaciones parciales en sociedades de la región y en diversos puntos del planeta (fundamentalismos religiosos, el flagelo de la delincuencia, guerras reaccionarias que ahogan procesos políticos progresivos, deterioro ambiental).

sión; condena a no comprender el problema general de la opresión y cualquier opresión en particular. Dividir a los subalternos refuerza las diversas opresiones. La división de la clase obrera norteamericana, p.e., refuerza la opresión de negros y latinos²⁰¹.

El corporatismo tripartitista no se restringe a Europa, si bien allí alcanza con toda claridad su expresión más desarrollada. En América latina, en las particulares condiciones económicas y de estructura social del capitalismo periférico, junto al clima ideológico-cultural predominante que se sigue, el margen para los esquemas corporatistas es mucho menos amplio y propicio, lo que significa que como dispositivo de conjunto no responde a una necesidad social objetiva o subjetiva. Ni las peculiaridades de la formación social, ni la composición y dinámica de la estructura de clase, tomada muy en general, en las sociedades del capitalismo dependiente y periférico²⁰², con sus variaciones de diversa relevancia, y la conflictualidad social que de ahí deriva, hacen del esquema corporatista una necesidad político-social comparable con la verificada en las condiciones del capitalismo avanzado; lo cual no impide, por otro lado, que instrumentos y recursos específicos de la institucionalidad y las políticas corporatistas encuentren alguna utilidad, muy variable según las distintas sociedades y los avatares de las mismas, en el apuntalar del modelo de acumulación y crecimiento, en la gestión del conflicto social y en la legitimación del orden de la dominación.

201. Pretender que se puede enfrentar las opresiones (o la 'colonialidad del ser y del pensar'), sin cuestionar la propiedad y la explotación capitalista, los fundamentos del orden burgués, es una patraña (o una ingenuidad sorprendente). El particularismo metafísico, por un lado, suele cubrir la retirada de la lucha contra el capitalismo, por otro, tampoco sirve, como queda claro luego de décadas de experiencia, para acabar con el racismo y las opresiones.

202. La limitada autonomía de los aparatos político-institucionales respecto de las clases dominantes, en las condiciones generales del capitalismo periférico latinoamericano, la insuficiente racionalización burocrática, es uno de los aspectos que limitarían la incorporación de la modalidad de gestión corporatista. Un cierto grado de autonomía relativa del Estado aparece como condición de posibilidad del esquema corporatista.

Luego de su notable apogeo en los años 70, como recurso para gestionar la crisis contemporánea, la más intensa y prolongada desde los años 30, y también como tema en los medios académicos, el corporatismo decae abruptamente desde comienzos de los 80. Desplazado violentamente por el ímpetu neoconservador, corriendo la misma suerte de todas las concepciones que apostaban a la intervención estatal y la regulación política de la economía, el corporatismo pasa a ser imputado como corresponsable de los crecientes problemas de las economías de los países centrales. El persistente estancamiento con alta inflación que padecerán las economías centrales (salvo Japón) marca el retorno de las crisis de gran alcance e intensidad en esos años –tras el período de apenas veinte años de la postguerra en que las crisis, si no desaparecieron, sí se hicieron algo más moderadas–, circunstancia que termina por hacer del todo evidente el fracaso final del keynesianismo en su pretensión de superar definitivamente la tendencia del sistema a llevarse a sí mismo a crisis recurrentes, y cada cierto tanto a crisis particularmente profundas; y que es aprovechado por sus encarnizados e irreconciliables adversarios de las diversas escuelas neoclásicas para forzar su completa desestimación, también como conjunto de concepciones y políticas indiscutiblemente útiles como recurso para enfrentar, limitar los efectos y contrarrestar, los movimientos cíclicos de la acumulación capitalista.

El retorno de las crisis profundas y prolongadas, y su combinación con el cambio en la relación de poder entre las principales fuerzas sociales, da lugar a una situación nueva, inédita en la postguerra, situación configurada por condiciones y determinantes, circunstancias y causas, en el marco de las cuales las concepciones y políticas neoliberales aparecerán ahora como las más propicias a los sectores e intereses dominantes. Se crea así un escenario que favorece un cambio de política de los sectores decisivos del capital, pasar de la conveniencia de la negociación a la prioridad de una agresiva acción contra los derechos y conquistas de los

trabajadores y contra sus organizaciones. Política e ideológicamente, lo que determina el ocaso, relativo, no desaparición, del corporatismo en los años 80 es la potencia de la irrupción del neoliberalismo, como expresión de un acentuado giro en la lucha de clases, el paso a la ofensiva de los agentes del capital.

Pero, a su vez, este movimiento en lo político encuentra su sustento objetivo último y principal en el despliegue del nuevo entorno competitivo internacional. La internacionalización desregulada, como combinación de un movimiento objetivo, la potencialidad y tendencia consustancial del sistema, y otro subjetivo, las políticas liberales, lleva a exacerbar la competencia entre las principales potencias y sus corporaciones. Al estrecharse el abanico de opciones, el margen para los sectores aún partidarios de la regulación concertada del conflicto social, como elemento funcional respecto del proceso de acumulación, se torna cada vez más exiguo. Como toda concepción intervencionista, el corporatismo debe enfrentar la dinámica 'natural' del sistema. Cuenta a su favor, no obstante, que, mediado por esa dinámica 'natural', apologizada por los leseferistas, el sistema se autodirige a crisis recurrentes, lo que tiende a avivar el conflicto social y nutrir a los movimientos contrasistémicos, y, por tanto, de vuelta hace que el capital no pueda prescindir de las políticas intervencionistas. Tampoco de las corporatistas.

La incorporación por el EB del esquema corporatista, como medio para alcanzar viabilidad, para lograr sustento político-social, puede leerse como un contundente síntoma de la situación más general en que surge –y deviene una opción políticamente fuerte, o en la que se impone por su racionalidad–, y se presenta como mejor salida para la estabilización y relegitimación del sistema social, dadas las circunstancias imperantes. Lo cual significa también, en una perspectiva amplia (y esta es una de las tesis centrales de este trabajo), que una vez desaparecida la relación de fuerza que terminó imponiéndolo, desaparecen en buena medida las circunstancias que originalmente habían logrado el por-

tento de llevar a los burgueses individuales y a sectores enteros, ampliamente mayoritarios e influyentes, de los sectores dominantes a avenirse a su aceptación.

Y esta es la clave para entender el surgimiento, despliegue, esplendor, clímax, cuestionamiento, crisis y decadencia del EB. En términos más técnicos, para entender la difuminación del sustento político de las élites al esfuerzo fiscal de apoyo al EB. Periplo que es del todo consistente con la concepción instrumental de las políticas keynesianas, una teoría sustentadora de una política económica anticrisis, contracíclica. Una vez disminuida la amenaza experimentada por el orden social, desaparece buena parte del incentivo para mantener el financiamiento de la red de protección, claramente de sus aspectos más onerosos, con lo cual sobreviene la activa deslegitimación de las políticas fiscales que le daban sustento, tanto más en circunstancias, las de un salto adelante en la internacionalización del sistema, internacionalización desregulada, que exacerba la competencia y rivalidad en los mercados internacionales, restringiendo el margen de innumerables corporaciones y capitalistas –que luchan por sobrevivir, sin demasiados escrúpulos éticos, y con mayor o menor éxito, en un mundo que poco tiene que ver con el de las relativamente ordenadoras reglas de los años 60–, y sobre todo del personal político correspondiente, de los diversos estados. El keynesianismo depende de acuerdos políticos, sea en lo local, sea en lo internacional.

Así se puede comenzar a, o terminar de, entender la tan debatida crisis del EB, que con distintos ritmos se ha extendido por los últimos treinta años, extensión por su vez acreditable a la también enorme dificultad para avanzar en los recortes en el una vez grueso dispositivo de protección, dificultad derivada de la persistente, con todas sus vicisitudes, resistencia de los trabajadores²⁰³.

203. “Algo adquiere realidad porque las condiciones necesarias para su producción están presentes y operando objetivamente. Se vuelve más o menos real de acuerdo con los cambios en las circunstancias externas e internas de su evolución. Permanece verdaderamente real solamente siempre y cuando sea necesario

El tatcherismo²⁰⁴ viene entonces a hacer de epítome de la reacción conservadora-neoliberal contra el EB (sea como estridente exigencia de ostensivo achicamiento, sea por la vía maquillada de la ‘mercantilización del bienestar’, la transformación en mercancía de las prestaciones sociales, transfiriendo su elaboración y gestión al mercado, tornándola una actividad lucrativa más, con financiamiento y alguna regulación del Estado). La condición de posibilidad del tatcherismo es, en último término, como ya se estableció, la desaparición de la situación y la correspondiente relación de fuerzas sobre cuya base el EB acabó imponiéndose como una inequívoca necesidad, como parte del sentido común, de autoconservación, del orden social. A este giro de los acontecimientos se aludía -con un recurso lingüístico de resonancia tecnicista, naturalizante- con la fórmula ‘agotamiento’, del modelo de desarrollo, del keynesianismo, del Estado interventor o ‘paternalista’, del concepto previo de política social o de valores como la ‘justicia social’, la ‘igualdad’, sustituida por ‘equidad’, etc. El ‘agotamiento’ llegó incluso a las ‘energías utópicas’, según un notorio exreferente del pensamiento crítico.

El remate, espectacular, casi inanticipado, de profundas y multivariadas consecuencias en el clima cultural, el estado de ánimo, y sus derivaciones intelectuales, de las décadas ulteriores, lo pone el incruento derrumbe de la Unión Soviética y la subsiguiente restauración del capitalismo en los Estados postcapitalistas burocráticamente deformados de Europa Oriental y Asia. Este es casi sin discusión un ‘evento’ a la altura de los dos o tres más sonados y relevantes de un

bajo las condiciones dadas. Luego, cuando las condiciones cambian, pierde su necesidad y realidad y se disuelve en mera apariencia”, George Novack, *INTRODUCCION A LA LOGICA MARXISTA*, Ed. Pluma, B. Aires, 1975, pág 78. Tales ‘condiciones’ son el producto de y cambian con la dinámica de las luchas sociales, de la lucha de clases en sentido amplio, y expresan en cada momento el estado temporal y cambiante de la relación de fuerzas entre las distintas clases, grupos, visiones e intereses.

204. Bajo esta denominación incluimos las políticas de Ronald Reagan como presidente de los EEUU.

siglo por sí pródigo en ‘eventos’, tan dramáticos que acaban superando la más bullente de las imaginaciones literarias. El significado de la restauración del capitalismo en la emblemática URSS no puede ser exagerado: simplemente, para muchos, parece devolver al terreno de lo utópico, en el sentido tradicional de ‘no lugar’, la aspiración a una sociedad fundada en la erradicación de la propiedad privada de los medios de producción de riqueza, como base de la explotación del trabajo humano, y la superación de la desigualdad social estructural. El proyecto de una sociedad postclasista vuelve a ser abrumado por el escepticismo generalizado. Escepticismo que, de rebote, funciona como un racionalizador de la existencia y de la no-alternativa al capitalismo.

Sobre esa base, los mecanismos de legitimación del orden social sobreexplotan un factor ideológico clave en el clima cultural contemporáneo. El orden obtiene su mayor justificación de la aparente ausencia de alternativa aceptable. Aparece y se autopresenta como un sin-afuera metafísico. El fin de la historia. Se trata de una fundamentación ex-negativo, la postulación de una no-opción, que teórica e históricamente no se sostiene, pero que político-culturalmente satura la definición social del presente, los significados sociales que informan el sentido común; y esto resulta así debido a que en realidad el dispositivo ideológico se sostiene en un elemento más de fondo: el desarrollo específico de la crisis y derrumbe final de la primera experiencia de construcción del socialismo, su fracaso final, provocado por la brutal deformación del despotismo burocrático (ampliada su resonancia por el relato unidimensional, constantemente reiterado, que desplaza los importantes aspectos rescatables que dejó la experiencia, e instala una versión del tipo leyenda negra, promovida por los medios de socialización del orden imperante)²⁰⁵, da

205. “La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente”. Así consiguen “...presentar un interés particular como general o hacer ver que es ‘lo

como resultado una considerable pérdida de credibilidad y de confianza en la idea y el proyecto socialista, instalándose como un pesado lastre, como un viscoso sentido común, en la conciencia de los explotados y oprimidos, contribuyendo a su atomización macro y microsubjetiva, y constituyéndose, en el límite, en el principal componente de lo que podemos llamar una crisis civilizatoria, una situación en que el ordenamiento vigente resulta claramente insatisfactorio e insostenible, pero sin opciones plausibles a la vista.

Este brutal retroceso en la conciencia de los explotados y oprimidos es constantemente confrontado por la realidad apabullante del, en cierto sentido histórico-socialmente fuerte, aún más espectacular fracaso del capitalismo, como horizonte de futuro de la humanidad; pero su superación efectiva no se sigue automáticamente de las contradicciones objetivas, los desgarros, de la vida bajo el capitalismo, dependerá del curso concreto de las luchas sociales, de la lucha de clases cotidiana, y de sus cruciales desarrollos políticos e ideológicos.

El 'thatcherismo', en sentido amplio, se refuerza en su predicamento a partir de la crisis sin salida, inevitable, del proyecto y las políticas socialdemócratas, y se instala definitivamente con el declive y final derrumbe de las experiencias de postcapitalismo burocráticamente deformado, encontrando así el definitivo impulso para su expansión más allá de las fronteras británicas. Los puntos centrales de su ideario son hartamente conocidos: monetarismo, economía de la oferta, feroz antisindicalismo, verticalismo y agresiva determinación política (alineación con EEUU, IRA, mineros, Malvinas-Pinochet), retórica evocadora de una moral victoriana y justificación teológica de sus premisas (más en la versión norteamericana), en lo fundamental (si bien la personalidad y el carácter de la sra. Thatcher agregan al conjunto un toque de intransferible singularidad). En breve, una pocas veces vista ofensiva del capital en la lucha de clases.

general' lo dominante". Marx y Engels, *LA IDEOLOGIA ALEMANA*. Ed. Pueblo y Educación. La Habana, 1982. Págs. 48 y sig.

La ofensiva contra el EB se justifica por sí misma, desde un costado ideológico. Es un hecho que los liberales de corriente principal nunca se avinieron y mantuvieron, incluso durante los años de mayor esplendor del keynesianismo, irreconciliables posiciones objetoras, siendo la sociedad de Mont Pelerin uno de los principales referentes de la resistencia al nuevo estado de cosas, centrándose en la intransable defensa de la propiedad privada capitalista y de la libertad de los mercados, en la más consistente continuidad con la tradicional e identificatoria oposición del liberalismo clásico a toda forma de intervencionismo estatal.

Pero la fortaleza del envite y el arrollador éxito ulterior del thatcherismo, de la reacción neoliberal, o 'neo-con', no responde solo o principalmente a la imperturbable consistencia ideológica de la perspectiva liberal aggiornada, o a la notable determinación, que siempre fue mucha, de sus fervorosos paladines. La condición de posibilidad de su espectacular éxito hay que buscarla, como siempre, en la peculiaridad del momento histórico, en una muy relevante modificación de la condiciones de contexto y en la dinámica de los acontecimientos. Ciertamente, opera una particular combinación de circunstancias; las contradicciones insuperables de la quimera socialdemócrata y, sobre todo, la crisis y el derrumbe del proyecto postcapitalista, han potenciado, han contribuido al ritmo, han puesto un clima favorable, para el retorno ultraliberal, pero finalmente constituyen elementos de la sobredeterminación, entre varios determinantes relevantes interrelacionados; no el determinante totalizador, el ámbito de acciones, relaciones y procesos que en el marco de la interrelación se pone, en último término, como la base y el estructurador general del devenir del todo. Este aspecto está dado en realidad por el desarrollo y las contradicciones de la economía capitalista mundial (como 'mundo creado por los seres humanos que alcanza el carácter de realidad objetiva') en la segunda posguerra, particularmente, por el estado del proceso a fines de los años 60's. Es esta la base objetiva de circunstancias y posibilidades, surgidas del

proceso social, sobre la cual por su vez incide la actividad política consciente; es decir, las fuerzas sociales y los intereses que se expresan a través de los distintos grupos y agentes sociales. La acción recrea y modifica unas condiciones que acto seguido se constituyen en las nuevas condiciones para la acción.

Las decisiones tomadas por los individuos, grupos e intereses, que terminan por darle forma y contenido al mundo tras la gran conflagración, han conseguido un rotundo éxito, no solo han conjurado la máxima amenaza que se cernió sobre el régimen social, sino que sentaron los cimientos para una expansión económica espectacular, tanto que pasó a ser conocida bajo el calificativo de 'boom' económico de la posguerra. Sencillamente, el período de mayor esplendor del capitalismo en su historia, tanto más deslumbrante cuanto que subsiguiente a la fase más sombría del mismo, y la más conmovida. Esta notable expansión es la condición de posibilidad del EB, que, por su vez, le refuerza, apoyando funcionalmente el proceso de acumulación y reproducción, incidiendo tanto sobre la producción y la productividad como sobre el consumo, y lo modela en una determinada forma y sentido, dando lugar a una causalidad circular acumulativa.

Para fines de los 60's, sin embargo, el período de expansión a altas tasas, la fase ascendente del ciclo largo, comienza a dar muestras claras de estar llegando a su fin. La caída de la tasa de ganancia y el decreciente efecto de la ola de innovación tecnológica y de la ampliación de los mercados, que se da tras el fin de la guerra, dan lugar a la ralentización de las tasas de crecimiento de la economía²⁰⁶. Una combi-

206. Mandel ha dado la exposición más sólida del proceso en su clásico *EL CAPITALISMO TARDIO*. El extravío más popular relacionado con el análisis de este fenómeno consiste en acreditar la crisis de los 70's a la llamada 'crisis del petróleo'. En realidad este evento ya es un indicador de los problemas en la economía internacional. Una evidencia de ello es que la segunda 'crisis petrolera', a comienzos de los 80's se da en una coyuntura internacional del todo distinta y por tanto produce efectos del todo diferentes, y no tan dramáticos.

nación particular de factores conducirá a la apertura de un nuevo período en la economía mundial, caracterizado como de crisis crónica del sistema capitalista mundial; es decir, una onda larga de crecimiento desacelerado²⁰⁷, que se expresará en la multiplicación de las recesiones parciales, el retorno de las espectaculares crisis agudas de tipo recesivo simultáneas de las economías metropolitanas, que arrastran detrás suyo al total de los países del mundo, y, desde un punto de vista más general, en la caída de las tasas de crecimiento de las economías de los países capitalistas avanzados²⁰⁸. De acuerdo con las leyes estructurales, del movimiento del sistema capitalista, esto es, con la lógica inherente a su funcionamiento, estamos frente a una importante caída de la tasa de ganancia de las empresas como producto de la más grave crisis de sobreproducción de la posguerra. Lo que, por otro lado, significa también sobreacumulación, o sea, un estado de cosas en que hay una masa importante de exceso de capital-dinero en la economía, el cual no puede invertirse productivamente con la tasa media de ganancia normalmente esperada por los propietarios del capital²⁰⁹.

La agudización de la competencia internacional, en particular, traerá como una de sus consecuencias en América Latina el aumento de la presencia del capital europeo. Desafiando la hegemonía norteamericana en el área, tales capi-

207. Frank, André Gunder: *LA CRISIS MUNDIAL*. Tomo I, Ed. Bruguera, Barcelona, 1979, Cap. 2. Se puede discutir si la calificación de 'crisis crónica' para la fase del ciclo a la que me refiero resulta la más adecuada, pero el hecho es que lo que principalmente la distingue es una situación general de bajas tasas de crecimiento, periódicamente interrumpida por la irrupción de momentos de crisis aguda -recesiones, depresiones-, su tendencial mayor gravedad y duración, así como el acortamiento y menor vigor de los períodos de recuperación, hablando evidentemente en términos generales y comparativamente con las fases de expansión acelerada. Ese período de estancamiento o bajo crecimiento, puede adquirir formas de variada configuración, pero la inestabilidad económica, la crispación social y los sobresaltos políticos recurrentes constituyen su aspecto fenoménico dominante.

208. Herrera, Luis. "Economía Mundial". Rev. Correo Internacional #39, Bogotá, 1989, pág. 17, Garmendia, Osvaldo. "Economía Mundial: Tendencias Actuales". Rev. Correo Internacional #26, Buenos Aires, 1987, pág. 28.

209. Mandel, E. *CAPITALISMO TARDIO*. Pág. 573.

tales se dirigirán ya no a los tradicionales sectores de producción de materias primas y alimentos, sino al proceso en curso de industrialización y de desarrollo de la producción de bienes de consumo durables, potenciando así una de las tendencias de la reestructuración de la economía mundial y forzando al capital norteamericano a adecuarse a fin de proteger su cuota de participación en los mercados latinoamericanos²¹⁰. Toda esta compleja situación será interpretada por las burguesías criollas, y la economía política dominante en Latinoamérica, como una oportunidad para el impulso del desarrollo económico, mediante el aprovechamiento de los conflictos y la competencia entre los países avanzados, en la forma de una diversificación de las relaciones económicas y de las fuentes de inversión directa de capital. Se parte de dos supuestos: la necesidad del capital externo para potenciar la acumulación y el crecimiento; y el aumento de los márgenes de independencia económica, y después política, como producto de la diversificación del origen de los capitales.

De conjunto, sin embargo, y en el marco de la dinámica de concentración y centralización del capital monopolístico a nivel internacional²¹¹, es decir, la transnacionalización económica creciente, los resultados generales del proceso, la lucha por el mayor espacio posible de los distintos capitales, unos abriéndose camino, otros defendiendo posiciones, provocarán un importante avance en el grado de penetración económica de las sociedades semicoloniales, agravando la dependencia estructural y el carácter asimétrico de las relaciones económicas internacionales hasta extremos nunca antes alcanzados. Se pone así de manifiesto, una vez más, que el problema central no es tal o cual potencia metropolitana determinada, sino la totalidad del sistema capitalista-imperialista mundial y la lógica de su funcionamiento. El resultado histórico-empírico de este proceso será un poderoso incremento del control político y económico de los países adelantados del centro,

210. Frank, A. G. Ob. cit., pág. 35; Mandel, E. *CLASES SOCIALES Y...*, pág. 163.

211. Mandel, E. *CAPITALISMO TARDIO*. Cap. X.

por medio de la radicación de sus monopolios en los países atrasados, en alianza con el gran capital local.

Los 70's, como es sabido, serán los años de la 'estagflación', poco o nulo crecimiento con alta inflación; es decir, el fracaso de los muchos y diversos intentos de superar el estancamiento apelando a las acostumbradas políticas keynesianas. De modo que la 'revolución neocon' no se sigue simplemente del aprovechamiento de una oportunidad, es la respuesta de los centros de poder dentro del sistema a una prolongada crisis de estancamiento, la más importante desde la gran depresión. El mencionado momento del ciclo largo, combinado con elementos como el colapso del régimen monetario oro-dollar, la continuada expansión internacional de las relaciones capitalistas, que se profundiza y copa definitivamente las regiones periféricas, geográficamente amplias, ricas en recursos, con enormes y crecientes poblaciones, y ahora con mercados y aparatos productivos en franca expansión y sofisticación, más la fuerza y persistente presión de las demandas de los movimientos obreros y sociales, hacen que finalmente los fundamentos estructurales comiencen a resentirse frente al enorme peso del EB, en los países más avanzados.

Recurriendo a la metáfora organicista, el cuerpo del sistema, ya recuperado, da muestras de rechazo del fármaco que le había permitido superar la descompensación del período previo. La metáfora es pertinente porque los individuos, grupos e intereses operan sobre un hecho histórico sociorelacional, un dispositivo institucionalizado, sobre una máquina económica, creada por los seres humanos, pero que solo controlan, y comprenden, parcialmente²¹². El arte-

212. A ello se refiere Marx cuando en el Prefacio a la *CONTRIBUCION A LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA* (Alberto Corazón Editor, Madrid, 1978, págs. 42-3), dice. "en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad...". Los autores de *EL OFICIO DEL SOCIOLOGO* (Siglo XXI Ed. México 1985, págs. 30-1), comentando el fragmento, establecen lo que consideran una coincidencia de Durkheim y Weber con Marx en torno a lo que denominan 'principio de no-conciencia'.

facto es obra de los seres humanos, pero por las condiciones histórico-sociales específicas, desigualdad estructural, atomización social, contradicciones de la relación público-privado, tal acción es aún poco transparente y los efectos no buscados de la misma todavía de proporciones desbordantes (desde el punto de vista de von Hayek, desocializador y mistificante, esto remite a la, deseable e inescapable, 'falta de intencionalidad individual y la imprevisible naturaleza del resultado-proceso económico'; la ciega y fría racionalidad instrumental de un artificio metafísico, el mercado sin sujeto). Esta incapacidad para controlar su propia obra, y por tanto de poseerse a sí mismo, es la base del fenómeno de la alienación²¹³.

El thatcherismo es el nombre del conjunto de políticas que se orientan a cancelar, en el mundo anglosajón, el 'new deal'. En una perspectiva marxista, es un hecho en y de la lucha de clases. Marca una inclemente ofensiva del capital contra las condiciones de vida y los derechos/conquistas de los trabajadores, como parte de las medidas orientadas a superar la crisis de estancamiento de los años 70. Orientación que muestra una vez más la incapacidad del capitalismo para fundar un orden social justo, que el EB surge a partir de condiciones contingentes, exteriores a la lógica estricta de funcionamiento del sistema económico, como un mecanismo para operar sobre las condiciones generales necesarias para la existencia social del capitalismo²¹⁴, en particular,

213. Adam Smith: "El entendimiento de la mayor parte de los hombres está necesariamente formado por sus ambientes. El hombre cuya vida completa se gasta en realizar unas cuantas operaciones simples, siempre con los mismos efectos, o casi los mismos, no tiene ninguna ocasión para ejercer su comprensión... En consecuencia pierde el hábito de tal ejercicio y casi siempre llega a ser tan estúpido e ignorante como lo puede llegar a ser una criatura humana", *LA RIQUEZA DE LAS NACIONES*.

214. "El capital no puede producir la naturaleza social necesaria para su existencia únicamente con las intervenciones de múltiples unidades de capital; necesita, como soporte (...) una institución especial situada 'al margen y por encima de la sociedad civil'...", es decir, necesita del Estado, "como una forma especial de realización de la existencia social del capitalismo... como un momento esencial en el proceso de

para administrar e institucionalizar el conflicto social, en un momento histórico en que el mismo alcanzó una envergadura y una radicalidad que efectivamente amenazaba la supervivencia del capitalismo. Y, de paso, hace trizas el experimento y la ilusión socialdemócrata, el intento de reconciliar bienestar y lógica de la acumulación capitalista.

Y con el thatcherismo volvemos al punto de partida y tema central de este capítulo, a saber, examinar el lugar de la cuestión social en el marco de la globalización capitalista, ahora, con los elementos aportados por el recorrido realizado. Como respuesta a la crisis económica del capitalismo metropolitano en los 70's -en el marco de una nueva relación de fuerzas en el conflicto social fundamental, y, sobre todo, en un momento de la historia del capitalismo que, como expresión de la dialéctica de la continuidad (fundamental) en la discontinuidad (relativa), combina la crisis cíclica y una mayor complejidad del sistema en general, con un cúmulo de innovaciones tecnológicas que se encuentra a poco de desencadenar una notable apertura del horizonte de posibilidades de la producción y un salto en la productividad (a fines de los años 70, Silicon Valley se encuentra en el punto de lanzamiento, a la espera del enorme flujo de capitales que le permitirá desplegar las posibilidades en curso de maduración)-, el thatcherismo supone y pone el momento subjetivo-intencional del proceso, de intervención política consciente y dirigida sobre la situación, sobre el resultado objetivo provisional (surgido por su vez del movimiento social anterior, de la cambiante relación de fuerzas entre los sectores e intereses enfrentados) y la dinámica del curso de los acontecimientos. Y esa intervención evidentemente consta de una variedad de elementos técnicos, ya aludidos (monetarismo, economía de la oferta, etc.), pero en relación

producción social del capital". Elmar Altvater, "Notas sobre algunos problemas del intervencionismo de Estado". En *ELESTADO EN EL CAPITALISMO CONTEMPORANEO*. Ed. Siglo XXI. México. 1988. Pág. 91. Es decir, la reproducción simple y ampliada de capital, en sentido estricto, interactúa con la reproducción social general, de las precondiciones sociales necesarias para la existencia del capital.

con el centro de interés de este trabajo, se dirige específicamente a replantear los términos de la relación entre el capital y el trabajo, instrumentando un frontal ataque a los salarios y condiciones laborales y de vida de los asalariados y a sus organizaciones sindicales y políticas, a fin de establecer condiciones más favorables para la recuperación de la tasa de ganancia, o, en otros términos, aumentando la tasa de explotación, mediante expedientes de sobra conocidos como la flexibilización laboral y el aumento del desempleo. El resultado es la ruptura del pacto de colaboración de clases, del 'pacto social', elemento constitutivo del EB²¹⁵, como aspecto central de la regulación social (sin que por supuesto se prescindiera del todo de sus recursos).

El recorrido anterior ha aportado los elementos básicos para una respuesta consistente a la pregunta de este trabajo. Bajo las condiciones de la nueva fase de despliegue del capitalismo, que corresponde a un significativo ajuste geopolítico del sistema, un avance en la diferenciación/integración, en la complejidad, y sobre todo modificaciones importantes en el proceso de acumulación y un salto adelante en su tendencia secular a la internacionalización, la cuestión social sufre un replanteamiento correlativo. Los rasgos más salientes de este giro son harto conocidos: retirada del Estado, limitación fiscal, focalización, centralidad de la gestión de la pobreza (como recurso en la administración del conflicto), protagonismo del llamado tercer sector (ONG's), alejamiento de los sectores medios de los servicios públicos y reorientación hacia el mercado, desplazamiento semántico de 'igualdad' a 'equidad' (nivel de desigualdad socialmente aceptable, en un determinado tiempo y lugar social), etc. El resultado de todo esto ha sido también profusamente documentado por la labor de investigación referenciada al comienzo de este capítulo: aumento y/o endurecimiento de la pobreza y de la vulnerabilidad en el tiempo transcurrido, de tres décadas, y, sobre todo, notable incremento de la desigualdad

215. Marshall, T. H.; Bottomore, T. Ob. cit. Pág. 96.

como tendencia general, en el período, tanto en los países del centro como de la periferia (en América latina, la ligera e inestable mejoría reportada en unos cuantos países en la primera década del nuevo siglo se da a partir de niveles ya muy altos, en la región más desigual del mundo, quedando siempre por encima del nivel de los años 70, y se revierte rápidamente con el fin de la poco duradera expansión)²¹⁶.

En la historia de los últimos cinco siglos, la cuestión social ha transitado del mero socorro caritativo, a cargo de los señores y la iglesia, al inicio de la intervención legal y material del Estado moderno, ya en sus primeros momentos; a la definitiva estatalización de la atención de la cuestión social y el surgimiento del Estado social, en el XIX; a la contención de esta acción bajo la prevaleciente óptica ideológica del leseferismo liberal; a la irrupción y apoteosis del Estado de Bienestar y a su profundización y alargamiento hasta las posibilidades confines en el marco del orden capitalista, con la elaboración por Marshall de los derechos sociales como atributos de la ciudadanía, en insuperable tensión con la estructura de clase de la sociedad burguesa; a la crisis del mismo, crisis fiscal, de legitimidad, de consenso, político-culturalmente sustanciada por el envite neoconservador.

Crisis que, en último término, no hace sino exponer su notoria 'anormalidad' respecto de los períodos de regular funcionamiento y reproducción del capitalismo. Anormalidad, entendida como evento o sucesión estadísticamente singular, no como anomalía o rareza, pura exterioridad; esto es, que corresponde a posibilidades reales aunque no anticipadas de la cosa, el orden social, y que se actualizan en su devenir como respuesta interna a circunstancias por su vez tampoco ordinarias. La sorpresa o el desconcierto que

216. Sobre el anémico crecimiento de la clase media y la leve mejoría en los indicadores de desigualdad en la última década, ver el informe del Banco Mundial *LA MOVILIDAD ECONOMICA Y EL CRECIMIENTO DE LA CLASE MEDIA EN AMERICA LATINA*. 2012. El informe presenta el interés de evidenciar lo poco que incide sobre la distribución del ingreso y la riqueza un período de 10 años de tasas relativamente altas de crecimiento económico.

pueden acabar provocando responden al déficit cognitivo, a teorías desenfocadas o a la insuficiente elaboración de las posibilidades lógicas de un concepto en general adecuado.

Como sea, el hecho es que estamos ante desarrollos que se presentan como una contundente desviación respecto del flujo acostumbrado de los acontecimientos –cuando el proceso de acumulación de capital se da en una situación política y un clima cultural que se hacen posibles en y expresan una relación de fuerzas suficientemente favorable a los sectores dominantes–, es decir, en circunstancias o períodos en que el campo se tensa de forma extrema, por una particular y prolongada agudización de la conflictividad social (la ‘guerra de clase’, como dice Krugman²¹⁷), la ‘anormalidad’ se entiende como recurso sistémico, uno de los recursos del orden social burgués, en su más amplio proceso de reproducción (que es también político y cultural), lo que supone, como condición necesaria, un fundamento en, e interacción con, las posibilidades del proceso de acumulación. Antes de existir, ha sido un posible, así inscripto en lo real, aunque esa posibilidad solo haya sido advertida con el paso a la existencia. Por otro lado, se trata de un posible que no está presente en el punto de partida sino que surge como parte del movimiento de diferenciación/integración, complejización de la cosa, en algún momento de su evolución-devenir, producto de las tensiones y contradicciones internas, es decir, no predeterminado.

Que el EB hunda sus fundamentos en el proceso de acumulación es lo que, por su vez, constituye la condición de posibilidad de que las políticas derivadas hayan no solo podido funcionar de retorno como un determinante apoyo de la acumulación y la recuperación económica tras la guerra, sino que en realidad esta sea su principal razón de ser²¹⁸.

217. Krugman, Paul. ¿Se ha terminado el crecimiento? El País, Madrid, dic. 30 de 2012.

218. Es la superestructura operando sobre la base y la estructura, desde su autonomía dialéctica, clave para entender el curso efectivo o posible del proceso histórico-social, y de la praxis como concepto central del materialismo histórico.

Como dicen Herrera y Castón (en *LAS POLITICAS SOCIALES EN LAS SOCIEDADES COMPLEJAS*, un texto interesante y útil aunque contradictorio en sus premisas teóricas y desarrollos analíticos): el Estado asistencial, construido por Bismarck y Beveridge, jamás se ha convertido del todo en un 'Estado social' (el que, según los autores, tendría que impulsar la igualdad fundamental de los derechos de los ciudadanos, la justicia distributiva, la atribución a todos de iguales oportunidades de vida o la recuperación de individuos y grupos marginalizados por la acción del mercado; los autores pretenden que tal cosa sea posible), puesto que se ha limitado, en lo fundamental, a implementar reformas orientadas a corregir las disfuncionalidades del capitalismo, 'pero siempre a condición de mantener inalterada la estructura fundamental'²¹⁹. De modo que 'sus programas fomentaban más el progresivo beneficio del mercado y la acumulación capitalista...' ²²⁰. Describen con claridad la situación, pero la inscriben en una caracterización defectuosa, que explica su aparente sorpresa con el resultado histórico. Incurren en un error no tan inusual en la bibliografía e investigaciones de política social: parten de una noción de ES que desborda las posibilidades del capitalismo, porque choca con su 'naturaleza', porque lo niega. No obstante, si se aborda el ES en una más adecuada perspectiva teórico-histórica, se ve que aquello que los autores perciben como un déficit o carencia, no es sino expresión de la lógica de hierro del orden social imperante: lo que se ha llamado 'Estado social', bajo el capitalismo, solo es posible a partir, y, estructuralmente, está en función de, la acumulación capitalista.

El ES para existir, en su máxima expresión incluso, debe poder ser funcional respecto del proceso de reproducción ampliada que define al capitalismo. Y cuando deja de ser del todo articulable con la acumulación, o la articulación se

219. La honestidad intelectual de los autores solo es comparable con su, aparente, ingenuidad respecto de las posibilidades dentro del sistema.

220. Herrera, M; Castón, P. *LAS POLITICAS SOCIALES EN LAS SOCIEDADES COMPLEJAS*. Ed. Ariel. Barcelona, 2005. Pág. 90-1.

hace problemática, como en los años 70, se torna netamente disfuncional, lo cual disparó los elementos exteriores, visibles, de su crisis, que se prolongaron por algunos años de intentos fallidos de resolución, hasta que en el marco del funcionamiento político se acaba por inducir o crear las condiciones para una significativa modificación en la forma en que los individuos y grupos con posiciones y recursos de poder relevantes conciben la manera de intervenir sobre el fenómeno. Sobreviene entonces un vuelco, en este caso, el giro llamado neoconservador o neoliberal. Que, entonces, no es sino un intento consciente, una política, para revertir la profunda descompensación y recuperar las condiciones de la acumulación, en el marco de la lucha de clases.

La llamada crisis del EB tiene también una dimensión semántica. Las élites políticas, el personal político encargado de la gestión del aparato del Estado, abandona, en su amplia mayoría, el lenguaje del 'bienestar', de la 'justicia social', de la 'igualdad', del 'desarrollo social', para migrar hacia voces menos 'románticas' y más 'realistas'. Se apela entonces al discurso de 'las políticas que promueven el crecimiento económico motorizado por el mercado, la estabilidad macroeconómica, la competitividad y a la responsabilidad y el emprendedurismo individual'. Se retorna a un lenguaje más próximo del vinculado al liberalismo clásico, los vicios privados o intereses personales como clave de las virtudes e interés público. Todo lo que no es esto, es ilusión bienintencionada pero nefasta en sus consecuencias, arguyen. Hay quienes creen que el cambio del lenguaje cambia la realidad, pero basta con introducir la historicidad y la praxis social para que el idealismo lingüístico resulte expuesto en todo su extravío fenomenista, y el lenguaje y la práctica lingüística puedan ser reincorporados a la complejidad en devenir, a la interacción dialéctica de la multiplicidad estructurada y jerarquizada.

Para concluir este capítulo, se podría decir que luego de treinta años de deterioro o franca crisis del Estado social, en sus alternativas versiones, de tendencial aumento de la

desigualdad en el ingreso y la riqueza en el nivel internacional y de estancamiento-endurecimiento o aumento de la pobreza, según las regiones o países específicos, lo que ha fallado en buena parte de la copiosa literatura sobre políticas sociales, más allá del enorme valor teórico y práctico del acervo, es su deficiente conceptualización del contexto capitalista, avanzado o periférico, de su aplicación. Ha imperado una notoria ingenuidad, o predisposición ideológica, vinculada a abordajes teórico-metodológicos deficientes, con respecto a las posibilidades de las políticas de intervención social y en cuanto a su capacidad para neutralizar o revertir los efectos sociales del mercado, como sistema de desigualdad, como decía Marshall. Autor que en realidad es de los pocos que encara el problema de la muy problemática convivencia de la ciudadanía, como 'sistema de igualdad', con el funcionamiento del capitalismo y su estructura de clase, inherentemente desigualitaria. Problema para el que propone una solución políticamente transparente: la ciudadanía social ha de moderar las desigualdades en el capitalismo, sin cuestionar los fundamentos del mismo²²¹. Salida discutida desde siempre por los paladines liberales de la anti-intervención y denunciada activamente por el thatcherismo devenido ideología dominante

Keynes, Beveridge y Marshall, ante la crisis más profunda del capitalismo, respondieron con sentido realista, optaron por el criterio de Burke ('si no se alcanza y mantiene el pleno empleo, las libertades no están seguras, porque para muchos va a parecer que no valen la pena', Beveridge). Salvado el momento más apremiante, y si se entiende la 'naturaleza' del capitalismo, no puede sorprender que el EB pierda apoyo entre las élites, se vea sometido a presión fiscal y que cumpla ya tres décadas de retroceso, con altibajos y ritmos variables. Sin embargo, algo parece no cambiar, un sedimento ha dejado la experiencia, la comprensión de que en alguna medida, objeto de disputas, el capitalismo no puede

221. Marshall y Bottomre. Ob. cit.. Págs. 77 y siguientes.

funcionar sin intervención del Estado, sea en la regulación política y la moderación del mercado, sea en la cuestión social, intentando institucionalizar, normalizar y desamar el antagonismo de clase y la conflictualidad social general, sea interviniendo sobre las condiciones más generales de la reproducción social (desarrollando un sistema educativo, capacitador e integrador, un sentido de comunidad, ajustes en la identidad cultural y, por supuesto, defendiendo los intereses especiales de cada potencia metropolitana). Gestionar el conflicto social requiere políticas que dediquen un monto variable pero importante de recursos a mitigar los efectos más descarnados del mercado, a paliar la pobreza y la desigualdad sistémicamente generada, a atenuar los riesgos que pueblan las condiciones de vida de los vulnerabilizados, a apuntalar las expectativas de una muy necesaria clase media, a modificar activamente la estructura de oportunidades que se sigue objetivamente del movimiento ciego del sistema económico²²².

Pero también resulta claro que el juicio de Mandeville, la sentencia que encabeza este capítulo, continúa definiendo la inclinación fundamental del sistema, su ethos, es decir, el espíritu de los individuos y grupos dominantes en el orden social. Ingenuidades y buenas intenciones aparte, la política social, en las sociedades mercantiles, tiene como objetivo central contribuir a la reproducción del capitalismo gestionando el conflicto social.

222. “La necesidad de la intervención estatal reside en el hecho de que el proceso de reproducción capitalista presupone estructuralmente funciones sociales que no puede cumplir el capital privado, y por eso se ve obligado a asegurar los costes de producción y reproducción del capital... (en relación tanto con la innovación tecnológica como con la reproducción de la mano de obra). ...el intervencionismo del Estado deriva de su función, función que resulta contradictoria puesto que en su empeño mediador se ha de enfrentar tanto al capital como al trabajo”. J. Picó, *TEORIAS SOBRE EL ESTADO DE BIENESTAR*, págs. 19-20. Esto último debe tomarse en el marco del carácter de clase del Estado y de su relativa autonomía.

Capítulo 5

NEOLIBERALISMO Y ETICA

“Creo que resulta imposible que una sociedad se enriquezca y se conserve durante un considerable período de tiempo, en tal situación floreciente, sin los vicios de los hombres”

Bernard de Mandeville

“Entiendo, pues, por poder político el derecho de hacer leyes que estén sancionadas con la pena capital para la reglamentación y protección de la propiedad; y el emplear las fuerzas del Estado para imponer la ejecución de tales leyes”

Locke

El presente capítulo tiene como objetivo una aproximación crítica a la dimensión ética de las concepciones económico-sociales ‘neoliberales’. El tema enfrenta las dificultades vinculadas con el uso de la noción de neoliberalismo. Aquí se lo utiliza el término en relación con la perspectiva ideológica que en el campo de la teoría del crecimiento, o desarrollo económico, logra desplazar, en forma abrupta, a mediados de los años 80, a la visión anteriormente dominante, conocida como ‘desarrollismo’, vinculada a la CEPAL, expresión del impulso de ‘modernización’, capitalista, en el período de la postguerra, en América latina. Se entiende pues por neoliberalismo, en general, el retorno a una concepción leseferista de la economía, basada en la pretensión, discursiva al menos, de la primacía sin contrapeso significativo de la lógica del mercado y la libre operación de las leyes de la oferta y la demanda en la regulación o ‘autorregulación’ del sistema productivo, por oposición al énfasis, variable, durante el segundo tercio del siglo pasado, en el papel del poder político-estatal como factor de intervención y de moderación

respecto de la dinámica ‘natural’ del capitalismo como régimen social.

Siguiendo a Perry Anderson²²³, conviene recordar que el término ‘neoliberalismo’ delimita “un fenómeno distinto del liberalismo clásico del siglo pasado” (XIX), nacido en la inmediata posguerra, justo en el momento en que se generalizaba en Europa y EEUU el Estado intervencionista y de bienestar. En 1944 Friedrich von Hayek publica *CAMINO A LA SERVIDUMBRE*, un texto fundacional: “se trata de un ataque apasionado contra cualquier imitación de los mecanismos de mercado por parte del Estado, denunciada como una amenaza letal a la libertad, no solamente económica, sino también política”. En opinión de Hayek, “a pesar de sus buenas intenciones, la social-democracia moderada inglesa conduce al mismo desastre que el nazismo alemán: a una servidumbre moderna”. El feroz individualismo anties-tado liberal, de corte spenceriano (para no retroceder aun más en la tradición filosófico-política inglesa), resuena en este tipo de conceptos-valoraciones.

En 1947, surge la Sociedad de Mont Pelerin, “una suerte de franc-masonería neoliberal, altamente dedicada y organizada. Su propósito era combatir el keynesianismo y ‘solidarismo’ (neocorporatista) reinantes, y preparar las bases de otro tipo de capitalismo, duro y libre de reglas”. Se abre así un importante foco de polémica contra la regulación política de la economía; se argumentaba, dice Anderson, que “el nuevo igualitarismo (término evidente y objetivamente excesivo, surgido de un ideologismo paranoide) de este período, destruía la libertad de los ciudadanos y la vitalidad de

223. Anderson, Perry. “El despliegue del neoliberalismo y sus lecciones para la Izquierda”. Pasos 66, DEI, San José, 1996. Págs. 61-62. Por otro lado, el término tiene una historia accidentada, primero asociado con políticas de un liberalismo moderado, en los primeros años de postguerra, luego, a fines de los 70, el término es utilizado para hacer referencia a una corriente más próxima a nociones características del liberalismo tradicional, ferozmente antiintervencionista; y aun en la evolución más reciente, la mayoría de las exposiciones ignora el enfrentamiento entre neoclásicos y miembros de la llamada escuela austríaca (Menger, von Mises, Hayek).

la competencia, de la cual dependía la prosperidad de todos... que la desigualdad era un valor positivo –en realidad imprescindible en sí mismo”. Entre los fundadores, aparte de von Hayek, nombres celebres: Milton Friedman, por supuesto, pero también Karl Popper, Ludwig von Mises, Walter Lipman y otros.

Lo que sigue entonces es un intento de avanzar en el balance de las características y efectos sociales fundamentales de la visión neoliberal (tomando en cuenta la experiencia latinoamericana), buscando actualizar el análisis del fenómeno en la medida en que, y contrariamente a cierta percepción, sigue predominando en los discursos y visiones políticas, académicas y periodísticas de la región. En ese marco general, un aspecto de particular interés es la crítica de los correlatos éticos del neoliberalismo.

Tres nociones han desempeñado y desempeñan un papel clave en la visión neoliberal de la economía: apertura, desregulación y privatización (que se completan con el recorte del gasto público y la flexibilización laboral). Son términos que resumen gran parte de las propuestas que han remodelado el sistema económico en las últimas tres décadas, tomando particular empuje a partir de la desaparición de la Unión Soviética. Detrás de ellas se sitúa el contexto en el cual se ha pretendido que adquieran el status de opciones ineludibles, de destino de fatal cumplimiento: la mundialización o globalización económica, en tanto que realidad fáctica, dimensión objetiva de la nueva fase de despliegue histórico del sistema capitalista mundial, desata fuerzas e impone tendencias tan poderosas que difícilmente Estado o Sociedad contemporánea alguna, de manera aislada, pueda arriesgarse a resistir, so pena de severas restricciones o represalias (de los ‘mercados’, agencias de ‘calificación de riesgo’, organismos financieros internacionales, instancias de ‘resolución de conflictos’ introducidas por la OMC o los tratados bilaterales o multilaterales de ‘libre comercio’, etc.)

En tanto que expresión ideológico-discursiva de ciertos procesos de lo real, el liberalismo renovado y dotado de

nuevos bríos busca afanosamente la absolutización de lo relativo, de un elemento contingente surgido de un resultado provisional de colosales luchas sociales, la imposición de una definición de lo real social apoyada en una imagen distorsionada y unilateral, que busca premeditadamente confundir lo que meramente es, ha llegado a ser, con lo que inescapablemente debe ser, en lo que hace al diagnóstico y prognosis de la dinámica social global. Así, se ha tratado de hacer pasar como buena la postulada relación de necesidad entre apertura, desregulación, etc., y mundialización, con lo cual se legitimaría la visión liberal del proceso²²⁴. El enorme potencial civilizatorio del proceso de mundialización, en sus diversas dimensiones, se ve en buena medida anulado, e incluso amenazado de regresión, por las características que asume el proceso bajo las condiciones del capitalismo tardío.

Una de las dimensiones que mejor expone la naturaleza de la visión neoliberal se relaciona con el proceso de 'flexibilización laboral', por lo que conviene tratar de clarificar qué se entiende por ello y que efectos sociales acarrea. El uso de la noción de flexibilidad laboral es bastante amplio y puede aplicarse a un gran número de asuntos: contratación temporal, movilidad entre empresas, movilidad funcional interna a la unidad productiva, cambios de turno y jornada laboral, capacidad y disponibilidad para realizar actividades diversas y responder a demandas complejas, variabilidad salarial, etc., acciones todas con repercusiones distintas pero significativas sobre la organización del proceso productivo y las condiciones de competencia en el mercado, las relaciones asalariados/capital y entre los mismos asalariados, las condiciones de vida y el entorno familiar y social de los trabajadores, y, desde esos diversos puntos, sobre la estructura social y la distribución del ingreso y la riqueza²²⁵. En

224. Dos Santos, Theotonio. *NEOLIBERALISMO: DOCTRINA Y POLITICA*. Rev. Comercio Exterior. México. Junio, 1999. Págs. 507 y sigs.

225. Antunes, Ricardo. *OS SENTIDOS DO TRABALHO*. Ed. Boitempo. Sao Paulo. 2001.

realidad, desde el punto de vista de la experiencia concreta, 'flexibilidad laboral' ha sido poco más que un eufemismo para acomodar un conjunto diverso de acciones que ha tendido a producir una severa precarización de las condiciones laborales, las remuneraciones y la capacidad de organización sindical de los trabajadores, por la vía de su atomización como clase.

En relación con tales movimientos, conviene recordar que cualquier propuesta de reconfiguración de las condiciones de funcionamiento del sistema económico, permite plantearse dos cuestiones básicas o perspectivas evaluativas, a saber: la de la producción en sentido estricto, o sea la mayor o menor capacidad que presenta el régimen productivo de proveer los bienes y servicios requeridos y de incrementar la riqueza material y las condiciones del bienestar; la de la distribución, esto es, la capacidad de atender las necesidades sociales y la justicia con la que se distribuyen los resultados del proceso productivo o de trabajo social entre los participantes del sistema social.

Si bien la historia registra una mayor ocurrencia de situaciones en las que ha predominado una visión unilateral de la cosa, lo cual por otra parte explica, al menos parcialmente, el reiterado fracaso y callejón sin salida al que han conducido tales representaciones, lo cierto es que ambos aspectos representan dimensiones inseparables del problema socioeconómico. Por ello, no es cierto que la distribución sea un problema exclusivamente político y que la economía se restrinja al tema de la producción como pretenden ciertos ideólogos neoliberales²²⁶. La relación concreta que asuman los dos aspectos mencionados dependerá de los enfoques y objetivos sociales que persigan los 'tomadores de decisiones', esto es, el personal político que ejerce la gestión/administración del poder de Estado, en acuerdo general con los intereses y fuerzas dominantes en la estructura social.

226. Sartori, Giovanni. *LA DEMOCRACIA DESPUES DEL COMUNISMO*. Ed. Alianza, Madrid. 1994. Pág. 97.

El debate, o la propaganda, sobre la flexibilización laboral se plantea hace 20 años, en América latina (pero ya antes en EEUU, y, actualmente, en el marco de la crisis sistémica en curso, con renovado empuje en Europa²²⁷), como un ajuste necesario de cara a la reinserción en la economía internacional, la competitividad y la promoción de las exportaciones, de eficiencia ante la internacionalización de la producción, la interdependencia de las distintas economías –interdependencia considerable y crecientemente asimétrica– y la necesidad de crear condiciones favorables para la atracción del gran capital internacional (la integración en las ‘cadenas globales de valor’), vinculando tales movimientos a los procesos de adaptación a los que se ven compulsivamente arrastradas tanto las economías nacionales como las empresas individuales. Este notable movimiento de precarización del trabajo se da acompañado de un también conspicuo esfuerzo de racionalización (como adecuación de los medios a un objetivo-fin). El ‘éxito’ del modelo de organización de la producción japonés, el ‘toyotismo’, tan celebrado desde los años 80, con su mayor flexibilidad interna y externa –flexibilidad laboral, alta rotación en los puestos de trabajo, grupos de trabajo multifuncionales que compiten entre sí dentro de la empresa y que por lo tanto someten a fuerte presión a sus integrantes, ausencia de sindicatos por rama industrial y su sustitución por gremios de empresa, por definición más débiles, etc.-, representaba uno de los argumentos más aparentemente sólidos en la década de los 90. Y se ha continuado insistiendo en ello pese a las ya dos décadas de estancamiento económico que padece Japón, que ha puesto al descubierto muchas de las debilidades de su organización productiva, alta y sofisticadamente proteccionista, por otro lado.

Como quiera que sea, la flexibilización del mercado laboral es presentada como una opción sin alternativas, sin

227. Europa Press Releases. *SOBRE LA FLEXIBILIDAD LABORAL EN EUROPA*. Informe de la Comisión Europea. Octubre 26, 2010.

afuera, cuyo objetivo declarado es aliviar las ‘cargas’ a fin de poder competir. Todas las versiones y autores de orientación neoliberal la presentan como un medio para mejorar la eficacia del sistema productivo. El énfasis puede variar de una simple y directa referencia a la reducción de costes y el aumento de la rentabilidad de empresas y economía nacional, a una, más sofisticada, que intenta presentar el esquema como un elemento de un conjunto de medidas tendientes a satisfacer más adecuadamente las demandas ‘cada vez más personalizadas’ de la sociedad; aunque esto último es más bien un argumento de los que tienen en mente a los sectores de ingreso mediano-alto y alto, tanto de las sociedades metropolitanas como de las periféricas.

No cabe duda de la estrecha relación entre estos cambios en la organización del proceso de trabajo-productivo y las innovaciones tecnológicas de las últimas dos décadas, pero tampoco de algo que no cambia en el marco del capitalismo: las innovaciones tecnológicas exitosamente incorporadas en la actividad productiva tienden a ser trabajo-ahorradoras, a sustituir/ desplazar fuerza de trabajo, tienen éxito en la medida en que en general contribuyen a incrementar la productividad del trabajo y la rentabilidad del capital. La tan promovida liberalización de las condiciones de contratación, y de despido, desde mucho antes del estallido de la crisis del 2007, resulta entonces un eufemismo para un notable incremento de la tasa de explotación, de extracción de plusvalor, del trabajo. Las políticas de precarización del trabajo son parte de la respuesta, típica en el marco del capitalismo, de las empresas y los responsables políticos ante las crisis económicas prolongadas.

Así fue al final de los años 70 y durante los 80, con la irrupción del thatcherismo, y así ha continuado siendo, con variaciones en los ritmos, incluso con fluctuaciones, dependiendo de la capacidad de resistencia y movilización de los trabajadores y sus organizaciones, pero en el marco de una relación de fuerzas general favorable al capital. En ese período, las últimas tres décadas, el claro deterioro del valor

real de las remuneraciones ha tenido diversos efectos sociales, y también culturales, desde la extensión del multiempleo y el aumento del trabajo temporal y a tiempo parcial, a la reducción de la edad de primer ingreso al mercado de trabajo; como incentivo para aumentar los años de estudio de los jóvenes de la parte superior de la clase media, en orden a mejorar sus posibilidades de inserción ventajosa en un mercado de trabajo cada vez más competido; presionando la tasa de natalidad hacia abajo, difiriendo la edad del primer hijo y desalentando la procreación en general; incluso acicateando el movimiento de incorporación de las mujeres al mercado de trabajo remunerado, que responde, por un lado, a la búsqueda de independencia económica, pero también a las circunstancias que deben enfrentar las parejas a fin de factibilizar sus proyectos de vida (es decir, un factor voluntario y otro compulsivo). La precarización del empleo y las remuneraciones obliga a más miembros del núcleo familiar a salir al mercado de trabajo, a trabajar más (duración de la jornada), más temprano (edad) y, con el deterioro de las pensiones y la elevación de la edad de retiro, hasta más tarde, en la vida (y a tener menos hijos). Que es una descriptiva forma de poner que lo consustancial al capitalismo es no el *wellfare* sino el *workfare*. Es decir, en las últimas décadas, el capitalismo lejos de avanzar en la reducción de la jornada de trabajo y el aumento del tiempo libre disponible, precondición objetiva para toda aspiración de emancipación y autorrealización humanas, por un lado prolonga la jornada y por otro aumenta la desocupación.

El rasgo común de los diversos planteamientos ha sido desde siempre la escasa, por decir lo menos, preocupación con los aspectos distributivos de la nueva orientación de política económica. Esto se ve con decisiva claridad en la resonancia en América latina del giro, de principios de los 80 en los países centrales, de la preocupación keynesiana con la demanda agregada, hacia la llamada 'economía de la oferta', que, combinada con las teorías monetarista y de las expectativas racionales, condujo, en la región, a diez años

de políticas económicas marcadas por un brutal énfasis en medidas antiinflacionarias, mediante un tecnocráticamente severo control de emisión monetaria, elevadas tasas de interés y restricción del consumo; férreo control, primero, y luego directamente recorte desmedido de gastos públicos, estímulo de impuestos que no afectaran el ahorro-inversión, los impuestos al consumo, y reducción de las cargas a la renta y la riqueza; devaluación recurrente de las monedas nacionales, para alentar la generación de superávits comerciales, utilizados en el pago de los intereses de la deuda, previamente estatizada (el caso argentino, capitaneado por supuesto por el ominosamente célebre Domingo Cavallo); y una carrera de venta de activos y privatizaciones, muchas veces compradas con papeles de la deuda devaluada adquirida en mercados secundarios por una fracción de su valor nominal²²⁸.

Otra forma de colocar el problema es recordar que, expresamente, algunos comentaristas y publicistas neoliberales reconocen que el mercado interno, la vieja obsesión del anterior esquema desarrollista, sencillamente no constituye una prioridad en la nueva situación. Y esto quiere decir llana y simplemente que la variable capacidad adquisitiva promedio de los trabajadores asalariados representa un aspecto no significativo, tanto teórica como prácticamente, para la concepción neoliberal. Esto se traduce en un deterioro general de la participación de los trabajadores en la riqueza total, con un abismal bache entre una pequeña minoría de asalariados bien, y hasta generosamente, remunerada en la cima, y un estancamiento o retroceso, según los sectores, de los grupos de apenas mediano y bajo ingreso. De ahí que la tan cacareada figura de la defensa del consumidor alude en realidad a un ente abstracto, porque ¿quién si no los asalariados son los consumidores concretos? Y cómo habrán estos de consumir si su participación en la riqueza nacional no hace más que disminuir?

228. Dos Santos, Th. Op. Cit. Pág. 517.

Este es de hecho uno de los elementos que se articulan en una teoría general de las crisis capitalistas, y que permite explicar los reiterados fracasos de los últimos siete años en el intento de terminar de superar la más reciente crisis económica internacional; en la competencia por disminuir costos, precarizando el empleo, se ha verificado una reducción general del poder adquisitivo que ha llevado a una típica crisis de sobreproducción²²⁹; torrentes de productos – resultado de excesos de inversión, o inversiones dirigidas a sectores ya saturados, es decir, mala ‘asignación de los recursos por el mercado’, e incrementos en la producción y la productividad- que no encuentran consumidores solventes suficientes a escala global, por los bajos salarios o por el exceso de endeudamiento. De ahí la insistencia y la presión de los países capitalistas avanzados para que China sobre todo, pero también India, y en general el mundo llamado emergente, permita el incremento del valor de su moneda, con lo cual su capacidad de consumo aumentaría, posibilitando así un mercado ensanchado para colocar sus productos y la recuperación de su aparato productivo. Es la ‘guerra de monedas’ que denuncian diversos gobiernos de la periferia y que ha provocado una sensible reducción de la tasa de crecimiento en los últimos años, así como una tendencial reprimarización de las exportaciones de países como Brasil, sector en el cual cuenta con una ventaja competitiva capaz de soportar la apreciación del Real. Es una de las vías de los países metropolitanos para ‘exportar la crisis’, haciendo que los periféricos financien la recuperación del centro, atrofiando, de paso, una vez más, su siempre endeble proceso de industrialización autónoma, el no copado por los capitales justamente metropolitanos.

La respuesta de los ‘expertos’ representantes del punto de vista dominante ha sido que el camino del crecimiento económico no pasa más por las políticas de expansión del

229. Salama P.; Valier, J. *UNA INTRODUCCION A LA ECONOMIA POLITICA*. Cap. 6.

mercado interno sino por el incremento de la capacidad exportadora de bienes y servicios. Del aumento en el ingreso de divisas o monedas fuertes se derivaría entonces una mayor capacidad de la sociedad para expandir y diversificar la producción, adquirir, e incluso producir, tecnología, con lo cual se lograría ascender a nuevos niveles de productividad, de todo lo cual resultaría finalmente un progresivo, pero seguro y sobre todo ‘sano, responsable y no-populista’, mejoramiento de los niveles de prosperidad y bienestar del conjunto de la población, de acuerdo con la conocida (aunque a estas alturas muy venida a menos) ‘teoría del derrame’²³⁰.

Pese a las presunciones de rigor técnico y coherencia del argumento, la realidad histórica de los últimos cincuenta años se ha empeñado en imponer un sonoro mentís sobre cada uno de los intentos, que no han sido pocos, de realización práctica del mismo. El fracaso indisimulable de lo que los neoestructuralistas cepalinos han llamado ‘el crecimiento hacia afuera’ (que releva al ‘desarrollo hacia dentro’), se revela tanto en el plano de una política societaria de desarrollo y bienestar social como en el de la sofisticación de la estructura económica. Treinta años de políticas inspiradas, en distinto grado, en el thatcherismo inicial, no han modificado en lo fundamental la posición relativa de las sociedades latinoamericanas en la economía internacional, antes bien han profundizado la dependencia, y en el caso de un buen número de las economías ha profundizado los rasgos primarios de la inserción internacional (Chile, Perú, Brasil, Uruguay); llevaron a resultados sociales devastadores (sobre los cuales alcanzaron éxito electoral y legitimidad las diversas experiencias ‘neodesarrollistas’); y, en general,

230. Bernardo Kliksberg la sintetiza de la forma que sigue: “Las conocidas hipótesis básicas (de la idea del derrame) giran en torno a la visión de que realizando ingentes sacrificios para conseguir metas de carácter macroeconómico que impliquen equilibrios económicos y financieros, habrá progreso económico, y finalmente el mismo se ‘derramará’ al conjunto de la población y llegará a los sectores más pobres, arrancándolo de su situación de pobreza dura”. *REPENSANDO EL ESTADO PARA EL DESARROLLO SOCIAL*. UCR. San José, 1998. Pág. 9-10.

su logro más evidente ha sido evidenciar su funcionalidad respecto de esa economía mundial reestructurada y cada vez más integrada (el esquema de inserción en las 'cadenas globales de valor' lo confirma: grupos y sectores decisivos de la economía nacional se subordinan a los intereses y presiones de poderosas corporaciones con sede en los países centrales –incluyendo ahora a China–, lo cual actualiza y refuerza patrones de dependencia).

El defecto, o uno de ellos, del aparentemente impecable esquema radica en la subestimación o directo desconocimiento de la estructura y lógica de funcionamiento de lo que en la perspectiva de Immanuel Wallerstein, entre otras, ha sido denominado el 'sistema-mundo', en el cual las diversas sociedades se encuentran enlazadas por relaciones de interdependencia asimétrica. Así, las sociedades metropolitanas pueden beneficiarse de una posición dominante al interior del sistema, llegando a ejercer una función constituyente, configurante, sobre las demás sociedades concurrentes: los rasgos fundamentales de la formación económica-social de los países semicoloniales-periféricos son condicionados por el carácter del sistema global, el cual se mueve en el sentido de los intereses hegemónicos; por su vez, esto incide sobre la naturaleza y conducta de las élites sociales de las sociedades capitalistas atrasadas. Uno de los resultados del funcionamiento del complejo socioestructural global es que la flexibilización laboral, elemento central de la economía de exportación, incrementa las penurias de buena parte o de la mayoría de los sectores subalternos, endureciendo el ya notorio nivel de desigualdad en el ingreso y la riqueza. Uno de los aspectos centrales de la economía de las últimas décadas, en el centro tanto como en la periferia, es justamente el deterioro del mercado de trabajo formal.

En la literatura económica predominante se vuelve, en los ochenta-noventa, a calificar al problema del desempleo como una cuestión derivada casi que exclusivamente de 'las distorsiones' del mercado laboral, introducidas por la actividad estatal (rigidez de las normas, exceso de protección, in-

sensatez del sindicalismo, encarecimiento del despido, etc.), cuando no directamente de la voluntad y responsabilidad personal de los trabajadores mismos, en lugar de buscar la explicación en el mal resultado del desempeño global del sistema económico, en su simultánea destrucción estructural e insuficiente generación de empleo²³¹, en la incapacidad

231. Rasgo particularmente distintivo del capitalismo tardío: si hay un elemento que en las últimas décadas se proyecta de manera determinante sobre la totalidad del proceso social es la comparativamente, respecto de períodos anteriores, escasa generación de empleo por el proceso productivo, en relación con el volumen de inversión y la tasa de crecimiento. Es un efecto sistémico, vinculado al carácter ahorrador de trabajo del desarrollo tecnológico bajo el capitalismo, impulsado por la presión de la competencia, exacerbada por las sucesivas olas desreguladoras, que obliga a las grandes corporaciones, también a los pequeños y medianos empresarios, a incorporar adelantos técnicos y organizativos que les permitan disminuir costos y mantenerse en la lucha competitiva. Todo eso se hace a costa de los empleos, salarios y condiciones de trabajo de los asalariados. El constante aumento de la productividad del trabajo, a partir del perfeccionamiento de los procesos técnicos, incrementa la tasa de explotación de los trabajadores, la plusvalía relativa (aumento del tiempo de trabajo excedente o adicional sobre el tiempo de trabajo necesario, la parte de la jornada de trabajo durante la cual el trabajador reproduce el valor de su fuerza de trabajo). Lo que en términos generales representa un avance social, en las condiciones del capitalismo se trueca en su contrario: al producir más utilizando menos trabajo, aumentando el excedente extraído, la parte que se apropia el capitalista, mientras simultáneamente se devalúa la fuerza de trabajo, el costo de su reproducción, con lo cual los salarios tienden a reducirse como proporción del ingreso o de la riqueza total, tendencia general ya exhaustivamente identificada, sobre todo en el capitalismo avanzado, el contradictorio efecto es sumar obstáculos al incremento de la producción; si aumenta la productividad pero la capacidad de consumo de los trabajadores se estanca o incluso retrocede (sea por la caída de los salarios, el alto desempleo, el empleo precario o el pago de deuda familiar contraída para mantener el anterior nivel de consumo), la consecuencia lógica es el estancamiento de la inversión productiva, la no expansión de la producción, con lo cual tiende a languidecer la tasa de crecimiento y por supuesto la creación de empleo, lo que de vuelta agudiza el problema original, de escasez de empleo (la centralidad del trabajo en la vida de las personas se ve dramáticamente verificada, ahora, por la angustiada escasez del mismo), en un círculo vicioso o espiral negativa. La pérdida de peso de los salarios y el deterioro de la capacidad de compra de los trabajadores, se ve parcialmente contrapesada por la pérdida de valor de los bienes y servicios incorporados al patrón cultural de consumo de la mayoría de la población (por el aumento de la productividad en el sector de producción de bienes de consumo masivo), pero no alcanza para sostener una vigorosa expansión de estos sectores

general del sistema productivo capitalista para atender efectivamente las necesidades sociales, de generar un orden social justo, por un lado, y, por otro, en la tendencia del sistema a privilegiar la inversión financiera-especulativa, como válvula de escape para los problemas de la tendencia a la sobreproducción/sobreacumulación, y la cual como se sabe más bien parasita la riqueza real, sólo concentra aun más la propiedad, reforzando el poder de los grandes capitales, sin, por tanto, crear empleo²³². Así, proliferan los tipos de contrato (temporales, servicios profesionales) que achacan

productivos. Por contraste, y en estrecha relación con la profundización de las brechas de ingreso y riqueza, los sectores que sí exhiben un desempeño notoriamente positivo, incluso eufórico, son los relacionados con la industria de bienes suntuarios y servicios personales, a los que accede solo una minoría privilegiada. Es otra fenomenización de la tendencia general del capitalismo tardío. Que el aumento de la productividad del trabajo sea un portador de malas noticias solo es otra forma de hacer patente el insuperable y desgarrador carácter contradictorio del capitalismo. La salida no constituye un enigma: reducir la jornada de trabajo y redistribuir el tiempo de trabajo disponible, sin necesidad de reducción de las remuneraciones, tal como ocurrió a fines del S.XIX.

232. Hay una estrecha relación entre la tendencia claramente dominante en el capitalismo tardío hacia la acentuación y niveles sin precedentes de concentración de la riqueza y el crecimiento acelerado de la economía especulativa; el excedente no reinvertible productivamente, por la sobreproducción y la caída de la tasa de ganancia (de lo que se sigue la desinversión y el estancamiento o retroceso de la demanda), busca valorizarse en el circuito financiero (dando lugar a lo que Marx llamó capital ficticio: activos financieros con poca relación con el capital real, productivo); esta es la razón de que en los últimos 40 años las finanzas mundiales tripliquen el ritmo de crecimiento del sector real de la economía. La financierización, hipertrofia y dominio del capital-dinero sobre el capital productivo, la 'economía real', es un claro síntoma de y condensa los profundos problemas y dificultades que enfrenta el orden burgués en su contemporáneo proceso de reproducción. Si la especulación, la 'economía de casino', tiende al desborde, las probabilidades de crisis recurrentes, cada vez más frecuentes y virulentas, se disparan. La especulación financiera, en los mercados bursátiles, de divisas, de empresas tecnológicas, de materias primas o inmobiliarios, lleva a burbujas, que llevan a crisis, que son parcialmente resueltas con políticas que, de vuelta, alimentan la especulación y preparan nuevas burbujas. Dentro del sistema, la salida, no de superación, sí de gestión de las contradicciones inherentes, estructurales, y de moderación de sus efectos, ya probada, es la regulación-intervención, orientada a apuntalar la economía real, el crecimiento, el empleo y la demanda. Que los intentos de avanzar en este sentido en los últimos años hayan fracasado, es otra evidencia del peso e influencia alcanzado por las finanzas.

el paro a los ya muy debilitados mecanismos institucionales que protegen los empleos estables (regulaciones de jornada, condiciones de trabajo y salario mínimo, por ejemplo), los cuales serían los verdaderos responsables del paro del resto de los trabajadores y de su falta de ingresos. El desempleo se explica, desde esta perspectiva, por la regulación protectora del empleo y los derechos laborales.

Desde los noventa, EEUU es el referente de política laboral, al menos para los países avanzados. El comportamiento del mercado laboral y la creación de empleo en ese país durante los 20 años previos a la crisis del 2007, derivó en una mayor desigualdad de la distribución de la renta, por vías diversas: reducción de los impuestos a los más ricos, gasto público orientado a crear, por la vía de contratos con el Estado, subsidios e incentivos, una minoría de empleos altamente remunerados en sectores tecnológicos de punta, recortes a los sistemas de bienestar social, reforzamiento de una atmósfera política desde siempre profundamente hostil a la sindicalización, que efectivamente se tradujo en la pérdida de afiliados y debilitamiento general de los sindicatos, etc. Una política que ha generado un espectacular aumento de los ingresos del 10, 1 y, sobre todo, del 0.1% más rico de la población y una fuerte reducción del ingreso real y las condiciones de vida del 50% más pobre, en particular, miembros de las minorías étnicas de bajo status²³³. Tal aumento de la desigualdad es en parte explicable por darse buena parte de

233. Los informes sobre los niveles record de pobreza y desigualdad en EEUU (como de aumento del número de multimillonarios), respecto del último medio siglo, han proliferado en los años recientes. En septiembre de 2012, la agencia EFE daba cuenta de datos hechos públicos por la Oficina del Censo norteamericana, en los que se indicaba que el 15% y 46.5 millones de personas habían caído bajo el umbral de pobreza oficialmente. Un informe previo agregaba que las categorías técnicas de ‘pobre’ y ‘cuasi-pobre’ sumaban 48% de la población. En la escala de pobreza, solo los latinos superaban a los negros. En septiembre de 2011, BBC Mundo publicaba una nota titulada: ‘Sociedad de EEUU se aproxima a la desigualdad de América latina’. Tres años después, la situación permanece igual o se deteriora para ciertos grupos: BBC Mundo, “Cómo la desigualdad asfixia a EEUU”, Enero 28, 2014.

la creación de empleo en sectores con bajos salarios y poca regulación, fundamentalmente en el área de los servicios. A eso hay que agregar el modelo norteamericano de extrema desregulación/flexibilización del mercado laboral, más la ausencia de un sistema público-solidario de salud, que hace con que 46 millones de personas carezcan de seguro salud. Como consecuencia, EEUU era ya antes de la crisis uno de los países metropolitanos con peor distribución del ingreso y la riqueza, de mayor tasa de pobreza, y el más afectado proporcionalmente por la violencia delincuencia²³⁴.

Por su parte, la competitividad no es más que el mismo discurso enfocado desde una perspectiva distinta. La reducción de los costes de producción pasa necesariamente, en esta perspectiva, por la reducción de los salarios, las planillas y de las 'cargas' sociales; así como por la incorporación de nuevas tecnologías, que al permitir producir más con menos empleados se traducen en más reducción de personal; alivio de la voracidad fiscal del 'Leviatan' u 'ogro filantrópico', y, por tanto, en el achicamiento de los ingresos (desfinanciación) del Estado, de sus funciones y capacidad de asumir las que precariamente mantiene, etc. El curso de deterioro social, de los últimos treinta años, con ser impresionante,

234. Múltiples fuentes dan cuenta del debate académico, político, periodístico, en EEUU, sobre niveles históricos de pobreza, desigualdad, brecha de ingresos entre comunidades: el Boletín Democracy Now informa, en Abril 18 de 2011, que la OCDE registra a EEUU como el país con el mayor índice de encarcelamiento del 'mundo desarrollado'; EEUU encierra a 760 de cada 100,000 ciudadanos, más de cinco veces el promedio de la OCDE, al tiempo que se ubica en el noveno peor lugar con respecto a los gastos sociales. El mismo medio da cuenta, en Abril 24 de 2013, de un reporte del Centro de investigación Pew sobre diversos indicadores sociales que grafican el deterioro social tendencial; entre otros, que la brecha que separa el 7% más alto del resto aumentó de una relación de 18 a 1 en 2009 a una de 24 a 1 en 2011. El Boletín BBC Mundo de septiembre 13 de 2011, en el artículo "Estados Unidos registra los peores niveles de pobreza en dos décadas", abunda en datos de la gubernamental Oficina del Censo de ese país. BBC Capital, noviembre 13, 2014, publica el artículo: 'EEUU, país sin vacaciones', donde documenta el hecho de que en EEUU el tiempo libre remunerado, las vacaciones pagadas, común en todos los países capitalistas avanzados, y en América latina, es un 'beneficio', no un derecho.

no se detiene y continúa como deslizándose por una rampa, con velocidad variable. Lo más probable es que el final de la crisis actual conduzca a un nuevo nivel de equilibrio relativo con una situación de desigualdad significativamente más pronunciada que en su víspera.

Todo esto, como decíamos arriba, debería al menos posibilitar la presentación de los productos de exportación a precios más atractivos en el mercado mundial, aumentar los ingresos y, de retorno, mejorar a mediano plazo la posición económica del país en cuestión. De esta manera, presuntamente, se optimizaría el aprovechamiento de las oportunidades de 'buenos negocios' en el marco de los espacios creados por el proceso de apertura comercial desarrollado a escala regional o mundial. Pero el hecho es que, en el límite, si todos o casi todos los países, dirigidos por los mismos criterios económicos, ponen en práctica tales recetas, el efecto de las mismas se neutraliza y acaba por no beneficiar adicionalmente a nadie, en el mejor de los eventos. El resultado neto de esto ha sido inducir una perversa competencia entre economías periféricas por ver quién ofrece condiciones más favorables al capital y las corporaciones, traducándose en un torrente de incentivos, subsidios, exoneraciones, estímulos, cuyo costo fiscal no para de crecer, incidiendo de manera negativa no solo en el desarrollo social y la distribución de la renta, sino en el crecimiento mismo, en la medida que introduce políticas que afectan al sector no contemplado por los incentivos, normalmente los que se dirigen al mercado interno o a los exportadores de capital local (por ejemplo, en la capacidad para atraer al personal más calificado). En el peor, tal situación tiende a beneficiar a las economías más dotadas tecnológicamente, obviamente las centrales, que una vez más sacan ventaja de su enorme capacidad para manipular y controlar los 'mercados'²³⁵. En

235. Hasta comienzos del nuevo siglo, la participación de América latina en el comercio mundial había registrado una tendencial disminución como proporción del comercio mundial. En la última década esta tendencia se revirtió, creciendo esta participación pero una vez más con inclinación al reforzamiento de los pro-

dos sentidos: porque sus corporaciones radicadas en la periferia pueden aprovecharse de condiciones de rentabilidad que en sus países serían impensables, hasta no hace mucho al menos²³⁶, mejorando así su posición competitiva en el mercado internacional, y porque pueden importar bienes y servicios más baratos con lo cual promueven de paso el control de los índices de inflación (en realidad, de los costos de reproducción de la fuerza de trabajo). Esto último es particularmente cierto del esquema de funcionamiento de la economía norteamericana, desde los años 80.

El resultado general es que se genera caída de las remuneraciones y presión sobre los trabajadores en los dos puntos del trayecto (partiendo de los países periféricos): el de salida, por la ‘racionalización’ orientada al incremento de la competitividad y la promoción de las exportaciones, y el de llegada, por la ‘competencia’, ampliamente desigual, de las mercancías importadas (desde ‘paraísos laborales’) con los productos locales. En pocas palabras, los únicos beneficiados son las megacorporaciones (las que, como recuerda Krugman, y otros comentaristas, rebosan de liquidez pero cuya inversión productiva se ve desalentada por lo anémico de la demanda –la enésima refutación de la ‘ley de Say’, la oferta no crea su propia demanda-, a partir de lo cual las grandes ganancias de las corporaciones se redirige del sector real al financiero; así se incuban los próximos estallidos financieros de la crisis de sobreproducción/sobreacumulación y subconsumo).

ductos primarios, añadiendo además un nuevo centro de dependencia, China. Ver entre otros documentos: CEPAL. *INSTITUCIONALIDAD Y DESARROLLO ECONOMICO EN AMERICA LATINA*. NNUU, Santiago, 2011.

236. UN informe de la agencia EFE, publicado en el diario La Prensa de Panamá, diciembre 11 de 2012, indica que “Los llamados minijobs -miniempleos remunerados con un máximo de 571 dólares mensuales libres de impuestos y de cotizaciones- están destruyendo puestos de trabajo regulares en Alemania, según un estudio del Instituto de Investigaciones sobre el Mercado Laboral. Según el estudio, para el año 2014 había en Alemania 7.4 millones de miniempleos...”. “El IAB, adscrito a la Agencia Federal de Empleo, critica además en su estudio la figura de los miniempleos porque debilitan la seguridad social, por la falta del pago de cotizaciones”.

De toda forma, los planes de incremento de la competitividad continúan ejecutándose a costa de los trabajos y las condiciones de vida de amplios sectores de la población. La disminución de los costes del trabajo, el deterioro de los salarios, reducción de los gastos públicos, prosecución de las privatizaciones (alianzas público-privada) y de la desregulación de la economía, limitación del papel del Estado a la financiación de los trabajos de infraestructura y a la creación del medio-ambiente legal-institucional más propicio para la atracción de inversiones y la mejora de la competitividad de las empresas, continuación de la liberalización de los mercados nacionales, etc., configuran una línea de acción en la que se persiste pese a la evidencia en contra de los efectos en términos de desarrollo, desigualdad y bienestar. Incluso en este momento, cuando la crisis financiera y económica que sacude al sistema todo desde hace ya más de siete años, así como el errático comportamiento de la economía mundial en las últimas dos décadas y el mediocre desempeño promedio del crecimiento en los países del subcontinente, en particular los centroamericanos, todo sugiere que algo anda definitivamente mal en el esquema neoliberal, no en el ámbito de la equidad, cosa anticipable, sino en el de la creación de condiciones e impulso efectivo del crecimiento económico acelerado y sostenido. Aplicando el falsacionismo popperiano, uno de los animadores de Mont Pelerin, cabría decir que el neoliberalismo ha sido múltiples veces refutado, más allá de sus muy notorios problemas lógicos y teóricos.

Esta letanía acerca de las bondades y urgencia de la promoción de la competitividad, a costa de las condiciones laborales, salariales y la calidad de vida de decenas de millones de seres humanos, para quedarnos en América Latina, tiende a velar el hecho fundamental: que el recurso constituye un elemento del acontecimiento más importante de nuestro tiempo, de la transición de un capitalismo agrícola e industrial, todavía centrado en el espacio del Estado nacional y enmarcado por una 'economía mixta' (es decir, de fuerte intervención estatal), hasta los años 70, a un capitalismo

cada vez más internacionalizado, financiero e industrial-terciario y liberado de buena parte de los anteriores dispositivos keynesianos de control y regulación, introducidos para apuntalar la acumulación en el contexto de una relación de fuerzas en la lucha de clases diferente.

Y, con ello, se olvidan algunas de las grandes lecciones de la historia de los dos últimos siglos: por un lado, la necesidad de limitar o controlar los excesos del capitalismo, en aras de su propia supervivencia, atenuando al menos temporariamente la intensidad de los conflictos (el mercado no puede sostenerse sin la intervención estatal, en diversos planos, no solo la regulatoria), y, por otro, en el límite, la plenamente vigente posibilidad/necesidad histórica de su sustitución por una variante de régimen social capaz de combinar su indiscutible capacidad de generar riqueza material con una producción enfocada en la satisfacción de necesidades y aspiraciones, socialmente definidas, no orientada por un criterio exclusivo y estrecho de rentabilidad, y una distribución verdaderamente equitativa del producto, sobre la base de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción de riqueza y de la explotación del trabajo humano, dando lugar a un contexto sociocultural que crea condiciones favorables para el surgimiento y generalización de una ética capaz de articular libertad, igualdad y solidaridad; esto es, la ética del humanismo socialista (de los iguales en la libertad; en que la única garantía de la libertad de cada uno es la libertad de todos), capaz de desplazar el individualismo alienante del egoísmo racional (en el que solo unos pocos son efectivamente 'libres' para preferir y elegir; y de acuerdo a una noción falsa por unilateral de libertad) —al tiempo que expande las condiciones y multiplica las posibilidades del proceso de individuación, de realización de la subjetividad, gran conquista, aunque interrumpida, de la modernidad occidental, contra toda metafísica colectivista—, construida sobre el reconocimiento de, y orientada a, la más amplia satisfacción de las necesidades y aspiraciones de bienestar, en las condiciones históricas de posibilidad, de

los seres humanos, tanto individual como colectivamente, así materiales como culturales y afectivas (solo una sociedad así, liberada de la propiedad burguesa y la explotación, ofrece las condiciones definitivas para la formulación concertada, ‘dialogada’, de las reglas sociales, cosa que ‘olvida’ el buenismo formalista, que por supuesto discurre interminablemente sobre principios morales ‘universales’ mientras se empeña en un peripatético esfuerzo para evadir (‘hacer abstracción de’) las muy concretas, históricas y materiales, abismales brechas de riqueza y poder del capitalismo y el conflicto de clases²³⁷). No se trata de un mero ‘ideal regulativo’, en el marco de la kantiana escisión de ser y deber ser, es un proyecto histórico racional, real y realizable, en la medida que existe como posible en la situación histórica contemporánea, por hipótesis.

Entretanto, el salto en la internacionalización económica en la nueva fase de despliegue del capitalismo²³⁸ ha produ-

237. “...el individuo será una meta a lograr: la meta de llegar a ser uno mismo y no prostituirse, la meta de procurar que a ningún individuo le sea negada la posibilidad de llegar a ser lo que quiera ser... (objetivo efectivamente incontestable, coronación de un verdadero proceso civilizatorio, R.A.). Cómo conseguir esa meta, sin embargo, es algo incierto que solo se irá aclarando con la cooperación de todos y con el diálogo... Los modos y maneras de conseguir el orden y la justicia sociales, sin ahogar las diferencias, no están previamente definidos... La filosofía no debe olvidar que *logos* significa diálogo, que lo racional es el encuentro pacífico y constructivo de lo diverso. Sólo del diálogo irá saliendo lo universal”. Victoria Camps, *PARADOJAS DEL INDIVIDUALISMO*, págs., 41-2. Es decir, hay que tener paciencia, porque la ‘utopía’, por supuesto, es totalitaria. Una intelectual de clase media bien, del primer mundo, que por supuesto no tiene prisa, aconseja al 80% de la humanidad, que participa de menos de 20% de la riqueza mundial, dialogar constructivamente, tener paciencia, mientras construimos conjunta y pacíficamente el futuro... (claro que esto fue escrito antes de que España llegara a 56% de paro entre los jóvenes). Como sea, un discurso ético que pretende ignorar o desjerarquizar el capitalismo, más temprano que tarde incurre en múltiples inconsistencias: no se puede ser consistente cuando se intenta soslayar o subestimar al principal y estructurador elemento de análisis; el analista puede intentar ignorar el marco histórico general puesto por el capitalismo, pero el capitalismo no lo va a ignorar a él...

238. Que sin embargo deja intacta una de las contradicciones fundamentales del modo de producción capitalista, la necesidad simultánea de las diferentes bur-

cido un inédito incremento del poder de los mercados, es decir, de las corporaciones e intereses que los controlan, que ha estado liberando al capitalismo de las reglas y controles desarrollados en el período anterior (años treinta en adelante), llevando a mercados ampliamente desregulados y con preeminencia de grupos económicos altamente concentrados, que acumulan recursos de poder que desbordan en mucho la capacidad de la mayor parte de los Estados, particularmente de la periferia (pero no solo, como ha quedado en evidencia en la crisis en curso, en casos como los Estados del sur de Europa, arrollados por los mercados financieros, extremadamente desregulados y autodestructivamente competitivos).

Y en esto consiste justamente la temática de la liberalización: en el levantamiento de todas las barreras al despliegue sin ataduras ni contrapesos de la lógica del sistema de producción mercantil generalizada en tanto que realidad social global (lo cual no significa la renuncia a los recursos del Estado; por el contrario, se lo aprovecha al máximo para generar las condiciones funcionales correspondientes, políticas, institucionales y culturales). Así, finalmente, el mercado mundial y su movimiento deja de ser una existencia externa y lejana, variable abstracta y negligenciable (para

guesías de sostener su propio Estado, para la defensa de sus intereses particulares frente a las burguesías rivales, en un contexto de competencia exacerbada, de internacionalización desregulada. El caso de la Unión Europea muestra con claridad las enormes dificultades de los proyectos supraestatales (rechazo del proyecto de Constitución europea en 2005), en las condiciones históricas generales del orden burgués. Dificultad, no imposibilidad absoluta; no se puede descartar que la evolución ya en curso del sistema (la interpenetración de capitales en una determinada región, el abierto predominio alemán en la UE, p.e.; una combinación de elementos económicos de base con factores extraeconómicos, geopolíticos, culturales) abra condiciones para el surgimiento de Estados plurinacionales, en determinadas regiones, por confluencia de intereses de las clases dominantes y construcción política de nuevas identidades. El ascenso chino, por su peso en la economía mundial y los efectos generales derivables, claramente activa importantes tensiones geopolíticas. Como sea, hasta el presente y como curso predominante, sigue imperando la contradicción clásica entre la tendencia del sistema a la internacionalización y la necesidad de preservar los Estados burgueses nacionales.

el ordinario sentido común, nada más), para instalarse en la realidad cotidiana, haciéndose algo local e inmediato. Tan inmediato, que debe ser tomado en cuenta por cada ser humano sobre el planeta en el desarrollo de las actividades de su vida diaria, en la medida que tiende a incidir, directa o indirectamente, en el alargamiento o retracción de su frontera de posibilidades, de sus concretas oportunidades de vida.

La mundialización del sistema productivo, tomado abstractamente, fuera de contexto y de proceso, podría verse como un gran paso adelante en la historia de la humanidad, un verdadero salto en el proceso civilizatorio, en tanto que abre las puertas a un relativo rebajamiento de las fronteras políticas que han dividido, y continúan haciéndolo, a los seres humanos. Ya *EL MANIFIESTO COMUNISTA* exponía la tendencia del capitalismo a saltar por encima de las fronteras de los Estados desarrollando un curso secular a la internacionalización (lo cual facilita y alienta la circulación de las personas, con los presumibles efectos culturales, que acercan el ideal cosmopolita de los ilustrados), siempre en tensión con la tendencia contraria a la constitución y resguardo de esos mismos Estados, en las condiciones de la época.

Este aspecto del proceso objetivo de mundialización puede ser considerado efectivamente, desde un punto de vista histórico general, progresivo, en el sentido de constituir un movimiento claramente positivo en las bases estructurales y condiciones culturales de la sociabilidad humana. Pero, como ya alertaban Engels y Marx en el *MANIFIESTO*, bajo el capitalismo todo evento o proceso que objetivamente contribuya a las condiciones para la emancipación humana es, por el carácter inescapablemente contradictorio del sistema, contrarrestado, transformándose en un dispositivo de explotación/dominación, de autoconservación del orden sociocultural vigente (la contradicción que entraña esta tendencia general es otra manifestación del obstáculo insuperable que constituye el capitalismo para un verdadero proceso civilizatorio, de expansión de las capacidades y el

bienestar, de enriquecimiento de la vida humana). Es esto lo que olvidan analistas que han subrayado unilateralmente la tendencia a la internacionalización del capitalismo. Sucede, primero, que este nuevo movimiento de despliegue acelerado del sistema capitalista mundial no coloca ni lógica ni empíricamente la posibilidad de la constitución de un sólo Estado-Mundo, y la llamada Ciudadanía Mundial. Antes bien, todo indica que refuerza la división entre regiones opulentas y atrasadas-empobrecidas, Estados metropolitanos dominantes y dependientes-semicoloniales²³⁹(al margen del fenómeno del notorio incremento de la desigualdad también en los países centrales). Además, se trata de un proceso, el de globalización capitalista, que se adelanta como una nueva imposición, e, incluso, con métodos brutales y con consecuencias desde ya dramáticas, precisamente por la clase social que lo ejecuta. Por ello, cualquier efecto en principio positivo que presente su nueva fase histórica, estará mediatizado por estos rasgos generales, correspondientes a su fundamental lógica interna, subyacente, de desarrollo.

Se trata, pues, de algo parecido al proceso de conquista europea del 'nuevo mundo', un punto de inflexión en el curso histórico, con repercusiones de primer orden sobre toda la historia posterior y la evolución inmediata del capitalismo en Europa, como monumental proceso de transformación social, del cual se seguirá un salto en el avance general de la humanidad hacia el dominio de sus condiciones de existencia, y, sin embargo, una tragedia colosal, genocida y etnocida, para los pueblos originarios, dados los objetivos y los métodos con que se llevo a efecto toda la empresa. Es el inescapable carácter contradictorio del capitalismo, el 'progreso' con métodos brutales y despiadados; es el insuperable carácter del proceso histórico en las condiciones de la sociedad de clase; la historia que avanza por el 'lado malo', como dice Hegel.

239. En el caso de muchos estados de la periferia capitalista, los centroamericanos en particular, habría que preguntarse cuanta de su independencia política, incluso formal, se sostiene.

De conjunto, el proceso de globalización capitalista no constituye una novedad insospechada, es el producto lógico e histórico de las leyes generales del movimiento del capital; en particular de la tendencia a la concentración y centralización del capital, ya no sólo dentro de los estrechos márgenes del Estado nacional sino también en el plano internacional. "La centralización internacional del capital debe entenderse como el intento del capital por romper las barreras históricas del Estado nacional..."²⁴⁰. Un tal proceso puede ayudar a la burguesía como clase a responder a las dificultades de la reproducción del capital dentro de los límites del estado 'nacional', como ya advirtió Rosa Luxemburg, e incluso abrir las puertas a un nuevo salto adelante de la producción y la acumulación de capital, pero no podrá abolir las contradicciones estructurales inherentes al régimen capitalista. Y si acaso alguna prueba de esto faltara, tras doscientos años de experiencia histórica, bastaría el cuadro de abrupta y, en cierta medida, sorprendente reducción del nivel de vida que en el momento actual sufren los trabajadores otrora considerados 'ricos' de los países metropolitanos, como remate del proceso más gradual pero persistente de los últimos treinta años (la crisis en curso y las políticas para enfrentarla por parte de los gobiernos y las patronales, constituyen un masivo ataque, directo o indirecto, al nivel de vida y las condiciones de trabajo de los asalariados).

El verdadero problema desde el punto de vista de los valores sociales reside en la envoltura ideológica liberal en que se presenta interpretada la nueva fase que vivimos en la historia del capitalismo. Como afirma un comentarista: "cualquier ideología se vuelve peligrosa cuando olvida lo que es y pretende pasar por el fiel reflejo de la realidad. Eso es lo

240. Mandel, E. *CAPITALISMO TARDIO*. Pág. 47. Sobre el tema, ver también Pierre Salama y Jacques Valier, *UNA INTRODUCCION A LA ECONOMIA POLITICA*. Ed ERA, México, 1982. Págs. 162-163. David Harvey, *LOS LIMITES DEL CAPITALISMO Y LA TEORIA MARXISTA*. Ed. FCE, México. 1990. Capítulos XII y XIII.

que está ocurriendo con el liberalismo de nuestros días”²⁴¹. La exaltación del individualismo avanza al extremo de afirmar que ‘lo real es el individuo particular’, mientras que lo social no representaría más que una pretensión ideológica. En palabras de M. Vargas Llosa: “La libre elección está en la raíz del pensamiento liberal. Y lo está como manifestación de su individualismo, de su cerrado rechazo del colectivismo, de la defensa que hace, frente a la pretensión ideológica de convertir lo social en una instancia moral o política superior a la de los hombres y mujeres particulares...”. Y remata su notable performance discursiva con la iluminadora sentencia de la inigualable Margaret Thatcher: ‘la sociedad no existe’(!), sería un invento de los comunistas!²⁴².

Una exaltación, por cierto, que suena a muchos oídos atractiva, particularmente en estos tiempos de escepticismo, frustración y cinismo. Y, sin embargo, la absolutización del individuo frente a la sociedad, tomada esta en términos nominalistas, no es, por lo pronto, menos ideológica o funesta que cualquier otra absolutización. Se podría dedicar muchas páginas a repasar la amplia refutación del individualismo metodológico y sistemático ya elaborada por la teoría social académica, citando a los más disímiles autores y corrientes, desde Durkheim a Elías, pasando por Bunge, Olin Wright, Alexander, Giddens y Bourdieu y por supuesto, Piaget, Parsons y Habermas, entre muchos otros, sin necesidad de apelar a la definitiva crítica marxista. Pero lo más importante es que, mal que le pese a Vargas Llosa, la raíz ideológica del liberalismo no es la libre elección, sino el egoísmo, como rasgo psicoantropológico definitorio de lo humano, y la competencia, en tanto que relación estructuradora de lo real social.

241. Klapenbach, Augusto. “Liberalismo y Libertad”. Revista Cuatro Semanas 16. Madrid, 1994. Pág 13.

242. Vargas Llosa, Mario. Entrevista. El País, Madrid. febrero 1, 1994. Una reflexión, entre muchas y diversas, en sentido contrario a este embarazoso disparate se puede encontrar en “Lo social y la política social” de Oscar Fernández. En *POLITICA SOCIAL Y DESCENTRALIZACION EN COSTA RICA*. UNICEF. San José. 1998. Págs. 14 y sigs.

La opción liberal apuesta por la lucha competitiva como criterio excluyente de organización y (auto)regulación social, donde no sólo el 'individuo' (átomo social), la desigualdad social (inevitable y, más aún, deseable²⁴³) y el éxito de los presuntamente más capaces, llevan a la sociedad hacia adelante y favorece a sus mejores miembros; sino que las socialmente desgarradoras consecuencias de la insolidaridad de la competencia universal, con la inevitable degradación de los términos de la sociabilidad, pueden ser atribuidas a la libre elección de los protagonistas, a las opciones conscientemente decididas por los actores, plenamente autodeterminados, y, por tanto, únicos responsables. Ahora, los explotados y oprimidos no son sólo infradotados, también son culpables(!); son incompetentes, indolentes y estúpidos; de ahí que su destino, en el juego del mercado, sea el del puro perdedor; y, en el límite, en los contextos sociales más polarizados o fragmentados y con un mayor deterioro del 'sentido de comunidad', los perdedores son descartables. Que toda consecuencia social pueda ser cargada a los 'individuos' abstractos y sus decisiones, resulta de una obvia rentabilidad político-cultural para el orden social vigente. No está de más llamar la atención sobre cuán distante de este ideologismo se encuentra la visión elaborada por la antigüedad griega, tan formalmente celebrada por la modernidad burguesa.

243. En un testimonio de antología, Franco Cerutti (La Nación, agosto 20, 1996) pergeña un alegato en defensa de la desigualdad: "...siempre me he manifestado, pública y privadamente, en contra del mito igualitario. La igualdad empieza en el umbral de la muerte"(!). Apoyándose en otros autores, refiere a "los amables optimistas que firmaron la Declaración de Independencia de los EEUU por haber creído que todos los hombres han sido creados iguales, mientras esto va contra toda evidencia. Que todos deban ser tratados como si fueran iguales, es una idea exótica y reciente...". "El igualitarismo...resulta empíricamente un absurdo...". "Todas las sociedades cuentan con algún sistema de clasificación de sus miembros... dentro de algún tipo de escala de superioridad e inferioridad". "No es posible elegir entre el actual sistema jerarquizado y otro de igualdad perfecta (sic), sino entre el tipo de jerarquía actual y otro diferente". Pieza sin desperdicio, sin duda, pero lamentablemente opacada por el hecho de que Cerutti confunde 'desigualdad' con 'diferencia', sin sospechar la decisiva distinción conceptual.

El liberalismo, criterio y comportamiento históricamente más bien equívoco, de fundamentos teórico-metodológicos insatisfactorios y endeble (y generalmente más retórico-ideológico e impracticable de lo que se cree), del último cuarto del siglo XX hasta el presente, ha logrado, sin embargo, imponer una visión del mundo (sobre la base de las posiciones de poder del sector social cuyos intereses expresa, en el plano discursivo), una definición de la realidad, y en particular de la economía, que ha coloreado en buena medida el clima ideológico-cultural, afectando en forma y grado significativos la sensibilidad cotidiana, el sentido común. El mercado ha pasado a ser el depositario y la fuente de toda racionalidad y de toda coherencia social. Se da entonces la situación, a primera vista paradójal, de que una doctrina que se pretende la abanderada del individuo libre, termine subordinándolo a un mecanismo ciego, naturalizado, 'autorregulado', es decir, fetichizado, y, en el límite, garantiza por la divina providencia. Por supuesto.

De esta manera, el ser humano real, aquel que, parafraseando a Sartre, 'se caracteriza por superar la situación, por lo que logra hacer con lo que han hecho de él', deja de ser el sujeto y el fin de la producción material, para ser apenas su medio. Se confirma así, por enésima vez, que la 'racionalización económica' de sentido neoliberal no solo no se dirige a la satisfacción de las necesidades materiales, culturales y emocionales, históricamente variables, a las aspiraciones de realización humana y enriquecimiento de la vida, sino que, por el contrario, se constituye en un obstáculo formidable para un cumplimiento aproximado, variando de acuerdo a lo histórico-socialmente factible, de tales objetivos: en un mundo caracterizado por su notable capacidad para revolucionar constantemente la base de riqueza material y la matriz tecnológica, que en cierto sentido desplaza los límites y amplía el horizonte de posibilidades del proceso de humanización o de autorrealización del ser humano (más allá de las profundas distorsiones provocadas por la mercantilización cosificante), la mayor parte de la humani-

dad, particularmente en la periferia capitalista, se degrada y se deforma, se envilece y se humilla, en indignas condiciones de vida, o es clasificada técnicamente en la eufemística categoría de ‘vulnerables’²⁴⁴. ‘La perfección de los medios y la confusión de los fines....’: Einstein.

En estas condiciones no puede realmente sorprender que hace ya más de veinte años, desde el campo de la llamada Ética del Desarrollo, se pudiese afirmar que “hoy en día el desarrollo es constantemente denunciado como algo muy malo”²⁴⁵. Y en efecto, mientras en África las condiciones de vida de una amplia mayoría de la población no se han movido significativamente en los últimos veinte años, desde un nivel en buena parte simplemente atroz, todo un testimonio acusador del ‘lado malo’ del proceso civilizatorio en su trayecto de los últimos siglos, en América Latina, donde la modernización capitalista se ha expresado en la creación de un relativamente importante establecimiento industrial, circunscrito sí a regiones muy delimitadas y mayormente bajo control del capital internacional, y en un importante proceso de urbanización (‘la urbanización es la manifestación espacial de la industrialización’), que ha visto surgir enormes y ‘modernas’ ciudades, megalópolis informes en realidad, tal movimiento se ha verificado a un costo socio-ambiental de considerables dimensiones y costosas consecuencias: pérdida de cobertura boscosa, la llamada ‘crisis mundial del agua’, contaminación masiva, congestión urbana, monumental despilfarro de recursos.

244. El informe del Banco Mundial, *LA MOVILIDAD ECONOMICA Y EL CRECIMIENTO DE LA CLASE MEDIA EN AMERICA LATINA*, hecho público en noviembre de 2012, indica que junto al 30% de la población en situación de pobreza, un 38% adicional se categoriza como vulnerable, todos aquellos situados en una franja de ingresos individuales diarios entre US\$4 y US\$10. No se puede no llamar la atención sobre el insostenible, irrisorio, límite inferior de la categoría ‘clase media’, elaborada por los ‘expertos’ del Banco Mundial.

245. Se trata de la recusación del concepto de desarrollo, así como del de justicia social, por los ideólogos neoliberales. Goulet, D. “Tareas y métodos en la Ética del desarrollo”. R. De Filosofía-UCR 66, 1989.

El deterioro social, en forma de fragmentación y heterogeneidad, ligado a los notables niveles de desigualdad en el ingreso y el patrimonio, no ha hecho sino profundizarse cuantitativa y cualitativamente (en cuanto a la estructura social) en los últimos 15 años, produciendo, en el contexto de un período de 10 años de continuado crecimiento económico, no visto desde principios de los años 70, un salto en el debilitamiento de los vínculos sociales, la cohesión y la integración social, del sentido de pertenencia y el sentimiento de comunidad, elementos concurrentes en la identidad compartida, como proceso, todo lo cual anticipablemente se traduce en pérdida de eficacia regulatoria de las normas de convivencia y la multiplicación de actitudes sintomáticas de anomia y formas aberrantes de comportamiento, fenoménicamente asociadas, pero solo en parte, con los temas de criminalidad e inseguridad, hoy por hoy situados al tope de las manipulaciones mediáticas, los debates políticos y las preocupaciones de los habitantes.

Los informes institucionales/académicos radiografian al detalle la persistente, y muy evidente, fractura/heterogeneidad social en América latina, de indiscutible utilidad, se han tornado tan recurrentes y familiares que, paradójicamente, han perdido capacidad de impactar la sensibilidad de amplios sectores (lo cual en buena medida es un efecto del abordaje técnico-aséptico del tema, presentado en formatos gráficos muy cuidados, de lenguaje neutro, explícitamente distanciado de las elaboraciones críticas). Pero no por eso la realidad se ha hecho menos dramática: en los últimos diez años casi todas las ciudades latinoamericanas se han tornado más inseguras; millones de personas continúan muriendo cada año de infecciones y enfermedades parasitarias curables; la falta de acceso al agua potable continúa haciendo estragos entre los niños 'pobres/vulnerables'; las poblaciones indígena y negra siguen enfrentando niveles de pobreza/vulnerabilidad por encima del 90%; los índices de mortalidad materna e infantil, deserción escolar, desocupación, empleo precario y trabajo informal, siguen siendo

ecandalosamente altos²⁴⁶. No hay seguramente necesidad de continuar acopiando datos e ilustraciones que, como decía, parecen ya no asombrar ni chocar, en ciertos sectores.

Como sea, los clivajes y fracturas son reales y están lejos de resultar inocuos para el funcionamiento social y la dinámica política; incluso, en la valoración de una funcionaria internacional, ‘si la región ha avanzado en regímenes democráticos, los mismos no se van a poder sostener con estos niveles de pobreza y desigualdad’²⁴⁷; (en paralelo, respetables figuras del mundo académico anuncian y justifican que la ‘democracia’ es un asunto de ‘legitimidad’, no de ‘eficacia’; la preocupación con la ‘eficacia’ es sospechosa de ‘populismo’). Entretanto, La Nación (Costa Rica), octubre 16 de 1998, consigna el siguiente dato: “con lo que EEUU gasta al año en cosméticos, el mundo podría garantizar el acceso al agua potable a toda la humanidad”. La cifra rondaba los 8-9 mil millones de dólares. No se trata de suscribir un equívoco -incluso sospechoso- discurso ‘anticonsumo’ (que no raro, y sobre todo en la versión cristiano-conservadora, mal esconde una arraigada vocación ascética, ‘negadora de la vida’, enemiga del goce), sino de llamar la atención acerca de los aberrantes niveles de desigualdad (y el desprecio por las necesidades humanas) a los que el sistema tiende, por su propia lógica de funcionamiento, la que no es sino la expresión social general del despliegue de los intereses y actores hegemónicos en el mismo, y cuyo actuar e interactuar le constituye y reconstituye²⁴⁸.

246. El tomo compilado por Bernardo Kliksberg, *AMERICA LATINA FRENTE A LA CRISIS* (PNUD/Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2011), acomete una puntillosa descripción de la situación para el año 2010, tanto desde la perspectiva de conjunto, regional, como en el abordaje de las situación específica de 17 países. Tal era la situación en medio de un período de positivo desempeño económico, pero en el 2015 la situación del crecimiento es totalmente otra: el ritmo económico general se ha ralentizado y algunos países decisivos han entrado en recesión, con los previsibles efectos en los indicadores sociales.

247. Mirta Roses, Directora General de la Organización Panamericana de la Salud. En *AMERICA LATINA FRENTE A LA CRISIS*. Pág. 49.

248. Es casi seguro que el peor efecto del tratamiento tecnocrático-institucional

Es un hecho que buena parte de la población mundial, ese más de 82% que sobrevive con 20% de la riqueza globalmente generada, tiene efectivamente pocas razones para congratularse y celebrar el crecimiento económico y los brillantes avances tecnológicos verificados en la última década. Y aunque este frustrante resultado está directamente relacionado con las características estructurales constitutivas y definitorias del capitalismo como sistema social, fenomenicamente, en particular, con la dimensión relacionada con la distribución de los beneficios del crecimiento de la riqueza material, lo que a partir de cierto momento del curso de los acontecimientos ha comenzado a ser cuestionado, y es abierta y resueltamente rechazado, es la misma concepción de 'progreso' introducida por la modernidad burguesa occidental: un concepto de desarrollo que es básicamente 'crecimiento' cuantitativo, sin mayor planificación, ambientalmente desquiciante, generador de nuevos desequilibrios y factores de conflicto; más y más tierras en cultivo, incremento de la productividad de la tierra a partir de avances tecnológicos, pero en condiciones de control monopólico y mercantilización sin regulación del conocimiento asociado; voraz demanda de materias primas industriales, sobreexplotación de recursos naturales no renovables, en condiciones cada vez más gravosas y/o riesgosas (aguas profundas, regiones árticas o forestas tropicales); a lo que hay que agregar un nuevo, creciente y particularmente peligroso fenómeno en esta lógica: la compra, por grandes corporaciones, de enormes cantidades de tierras rurales en los países periféricos a fin de controlar la producción y aprovisionamiento, para los países de origen de los capitales, de alimentos (con las previsibles consecuencias en términos de: concentración de la propiedad del suelo agrícola, desplazamiento de populadores, destrucción de ecosistemas, aparte de lo relacio- (también del académico 'desapasionamiento') de la desigualdad social, de clase, es el enmascaramiento, el disimulo, expreso o no, de toda la hipocresía, cinismo y soberbia de la clase dominante que viene con ella, la arrogancia e insensibilidad clasista que disfruta exhibiendo los signos de la riqueza, el disfrute de la humillación de los explotados-subordinados; el goce del poder.

nado con temas de soberanía y jurisdicción, políticas nacionales de desarrollo general y agrario, dependencia externa, etc.)²⁴⁹.

En pocas palabras, más artefactos, más energía, más de una pauta de consumo que, en el marco de la lógica mercantil, se sabe, no es extensible indefinidamente, en la matriz energético-tecnológica vigente (hidrocarburos, desechos tóxicos, materiales no-biodegradables; sin embargo, una variación significativa en tal matriz, siempre en el contexto de la relacionalidad social posibilitadora, podría ampliar los horizontes, en alcances y formas no anticipables, a largo plazo; desde una perspectiva sociohistórica crítica, los límites ‘naturales’ son, ‘por definición’, desplazables; es lo que no alcanza a comprender el conservacionismo metafísico-naturalista, sin sentido de la historicidad, apuntado a una utopía regresiva, nostálgica; los ‘límites’ del planeta, del mundo, son histórico-sociales, culturales, humanos). En fin, es toda una forma de concebir y practicar la gestión de la economía y de la producción, manteniendo la matriz energética emisora de gases de efecto invernadero, lo que es objeto de severa crítica y decidido rechazo. Y, como se sabe, esto también incluye a las experiencias del llamado ‘socialismo real’ del pasado siglo, cuya forma de concebir el problema del desarrollo, en el marco de la monstruosa deformación burocrática, no llegó a diferenciarse sustancialmente, en este punto, respecto del modelo introducido por las sociedades capitalistas tempranas.

El debate acerca de un concepto más satisfactorio de desarrollo tropieza con el hecho de que ‘los ideólogos neoliberales, que no tienen una teoría para interpretar el funcio-

249. Informe de BBC-Mundo, diciembre 14 de 2011, “América Latina: el problema de la tierra en manos extranjeras”, con base en un estudio de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). También varios artículos (dic. 17, 19, 23 y 24 de 2011) de Página 12, de Argentina, ventilando el debate político para el caso argentino, junto a Brasil, el más importante de América latina. En los últimos años se ha destacado en los medios internacionales la agresiva política china en esta materia, notoriamente enfocada en África.

namiento de su propio sistema, han pretendido borrar todo el pensamiento/conocimiento acumulado sobre el tema en la historia, y, en particular, el marxismo' (Luis Vitale); y además debe enfrentar una proliferación de visiones neo-románticas, de renuncia absoluta a la expansión de las fuerzas productivas²⁵⁰, de 'retorno a la naturaleza', incluso de un anticapitalismo literariamente primitivista; es decir, diversas variantes de una utopía fundamentalmente reaccionaria.

Puesto eso, cualquier noción aceptable de desarrollo debería incorporar dos aspectos angulares: satisfacer necesidades y aspiraciones, las que son materiales, pero también culturales y espirituales; y contribuir a establecer condiciones sociales generales y de convivencia que sean un terreno favorecedor de los proyectos de realización, individuales y colectivas, en un contexto histórico-estructural triplemente configurado: igualitario (en cuanto a derechos, condiciones y oportunidades reales; los resultados siempre son diver-

250. Esto es, de la productividad del trabajo humano, y por tanto de la capacidad de la humanidad de conocer y controlar sus condiciones de existencia, como base para, por ejemplo, retomar la reducción de la jornada laboral -hoy ya del todo factible sobre la base del avance tecnológico y del considerable aumento de la productividad del trabajo- y reducir hasta eliminar las ocupaciones de mayor riesgo y desgaste físico y espiritual, a fin de incrementar el tiempo libre disponible para las actividades autorrealizadoras y el ocio recreativo de los individuos, objetivo general de un proceso civilizatorio digno de tal calificación. En general, no hay (posibilidad de) goce sin producción material de la vida. Es la dialéctica de naturaleza y libertad: cuanto mayor el conocimiento y control racional del mundo, más amplias las posibilidades de realización humana, de enriquecimiento de la vida, y mejores las condiciones para la vitalidad, la libertad y la independencia individual; no obstante, pese a tales avances, seguiríamos sin superar el mundo de la necesidad. En términos de Marx: "Pero, con todo ello, siempre seguirá siendo este un reino de la necesidad. Al otro lado de sus fronteras comienza el despliegue de las fuerzas humanas que se considera como fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo solo puede florecer tomando como base aquel reino de la necesidad" (*EL CAPITAL*). Es decir, solo una vez superada la economía (la escasez) como dimensión y función social relevante de la existencia humana, solo entonces se abre el período histórico de ingreso al reino de la libertad, donde de paso tal vez se haga posible superar el antagonismo de principio de realidad y principio de placer. Como sea: "el reino de la libertad solo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos", Marx.

sos), libre y solidario. En otros términos, la reconstitución de la dialéctica trabajo/goce²⁵¹, en el marco de una decidida acción socializada de intervención y apropiación racional (no autodestructiva) de la naturaleza, como ‘fuente de todo valor de uso’ (Marx), claves del proceso de emancipación social, enriquecimiento de la vida y autorrealización humana, como objetivo general y permanente.

251. Uno de los tantos descaminos del formalismo ético, es la rígida separación de trabajo y disfrute. Civilizatoriamente, de lo que se trata es de recuperar el trabajo como una actividad interesante, un despliegue gratificante y enriquecedor de las fuerzas físicas y espirituales de los seres humanos, como exteriorización no alienante, sino constitutiva y autorrealizadora, como constructor de tejido social potenciador de las capacidades y aspiraciones de los individuos, una entrega de esfuerzo y talento que no se transfigure en mundo opresivo (no ‘ideas regulativas’, proyecto histórico). El trabajo como algo que da (que contribuye a dar, de manera principal) sentido a la vida, que realiza y satisface y que además es precondition, dependiendo del nivel de desarrollo alcanzado, para gozar y ampliar el tiempo libre. André Gorz, *MISERIA DEL PRESENTE, RIQUEZA DE LO POSIBLE*, entre otros, ha mostrado con sobrada solidez, que en las condiciones culturales, organizativas y tecnológicas imperantes hace ya dos décadas, se ha hecho, más que posible, del todo factible una económicamente racional reducción de la jornada de trabajo, sin reducción de las remuneraciones, justamente porque se da sobre la base de un espectacular aumento de la productividad del trabajo, claramente en los países avanzados, pero no solo, por la vía de la redistribución del tiempo de trabajo socialmente disponible y necesario; una redistribución técnica y económicamente factible, y sobre todo socialmente racional, si se considera la tendencia y ritmo del constante incremento del rendimiento del trabajo. Sin redistribución, solo podemos esperar un inevitable aumento de la desocupación, de acuerdo a la lógica mercantil. En un contexto de proliferación de tecnologías ahorradoras de trabajo, problemas de subconsumo, por el desempleo y bajos salarios, que empantanan la economía, y, particularmente relevante, de sobreacumulación en las corporaciones, la reducción de jornada y redistribución del tiempo de trabajo disponible, sin reducción de las remuneraciones, es la única salida racional, en el mejor sentido. Lo que lo impide es el obtuso afán de los grandes capitales de apropiarse superganancias a partir del incremento de la productividad y, desde ahí, de la tasa de explotación. Como esas superganancias no pueden reinvertirse en el proceso productivo, se dirigen a los circuitos financieros, en busca de alguna rentabilidad, donde refuerzan la financierización del sistema, y donde terminan alimentando los fundamentos de una crisis que tiende a tornarse crónica, por la persistente debilidad de la demanda, producida por la ofensiva sobre los salarios.... Siendo que la salida racional, técnica y organizativa, se encuentra ya disponible, la explicación obvia de todo este descamino radica en el carácter insuperablemente irracional del capitalismo.

Pero las fórmulas abundan. Goulet, desde el campo de estudios que busca relacionar ética y desarrollo, incorpora a los contenidos que deberían constituir una noción integral del desarrollo, la ‘mejora cualitativa en la estima’ de los ciudadanos, además de valores como los derechos humanos y civiles, ‘alguna forma de democracia’, “una dimensión cultural en reconocimiento de que la cultura confiere identidad y auto-estima a la gente”, y “una dimensión llamada paradigma de vida plena, el cual se refiere a los sistemas de significado, símbolos y creencias relacionadas con el significado último de la vida y de la historia. El desarrollo humano integral es todas estas cosas”²⁵². Descontando las buenas y sinceras intenciones, resulta inevitable preguntarse, desde el marxismo, cómo pueden ser tales cosas alcanzadas en el marco del régimen capitalista, o cómo puede alguien realmente creerlo, en vista de la abrumadora experiencia histórica en contra. Y un ejercicio de refutación lograría total cumplimiento y con devastadora fuerza persuasiva con solo un limitado número de citas de Locke, Mandeville, Smith, Spencer, Pareto, Rand, Hayek, la economía neoclásica en general o la teoría de la elección racional.

Otros autores se encargan de reintroducir un elemento que sin duda resulta fundamental a la hora de discutir en términos concretos la ‘cuestión del desarrollo’: el club de las naciones del mundo no es una relación entre pares; dependencia o interdependencia asimétrica, las interacciones entre las diversas sociedades están marcadas por factores de poder económico y político, que se traducen en relaciones de dominación-subordinación, que se hacen sistémicas en el seno de una totalidad/totalización social e histórica, estructuralmente fundada en la desigualdad de clase, produciéndola y reproduciéndola. Y efectivamente, hay que insistir en este decisivo aspecto teórico-metodológico, desde el punto de vista del marxismo: no se puede discutir la cuestión del desarrollo al margen de esta sobredeterminante

252. Goulet, op. cit. págs. 293-295.

realidad histórico-política, el capitalismo como sistema social mundial, sus posibilidades y límites, su insuperable carácter contradictorio; o, puesto en otros términos, cualquier aproximación al tema que se permita, con independencia de las razones, hacer abstracción (ignorar o desjerarquizar, en alguna forma o medida) del carácter y contradicciones del capitalismo, se condena irremediablemente al final extravío del discurso deshistorizado, 'abstracto' (incluso el moralmente bienintencionado), en el sentido de 'incapaz de captar/comprender satisfactoriamente lo real' en su complejidad jerarquizada, como teoría de la totalidad social, más allá de aportes puntuales, integrables en una teoría adecuada de la sociedad.

Además, se hace sospechoso: también las defensas aparentemente apasionadas del 'desarrollo humano integral y sostenido' (o del 'comercio justo', del 'trabajo decente', el 'microcrédito para desarrollar la capacidad emprendedora de los pobres' o 'la protección internacional de los derechos humanos'), pero descontextualizadas (sin un fundamento de economía política crítica) respecto de la desigualdad estructural, las relaciones de poder asimétricas y el saturado clima ideológico-cultural colonizador de la subjetividad, que se constituyen en la estructura funcional subyacente, en la realidad profunda no-visible, en el articulador no percibido del fluir de la vida cotidiana, en su caótico discurrir fenoménico, también ellas pueden operar, y de hecho operan y han operado, como discursos de la dominación, integrándose a sistemas ideológicos funcionalizados en la legitimación de lo que es, intentando cerrar el camino a lo que podría y, por tanto, desde cierta posición valorativa, debería ser, en tanto se lo concibe como social, económica, cultural y éticamente superior, un avance civilizatorio²⁵³. Cualquier análisis social que ignore el fundamento capitalista del orden social, y los efectos sobre la constitución del objeto de estudio específico,

253. La relación de subordinación, en diversos sentidos, 'constituye' al subordinado.

conscientemente o no, y al margen de sus méritos intelectuales, contribuye a mixtificar lo real. Como todo fundamento, no es suficiente, pero es necesario.

Finalmente, Amartya Sen, Nobel de economía 1998, ha construido una obra en torno a la necesidad de introducir criterios políticos y éticos en la discusión del desarrollo, sus formas y contenidos. Su punto es que el desarrollo es un asunto demasiado serio como para dejarlo en manos de los economistas convencionales (en mente, los neoliberales) y su limitada aproximación al mismo (particularmente si podemos entender desarrollo, en sentido amplio, como 'realización o logro de metas interiores o de potencialidades inherentes').

Se trata, como resulta evidente, de formulaciones muy diversas sobre el problema, diversidad y desacuerdos que se harían tanto más perceptibles cuanto más cerca de la realidad y de la puesta en práctica de acciones concretas nos encontráramos. Aquí, interesa sobre todo destacar el hecho de que existe un problema con la 'cuestión del desarrollo': sencillamente, el concepto y la práctica hasta aquí prevalecientes han resultado insatisfactorios (un estridente fracaso, en realidad). Más de sesenta años después de la entronización del tema, en general, las distancias socioeconómicas intra e intersociales continúan al menos igual de aberrantes que en el punto de partida (y el derrumbe del llamado 'socialismo real' ha contribuido a un empeoramiento neto de la situación general del este europeo).

El problema fundamental de los puntos de vista centrados en abordar la cuestión económico-social desde 'la ética', reside en el tecnocrático, prolijo, hasta cansino, relevamiento de los desgarros e impiedades sociales del capitalismo para finalmente, contra toda lógica y coherencia, evitar, recurriendo a maniobras retóricas tan desconcertantes como embarazosas, cualquier cuestionamiento significativo o real del mismo. Es el ritual discursivo de el más connotado representante de este oficio en el subcontinente, Bernardo Kliksberg, quien luego de pasar revista meticulosa, con alarde de ingenio

sarcástico y con talento dramático, al inventario, extenso, de las miserias capitalistas en la región, ha acostumbrado a sus seducidos auditorios a cerrar sus presentaciones, o sus textos, con una prolongada digresión sobre artefactos como 'la gerencia social', una apología del 'modelo escandinavo' –así, sin cualquier contexto o historización de la peculiaridad de marras–, la 'responsabilidad social empresarial' –un embuste, directamente–, las ingentes virtudes del 'micro-crédito', o, su más reciente fabricación, el 'emprendedurismo social'. Sencillamente, Kliksberg ha decidido ignorar la nutrida polifonía de acerbos críticas de que ha sido objeto, lo cual no recomienda su sentido de la probidad intelectual. A propósito de la 'ética'.

En realidad, la ideología neoliberal, más que ayuna de 'ética', está directamente inspirada por una lógica brutal, que agudiza los rasgos más perversos del orden capitalista, en la medida que potencia la deriva 'natural', estructural, de un sistema fundado en la explotación del trabajo social y la apropiación privada del excedente, que genera por la propia lógica de su funcionamiento desigualdad y exclusión social, o 'inclusión en condiciones desfavorables', primero, y, después, opresiones diversas y dominación política, depredación medio-ambiental y etnocidios (para no redundar en la fragmentación social, la crisis del sentido de comunidad y el deterioro de la sociabilidad fundamental; o la clausura del horizonte de oportunidades de centenas de millones, la cancelación de las aspiraciones, la imposibilidad de la mayoría de imaginar y construir un 'proyecto de vida' medianamente satisfactorio; la anomia y apatía, la abulia y la resignación, humillación, degradación, hasta llevar, en el límite, al autodesprecio de los 'perdedores'; en una frase, el enorme sufrimiento social, la miseria de centenas de millones, el dolor social generalizado).

'¿Porqué el capitalismo no explota en una crisis final?', una interrogación que resurge constantemente en la reflexión del activismo social, ante la abrumadora fenomenización de sus desquiciantes desgarros y contradicciones. En principio,

expresa más un estado de ánimo que una consideración propiamente cognitiva. El presente estudio ha glosado algunos de los principales mecanismos de estabilización del orden burgués. En pocas palabras: buena parte de la explicación pasa por su interiorización en forma naturalizada por los más; para otros, sencillamente, el costo de la transformación, dada una determinada relación de fuerzas y clima ideológico, es probablemente demasiado alto, y además incierto. Pero se puede insistir en un aspecto particular, no tan evidente: el sistema para reproducirse debe generar algún tipo de integración funcionalizada hacia los explotados-subordinados (función de las industrias culturales, sistemas de integración psico-social); para ello debe quebrar o limitar su capacidad de activación, de lucha. Pero la conciencia de clase de los trabajadores se levanta como un obstáculo formidable; por ello, el sistema debe invertir ingentes recursos en los mecanismos institucionales de socialización (familia, religión, escuela, medios –también puede simplemente trastocar o viciar los valores de la convivencia, empujando a los subordinados a la marginación lumpen, a una dinámica sin referentes ni sentido y autodestructiva) que estructuran un contexto sociocultural dotado de modelos de interpretación subjetiva del curso de los acontecimientos orientados a permitir la superación de las experiencias de frustración (de intereses), a desactivar el conflicto entre pretensiones y realidad, entre expectativas y decisiones (Offe, cit. en Picó).

En último término y como tendencia general (ante la que se levantan contratendencias y la resistencia social), el orden opera mediante una sutil operación de fragmentación (demolición) de la estructura de la personalidad del individuo, del trabajador individual, sumido objetivamente en una condición de vida alienante (el fin permanente del dispositivo de conjunto es incrementar la explotación y dificultar la resistencia –política de debilitamiento de los sindicatos, p.e.), pero que sobre todo, y esto es lo que quiero resaltar, se vive cotidianamente como una degradante estigmatización, que desarma y envilece espiritualmente a los oprimidos y

los hace proclives a interiorizar elementos de identidad surgidos de la situación de dominación ('identificaciones inducidas por la cotidianeidad opresora', H. Gallardo), a 'reconocerse' en el espejo que les acerca el poder, de lo cual se sigue un notable debilitamiento de la personalidad y el consecuente desarrollo de rasgos de carácter típicos, timidez, vida interior pobre, reverencia ante el poder, subordinación servil, baja autoestima y pobre autoconfianza, formas estereotipadas de pensamiento, inclinación al pensamiento mágico y a la superstición, resentimiento, canalizado con violencia en las relaciones personales, o en las situaciones de anonimato del individuo-masa (barras bravas del fútbol), opacidad defensiva, desconfianza patológica y rechazo agresivo de la actividad anticonformista, desprecio hacia los de su propio entorno, hasta, como decía, quedar atrapados en un sentimiento apenas consciente de autodesprecio; síndrome de conjunto padecido en particular por los más jóvenes, lo que desde ahí se exterioriza como actitudes irracionalmente agresivas o simplemente en estéticas chocantes (un caso particularmente claro de esta sistemática operación de demolición de la estructura de la personalidad y el sentimiento se puede observar entre los trabajadores empobrecidos o del ejército laboral de reserva: primero se los empuja a tener que depender de las transferencias del Estado -las que, según los ideólogos liberales, inevitablemente 'tienen un efecto negativo para el trabajo formal, generan un creciente nivel de dependencia y desestimulan la 'actitud emprendedora'-, luego se los humilla por su condición, presentándolos como 'perdedores', incompetentes abandonados a un 'privilegio' del que además gustan de abusar; finalmente, se los culpabiliza -'se los obliga a vivir y sentir dentro de los límites de la culpa'-, son los primeros y únicos responsables de su situación; es aproximadamente el caso de los 46 millones de personas que en EEUU recurren al programa de estampillas de comida para solventar sus alimentos básicos, en el marco de la crisis disparada por el mundo de las finanzas especulativas y del rápido incremento de la

desigualdad hasta niveles anteriores a los años 50, quienes deben soportar las difamaciones de la derecha y la igualmente ofensiva condescendencia de los liberales 'progresistas' de clase media). En pocas palabras, el orden burgués explota y humilla.

La magnitud del frustrante y humillante fiasco social que el capitalismo representa para la inmensa mayoría de los jóvenes del planeta puede advertirse, por contraste, en las estimulantes oportunidades de realización personal, en el trabajo y en las otras esferas de la actividad social, de vínculo de trabajo y goce, como forma social racional de realizar el deseo, de ocio gratificador, como recreación y exploración y desarrollo de potencialidades, de oportunidades de bienestar, al que, pese a no poder escapar del todo de los riesgos y amenazas de la vida bajo el capitalismo, tiene acceso esa, en los tiempos que corren, cada vez más minoría de jóvenes de clase media de ingresos altos²⁵⁴. Solo oportunidades, sin garantía, en vista de las trampas del consumismo (como hipertrofia alienante del derecho al consumo, en tanto que momento del disfrute) y las concepciones de vida cosificantes y las ilusorias formas de realización y gratificación vinculadas con la desublimación represiva y los placeres sustitutivos y compensatorios, sustancia de las formas inauténticas de experiencia de vida y de sociabilidad y de los vacíos existenciales típicos, a los que, justamente por su privilegiada posición, se encuentran expuestos. Por supuesto, la terrible magnitud de la tragedia de anulación social a la que se enfrentan centenas de millones, ahora también en los países ricos, alimenta actitudes y comportamientos individuales y colectivos entre ingenuos y cínicos, escapistas y neuróticamente neorrománticos, o agresivos y estéticamente chocantes, y, en el límite, autodestructivos, surgidos de la frustración y el resentimiento.

254. Por contraste con los jóvenes de los sectores superiores de las capas medias, los jóvenes trabajadores de mediana o baja cualificación son socializados para incorporarse a un ambiente laboral de poca autonomía o margen creativo y rígida supervisión; además de mal remunerados, totalmente carentes de satisfacción personal.

En un tal contexto, la contradicción que, de tan absurda, resulta la expresión más reveladora de las fracturas profundas del proceso civilizatorio conducido bajo el orden imperante: el impresionante aumento de la riqueza material y de la capacidad técnica, frente a la enorme desigualdad distributiva, acaba por –o no puede menos que– despertar sentimientos de rechazo ciego. Violentos y peligrosos: ¿podrán los individuos, los jóvenes, distinguir entre las grandes adquisiciones de la cultura, aquellas que amplían las posibilidades y desplazan límites para el despliegue humano, como ser autoconstituyente, como momento en el que la naturaleza se torna autoconsciente, en su proceso de autoproducción, por un lado, y, por otro, los rasgos perversos de esa misma herencia cultural (‘asentada sobre la represión de los instintos/pulsionalidad, y, por eso mismo, intrínsecamente neurotizante’, Freud) y de una estructuración social que constriñe a la mayoría a una vida que cabría preguntarse si vale la pena de ser vivida? ¿Podrán distinguir? O ¿nos encontramos ante el peligro real de que, en una situación de extremo desconcierto y desesperanza, de descreencia y resentimiento agudo, inquietantemente desprovistos de referentes racionales (conceptuales, éticos, políticos) que permitan orientar conscientemente la acción –y dado lo que es percibido como el fracaso e impotencia, y traición también, de los discursos presuntamente crítico-emancipadores–, una confluencia de excluidos, ‘vulnerables’ y perdedores en general, en multitud heterónoma, se vean arrastrados por algún llamamiento hábilmente manipulador de lo elementalmente emocional a un tipo de acción colectiva dirigida contra ese ‘mundo existente’, indiferenciadamente tomado, incluyendo todo aquello y mucho de rescatable producido por la modernidad occidental y por la culturalmente diversa historia humana en general, pasando a constituirse en las nuevas ‘hordas de bárbaros’ que perpetrarán la ‘segunda destrucción de Roma’, terminando por arrojar al niño junto con el agua sucia?

Por supuesto que siempre está abierta la posibilidad de que la situación de inferiorización social, objetiva e internaliza-

da, material y simbólica, mediada por la atomización social, la despolitización y la involución y dispersión ideológica, de los explotados y oprimidos, haya alcanzado ya en este momento o esté presta a alcanzar tal grado que prácticamente no reste más espacio que para el evento de la episódica explosión de rebelión reactiva y sin proyecto, meramente destructiva e inconducente. Pero resulta evidente que tampoco se puede descartar que una cierta combinación de los diversos elementos que componen la degradación de las condiciones de vida y de convivencia, una amalgama entre los sentimientos de desencanto, frustración y resentimiento y, por ejemplo, la difundida y ya casi patológica sensación de inseguridad –de vulnerabilidad, percibida como creciente, a la ubicua amenaza de la criminalidad-, de incertidumbre/angustia, que corroe a los habitantes de las ciudades latinoamericanas, particularmente los de clase media, prefigure ya las condiciones para el escenario antes esbozado, el volcamiento de importantes contingentes de población hacia espejismos ideológicos, salidas de carácter reaccionario (el efecto ‘sacrificar libertad a cambio de seguridad’ norteamericano, sería una variante). La frustración y el resentimiento, la percepción, o simple sensación, de ser objeto de exclusión, la identidad (o no-identidad) del marginado, la ausencia de sentido, y por tanto de proyecto, es decir, la profunda alienación del mundo y respecto de sí mismos, hacen surgir tarde o temprano un sentimiento de rechazo, o de simple desobligación, hacia el juego y la reglamentación circundantes, su ética y opciones.

Desde un punto de vista histórico general, si los seres humanos no consiguen transformar un estado de cosas percibido como socialmente injusto, de acuerdo a sus necesidades y aspiraciones, tienen básicamente dos opciones, o aceptan que no pueden cambiarlo y se resignan, o, en la desesperación y confusión, desde la hostilidad hacia lo existente, se vuelcan a una salida ilusoria, reaccionaria e involutiva. La descomposición social, la humillación de los ‘negativamente privilegiados’, la dignidad como cara prerrogativa social,

son el caldo de cultivo que los fenómenos y comportamientos sociales calificados de disfuncionales, o patológicos, han requerido como medio de proliferación y circunstancias favorables.

Se trata de que no se puede razonablemente esperar o reclamar lealtad, sentido de pertenencia, actitud responsable o compromiso, de parte de aquellos que se sienten, y son, condenados a siempre correr con, y sufrir, las cargas, nunca participando, a no ser marginalmente, por mero 'efecto colateral' o consecuencia no buscada, en el mejor de los eventos, de los beneficios y gratificaciones del 'desarrollo' y de la 'modernización'. Ni de los explotados (los 'incluidos desfavorablemente'), o los 'indignados' jóvenes de clase media europeos, ni, menos que menos, de los 'excluidos', el 'pauper', de no importa donde. Los respetables valores y normas de la sociedad 'decente' no rigen en la degradación y en el 'lumpesinato'. De aquí la necesidad moral y sociopolítica de un pensamiento y una acción críticos, emancipadores, racionales y rigurosos, que abra nuevos senderos, opciones, que permita transformar la energía del resentimiento en sentimiento humano creador e imaginativo, guiado por la razón y móvil y pasión del actuar racional; capaz de aprovechar y continuar desarrollando la extraordinaria ampliación de la frontera de posibilidades que ofrecen ya hoy las conquistas materiales y culturales alcanzadas por el ser humano como especie, las posibilidades abiertas por el capitalismo, pero que este no solo no puede culminar sino que constante e irremediablemente amenaza con precipitar en un abismo involutivo.

Y de todo ello, pues, se deriva la justificación de la crítica del 'neoliberalismo'. La mundialización de la economía es un hecho de colosal importancia para la historia humana, evidencia el alto grado de desarrollo potencial alcanzado y las capacidades acumuladas en el proceso más general de la evolución social; no obstante, la visión liberal no solo impide una comprensión de conjunto adecuada del fenómeno, comprometiendo y dificultando enormemente el esfuerzo

por darle un curso verdaderamente conectado con las necesidades y las aspiraciones de la mayoría, sino que puede acabar alimentando una reacción destructiva y contraproducente.

Desde un punto de vista ético, entonces, el neoliberalismo tiene como contenido la defensa como principio absoluto del derecho de propiedad (privada, de los medios de generación de riqueza) y la supremacía moral del individuo; lo cual se traduce como una exaltación del individualismo egoísta e insolidario, ensimismado y cínico; esta lógica unilateral del 'yo en lucha, en competencia con los demás', del no reconocimiento del otro como persona, sino sólo como objeto de mi accionar en pos de un interés particular²⁵⁵. De ahí la promoción, por ciertos grupos de poder y fuerzas sociales, de un entramado social predominantemente atravesado por un tipo de relación de carácter contractual, correlato del salto en la mercantilización de la vida cotidiana que acompaña la nueva fase de despliegue del capitalismo. En palabras de Hinkelammert: "El individualismo ético no reconoce sino los valores del mercado para esta relación con el mundo exterior: propiedad privada y cumplimiento de contratos"²⁵⁶. La única base legítima de la ética pasa a ser, justamente, los

255. "El ser humano es básicamente un ser egoísta, consumidor y propietario de sus bienes. Este supuesto... pone el énfasis en que la naturaleza humana está fundamentalmente constituida por lo que hace del ser humano parte de la realidad básica del mercado: su derecho básico inalienable es el de la propiedad privada de bienes, y su actividad por excelencia es la de consumir... toda ética basada en el egoísmo, que además está ligada a una concepción instrumental de la racionalidad –como es el caso de Popper y Hayek– desemboca necesariamente en una ética utilitarista que deja de lado ex-profeso toda cuestión de justicia distributiva". R. Gómez, *NEOLIBERALISMO Y...*, Pág. 171. La ruda unilateralidad, o directa falsedad, de los supuestos psico-antropológicos del liberalismo es otro aspecto n veces refutado (a propósito de Popper).

"...la economía de mercado no tiene sensibilidad moral... tal falta de sensibilidad es una faceta exterior del individualismo metodológico y de la racionalidad instrumental operantes en el liberalismo". Ibid, pág. 187. El supuesto antropológico egoísta es la expresión en el campo de la moral del individualismo metodológico.

256. Hinkelammert, Franz. "La teología del imperio". Revista Pasos 15, San José, 1988. Pág. 58.

contratos y su estricto cumplimiento, garantizada por el Estado, en el marco de su tarea central, la protección de la propiedad privada.

Es por esto que el neoliberalismo se centra ideológicamente en el 'individuo', no en el sujeto, como individuo social; el primero es un puro abstracto, un átomo social, un ente pensado al margen de la relacionalidad de la interacción; el fundamento de un principal (entre varios) supuesto erróneo de la economía neoclásica, el 'homo economicus', el maximizador racional de ganancias y preferencias. El sujeto, individuo humano concreto, por el contrario, es un ser social, persona, es un 'alguien' que sólo surge, solo puede ser entendido y sólo se autoidentifica, por relación al otro; es decir, es a un tiempo individuo e interacción social; es particularidad, o aspira a serlo, y puede constituir una singularidad, una personalidad, pero en realidad solo puede llegar a serlo en el contexto de la colectividad y por relación con ella (ese 'medio social' que ha surgido de su propia actividad y en el que está inmerso desde su nacimiento, H. Wallon). Solo en el marco de la interacción, de la intersubjetividad, puede desarrollar su identidad individual, yoica. Y por ello, precisamente, solo una colectividad que, sobre la base de la igualdad (de derechos, condiciones y oportunidades) y la solidaridad, potencie en el límite de las posibilidades históricas alcanzadas la individuación, es aceptable, justificable. El objetivo superior del proceso civilizatorio, formulable desde el presente momento de la evolución histórico-social, es el pleno desarrollo de la individuación, la autorrealización de los sujetos. Se puede incluso poner en los siguientes términos: la libertad personal está en función de sí misma, mediada por la aspiración y la lucha por la emancipación humana y el enriquecimiento de la vida. Lo cual quiere decir que solo se torna realizable, alcanzable, sobre la base de una socialidad emancipada (de la explotación y las desigualdades estructurales) y emancipadora²⁵⁷.

257. En relación con un problema diferente, Kosik presenta la siguiente formulación: "...la libertad es el espacio histórico, que se despliega y realiza merced a

Pero aún esta pretensamente intransigente defensa del individuo por el neoliberalismo es sólo aparente, hueca; por un lado, en un sentido estricto, la organización social de los procesos de trabajo restringe sistemáticamente las opciones, libertad e independencia individual de los trabajadores; por otro, en sentido más amplio, se trata de una ideología de legitimación de un orden social supraordenado respecto de los seres humanos concretos, puesto que su premisa teórico-práctica es la hipóstasis, la reificación, del mercado y su lógica de funcionamiento. Un veterano publicista de la derecha neoliberal, recordando a Adam Smith como uno de los fundadores del liberalismo, dice de uno de sus principios constitutivos: “El mercado es un sistema autónomo de producir bienes y servicios, no controlado por nadie, que genera un orden económico espontáneo, impulsado por la búsqueda del beneficio personal, pero autorregulado por un cierto equilibrio natural...” (J. C. Montaner). No hace si no repetir la fórmula canónica de los ideólogos neoliberales: ‘el mercado es un sistema autorregulado que tiende espontáneamente al equilibrio’. Estamos ante el enunciado insignia de la característica cosificación del mundo de la pseudoconcreción. Un fenómeno social es ‘naturalizado’, deshistorizado, desocializado, una forma de trascendentalizarlo; y, desde luego, a partir de ahí, queda prohibida toda torpe -por definición- intervención humana: ‘mientras menos interfieran en el sistema autorregulado los poderes públicos, mejor funcionará’.

En breve: el liberalismo es una falsa defensa de la libertad y la defensa de una falsa libertad (sacrifica la verdadera libertad al mecanismo ciego del mercado y la libertad que realmente defiende es la libertad de mercado, una alienante pseudolibertad²⁵⁸. En las condiciones contemporáneas, el

la actividad del ‘cuerpo histórico’, o sea, de la sociedad, la clase, el individuo. La libertad no es un estado, sino la actividad histórica que crea las formas correspondientes de convivencia humana, es decir, de espacio social”, *DIALECTICA DE LO CONCRETO*, pág.260.

258. Una sociedad de individuos iguales en la libertad, no puede erigirse sobre la base de un mecanismo ciego como el mercado librado a su propia lógica. Exige el control y la orientación racional de las fuerzas económicas.

liberalismo como tal sencillamente se ha transformado en una ideología netamente reaccionaria, el principal recurso ideológico de los defensores de la desigualdad social y la explotación del trabajo humano, de la insolidaridad y del egoísmo disgregador. Lo mejor de su legado, del liberalismo revolucionario clásico, el derecho a la individualidad y el laicismo, ha sido incorporado, como principios constitutivos, al humanismo socialista).

Es por ello que este ‘individuo libre’ liberal alcanza una representación falsa, ilusoria, por unidimensional, apenas como ‘consumidor’²⁵⁹. Y de acuerdo a su capacidad y calidad de consumo, se lo clasifica, jerarquiza, en la escala del éxito, de la consideración y el honor, de la (auto)estima. En una sociedad que premia el éxito, por sobre el talento, en una cultura de la superficialidad. El resultado de todo esto es que, sometido al mecanismo ciego y naturalizado, garantizado por la gracia providencial, del mercado, el individuo humano, la humanidad, acaba por perder lo fundamental de su capacidad de influir realmente sobre su vida y su futuro, de hacer conscientemente su propia historia²⁶⁰. Si no

259. El ‘individuo sin individualidad’ sobre el que reflexiona R. Fragomeno, en *LA UTOPIA CONSTITUYENTE*, es el individuo aislado, atomizado, que no puede desarrollar su individualidad porque para ello requiere del reconocimiento de otros, ha surgido de “la destotalización de la existencia social, de la radical fragmentación. Lo colectivo disuelto en el individuo sin individualidad...”, y por tanto sin proyecto y sumido en el absurdo de una cotidianeidad vivida como sucesión caótica de sucesivos presentes, condición producida por un capitalismo tardío que ‘escinde y excluye’, que da lugar a un “tipo de subjetividad contradictoria convencida de su incapacidad estructural de romper la ‘jaula de hierro’”, y que solo puede ser superada en la ‘multitudo’ spinoziana, el ‘sujeto compuesto’, que entiende que “el proceso de autoconstitución de la subjetividad es una apertura sentida hacia los otros, una potencia ilimitada... descubierta desde la igualdad como necesidad insatisfecha hacia la igualdad como beneficio de la liberación”. Págs. 64-89. La fragmentación producida por el capitalismo neoliberal, la ofensiva capitalista en la lucha de clases, busca producir un resultado funesto: “No hay fin de la historia, hay algo peor: la desaparición del sentido de la historia”. De la historia como realización del Espíritu, como autoproducción humana actuando sobre el mundo.

260. “Así, después de un largo, tortuoso y heroico desarrollo, justo en la etapa más elevada de conciencia, cuando la historia está dejando de ser un destino

podemos avanzar en el control de la producción y reproducción de la vida material, de la riqueza y los medios de vida, base y condición de posibilidad de todo lo demás, nunca podremos, en última instancia, controlar nada (en las condiciones de explotación, desempleo, pobreza, desigualdad, hambre, marginación, frustración, resentimiento y envilecimiento de la condición de miles de millones, resulta imposible superar definitiva y completamente las distintas formas de opresión, construir una política realmente democrática y un cultura-vida cotidiana de tolerancia y articulación de la diferencia; 'si algunos no son libres, nadie puede ser libre', Marx)²⁶¹.

Las opresiones existen y se explican por su funcionalidad respecto de la dominación, y la dominación resulta necesaria en el mundo de la desigualdad estructural y la explotación. En otros términos, la superación de la explotación y la desigualdad estructural no resuelve automáticamente todos los conflictos e inercias culturales, pero es la condición de posibilidad de la superación definitiva e irreversible de todas las formas de opresión.

Es así como la ideología neoliberal comienza presentándose como escudo protector de la libertad individual, para terminar como discurso de feroz rechazo de 'la arrogancia de la criatura'; es decir, del 'individuo libre' (postulado por justamente el liberalismo, pero el revolucionario, de antes de la revolución francesa), capaz de controlar sus condiciones de existencia y realizarse, autoproducirse, en ese proceso.

Los meandros de este itinerario seudoparadojal en realidad no son tan difíciles de recorrer: para los liberales la libertad individual siempre se ha fundado en la propiedad (de los medios de acumulación de riqueza), el derecho por excelen-

ciego, y está llegando a ser más y más la propia creación del hombre, con el abandono de las utopías, el hombre pierde su voluntad de configurar la historia, y por tanto su capacidad para comprenderla", Karl Manhein. En *IDEOLOGIA Y UTOPIA*.

261. De ahí la insensatez, o patraña, de pretender neutralizar la amenaza de la criminalidad mientras se convalida la desigualdad, pobreza y humillación de los muchos.

cia, en un contexto de libertad de mercado, pero sucede que bajo el capitalismo solo una minoría accede a la misma (como dicen Marx y Engels, bajo el sistema social que dice fundarse en la propiedad privada, la absoluta mayoría de la población ha sido violentamente separada de toda propiedad, como medio de producción, solo restándole para negociar su propia capacidad de trabajo). En cuanto al resto, se ve condenado a una de dos suertes: probar esfuerzo, talento y fortuna, en las procelosas aguas del mercado, a la caza de un esquivo y altamente improbable éxito, o bien abandonarse al curso de los automatismos de los fenómenos económicos. Es la razón de que el sistema produzca 'ganadores' y 'perdedores'. Es un juego con reglas trascendentes, que los jugadores no pueden aspirar a cambiar. El 'homo economicus', el egoísta y calculador, competitivo, maximizador racional de utilidades, es un homúnculo, celebrado porque ha demostrado, teóricamente, eficacia para jugar el juego, pero ni conoce realmente, ni le preocupa conocer, la naturaleza y los fundamentos del mismo. Porque no se propone, ni siquiera imagina la posibilidad de, pensarlo, criticarlo y transformarlo. Es un homúnculo, es decir, una fabricación del alquimismo social liberal. No existe, ni puede llegar a existir.

Puesto en breve, la defensa de la libertad individual por los liberales es una farsa, un discurso de legitimación de un orden social, históricamente producido, con el cual se lo pretende blindar y clausurar. Ya entre los griegos el trabajo asalariado era considerado indigno, pero al menos no pretendían adulterar, enmascarar la realidad haciendo pasar a sus esclavos y metecos por hombres libres y miembros de pleno derecho de la ciudad, iguales ante la ley.

La norma ética del liberalismo en general, y del neoliberalismo en particular, con su deriva conservadora, se expresa como indiferencia ante el dolor y el sufrimiento social de centenas de millones de individuos humanos concretos: "frente al hombre desempleado no se reacciona exigiendo la solución a su problema..."²⁶², sólo se 'constata', se mide, se

262. Hinkelammert. Op. Cit.

correlaciona, etc., pero se asume la situación como un rasgo y riesgo sistémico, incluso, como mera consecuencia de las malas, 'idiotas', decisiones de algún político con vocación de 'interventor'. Aparte de que, obviamente, los 'perdedores' lo son por derecho y mérito propio. El sistema, la propiedad y el mercado libre, están por encima de los individuos humanos de carne y hueso²⁶³. La racionalidad técnica o instrumental como lógica de la metafísica del mercado autorregulado, se impone sobre las necesidades y derecho a la vida de la mayoría de los seres humanos, y se muestra entonces como el contenido real de esta tramposa simulación de la defensa de la libertad humana.

Y en este contexto, se puede entender que la 'democracia liberal' tenga muy poco de democracia, y sí mucho de procedimiento para dirimir los intereses conflictivos de las grandes corporaciones y bancos; que, para una larga mayoría, cosas como el acceso a la propiedad, el respeto de los derechos humanos, la libertad individual y la realización personal, no pasen de nociones sin correlato material discernible; que el 'pluralismo' solo funcione como alternancias vacías de contenido y en tanto los fundamentos del orden mercantil no sean puestos en discusión; que la libertad de expresión y el derecho a la información signifiquen lo que las corporaciones mediáticas digan que significan; que la 'democracia como método para tomar decisiones y para reemplazar las élites de gobierno' sea efectivamente un asunto de 'élites', y que 'la institucionalidad' sea instituciones que instituyen la imposibilidad de toda transformación (por ello, una democracia socialista, debe asegurar no solo la llamada 'libertad negativa', ausencia de impedimento o coerción, también la 'libertad positiva', las condiciones materiales y culturales necesarias para hacer efectiva la tan de-

263. En Enero de 2013 la OIT informa que al final del año 2012 había en el mundo 197 millones de desempleados, estimando que para el 2014 la cifra alcanzará 205 millones. El desempleo juvenil se situó en 12.6% a escala global y 35% de los jóvenes de los países avanzados tiene al menos 6 meses sin trabajar. La Nación, Enero 23 de 2013.

clarada igualdad de oportunidades y el ejercicio de la libertad personal, como posibilidades concretas de desarrollo de los individuos, según sus necesidades y deseos, preocupaciones e intereses; condiciones en que los individuos puedan conscientemente y con criterio elegir, no a partir de la publicidad, sino de la información, sin comillas)²⁶⁴.

Pareciera que no hace falta subrayar que ‘del neoliberalismo no se desprende una ética de comunidad’, cuando mucho da lugar a y reconoce como legítimo un interjuego transaccional de agentes económicos, productores y consumidores; se espera, o se postula como ideal, que los primeros sean eficientes y los segundos opulentos (H. Gallardo). Pero este interjuego no alcanza el rango de auténticas relaciones humanas, de reconocimiento intersubjetivo, productoras de tejido social e identidades colectivas culturalmente articuladoras, capaces de fundar un sólido sentido de pertenencia y destino compartido, una sociabilidad fundamental enriquecedora, que acoge, contiene emocionalmente y refuerza la sensación de seguridad. Peor aún, tales ‘agentes’ no son verdaderos sujetos, en el sentido de protagonistas de la existencia social, con capacidad de reconfigurarla a partir de las condiciones en que históricamente han sido situados; no son productores de mundo, apenas elementos de un ‘sistema’, el mercado y sus leyes, la ‘oferta y demanda’ cosificada.

264. Estamos siempre inmersos en un entramado de relaciones sociales, por lo que no existe la libertad del incondicionado. El punto es si la relacionalidad oprime, limita, o potencia, social e individualmente; si establece condiciones que permitan a los individuos decidir y elegir conscientemente, si favorece el autodesarrollo de cada uno, y si estas condiciones y reglas son construidas, pactadas, colectiva y democráticamente. Negar los condicionamientos sociales y físicos, solo tiene como resultado impedir su conocimiento y por tanto ‘la capacidad de hacer más flexible lo que en el desconocimiento es una opresiva rigidez’ (Bauman). El hecho de que en la cotidianidad, tanta gente ignore la acción de factores externos en la modelación de la conducta o en la predeterminación de sus oportunidades de vida, de su ‘rango de elecciones’, de ‘los que no tienen más opción que aceptar las reglas’, solo es evidencia de la eficacia de los mecanismos interiorizados de control; lo cual además lleva a la creencia de que podemos hacer poco por modificar las condiciones en que actuamos.

Pero la historia y la experiencia social muestran hasta el cansancio que el sujeto, el ser humano, no es sólo egoísmo, egoísmo 'racional', amor de sí; en tanto que ser inescapablemente social, ser que solo es en y a partir de lo social, el interés propio, del todo legítimo, solo puede realizarse en el marco de la convivencialidad; en realidad, el yo humano solo puede actualizarse y ser entendido en el contexto condicionante y posibilitador del nosotros (la solidaridad es indispensable para el desarrollo de la individualidad); la consciencia/autoconsciencia solo puede surgir en la interacción; fuera de la interacción no hay sujeto humano, solo una potencialidad biogenética. En otro plano, el bienestar del sujeto, en sentido amplio, es finalmente función de las posibilidades del colectivo; desde luego: el desarrollo social, la mejora de la calidad de vida de la sociedad, sólo es real si contribuye enérgicamente a, y al mismo tiempo se funda sobre, las más amplias posibilidades de libre realización y de autonomía de los sujetos individuales, en tanto que integrantes de un todo social complejo y en movimiento. La contundente afirmación del principio de individuación –de desarrollo de la individualidad, de autonomía personal y de protección de la intimidad-privacidad–, es una de las grandes, e irrenunciables, conquistas de la modernidad occidental. Y, como todo lo demás en el mundo burgués, otra promesa incumplida, un resultado contradictorio. Una contradicción muy pertinentemente ilustrada por el egoísmo racional ético promovido por el liberalismo, funesto artefacto ideológico, constitutivamente insolidario, que promueve y educa en el individualismo narcisista y autocentrado y socialmente indiferente, que no construye tejido social, y que por eso funciona en realidad como un obstáculo absoluto para el desarrollo de la individualidad, del derecho de individuación, de la mayoría, y, desde ahí, de todos.

Más en general, bajo el capitalismo, la enorme concentración de la riqueza y el poder conspiran contra la libertad individual; la propiedad burguesa y el poder que confiere se ejercen contra el bien común.

CONCLUSIÓN

“El conocimiento no puede ser una copia, ya que siempre es una relación entre sujeto y objeto. Conocer la realidad implica construir sistemas en continua transformación que se corresponden, más o menos, a la realidad”.

Piaget

“El espíritu, el pensamiento, es la realidad de la realidad”

Hegel

“La meta principal de la crítica es impedir que los hombres se abandonen a aquellas ideas y formas de conducta que la sociedad en su organización actual les dicta”

Horkheimer

Dos temas para ordenar el cierre de este trabajo: la situación general y las perspectivas de América latina en el marco de la globalización capitalista, y, en un plano más amplio, el problema de la crisis civilizatoria a la que conduce el curso histórico dominado por el orden burgués.

El trabajo ha ofrecido una cantidad razonable de elementos para fundamentar algunas tesis o hipótesis interpretativas sobre la situación general de la región. Los nuevos modos de inserción económica internacional, inducidos por el proceso de reestructuración del capitalismo mundial, que van desde la reprimarización de la oferta exportable hasta la integración, en tramos secundarios, en ‘las cadenas globales de valor’, pasando por la simple industria maquiladora de exportación, han tenido un importante y notorio impacto sobre la estructura socioeconómica, la esfera de lo político y la atmósfera cultural de las sociedades de la región. Las ten-

dencias generales se articulan con situaciones, trayectorias y experiencias históricamente diferenciadas, produciendo singularidades concretas y complejas, que sin embargo exhiben denominadores comunes y rasgos decisivos compartidos (en el pasado, el endeudamiento externo; en el presente, la desenfrenada, y por momentos indecorosa, competencia por atraer inversión extranjera –que está teniendo un efecto modelador a corto y largo plazo, situado en las antípodas del discurso que la promueve como panacea o piedra angular de una política económica dirigida al desarrollo económico-social y al bienestar de la población, lo cual reedita a su manera ilusiones y espejismos del pasado–, por ejemplo)²⁶⁵.

Un aspecto de significación central es la constante pérdida de margen de autonomía de los Estados. La evolución de las formas de la dependencia, el salto en la extranjerización de las economías, el avance del copamiento por el capital extranjero de las principales fuentes de valorización de capital y de la subordinación de la acumulación local a los centros de poder metropolitanos (grandes corporaciones, agentes de los mercados financieros, gobiernos de los países centrales, instituciones internacionales), todas tendencias de larga data, pero que se profundizan en el nuevo contexto, se traducen previsiblemente en pérdida de capacidad y espacio de maniobra. Son muchos y muy eficaces los mecanismos de que disponen los grupos dominantes en los centros de poder del capital financiero para crear condiciones que hacen muy difíciles de resistir sus ‘recomendaciones’: las calificaciones de riesgo como certificado de mala conducta, si no directamente mecanismo de represalia (incluso en la semántica: en el caso de la Argentina se usa ‘riesgo-país’; en el de España, ‘prima de riesgo’, de una sonoridad más neutral); la manipulación de las tasas de interés de referencia y de las paridades cambiarias, así como los ataques especulativos contra determinadas monedas; el control y

265. En América latina, da la impresión, las expectativas frustradas y los pronósticos incumplidos se superan con nuevas promesas y remozadas ilusiones.

manipulación de los mercados de capitales locales; los flujos sancionatorios de capitales de inversión, que ‘premian’ (entrecomillado porque en realidad lo que hacen es apoderarse de los mercados internos y de buena parte de los rubros exportables) a los países con conductas ‘correctas’ y castigan severamente a los de conducta díscola o directamente inamistosa; la promoción de la fuga de capitales locales; las campañas mediáticas vehiculadas por las corporaciones globales de comunicación; los dictámenes y controles del FMI, las reglas de comercio internacional -abiertas en cuanto al tráfico de capitales, bienes industriales y servicios, cerradas en productos agrícolas y, sobre todo, en cuanto a la movilidad internacional de los trabajadores-, la protección de los monopolios tecnológicos y reglas de propiedad intelectual, el vínculo entre fondos especulativos y sistemas judiciales metropolitanos, etc²⁶⁶.

Se trata, el orden internacional, de un complejo jerarquizado en el que los poderes político y económico-financiero se apuntalan recíprocamente, apoyados en la indispensable y abrumadora superioridad militar de los países centrales. En pocas palabras, la internacionalización del capital está en permanente tensión con el carácter del tradicional Estado moderno, cosa también identificada y discutida en el trabajo de Marx y Engels²⁶⁷. ¿Significa esto que los Estados están por desaparecer en el curso ya presente

266. François Chesnais (coord.), *LA MUNDIALIZACION FINANCIERA*. Ed. Losada, Buenos Aires, 2001. Ver la introducción General y los capítulos 3, 7 y 8, sobre todo. También Harvey, David, *LOS LIMITES DEL CAPITALISMO Y LA TEORIA MARXISTA*. Capítulo X, “El capital financiero y sus contradicciones”. Roberto Ramirez, *LA MUNDIALIZACION DEL CAPITALISMO IMPERIALISTA*, http://socialismo-o-barbarie.org/webanterior/actualizaciones/_imperialismo/plantilla_seccion_imperialismosigloXXI.htm. Callinicos, Alex, *EL IMPERIALISMO Y LA ECONOMIA POLITICA MUNDIAL HOY*. Rev. Crítica y Emancipación # 5, 2011, págs. 111-166.

267. En este trabajo, el término ‘Estado’ se pone en relación con el de ‘sociedad’, dejando entre paréntesis el de ‘nación’, que, en las nuevas circunstancias histórico-sociales, y considerando la pesada carga connotativa, requiere un examen crítico en cuanto a su capacidad para expresar lo real y la consecuente pertinencia en un modelo explicativo.

de surgimiento de un superEstado universal, como algunos analistas vienen pronosticando hace más de tres lustros? No, pero es un hecho que está en curso un avance importante en el grado de subordinación, un salto en el carácter semicolonial de la periferia capitalista²⁶⁸.

Muy menguados en sus márgenes y posibilidades, si comparados con la situación vigente hasta digamos los años setenta, sin embargo, la existencia de los Estados formalmente independientes –pero económicamente dependientes y políticamente subordinados por una serie de tratados e instituciones internacionales bajo control de los Estados metropolitanos- continúa cumpliendo insustituibles funciones en la economía política del sistema, manteniendo las diferencias y compartimentos estancos entre los distintos y diversos mercados, en términos de modelos de acumulación, formas de regulación, productividad, tasas de interés y sala-

268. Típico descamino del fenomenismo impresionista que exagera ciertos rasgos exteriores, ‘características secundarias’ (la erosión de la autonomía, la mayor subordinación, se toma por tendencia a la desaparición de los Estados), con puntos de vista parciales o consideraciones episódicas, que se explica por el deficiente o inexistente fundamento de economía política del análisis. Para el concepto de ‘Estado o país semicolonial’ ver, de Lenin, *EL IMPERIALISMO, FASE SUPERIOR DEL CAPITALISMO*. Págs. 450 y 452. También L. Trotsky, *SOBRE LA LIBERACION NACIONAL*, Ed. Pluma Bogotá, 1976, “El mundo colonial y la segunda guerra imperialista” y “Discusión sobre América latina”, entre otros textos. Michael Lowy: “concepto que tiene la finalidad de revelar, bajo la independencia formal, la profunda dependencia (dominación) económica, política y militar de esos estados hacia las metrópolis imperialistas”, en “Los marxistas y la cuestión nacional”, *Rev. Ideología y Sociedad* #20, Bogotá, 1977, pág. 28.

El error simétrico, ‘esencista’, es el de ignorar o subestimar el fenómeno como simple accidente, mero epifenómeno, invariable forma aparential, lo que rompe con toda dialéctica. Se ignora que lo fenoménico vela y revela, que solo es apariencia en su aislamiento, sin relacionalidad o proceso; que el fenómeno también es verdadero, también es parte de lo real, le da forma, y, desde ahí, se produce recíprocamente con el contenido; que lo fenoménico significa, y que solo desde él se puede acceder, reconstruir, el campo de sentido relacional, la totalidad explicativa, la dialéctica de fenómeno y estructura profunda, movimiento y lógica subyacente. El ‘esencismo’ transforma el ‘en última instancia’ en la única instancia, olvida que sin árboles no hay bosque, y, finalmente, que el objetivo de la crítica justamente es obligar a lo subyacente a fenomenizarse, a hacerse manifiesto.

rios de la fuerza de trabajo, lo que por su vez sigue siendo útil para la reproducción internacional del capital y la competencia entre las diversas corporaciones y Estados centrales, que han promovido estas diferencias y barreras (destacadamente, los obstáculos y restricciones a la circulación internacional de los trabajadores, comparado con la gran movilidad internacional del capital). Un Estado mundial, o unos cuantos, supondría la supresión de fronteras, la libre circulación de capitales producidos o realizados y de gentes, lo cual llevaría a una hasta ahora indeseable igualación de la tasa de ganancia a escala internacional, indeseable para los intereses de las grandes corporaciones y el dominante capital financiero. ¿Se puede descartar absolutamente a futuro, en el largo plazo? Por supuesto que no, pero no hay nada en el presente que delate una tendencia efectiva con tal itinerario. El caso de la Zona Euro en la Unión Europea, muestra con toda claridad los hasta ahora insalvables obstáculos que enfrenta la idea del superEstado. La realidad de la UE es la de una confederación o liga de Estados, cada vez más abiertamente bajo predominio del Estado, los bancos y las corporaciones alemanas y su privilegiado socio francés.

La modernización de la dependencia, contenido real del ‘desarrollo económico’, es el resultado general del ajuste en la inserción de las sociedades de la región en la reestructurada economía mundial, con sus efectos sobre el sistema internacional de Estados. En determinación recíproca con lo económico y lo político, la esfera de lo ideológico-cultural –de los valores y creencias, de los saberes y patrones de comportamiento– aporta el ámbito en que un nuevo sentido común socialmente condicionado puede dar lugar a las subjetividades integradas e integradoras, produciendo las habituaciones y expectativas que tienden a establecer una cierta articulación, problemática y tensionada, de mundo de la vida y sistema, articulación de la que ha dependido y depende el sistema para conservarse.

Las expresiones de este notable cambio cultural son múltiples y diversas, desde los patrones de consumo, la

mentalidad mundana y el creciente individualismo de sociedades irreversiblemente urbanas, hasta la creciente secularización general de la vida social, expresada en el abandono definitivo de las creencias y cultura religiosa o en un avance notorio de la mera indiferencia y en la desinstitucionalización e individuación de las representaciones religiosas; al lado de lo que y como expresión de ultradefensiva resistencia, germinan también previsiblemente expresiones limitadas, aunque estridentes, de fundamentalismo, sin mayor horizonte y con tendencia a la evasión y refugio en acotadas comunidades cerradas, atormentadas por un entorno ansiógeno, que, en su vertiginoso ritmo de transformación, se torna cada vez más difícil de reconocer, asimilar, y que por tanto termina siendo percibido como amenazante en grado sumo en la medida en que condena y ridiculiza inclemente todas las previas y más arraigadas convicciones, generando incertidumbre y angustia, desorientación y corrosión de la vieja estructura de la personalidad.

El reflejo fundamentalista-religioso –el caso islámico en absoluto escapa al diagnóstico, pero se nutre de factores histórico-políticos especiales, los agresivos intereses de occidente, que le confieren rasgos particulares– se corresponde con una profunda necesidad moral y psicológica, negar el cambio, percibido, por buenas razones, como hostil, volver la espalda a la realidad circundante, aferrarse a algún tipo de estabilidad en medio de la turbulencia y la incertidumbre, ante el sentimiento de que el mundo conocido se derrumba bajo los propios pies; da forma al típico rechazo fóbico, mecanismo protector, ante un proceso social, la incesante y constantemente redefinida modernización capitalista, que avanza implacable sobre las formas tradicionales de convivencia, ‘disolviendo todo lo sólido’, desahuciando identidades y tabúes decididos por algún ‘padre creador’, agitando sin contemplaciones inercias inmemoriales, las más veneradas supercherías, y desorganizando los viejos y acogedores, y jerárquicos y patriarcales, entramados comunitarios, ámbitos de contención emocional y de férrea subordinación del

individuo al grupo; reordenamiento que sustituye todo lo anterior por un espacio social re-organizado sobre la base de un individualismo insolidario, la distorsión mercantilizada del goce y la desublimación represiva. Así nos adentramos en, una de las formas de expresar, el dilema cultural que asedia a la contemporaneidad, tanto más inconducente cuanto que pone una falsa alternativa, entre lo viejo por lo cual pocos pueden sentir nostalgia y un presente, y proyectable futuro, que más bien es fuente de profundo pesimismo.

Rasgos socioculturales contemporáneos como la abrupta caída de la tasa de natalidad, de los matrimonios religiosos o civiles, el aumento de las tasas de divorcio, el reconocimiento de los derechos de la comunidad homosexual, el relajamiento de las normas de la moralidad sexual, los cambios en el concepto de familia, el socavamiento de las normas patriarcales, el retroceso relativo de los prejuicios étnico-raciales²⁶⁹, etc., aspectos de clara figuración en el ten-

269. En la medida en que en el capitalismo la interacción en el mercado es la base de la relacionalidad social general, y de los crecientes elementos de cosmopolitismo cultural, el prejuicio y extrañamiento étnico tiende a ceder como rasgo de primera relevancia en la regulación social, por la propia lógica del funcionamiento social, que socava barreras y acerca distancias culturales, disloca provincianismos, tabúes y arbitrariedades ancestrales (lo cual vale aproximadamente para las distintas formas de opresión), sin embargo, por la conflictividad, las crisis y la incertidumbre, los rebrotes de xenofobia y racismo experimentan repuntes constantes, tendiendo a expandirse en los momentos de crisis prolongadas (las crisis económicas producen efectos de descomposición social y envilecimiento moral), rebrotes estimulados, explícitamente o no, por el sistema como mecanismo de defensa, promoviendo la fragmentación de los subordinados y la limitación de su capacidad de organización y resistencia unificada. Típicamente, el capitalismo opera contradictoriamente sobre las opresiones, por un lado, sin buscarlo, las deslegitima, por otro, las reanima e instrumentaliza como un mecanismo de control de los subordinados y de reforzamiento de la dominación. En concreto, la agudización y creciente agresividad de la xenofobia y el racismo en Europa o EEUU, obedece a la combinación de la crisis social, con sus efectos de inseguridad e incertidumbre, y el retroceso en la conciencia de clase, provocado

sionado clima cultural de este arranque del siglo XXI, dan cuenta de un cambio tendencial relevante en las pautas de regulación macro(culturales) y micro(morales)-subjetivas de la convivencia; un drástico y dramático trastorno de pautas ancestrales; un proceso de agresiva destradicionalización, que evidente y previsiblemente genera reacciones adversas, de temor, incluso rechazo abierto, explicables no solo por especulados factores psico-antropológicos, sino, sobre todo, por los muy concretos desgarros y desarraigos que genera la marcha inclemente del progreso conducido por el capital (bajo el capitalismo, incluso fenómenos en principio progresivos, tomados aisladamente, levantan sospechas y desatan resistencias). Se trata de tendencias en un proceso aún abierto, pero que atraviesan la contemporaneidad cultural y de vida cotidiana.

En la generalidad de estas manifestaciones de cambio cultural desempeña un papel principal la industria audiovisual norteamericana-occidental con su enorme impacto en las formas de ser, ver y hacer, en los estilos de vida, autorepresentaciones y las aspiraciones de los individuos, particularmente de los jóvenes. La enorme capacidad de las modernas industrias culturales, armadas ahora con recursos tecnológicos inimaginables hace sesenta años, para canalizar procesos de resocialización funcionalizadora, incide directa e indirectamente sobre los patrones de comportamiento y las pautas de consumo, a nivel planetario y con particular eficacia en América latina (el mundo islámico se presenta, otra vez, como una excepción solo parcial y por contingencias socio-políticas de larga data, cuya sobrevida se presenta cada vez más como una anomalía). El traumático efecto de todo esto, y los reflejos de rechazo/resistencia que activa, pueden ser más precisamente dimensionados si se toma en cuenta las penetrantes derivaciones de la tradicional matriz cultural católica de las sociedades del subcontinente (en el

por la crisis del proyecto socialista. Es decir, el capitalismo por un lado tiende al cosmopolitismo, por otro, realimenta prejuicios (o el oscurantismo religioso) como recurso de fragmentación y control.

sentido de que esta impronta cultural va más allá de la mera práctica de una tradición y unos rituales religiosos; ambos datos son pertinentes, la indiscutible dinámica secularizadora y la resistente marca cultural extrareligiosa del catolicismo: en los valores incorporados al sentido común, sobre todo de los sectores subalternos, en los usos lingüísticos de la vida cotidiana, en el sentido jerárquico de la autoridad que interiorizan; se trata de una dura guerra de posiciones, arbitrada por los más decisivos procesos del tiempo social, que expresa o fenomeniza en cada ámbito particular, con cierta autonomía, tales procesos).

La dependencia es también y con fuerza cultural. Pero este no es un discurso neorromántico y nostálgico de defensa de 'lo criollo', de algún esencialismo identitario²⁷⁰, ni remotamente, es un intento de captar crítico-racionalmente un proceso de lo real, a fin de poder intervenir sobre el mismo conscientemente. Y esto quiere decir: comprender y explicar el movimiento contradictorio de la modernización capitalista; en ese sentido, tematizar el carácter desigual y combinado del autodesarrollo del capitalismo resulta imprescindible para una adecuada captación del multivariado y aparentemente disonante aspecto de su fenomenización (desde el punto de vista del marxismo, captar la dialéctica de la multiplicidad fenoménica exterior y el proceso es-

270. Cada cierto tiempo, como reacción defensiva ante las presiones económicas, políticas y culturales del centro capitalista, retorna, en América latina, una cierta apelación al telurismo, como nacionalismo étnico, vinculado al 'suelo materno', cierto entusiasmo, convenientemente depurado, por las tradiciones, una suerte de 'etnoobsesión' de lo 'autóctono', de neurótica de la 'identidad' metafísicamente formulada, ideario hasta hace no tanto asociado con el pensamiento de la derecha conservadora y más recientemente presentado como postura progresista (lo que por supuesto lleva a colisiones con la defensa de la diversidad cultural o de la integración y los derechos de los migrantes). Evidentemente, los defectos de origen llevan a inevitables inconsistencias. El nacionalismo romántico es un callejón sin salida, una utopía reaccionaria, que no puede ser confundido con el nacionalismo antiimperialista, en los países semicoloniales-dependientes, defendido por la izquierda marxista como parte del proceso de lucha por el socialismo, como forma social global capaz de articular universalidad y particularidad cultural, en el camino de la construcción de un verdadero concepto de Humanidad.

tructural subyacente –el sistema de transformaciones–, en el movimiento general de lo complejo en devenir). En breve, el movimiento modernizador es contradictorio porque en simultáneo destrascendentaliza, racionaliza, instrumentalmente, con lo cual abre nuevas opciones, pero agregando incertidumbre y malestar, mercantilizando y reproduciendo la desigualdad, con lo cual cancela en buena medida las posibilidades de emancipación y realización para la mayoría de la humanidad, y, por ello, para todos, generando, sobre la base de la explotación del trabajo humano, dolor y sufrimiento, opresión y discriminación (o las ‘cuatro miserias del capitalismo’: pobreza, ignorancia, superstición y ausencia de placer).

Los avances sobre la moral sexual conservadora se distorsionan e instrumentalizan, dando lugar a nuevas prácticas cosificantes, embriagadoramente seductoras, pero incapaces de resolver la sensación de insatisfacción y el sentimiento de soledad; movimientos que parecen multiplicar las opciones, acaban produciendo conformismo e integración resignada, aficiones escapistas o inocuas estéticas de rechazo y ruptura (o simplemente chocantes), transgresiones desdentadas, pequeños grupos que se refugian y se contentan en poses y gestos excéntricos, pintorescos e inofensivos. El curso modernizador arrincona la superstición tradicional y desautoriza ciertos prejuicios, pero da lugar a nuevas mixtificaciones, y sobre todo desampara: mitiga los mecanismos opresivos de la familia, pero no refuerza sus dimensiones de protección y sustento afectivo, y obstaculiza el surgimiento de espacios alternativos de contención emocional.

La ‘modernización’ vehiculada por la globalización capitalista acarrea nuevas patologías urbanas, provoca un cambio drástico en las mentalidades, en el sentido de la destradicionalización, amplía los horizontes, pero multiplica las dificultades y el agobio de las responsabilidades; lo público-social avanza sobre lo privado familiar-tradicional y lo redefine, retotalizando la tensión-relación, con lo cual se debilitan instituciones opresivas y humillantes, anacrónicas, pero entonces sucede que el espacio público redefinido se

ve amenazado de reprivatización, por la vía de la mercantilización (el 'mall' como moderno espacio 'público' –falsamente público– de esparcimiento familiar), con lo cual se reintroducen mecanismos discriminantes y segregadores, (también las zonas residenciales de alto costo, segregadas, cerradas, amurallados, custodiados, metáfora urbanística de la paranoia, la fragmentación, la seudolibertad). Correlativa y contradictoriamente, lo privado se replantea, incluso amplía sus posibilidades (no seguridades) de enriquecimiento, como vida interior, en y a partir de un nuevo nivel de articulación con lo público, mediante, por un lado, una más celosa protección de la intimidad (entonada esta por una atmósfera cultural con mayores posibilidades expresivas) y del derecho a la privacidad; por otro, aspecto que importa destacar, por lo que expresa y significa, por una mayor capacidad y menores prevenciones (de los más jóvenes sobre todo), para comunicarse con los otros, menos defensivamente y de modo más espontáneo, y como voluntad de exponer/compartir esa vida interior, como experiencia liberadora -contra la vieja necesidad de prudente autocensura, de neurotizante desconfianza-, en un marco de reciprocidad y de reconocimiento mutuo, capaz de favorecer la construcción social de lazos afectivos mucho más intensos y sutiles que en cualquier otra época, como parte de un proceso de sofisticación de la sensibilidad, de elaboración del concepto de lo humano.

Sin embargo, con la enfática promoción del individualismo ético y el egoísmo racional, del indiferentismo social, en un contexto de aumento de la desigualdad y de vinculación del 'éxito' social con el nivel y dimensión simbólica del consumo, el resultado neto, de este atormentadamente contradictorio proceso civilizatorio, es más fragmentación y contraste social, humillación y resentimiento, agresividad y desconfianza generalizada, la paranoia que agrava la inseguridad real, etc. (que en últimas lleva a un neuróticamente defensivo repliegue en la intimidad, que obtura, es la contratendencia de, las posibilidades mencionadas de apertura

liberadora). Crea las condiciones para y alienta nuevas formas de expresión y movimientos sociales (libertad de opción sexual, ambientalismo, reapropiación no conservadora de las tradiciones reforzadoras de la identidad y la autoestima, acceso a la creación artística), favorece el desarrollo de la individualidad, pero totaliza todos esos aspectos en una relacionalidad cuyo telos articulador es el reforzamiento de la dominación social y los mecanismos disciplinarios interiorizados. En suma, la modernización capitalista ilusiona pero defrauda.

En otros términos, desde el punto de vista de 'la cuestión social', la historia del capitalismo de los últimos más de treinta años, en su nueva fase de despliegue, ratifica con rotundidad otro aspecto cardinal del análisis marxista, en relación con su carácter fundamentalmente contradictorio: en cada fase de su desarrollo, el capitalismo replantea los viejos y constitutivos antagonismos y da lugar a nuevos desequilibrios, tensiones y conflictos, estructuralmente radicados. El movimiento de conjunto, de la totalidad concreta compleja, se da justamente a través de la dinámica de los desequilibrios internos y de la interrelación con las condiciones de contorno. El capitalismo no puede existir sin generar conflictos estructurales y agudos antagonismos²⁷¹, con formas cambiantes correspondientes a los aspectos salientes de cada fase de su recorrido. Por ello justamente da lugar a una 'cuestión social'; es decir, a un problema de fracturas sociales que repercute sobre, y que contribuye a configurar, el ámbito de lo público-social, de modo mucho más directo y sistemático que en cualquier otro período histórico anterior. Es por ello que en las nuevas condiciones socio-políticas, en el XIX, y luego de una lenta evolución de tres siglos, la 'cuestión social' se verá elevada al rango de objeto político-institucional de primer orden, como cuestión central de la reproducción del orden social más amplio.

271. Son multitud los autores que, con enfoques los más diversos, desde Bell a M. Klein, pasando por Bauman, Beck, Zizek, Sennett, Echeverría, Jameson, han aportado al inventario de las nuevas tensiones bajo el capitalismo.

Así surge, entonces, la 'política social', fórmula con la que se designan las diversas formas del poder social, principalmente a través del Estado, de intervenir sobre 'la cuestión social'; las llamadas 'políticas sociales' constituyen entonces el conjunto de recursos mediante los cuales se busca corregir las descompensaciones y perturbaciones, crecientes, a las que 'espontáneamente', ahí sí, conduce el mercado sin regulación, en un régimen económico fundado en la propiedad privada de los principales medios de producción, distribución y cambio, en la socialización generalizada de la producción y la cada vez más concentrada apropiación privada del producto (solo la notable eficacia de los dispositivos que recursivamente producen la tendencial naturalización de la realidad social, la interiorización inconsciente de las relaciones sociales, puede explicar que un tal estado de cosas pueda ser extensamente percibido como 'normal'). En general, y en directa oposición al credo liberal, la intervención del Estado en la regulación del funcionamiento del régimen mercantil ha demostrado ser imprescindible para la supervivencia del capitalismo, como se puede ver en las diversas, recurrentes y cada vez más frecuentes crisis capitalistas. El sistema en general tiende a la crisis, y en la época de su más pronunciada financierización, esto es aún más cierto, lo que hace que la intervención del Estado, financiera, estabilizadora y reguladora, sea cada vez mayor, no menor.

Una satisfactoria elaboración de la 'cuestión social' resulta fundamental para volcarse sobre el cuarto problema del que se ocupa este trabajo, el de la perspectiva ética del neoliberalismo. El individualismo ético, fundado en supuestos psico-antropológicos irreales, o groseramente unilaterales, ha sido objeto de recurrentes refutaciones teóricas y empíricas. La pretensión de que la moral es un asunto meramente individual, de que la fuente de la moralidad es el individuo, quien por lo tanto es el creador de los criterios de evaluación ética, sencillamente desconoce casi doscientos años de construcción del conocimiento sociológico. Una tal aseveración no hace más que poner al descubierto una cierta

combinación de ignorancia y torpe empecinamiento ideológico; simplonamente ignora las complejas relaciones entre individuo y sociedad, mediadas por la herencia cultural, los procesos de socialización primaria y de la inculcación social e institucional de los valores y formas de ver y hacer establecidos, los problemas del poder y la dominación, de la vida alienada en el mundo de la cotidianeidad pseudoconcreta y la precariedad de recursos materiales y culturales de los subordinados y oprimidos para encarar y cuestionar su situación. El intento de autoproverse un antepasado ilustre, capaz de incrementar la credibilidad del punto de vista, Kant, está condenado al fracaso, por al menos dos razones: primero, la ética inicial de Kant es un formalismo rigorista impracticable en el mundo burgués (la burguesía no puede ser kantiana), segundo, la ética de sus últimos años, al tomar distancia de la ascética del deber fundada en un a priori metafísico, la 'ley moral', se trueca en una ética material, de los fines, en buena medida inconsistente con el imperativo categórico de su particular individualismo ético anterior, además de sumar una teoría del derecho, que reconoce como elemento de la existencia la regulación público-social de la convivencia, que es la manera kantiana de intuir el surgimiento de lo social como objeto de conocimiento racional.

Todo lo anterior nos lleva al último tema, el de la 'crisis civilizatoria'. Se puede discutir el uso del término 'crisis', tan alegremente abusado. Su pertinencia en este caso, es la hipótesis, viene dada por la relevancia del asunto y la magnitud de las contradicciones y desgarros del presente e incertidumbres sobre el futuro. ¿Cómo se puede calificar una situación en la cual el estado de cosas dado crecientemente semeja un callejón sin salida, un boleto con destino a ninguna parte? Decir que 'dentro del capitalismo no hay salida' es repetir algo sobre lo que se viene discutiendo y aportando argumentos y evidencia desde hace mucho. Lo nuevo en realidad, y de ahí el término 'crisis', se instala con la frustración del experimento socialista –sofocado por la deformación burocrático-dictatorial–, del más importante

movimiento de redención y emancipación social de la historia humana, superior formalmente (en concreto no son comparables por la radical diferencia de las situaciones y posibilidades históricamente presentes) al cristianismo de los orígenes, no solo en el plano de lo socioeconómico, también en el de lo moral, como criterio antropológico, en tanto que superación de la subordinación de lo humano a lo trascendental-metafísico y afirmador de la autonomía del yo, en el contexto de la construcción de una sociabilidad emancipadora, de la humanización de la naturaleza, de la historicidad y de la autoproducción/autorrealización del ser humano, a partir de la acción sobre el mundo²⁷².

El fracaso final del primer experimento postcapitalista, el primero de escala relevante, tiene básicamente dos efectos en la reflexión: primero, más allá de los denodados esfuerzos de la enorme máquina de propaganda del orden por instalar una cerrada leyenda negra, el hecho es que los setenta años de duración de la experiencia, y la extensión sobre la que llegó a desplegarse, mostraron la efectiva factibilidad de lo que por mucho tiempo no conseguía superar la sospecha y la marca de mera aspiración utópica, bienintencionada, pero entre ilusa e ingenua, y además peligrosa, justamente por su carácter utópico, es decir, el peligro asociado al irracional, por voluntarista y no presente en lo real como posible,

272. Desde el marxismo, el uso de ‘proceso civilizatorio’ se enmarca en la disputa por una noción también empleada como perverso eufemismo para justificar y maquillar ideológicamente el proceso de expansión colonialista de las potencias europeas, y remite a la conceptualización de la evolución histórico-social como proceso de autoproducción humana en la lucha por la humanización de la naturaleza y por la construcción de una sociedad de individuos iguales en la libertad. En realidad, el término connota una diversidad de experiencias históricas, accidentadas, conflictivas, no pocas frustradas, otras confluyentes, no raro por vías violentas, pero que tomadas en conjunto han contribuido en variada medida a producir un resultado histórico provisional, el presente, con diversas posibilidades de desarrollo, incluyendo las regresivas, el futuro abierto. Este carácter contradictorio, agonial, y no pocas veces brutal, de la historia del proceso civilizatorio humano, no se le escapaba a Hegel: ‘la historia avanza por el lado malo’. Y así seguirá siendo, agregan Engels y Marx, mientras sea gobernada por los intereses y el egoísmo de clase.

intento de realizar lo irrealizable. Esto ya resulta decisivo. Una transición postcapitalista hacia una sociedad socialista ya demostró ser una posibilidad histórica real. También el hecho de que plantea problemas nuevos, por las tendencias a la burocratización, por el atraso e inercia cultural de sectores significativos y, sobre todo, por el amplio predominio inicial y por un período indeterminado del capitalismo en lo internacional, con todos sus recursos (que en lo interno alienta por su vez constantemente tendencias de restauración). En adelante, la discusión no discurrirá sobre la mera posibilidad teórica, o la necesidad histórica, sino sobre la real probabilidad y el desarrollo efectivo de las condiciones necesarias para la abolición del capitalismo y los caminos concretos de la acción social para alcanzar tal objetivo, así como sobre la superioridad civilizatoria, o no, de la alternativa (la 'alternativa', cualquiera, debe probar su superioridad histórico-civilizatoria, algo que no se puede dar por descontado; no son pocos los que parecen ignorar esto); no sobre la mera existencia de una oportunidad histórica real de la superación del capitalismo, sino sobre las vías y formas, diversas, que podría o debiera adoptar una nueva experiencia, sobre la base de un preciso examen y balance de la ya vivida, con sus luces y sus sombras.

Por otro lado, la leyenda negra ha intentado enterrar bajo diez metros los muchos y diversos logros de la experiencia del siglo pasado, desde el proceso de industrialización y el desarrollo científico-tecnológico, en buena medida autónomos, hasta la notable red de prestación de servicios sociales –concebidos no en forma asistencialista, y menos aún como caridad, ni siquiera como 'derecho social' mediatizado por el acceso a la ciudadanía, sino llanamente como un derecho societario, del conjunto de la población²⁷³–, el bajo o nulo índice de desocupación (que experimenta un salto social-

273. Molyneux, Maxine. "Ciudadanía y Política Social en perspectiva comparada". En *POLITICA SOCIAL*. Reuben Sergio, editor. Ed. UCR. San José. Págs. 28 y sigs.

mente devastador tras la restauración capitalista de inicios de los años 90, con los correspondientes efectos sobre la distribución de ingresos y riqueza), los derechos y posibilidades reales de incorporación social de las mujeres (educación, empleo, red de cuidado de los hijos, divorcio, salud reproductiva, derecho al aborto, etc.), la efectiva disminución de la desigualdad social, etc. Sin que esto dé pábulo a una imposible leyenda rosa; el esquizofrenizante carácter del régimen socavó, primero, y terminó, después, por conducir la construcción de la nueva sociedad al despenadero (tal como lo previó Trotsky en los años treinta); pero, y esto es ahora lo más importante, cuando lo que está en juego es el futuro, lo que debe ordenar la investigación/ reflexión/ debate es el hecho decisivo de que las nuevas relaciones de producción, así como aspectos principales de la estructura y dinámica social, del clima cultural y moral general, alcanzaron a mostrar toda su enorme potencialidad²⁷⁴.

274. Mandel, en *EL PODER Y EL DINERO*, presenta una elaborada, y polémica, reflexión sobre las raíces históricas y sociales, desarrollo y desenlace de la monstruosa deformación burocrática de las sociedades de transición, de los Estados postcapitalistas, y en particular de la URSS, como uno de los elementos de base para los estudios y discusiones sobre el futuro de la lucha por el socialismo. En Katz, Claudio, *EL PORVENIR DEL SOCIALISMO*, se puede encontrar, más allá de reservas, discrepancias y polémicas, una presentación particular del desarrollo del debate, doblemente útil, por lo que aporta y por lo claro que queda cuanto trabajo hace falta.

En cuanto al tema pendiente y necesario de una valoración objetiva de la experiencia, unos cuantos elementos de análisis de una fuente nada sospechosa de complicidad: “La planificación dio resultados impresionantes: aumento de la producción, industrialización, enseñanza básica, salud, vivienda y empleos para poblaciones enteras... En el sistema de planificación centralizada, los países de la ECO y la Unión Soviética eran sociedades bien instruidas, con índices casi universales de matrícula primaria y secundaria inicial, altos niveles de alfabetización comparados con los otros países de renta semejantes (y a veces con países de renta muy superior) y niveles excepcionales de conocimientos básicos de matemáticas e ingeniería... También en China los niveles de aprovechamiento educacional eran –y son- excepcionales en comparación con los países en desarrollo... En la ECO y en la Unión Soviética, las empresas tenían incentivos para emplear al mayor número posible de personas, motivo por el cual era más común encontrar escasez de mano de obra que desempleo... Al final de la era soviética las familias dedicaban a la vivienda (alquiler y servicios) apenas 2,4% de sus salarios –menos de lo que gastaban en bebidas alcohólicas y cigarrillos...”, Banco Mundial, *DEL*

La crisis civilizatoria consiste pues en la combinación de un real existente sin futuro, con un futuro posible cuya presumible factibilidad es ahora puesta severamente en cuestión por la escandalosa degeneración de la experiencia previa. La frustración y el escepticismo, más vividos que reconocidos, se han instalado ampliamente entre aquellos sectores que anteriormente y por décadas abrazaron y mantuvieron en alto el sueño, y la praxis correspondiente, de una transformación social históricamente inédita en su pretensión. No obstante, de una u otra manera, con distintos niveles de conciencia, o solo prácticamente, importantes contingentes de la humanidad no pueden hoy evitar padecer las diversas manifestaciones de esta situación en su, percibida como, crecientemente azarosa vida cotidiana, que va más allá y revela un calado que excede la prolongada coyuntura de la importante y reveladora crisis económica global aún en curso. Concebida o apenas confusamente experimentada, la contemporaneidad se presenta como desgarrada, en un nivel y grado que en cierto sentido sobrepasa o profundiza el diagnóstico realizado por el pensamiento radical de los siglos XIX y XX. Excitado y estimulado por los brillantes resultados de un prolongado período de veloz innovación tecnológica, el mundo contemporáneo se ve, sin embargo, obligado a encarar definitivamente el descorazonador hecho de que, y hay que subrayarlo, el avance tecnológico no puede por se aportar el marco sociocultural para la superación de las enormes fracturas sociales y los cruentos conflictos que a partir de ahí resultan inevitables. La tecnología no puede, per se, despejar los callejones sin salida del capitalismo²⁷⁵.

PLAN AL MERCADO, INFORME SOBRE EL DESARROLLO MUNDIAL, 1996. Citado en Martín Hernández, *EL VEREDICTO DE LA HISTORIA*. Ed. Marxismo Vivo, Sao Paulo, 2009. Trotsky, en la *REVOLUCION TRAICIONADA*, da cuenta con precisión descriptiva y rigor teórico-metodológico de los espectaculares avances de la economía soviética, sin olvidar sus enormes debilidades: el bajo nivel comparativo del que partía, la mala calidad de los productos de consumo, baja productividad y eficiencia, relacionados con los problemas de compromiso inducidos por el burocratismo.

275. La miseria y el sufrimiento social infligido a los perdedores del avance inclemente de la 'modernización capitalista', así como las cruentas e interminables

Es decir, el retroceso en la conciencia (de las posibilidades históricas y de la factibilidad del proyecto alternativo, del socialismo) entra en sonora contradicción con la exasperante experiencia cotidiana con un orden social cada vez más marcado por tonos que van de lo absurdo a lo perverso. El resultado es un acelerado incremento del malestar, la ruptura con, y la agonía de, formas largamente tradicionales de autoridad y/o el gusto por las poses y los personajes transgresores. Lo cual, en general, está lejos de ser un camino que conduzca necesariamente, ni siquiera con alta probabilidad, a una salida positiva cualquiera. Que es otra forma de decir que el 'retroceso en la conciencia' conlleva escepticismo y confusión, en sumo grado, aparte de todo tipo de comportamientos escapistas, con rumbo a espejismos, no pocas veces autodestructivos o autoanulantes, lo que por su vez acarrea una gran dificultad para aprehender con un mínimo de claridad los aspectos clave de la situación, y, por tanto, de las vías en principio progresivas de salida (hacia una socialidad fundada en la solidaridad y, por eso mismo, potenciadora de la individualidad; la solidaridad es indispensable para el desarrollo de la individualidad). Es el caso del llamado 'postdesarrollismo', claramente inclinado a rechazar toda y cualquier concepción del desarrollo -a partir de su justo reconocimiento del callejón sin salida que el capitalismo es-, reduciendo todas las concepciones a meros 'relatos eurocéntricos', un eco de la influencia postmoderna en su perspectiva, y olvidando que la situación de centenas de millones en la región, que oscilan entre una severa limitación de las opciones de desarrollo personal y la simple miseria, es muy concreta y material, y que esta situación no se puede afrontar con orientaciones exclusivamente locales y el 'relato' comunitarista; todo lo cual, como suele ocurrir, termina antes o después en el abandono de la lucha por la superación del capitalismo.

campañas militares de las potencias imperialistas contra pueblos de la periferia y el creciente deterioro ambiental, son un recordatorio de que las fuerzas productivas, bajo la sociedad de clase, son siempre también fuerzas de destrucción, son dos aspectos de un mismo fenómeno.

De las disputas sobre las 'promesas incumplidas' de la modernidad, a la sintomatología postmoderna, de las distintas afecciones nostálgicas al igualmente irracional optimismo del fetichismo tecnológico, de las tribulaciones y desconciertos de la 'izquierda', del sentir y la identidad anticapitalista, en toda su variedad y dispersión, al maníaco autoengaño, o las burdas patrañas, de la derecha liberal, y, en medio, la abúlica procesión de los que, ocupados y alienados en sus tareas y fatigas prácticas cotidianas, 'no saben lo que pasa', que son por mucho los más, el 'mal de inicio de siglo' es este estado de ánimo signado por la incertidumbre y el pesimismo, el malestar y la desazón, respecto de lo que hay y de lo que no termina de despuntar en el horizonte (que además, con el fracaso anterior, se ha desdibujado conceptualmente, perdiéndose confianza en –o abriéndose un abismo de sospecha y aprensión ante- la idea general anterior de 'socialismo'); marcado por esta sensación de estar atrapados en un presente que parece no conducir a ninguna parte, o al menos a nada que merezca el título de 'futuro'. Un papa (que parece salido de un episodio de 'los Simpson') renuncia; otro, un argentino simpático, peronista y futbolero, se anuncia, los medios montan el correspondiente megaspectáculo, la mayor parte de la gente lo mira por tv, lo consume como algo apreciado por romper la rutina, algunos incluso alcanzan a entusiasmarse, y les dura algo el calor, pero todos, o casi, siguen con su vida, porque, en realidad, ya no significa tanto; ya no proyecta aquella atemorizante sombra, ni siquiera suscita el desprecio del Zaratustra de Nietzsche por 'el último papa'; porque ha perdido entidad. Es decir, en un importante y creciente sector, ya no se espera nada de la iglesia romana. Lo que, en mi opinión, es una muy buena noticia, en términos antropológicos y morales, pero que también es un indicador de la falta de referentes legitimados y creíbles, cualesquiera, lo cual entre otras cosas produce el peligroso efecto de que todas las herencias y tradiciones, así, sin distinción, son desconfiadas, lo cual da pie, a partir de esa 'noche negra en que todos los gatos

son pardos', al peligro del 'tropiezo con la misma piedra', que arriesga repetir horrores del pasado, y da algunas pistas para estudiar las actitudes imperantes en diversos colectivos y microcomunidades, actitudes que oscilan de la más candorosa ingenuidad, carente de memoria histórica, al peor de los cinismos desencantados. La ignorancia y el cinismo son igualmente peligrosos.

La crisis civilizatoria se pone en relación con ese renovado 'malestar en la cultura', que se manifiesta como insatisfacción y disgusto ('aunque el capitalismo no permite gozar la vida, permite vivirla sin goce', Hinkelammert), erosión de la legitimidad de las viejas formas de autoridad, de las instituciones y las tradiciones. Todo es objeto de desconfianza, los Estados y el mundo de la política, las corporaciones, pero también los intentos, no demasiado alentadores, de encontrar una salida. Produce confusión y pérdida de referencias, ausencia de proyecto y de sentido, repliegue en la intimidad, en la vida cotidiana, en la cultura de consumo y en la industria canalizadora del ocio, en el trabajo como mera forma de 'ganarse la vida', de incrementar los ingresos, clave del 'estilo de vida' (pero carente de la satisfacción personal que debiera reportar el trabajo como exteriorización y autorrealización del individuo). Es el tiempo de las expectativas reducidas, del escepticismo, donde, para muchos, los esfuerzos no deben ser orientados por la expectativa de 'un mundo mejor', apenas, si acaso, por la de uno 'menos peor'. Es la combinación y retroalimentación de la sensación de inseguridad y la inseguridad real. Y en ese mundo, lo único que parece ofrecer refugio, así sea pasajero, es la industria del entretenimiento, particularmente para los más jóvenes, pero no solo, que al menos tiene un efecto balsámico, o directamente analgésico, opiáceo (que proporciona 'un breve escape de sus vidas'). Por esta vía, el tiempo de ocio se ve invadido, en niveles inéditos, por una multiplicada variedad de dispositivos dispensadores de placeres sustitutivos, compensatorios.

La crisis civilizatoria (un presente sin futuro y un futuro sin presente discernible, desde la percepción de muchos) es

la representación que surge a partir de la combinación de diversas tendencias objetivas del capitalismo tardío, en un contexto de ausencia, para la gran mayoría, de alternativa reconocible, por la desacreditación de la idea socialista, tal como fue experimentada: la enorme desigualdad (que inevitable y previsiblemente se vuelca en magnitud desproporcionada sobre los grupos étnicos objeto de discriminación, en todas partes; la opresión étnica preselecciona a las víctimas preferenciales de la explotación y la desigualdad, sometién-dolas, con particular desprecio, a formas agudizadas) y la hiperconcentración de la riqueza, que lejos de detenerse es fogueada por los determinantes de la crisis y las políticas encaminadas por los centros de poder para su superación ('cuando hay crisis, salgo de compras', ha declarado algún prominente nombre de la lista de multimillonarios de la revista Forbes)²⁷⁶; los problemas ambientales, en particular las manifestaciones del trastorno climático; la persistencia, incluso multiplicación, de los conflictos armados regionales, tan cruentos y brutales como siempre, estimulados, si no directamente provocados, por la agresiva política de las potencias centrales, que mata y mutila, física y psicológica-mente, a granel, haciendo alarde de su incontrastable poder de fuego y ventaja tecnológica; la preservación e instru-mentalización por el poder de enmohecidos mecanismos de influencia y control, como la religión institucionalizada –en sentido contrario por cierto de las tendencias más pro-fundas del sistema, y del 'espíritu del capitalismo', hacia la secularización–, que prolongan tabúes e interdicciones in-justificables, hábitos y prácticas culturales limitantes, que

276. Un informe de la agencia EFE, de junio 15 de 2015, se titula: "Los millonarios controlarán casi la mitad de la riqueza mundial en 2019", sobre la base de un es-tudio realizado por Boston Consulting Group. "El informe revela que el número de millonarios creció en 2014 hasta 17 millones de personas, que controlan en la actualidad 41% de los 164 billones de dólares de la riqueza global en manos privadas... Los más ricos son cada vez más y más ricos y tienen cada vez más una parte de su riqueza invertida en los mercados financieros, según la directora ejecutiva de BCG, Anna Zakrzewski". Hiperconcentración de la riqueza y finan-cierización.

alimentan prejuicios y discriminaciones ya no solo injustas sino sencillamente absurdas; o la frustración y confusión, desaliento, 'indignación', y no poco extravío de millones de jóvenes alrededor del mundo, con particular visibilidad, en los últimos tiempos, los del mundo capitalista avanzado; son todos hechos o fenómenos que marcan la contemporaneidad y que ahora incrementan su impacto psico-cultural porque con los nuevos dispositivos tecnológicos se hacen presentes y resuenan en la cotidianidad de la mayor parte de las personas, en las diversas regiones del planeta.

La crisis civilizatoria es la clave, objetiva, y cada vez más también subjetiva, del 'espíritu del tiempo', del clima cultural de inicio de siglo. La multiplicación de placeres sustitutivos o compensatorios por la industria-sociedad del entretenimiento, que densifica al límite la alienante cultura-vida cotidiana, rasgo inherente de la cualidad-dinámica de la reproducción social amplia bajo el capitalismo, puede, y de hecho así ocurre, operar como un analgésico social-moral, que permite a muchos individuos sobrellevar la carga de temores, disconformidades e incertidumbres que saturan la existencia/convivencia, dándole esa textura inauténtica, que alienta, e incluso legitima, el refugio en la evasión, que erosiona la firmeza del carácter y la autoestima, y contribuye a ese arco de comportamientos que oscila entre la exasperación y el cinismo²⁷⁷.

277. Se trata de un aspecto intrincado de la vida social. Un mundo sin espacios y momentos de esparcimiento, ocio recreativo, sería un mundo inhumano, insoportable. En las condiciones generales del capitalismo, y teniendo en cuenta la desestimulante rutina laboral, la grisácea y frustrante monotonía de la vida cotidiana de la inmensa mayoría de los trabajadores, sin importar el color del cuello (dejando fuera a los simplemente sumidos en la miseria), la industria del entretenimiento (del fútbol televisado al cine o las teleseries, hasta la implicación emocional con las estrellas del deporte o de la música), instrumentalizando esta necesidad básica, ofrece desde su propia lógica un muy terapéutico tiempo de reparación, de distracción, un paréntesis, de relajación o de excitación, que no cambia nada, pero que permite sobrellevar la abulia y el malestar, el sin sentido y los episodios de inexplicable malhumor. Por esta vía, al menos en parte, el orden social consigue gestionar, en tiempos de reproducción normal, las tensiones, frustraciones y agresividad, produciendo resignación, conformidad y, dentro de ciertos límites, reconciliación temporal. La mercantilizada industria del entre-

Y en realidad, esta situación, por el ya varias veces apuntado carácter contradictorio del capitalismo, puede prolongarse por un largo período; la historia del siglo pasado, si algo enseña, es que no se debe subestimar la capacidad del capitalismo para superar situaciones de riesgo, por graves y apuradas que se presenten; lo cual significa que también puede ocurrir que los grupos dominantes en el sistema consigan encontrar nuevas formas de administrar el conflicto de clase, y social en general, sea conteniendo y debilitando la capacidad de organización y resistencia de los subordinados, sumidos en la fragmentación y desmoralización de la pobreza y el desempleo, la inferiorización y el desamparo, mientras garantiza la tasa de explotación del trabajo, modificando a su favor, aún más, la relación de fuerzas y el balance de poder; sea atemperando, tal vez, algunas de las fracturas anotadas, imponiendo salidas en línea con la lógica del sistema, rentabilizando el problema al generar formas lucrativas de abordarlo: capitalismo 'verde', p.e., toda una nueva rama de la industria y los servicios florecida sobre la oportunidad ocasionada por los estragos ambientales del capitalismo y la nueva 'sensibilidad ambiental'; la industria turística, presentada como medio más eficaz para proteger la vida silvestre y ecosistemas -con lo que se termina discriminando vía poder adquisitivo y artefactos ideológicos el acceso a bienes anteriormente públicos-, o, también, incorporando los aspectos menos controversiales de la agenda de diversos movimientos sociales, que entonces se tornan funcionales en la reproducción social, etc.

Por eso no se trata aquí de ningún fatalismo, triunfal o catastrofista, de derrumbes inminentes e inevitables, aunque históricamente no se pueda descartar como posibilidad real períodos de prolongado estancamiento, incluso de involuciones más o menos importantes, hasta ruinosas, provocadas justamente por la ruptura con o la crisis general de los referentes y la desconfianza respecto de la experiencia

tenimiento está en continuidad con la vida confusamente percibida como una sucesión de expectativas frustradas, como condena.

y la historia en general (cosa a la que lleva el irracionalismo del núcleo de la pose postmoderna, que algún pensamiento 'progresista' parece considerar atractivo en su irreverencia aparente, inocua, incluso funcional o rentabilizable), signo de la creciente agudización de las contradicciones, nuevas o tradicionales, que acompañan el proceso civilizatorio conducido por el capital, y que pueden conducir a una dislocación de envergadura, al fortalecimiento de la resistencia política y cultural al orden existente, abriendo un nuevo período de radicalización político-social y de masificación de los movimientos conscientemente anticapitalistas; pero que también, en buena medida por la dosis de desesperanza y desconcierto desarmante, que introduce el deplorable final del proyecto postcapitalista del siglo XX, amenazan con incrementar el atractivo aparente de salidas ilusorias, distopías profundamente reaccionarias, de retorno a formas sociales superadas. El incremento de las tensiones y contradicciones del orden social imperante y la persistente incapacidad de la humanidad para encontrar/construir una salida progresiva, racional -en tanto que socialmente emancipadora, capaz de enriquecer la vida y ampliar el horizonte de realización humana, fundamento colectivo de la libertad individual-, puede acabar provocando la quiebra del proceso civilizatorio. La sobrevida del capitalismo alimenta fenómenos sociales y culturales que representan un verdadero peligro para el futuro de la humanidad.

En esta segunda década del siglo XXI, como resultado de un recorrido de cuarenta años, y más allá de los rasgos específicos de la crisis económica mundial aún en curso, asistimos a una exacerbación de todas las contradicciones del orden burgués: un capitalismo que genera poco empleo -por la combinación del incremento de la productividad con el ataque a los salarios- y que degrada el mercado de trabajo y el poco empleo que produce; que empobrece a los propios ciudadanos-trabajadores del mundo capitalista avanzado, devolviendo la desigualdad a niveles anteriores a los años 50; que sobre todo impulsa un tremendo salto en la concen-

tración de la riqueza, la cual alcanza niveles sin precedente a escala mundial; que como producto combinado de la sobrecumulación y la hiperconcentración, tiende a la financierización, que amplía los rasgos rentistas y parasitarios del sistema y el dominio sobre el sector productivo real; que deprime la capacidad de consumo de la mayoría de los trabajadores, mientras paralelamente promueve el florecimiento de los sectores de artículos y servicios suntuarios²⁷⁸; que en los últimos años ha llegado incluso a instalar el riesgo persistente de crisis alimentaria, con brotes periódicos de disparada de los precios, como en 2007-8 (que según el Banco Mundial provocó disturbios, ‘revueltas de hambrientos’, en 33 países), producto en buena medida de la especulación en los mercados de futuros y el desplazamiento de millones de campesinos por el ‘agronegocio’; que arrastra al planeta al borde de una tremenda descompensación ambiental²⁷⁹, que, ya en sus inicios, cada año incrementa su

278. Según BBC-Mundo, “Así compran los superricos que impulsan el mercado de la vanidad”, junio 15, 2015: “así definido, estamos hablando de un mercado (de bienes suntuarios) que en los últimos 15 años creció de unos 140 millones de personas a unos 350 millones. Este perfil de consumidor narcisista ha aumentado en todas las regiones... Si se compara con otros sectores de la economía, el consumo de este conjunto de productos ha crecido más que el resto. Esto se ve reflejado en la cotización bursátil del sector. Desde 1995, las acciones de este mercado en Asia aumentaron a un ritmo del 14,6% anual... Es una de las pocas áreas de la economía mundial en que el consumo está aumentando muy por encima de la media... Este crecimiento se explica por el aumento de una clase de superricos en todo el mundo. En EEUU el 0,1% domina hoy el 23% de la riqueza nacional”.

279. “...la limitación de la jornada laboral fue dictada por la misma necesidad que obliga a arrojar guano en los campos ingleses. La misma rapacidad ciega que en un caso agota la tierra, en el otro había hecho presa en las raíces de la fuerza vital de la nación”, *EL CAPITAL*, T1, pág. 184. “Con la preponderancia incesantemente creciente de la población urbana, acumulada en grandes centros por la producción capitalista, ésta por una parte acumula la fuerza motriz histórica de la sociedad, y por otra perturba el metabolismo entre el hombre y la tierra, esto es, el retorno al suelo de aquellos elementos constitutivos del mismo que han sido consumidos por el hombre bajo la forma de alimentos y vestimenta, retorno que es condición natural eterna de la fertilidad permanente del suelo. Con ello destruye, al mismo tiempo, la salud física de los obreros urbanos...”, *EL CAPITAL*, T1, pág. 422. “La producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del trabajo social al mismo tiempo que agota las dos fuentes de las cuales brota

cuenta de muerte, sufrimiento y destrucción; que avanza progresivamente, incluso en el capitalismo avanzado, sobre la limitación de los derechos humanos (libertad vs ‘seguridad’) y el secuestro de la libertad de expresión y el derecho a la información por las grandes corporaciones mediáticas; que lejos de superar, realimenta antiguas formas de opresión, en particular el racismo y la xenofobia; que multiplica las intervenciones político-militares en la periferia, con su secuela de devastación, exterminio de centenas de miles y hasta millones, y muchos más desplazados y obligados a abandonar su tierra; que asiste impávido a las muchas veces infrahumanas condiciones del enorme flujo migratorio provocado por el intento desesperado de escapar de la miseria, el hambre y la violencia que desgarran buena parte de la periferia capitalista, situaciones en las cuales las potencias occidentales tienen una directa responsabilidad histórica. Como inescapable consecuencia, las profundas y crecientes dificultades del sistema capitalista-imperialista están llevando al desquiciamiento de todo el sistema de dominio internacional, con elementos de debilitamiento de la hegemonía norteamericana.

La crisis civilizatoria consiste pues, en último término, en el fracaso, hasta aquí, en encontrar una salida histórica al capitalismo, con todas sus desquiciantes contradicciones e incapacidad absoluta para superar los desgarros sociales estructurales y dar lugar a un orden social justo. Por el contrario, la sobrevida del capitalismo, y los conflictos a que inevitablemente da lugar, impone la permanente convivencia con el riesgo de una catástrofe involutiva, que puede irrumpir por distintas vías. Socialismo o Barbarie, alertaba Rosa Luxemburg hace un siglo.

Hoy, como entonces, solo la acción consciente y decidida de los trabajadores, de todos los explotados y oprimidos,

toda riqueza: *la tierra y el trabajador*”, *EL CAPITAL*, T1, pág. 424. Hace 150 años Marx y Engels comprendían las raíces estructurales de la tendencia terricida del capitalismo, que les permitió anticiparla, las que cierto ‘ambientalismo’ contemporáneo aún se niega a reconocer.

junto a la intelectualidad crítica y comprometida, siempre crucial, de todos aquellos, en fin, que aspiran a un futuro de libertad, igualdad y solidaridad, puede abrir el horizonte a posibles vías de superación progresiva de la crisis civilizatoria a la que ha conducido el orden capitalista. De lo contrario, nadie debiera permitirse descartar que la frustración y el cansancio acaben abriendo las puertas más bien de una aberrante involución social. De ello son un ominoso anticipo los diversos fundamentalismos religiosos.

BIBLIOGRAFIA

- Anderson, P. "El despliegue del neoliberalismo y sus lecciones para la Izquierda". Rev. Pasos 66. DEI. San José. 1996.
- Anderson, P. *ORIGENES DE LA POSMODERNIDAD*. Ed. Anagrama. Barcelona. 2000.
- Anderson, P. *TRAS LAS HUELLAS DEL MATERIALISMO HISTORICO*. Ed. Siglo XXI. México. 1988.
- Anderson, P.; Borón, A.; Therborn, G. y otros. *LA TRAMA DEL NEO-LIBERALISMO*.
- Andrade, Eduardo. *TEORIA GENERAL DEL ESTADO*. Ed. Harla. México. 1987.
- Antunes, Ricardo. *¿ADIOS AL TRABAJO?* Ed. Antídoto/Herramienta. Buenos Aires. 1999.
- Antunes, R. *OS SENTIDOS DO TRABALHO*. Ed. Boitempo. Sao Paulo. 2001.
- Bacchetta, M.; Ernst, E., Bustamante, J. *LA GLOBALIZACION Y EL EMPLEO INFORMAL EN LOS PAISES EN DESARROLLO*. OMC. Suiza. 2009.
- Bachelard, Gaston. *LA FORMACION DEL ESPIRITU CIENTIFICO*. Ed. Siglo XXI. México. 1984.
- Bagú, Sergio; Dos Santos, Theotonio; Cardoso Fernando H. *PROBLEMAS DEL SUBDESARROLLO LATINOAMERICANO*. Ed. Nuestro Tiempo. México. 1982.
- Barber, Benjamín. "La cultura global de McWorld". Rev. Contrastes 1, México, 1996.
- Bastide, Roger. *SOCIOLOGIA Y PSICOANALISIS*. C. G. Fabril Editora. Buenos Aires. 1961.
- Bebel, August. *LA MUJER Y EL SOCIALISMO*. Ed. Fontamara. Barcelona. 1908.
- Bell, Daniel. *LAS CONTRADICCIONES CULTURALES DEL CAPITALISMO*. Ed. Alianza. Madrid. 1977.
- Beluche, Olmedo. *POBREZA Y NEOLIBERALISMO EN PANAMA*. Panamá. 1997.
- Beluche, O. *DICCIONARIO DE SOCIOLOGIA MARXISTA*. Ed. ¡Uníos!, México, 2005.
- Berger, P.; Luckmann, Th. *LA CONSTRUCCION SOCIAL DE LA REALIDAD*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires. 1968.
- Bianchi, Andrés. *LA DEUDA EXTERNA LATINOAMERICANA*. Ed. GEL. Buenos Aires. 1991.
- Bleger, José. *PSICOANALISIS Y DIALECTICA MATERIALISTA*. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires. 1988.
- Bloch, Ernst. *SUJETO-OBJETO. EL PENSAMIENTO DE HEGEL*. Ed. FCE. México. 1983.

- Borón, Atilio. *TRAS EL BUHO DE MINERVA*. FCE/CLACSO. Buenos Aires. 2000.
- Borón, A. et al. *LA TEORIA MARXISTA HOY*. CLACSO. Buenos Aires. 2006.
- Bottomore, Tom. *DICCIONARIO DEL PENSAMIENTO MARXISTA*. Ed. Tecnos. Madrid. 1984.
- Bourdieu, Pierre. *RESPUESTAS. POR UNA ANTROPOLOGIA REFLEXIVA*. Ed. Grijalbo, México, 1995.
- Bourdieu, P.; Chamboredon, J-C.; Passeron, J-C. *EL OFICIO DEL SOCIOLOGO*. Ed. Siglo XXI. México. 1985.
- Braudel, Fernand. *LA DINAMICA DEL CAPITALISMO*. FCE. México, 1986.
- Bustelo, Eduardo; Minujin, Alberto. "La política social esquivada". Documento, Conferencia Internacional sobre POBREZA Y EXCLUSIÓN SOCIAL. San José, 1997.
- Callinicos, Alex. *CONTRA EL POSMODERNISMO*. El Ancora editores. Bogotá, 1998.
- Callinicos, A. *CONTRA LA TERCERA VIA*. Ed. Crítica. Barcelona. 2002.
- Camps, Victoria (comp.). *HISTORIA DE LA ETICA*. Tomos I y II. Ed. Grijalbo. Barcelona. 1988.
- Campuzano, Felipe. *IZQUIERDA FREUDIANA Y MARXISMO*. Ed. Grijalbo. México. 1979.
- Casullo, Nicolás. *MODERNIDAD Y CULTURA CRITICA*. Paidós, Buenos Aires, 1998.
- Castel, Robert. *LAS METAMORFOSIS DE LA CUESTION SOCIAL*. Ed. Paidós. Buenos Aires. 1997.
- Cerroni, U.; Miliband, R.; Poulantzas, N. *MARX, EL DERECHO Y EL ESTADO*. Ed.
- Oikos-Tau. Barcelona. 1979.
- Chesnais, Francois. *LA MUNDIALIZACION FINANCIERA*. Ed. Losada. Buenos Aires. 2001.
- Chingo, J.; Sorel, J. "¿'Crisis del trabajo' o crisis del capitalismo?". Rev. Estrategia Internacional # 11/12, Buenos Aires. 1999.
- Collier, G.; Minton, H., Reynolds, G. *ESCENARIOS Y TENDENCIAS DE LA PSICOLOGIA SOCIAL*. Ed. Tecnos. Madrid. 1996.
- Dobb, Maurice. *ESTUDIOS SOBRE EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO*. Ed. Siglo XXI. Madrid. 1984.
- Dobb, M.; Sweezy y otros. *LA TRANSICION DEL FEUDALISMO AL CAPITALISMO*. Ed. Ciencia Nueva. Madrid.
- Dos Santos, Theotonio. "Neoliberalismo: doctrina y política". Rev. Comercio Exterior, junio 99, México.
- Drucker, Peter. *LA SOCIEDAD POSTCAPITALISTA*. Ed. Norma. Bogotá. 2007.
- Eagleton, Terry. *LA IDEA DE LA CULTURA*. Paidós, Barcelona, 2001.
- Eagleton, T. *LAS ILUSIONES DEL POSMODERNISMO*. Paidós, Barcelona, 1998.
- Engels, Friedrich. *ANTI-DUHRING*. Ed. Grijalbo. México. 1981.

- Engels, Fr. y otros. *EL MATERIALISMO HISTORICO SEGUN LOS GRANDES MARXISTAS*. Ed. Roca. México. 1973.
- Engels, Fr. *ESCRITOS*. Ed. Península. Barcelona. 1974.
- Fernández, Oscar. "Lo social y la política social". En *POLITICA SOCIAL Y DESCENTRALIZACION EN COSTA RICA*. Oscar Fernández comp. UNICEF. San José. 1998.
- Fernández, O. *SOCIOLOGIA*. Ed. EDUCA. San José. 1989.
- Fonseca Tortós, Eugenio. *ENSAYOS SOBRE ESTRATIFICACION SOCIAL*. EUNED/UCR. San José, 2000.
- Foucault, Michel. "El sujeto y el poder". En *POLITICA*. EDUCA, San José, 1990.
- Foucault, M. *LA VERDAD Y LA FORMAS JURIDICAS*. Ed. Gedisa. Barcelona. 1995.
- Fougeyrollas, Pierre. *CIENCIAS SOCIALES Y MARXISMO*. FCE. México. 1992.
- Fragomeno, Roberto. *LAS TRIBULACIONES DE LA MODERNIDAD*. Ed. Perro Azul, San José, 2005.
- Fragomeno, R. *LA UTOPIA CONSTITUYENTE*. Ed. Perro Azul. San José. 2001.
- Frank, André G. *LA ACUMULACION MUNDIAL, 1492-1789*. Ed. Siglo XXI. Madrid. 1985.
- Frank, A. G. *AMERICA LATINA: SUBDESARROLLO O REVOLUCION*. Ed ERA. México. 1973.
- Frank, Pierre. *EL STALINISMO*. Ed. Fontamara. Barcelona. 1978.
- Fromm, Erich. *PSICOANALISIS DE LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA*. Ed. FCE. México. 1985.
- Fromm, E. *CONCEITO MARXISTA DO HOMEM*. Ed. Zahar. Rio de Janeiro. 1975.
- Fromm, E., Horkheimer, M.; Parsons, T. *LA FAMILIA*. Ed. Península. Barcelona. 1974.
- Galeano, Eduardo. "El sacrificio de la justicia en los altares del orden. Los prisioneros". Conferencia: XIV curso interdisciplinario de Derechos Humanos, UCR, 1996.
- Gallardo, Helio. *ELEMENTOS DE POLITICA EN AMERICA LATINA*. Ed. DEI. San José. 1989.
- Gallardo, H. *GLOBALIZACION, LUCHA SOCIAL Y DERECHOS HUMANOS*. Ed. Perro Azul. San José. 1999.
- García, George. *LAS SOMBRAS DE LA MODERNIDAD*. Ed. Arlekin. San José. 2001.
- García, Marcelo. "ALCA: Avanza la recolonización de América latina". Rev. Marxismo Vivo 3, Sao Paulo, 2001.
- García, Rolando. *SISTEMAS COMPLEJOS*. Ed. Gedisa. Barcelona. 2006.
- Gauthier, David. *EGOISMO, MORALIDAD Y SOCIEDAD LIBERAL*. Ed. Paidós. Barcelona. 1998.
- Giddens, Anthony. *SOCIOLOGIA*. Alianza Ed. Madrid. 2002.

- Giddens, A. *EL CAPITALISMO Y LA MODERNA TEORIA SOCIAL*. Idea Books. Barcelona. 1998.
- Giddens, A. *UN MUNDO DESBOCADO*. Ed. Taurus. Madrid. 2000.
- Giner, Salvador. *HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIAL*. Ed. Ariel. Barcelona. 1993.
- Godelier, M.; Monod, J. y otros. *EPISTEMOLOGIA Y MARXISMO*. Ed. Martinez Roca.
- Goldmann, Lucien. *MARXISMO Y CIENCIAS HUMANAS*. Ed. Amorrortu. B. Aires. 1975.
- Goldmann, L. *DIALETICA E CULTURA*. Ed. Paz e Terra. Rio de Janeiro. 1967.
- Goldmann, L. "Epistemología de la Sociología". En *TRATADO DE LOGICA Y CONOCIMIENTO CIENTIFICO*, Volumen VI, *EPISTEMOLOGIA DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE*. Ed. Paidós. Buenos Aires. 1979.
- Gómez, Ricardo. *NEOLIBERALISMO Y SEUDOCIENCIA*. Ed. Lugar. Buenos Aires. 1995.
- Gonzalez Seara, Luis. *SOCIOLOGIA, AVENTURA DIALECTICA*. Ed. Tecnos. Madrid. 1971.
- Gordon, Scott. *HISTORIA Y FILOSOFIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES*. Ed. Ariel. Barcelona. 1995.
- Gorz, André. *MISERIAS DEL PRESENTE, RIQUEZA DE LO POSIBLE*. Ed. Paidós. Madrid. 1998.
- Gough, Ian. *ECONOMIA POLITICA DEL ESTADO DE BIENESTAR*. Ed. H. Blume. Madrid. 1982.
- Gouldner, Alvin. *LA CRISIS DE LA SOCIOLOGIA OCCIDENTAL*. Amorrortu Ed. Buenos Aires, 1973.
- Groethuysen, Bernhard. *LA FORMACION DE LA CONCIENCIA BURGÜESA*. FCE. México. 1943.
- Gruner, Eduardo. "Lecturas Culpables". En *LA TEORIA MARXISTA HOY*. CLACSO. Buenos Aires. 2006.
- Gueda, Paul. "A propósito de las clases medias". En *MARXISMO Y CLASES SOCIALES*. Ed. Fontamara. Barcelona. 1977.
- Habermas, Jurgen. *PROBLEMAS DE LEGITIMACIÓN EN EL CAPITALISMO TARDIO*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires. 1989.
- Hacking, Ian. *EL SURGIMIENTO DE LA PROBABILIDAD*. Ed. Gedisa. Barcelona. 1995.
- Hall, Stuart (comp.). *CUESTIONES DE IDENTIDAD*. Amorrortu, Buenos Aires, 2003.
- Harris, Marvin. *TEORIAS SOBRE LA CULTURA EN LA ERA POSTMODERNA*. Ed. Crítica. Barcelona. 2000
- Harvey, David. *LA CONDICION DE LA POSMODERNIDAD*. Amorrortu, Buenos Aires, 1998.
- Harvey, D. *LOS LIMITES DEL CAPITALISMO Y LA TEORIA MARXISTA*. FCE. México. 1997.

- Hayek, Friedrich. *CAMINO DE SERVIDUMBRE*. Ed. Libro Libre. San José. 1989.
- Hayek, F. *INFLACION O PLENO EMPLEO*. Ed. Unión. Madrid. 1976.
- Hegel, G. *FUNDAMENTOS DE LA FILOSOFIA DEL DERECHO*. Ed. Libertarias/Prodhufi. Buenos Aires. 1993.
- Hegel, G. *ENCICLOPEDIA DE LAS CIENCIAS FILOSOFICAS EN COMPENDIO*. Ed. Alianza. Madrid. 2000.
- Heller, Agnes. *TEORIA DE LAS NECESIDADES EN MARX*. Ed. Península. Barcelona. 1978.
- Heller, A. *SOCIOLOGIA DE LA VIDA COTIDIANA*. Ed. Península. Barcelona. 1977.
- Heller, A. *CRITICA DE LA ILUSTRACION*. Ed. Península. Barcelona. 1984.
- Herrera, Luis. "Economía Mundial: gordura o hinchazón?". Rev. Correo Internacional 39. Bogotá. 1989.
- Herrera, M.; Castón, P. *LAS POLITICAS SOCIALES EN LAS SOCIEDADES COMPLEJAS*. Ed. Ariel. Barcelona. 2005.
- Hidalgo, Antonio. *EL PENSAMIENTO ECONOMICO SOBRE DESARROLLO*. Universidad de Huelva. 1998.
- Hinkelammert, F. "Determinismo y autoconstitución del sujeto". Revista Pasos 64, San José, 1996.
- Hirsch, Joachim. "¿Qué es la globalización?". Rev. Realidad Económica 147, Buenos Aires, 1997.
- Hobsbawm, Eric. *AS ORIGENS DA REVOLUÇÃO INDUSTRIAL*. Ed. Global. Sao Paulo. 1979.
- Hobsbawm, E. *BANDIDOS*. Ed. Critica, Barcelona, 2001.
- Horkheimer, Max. *TEORIA TRADICIONAL Y TEORIA CRITICA*. Ed. Amorrortu. B. Aires. 1977.
- Horkheimer, M., Adorno, Th. *DIALECTICA DE LA ILUSTRACION*. Ed. Trotta. Madrid. 2001.
- Huberman, Leo. *LOS BIENES TERRENALES DEL HOMBRE*. Ed. Nuestro Tiempo. México. 1984.
- Ianni, Octavio. *TEORIAS DE LA GLOBALIZACION*. Siglo XXI, México, 2002.
- Jameson, Frederick. *EL POSMODERNISMO O LA LOGICA CULTURAL DEL CAPITALISMO TARDIO*. Rev. Casa de las Américas # 155-156. La Habana. 1986. También Ed. Paidós. Barcelona. 1991.
- Jessop, Bob. *CRISIS DEL ESTADO DE BIENESTAR*. Ed. Siglo del Hombre. Bogotá. 1999.
- Kalivoda, Robert. *MARX Y FREUD*. Ed. Anagrama. Barcelona. 1971.
- Kammler, J. "El Estado Social". En *INTRODUCCION A LA CIENCIA POLITICA*. Ed. Anagrama. Barcelona. 1971.
- Katz, Claudio. *EL PORVENIR DEL SOCIALISMO*. Ed. Herramienta. Buenos Aires. 2004.

- Katz, C. "Crisis y revolución tecnológica a fin de siglo". Rev. Realidad Económica 154. Buenos Aires. 1998.
- Katz, C. "La tecnología como fuerza productiva social". Quipú, Rev. Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología, vol. 12, #3, sept-dic. de 1999. México.
- Katz, C. "Argentina. La deuda después del default". Rev. Correspondencia de Prensa # 582. Montevideo. 2004.
- Keynes, John Maynard. *ENSAYOS SOBRE INTERVENCION Y LIBERALISMO*. Ed. Hyspamérica. Madrid. 1985.
- Klapenbach, Augusto. "Liberalismo y Libertad". Revista Cuatro Semanas 16, Madrid, 1994.
- Kliksberg, Bernardo. *REPENSANDO EL ESTADO PARA EL DESARROLLO SOCIAL: MAS ALLA DE DOGMAS Y CONVENCIONALISMOS*. UCR, 1998.
- Kliksberg, B. (Comp.). *AMERICA LATINA FRENTE A LA CRISIS*. PNUD / Ed. Sudamericana. Buenos Aires. 2011.
- Kofler, Leo. *CONTRIBUCION A LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD BURGUESA*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires. 1971.
- Kofler, L. *LA CIENCIA DE LA SOCIEDAD*. Ed. Revista de Occidente. Madrid. 1968.
- Krugman, Paul. *EL RETORNO DE LA ECONOMIA DE LA DEPRESION*. Ed. Crítica. Barcelona. 2009.
- Krugman, P. *EL INTERNACIONALISMO 'MODERNO'*. Ed. Crítica. Barcelona. 2005.
- Krugman, P. *INTRODUCCION A LA ECONOMIA*. Ed. Reverté. Barcelona. 2007.
- Lacarrieu, Mónica (comp.). *GLOBALIZACION E IDENTIDAD CULTURAL*. Ed. CICCUS, Buenos Aires, 2003.
- Lafargue, Paul. *EL DERECHO A LA PEREZA*. Ed. Grijalbo. México. 1970.
- Lechini, Gladys (comp.). *LA GLOBALIZACION Y EL CONSENSO DE WASHINGTON*. CLACSO. Buenos Aires. 2008.
- Lechner, N.; Rosenblatt, E. *SEXUALIDAD Y AUTORITARISMO*. El Cid Ed. B. aires. 1976.
- Lefebvre, Henri. *EL MATERIALISMO DIALECTICO*. Ed. La Pleyade. B. Aires. 1969.
- Lefebvre, H. *LA VIDA COTIDIANA EN EL MUNDO MODERNO*. Ed. Alianza. Madrid. 1972.
- Lefebvre, H. *EL MARXISMO*. Ed. EUDEBA. B. Aires. 1961.
- Lefebvre, H. *LOGICA FORMAL, LOGICA DIALECTICA*. Ed. S XXI. México. 1972.
- Lenin, Vladimir. *EL IMPERIALISMO, FASE SUPERIOR DEL CAPITALISMO*. Obras Escogidas en 12 Tomos. V Tomo. Ed. Progreso. Moscú. 1976.
- Lenin, V.; Mandel, E. *O ESTADO*. Ed. Delfos. Lisboa. 1975.
- Levine, A., Wright, E. O. "Marxismo e individualismo metodológico". Rev. Zona Abierta #41. Madrid. 1986.

- Lipovetsky, Gilles. *LOS TIEMPOS HIPERMODERNOS*. Ed. Anagrama, Barcelona, 2006.
- Lowy, Michael. *PARA UNA SOCIOLOGIA DE LOS INTELECTUALES REVOLUCIONARIOS*. Siglo XXI, México, 1978.
- Lowy, M. *¿QUE ES LA SOCIOLOGIA DEL CONOCIMIENTO?* Ed. México. 2000.
- Lowy, M. y otros. *SOBRE EL METODO MARXISTA*. Ed. Grijalbo. México. 1982.
- Lukacs, Georg. *HISTORIA Y CONCIENCIA DE CLASE*. Ed. Grijalbo. México. 1969.
- Lukacs, G. *EL JOVEN HEGEL*. Ed. Grijalbo. Barcelona. 1976.
- Mandel, Ernest. *EL CAPITALISMO TARDIO*. ERA, México, 1979.
- Mandel, E. *TRATADO DE ECONOMIA MARXISTA*. ERA. México. 1975.
- Mandel, E. *MARXISMO ABIERTO*. Ed. Grijalbo. Barcelona. 1982.
- Mandel, E. *EL PODER Y EL DINERO*. Ed. Siglo XXI. México. 1994.
- Mandel, E. "Clases sociales y crisis política en América latina". En *CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA* #4, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977.
- Mandeville, Bernard. *LA FABULA DE LAS ABEJAS*. Ed. FCE. México. 1982.
- Marcuse, Herbert. *EROS Y CIVILIZACION*. Ed. Joaquín Mortiz. México. 1968.
- Marshall, T. H.; Bottomore, Tom. *CIUDADANIA Y CLASE SOCIAL*. Ed. Losad. Buenos Aires. 2005.
- Marx, Karl. *CONTRIBUCION A LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA*. Ed. Alberto Corazón. Madrid. 1978.
- Marx, K. *EL CAPITAL*. FCE. México. 1986.
- Marx, K. *LA IDEOLOGIA ALEMANA*. Ed. Pueblo y Educación. La Habana. 1982.
- Marx, K; Engels, F. *EL MANIFIESTO COMUNISTA*. Ed. Progreso, Moscú, 1979.
- Mattick, Paul. *MARX Y KEYNES*. Ed. ERA. México. 1975.
- McPherson, C. B. *LA TEORIA POLITICA DEL INDIVIDUALISMO POSESI-VO*. Ed. Fontanella. Barcelona. 1970.
- Miliband, R.; Poulantzas, N.; Althusser, L.; Laski, H.; Cardoso, F. H. y otros. *EL ESTADO*. Ed. UCA. San Salvador. 1979.
- Moreno, Nahuel. *METODO DE INTERPRETACION DE LA HISTORIA ARGENTINA*. Ed. Antídoto. Buenos Aires. 1975.
- Moreno, N. *LAS REVOLUCIONES DEL SIGLO XX*. Ed. Anntidoto. Buenos Aires. 1986.
- Moreno, N. *LOGICA MARXISTA Y CIENCIAS MODERNAS*. Ed. Xolotl. México. 1981.
- Morin, Edgar. *INTRODUCCION AL PENSAMIENTO COMPLEJO*. Ed. Crítica, Barcelona, 2008.
- Naville, Pierre. *PSICOLOGIA, MARXISMO Y MATERIALISMO*. Ed. Trillas. México. 1989.

- Novack, George. *PARA COMPRENDER LA HISTORIA*. Ed. Fontamara. México. 1989.
- Novack, G. *INTRODUCCION A LA LOGICA MARXISTA*. Ed. Pluma. Buenos Aires. 1975.
- Novack, G. *DEMOCRACIA Y REVOLUCION*. Ed. Fontamara. Barcelona. 1977.
- Offe, Claus. *CONTRADICCIONES EN EL ESTADO DE BIENESTAR*. Ed. Alianza. Madrid. 1994.
- Osborn, Reuben. *MARXISMO Y PSICOANALISIS*. Ed. Península. Barcelona. 1969.
- Piaget, J.; Goldmann, L. y otros. *EPISTEMOLOGIA DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE*. Ed. Paidós. Buenos Aires. 1979.
- Piaget, J.; García, R. *PSICOGENESIS E HISTORIA DE LA CIENCIA*. Ed. S XXI. México. 1989.
- Picó, Josep. *TEORIAS SOBRE EL ESTADO DE BIENESTAR*. Ed. Siglo XXI. Madrid. 1987.
- Pizarro, Roberto. "Desde la periferia de la globalización". En *TRANSFORMACION ESTRUCTURAL EN AMERICA LATINA*. Ed. Trilce. Montevideo. 2002.
- Popper, Karl. *LA SOCIEDAD ABIERTA Y SUS ENEMIGOS*. Ed. Paidós. Buenos Aires. 1981.
- Prigogine, Ilya. *LAS LEYES DEL CAOS*. Ed. Crítica, Barcelona, 1999.
- Prigogine, I.; Stengers, I. *LA NUEVA ALIANZA: METAMORFOSIS DE LA CIENCIA*. Ed. Alianza. Madrid. 2002.
- Quesada, Rodrigo. *GLOBALIZACION Y DESHUMANIZACION*. EUNA. Heredia. 2004.
- Ramos, Jorge A. *HISTORIA DE LA NACION LATINOAMERICANA*. Fundación para la Investigación y la Cultura. Cali. 1986.
- Reale, G.; Antiseri, D. *HISTORIA DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO Y CIENTIFICO*. Tomo III. Ed. Herder. Barcelona. 1988.
- Reich, Wilhelm. *MATERIALISMO DIALECTICO Y PSICOANALISIS*. Ed. S XXI. México. 1986.
- Reuben, Sergio. *POLITICA SOCIAL*. Ed. UCR. San José. 2000.
- Reynoso, Carlos. *APOGEO Y DECADENCIA DE LOS ESTUDIOS CULTURALES*. Ed. Gedisa. México. 2000.
- Ritzer, George. *TEORIA SOCIOLOGICA CLASICA*. Ed. McGraw-Hill. México. 1994.
- Rosales, O.; Kuwayama, M. (Comp.). *CHINA Y AMERICA LATINA Y EL CARIBE*. CEPAL, Santiago, 2012.
- Rozitchner, León. *FREUD Y LOS LIMITES DEL INDIVIDUALISMO BURGUES*. Ed. S XXI. México. 1988.
- Saenz, Roberto. "Perspectivas del capitalismo a comienzos del siglo XXI". *Rev. Socialismo o Barbarie* # 26. Buenos Aires. 2012.
- Sader, Emir (comp.) *EL AJUSTE ESTRUCTURAL EN AMERICA LATINA*.

- COSTOS SOCIALES Y ALTERNATIVAS. CLACSO, Buenos Aires, 2001.
- Sader, Emir/Gentili, Pablo (comps). *LA TRAMA DEL NEOLIBERALISMO*. CLACSO, Buenos Aires, 1999.
- Salama, Pierre/Valier, Jacques. *NEOLIBERALISMO, POBREZAS Y DESIGUALDADES EN EL TERCERMUNDO*. CIEPP, Buenos Aires, 1996.
- Salama, P.; Valier, J. *UNA INTRODUCCION A LA ECONOMIA POLITICA*. Ed. ERA. México. 1982.
- Salama, Pierre. *EL PROCESO DE SUBDESARROLLO*. ERA, México, 1977.
- Samaja, Juan. *EPISTEMOLOGIA Y METODOLOGIA*. EUDEBA. B. Aires. 2002.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. "Ética y Marxismo". En *LA TEORIA MARXISTA HOY*. CLACSO. Buenos Aires. 2006.
- Sartori, Giovanni. *LA DEMOCRACIA DESPUES DEL COMUNISMO*. Alianza Ed. Madrid. 1992.
- Schaff, Adam. *MARXISMO E INDIVIDUO HUMANO*. Ed. Grijalbo. México. 1967.
- Sen Amartya. *SOBRE ETICA Y ECONOMIA*. Alianza Ed. México, 1993.
- Sen, A. *IDEA DE LA JUSTICIA*. Ed. Taurus, Madrid. 2010.
- Sen, A.; Kliksberg, B. *PRIMERO LA GENTE*. Ed. Deusto. Barcelona. 2007.
- Seoane, José/Taddei, Emilio (comps.). *RESISTENCIAS MUNDIALES (DE SEATTLE A PORTO ALEGRE)*. CLACSO, Buenos Aires, 2001.
- Serulle, J.; Boin, J. *FONDO MONETARIO INTERNACIONAL. DEUDA EXTERNA Y CRISIS MUNDIAL*. Ed. IEPALA. Madrid. 1986.
- Sonntag, H. R.; Valecillos, H. *EL ESTADO EN EL CAPITALISMO CONTEMPORANEO*. Ed. Siglo XXI México, 1988.
- Soros, George. *GLOBALIZACION*. Ed. Planeta, Madrid, 2002.
- Stiglitz, Joseph. *EL MALESTAR EN LA GLOBALIZACION*. Taurus, Buenos Aires, 2002.
- Stiglitz, J. "Más instrumentos y metas más amplias: desde Washington hasta Santiago". *Rev. Centroamericana de Economía* 57-58, Honduras, 2000.
- Stiglitz, J. "Mi aprendizaje de la crisis económica mundial". *Rev. Nueva Sociedad* 168, Caracas, 2000.
- Sunkel, Osvaldo. "La sostenibilidad del desarrollo vigente en América latina". En *EL DESAFIO DE LA GLOBALIZACION EN AMERICA LATINA: CLAVES PARA UNA INTERPRETACION*. Ed. Baudino. Buenos Aires. 2006.
- Sunkel, O. "Las relaciones centro-periferia y la transnacionalización". *Rev. Pensamiento Iberoamericano* #11. Madrid. 1987.
- Tawney, R. H. *LA RELIGION EN EL ORIGEN DEL CAPITALISMO*. Ed. Dédalo. Buenos Aires. 1959.
- Thurow, Lester. *EL FUTURO DEL CAPITALISMO*. Ed. Ariel. Madrid. 2002.
- Thwaites, Mabel. *ESTADO Y MARXISMO: UN SIGLO Y MEDIO DE DEBATES*. Ed. Prometeo. Buenos Aires. 2007.

- Tilly, Charles. *LA DESIGUALDAD PERSISTENTE*. Ed. Manantial. Buenos Aires. 2000.
- Toussaint, E.; Millet, D.; Munevar, D. *LAS CIFRAS DE LA DEUDA 2012*. Comité para la Anulación de la Deuda del Tercer Mundo. Bélgica, 2013.
- Trotsky, León. *LA REVOLUCION TRAICIONADA*. Juan Pablos Ed. México. 1978.
- Trotsky, L. *EN DEFENSA DEL MARXISMO*. Juan Pablos Ed. México. 1972.
- Trotsky, L. *PROBLEMAS DE LA VIDA COTIDIANA*. Cuadernos de Pasado y Presente. México. 1978.
- Trotsky, L. *SOBRE LA LIBERACION NACIONAL*. Ed. Pluma. Bogotá. 1976.
- Trotsky, L.; Novack, G.; Moreno, N. *LA LEY DEL DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO*. Ed. Pluma. Bogotá. 1977.
- Van den Eynde, Arturo. *GLOBALIZACION. LA DICTADURA MUNDIAL DE 200 EMPRESAS*. Ed. Voz Independiente. Panamá. 2001.
- Vambirra, Vania. *EL CAPITALISMO DEPENDIENTE LATINOAMERICANO*. Ed. S XXI. México. 1983.
- Vargas, Luis Paulino. *EL VERDADERO ROSTRO DE LA GLOBALIZACION*. UNED. San José. 2008.
- Vega-Pastor, Renán. *MARX Y EL SIGLO XXI*. Ed. Antropos. Bogotá. 1998.
- Vilas, Carlos. "¿Globalización o imperialismo?". *Rev. Estudios Latinoamericanos*, nueva época, 14, 2000.
- Vitale, Luis. *HISTORIA DE LA DEUDA EXTERNA LATINOAMERICANA*. Sudamericana, Buenos Aires, 1986.
- Vitale, L. *LA FORMACION SOCIAL LATINOAMERICANA*. Ed. Fontamara. Barcelona. 1979.
- Wallerstein, Immanuel. *EL MODERNO SISTEMA MUNDIAL*, Tomos I y II. Siglo XXI, México. 1989.
- Wallerstein, I. *CAPITALISMO HISTORICO Y MOVIMIENTOS ANTISISTEMICOS*. Ed. Akal. Madrid. 2004.
- Weber, Max. *LA ETICA PROTESTANTE Y EL ESPIRITU DEL CAPITALISMO*. Ed. Hispamerica, Buenos Aires, 1977.
- Weber, Max. *ECONOMIA Y SOCIEDAD*. FCE. México. 1977.
- Williams, Raymond. *MARXISMO Y LITERATURA*. Ed. Península. Barcelona. 1980.
- Wolff, Mauro. *SOCIOLOGIAS DE LA VIDA COTIDIANA*. Ed. Cátedra. Madrid. 1996.
- Woods, A., Grant, T. *RAZON Y REVOLUCION. FILOSOFIA MARXISTA Y CIENCIA MODERNA*. Fundación F. Engels. Madrid. 2002.
- Wright Mills, C., Gerth, H. *CARACTER Y ESTRUCTURA SOCIAL*. Ed. Paidós. B. Aires. 1963.
- Wuthnow, Robert y otros. *ANALISIS CULTURAL*. Paidós, Buenos Aires, 1988.
- Yúdice, George. *EL RECURSO DE LA CULTURA*. Gedisa, Barcelona, 2002.
- Zeitling, Irving. *IDEOLOGIA Y TEORIA SOCIOLOGICA*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires. 1973.

INDICE

INTRODUCCION /5

1 EL CAPITALISMO GLOBAL /11

2 AMERICA LATINA: RECONSIDERACION
DEL PROBLEMA DE LA DEPENDENCIA /59

3 GLOBALIZACION Y CAMBIO CULTURAL /129

4 CUESTION SOCIAL Y CAPITALISMO /209

5 NEOLIBERALISMO Y ETICA /329

CONCLUSION /383

BIBLIOGRAFIA /411

